

LEALTAD, TRAICIÓN Y MUERTE.  
LA VIDA DE UN MERCENARIO EN TIEMPOS DE ALEJANDRO MAGNO.

# TIRANO

CHRISTIAN CAMERON

Lectulandia

Et

Como miembro del ejército de Alejandro de Macedonia, Kineas ha sido testigo de las acciones del dios de la guerra: escenas de heroísmo, como salidas de la mente de Homero, y otras de horror, más tenebrosas que sus propias pesadillas. Dos coronas de laurel, así como algunas cicatrices que perdurarán por siempre, reconocen su valor al mando de la caballería griega. Pero, al regresar a Atenas, Kineas encontrará que la recompensa a los servicios prestados no es la gloria sino la vergüenza y el exilio. Sin nada más que su reputación militar, Kineas accederá a conducir un grupo de veteranos hacia la ciudad de Olbia cuyo Tirano está ofreciendo dinero a quien entrene a su caballería de élite. Pronto Kineas y sus hombres se verán involucrados en las confabulaciones del Tirano contra sus propios ciudadanos, en tanto que la destrucción amenaza a Olbia desde fuera. Mientras Alejandro ha estado conquistando el mundo, Macedonia se ha tornado hambrienta de oro y grano, y Olbia está en su camino. Kineas se enfrenta entonces a la máquina de guerra más mortífera que jamás haya existido con un ejército recién entrenado, un puñado de mercenarios y los imprescindibles escitas, antiguos aliados de Olbia. Apesadumbrado por las oscuras profecías de una vidente escita y perseguido por una deslumbrante mujer guerrera cuyo amor podría traer la muerte, Kineas deberá urdir un osado plan a fin de evitar el destino que los dioses parecen haber preparado para él.

**Lectulandia**

Christian Cameron

# **Tirano I**

ePUB v1.0

rodricavs 01.09.12

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Título original: *Tyrant*  
Christian Cameron, 2008  
Traducción: Borja Folch

Editor original: rodricavs (v1.0)  
ePub base v2.0

A mi madre



El cielo, por encima de la polvareda, era azul. En la lejanía, al otro lado de la llanura, las montañas se alzaban teñidas de púrpura y lavanda, las más distantes coronadas de rojo por el sol poniente. Allí arriba, en el éter, todo era paz. En el cielo, a su derecha, un águila volaba perezosamente en círculo; era el mejor de los augurios. Más cerca, había aves de peor agüero.

Kineas sentía que mientras mantuviera su atención en el reino de los cielos estaría a salvo del miedo. Los dioses siempre le habían hablado: despierto, mediante augurios, y dormido, en vívidos sueños. Hoy necesitaba a los dioses.

El ruido y el movimiento que había a su derecha le distrajeron, y bajó los ojos de la seguridad de los espacios vacíos hasta las riberas del río Pinaro, los llanos, el matorral, la playa, el mar... Justo enfrente de él, separados sólo por la anchura del río, aguardaban treinta mil jinetes persas; eran tantos que, en las faldas de una colina al otro lado del Pinaro, llegaban a verse las filas que cerraban la formación más allá de la nube de arena que habían levantado. Se le encogió el estómago y se le revolvieron las tripas.

Se tiró un pedo y, avergonzado, torció el gesto.

Niceas, su hipereta, soltó un gruñido que bien pudo ser una risa.

—Cuidado, Kineas —dijo señalando a la derecha—. El jefe.

Jinetes, un escuadrón de unos veinte, las clámides centelleantes con sus adornos de oro, los corceles magníficos, cabalgaban a medio galope cruzando la llanura hacia el linde de la playa donde la caballería aliada aguardaba su sino.

Sólo uno llevaba la cabeza descubierta; sus rizos rubios eran tan brillantes como el oro de la cabeza de gorgona que sujetaba su clámide púrpura, y sobre el lomo del caballo, una piel de leopardo. Los condujo a través de la arena endurecida hasta el general del ala izquierda, Parmenio, apenas a medio estadio de allí. Parmenio sacudió la cabeza y con un ademán indicó las hordas de la caballería persa, y los rizos rubios se agitaron cuando rió.

El rubio gritó algo que el viento se llevó consigo y los tesalios de la escolta de Parmenio le aclamaron y corearon su nombre: «¡Alejandro! ¡Alejandro!». Luego regresó a medio galope por la playa hasta alcanzar a la caballería aliada, tan sólo seiscientos jinetes al frente del flanco izquierdo.

Pese a todo, Kineas sonrió cuando el rubio cabalgó hacia él. A sus espaldas, los hombres de la caballería aliada comenzaron a vitorearlo: «¡Viva Alejandro! ¡Viva Alejandro!». No tenía sentido, pocos de ellos eran de ciudades con alguna razón para amar a Alejandro.

Alejandro cabalgó hasta el frente derecho de la caballería aliada y levantó el puño. Los jinetes le aclamaron a voz en cuello.

Él sonrió lleno de júbilo, encantado ante su aprobación. —¡Ahí está el Gran Rey, hombres de Grecia! ¡Y al final de este día, nosotros seremos amos de Asia y él no será nada! ¡Acordaos de Darío y de Jerjes! ¡Recordad los templos de Atenas! ¡Adelante, helenos! ¡Ha llegado la hora de la venganza!

Y cabalgó con soltura, le espalda erguida, su clámide púrpura ondeando en la brisa, cada centímetro un rey, a medio galope delante de la caballería, deteniéndose para decirle esto a uno, eso a otro.

—¡Kineas! ¡Nuestro ateniense! —exclamó.

Kineas saludó cruzando su pesada machaira sobre el pecho.

Alejandro se detuvo sujetando su caballo con las rodillas, un caballo que era dos palmos más alto que el de Kineas y que valía cien daricos de oro. Pareció reparar en las nutridas huestes persas por primera vez. —Hoy tengo conmigo a pocos atenienses, Kineas. Sé digno de tu ciudad.

Cuadró los hombros y avanzó sobre su montura. Mientras recorría el frente, los vítores recomenzaron: primero la caballería aliada, luego los tesalios, y después a lo largo de la llanura hasta las falanges: «¡Alejandro!». Se detuvo otra vez para hablar, gesticuló con los brazos, echó la cabeza hacia atrás con aquella risa que tan bien conocía hasta el último de sus hombres. «¡Alejandro!».

Prosiguió cabalgando más deprisa, lanzando su caballo blanco a galope tendido, con su escolta siguiéndolo como la clámide sujeta al cuello, mientras todos los hombres del ejército gritaban su nombre: «¡Alejandro!».

Parmenio soltó un gruñido de desdén y azuzó a su caballo.

Hizo ademán al hiparco aliado y a sus oficiales de que se aproximaran. A continuación señaló hacia los persas y dijo:

—Demasiado fondo, demasiado apiñados. Dejemos que lleguen a la orilla del río y que carguen. Lo único que hay que hacer es aguantar hasta que el niño haga el trabajo.

Kineas era más joven que «el niño», y no estaba seguro de poder retener la comida en el vientre, y mucho menos aún impedir que miles de medos inundaran la llanura para luego penetrar por la fuerza en los flancos de la falange. Era dolorosamente consciente de que estaba allí, al mando de cien jinetes, porque su padre era muy rico y muy impopular por su apoyo a Alejandro, y no gracias a méritos propios. Entre los jinetes áticos que tenía a sus órdenes se contaban numerosos amigos de infancia. Temía estar a punto de conducir a una muerte segura a Diodoro y Agis, a Laertes y Graco, a Clístenes y Demetrio, todos con los que había jugado a ser hippeis mientras sus padres dictaban las leyes y comerciaban.

La voz de Parmenio le hizo volver al presente.

—¿Me entendéis bien? —Su griego macedonio seguía chirriando incluso después de un año oyéndolo—. En cuanto lleguen a la mitad del río, atacáis.



Kineas regresó al frente de su escuadrón casi incapaz de controlar a su caballo. La ansiedad y la impaciencia se turnaban para debilitarlo y embriagarlo. Deseaba que fuese cuanto antes. Deseaba que hubiese terminado.

Niceas escupió mientras cabalgaba.

—Vamos al sacrificio —dijo, y se llevó una mano al amuleto que colgaba de su cuello—. El niño rey no quiere perder a ninguno de sus amados tesalios. Y, al fin y al cabo, nosotros no somos más que unos insignificantes griegos.

Kineas ordenó con un gesto a su soldado esclavo que fuese en busca de agua, y las manos le temblaron al beberla. A lo lejos, hacia la derecha, se oían gritos: una insistente aclamación y voces griegas cantando el peán. Eso podía proceder de cualquiera de los bandos. Había muchos griegos entre los persas. Seguramente más atenienses con el Gran Rey que con Alejandro. Kineas miró al frente y trató de concentrarse de nuevo, pero las falanges macedonias se movían a su derecha haciendo temblar el suelo, más un alboroto que algo visible a través de la nube de polvo que habían levantado con sus primeros pasos. La bruma de la batalla. El Poeta habló de ella.

La bruma de la batalla. El Poeta habló de ella, y Kineas al fin la veía. Era aterradora y grandiosa al mismo tiempo. Y se elevaba hacia el cielo como el humo de un sacrificio o una pira funeraria.

Sin embargo, no lograba poner su mente por encima del polvo hasta alcanzar el azul.

Él estaba allí, en la playa, y los persas se acercaban. Y a pesar del temblor de sus manos, su mente seguía los acontecimientos de la batalla. Veía a los *taxeis* macedonios en el centro, atravesando nubes de polvo. Oía el griterío de los hombres que seguían al rey en su avance, y percibía la batalla con todos los sentidos mientras ésta se extendía hasta subir por las colinas lejanas. Y el encontronazo llegó cuando el centro entró en combate, los griegos del Gran Rey se alzaron como un muro ante las picas macedonias.

Los persas del frente de Kineas se tomaron su tiempo. Kineas tuvo ocasión de observar cómo la falange se arrojaba al lecho del río y se esforzaba en cruzar la grava y subir por la ribera opuesta, tiempo que le permitió ver a los griegos chocar contra la infantería persa, que los hizo parar en seco; hombres muertos caían hacia atrás por los empinados ribazos y arrastraban consigo a las filas que trepaban detrás de ellos. Vítores al viento en algún lugar más a la derecha.

—Vista al frente —dijo Niceas. Besó su amuleto.

Tan sólo a un estadio delante de él, un único jinete persa entró al trote en el río y comenzó a vadearlo. Gesticulaba y gritaba, y el grueso de la caballería persa iba bajando despacio por aquel paso más somero, adentrándose en el Pinaro.

Filipo Kontos, el noble macedonio al mando de la caballería aliada, levantó la

mano. El cuerpo entero de Kineas dio una tremenda sacudida y el caballo respingó una vez, y luego otra, al transmitirle su tensión a la bestia a través de las rodillas. Hasta entonces sólo se había enfrentado a la caballería persa en una ocasión. Le constaba que eran mejores jinetes que la mayoría de los griegos y que sus caballos eran más grandes y feroces. Rezó a Atenea.

Niceas se puso a cantar el peán. Bastaron cinco palabras para que todos los hombres de la primera fila se le sumaran; el volumen del sonido aumentó y se extendió cual llama en un campo agostado, un fuego cantado que lanzaba chispas y pavesas a los tesalios que tenían detrás. La caballería persa, un frente compacto de jinetes, estaba en medio del río.

Kontos dejó caer el brazo. La caballería aliada inició el avance al paso; los caballos, excitados, daban coletazos y amagaban con encabritarse. Kineas cambió de mano su jabalina ligera, hasta entonces sujeta con la que agarraba las riendas, resuelto a llevar a cabo una hazaña bélica para la que se había adiestrado durante cinco años: arrojar su primera jabalina y combatir con la segunda, todo ello al galope. Midió el terreno hasta el frente de la caballería persa. El grueso de la caballería griega comenzó a avanzar más deprisa, primero al trote y luego a medio galope, el peán hecho trizas por el ruido machacón de las pezuñas. La montura de Kineas salió de la arena y comenzó a descender la ligera pendiente de grava de la orilla del Pinaro. Cerró el puño indicando el inicio de la carga y la trompeta de Niceas sonó.

Había dejado de ser un oficial. Ahora sería un guerrero. El muro de medos que tenía enfrente le llenó los ojos e hizo que se le tensasen los hombros. Su yegua estiraba la cabeza, lanzada al galope tendido. Apretó las rodillas y los muslos contra los flancos del animal, se irguió y arrojó su jabalina hacia el persa más cercano. C cogió la segunda jabalina y la levantó justo cuando los cascos del caballo entraban en el agua del río y se estrellaba, casi de cabeza, contra la montura del hombre al que acababa de matar —la jabalina había atravesado el cuerpo del persa—. Su menuda yegua derribó al gran caballo persa, que cayó al agua agitando las patas. Un golpe contra su costado izquierdo desprotegido se propagó hasta su casco y los brazos. Sintió dolor. Kineas arremetió contra un hombre de barba pelirroja que blandía su lanza como si fuese un garrote, paró el golpe y su propia lanza se partió con el impacto, pero la punta de bronce abrió un tajo en la mejilla del persa al cruzarse, tan próximos que sus rodillas se tocaron. Ahora tenía al barba roja detrás y estaba desarmado. Su yegua estaba hundida hasta las rodillas en el agua, había perdido impulso, y uno de los caballos persas chocó contra ella. Ambas bestias se alzaron en el agua como encarnaciones del dios del río batiéndose en duelo, las salpicaduras, una fuente de fuego bajo el sol. El jinete del semental persa atacó con su lanza y Kineas lo esquivó mientras caía de la montura. Un instante después se encontró bajo el agua, el fragor de la batalla acallado. Tras un latido de su corazón, Kineas ya tenía los pies

debajo de él pese al peso de la armadura, y su espada halló el camino hasta su mano mientras su cabeza regresaba al aire y al estruendo.

Su yegua se había ido, empujada por el caballo persa, más grande. Encima de él corveteaba uno de color gris. Kineas golpeó la pierna del jinete con la espada, un tajo limpio; manó sangre de la herida y acto seguido el jinete estaba en el agua y Kineas trataba de montar, una mano aferrada a la crin rubia del caballo gris, la otra asiendo a muerte el puño de la espada, el agua tirando de sus piernas y el pesado peto empujándole hacia abajo a cada intentona por montar.

Un arma repicó contra su casco, y le dio la vuelta de tal modo que lo cegó. Una cuchilla le marcó el brazo, chirrió sobre el bronce de su coraza y le dio en el antebrazo con que sujetaba la brida. El caballo gris, asustado, se desbocó y lo sacó a rastras del río remontando la orilla que había dejado atrás hacía tan poco; iba colgado de sus crines, cosa que causó tanto pánico a la pobre bestia que sacudió su poderosa cabeza hacia atrás. La suer te y la fuerza de su cuello le impulsaron un palmo más arriba que el mejor de sus intentos precedentes, de modo que alcanzó a hincar una rodilla sobre su ancho lomo. Otro caballo le embistió de lado, la bendición de la Diosa, ya que el nuevo oponente le empujó hasta los lomos de su nueva montura, aunque los dientes del semental se cobraron el favor en la carne desnuda de su muslo. Arremetió a ciegas con la espada y notó que se clavaba en carne ajena. Con la mano de la brida se quitó el casco y se lo arrojó al enemigo que ahora podía ver, le asestó otro golpe de espada, esta vez concentrado, y su hombre cayó.

Kineas no alcanzaba las riendas. Las rodillas le sujetaban bien al lomo de la gran yegua, pero no podía hacerla girar, y estaba de espaldas al enemigo, cuyo peto era una clara señal de que era heleno y enemigo. Ni siquiera veía a otro griego. Arremetió contra un hombre que se le estaba echando encima con una lanza y falló por completo, y casi perdió la montura otra vez, pero el hombre de la lanza pasó de largo.

Imprudente o desesperado, Kineas se inclinó sobre el cuello de su nueva montura y trató de agarrar las riendas que colgaban: falló. Lo intentó otra vez. Las cogió, el tirón fue demasiado fuerte y el corcel se encabritó, corveteó y volvió a ponerse a cuatro patas. Kineas se volvió hacia el río y le hizo un tajo a un persa. El hombre dio un respingo. Kineas clavó los talones en los ijares de su caballo y éste se adentró aún más en el río, mordió enfurecido a un semental que le impedía el paso mientras Kineas mataba a su jinete. Penetró en la masa de persas y, de pronto, se encontró sobre la grava, al otro lado del río, apretujado entre una masa de enemigos que no podían avanzar ni retirarse de tantos como eran.

Fue una mala sorpresa para ellos, tan prietos que las jabalinás resultaban inútiles; incluso su espada era demasiado larga y el brazo le dolía por el esfuerzo cada vez que la levantaba. Se había adentrado mucho en su formación. No pensó ni planeó nada.

Se puso a dar mandobles a diestro y siniestro y cuando la pesada espada le fue arrancada de la mano por el peso de una víctima, cogió la daga de su cinturón y se arrojó a su siguiente enemigo hasta oler el cardamomo de su aliento mientras se la clavaba en la axila. Se abrazó a su víctima como un luchador agotado y el cuerpo recibió tal golpetazo que le hizo rodar hacia atrás sobre su montura. Soltó el cuerpo y lo dejó caer entre los caballos. Una jabalina alcanzó a Kineas en el borde del peto y le pinchó los tendones del cuello antes de arrojarlo al suelo. Intentó parar otro golpe, pero la mano izquierda no le obedeció y el hombre le arreó con la espada contra la coraza magullándole el costado, y luego su caballo siguió adelante y ya no había rastro del hombre.

Se hallaba en lo alto del ribazo. Había cruzado el río y sentía tan poco miedo como si su espíritu hubiera ascendido al éter o ya se encontrara de camino al Elíseo: indiferente, consciente en los últimos instantes de vida de que estaba solo en medio de sus enemigos, herido diez veces.

Los instantes se prolongaban, «así es como los dioses perciben el tiempo», y no estaba muerto. O quizá lo estuviera. Lo veía todo como desde el fondo de un largo pasillo, de modo que le costaba sentirse amenazado por el persa que veía al final del túnel de su mente. Quería gritar y remontarse en el tiempo hasta el niño que había iniciado la carga: «seremos héroes, tú y yo». La idea le hizo sonreír, y luego el túnel dio un giro y notó un tremendo golpe en la espalda, un penetrante dolor en el cuello y los talones.

No supo hasta más tarde que sus amigos de infancia Diodoro y Laertes se plantaron en torno a su cuerpo, igual que Ajax y Ulises, y que mantuvieron a los persas a raya hasta que la batalla fue vencida.

No supo hasta más tarde que su acción había roto la caballería persa.

Se recobró deprisa, pero no lo bastante para lucir la corona de laurel que Alejandro le concedió como al más valiente de los aliados, ni tampoco para oír su nombre aclamado por el ejército. La corona la metieron en su equipaje entre dos tablas de cedro.

Dos años después otro par de tablas de cedro hallaría su lugar junto a aquél, sujetando otra corona, una que le costaría una cicatriz de cinco palmos a lo largo de la pierna derecha.

Aprendió sobre la guerra, sobre cuánto dolor era capaz de resistir su cuerpo, sobre el frío y el calor, sobre la incomodidad, la enfermedad, la amistad, la ambición y la traición. En Gaugamela aprendió que tenía el don de ver el campo de batalla como un ente orgánico, tal como un médico vería un cuerpo, diagnosticando sus males y proponiendo remedios. Descifró las intenciones persas con antelación suficiente como para salvar a su parte del frente cuando los persas cobraron ímpetu y todo

parecía perdido; y de nuevo sufrió una herida que le hizo caer. Una prostituta le salvó de morir de mala manera en el campo de batalla y decidió llevarla consigo una temporada, y luego una temporada más, y luego persiguieron al Gran Rey hasta Ecbatana, donde traidores bárbaros llevaron a Alejandro la cabeza del Gran Rey en un saco y el ejército supo que Asia era suya y de nadie más.

Ecbatana olía a humo y a manzanas. El humo procedía de las hogueras, pues todo el ejército conquistador se concentró allí después de la muerte de Darío. Las manzanas estaban por doquier, traídas para complacer al Gran Rey y tomadas como botín por las primeras unidades que subieron por los desfiladeros. Durante el resto de su vida, Kineas adoró el olor a manzanas y a sidra recién prensada.

Kineas fue uno de los primeros, y gracias a eso había otros cien daricos de oro en su equipaje. Tenía una espada con la empuñadura de oro y se recostaba sobre un diván con la cabeza de su querida bajo su mano mientras bebía sidra en una copa de plata como un caballero en vez de estar de pie junto a una fogata bebiéndola en vasos de arcilla o de asta como otros diez mil helenos. Su mujer llevaba un perfume que había salido del palacio, una fragancia que se le atragantaba como el humo de la leña.

Era feliz. Estaban todos allí. Habían derrotado al mayor imperio del mundo y nada podría detenerlos jamás. Kineas nunca olvidaría la sensación de aquella noche, el olor a humo y a manzanas y al perfume de su hembra, como una Nike tangible tendida entre sus brazos. Y entonces su amigo de infancia Diodoro, que había cabalgado con él desde Issos a Ecbatana, un caballero ateniense tan astuto como un zorro y pelirrojo como dicho animal, entró después de su turno de guardia, bebió su copa de sidra y dijo que se iban a casa.

—La guerra de los helenos toca a su fin —dijo Alejandro. Estaba sentado en un trono de marfil y lucía una diadema.

Kineas disfrutaba siguiendo a Alejandro, aunque el trono y la diadema le daban la apariencia de un tirano de teatro. Permaneció en pie sin inmutarse con los demás oficiales aliados. Si Alejandro se había propuesto impresionarlos, sus palabras no fueron bien recibidas.

—Habéis servido a la Liga con brillantez. Aquí tengo una recompensa para cada uno de vosotros. Si alguno de vuestros hombres decide quedarse, será enrolado con los mercenarios.

Alejandro levantó los ojos de los sacos de monedas que había en el suelo junto al trono. Su rostro presentaba profundas ojeras a causa de la bebida, pero la chispa aún brillaba en ellos, bailando esquiva, como si hubiera algo encendido dentro de su cabeza.

Kineas se preguntó por un momento si había cometido un error al explicarse, si también él sería bien recibido caso que decidiera quedarse para conquistar el resto del

mundo. Y entonces los ojos de Alejandro se encontraron con los suyos y en ellos leyó su destitución. Los oficiales iban a regresar a casa. Alejandro siguió hablando con frases de encomio que las bolsas de oro a sus pies vaciaban de todo significado. «Ya no os necesito. Marchaos.» Cuando los demás oficiales aliados salieron en fila, se demoró junto a la puerta de la tienda del rey mientras esperaba una palabra amable, una excepción, pero Alejandro se levantó sin volver a mirarlo y se fue por otra puerta.

Vaya.

Kineas se preguntó si Alejandro sabía cuánto veneno político bullía entre sus queridos macedonios, pero se guardó sus pensamientos para sí. Se reservó la opinión cuando su querida le dejó por un oficial de la caballería macedonia, uno de tantos Filpos, en lugar de emprender el viaje de regreso con él, y estuvo lacónico cuando una delegación de sus hombres fue a verle para pedirle que se quedara y fuera su jefe. Algunos sugirieron que podían permanecer juntos y ponerse al servicio de Antípatro, el regente de Alejandro en Macedonia.

Kineas no tenía ningún interés en servir a Antípatro. En un solo día se había dado cuenta de que había amado a Alejandro, no a Macedonia. Empacó sus daricos y sus coronas, vendió casi todo su botín, excepto unas cuantas copas buenas que regalaría a amigos de Atenas y un tapiz para su madre. Conservó la espada y el fornido caballo gris, así como la clámide manchada, y se dispuso a ser un granjero acomodado. Llevaba fuera seis años. Regresaría convertido en un hombre rico, tomaría esposa.

Los atenienses se marcharon con él. Clístenes y Demetrio se estaban pudriendo bajo tierra, o paseando por las arboledas del Elíseo, pero Laertes, Agis, Graco y Diodoro habían sobrevivido a batallas, enfermedades, sufrimientos y penalidades. Igual que Niceas. Nada podía matar a Niceas. Juntos cabalgaron de regreso a la patria, y ningún bandido se atrevió a tender una emboscada a su convoy. Cuando llegaron a Anfipolis, en la tierra firme griega, ninguno de los demás jóvenes tuvo ganas de seguir. Se demoraron en las tabernas. Kineas corrió a casa.

Resultó que no había tenido por qué apresurarse.

En Ática se encontró con que su padre estaba muerto y con que él había sido enviado al exilio por servir a Alejandro. Huyó al norte, a Platea, donde había una comunidad de exiliados atenienses.

Sólo llevaba allí un día cuando le abordó un ateniense con una proposición. Por descontado, el hombre procedía de la misma facción que había dispuesto su exilio. Pero Kineas se había criado en el ambiente político de Atenas, de modo que sonrió y negoció, y esa misma noche envió una carta a Diodoro, y otra a un amigo de su padre, exiliado también, en el Euxino.<sup>[1]</sup>

# PRIMERA PARTE

## EL ESCUDO DE AQUILES

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por la ciudad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes danzantes formaban ruedos, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas admiraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas.

[...] La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de lucientes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los otros querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población.

*Ilíada*, Canto XVIII

# 1

La misma racha que azotó al penteconter, escorándolo sobre las olas y llenando la vela de agua, se tragó a la otra nave mercante un poco más al sur. La carga del pequeño mercante se deslizó y se fue a pique, y el viento trajo con toda claridad los gritos de sus tripulantes. El penteconter yacía escorado: la vela izada daba fe de la inexperiencia de su trierarca y la carga inmóvil rendía tributo a la destreza de su patrón. De todos modos, el barco se habría hundido en el Euxino con toda la tripulación, pero el patrón se había arrojado desde la borda al mástil, había sacado un cuchillo de bronce de una funda que llevaba colgada al cuello y había cortado las trincas que sujetaban la vela a la verga.

Bajo la toldilla de popa, el trierarca yacía paralizado de miedo contra la borda, incapaz de digerir las consecuencias de su desastrosa decisión de dejar el mástil levantado. El caos en las bancadas fue una crisis tan inmediata como la de la vela empapada; el trierarca había ordenado a los remeros armar las palas justo antes de que arremetiera el turbión, tras lo cual fue inútil emplearlas para mantener la proa encarada al viento, y cuando el barco escoró, el agua impulsada por el viento empujó las largas varas que entraron con violencia por los escálamos, arrancándolas de las manos de los remeros, aplastando cabezas y costillares. Habían muerto dos hombres, uno de ellos el maestro remero.

El único pasajero del barco, un caballero de Atenas, también había perdido el equilibrio cuando el barco se inclinó, mas no así la cabeza. Se levantó de un salto, se agarró al otro lado del barco mientras éste cabeceaba apartando la proa del embate del mar y buscó un nuevo apoyo para los pies. Con un vistazo comprobó que la carga no se había desplazado y que los remeros se estaban dejando llevar por el pánico.

—¡Contrapeso! —bramó—. ¡Remeros! ¡A babor!

Logró hacerse oír por encima del rugido del viento que empezaba a amainar; el hábito de dar órdenes contando con ser obedecido era tan fuerte como su propia voz. Todos los hombres de la sección central que aún conservaban el dominio de sí mismos obedecieron; treparon unos por encima de otros, mientras el nivel del agua subía, para agarrarse a la banda que aún estaba fuera del agua.

El patrón cortó las ligaduras de la vela. El pasajero notó que el peso cambiaba, que la cubierta se movía muy despacio hacia una posición de equilibrio. Saltó la borda y se colgó de los brazos con todo su peso fuera, y unos cuantos remeros le imitaron añadiendo su peso al suyo. El agua de la sección central se movió, la borda de estribor salió a la superficie y el patrón se zafó de la vela y nadó hasta la proa.

—¡Está nadando! —gritaron marineros y remeros, para quienes el barco era un



hombre. Cada signo de éxito concentraba a más hombres en medio del barco.

—¡Achicad! —gritó el pasajero.

Dos remeros veteranos ya habían armado la bomba de madera de olivo y el agua comenzó a salir a chorros como sangre arterial. Otros hombres usaban cascos, vasijas, cualquier cosa que tuvieran a mano.

Para cuando el pasajero trepó de nuevo a bordo, las bancadas ya no estaban sumergidas. El patrón ponía toda su atención en el mar que tenía delante.

—Otra racha como ésta y podemos darnos por muertos. Tengo que poner la proa al viento —dijo, y lanzó una mirada asesina al trierarca.

Gritó órdenes a los remeros y a los marineros, que comenzaron a talar el propio mástil. Una de las juntas de la banda de babor se había abierto cuando el barco escoró; el agua entraba con cada ola y una ola cruzada que arremetió con el ímpetu del viento volvió a inundar la sección central por encima de las bancadas. La ausencia del maestro remero se hacía notar: los remeros titubeaban, sus esperanzas se habían venido abajo con la segunda ola.

El pasajero corrió a la sección central, cogió el casco de su equipaje en la popa al pasar y se puso a echar agua por la borda.

—¡Achicad! —ordenó.

Y entonces, mientras los hombres reanudaban la tarea, comenzó a empujar a los rezagados a sus bancos. No sabía cómo se llamaban ni cuál era su sitio, pero la fuerza de su voluntad bastó para moverlos. Perdieron un tiempo precioso arrastrando remos rotos de la banda de babor hasta la de estribor para meterlos en los escálamos, pero aun así el barco flotaba. Tras la primera vacilante estrepada obedeciendo al grito del pasajero, el barco avanzó una fracción de su eslora.

—¡Bogad! —bramó otra vez, mientras ajustaba el ritmo de las paladas al de un profesional de brazos torcidos que remaba en la bancada que tenía a sus pies.

Sólo seis remos por banda en el mar, el buque lleno de agua y con el fondo sucio de algas y caracolillo, y de nuevo el barco apenas se movió. Fue chapoteando hasta otro banco, sentó por la fuerza a dos hombres asustados y les puso el remo en las manos. El banco opuesto lo ocupaba un cadáver. Levantó el cadáver, más pesado que cualquier cosa que recordara, y otro par de manos le ayudaron a arrojar tan macabra carga por la borda mientras gritaba «¡bogad!» otra vez. La vara del remo, liberada del cadáver, pareció cobrar vida y le golpeó de refilón derribándolo sobre el banco. El hombre que le había ayudado la agarró, la levantó para sacar la pala del agua y se sentó en la bancada, todo ello en un solo movimiento. El pasajero la asió a la siguiente palada, sumó su fuerza y gritó «¡bogad!» cuando el remo alcanzó el punto más alto de su recorrido. La vara siguió su curso y bajó, la pala golpeó el agua con firmeza, el remo parecía vivo entre sus manos. Levantó la cabeza y vio al patrón en la popa, plantado junto al remo de gobierno. Aquél se dio por aludido y asumió la voz

de mando, y dejó que el pasajero bogara; las manos suaves y mojadas ya empezaban a notar el peso del remo.

—¡Bogad! —gritó el patrón.

A la cuarta palada o la quinta, el hombre del remo de gobierno gritó:

—¡Ya responde!

Y el patrón le dio una orden.

Luego vino una hora de infierno físico para el pasajero, aunque sin el apuro del peligro inminente, sólo dolor en los hombros mientras veía cómo sus manos se ponían en carne viva bogada tras bogada, al tiempo que el agua iba subiendo desde los tobillos hasta los muslos. Los alcanzó otra racha y aún otra más. Apenas avanzaban; de hecho, seguían viendo la vela a estribor cada vez que los alzaba una ola. Lo único que podían hacer los remos era mantener la proa del bajel inundado hacia el viento para impedir que el oleaje lo volcara.

Hicieron todo lo humanamente posible y rezaron a los dioses. Justo cuando a los remeros comenzaron a flaquearles las fuerzas y las paladas para mantenerse proa al viento rayaban en lo desesperado, justo cuando el segundo remo de babor falló y amenazó con desbaratar la bogada, el viento aflojó, y antes de que el pasajero pudiera volver a mirar el penoso estado de sus manos, el sol apareció entre las nubes, y luego las nubes se fueron dispersando, y se encontraron subiendo y bajando en el oleaje de un día soleado en el Euxino, y estaban vivos.

Sólo cuando el viento amainó, el pasajero pudo oír los débiles gritos que llegaban de estribor, por debajo de la borda, donde un pobre diablo luchaba contra el mar para no morir ahogado.

—¡Remos dentro! —gritó el patrón con la voz tan cascada como las manos del pasajero. No estaba acostumbrado a vocear las bogadas durante tanto rato. Los hombres inclinaron los remos y tiraron de ellos, un movimiento desigual pero, a fin de cuentas, eficiente, de manera que cruzaran las bancadas y las empuñaduras encajaran debajo del banco opuesto, las palas bien apartadas del agua. El compañero de bancada del pasajero se dejó caer contra el reposacabezas previsto a tal efecto, los brazos encima de los remos, la mejilla apoyada en las varas. Respiraba pesadamente.

El pasajero oyó otro grito a estribor. Salió de debajo de las varas cruzadas de los remos; los restos de agua salada le ardían en las manos como brasas.

Su compañero de banco levantó la vista hacia él y le sonrió. —Bien remado, colega.

—Hay un hombre en el agua —contestó el pasajero, y se puso de pie encima de un banco vacío de estribor. La bodega que tenían bajo sus pies no tenía cubierta y el agua cubría casi toda la carga. Aún estaban a flote de milagro.

El patrón se estaba ocupando de eso. Tenía a los marineros y al personal de cubierta arrojando cadáveres y cualquier otra cosa que considerase inútil por la borda.

Minuto a minuto el barco se iba aligerando, dejando los bancos un poco menos hundidos en el agua.

El pasajero miró el mar vacío haciendo visera con la mano, pues el sol se reflejaba con cegadora intensidad en el agua rizada, y aguzó el oído por si oía gritar otra vez. Cuando oyó el grito, fue mucho más cerca de lo que había esperado; un hombre nadaba sin fuerzas pero todavía a flote a tan sólo unas cuantas brazas de la proa. Se zambulló sin detenerse a pensarlo y nadó tan bien como pudo entre las olas, mientras sentía el frío del agua salada y con las manos ardiendo otra vez.

Alcanzó al superviviente enseguida, pero el hombre trató de luchar con él, sorprendido por el contacto y temiendo, quizá, que Poseidón hubiese venido a por él finalmente. El pasajero le gritó, le agarró del pelo con el puño y comenzó a tirar de él hacia el barco. El forcejeo del hombre suponía un peligro para ambos, pero tragó una bocanada de agua y dejó de oponer resistencia. El pasajero lo llevó hasta la nave. Le sorprendió la renuencia de los remeros a subir al hombre a bordo, pero lo hicieron.

El hombre quedó tendido sobre un banco vacío, respirando y vomitando alternativamente un buen rato. El pasajero subió a bordo ayudado por manos más bien dispuestas, y entonces vio que estaban izando hacia la borda el petate de cuero que contenía su armadura y casi todos sus arreos. Lento tras el esfuerzo en el mar, aún fue lo bastante rápido para interponerse entre el patrón y su equipaje.

—No —jadeó—. Todo... tengo.

El patrón arrancó el petate de las manos de sus tripulantes y lo tiró a la cubierta con un ruido de bronce.

—Te lo debemos —dijo con aspereza. Señaló con la barbilla al hombre de pelo largo que vomitaba en un banco de la sección central—. No les gusta. Los marineros no le arrebatan las presas a Poseidón. Los náufragos... —No terminó de expresar sus pensamientos, seguramente era demasiado supersticioso para explicar en voz alta sus creencias.

El pasajero era ateniense: tenía ideas distintas acerca de Poseidón, Señor de los Caballos, y su «presa».

—Lo cuidaré yo mismo. Necesitaremos a todos los hombres en las bancadas para llevar este barco a una playa.

El patrón murmuró algo entre dientes, un rezo o una maldición. El pasajero regresó a su banco. Hasta después de limpiar el vómito de la cara del hombre melencólico y de oírle jactarse las gracias con acento lacedemonio, no se dio cuenta de que el trierarca ya no estaba a bordo.

Achicaron y remaron todo el día hasta que volvieron a tener tierra a la vista por la banda de estribor. Aquella costa del Euxino era famosa por su carencia de playas, sólo rocas sin fin alternando con peligrosas marismas. El patrón no intentó obligar a los hombres a llevar el barco a tierra, pese a la vía de agua que seguía fluyendo

lentamente. Comieron pescado seco, empapado de agua salada, y se sintieron algo mejor. Durmieron por turnos, incluso el pasajero, y bombearon y achicaron toda la noche, y al día siguiente salió el sol para traerles más de lo mismo. El desayuno fue aún más mezquino que la cena. Los buques mercantes pequeños solían hacer noche varados en playas y llevaban pocas provisiones a bordo. Las ánforas de agua potable iban clavadas en la arena de la bodega y casi todos sus tapones lacrados estaban abiertos mostrando sus entrañas vacías al cielo azul. El pasajero no sabía a qué distancia se hallaban del próximo puerto, pero tuvo el buen sentido de no sacar el asunto a colación.

A mediodía, el hombre rescatado se encontraba mejor y achicaba con voluntad. Se movía con cuidado y guardaba silencio, a todas luces consciente de la mala acogida que le dispensaban los remeros y los marineros, con la clara intención de ganarse su sitio a bordo trabajando como el que más. El hecho de que se mareara cada vez que el oleaje aumentaba no le ayudaba en lo más mínimo. Era un hombre de tierra firme y no se encontraba a gusto en el mar; también tenía las manos cuidadas y nunca había tenido que remar. Y llevaba la palabra «espartano» escrita en la frente y en cada rizo de pelo.

El pasajero se las arregló para que le tocara el turno de bombear junto al desconocido. Tenía que hacer casi todo el trabajo; el espartano estaba débil por el mareo y la terrible experiencia como náufrago, y le faltaba muy poco para dejar que los acontecimientos le superasen.

—Soy Kineas —dijo al subir la palanca de la bomba—. De Atenas.—La honestidad le obligó a agregar—: Hasta hace poco.

El espartano calló al bajar la palanca, poniendo todas sus fuerzas en ello.

—Filocles —dijo jadeando—. De Mitilene. Dioses, de ninguna parte.

Volvió a jadear mientras la palanca subía. Kineas apretó hacia abajo.

—Reserva tus fuerzas —le dijo—. Ya bombeo yo. Sólo mueve los brazos.

La sangre del hombre más joven le subió a la cara.

—Puedo bombear —replicó—. ¿Es que parezco un esclavo, para no hacer honor a mi deuda contigo?

—Como quieras —dijo Kineas.

Bombearon durante más de una hora bajo un sol implacable sin decirse ni una palabra más.

Al atardecer repartieron lo último que quedaba de comida y agua, y no cabía seguir obviando que el patrón ya no sabía qué hacer. El humor de los remeros era malo; sabían cómo iban las cosas, y sabían que el trierarca había desaparecido, cosa que no aprobaban, por caro que hubieran pagado su error con el mástil.

Kineas tenía mucha experiencia con hombres, hombres en peligro, y conocía de sobra su humor. Y sabía lo que el patrón, que ya había asesinado al armador, haría

para conservar su autoridad. Cogió su petate de la proa en cuanto empezó a caer el sol y se sentó en un banco, se puso a limpiar ostentosamente el agua de mar de su peto de soldado y untó aceite a las botas antes de afilar su pesada espada de caballería y lustrar las puntas de las jabalinas. Se exhibió adrede con intención de intimidar. Era el hombre mejor armado del barco y tenía sus armas a mano, y perdió a algunos de sus nuevos amigos tripulantes al hacérselo saber.

Sin reparar en lo que estaba ocurriendo, el espartano estaba tumbado delante de él en el banco de proa, tras haber gastado sus reservas de ira bombeando.

—¡Soldado de caballería! —dijo sorprendido; eran sus primeras palabras en horas. Señaló las pesadas botas, tan ajenas a los griegos, que solían ir descalzos o a lo sumo con sandalias—. ¿Dónde está tu caballo? —agregó, haciendo amago de sonreír.

Kineas asintió sin quitar el ojo de los hombres de la sección central y del patrón que hablaba con dos marineros en popa.

—Se proponen tirarte por la borda —dijo en voz baja.

El hombre de pelo largo se incorporó hasta sentarse.

—Zeus —dijo—. ¿Por qué?

—Necesitan un chivo expiatorio. El patrón también, o será él a quien sacrifiquen. Asesinó al armador. ¿Lo entiendes?

El muchacho aún tenía la cara verdosa y transida de dolor y amargura. Kineas se preguntó si estaba asimilando algo de lo que le decía. Siguió hablando, más para pensar en voz alta que para trabar conversación.

—Si mato al patrón, dudo que podamos llevar esta mierda de barco a puerto. Si mato marineros, acabaré en el fondo del mar.

Se levantó, flexionando las piernas para adaptarse al balanceo, y se echó el tahalí de su espada al hombro en bandolera. Anduvo hacia popa, mientras hacía como que no le preocupaba tener a la mitad de la tripulación a su espalda, hasta que tuvo claro que había llamado la atención del patrón.

—¿Cuánto falta para tocar puerto, patrón? —dijo.

Se hizo el silencio en las bancadas. El patrón echó un vistazo, calibrando el humor de la tripulación, pues se hallaba desprevenido para el conflicto, si es que iba a haber alguno.

—Los pasajeros deberían ocuparse de sus asuntos, no del gobierno del barco —contestó.

Kineas asintió como si estuviera de acuerdo.

—No dije nada cuando el trierarca izó la vela —dijo, lanzándole una clara indirecta—. Y mira cómo me veo. —Se encogió de hombros y levantó las manos para mostrar los verdugones sanguinolentos a fin de ganarse a parte de los tripulantes. Consiguió unos cuantos chasquidos de lengua, poco más—. Tengo que estar en Tomis[2] antes de diez días. Calco de Atenas me aguarda.

Miró en derredor, captando las miradas de los hombres que tenía delante, preocupado por los que tenía detrás porque le constaba que los hombres asustados solían ser muy difíciles de convencer. No podía decirlo más claramente: «Si no llego a Tomis, gente importante interrogará sin clemencia a esta tripulación.» La expresión del patrón le dijo que había hecho diana y rezó, «rezó», para que el hombre tuviera dos dedos de frente. Calco de Atenas era el dueño de la mitad de la carga de aquella nave.

—No tenemos agua —dijo un tripulante de cubierta.

—Necesitamos remos, y la grieta se está abriendo como una puta del Pireo —dijo uno de los remeros veteranos.

Ahora todos miraban al patrón. Kineas percibió que las tornas cambiaban. Antes de que pudieran hacer más preguntas peligrosas, se subió a un banco.

—¿Hay algún sitio en esta costa donde varar la nave y arreglar la grieta? —preguntó en tono desenfadado, aunque su posición encima de ellos en el banco contribuía a conferirle autoridad.

—Sé de un lugar, a un día a remo de aquí —dijo el patrón—. Ya basta, marineros. Aquí no se discuten las órdenes. ¿Quizás el «pasajero» tiene algo más que decir?

Kineas se obligó a sonreír de oreja a oreja.

—Pues remaré un día más —dijo, y se bajó del banco.

En la proa, el espartano mareado tenía una jabalina cruzada al brazo, con la lazada para lanzarla tensa en el pulgar. Kineas le sonrió y meneó la cabeza, y el joven de la melena quitó tensión a la jabalina.

—Necesitaremos a todos los hombres —dijo Kineas como si tratara de entablar conversación, sin dirigirse a nadie en concreto. Su compañero de bancada de las primeras horas posteriores a la escorada asintió. Otros hombres apartaron la vista y Kineas suspiró, pues la suerte estaba echada y vivirían o morirían según se les antojara a los dioses.

Fue hasta la proa dando la espalda a los marineros, y el patrón gritó:

—¡Eh, los de ahí!

Kineas se puso tenso, pero lo que oyó acto seguido le sonó a música celestial:

—¡Los que estáis junto al mástil! ¡Os quiero ver bombeando, hijos de puta!

Los dos hombres que estaban junto al mástil obedecieron. Igual que los primeros avances del barco cuando los remos comenzaron a bogar, el sentimiento en cubierta también comenzó a mudar, y luego, pese a los murmullos, los hombres estuvieron de nuevo en sus bancos o achicando. Kineas esperó que el patrón realmente supiera dónde estaban, y dónde podrían varar el barco, porque la próxima vez dudaba de que su voz o su espada bastaran para cortar la maraña de animosidades extendida por cubierta.

Los dos ancianos que guardaban el faro del puerto de Tomis vieron el penteconter que se aproximaba.

—Ha perdido el mástil —dijo uno—. A quién se le ocurre bregar con este viento.

—Los remeros también están en las últimas. Le costará lo suyo llegar al malecón antes de la noche —dijo el otro.

Se sentaron y compartieron su desdén por un marinero tan idiota como para haber perdido el mástil.

—¡Dioses del Olimpo, mírale el costado! —dijo el primero mientras el sol se hundía en el horizonte. El penteconter ya estaba muy cerca de tierra, su proa tan sólo a una docena de esloras del malecón. El costado estaba recubierto con un trozo de vela relleno de fibras de amarra y pintado toscamente con alquitrán, una imagen patética—. Tienen suerte de estar vivos.

Su compañero bebió un trago de vino del odre casi vacío que compartían, lanzó una torva mirada a su primo y se secó la boca con la mano.

—Pena me dan los pobres marineros, macho.

—Y que lo digas —contestó el primo.

El penteconter metió la proa a resguardo del malecón antes de que fuese noche cerrada, su cubierta silenciosa como la de un barco de guerra salvo por la llamada a la boga. Las remadas eran cortas y débiles, y desde todos los rincones del puerto ojos expertos veían que hacía mucho que la nave no podía presumir de sus remeros ni mantener una buena velocidad. El penteconter dejó atrás el largo muelle donde los cargueros solían atracar y condujo su proa hasta la playa de guijarros que orlaba la desembocadura del río. Sólo entonces se oyeron los vítores de la tripulación, un sonido que dijo la ciudad todo lo que cabía saber sobre los últimos cuatro días.

Tomis era una ciudad grande para lo que era habitual en el Euxino, pero su número de habitantes era reducido y las noticias viajaban deprisa. Para cuando hubieron bajado a tierra el equipaje de Kineas, el único hombre que conocía en la ciudad aguardaba de pie en la playa bajo la proa, junto a un esclavo que portaba una antorcha.

—Calco, por todos los dioses —gritó Kineas, y saltó a los guijarros para darle un abrazo.

Calco le agarró a su vez; primero lo abrazó y luego le hizo una llave de lucha, de modo que ambos se encontraron forcejeando por la grava en lo que tarda una gaviota en batir las alas, Calco sujetando las rodillas de Kineas para derribarlo, Kineas agarrando el cuello de su fornido adversario como un granjero agarraría a un ternero.

Y luego ambos estaban de pie riendo con ganas, mientras Calco se arreglaba la túnica sobre su musculoso pecho y Kineas se sacudía la arena de las manos.

—Diez años —dijo Calco.

—Parece que el exilio te sienta bien —respondió Kineas.

—En efecto, así es. No volvería por nada. —El tono de Calco daba a entender que regresaría si pudiera, pero el orgullo le impedía decirlo.

—Recibiste mi carta.

Kineas detestaba pedir hospitalidad, la suerte de todo exiliado.

—No seas idiota. Claro que recibí tu carta. Tengo tu carta, y una reata de tus caballos, y a tu hipereta y a su pandilla de patanes. Hace un mes que les doy de comer. Algo me dice que no tienes ni orinal donde mear.

Kineas torció el gesto.

—Pienso devolverte... —comenzó.

—Claro que sí. Escucha, Kineas, he pasado por lo mismo. —Con un gesto negligente señaló el equipaje de Kineas al esclavo de la tea, que cogió el petate mientras soltaba un gruñido y un prolongado suspiro—. Aplaca ese orgullo, Kineas. Tu padre mantuvo al mío con vida. Nos entristeció saber que había muerto... y que tú estabas exiliado, por supuesto. Atenas es una ciudad gobernada por ingratos. Pero no te hemos olvidado. Además, el timonel dice que ayudaste a salvar el barco, y la carga es mía. Seguramente soy yo quien está en deuda contigo.

Miró más allá de Kineas a la tenue luz de la antorcha al ver que otro hombre saltaba por la borda a la playa.

El espartano se agachó, las greñas le taparon la cara, y besó sonoramente las piedras de la playa. Luego fue en pos de Kineas y se detuvo vacilante a dos pasos de él.

Kineas hizo un ademán hacia él.

—Filocles, un caballero de... Mitilene.

La pausa fue deliberada; pudo ver la confusión, incluso el enfado, en el semblante de Calco.

—Es espartano.

Kineas se encogió de hombros.

—Soy un exiliado —dijo Filocles—. Considero que el exilio tiene esta virtud, que a ningún exiliado puede hacerse responsable de los actos de su ciudad.

—¿Va contigo? —preguntó Calco. Su sentido de la hospitalidad y la etiqueta se había deteriorado en el exilio, según constató Kineas. Calco estaba acostumbrado a ser el amo.

—El caballero ateniense me salvó la vida; me sacó del mar cuando casi no me quedaban fuerzas. —El espartano era regordete. Kineas nunca había visto a un espartano rechoncho hasta entonces, no se había fijado mientras estuvieron en el mar,



pero allí, a la luz de la antorcha, resultaba evidente.

Calco dio media vuelta, un gesto descortés en el mejor de los casos, un calculado insulto hacia aquél, e hizo una seña hacia la playa.

—Bien. Puede quedarse conmigo, también. Es tarde para es tar fuera, Kineas. Me guardaré todas mis preguntas sobre «qué ha sido de fulano y mengano» hasta el nuevo día.

Si el espartano se ofendió, no dio ninguna muestra de ello.

—Muy amable, señor.

Pese a los días de esfuerzo físico y a las noches pasadas en vela, Kineas se despertó antes del amanecer y, al salir, se encontró con los primeros esclavos adormilados que acarreaban agua de un pozo a la cocina. Filocles había pasado la noche en el porche, como un criado, pero no parecía que eso le hubiese afectado demasiado, puesto que seguía dormido, roncando ruidosamente. Kineas contempló el alba y, cuando hubo suficiente luz para ver, bajó por el sendero que discurría por detrás de la casa hasta el potrero. En el cercado había dos docenas de caballos pastando, y constató con agrado que la mayoría eran suyos. Fue siguiendo la cerca hasta que vio lo que esperaba encontrar, una pequeña fogata encendida a lo lejos y un hombre de pie junto a ella con una lanza corta en la mano. Kineas caminó por el terreno accidentado hasta que el centinela lo reconoció, y acto seguido todos los hombres estaban despiertos, nueve hombres de barba poblada y con las piernas igualmente arqueadas.

Kineas los saludó uno por uno. Eran soldados profesionales, jinetes de caballería con decenas de años de guerra a sus espaldas y un montón de cicatrices, y ninguno de ellos tenía el dinero o los amigos necesarios para aspirar a ingresar en la clase de la caballería en ninguna ciudad. Antígono, el galo, tenía más puntos para ser esclavizado que nombrado ciudadano en ninguna ciudad, y él, como su amigo Andrónico, había comenzado con otros mercenarios enviados por Siracusa. El resto de ellos habían sido propietarios en ciudades que ya nada querían saber de ellos o que ya no existían. Likeles era de Tebas, que Alejandro había destruido. Coeno era corintio, amante de la literatura, un hombre cultivado con un pasado secreto: un hombre rico que por algún motivo no podía regresar a su patria. Agis era ateniense de Megara, un indigente de alta cuna que lo único que conocía de la vida era la guerra. Graco, Diodoro y Laertes eran los últimos ciudadanos atenienses de su cuadrilla, los últimos de los hombres que habían seguido a Kineas a Asia. Eran exiliados sin un céntimo.

Niceas, su hipereta durante seis años, se acercó el último y se abrazaron. Niceas, con cuarenta y tantos años, era el mayor de todos ellos. Tenía canas en su espesa cabellera negra y una cicatriz de espada persa en la cara. Era hijo de una esclava de un burdel del Pireo.

—Todos los muchachos que quedan. Y todos los caballos.

Kineas asintió, y divisó a su caballo de batalla favorito, el gris claro, en el otro extremo del cercado.

—Los mejores de ambos. ¿Sabéis adónde vamos?

Casi todos seguían medio dormidos. Antígono ya estaba estirando los músculos de las pantorrillas como un atleta. Negaron con la cabeza mostrando poco interés.

—El arconte de Olbia[3] me ha ofrecido una fortuna para reclutar y entrenar a sus hippeis, su escolta montada personal. Si queda satisfecho con nosotros, nos hará ciudadanos.

Kineas sonrió.

Si esperaba emocionarlos, se llevó un chasco. Coeno hizo un gesto con la mano y habló con el desdén del verdadero aristócrata.

—¿Ciudadanos de la ciudad más bárbara del Euxino? ¿Al antojo de un tirano insignificante? Ya conseguiré mi ciudadanía con lechuzas de plata.[4]

Kineas se encogió de hombros.

—La edad es irreversible, amigos —dijo—. No desdeñéis la ciudadanía hasta que veáis la ciudad.

—¿Quién es el enemigo, entonces? —preguntó Niceas, toqueteando con gesto ausente el amuleto que llevaba al cuello. Él nunca había sido ciudadano de ninguna parte, la idea le sonaba a auténtica fantasía.

—No lo sé... todavía. Su propio pueblo, me figuro. No hay mucho por lo que luchar allí arriba.

—Macedonia, tal vez —dijo Diodoro a media voz pero con gran autoridad.

Diodoro sabía más de política que los demás. Kineas se volvió hacia él.

—¿Te has enterado de algo?

—Sólo rumores. El niño rey está fuera conquistando Asia, y Antípatro está pensando en conquistar el Euxino. Oímos decirlo en el Bósforo. —Sonrió Diodoro—. ¿Te acuerdas de Filipo Kontos? Ahora está al mando de los jinetes de Antípatro. Le vimos. Intentó contratarnos.

El otro hombre asintió. Kineas reflexionó un momento, apoyando la cabeza en el puño como solía hacer cuando algo le desconcertaba, y luego habló:

—Te traeré lo preciso de la casa. Escribe un par de tus famosas cartas y consígueme información. En Ecbatana y en Atenas nadie mencionó jamás que Antípatro invadiría. —Diodoro asintió con un gesto brusco. Kineas los miró a todos—. Vivimos —dijo de pronto. Había habido ocasiones en las que todo parecía indicar que ninguno de ellos lo lograría.

Niceas meneó la cabeza.

—A duras penas. —Tenía una copa de vino en la mano y se aprestó a echar una libación al suelo por su aparente ingratitud a los dioses—. Por las sombras de los que

no lo lograron.

Todos asintieron.

—Me alegra veros de nuevo. Cabalgaremos juntos desde aquí. No quiero saber nada más de barcos.

Fueron en busca de los caballos, con excepción de Diodoro, que se quedó de centinela. Algo aprendido a las duras. Justificado en demasiadas ocasiones.

Los caballos estaban en buena forma, las pezuñas duras de triscar por las piedras y la arena del suelo, los pelajes relucientes. Tenían quince caballos pesados y seis ligeros, así como seis bestias de carga, un antiguo caballo de batalla ya viejo pero aún valeroso y dos mulas que habían capturado cuando atacaron a los tracios con el niño rey y que nunca habían perdido. Para Kineas, cada caballo tenía una historia; en su mayoría eran caballos de batalla persas procedentes del botín de guerra de la batalla del río Issos, aunque había uno bayo que había comprado en el mercado militar después de la caída de Tiro, y el caballo de batalla gris metálico, la yegua más grande que había visto jamás, la había encontrado suelta y sin jinete tras una escaramuza en un vado del Éufrates. Aquel caballo tan grande le recordaba a otro gris, el semental del que se había apropiado en Issos, muerto tiempo atrás a causa de la mala alimentación y el frío. Y los hombres. Kineas se emocionó al ver los pocos que quedaban. Pero su pecho se henchía por la alegría de verlos.

—Buen trabajo. Necesito un par de días; no nos esperan en Olbia hasta la Kharisteria, de manera que hay tiempo. Dejad que vuelva a sentirme las piernas, y entonces nos iremos.

Niceas les hizo señas con los brazos.

—¿Nos vamos dentro de un día? Hay mucho que hacer, caballeros. Arreos, armaduras, armas.

Comenzó a dar sugerencias que más bien parecían órdenes y los demás hombres, casi todos nacidos en familias ricas y pode rosas, le obedecieron, por más que hubiese nacido en un burdel.

Kineas apoyó una mano en el hombro de su hipereta—. Traeré mi equipo de campaña y me uniré a vosotros esta tarde. —Otra costumbre: cada hombre limpiaba sus cosas, como los hoplitas—. [5] Envíame a Diodoro. Voy a ir al gimnasio.

Niceas asintió y se llevó a los demás a trabajar.

En lo que pasaba por ser el centro de la ciudad, había tres cosas construidas con piedra: los muelles, los almacenes y el gimnasio. Kineas fue al gimnasio con Diodoro. Filocles se unió a ellos cuando salían y Calco insistió en hacerles de guía y valedor.

Si el tamaño de su residencia no había delatado de inmediato su riqueza, el recibimiento de que fue objeto en el ágora y en el gimnasio la hizo bien manifiesta.

En el ágora fue saludado con respetuosas inclinaciones de cabeza y varios hombres le solicitaron favores a su paso. En el gimnasio, los otros tres hombres fueron admitidos de inmediato sin pagar entrada por insistencia de Calco.

—Lo construí yo —dijo Calco con orgullo, y acto seguido pasó a referir los méritos del edificio.

Kineas, quizá más próximo mentalmente a Atenas, lo encontró satisfactorio aunque provinciano. La jactancia de Calco le molestaba. No obstante, el gimnasio le ofreció la mejor ocasión de hacer ejercicio que había tenido en muchos meses. Se desnudó y dejó caer las prendas prestadas encima de sus sandalias.

Calco soltó una carcajada.

—¡Mucho tiempo en la silla de montar! —dijo riendo.

Kineas se puso tenso con resentimiento. Tenía las piernas un poco demasiado musculosas por arriba, y por abajo nunca había habido gran cosa que mirar. Para sus compatriotas helenos, que rendían culto al cuerpo masculino, sus piernas distaban de ser perfectas, aunque tenía que ir al gimnasio para que se lo recordaran.

Inició el calentamiento. Calco, en cambio, tenía un cuerpo duro, cuidadosamente mantenido, aunque comenzaba a asomarle un rollo de grasa en torno a la cintura. Y tenía las piernas largas. Se puso a luchar con un hombre mucho más joven en la arena del patio. Los espectadores hacían comentarios procaces. Según parecía, el joven era un habitual.

Kineas hizo un gesto a Diodoro.

—¿Qué me dices de un par de combates?

—Cuando gustes.

Diodoro era alto, huesudo y de aspecto ascético. Tampoco encajaba en el ideal helénico de belleza.

Kineas dio unas vueltas mientras esperaba a que el hombre más alto se acercara a él para atacarle; entonces arremetió y quedó al alcance de su adversario. Diodoro aprovechó el impulso de la embestida pasando los brazos por encima de su cadera, y Kineas aterrizó cuan largo era en la arena.

Se levantó despacio.

—¿Era necesario hacer eso? —dijo Kineas. Diodoro estaba avergonzado.

—No.

Kineas sonrió torvamente.

—Si pretendes hacerme saber que tu estilo de lucha es de otro orden que el mío, te advierto que hace tiempo que lo sé. Diodoro levantó una mano.

—¿Cuántas veces tengo ocasión de practicar esta llave? Me lo has puesto en bandeja. No he podido evitarlo.

Estaba sonriendo, y Kineas se frotó la parte dolorida de la espalda y dio un paso al frente para intentar otro placaje. Sintió una minúscula punzada de miedo, el

fastidioso miedo que le acompañaba en cada combate, en cada batalla.

Buscó un placaje bajo, lo logró en parte, y él y Diodoro acabaron revolcándose desafortadamente por el suelo, ninguno de los dos capaz de inmovilizar al otro, y ambos rebozados en polvo y arena. De común y tácito acuerdo, dejaron de sujetarse y se ayudaron mutuamente a ponerse de pie.

Fuera, Calco había inmovilizado al muchacho con el que luchaba. No parecía tener prisa en dejar que se levantara, y los demás ciudadanos reían de buena gana. Kineas se enfrentó a Diodoro de nuevo y en esta ocasión dieron vueltas, fintaron, se hicieron llaves y se soltaron siguiendo un ritmo más normal. Era casi una danza, y Diodoro se atuvo a los movimientos de sus lecciones de gimnasia, logrando que Kineas se sintiera a gusto. Incluso le derribó una vez.

Diodoro se frotó el labio y sonrió. Kineas había caído encima de él, maniobra perfectamente lícita del juego aunque inevitablemente dolorosa para la víctima.

—¿Tablas?

—Tablas.

Kineas le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

Calco estaba charlando con el joven y unos pocos ciudadanos. Levantó la voz:

—Ven y lucha conmigo, Kineas.

Kineas frunció el entrecejo y volvió la cabeza, incómodo ante todos aquellos desconocidos, y con la punzada de miedo azuzando porque Calco era más corpulento y mejor luchador, y de niño en Atenas gustaba de aprovechar su ventaja para hacer un poco de daño. A Kineas no le gustaba el dolor. Diez años de guerra no le habían acostumbrado a soportar los esguinces, las magulladuras y los cortes profundos que tardaban semanas en curarse; en todo caso, diez años viendo vivir o morir a los hombres a capricho de los dioses le habían vuelto más temeroso.

Se encogió de hombros. Calco era su anfitrión, un buen luchador deseoso de demostrar su superioridad. Kineas apretó los dientes y le complació: perdió el primer combate tras un estudiado forcejeo y venció el segundo por cuestión de fracciones de segundo en el ritmo, que fue más fruto de la suerte que de la destreza, y que sorprendió a ambos hombres. Calco olvidó a sorprenderle levantándose gentilmente mientras se deshacía en cumplidos y prosiguiendo sin rencor. Diez años antes, el Calco adolescente habría reaccionado pasándose de la raya. El tercer combate fue como el primero; estudiado, a veces más una danza que una lucha, y cuando Kineas terminó con los hombros contra el suelo, los espectadores silbaron con admiración.

Calco respiraba pesadamente, y su brazo rodeó la cintura de Kineas al ayudarlo a ponerse de pie.

—Eres un buen contrincante. ¿Le habéis visto? —dijo. los demás alzando la voz—. Solía ser una presa fácil tiempo atrás.

Los hombres corrieron a ensalzar a Calco por su victoria y a decirle a Kineas lo

bien que había luchado. Todo ello daba un poco de asco, tantas alabanzas prodigadas por semejante nimiedad, pero Kineas lo soportó porque le constaba que había hecho un regalo de huésped mucho mejor que el dinero, un combate memorable que dejaba en muy buen lugar a su anfitrión.

El muchacho con quien Calco había luchado poco antes resultó ser muy guapo cuando se acercó a presentar sus respetuosos comentarios a los luchadores. A Kineas no le conmovía la belleza masculina, pero la apreciaba tanto como cualquier heleno y sonrió a aquel joven tan serio.

—Soy Ajax —dijo el chico en respuesta a la sonrisa de Kineas—. Mi padre es Isocles. ¿Puedo decirte lo bien que has luchado? En realidad, yo...

Titubeó, se tragó sus palabras y se quedó callado. Kineas le entendió fácilmente; era un joven muy perspicaz: iba a decir que Kineas le había parecido mejor luchador. Chico listo. Kineas apoyó una mano en la piel tersa del hombro del muchacho.

—Siempre imaginé que Ajax sería más grande.

—Lleva toda la vida oyendo ese estúpido chiste —dijo el padre.

—Procuro crecer para adecuarme —replicó Ajax—. Y hubo un Ajax más pequeño, también.

—¿Boxeas? ¿Te apetece practicar un rato?

Kineas hizo un ademán hacia las vendas para los boxeadores y al muchacho se le iluminó el rostro. Miró a su padre, que negó con la cabeza fingiendo indignación.

—No te dejes lesionar demasiado, o nadie querrá llevarte a casa después del simposio —dijo. Guiñó un ojo a Kineas—. ¿O debería decir, deja que te lesionen y así no te llevarán a casa? ¿Tienes hijos?

Kineas negó con la cabeza.

—Bueno, es toda una experiencia. En fin, siéntete libre de hacerle unos cuantos moratones.

Diodoro les ayudó a vendarse las manos y luego comenzaron de mutuo acuerdo con rutinas simples, golpes y paradas, para luego pasar a contactos iniciales más prolongados y de ahí a un combate de entrenamiento.

El chico era bueno, mejor de lo que un chaval granjero de una ciudad remota del Euxino tenía derecho a ser. Sus brazos eran más largos de lo que parecían y sabía fintar: giraba los hombros para anunciar un directo que nunca llegaba y entonces largaba un gancho con el otro brazo. Obligaba a emplearse a fondo a Kineas, ya caliente y ansioso; un golpe brusco en el cuello le hizo poner interés personal en el combate, y de pronto ya estaban en ello.

Kineas no se dio cuenta de que atraían a todos los ciudadanos al gimnasio. Su mundo se limitaba a sus manos vendadas y a las de su contrincante, sus ojos y su torso. En un asalto, cada uno de ellos largó diez o doce golpes seguidos, parándolos el contrario con el brazo levantado o encajando uno alto en el pecho para buscar la

cabeza del otro.

El asalto terminó con una salva de aplausos que los llevó a separarse. Se miraron con recelo, todavía poseídos por el daimon del combate, pero la fuerza del espíritu enseguida menguó y volvieron a convertirse en meros mortales en un gimnasio provinciano. Se dieron la mano afectuosamente.

—¿Otro? —dijo el muchacho, y Kineas negó con la cabeza.

—No será tan bueno como éste. Dejémoslo como está. —Luego, tras una pausa —: Eres muy bueno.

El muchacho inclinó la cabeza con sincera modestia.

—He sido tan rápido como podía. No suelo hacerlo. Eres mejor que cualquiera de aquí.

Kineas se encogió de hombros y llamó por encima de la cabeza del chico a su padre, proclamando el gran talento de su hijo. Era una manera eficaz de hacer amigos en el gimnasio. Todos quisieron felicitarle por su destreza, por la belleza del momento. Se puso contento. Pero necesitaba un masaje y un poco de reposo, y así lo hizo saber declinando un sinfín de proposiciones para nuevos combates hasta que alguien anunció que todos iban a lanzar jabalinas y no se pudo resistir. Les siguió fuera y le remordió la conciencia: Filocles, olvidado o ignorado, corría dando vueltas a un gran campo lleno de ovejas.

Kineas no sabía qué hacer con el espartano que parecía estar a su cargo. Se suponía que un caballero no debía ser tan desvalido, pero Kineas sospechaba que él mismo no habría sido muy diferente si hubiese arribado a una costa extranjera sin pertenencias ni hogar. Le saludó con la mano. Filocles correspondió el saludo.

Un esclavo recogió el rebaño en el fondo del campo y los hombres comenzaron a lanzar. No fue una competición formal; los mayores que no quedaban complacidos con su primer lanzamiento efectuaban un segundo e incluso un tercero, hasta dar se por satisfechos, mientras que los más jóvenes tenían que conformarse con uno. Semejante práctica nunca habría sido válida en los Juegos Olímpicos, pero resultaba agradable, mientras las sombras se acortaban, tumbarse en la hierba, poniendo cuidado en evitar las cagarrutas de oveja, y contemplar a toda la comunidad compitiendo. Kineas era consciente de sus piernas y de otras imperfecciones de su cuerpo, pero se había demostrado a sí mismo ser un atleta y ahora era uno de ellos; conversaba animadamente con Isocles sobre la cosecha de aceitunas en Ática y los problemas del transporte de aceite por mar.

Calcó lanzó soltando un grito tremendo y su jabalina llegó lo bastante lejos para que una de las ovejas echara a correr con inusitada velocidad. Se rió.

—Éste es el mejor, de momento. Aunque casi estoy por lanzar otra vez; el rebaño es mío, podríamos cenar cordero esta noche.

Kineas iba a lanzar el penúltimo y Filocles el último, lugares de honor, porque

eran huéspedes. Diodoro había lanzado antes; un buen lanzamiento, sin gruñidos ni gritos, superado sólo por Calcó. La mayoría de los lugareños se había mostrado competente, pero el joven Ajax sorprendió a Kineas con un lanzamiento mediocre. Isocles le había superado lanzando bien aunque no alcanzara la marca final, y le había tomado el pelo a su hijo.

Kineas estaba acostumbrado a lanzar montado a caballo, y lanzó demasiado bajo aunque con bastante buen resultado: de nuevo las ovejas echaron a correr cuando su jabalina aterrizó cerca de ellas.

Calcó hizo una mueca.

—Te has convertido en todo un atleta mientras yo engordaba en el exilio —dijo.

Filocles cogió varias jabalinas antes de elegir una. Fue al encuentro de Calcó, que hablaba de negocios con otro hombre.

—Esto es muy poco deportivo. Soy espartano —dijo con una sonrisa; un espartano rechoncho que manifestaba sentido del humor.

Calcó no lo entendió. Indicó con un gesto brusco de la cabeza que le habían interrumpido.

—Si eres capaz de hacerlo mejor que nosotros, veámoslo. Irritado, Filocles señaló hacia el rebaño.

—¿Cuánto por la oveja rezagada?

Calcó le hizo caso omiso y reanudó su conversación, aunque luego volvió la cabeza justo a tiempo de ver a Filocles lanzar arqueando todo el cuerpo y casi despegándose del suelo. La jabalina salió despedida de su manó, voló alto y descendió deprisa. Alcanzó a la oveja, la derribó y la dejó despatarrada con el raye del cielo clavándola al suelo a través del cráneo.

Se produjo un momento de asombrado silencio y entonces Kineas comenzó a aplaudir. Luego todos aplaudieron el lanzamiento y tomaron el pelo a Calcó a costa de la oveja, sugiriendo distintos precios por ella, algunos obscenos, hasta que Calcó se rió. Casi toda la vida social de la ciudad parecía tener como fin complacer a Calcó. A Kineas no le gustaba ser testigo de aquello.

Isocles señaló hacia el campó.

—Echemos una carrera —propuso.

Y tras fijar las distancias echaron a correr, primero un rato en pelotón hasta que los mejores corredores se aburrían y tomaron la delantera. Dieron tres vueltas al campó, una buena distancia, y terminaron en el patio del gimnasio. Kineas llegó entre los últimos y se tomó de buen talante las bromas sin mala intención a propósito de sus piernas, y luego se dirigieron a los baños.

Cansado y aseado, con un par de magulladuras y una sensación general de eudaimia, el bienestar que indefectiblemente proporcionaba el gimnasio, Kineas caminaba junto a Calcó. Diodoro se había ido con unos jóvenes a ver el mercado.



—Podría irte bien aquí —dijo Calcó de pronto—. Les ha,, caído en gracia. Esas luchas tuyas..., no son un trabajó dignó. En defensa de tu ciudad, es otra cosa. Pero ¿como mercenario? Dilapidas lo que los dioses te han dado. Y cualquier día te verás con la espada de un bárbaro en la molleja y sanseacabó. Quédate aquí, compra una granja. Toma esposa. Isocles tiene una hija; es bastante guapa, lista, una buena ama de casa. Te propondré para la ciudadanía después del festival de Heracles. Por Zeus, hoy te han aceptado después de esa lección de boxeo.

Kineas no sabía qué decir. Era tentador. Los hombres le habían caído bien. Los ciudadanos de Tomis eran buena gente, provincianos pero no rústicos, dados a los chistes soeces y a la filosofía de aficionados. Y entusiastas del deporte. Se encogió de hombros.

—Estoy en deuda con mis hombres. Vinieron aquí para unirse a mí.

Kineas no agregó que una parte de él deseaba una nueva campaña.

—Nada les impide seguir adelante por su cuenta y enrolarse en cualquier otra parte. Tú eres un caballero, Kineas. No les debes nada.

Kineas frunció el entrecejo.

—Casi todos son caballeros, Calco.

—Oh, por supuesto. —Calco hizo un ademán desdeñoso—. Pero han dejado de serlo, en realidad. ¿Tal vez Diodoro? Podría hacer de factor, o ser tu administrador. Y esos galos..., deberían ser esclavos. Serían más felices como esclavos —sentenció Calco de modo autoritario y tajante.

Kineas volvió a fruncir el ceño y se dejó distraer por un hombre que estaba tumbado en la calle. No tenía por qué discutir con su anfitrión.

—¿Un bárbaro? —preguntó señalando.

El hombre en cuestión era claramente un bárbaro. Llevaba pantalones de cuero y el pelo largo y mugriento recogido en trenzas, y una chaqueta de cuero decorada con profusión de colores, y también llevaba oro. La chaqueta tenía varios adornos de oro y mostraba los sitios de donde se habían arrancado otros aretes. Llevaba un pendiente en la oreja. Y una gorra en la cabeza como un tracio.

Y apestaba a orina y a vómito y a sudor rancio. Estaban casi encima de él. No dormía, tenía los ojos abiertos y la mirada perdida.

Calco le miró con profundo desprecio.

—Un escita. Gentuza. Feos y apestosos bárbaros, nadie es capaz de hablar su idioma, y ni siquiera sirven como esclavos.

—Pensaba que eran peligrosos.

Kineas miró al borracho con interés. Se figuró que en Olbia habría un montón de escitas, nacidos para cabalgar, un enemigo peligroso. Aquél no tenía pinta de guerrero.

—No creas. No aguantan el vino, no saben hablar, en realidad ni siquiera

caminar. Apenas son humanos. Nunca he visto a uno sobrio.

Calco siguió caminando y Kineas fue tras él, si bien es cierto que a regañadientes. Quería observar al bárbaro con más detenimiento, pero Calco no demostró el menor interés. Kineas volvió la vista atrás y vio que el borracho se estaba poniendo de pie con torpeza. Entonces volvió a caerse, y Kineas siguió a Calco, doblaron una esquina y perdió de vista al escita.

Durante el simposio se enteró de muchas cosas sobre los escitas, porque siendo el invitado de honor tuvo ocasión de introducir el tema. El vino corría; las consabidas flautistas y los platos de pescado se fueron sucediendo según el protocolo al uso, y luego los hombres mayores se acomodaron para conversar; juntaban sus divanes de modo que los jóvenes pudieran deleitarse con las flautistas más amorosas con cierto grado de intimidad. Al fijarse en una chica de ojos negros, Kineas sintió una punzada de rabia porque ya se la considerase lo bastante mayor como para conversar, pero arrimó su diván a una columna y, cuando le preguntaron, propuso que le hablaran de los escitas de las llanuras del norte.

Isocles cogió la jarra de vino que le ofrecía un esclavo y miró a Kineas.

—¿No estarás sugiriendo que bebamos a la manera escita? ¿Vino sin aguar?

Los jóvenes gritaron a favor de la idea, pero prevalecieron los mayores, y el vino se mezcló con una sobria proporción de dos partes de agua por una de vino. Mientras Calco mezclaba el vino, Isocles se mostró pensativo.

—Son bárbaros, por supuesto. Muy fuertes, viven a lomos de sus caballos. Herodoto tiene mucho que contar sobre ellos. Tengo una copia en mi casa, si te apetece leerlo.

—Será un honor —dijo Kineas—. Leíamos a Herodoto cuando éramos niños, pero entonces no sabía que acabaría aquí arriba.

—Lo más llamativo de ellos es que no le tienen miedo a nada. Dicen que son el único pueblo libre de la tierra, y que todos los demás somos esclavos.

Calco resopló con sorna.

—Como si alguien pudiera tomarnos por esclavos.

Isocles, uno de los pocos hombres que parecía dispuesto a arriesgarse a contrariar a Calco, se encogió de hombros.

—Niégalo si quieres. Anarquises... ¿Te dice algo ese nombre? Kineas se sintió como si estuviera de nuevo en la escuela, sentado a la sombra de un árbol y siendo interrogado sobre su lectura.

—Amigo de Solón... un filósofo —dijo.

—Un filósofo escita —dijo Filocles desde el fondo de la sala—. Un hombre muy llanote a la hora de expresar sus ideas. Un murmullo de risas honró su juego de palabras. —Justamente.—Isocles asintió mirando a Filocles—. Le dijo. Solón que los atenienses eran esclavos de su ciudad, esclavos de las murallas de la Acrópolis.

—Tonterías —dijo Calco. Comenzó a pasar copas de vino al corro de divanes.

—No, no, nada de tonterías, si se me permite decirlo. —Filocles se apoyaba en los codos, el pelo largo le enmarcaba el rostro—. Quería decir que los griegos son esclavos de su noción de la seguridad; que nuestra incesante necesidad de protegernos nos priva de la misma libertad de la que tan a menudo parloteamos.

Isocles asintió.

—Bien hablado.

Calco sacudió la cabeza con vehemencia.

—Qué soberana estupidez. Los esclavos ni siquiera saben portar armas; no tienen nada que defender ni son capaces de defender nada.

Filocles hizo una seña al mayordomo que había traído el servicio de vino.

—Dime una cosa —le dijo—. ¿Cuánto tienes ahorrado?

El esclavo era de mediana edad. Se quedó paralizado al verse señalado.

—Contéstale —dijo Isocles, sonriendo.

De hecho, Kineas se dio cuenta de que Isocles no sólo no tenía inconveniente en retorcerle la cola a Calco, sino que lo pasaba en grande haciéndolo. El esclavo bajó la mirada.

—No lo sé exactamente. ¿Cien lechuzas? ¿Señores?

Filocles le indicó que se retirara.

—Justo a lo que iba. Yo acabo de perder cuanto poseía a manos de Poseidón. No tengo ni una sola lechuza, y este cuenco de vino, obsequio de mi estimado anfitrión, será, una vez en mi gaznate, la suma total de mi tesoro. —Se lo bebió—. Ahora soy todo lo rico que voy a ser durante algún tiempo. No tengo cien lechuzas de plata. Este esclavo sí. ¿Puedo arrebatarélas?

Calco hizo rechinar los dientes. Como amo del esclavo, seguramente guardaba el dinero del sirviente.

—No.

Filocles alzó su copa vacía.

—No. De hecho, me impedirías que se las quitara. Así pues, parece que este esclavo tiene una propiedad y puede defenderla. Y lo mismo diría Anarquises de nosotros. De hecho, diría que somos esclavos del mismísimo acto de tener posesiones.

Isocles aplaudió con un asomo de mofa.

—Deberías ser abogado.

Filocles, aparentemente inmune a la mofa, contestó:

—Lo he sido.

Kineas tomó un sorbo de vino.

—¿Por qué son tan libres los escitas, entonces?

Isocles se limpió la boca.

—Caballos, y llanuras infinitas. No es tanto que defiendan su territorio como que vagan por él. Cuando el Gran Rey intentó hacerles la guerra, se esfumaron delante de sus narices. Nunca le presentaron batalla. Se negaron a defender nada porque no tenían nada que defender. Al final, fue totalmente vencido.

Kineas alzó su copa.

—Eso lo recuerdo de Herodoto. —Revolvió el vino de su copa con aire meditabundo—. Pero el hombre que hoy he visto en la calle...—Hizo una pausa.

—Ataelo —terció Isocles—. ¿El escita borrachín? Se llama Ataelo.

—Llevaba una fortuna en oro en la ropa. De modo que tienen algo que merece la pena defender.

La conversación se volvió mucho más aburrida cuando los mercaderes presentes riñeron a propósito del origen del oro escita. Tras otra copa de vino, eso dio paso a un debate de filosofía barata sobre si la historia de los argonautas era realidad ó ficción. La mayoría de los presentes insistió en que el vellocino de oro era real, y debatieron acerca de cuál de los ríos que vertía en el Euxino tenía el oro. Filocles insistió en que el relato era una alegoría del granó. Nadie le hizo el menor caso.

Finalmente, nadie contó nada provechoso a Kineas sobre los escitas. Bebió cuatro copas de vino aguado, notó que su equilibrio internó se alteraba y pasó en la ronda siguiente.

—Antes no eras tan mujercita con el vino —señaló Calcó mientras reía.

Kineas pensó que no había reaccionado de manera ostensible, pero Calcó se estremeció al ver cómo le miraba y se hizo el silencio en la sala. En un campamento militar, aquello habría sido una ofensa que exigiría sangre. Kineas entendió que Calcó no había tenido intención de insultarlo, aunque también constató que el hábito del poder había privado a Calcó de su don de gentes. Kineas hizo una reverencia y se obligó a sonreír.

—Tal vez debería dormir en las dependencias de las mujeres, entonces —contestó.

Carcajadas. Isocles rió de buena gana. Calcó se puso rojo a la luz de las lámparas. Ahora le tocaba a él contrariarse por un insulto, la insinuación de que sus mujeres pudieran alegrarse por una visita de Kineas, por más indirecta que hubiese sido. Kineas no vio motivo alguno para disculparse. Puso su copa boca abajo y se escabulló.

A la mañana siguiente se levantó al alba de nuevo. No tenía resaca ya que no le gustaba beber más vino de la cuenta, por buena que fuese la compañía.

Una vez más, Filocles roncaba en el pórtico. Kineas pasó junto a él pensando que aquel hombre era una caja de sorpresas, contrastes que ocultaban más contrastes, y que apenas conocía al espartano.

Atleta rollizo, filósofo espartano.

Anduvo hasta el potrero. Uno de los galos estaba de centinela. Aquella mañana Kineas levantó una mano a modo de saludo y atrajo hacia sí al semental gris con un puñado de dátiles. Lo montó a pelo, los muslos apretados sobre los anchos lomos del animal, y el aire fresco de la mañana le tonificó mientras recorría a medio galope la extensión del prado. Saltó la baranda del potrero sin demasiado esfuerzo por parte del caballo y se encaminó al norte, dejando atrás la granja de Calco, hacia las onduladas colinas de los llanos. Siguió hasta que el sol apareció nítido y rojo sobre el horizonte, y entonces hizo una guirnalda de flores rojas y cantó el himno de Poseidón, que fue del agrado del semental gris. El semental se comió el resto de los dátiles y escupió los tallos demasiado bastos, y luego Kineas montó otra vez y cabalgó de regreso a la ciudad, azuzando gradualmente al caballo hasta ponerlo a galope tendido, y entonces se sintió como un dios flotando sobre una alfombra de velocidad. El semental distaba de estar sin resuello cuando lo detuvo junto al mercado. Se apeó y condujo al corcel gres a lo largo de la calle hasta que encontró a un puestero madrugador con una jarra de vino aguado que vendía por copas. Bebió con sed del brebaje amargo hasta sentirse bien despierto. El caballo gres le observaba, aguardando una golosina.

—Buen caballo, joder —dijo el escita. Estaba junto a la grupa del semental. Kineas se dio la vuelta y veo que lo estaba acariciando y arrullando. El gres no parecía molesto.

—Gracias, eso creo.

—¿Me pagas un vino? —preguntó el escita. La frase salió de su boca como se la hubiese pronunciado mil veces.

No olía tan mal aquella mañana y tenía fascinado a Kineas. Kineas pagó más vino y pasó una copa al escita, que la apuró de un trago.

—Gracias. ¿Es tu montura? Te veo montar, sí. No está mal. Sí. Más vino, por favor.

Kineas compró más vino.—Monto sin parar.

Estuvo tentado de alardear, pero no acertó a ver por qué. Quería caerle bien al escita; un borracho, un mendigo, pero con oro por el valor de una granja en su

persona.

—Gracias. Mierda de vino. ¿Montas mucho? Yo también. Necesito caballo, yo.  
—Resultaba cómico con su gorro punteagudo y su pésimo griego—. ¿Tienes más caballo? ¿Más?

Dio unas palmadas al gres. Kineas asintió muy serio.

—Sí.

El escita se dio unas palmadas en el pecho y se tocó la frente; un gesto muy extranjero, casi persa.

—Yo llamo Ataelo. ¿Tú llamas?

—Kineas.

—Enseña caballo. Más caballo.

—Ven conmigo, pues.

Kineas montó con una pirueta, una vistosa manera de montar aprendida en la escuela de caballería. En menos que canta un gallo tuvo al escita montado detrás de él. Kineas no supo cómo había hecho para montar tan deprisa. Ahora se sentía ridículo; no había tenido la más remota intención de permitir que aquel hombre montara con él, y sin duda parecían un par de payasos. Tomó una callejuela y mantuvo el semental al paso, haciendo caso omiso de las miradas de un puñado de ciudadanos muy madrugadores. Calco tendría con qué tomarle el pelo cuando se levantara.

Fueron a medio galope hasta el potrero. Todos sus hombres estaban despiertos y Niceas le abrió el cercado al gris sin que Kineas tuviera que avisar.

Niceas sostuvo la cabeza del gris mientras desmontaron. —Ya ha estado aquí antes. Parece inofensivo. Igual sería un buen prokusatore.

Kineas se encogió de hombros.

—Me ha costado mucho entenderle, pero creo que quiere comprar un caballo y largarse de aquí.

Diodoro estaba estirando las piernas contra el muro del potrero. Su pelo, por la mañana, era una maraña de serpientes rojas como las de Medusa, y no paraba de apartarse de la frente los mechones más rebeldes.

—¿Quién puede culparle? Pero si es escita, sería un buen guía.

Kineas tomó una decisión rápida y fue hasta el galo.

—Suelta al bayo de la mancha blanca en la cara y tráelo aquí. Antígono asintió y se abrió paso entre los caballos. El escita fue hasta el muro del potrero y se sentó apoyándose en él, ensuciando de tierra los pantalones de cuero como si no le importara. Parecía contento contemplando los caballos.

Cuando Antígono le trajo el bayo, Kineas lo llevó hasta donde estaba el escita.

—Mañana nos vamos a Olbia —dijo muy despacio.

—Claro —respondió el escita. Imposible saber si lo había entendido.

—Si nos guías hasta Olbia, te regalaré este bayo.

El escita miró al caballo. Se puso de pie, le pasó una mano por el lomo y montó de un salto. En un santiamén, se puso al galope, saltó el muro del potrero y enfiló el camino que subía a la llanura.

Para un grupo de soldados profesionales fue una vergüenza que los hubiese cogido tan absolutamente desprevenidos. Se había ido, dejando un ligero rastro de polvo de cascos bajo el sol matinal, antes de que a ninguno de ellos se le hubiese ocurrido montar o hacerse con un arma.

—Vaya —dijo Kineas—. Culpa mía. Parecía inofensivo.

Niceas seguía con la vista fija en el polvo, una mano en su amuleto.

—Lo que se dice daño, no nos ha hecho.

—Desde luego sabe montar. —Coeno observaba los restos de polvo haciendo visera con la mano. Sonrió—. El Poeta los llamaba centauros, y ahora sabemos por qué.

No cabía hacer nada útil al respecto. No conocían las llanuras ni tenían tiempo para dar caza a un escita solitario durante días. Niceas los puso a todos, incluso a Kineas, a limpiar sus arreos y a empacarlos bien para el inminente viaje. Se pusieron de acuerdo en partir a la mañana siguiente. No era que tomaran decisiones democráticamente, era tan sólo que acataban mejor las órdenes si participaban a la hora de determinarlas.

Como era de prever, Kineas fue objeto de un sinfín de bromas de los ciudadanos: les había privado de su mascota escita, ¿no se le había ocurrido nada mejor que invitar a un escita a montar un caballo? ¿Acaso dejaría que un niño jugara con fuego? Y más por el estilo. Calco no hacía más que reír.

—Ojalá me hubiesen despertado para verte montar con ese borracho. ¡Las cosas que me pierdo!

Si abrigaba algún rencor por la velada de la víspera, éste lo disipó por completo la vergüenza de su huésped aquella mañana.

—Me iré en cuanto amanezca.

Era bien cierto que Kineas estaba avergonzado, y se sorprendió alisando con los dedos el dobladillo de su túnica, un viejo hábito.

Calco observó a los hombres que untaban el cuero con aceite en la potrera.

—¿No puedo hacer nada para que entres en razón y te quedes?

Kineas levantó las palmas de las manos.

—Tengo un contrato, amigo mío. Cuando lo haya cumplido y tenga uno o dos talentos de plata... ¡Vaya!, entonces estaré encantado de entablar esta conversación otra vez.

Calco sonrió. Fue la primera vez que Kineas le vio sonreír realmente contento en dos días.

—¿Te lo pensarás? Con eso me basta. Esta noche e invitado a Isocles, y su hija vendrá a cantar para nosotros. Una velada familiar; nada que pueda impresionar a una chica. Échale un vistazo.

Kineas se dio cuenta de que Calco, pese a sus autoritarias maneras, se estaba empleando a fondo para que Kineas fuese bien recibido.

—¿Tú, de casamentero?

Calco le echó un brazo a los hombros.

—Lo dije cuando llegaste. Tu padre salvó a toda mi familia. Y yo no soy de los que olvidan. Acabas de llegar de la gran ciudad, piensas que soy una rana grande en una charca pequeña. Lo sé. Y lo soy. Isocles y yo discutimos por todo, pero somos los acaudalados del lugar. Y hay sitio para más. La charca no es tan pequeña.

Tratándose de Calco, aquél era un discurso largo y emotivo. Kineas lo abrazó y fue correspondido con un fuerte apretujón.

Calco se fue a supervisar la carga de esclavos de un barco con destino a Ática. Kineas prosiguió su tarea con los arreos. Estaba sentado con la espalda apoyada en la parte exterior del cercado para que el muro le diera sombra, con una brida desmontada y un nuevo cabestro que coser, cuando el joven Ajax surgió de la nada.

—Buen día tengas, señor —dijo.

—Tu seguro servidor, Ajax. Por favor, acepta el asiento que ofrece esta mata de hierba.

Kineas la indicó con un ademán y le pasó un odre lleno de vino amargo que Ajax bebió como si fuese ambrosía.

—Mi padre te envía esto por si te interesa leerlo —dijo Ajax. Llevaba una bolsa de pergaminos colgada al hombro como un estudiante en el ágora. La dejó en el suelo.

Kineas abrió uno, echó un vistazo al escrito, obra de un copista esmerado, y vio que se trataba de Herodoto.

—Sólo es el Libro Cuarto, la parte sobre los escitas. Porque, bueno, mi padre dice que te marchas..., que os marcháis mañana. A Olbia. Así que no tendrás mucho tiempo para leer.

Kineas asintió y cogió el cabestro.

—Seguramente no tendré tiempo ni de leer el primer rollo —dijo.

Ajax asintió. Luego se sentó en silencio. Kineas reanudó su trabajo, usando un punzón fino de bronce y el apoyo de un trozo de madera blanda para abrir una pulcra hilera de agujeros en cada lado del nuevo cabestro. De tanto en tanto miraba a Ajax por el rabillo del ojo: el muchacho estaba inquieto, toqueteaba retales de cuero y trozos de hilo. Pero guardaba silencio. A Kineas le gustó su silencio.

Siguió trabajando. Cuando hubo abierto los agujeros, enceró un trozo de cordel de lino y enhebró una aguja. La aguja era demasiado grande para aquel cometido, pero



era la única en buen estado que tenían en el campamento. Entonces comenzó a coser.

—El caso es... —comenzó Ajax, pero perdió los ánimos y las palabras quedaron flotando en el aire.

Kineas las dejó en suspenso un ratito mientras terminaba el trozo de cordel y enhebraba otro.

—¿El caso es? —dijo con discreción.

—Quiero ver el mundo —anunció Ajax.

Kineas asintió.

—Me parece loable.

—Aquí nunca pasa nada —puntualizó Ajax.

—Eso me suena bien.

Kineas se preguntó si podría vivir en un sitio donde los festivales y el gimnasio eran los únicos acontecimientos. Pero aquel día, enfrentado a la pérdida de un caballo, a un viaje incierto y al tirano de Olbia, consideró que una vida presidida por cierto grado de aburrimiento parecía preferible.

—Quiero..., quiero unirme a tu cofradía —admitió Ajax—. Quiero cabalgar con vosotros. Sé montar. No soy muy bueno con la jabalina pero puedo aprender, y se me dan bien el boxeo, la lucha y la lanza. Y pasé un año con los pastores, puedo dormir al raso, encender un fuego. Maté un lobo.

Kineas levantó la vista.

—¿Qué dice tu padre?

Ajax sonrió abiertamente.

—Dice que puedo irme contigo si eres tan tonto como para aceptarme.

Kineas se rió.

—Por todos los dioses. Es justo lo que me figuraba que diría. Esta noche viene a cenar.

Ajax asintió con vehemencia.

—Yo también. Y Penélope, mi hermana, cantará. Canta de maravilla, y sus tejidos de lana son mejores que los de cualquier mercader. Y es guapa; está mal que sea yo quien lo diga, pero lo es.

Kineas nunca hasta entonces se había encontrado con tan instantánea adoración por su persona. No pudo dejar de deleitarse con la admiración que le profesaba el muchacho. Aunque no por mucho rato.

—Será un placer conocer a tu hermana. Hablaré con tu padre esta noche. Pero Ajax, somos mercenarios. Llevamos una vida muy dura. Luchar para el niño rey era servir como soldado por la ciudad, en cierto modo, aunque luego nos dispensaran una mala acogida cuando volvimos a casa. Dormíamos a la intemperie, eso sí. Y cosas peores. Días sin dormir. Noches de guardia, a caballo, en territorio enemigo. —La voz se le fue apagando, y luego dijo—: La guerra ya no es lo que era, Ajax. Ya no

hay batallas de paladines. Las virtudes de nuestros antepasados rara vez se exhiben en la guerra moderna.

Decidió callarse porque sus palabras estaban surtiendo el efecto contrario al deseado. Los ojos del muchacho brillaban de entusiasmo.

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete. Para el festival de Heracles.

Kineas se encogió de hombros. Ya tenía edad para ser un hombre.

—Hablaré con tu padre —dijo. Y cuando Ajax se puso a darle las gracias con la voz entrecortada, fue despiadado.

»¡Por el hijo sinvergüenza de Cronos, chico! Podrías morir absurdamente, en una lucha ajena: una reyerta callejera o defendiendo a un tirano que te desprecia. O alcanzado por la flecha de un bárbaro en plena noche. No se parece en nada a Homero, Ajax. Sólo hay suciedad, noches en blanco, la escoria de la sociedad y chinches. Y el día de la batalla, eres un hombre anónimo bajo tu casco: ni Aquiles ni Héctor, sólo un remero llevando la falange hacia el enemigo.

Palabras inútiles. Esperó que no fueran proféticas porque aún conservaba algo de Homero en él después de diez años de realidad. Le tenía pavor a morir en vano en un callejón o por una pelea en una taberna. Había visto cómo les sucedía a otros hombres.

Entrada la tarde tenían los arcos limpios y ordenados, revisaron los caballos, los demás hombres lo tenían todo dispuesto para la marcha, las armaduras y las jabalinas de cornejo empacadas en alforjas de paja para las bestias de carga. Kineas se había ido del potrero hasta el pie del roble solitario de la granja con una manta para remendar, pero se encontró con que le costaba mantener los ojos abiertos. La inminente cena le recordó a la chica, la hermana de Ajax, y lo que habría significado: un hogar, seguridad, trabajo. Y su mera mención le recordó que habían transcurrido meses desde la última vez que se había acostado con una mujer. Seguramente desde que abandonara el ejército. Y el contraste era vívido. Sin haber conocido siquiera a la hermana de Ajax, podía imaginarla, al menos a semejanza de sus propias hermanas. Recatada. Callada. Hermosa, distante, devota, prudente. Inteligente, tal vez, pero sin duda ignorante, carente de conversación.

Su relación más duradera en el ejército había sido con Ártemis. Obviamente, ése no era su verdadero nombre. Viajaba con la cáfila de menesterosos que se buscaba la vida sirviendo a la tropa. Era prostituta pero insistía en que la llamaran hetaira ya que estaba convencida de que algún día llegaría a serlo. Enérgica, dogmática, violenta en sus amores y sus odios, dada a beber vino sin diluir, había visto más guerra que la mayoría de los soldados pese a no haber cumplido todavía los veinte.

Había apuñalado a un oficial macedonio que intentó violarla. Se había follado a casi todos los hombres de su brigada, adoptándolos y siendo adoptada a su vez. Tenía

su propio caballo, sabía recitar pasajes enteros de Homero y bailar cualquier danza que bailaran los hombres: todas las danzas militares espartanas, todas las danzas de los dioses. La víspera de una batalla, cantaba. Igual que Niceas, había nacido en un burdel cerca del ágora de Atenas. Hacía que toda la compañía, incluso los corintios y los jónicos, aprendieran el himno de Atenas, ciudad de la que era ferviente patriota.

*¡Ven, Atenea, ahora más que nunca!  
¡Deja que veamos tu Gloria!  
¡Oh Doncella, oh Diosa, te rogamos  
que a tus súbditos des la victoria!*

Convirtió a insulsos seguidores en parte de la compañía, les conseguía casinos, dirimía sus riñas y los gobernaba. Y les otorgaba valor. Y una noche le dijo. Kineas:

—Una chica necesita dos cosas para triunfar en este ejército: un corazón duro y un coño húmedo. No sale en Homero, pero apuesto a que lo mismo valía para las chicas de Troya.

Ártemis era famosa por elegir una unidad que le gustara y unirse al hombre más fuerte de ella hasta que él fallecía o ella se impacientaba o él dejaba de mantenerla. No toleraba a quienes no la mantenían. Kineas la había conservado un año, en campamento y ciudad. Lo había abandonado por Filipo Kontos, un hiparco macedonio; fue una buena decisión profesional y no la odió por ello, aunque ahora le pasó por la cabeza, con los ojos cerrados bajo un árbol a orillas del Euxino, que había esperado que se quedara con él.

Igual que las mujeres, la vida. No abrigaba muchas esperanzas de convertirse en granjero.

Se quedó dormido y Poseidón le hizo soñar con caballos.

*Montaba un caballo grande —o él era el caballo, y juntos fluían por una interminable llanura de hierba —flotando, galopando, avanzando sin parar. Había otros caballos que le seguían, hasta que salió de la llanura de hierba adentrándose en una llanura de cenizas. Y entonces relincharon y se quedaron atrás, y siguió cabalgando solo. Y entonces estaba en un río, un vado lleno de piedras. En la otra orilla había un montón de madera, tan alto como un hombre, que había arrastrado la corriente, y un único árbol muerto, y en el suelo, bajo los cascos de su caballo, los cuerpos de los muertos...*

Se despertó con un sobresalto, se frotó los ojos y se preguntó qué dios le había enviado semejante sueño. Luego se levantó y fue al baño de la casa, entregó su mejor túnica a una esclava para que la planchara y dio unos cuantos óbolos a la mujer para

que hiciera un trabajo esmerado. Ella le trajo jarros de agua caliente para el baño. Era atractiva: una mujer madura con buena figura, los pómulos altos y un tatuaje de un águila en el hombro. El sexo le cruzó la mente, pero ella no se dio por aludida y prefirió no forzar el asunto. Tal vez porque no lo hizo, la túnica le fue devuelta planchada con mimo, con cada uno de los pliegues abierto y primorosamente lavado, el lino de un blanco resplandeciente, de modo que con ella puesta parecía la estatua del hijo de Leto en Mitilene. La esclava aceptó su agradecimiento con una almidonada inclinación, guardando las distancias, lo cual llevó a Kineas a preguntarse cuáles serían las costumbres de la casa.

Regresó desnudo hasta donde estaban acampados los hombres. En el equipaje tenía varias prendas buenas que ponerse con la túnica. Un par de buenas sandalias, recias y ligeras, con ataduras de cuero rojo que ayudaban a disimular la cicatriz de la pierna, aunque el único manto que tenía era su clámide de campaña, que antaño había sido azul y ahora era de un tono desvaído entre el celeste y el marfil. También tenía, eso sí, un magnífico broche para la clámide: dos cabezas de Medusa de plata bruñida, obra del mejor escultor y fundidor de Atenas. Se lo puso a la vieja clámide mientras musitaba una plegaria y se la echó por encima de los hombros ante la atenta mirada de Diodoro y Niceas, que había encendido una fogata. Los demás hombres se habían ido al mercado a beber. No habían sido invitados al simposio y, como en su mayoría eran de tan buena cuna como Calco, estaban contrariados. Agis, Laertes y Graco habían conocido a Calco de niño. Les ofendía verse tratados como inferiores.

Diodoro tenía una jarra de buen vino, y él, Coeno y Niceas se la fueron pasando mientras Kineas acababa de vestirse.

Niceas le entregó un broche de calidad para que se lo pusiera en la clámide, botín de Tiro, a modo de regalo de huésped para Calco.

—Guarda las Medusas para un anfitrión más digno —dijo.

Kineas se preguntó qué pensaría Calco si supiera que el ateniense hijo de esclavo a quien hospedaba en su granja le consideraba mal anfitrión. Seguramente soltaría un resoplido desdeñoso. Sus cavilaciones sobre Calco se vieron interrumpidas.

—Mira eso —exclamó Niceas.

Kineas se volvió y miró por encima del hombro. Un jinete solitario trotaba hacia el potrero. Coeno se echó a reír.

—¡Ataelo! —bramó Kineas.

El escita alzó una mano polvorienta a modo de saludo y pasó las piernas por encima del costado del caballo saltando al suelo con suma agilidad. Golpeó la ijada del caballo con una fusta corta y la bestia se volvió para entrar al paso por la verja del cercado.

—Buen caballo —dijo. Tendió la mano para que le pasaran la jarra.

Coeno se la pasó de inmediato sin vacilar ni un instante. El escita bebió un buen

trago y se limpió la boca con la mano. En tonces Coeno le dio un abrazo de oso.

—¡Creo que me caes bien, bárbaro! —dijo.

Kineas meneaba la cabeza.

—Pensaba que habías robado el caballo.

El escita o bien no le entendió o bien pasó por alto el asunto.

—¿Adónde vais? Marcháis mañana, ¿sí? ¿Sí, sí? —Kineas era consciente del rumor de conversaciones procedente del camino de acceso a la casa. Isocles y su familia llegaban puntuales y él iba a retrasarse.

—Olbia —dijo.

El escita le miró. Pasó la jarra a Diodoro como si siempre hubiese pertenecido a su círculo.

—Largo —dijo—. Lejos.

Su griego no era bárbaro. Pronunciaba bien las pocas palabras que sabía, pero desconocía por completo las complejas reglas de los casos que regían el uso de los sustantivos.

—¿Diez días? —preguntó Diodoro. Era lo que los mercaderes le habían dicho.

El escita encogió los hombros. Volvía a tener los ojos puestos en el caballo.

—¿Nos guiarás? —preguntó Kineas.

—Yo ir por ti. Tú ir. Caballo bueno. ¿Sí?

—Me parece que eso es un trato, jefe —dijo Niceas asintiendo—. Ya me encargaré de no quitarle el ojo de encima a este espabilado, ¿te parece?

Ataelo sonrió.

—¡Pienso por caer bien también, heleno! —le dijo. Coeno. Se marcharon juntos hacia las tabernas del pueblo.

Niceas miró a Diodoro.

—Supongo que nos toca vigilar el campamento.

—¿Mientras yo acudo a esa cena? Excelente. —Kineas son rió—. Será un explorador de primera si logramos controlarlo.

Niceas aguardó a que Coeno y el escita no pudieran oírles antes de proseguir.

—Es la mar de listo.

Kineas había percibido cierta inteligencia en su rostro pero le sorprendió que Niceas lo corroborara.

—¿Cómo de listo?

Niceas señaló hacia el caballo.

—Si se hubiese quedado con nosotros, ¿nos habríamos fiado de él en las llanuras? Pero ahora ya ha demostrado que puede largarse, ¿no? Es razonable pensar que confiaremos más en él.

Kineas no lo había pensado de ese modo, pero estuvo de acuerdo.

—Eres tan buen filósofo como ese chaval espartano, Niceas. Niceas asintió.

—Siempre lo he pensado. Y si él es filósofo, yo soy el Hiparco de la Guardia.

—Ilústrame.

Kineas estaba prácticamente de puntillas, pues estaba ansioso por llegar a casa de Calco sin demasiado retraso, pero Niceas no era muy dado a trabar conversación y cuando hablaba merecía la pena escucharle.

— Diodoro me ha contado cómo lanzó la jabalina. Estuvo nadando durante una hora o más antes de que le rescataras, o eso tengo entendido. Cabrón de espartano. No está en forma, no sé por qué. Pero tiene rango de oficial: esparciata. Los duros. Jodidas máquinas de matar.

—Lo tendré presente —dijo Kineas.

—No te cases con la chica hasta que hayamos cumplido el contrato —dijo Niceas.

Autorizado a retirarse por su propio hipereta, Kineas se dirigió hacia la casa. Todavía andaba pensando en los comentarios de Niceas cuando se encontró tendido en un amplio diván con el propio espartano.

—Espero que no te importe compartirlo conmigo —dijo Filocles—. He pedido a Calco que me pusiera aquí. Creo que iba a sentarte con Ajax.

—Gracias.

El aliento del espartano ya olía a vino. Kineas se apartó un poco.

—¿Os marcháis mañana?

—Sí.

—¿Para Olbia?

—Sí. Allí es donde nos han contratado.

A Kineas le costaba trabajo conversar con Filocles, un hombre que parecía inmune a las convenciones sociales, mientras los demás invitados, Isocles, Ajax y una figura con toga y velo que tenía que ser una mujer seguían de pie, obviamente aguardando a que les presentaran al invitado de honor antes de acomodarse.

—¿Me llevarás contigo?

Resultó patente que Filocles detestaba tener que pedirlo. Bajo su aparente indiferencia bullía mucha arrogancia reprimida.

—¿Sabes montar?

—No muy bien, pero sé.

—¿Sabes cocinar? —Kineas tenía prisa por terminar aquello: Isocles acababa de cambiar el peso de pierna, estaban siendo muy groseros con los demás invitados, ¿por qué Filocles no había aguardado a que concluyera la cena? Pero no quería decirle que sí.

—No si quieres comer. Si no, sí.

Kineas levantó los ojos hacia Isocles tratando de enviarle un mensaje. «Sé que estoy siendo grosero, me está importunando un sujeto al que le salvé la vida.» Isocles

le guiñó el ojo. Sólo los dioses sabían lo que pensaba que estaba ocurriendo.

—Te llevaré. Puede ser peligroso —añadió en voz muy baja, demasiado tarde para que pudiera servir de algo.

—Tanto mejor —dijo el espartano—. Caramba, estamos siendo groseros. Deberíamos saludar a los demás invitados.

Isocles y Ajax les saludaron y se acomodaron en un mismo diván. La chica se había esfumado, seguramente llevada a las dependencias de las mujeres, en el otro lado de la casa.

La cena consistió en pescado, todo muy sabroso; langosta, si bien un poco cruda, y luego más pescado: la clase de banquete de la que se quejaban los moralistas de Atenas. El vino aguado corría sin cesar, los esclavos traían las cráteras y el propio Calco mezclaba el agua. Era el único que estaba solo en un diván, e iniciaba conversaciones en las que pudieran participar todos sus invitados: las guerras del niño rey de Macedonia, su orgullo desmedido al afirmar que era un dios, la falta de piedad en la generación más joven, con la excepción de Ajax.

Pese a su buena intención, tendía a largar monólogos exponiendo sus opiniones sobre cada tema. Ajax guardaba un respetuoso silencio, Isocles no respondía a sus argumentos como Kineas habría esperado y Filocles se dedicó a dar cuenta de los platos de pescado como si no contara con volver a comer tan bien nunca más.

Después de la última fuente de comida les llevaron aguamaniles para que se lavaran las manos y la cara.

Calco alzó una copa de vino.

—Ésta es una verdadera reunión de familia —dijo—. Por Isocles, mi rival y mi hermano; y por Kineas, a quien debo cuanto he conseguido aquí. —Derramó al suelo una libación a los dioses y luego apuró su copa y la puso boca abajo para demostrar que estaba vacía—. Puesto que estamos en familia, no ofenderá a ningún dios ni diosa que tu hija cante para nosotros, Isocles.

—No podría estar más conforme —dijo el hombre de más edad. Tomó una copa de vino y la alzó—. Por Calco, por invitarnos a tan excelso banquete, y por su amigo Kineas, que todos esperamos nos conceda la gracia de su presencia durante muchos años.

También él derramó una libación.

Kineas se dio cuenta de que había llegado su turno. Se sentía fuera de lugar, tímido, inusualmente ajeno. Cogió una copa de vino y se irguió hasta quedar sentado.

—Por la hospitalidad de Calco y por los nuevos amigos, pues los nuevos amigos son regalos de los inmortales que moran en el alto Olimpo.

Vació la copa de un trago.

Filocles cogió su copa y se puso de pie. Kineas vio en los rostros de Isocles y Calco que Filocles la estaba pifiando, pues tenía tan poco derecho como el joven

Ajax a proponer un brindis, pero aun así lo hizo.

—Poseidón, Señor de los Caballos, y Kineas me salvaron del mar, y la hospitalidad de Calco me ha hecho un hombre de nuevo. —Su libación a los dioses vació media copa y luego se bebió el resto—. Seguramente no existe vínculo más caro que el de huésped a anfitrión.

Volvió a recostarse en su diván.

Ajax reconoció la cita y aplaudió. Isocles alzó su copa a modo de tributo. Incluso Calco, que a duras penas toleraba al espartano, le dedicó una breve inclinación de cabeza y una sonrisa de agradecimiento.

Entraron dos mujeres por el fondo de la habitación, sin velo, con el pelo recogido en lo alto de la cabeza, luciendo elegantes vestiduras. La mayor tenía que ser la esposa de Calco, aunque era la primera vez que Kineas, que llevaba tres días viviendo en la casa, le ponía los ojos encima. Era alta, bien proporcionada, de miembros largos y elegante en sus movimientos, y llevaba la cabeza bien alta. La belleza de su rostro no habría inducido a botar mil barcos, pero su expresión placentera y su evidente inteligencia la suplían con creces. Sonrió a los presentes.

—Ésta es Penélope —dijo, media voz, sin levantar los ojos—. Hija de Isocles. Con la venia, me sentaré a escucharla con vosotros.

En ningún momento levantó la mirada ni mencionó su nombre: la encarnación misma de una matrona modesta, sólo que sin duda Calco no tenía hijos, pues de lo contrario Kineas los habría visto.

Penélope tenía unos grandes ojos redondos que no perdían detalle de cuanto había y sucedía en la sala como animales excitados. Los bajaba cuando recordaba el recato, pero con la misma celeridad volvía a levantarlos para buscar nuevas presas.

Kineas dedujo que seguramente nunca había estado en público hasta entonces, quizá nunca había visto un banquete privado sólo para hombres. Antaño él cenaba a menudo con sus hermanas para contarles las noticias del día o los cotilleos del gimnasio, pero no era frecuente que las chicas fueran objeto de tales atenciones.

Tenía el pelo muy negro y la piel más blanca que la mayoría; el cuello largo, igual que los brazos, y manos bien dibujadas. Era bastante atractiva, obviamente la melliza de Ajax, pero Kineas encontró inquietante su furtiva curiosidad: la semejava demasiado a un animal enjaulado. Y después de Ártemis, la modestia ya no le decía gran cosa.

Sintió una vaga desilusión. ¿Qué había esperado?

Penélope comenzó a cantar sin calentamiento previo, y resultó tener una voz clara y suave. Cantó una canción del festival de la siega y una canción de amor que Kineas había oído en Atenas, y luego cantó tres canciones que no había oído nunca y cuya cadencia sonaba extranjera. Cantaba bien, con aplomo, si bien en voz un poco baja y entrecortada. Cantó una oda y concluyó con un himno a Deméter.



Todos aplaudieron. Filocles se dio un puñetazo en el brazo y sonrió de oreja a oreja.

Isocles se levantó.

—No todos los padres consienten a su hija de esta manera, a saber, permitiendo que cante para un público de hombres. Pero en mi opinión Penélope tiene un don, enviado por el hijo de Leto, y considero que hay que autorizarla a pulirlo e incluso a exhibirlo, siempre y cuando lo haga con modestia. Cosa que, si se me disculpa el pensarlo, así ha hecho.

Miró a Kineas.

Kineas volvió a inquietarse al saberse el centro de atención. Reparó en que la esposa de Calco le miraba directamente; tenía hermosos ojos, quizás su mejor rasgo. Los demás también le miraban expectantes. «Sólo llevo aquí tres días y ya me habéis endilgado el papel de pretendiente.»

—Nada sería más apropiado o modesto a los ojos de los dioses que permitir que Penélope muestre el talento que éstos le han dado a sus amigos y familiares —dijo.

A juzgar por sus reacciones, su comentario dio la nota discordante: años al mando de hombres le habían enseñado a interpretar expresiones con mucha prontitud, y aquellas reacciones distaban de ser las mejores. Pero ¿qué tenía que decir? Elogiar su canto o su aspecto sería romper los artificiosos límites de aquella supuesta «velada familiar». ¿Acaso tenía que dar el paso, llevado por una repentina pasión, y declararse su pretendiente?

«Y una mierda», pensó, súbitamente enfadado.

Filocles cambió de postura en el diván y se puso de pie de modo vacilante.

—En Esparta, las mujeres viven en público con los hombres, de modo que os pido que me disculpéis si resulto zafio. Pero sin duda Penélope es la imagen misma del logro modesto; las musas tienen que amar a una chica que interpreta tan bien.

Kineas levantó la vista hacia Filocles, que se balanceaba un poco como si estuviera borracho aunque había bebido poco vino. Su cumplido fue bien recibido; la esposa de Calco, por ejemplo, sonrió y asintió. Isocles se mostró complacido.

«Buen tiro, Filocles.» Kineas le dio con el puño en el brazo cuando se dejó caer de nuevo en el diván, y Filocles le miró sonriente con una mirada que decía: «Eres corto de entendederas, te lo explicaré todo después, idiota.»

Isocles se levantó otra vez.

—Y ya que estoy consintiendo a mis hijos, voy a pedirle un favor a Kineas, aquí presente, puesto que hemos compartido la cena de nuestro anfitrión y es el invitado de honor. ¿Tendrás la bondad de llevarte a mi hijo contigo a Olbia?

«Tenía que hacerlo en público, de modo que no pueda negarme. Por comparación, la petición de Filocles ha sido la quintaesencia de la cortesía.» Kineas miró de soslayo a la esposa de Calco. Parecía interesada. Kineas dijo:

—Soy soldado. Llevo una vida peligrosa y las campañas son largas. Me da miedo asumir la responsabilidad de tu hijo y dejar sus huesos en un campo cualquiera. Temo la cólera de los dioses si te lo arrebató, y temo tu ira si ocurre algo que haya que lamentar. ¿No dice el dicho: «en la paz, los hijos entierran a sus padres, pero en la guerra, los padres entierran a sus hijos»?

Isocles estaba sentado en su diván con una mano apoyada en el hombro de Ajax.

—Necesita ver un poco de mundo. Tiene la cabeza llena de las hazañas de Aquiles y Ulises, y sólo el barro y las moscas de una campaña de verdad le curarán. —Isocles le miró a los ojos—. Siempre hay riesgos, cuando uno es padre. He dejado que Penélope cantara aquí esta noche: he arriesgado su reputación y la mía. El riesgo ha sido poco; la compañía es próxima y querida, lo admito. Tal vez dirás que sólo hace tres días que te conozco, pero yo digo: eres amigo de infancia de Calco, y Calco, por más rivales que seamos en todo, y hablo con franqueza para agradar a los dioses, por más que seamos rivales, Calco es el hombre más próximo a mi corazón. Y además tu fama te precede, Kineas. ¿No fuiste enviado al niño rey con cincuenta hombres para que fuerais rehenes de Atenas? ¿Y no tuviste éxito en ganarte sus elogios como hombre y como soldado, para mayor gloria de tu ciudad? Calco dice que has participado en cinco campañas en seis años, y que sólo los celos de la asamblea por la riqueza de tu padre te han enviado al exilio. Te he conocido. Eres un hombre a quien puedo confiarle a mi hijo.

—O a los dos —susurró Filocles.

Kineas no quería tantas alabanzas, y tampoco creía que supieran la escasa gloria que había cosechado con Alejandro. Soldados que gozaban de su confianza dirigían cargas de caballería que aplastaban a ejércitos persas. La caballería griega tenía suerte si le asignaban que reconociera un vado en el flanco del ejército.

—Mis méritos no son dignos de tantos elogios. Me llevaré a Ajax a Olbia para que vea un poco de guerra y se cure, tal como pides.

Kineas suspiró. Filocles le dio un codazo bastante fuerte en las costillas. Calco se puso en pie de un salto.

—Basta de asuntos de familia. Esposa, podéis retiraros: es hora de que los hombres hablemos de cosas de hombres y bebamos un poco de vino.

Su esposa cogió a Penélope de la mano y se levantó con elegancia, inclinó la cabeza ante los invitados y se retiró. No había dicho ni una sola palabra. Tendría... ¿Cuántos? ¿Quince? ¿Dieciséis? Kineas la observó marcharse y se fijó en el ceño fruncido de la esposa de Calco.

—¿Ajax tiene un buen caballo? —preguntó Kineas.

—No tan bueno como los vuestros. Los nuestros son más ligeros; en realidad sólo sirven para echar carreras detrás del ágora.

Kineas miró a Isocles.

—Si va a venir conmigo, necesitará dinero para comprar un equipo en Olbia: aquí no tenéis lo que necesita, he inspeccionado el mercado. Dos caballos de batalla recios y uno ligero; seguramente su caballo de carreras le servirá. Varias túnicas gruesas. Un sombrero grande de paja como los que los esclavos llevan en el campo; cuanto más grande, mejor. Dos jabalinas; que sean buenas, con los fustes de madera de cornejo y las puntas de bronce. Botas que le protejan las piernas cuando hagamos maniobras. Y una espada. Me gustaría que llevara una espada de caballería. Le enseñaré su manejo. —Miró al muchacho—. ¿Eres buen jinete?

Ajax bajó la vista con discreción.

—Bastante.

—¿Con silla? ¿En la grupa del caballo?

—No. Como los dacios. Uno me enseñó a montar cuando era niño.

Ajax levantó los ojos para ver si era una respuesta correcta. Lo era.

—Bien. Y armadura. La panoplia será muy parecida a la de un hoplita: peto y espaldarón macizos, y un casco con carrilleras.

Isocles se atusaba la barba.

—¿Cuánto? Quiero que lleve buen equipo y buenos caballos. Pueden mantener a un hombre con vida.

Kineas asintió con firmeza, no se andaba con rodeos.

—Exactamente. No tengo ni idea de lo que cuestan las cosas en Olbia, pero con tantos escitas como hay allí, cuento con que abundarán los buenos caballos y que no serán caros. Aun así...

¿Cien lechuzas?

Isocles se rió.

—¡Caray! Escucha, Ajax, ¿por qué no me pides que te haga construir un barco?

—Levantó la mano—. No, es broma. Cien lechuzas en una bolsa, y otras cincuenta para ti, Kineas, en previsión de gastos.

Kineas sabía que era costumbre que los hiparcos llevaran dinero extra en campaña para los hijos de los ricos, pero nunca se había beneficiado de ello.

—Gracias.

—No quiero que parezca pobre ante los hijos de los ricos de Olbia. Envía a por más si las cosas son caras.

Calco se levantó de su diván.

—Yo también tengo algo para ti, Kineas. —Hizo una seña hacia la puerta y un esclavo joven entró—. Éste es Crax. Es tracio. Sostiene que es bueno con los caballos y que sabe manejar la lanza. Necesitas un esclavo: un hombre de tu posición parece desnudo si no lo tiene.

—Eres demasiado generoso —dijo Kineas, que no había tenido un esclavo de su propiedad desde hacía años. No sabía qué decir. Crax parecía más un posible recluta

que un esclavo: buen porte, buenos músculos, joven, y su postura indicaba que la esclavitud no le había arrebatado toda su agresividad.

—Bien, pues insisto. Todos queremos que tengas éxito: ve, complace al tirano, gana unos cuantos talentos y vuelve aquí. Y seré franco: a mi capataz le cuesta lo suyo manejar a Crax. Para ti será pan comido, estoy seguro.

Crax aguardaba como un soldado en posición de firmes. En la caballería había un refrán: no hay peor regalo que un caballo sin domar.

—Gracias, Calco. Agradezco tu hospitalidad y los cuidados que has prodigado a mis hombres y a mis caballos, y ahora esto. Te resarciré en cuanto pueda. —Le hizo una seña a Crax—. Trae mi clámide y mis sandalias, ¿quieres?

Crax salió de la sala con paso resuelto.

—¿Tan pronto? Tú y Filocles tenéis mucho que añadir para hacer más sabrosa nuestra conversación —dijo Isocles.

—Me disculpo por dejaros tan temprano, pero tengo previs to partir al alba.

—Y llevándote a mi hijo. En fin, disfrutaré de su compañía una hora más.

Kineas asintió mirando a Ajax.

—Vente al potrero en cuanto amanezca. Te proporcionaré un caballo hasta que compremos tu reata.

Ajax no daba crédito a lo que le estaba ocurriendo.

—No podré aguardar hasta mañana.

Kineas miró a Isocles y negó con la cabeza.

—Yo sí.

Dio un ligero codazo a Filocles, que pareció no notarlo.

—Me quedaré aquí un rato a disfrutar de mi última noche en la civilización —dijo.

Alzó la copa de vino para que se la llenaran.

El sol se asomó sobre las distantes colinas irradiando entre una loma y la siguiente, y de repente la luz fue distinta y cada brizna de hierba del patio tuvo su propia sombra. Kineas contó cabezas: todos presentes, todos impacientes, incluso los viejos soldados. Ajax tenía un esclavo con su propio caballo, que había insistido en traer, una hermosa yegua persa. Crax montaba uno de los caballos de batalla de Kineas como si hubiese nacido para la silla, cosa probablemente cierta, y sujetaba con soltura sus dos jabalinas con la misma mano que las riendas. Ataelo llevaba un arco al cinto y una fusta, y movía a su bayo por la hierba como si fuese un hombre caminando, hombre y caballo fundidos en un solo animal. Niceas montó y pasó las riendas de las bestias que llevaban el equipaje a los esclavos. Kineas cabalgó con él recorriendo la columna de arriba abajo. Una docena de hombres, veinte caballos y equipaje: un blanco demasiado grande para los bandidos, con todos los hombres ostensiblemente armados. A Kineas le gustó la traza que tenían, estaba contento de tenerlos a todos con él. Dejó a Niceas en la mitad de la columna con los caballos de refresco y el equipaje y cabalgó hasta la cabeza, donde el escita aguardaba.

Calco no se había levantado. Sólo un puñado de esclavos se movía en torno a la casa, en su mayoría acarreando agua. Isocles había acudido a presenciar la partida de su hijo; estaba apoyado en la cerca del potrero mascando hierba.

—Abraza a tu padre —le dijo Kineas a Ajax.

Ajax desmontó y se abrazaron un buen rato. Luego regresó y saltó a la silla.

Kineas levantó la mano.

—Adelante —dijo.

El camino que salía de la granja de Calco se convirtió en un sendero con la anchura de dos ruedas de carro al cabo de unos pocos estadios, y así siguió siendo a lo largo de todo el día mientras se adentraba en la tierra, alejándose del mar en dirección al noroeste. Al principio, granjas griegas flanqueaban la senda, cada casa retirada en medio de olivares y campos de trigo. Transcurridas unas cuantas horas, dejaron de verse granjas griegas y en su lugar aparecieron rústicas aldeas donde las mujeres trabajaban los campos y los hombres lucían vestimenta bárbara, aunque había un sinfín de artículos griegos en todas las casas: ánforas, objetos de bronce, mantas y tejidos de lana.

—¿Quiénes son? —preguntó Kineas.

Ataelo no entendió la pregunta hasta que se la repitió gesticulando.

—Bastarnos —confirmó. Dijo muchas más cosas, mezclando algunas palabras griegas con su lengua bárbara: ¡bar bar babble golpe bar bar bar destruir! Y bar

babble guerreros. De lo que Kineas dedujo que eran terribles guerreros cuando los provocaban. Eso había oído decir.

Aquéllos no parecían particularmente fieros.

Cuando el sol se estaba poniendo encontraron una casa más grande en el tercer pueblo y pidieron alojamiento. Fueron bien recibidos por quienes a todas luces eran el cacique y su esposa, y una lechuza de plata de Atenas pagó el forraje y la comida de toda la comitiva. Kineas rehusó la invitación a dormir en la casa pero aceptó cenar con ellos, y a pesar de la barrera idiomática, pasó un rato agradable con sus anfitriones. Filocles rehusó la cena.

—Tengo los jodidos muslos en carne viva —dijo.

Kineas hizo un gesto de dolor.

—Eres espartano.

Filocles maldijo.

—Renuncié a toda esa mierda de apretar los dientes y aguantar el dolor cuando me exiliaron.

Niceas se rió.

—Te pondrás bien —le dijo—. Antes de una semana.

Pero le proporcionaron bálsamo, y Niceas se encargó de que el esclavo también le llevara otro poco a Ajax.

Por la mañana, volvieron a partir con las primeras luces. Siguieron cabalgando entre aldeas y campos. En dos ocasiones se cruzaron con campesinos griegos que iban con sus carros cargados de bienes hacia el mercado de la ciudad de donde ellos venían.

A última hora de la tarde llegaron al transbordador del Danubio. El río, tan sólo una de sus numerosas bocas, era tan ancho como un lago. El barquero tenía una pequeña granja y cuando alguien quería cruzar tenía que ir en su busca. Tardaron una hora en descargar los caballos y trasladar el equipaje al transbordador. El barquero y sus esclavos los llevaron a remo mientras los caballos nadaban a su lado. Era una empresa difícil y compleja, pero Kineas y sus veteranos habían cruzado demasiados ríos para no estar preparados, y lo hicieron sin perder equipaje ni caballos.

El mástil de la barca proyectaba una sombra alargada para cuando hubieron cruzado. Niceas puso a los hombres a descargar y Kineas, una vez superadas las preocupaciones de la travesía, se sentó bajo un roble solitario a supervisar. El barquero no participó en la descarga aunque instó a sus esclavos a echar una mano.

Ataelo no tocó el equipaje. Tampoco mostró indicio alguno de estar bebiendo vino. Recuperó su caballo mojado, lo almohazó y montó, y quedó sentado en la silla cual inmóvil centauro.

El barquero hablaba bien el griego, de modo que Kineas le indicó que se aproximara.

—¿Puedes hablarme de los dos próximos días de viaje?

El barquero rió forzosamente.

—Acabas de salir de la civilización, si es que Aegissos puede llamarse civilización. En la margen norte sólo estáis tú y los dacios, los getas y los bastarnos. Ese chico tuyo, ¿Crax?, es getón. Esta noche huirá, ¡ya verás!, y te rebanará el cuello si puede. Los getas querrán tus caballos. Si vas siguiendo el borde de esas colinas de allí y te mantienes lejos de las marcas, llegarás a Antifilos en cuatro o cinco días. No hay una granja ni una casa hasta allí.

Kineas volvió la cabeza para observar a Crax. El chico trabajaba duro bajo las órdenes de Antígono el galo. Estaban riendo. Kineas asintió.

—Está bien.

—Tu grupo es demasiado pequeño. Mañana a estas horas los getas estarán rellenando vuestros cráneos de paja.

—Lo dudo. Aunque agradezco tu preocupación.

El barquero se encogió de hombros.

—Os llevaré de vuelta. Naturalmente, tendré que cobraros otra vez, pero podéis esperar en mi casa hasta que llegue otro grupo.

Kineas bostezó. No fue algo fingido, encontraba aburrida la táctica del barquero para meterle miedo. De hecho, ya le habían contado todo aquello antes.

—No, gracias.

—Como gustes.

Antes de que el sol se hubiera hundido otro grado, el barquero y su transbordador se habían largado. Estaban solos en la ribera norte. Kineas llamó a Niceas para que se aproximara.

—Acampamos aquí. Hay que montar guardias, estacar y manear a los caballos, y vigilar a Crax. Intentará escapar esta noche, según el barquero.

Niceas echó un vistazo al chico y se encogió de hombros.

—¿Qué más ha dicho?

—Que los getas nos matarán a todos.

—Como que no —dijo Niceas filosóficamente, aunque se llevó la mano al amuleto—. ¿Quiénes son los getas?

—El pueblo de Crax. Tracios con caballos. —Kineas oteó el horizonte haciendo visera con la mano. Hizo una seña a Ataelo, que vino al paso hasta ellos—. Acampamos aquí. Coges a Antígono y a Laertes, salís a reconocer el terreno y volvéis aquí. ¿Sí?

Ataelo dijo:

—Es bueno. —Palmeó el flanco de su caballo—. Quiere correr. Yo también.

Esperó a que Antígono montara. Laertes, el mejor explorador de la compañía, ya estaba arriba, y los tres salieron a trote en dirección noroeste, hacia el horizonte de la

llanura.

Los demás hombres encendieron dos fogatas y montaron el caldero en una de ellas. Hicieron camas con hierba que arrancaron en las inmediaciones. Discutieron sobre si montar las dos tiendas y Niceas les obligó a hacerlo; su voz grave y sus ingeniosas maldiciones fueron el contrapunto a su tarea. Kineas no tomó parte: excluyendo una crisis, interpretaba el papel de oficial y los observaba. Niceas daba casi todas las órdenes, resolvía las disputas y asignaba los turnos de guardia. Los tres hombres montados regresaron justo antes de que cayera la noche cerrada y dijeron haber visto huellas de caballo en todas direcciones hacia el norte, pero ninguna amenaza inmediata.

«Qué fácil es olvidar.» Cuando no estaba en campaña, Kineas recordaba mayormente los buenos momentos y el peligro. Nunca recordaba la fastidiosa carga de las decisiones a la ligera y sus letales consecuencias. Por ejemplo, doblar la guardia y con ello doblar las oportunidades de detectar un ataque, con la consecuente fatiga de todos al día siguiente. O establecer turnos de guardia normales a sabiendas de que cualquier hombre podía dormirse y la primera señal que tendrían de un ataque sería el tumulto de cascos y la pica de hierro en el vientre.

Buscó una solución de compromiso, siempre un peligro adicional, y ordenó que la última guardia del amanecer fuese doble, asignándosela a sí mismo. Luego llamó a Crax y le ordenó que pusiera sus mantas entre las suyas y las de Antígono, zanjando así el asunto. Cenaron deprisa, establecieron las guardias y se entretuvieron un rato: la campaña acababa de comenzar y no tenían ganas de acostarse. En vez de irse a dormir de inmediato decidieron apurar la última ánfora de vino de Tomis mientras se contaban batallitas que revivieron entre risas. Ajax les escuchaba, silencioso y educado, abriendo los ojos como si estuviera en compañía de Jasón y los argonautas.

Agis recitó unos versos del Poeta:

*«Cambia ahora de tema y canta la construcción del caballo de madera que Epeo hizo con la ayuda de Atenea, el caballo que antaño condujera Ulises a la ciudadela valiéndose de su astucia, luego de haberlo llenado con los hombres que saquearían Troya. Si así en efecto lo haces, proclamaré a la humanidad entera que el dios de corazón generoso te ha concedido el don de la divina poesía.» Tal dijo, y el rapsoda, inspirado por el dios, comenzó, e hizo oír su cántico, tomando el relato donde los argivos habían embarcado en sus naves panzudas haciéndose a la mar tras haber prendido fuego a sus cabañas, mientras aquellos otros conducidos por el glorioso Ulises aguardaban en la sede de la asamblea de los troyanos, ocultos en el caballo; pues los propios troyanos lo habían arrastrado hasta la ciudadela. Y allí se alzaba pues, y el pueblo hablaba sentado en torno a él, incapaz de tomar una*



*determinación. No, en tres sentidos halló el consejo favor en sus mentes: o bien hendir la madera hueca con el bronce despiadado, o bien arrastrarlo a lo alto y arrojarlo a las rocas, o bien dejarlo en pie como ofrenda a los dioses para que fueran propicios, aunque al final iban a hacerlo entrar; pues era su destino perecer cuando la ciudad encerrara al gigantesco caballo de madera, en cuyas entrañas aguardaban los mejores de todos los argivos, prestos a llevar a los troyanos la muerte y el destino. Y cantó cómo los hijos de los aqueos surgieron del caballo y, tras abandonar su hueca emboscada, saquearon la ciudad. Sobre los otros cantó cómo de diversas maneras arrasaron la altanera ciudad, pero de Ulises cantó cómo fue Ares a la casa de Deífobo con el divino Menelao. Así fue, dijo, como Ulises afrontó el más terrible combate y al final conquistó con la ayuda de la bondadosa Atenea.*

Aclamaron su actuación, como siempre hacían los veteranos, y bromearon comparando al pelirrojo Diodoro con el astuto Ulises. La primera guardia pasó sin que ninguno de ellos estuviera en sus mantas con excepción de Filocles, que cayó derecho de la silla a la cama.

Kineas se aproximó a Ajax mientras éste se arrebujaba con su manto.

—Necesitarás esto —dijo, y pinchó a Ajax con una espada.

Ajax la cogió, la sopesó e intentó verla.

Kineas le dijo:

—Duerme con ella debajo de la cabeza o en la mano. —Su sonrisa fue invisible en la oscuridad—. Te acostumbrarás después de unas cuantas noches.

Kineas se durmió en cuanto se tapó con su clámide. Era como estar en casa. Soñó con Ártemis; no fue un sueño largo ni concreto, y desde luego tampoco uno de esos sueños que Afrodita envía a los hombres, pero sí fue un sueño placentero y se despertó cuando los hombres efectuaron el cambio de guardia y se movieron por la tienda, alerta en cuanto abrió los ojos para relajarse acto seguido, recordando el sueño y preguntándose si había alguna insinuación de ella en su manto. Sonrió y volvió a dormirse, y al cabo se despertó asustado cuando algo pesado cayó encima de sus piernas. Tuvo consciencia de haber oído un ruido: empuñó su pesada espada y se puso de pie antes de despertarse del todo, con la espada desenvainada.

Antígono le habló bajo al oído.

—No es nada, Kineas, nada. Tu esclavo ha intentado escapar y le he dado un golpe que lo ha dejado sin sentido. Mañana le dolerá la cabeza.

El peso que le había caído a los pies era Crax; el chico estaba totalmente inconsciente. Y otros durmientes se habían despertado y le empujaban alejándole de donde había caído. Le obligaron a tenderse en sus mantas.

—¿Hacia dónde iba?

—No he aguardado para verlo. En cuanto le he visto de pie, lo he noqueado con el fuste de mi pica.

Kineas hizo una mueca de dolor.

—Espero que no esté muerto. Despiértame para la próxima guardia.

—No temas. Los dedos de rosa de la aurora serán todos tuyos.

Kineas se durmió pensando que Antígono, que no sabía leer ni escribir, seguramente no había leído nunca la *Ilíada*. Lo despertaron por tercera vez con tiempo para refrescarse con agua la cara y las manos. Las manos se le hinchaban por la noche y las articulaciones le dolían al despertar, y caminar le resultaba más fatigoso cada año. Las campañas envejecían a un hombre demasiado deprisa.

Tomó la jabalina pesada de manos de Antígono. Ajax también estaba levantado: Kineas había decretado doble guardia al amanecer y Niceas había emparejado a Kineas con el hombre menos experimentado y más prescindible; decisiones y más decisiones.

—Antes de retirarte, búscale una jabalina —dijo Kineas a Antígono, que hurgó entre el equipo y vino con una. Se la pasó a Ajax, que parecía cohibido con ella a la primera luz gris del día, como si se hubiese puesto el disfraz equivocado para asistir a una fiesta. También se veía absurdamente joven, guapo y bien dormido, y Kineas pensó: «Apuesto a que no se le hinchan las articulaciones.»

—¿Alguna novedad? —preguntó Kineas.

Antígono escudriñó el horizonte hacia el norte.

—He oído algo..., distante; puede haber sido un lobo dando caza a un venado, pero era un movimiento pesado. —Señaló a una figura borrosa junto al árbol—. No tropieces con nuestro bárbaro. Está durmiendo con su caballo.

Kineas asintió y empujó al otro hombre para que fuera a acostarse. Había luz suficiente para entrar a gatas en la tienda sin despertar a los demás y Antígono ya estaba roncando antes de que Kineas hubiese recorrido el perímetro del pequeño campamento. Ajax iba tras él, claramente perdido en cuanto a lo que tenía que hacer.

Kineas le llevó a hacer la ronda del campamento otra vez, le mostró los dos promontorios que podían dar a un centinela unos cuantos estadios más de visión, se detuvo con él a sonreír al ver a Ataelo durmiendo con las riendas de su caballo en la mano, listo para entrar en acción al instante. Entonces Kineas ordenó a Ajax que encendiera las fogatas.

—Cuando hayas terminado, almohaza a los caballos.

Por primera vez Ajax miró con desagrado a Kineas, mirada que éste no le había visto hasta entonces.

—¿Almohazar a los caballos? Despertaré a mi esclavo.

Kineas negó con la cabeza.

—Enciende las fogatas y luego almohaza a los caballos. Tú mismo. Haz un buen

trabajo. Luego tú y yo iremos a dar una vuelta antes de despertar a los demás. Y una cosa, Ajax: ni se te ocurra que puedes discutir mis órdenes.

Ajax agachó la cabeza, pero aun así dijo:

—Otros hombres lo hacen.

Kineas se rió y le pegó un manotazo.

—Cuando hayas matado a una docena de hombres y estado mil noches de guardia, podrás debatir conmigo.

Le gustaba hacer de centinela y se plantó bajo el árbol, inmóvil, escrutando el horizonte hacia el noroeste. Escuchó el despertar de los pájaros, observó a un conejo que atravesó el herbazal donde les había dejado el transbordador y luego a un halcón que sobrevolaba el estuario del Danubio. Consideró que estaban a salvo; en terrenos agrestes solía ser fácil percibir el acecho de un enemigo.

Estuvo una hora pendiente de Ajax mientras éste levantaba a los caballos uno por uno, los almohazaba y los volvía a manear. El chaval era concienzudo, aunque tenía un pronto rebelde que Kineas no le había visto hasta entonces. Pero comprobaba el estado de los cascos, frotaba cada caballo con paja, les revisaba los ojos y la boca. Sabía lo que se hacía. Kineas volvió a otear el horizonte y se sorprendió cuando Ajax echó a caminar hacia él con un par de caballos: el tiempo había pasado volando. Pero sus manos volvían a tener un aspecto normal, tenía el cuello menos tenso y estaba listo para cabalgar. Una vez montado, llevó a su caballo hasta la tienda más cercana y dio unos toques a un palo del armazón con la jabalina. Niceas asomó la cabeza.

—Salimos a patrullar. Que los esclavos empiecen a preparar la comida. Volveremos dentro de una hora.

Niceas disimuló un bostezo con una de sus manazas.

—Estoy en ello.

Kineas hizo girar al caballo y echó a cabalgar con Ajax a su lado. Enfiló derecho hacia el norte siguiendo el curso del río, permaneciendo en tierras bajas siempre que podía y explicando a Ajax qué hacía a cada paso: evitar que el sol naciente los perfilara a él y a su montura, usando la maleza de la orilla como cubierta o fondo, deteniéndose del todo antes de cruzar un promontorio. Fueron avanzando por la ribera, Kineas se dirigía tierra adentro, casi derecho hacia el norte, hasta que alcanzaron un otero que había divisado mientras montaba guardia. Se hallaban casi a un estadio del campamento y saltó a tierra, lanzó sus riendas a Ajax y trepó a gatas hasta la cresta. Se estaba exhibiendo ante el muchacho, pero la causa era buena: el chico necesitaba ver cómo se hacía correctamente una patrulla al amanecer.

Desde la cresta podía ver un enorme arco de territorio absolutamente vacío. Por descontado, cualquier pliegue podía ocultar una horda de escitas, pero Kineas sabía por experiencia lo difícil que era mantener hombres y animales emboscados sin hacer ruido ni levantar polvo durante un tiempo más o menos prolongado. Se deslizó cuesta

abajo hasta donde Ajax aguardaba.

—Ponle una maniota a tu montura y monta guardia ahí arriba hasta que venga a por ti. Haré que tu esclavo te traiga algo que comer. Si ves movimientos, corre como si te persiguieran las Erinias.

Ajax asintió con el semblante muy serio.

—¿Estoy..., en apuros?

—Claro que no. Esto es lo que hacemos en la patrulla del alba. Tengo trabajo que hacer; tú ya has hecho el tuyo. Así que puedes haraganear ahí arriba, vigilar todo el horizonte y aguardar a que los hombres tomen el desayuno. Sería lo mismo si estuviera aquí Diodoro.

Ajax dejó escapar una sonrisa.

—¡Oh, bien! Pues entonces, a vigilar.

Kineas regresó al campamento siguiendo una ruta distinta, siempre ocultando su silueta a los ojos curiosos. Tomó un cuenco de sopa recalentada de la cena, volvió a almohazar a su caballo de batalla y luego lo puso con los de refresco, eligiendo uno más pequeño y ligero para la jornada de viaje. Había dicho a Diodoro, Likeles y Graco que se prepararan para cazar. Estaban ansiosos por salir.

Crax trabajaba con las bestias de carga bajo la atenta mirada de Niceas. No presentaba mal aspecto a pesar del percance nocturno, pero cuando Kineas comprobó el equipaje se encontró con que cada cincha que había atado el chico estaba suelta o sabotada. Kineas hizo señas al chico para que se acercara y lo tumbó de espaldas de un solo puñetazo.

—No me gusta pegar a los esclavos —dijo Kineas sin alterarse. Hizo una pausa para lamerse la sangre del nudillo que se le había pelado con el golpe—. Anoche intentaste escapar. Hasta ahí muy bien. Si yo fuese esclavo, también huiría a mi casa. Luego has aparejado el equipaje para que se cayera: trabajo perdido y la partida retrasada. Mal hecho. Si intentas algo parecido otra vez, te mataré sin más: no me costaste ni un óbolo de cobre y no necesito un esclavo. ¿Entendido?

El chico parecía aturdido; probablemente lo estaba, después de dos golpazos.

—Sin embargo, necesito más soldados. Demuestra que eres capaz de hacer la faena y quitar la mierda y te pondré de mozo de cuadra en Olbia y te libertaré para la gamelia. O muere. Detesto desperdiciar personal, pero no me gustan los nudos mal hechos.

Kineas dio media vuelta y montó pesadamente a lomos de su caballo ligero. No estaba de humor para saltos y, además, el nudillo pelado le escocía como una brasa.

Envió a Ataelo en busca de Ajax y luego emprendieron la marcha por las llanuras de los getas.

Una vez que partieron, avanzaron a buen ritmo, aunque Crax seguía aturdido y tuvieron que atarlo a un caballo. Hacia mediodía habían dejado atrás la marisma y

cabalgaban a través de un llano herboso dominado por una serrezuela de montecillos rocosos que se alzaban al oeste. Las ráfagas de viento mecían la hierba formando olas. El mar verde se extendía interminable sobre montículos y lomas hasta alcanzar el horizonte. Era un terreno creado por los dioses para los caballos, y Kineas se detuvo en lo alto del primer promontorio a escrutar el paisaje haciendo visera con la mano.

El vasto panorama los mantuvo callados un rato, y luego Ataelo desmontó, se arrodilló y besó el suelo antes de soltar un chillido que se perdió en la inmensidad del cielo.

—Alguien ha llegado a casa —dijo Coeno sonriendo.

Cuando encontraron unas huellas, Ataelo cabalgó hasta las faldas de los montes y regresó con una pesada flecha negra que entregó a Kineas sin más comentarios.

—¿Getas? —preguntó Kineas.

Ataelo encogió los hombros con elocuencia y se adelantó al convoy.

A primera hora de la tarde levantaron a una pequeña manada de corzos en un profundo barranco cortado por un riachuelo, y los tres cazadores se adelantaron al resto, acorralaron a un macho de buen peso y lo abatieron con las jabalinas. Fue todo un espectáculo, y el aristócrata que había en Kineas apreció la maestría con que los jinetes profesionales habían cazado al corzo; pocos aristócratas verían algo semejante alguna vez, y mucho menos aprenderían a hacerlo.

Siguió adelante, pensando en Jenofonte, cuyas obras sobre caballos y caza había leído en su juventud. Coeno, un hombre cultivado y a menudo fuera de lugar en una compañía de mercenarios, adoraba a Jenofonte y podía recitar largos pasajes de sus obras. Viendo que los cazadores regresaban, fue al encuentro de Kineas, señaló y dijo:

—«De ahí que aconsejo a los jóvenes que no desdeñen la caza ni ningún otro estudio. Pues éstos son los medios por los que los hombres serán buenos en la guerra y en todas las cosas en las que debe primar la excelencia de pensamiento, palabra y obra.»

Por alguna razón, eso le recordó que aún tenía los rollos de Isocles con los cuatro libros de Herodoto y se apenó, pues dudaba que fuera a disponer de tiempo para leer y temía que los papiros se humedecieran hasta resultar ilegibles.

Filocles se situó a su altura.

—¿Es sagrado este sitio, o puedo cabalgar aquí?

Kineas recobró plena conciencia.

—¿Sagrado? —dijo.

—Sólo Niceas cabalga a tu lado; o Ataelo, supongo, y Coeno cuando necesita dar rienda suelta a su erudición. Y yo estoy aburrido y los muslos me escuecen, y un poco de amable conversación distendida me haría más llevaderos los próximos estadios.

Kineas miraba por encima de la cabeza del espartano.

—Me parece que has venido al lugar equivocado si lo que buscas es conversación. ¡Niceas! —Levantó la mano—. ¡Alto! ¡Caballos de batalla y armaduras, ya!

La disciplinada columna rompió filas. Los soldados mayores fueron los más rápidos; Niceas ya llevaba puesta la armadura y montaba a su mejor caballo mientras Ajax aún buscaba en un canasto la espada que le habían prestado. Filocles no tenía armadura, de modo que aguardó en su montura y observó a Kineas ponerse la suya.

—¿Qué has visto? —preguntó.

—Ataelo. Viene hacia nosotros a galope tendido y tirando a sus espaldas; un buen ardid si eres capaz de aprenderlo. No, más lejos. Mira hacia ese valle.

Tras trincar el peto y el espaldarón, Kineas se abrochó el casco, bajó las carrilleras e intentó dominar a su caballo de batalla, que no se dejaba montar.

Pasó otro minuto mientras los hombres terminaban de ponerse los cascos o forcejeaban con correas y hebillas. Niceas repartió jabalinas. Kineas por fin montó a su caballo, avergonzado de parecer un recluta novato delante de sus hombres. La hierba crecía en densas matas que formaban pequeños montículos y hacía casi imposible caminar y aún más difícil montar. Los caballos, en cambio, parecían moverse a sus anchas entre las matas de hierba. Vista de lejos, la accidentada llanura se extendía hasta los montes del fondo como una tela verde ondulada, sin indicios del traicionero suelo que ocultaba el exuberante herbazal.

Ataelo se encontraba a una loma de distancia y Kineas vio a los jinetes que le perseguían unos pocos estadios tras él. Eran hombres menudos en caballos menudos. Algunos llevaban arcos, la mayoría jabalinas y ninguno de ellos armadura. El grupo era bastante numeroso. Mientras los contemplaba, Ataelo cambió de dirección, se alejó de la tropa de Kineas y enfiló hacia el norte, manteniéndose fuera del alcance de las flechas.

—¡Diodoro! Coge a..., coge a Ajax y ayuda al escita. Poneos en su flanco y hostigadlos si ves que os ignoran. El resto, rodilla con rodilla. ¡Ahora! ¡Dos filas y adelante!

Contaba con diez combatientes, una cantidad mínima, pero tenían ciertas ventajas y el escita había traído a los getas muy cerca. Pensó que tendría una oportunidad de cargar contra ellos y dispersarlos, y forzar así un encuentro cuerpo a cuerpo en el que sus grandes caballos militares alimentados con grano podrían más que sus ponis.

—Conmigo. Al trote.

Los getas seguían avanzando hacia ellos. A aquella distancia apenas verían las armaduras y el tamaño de los caballos les sería difícil de juzgar.

—¡A por ellos! —Kineas se había hecho con el corcel, estaba listo para acoplarse a la fuerza de los poderosos cuartos traseros del animal. Confió en que el semental

supiera galopar sobre las matas de hierba; si se equivocaba, estarían muertos en un santiamén—. ¡Ártemis! —gritó, y los veteranos le corearon: «¡Ártemis, Ártemis!».

Fue un pálido remedo del vocerío que habían levantado cuando eran trescientos, pero aun así se hizo oír.

La carga inicial iba a ser fructuosa. Ya lo sentía en los huevos, veía el siguiente acto de la obra con la misma facilidad que si la hubiese escrito él mismo. Se alzó un poco en la silla, apretó los lomos del caballo con las rodillas y arrojó su jabalina contra el costado de un getón. El siguiente hizo girar a su poni sobre la grupa, tirando brutalmente del bocado, pero fue demasiado lento y el caballo de batalla de Kineas pasó por encima del caballo más pequeño sin cambiar el paso. Un chico, valiente o quizá tan sólo paralizado, le aguardaba sentado en su montura con el arco en tensión. Kineas agachó la cabeza para que la punta de la flecha le diera en el casco y se inclinó hacia delante empuñando la jabalina pesada. La cuerda del arco tañó, un sonido diferenciado incluso en plena refriega.

La flecha falló, los dioses saben adónde fue, y Kineas dio la vuelta a la jabalina con ambas manos y la blandió como un garrote, derribando al chico de la silla. Una vez efectuado el golpe dio la vuelta otra vez al palo y volvió la cabeza. Aflojó las riendas y usó esa misma mano para colocarse bien el casco y poder ver: miró a izquierda y derecha en busca de amigos y enemigos.

Niceas estaba a su lado y mascullaba una letanía de plegarias a Atenea, con su jabalina pesada del revés y sujeta por el medio, que goteaba rojo al suelo. Antígono estaba en su otro flanco y empuñaba la espada pesada. El caballo le causaba problemas, daba brincos y relinchaba. Olor a sangre. Caballo nuevo. Kineas no tenía que pensar en aquellos detalles, simplemente los tenía presentes, tal como veía los movimientos de un combate en su mente.

Coeno y Agis cabalgaban juntos a unos cuantos cuerpos de distancia. Coeno estaba rematando a un hombre tendido en la hierba. Tenía una larga señal roja en el muslo derecho. Ninguno de los demás parecía estar herido.

Kineas usó las rodillas para obligar al caballo a girar en redondo. Al contar a sus hombres vio que le faltaba uno. Había getas muertos y heridos por todas partes, y un grupo dos veces más nutrido se batía en retirada por la ladera de la primera colina. Mientras contemplaba la huida, uno de ellos recibió en plena espalda una flecha del arco de Ataelo y cayó despacio, resbalando de la silla hasta desplomarse contra el suelo. Su caballo se detuvo y se puso a pastar. Los demás getas siguieron huyendo. Agis probó un lanzamiento largo de jabalina desde el caballo pero falló y renegó, y al cabo los getas supervivientes fueron engullidos por una ladera y se dio por terminado el combate.

Apenas habían transcurrido unos minutos cuando Kineas avistó al escita, que regresaba al galope. Un abrir y cerrar de ojos. Kineas había hecho un mal gesto con el

hombro y le dolía un músculo desgarrado de la espalda. Se sentía como si hubiese estado arando un campo todo el día. Se volvió hacia Niceas.

—¿A quién han derribado?

Niceas negó con la cabeza encasquetada.

—Voy a ver, señor. —Y se marchó al paso.

Al cabo de un momento Niceas regresó con la espalda encorvada como si fuese un anciano.

—Graco —dijo. Se volvió, con la mano en el amuleto, y luego miró a Kineas—. Le alcanzó una flecha en medio del cuello en cuanto empezamos a galopar. Muerto.

Kineas sabía que Graco y Niceas habían sido amigos; a veces algo más que amigos.

—Qué desperdicio. Estúpidos bárbaros: debemos de haber matado a diez de los suyos.

—Más de diez. Y tres prisioneros. El chico que derribaste. ¿Lo quieres?

Kineas asintió.

—Por eso no lo he matado. Él y Crax podrán conspirar a nuestras espaldas.

Niceas asintió con pesadumbre.

—Los otros dos están heridos.

Kineas oyó que alguien alternaba un horrible maullido lastimero con un bramido de agonía. Cabalgó de regreso hasta el primer hombre que había derribado; había hecho un buen lanzamiento: la jabalina le atravesaba el pecho y seguramente le había cortado el corazón. Dio un tirón desganao al astil sin moverse de la silla. La jabalina no se movió. Siguió adelante, trotando con cuidado por las matas hasta los hombres heridos. El que gritaba tenía una jabalina clavada en el vientre. Podría vivir mucho rato pero sufriría lo indecible. Al otro le había cortado una mano de cuajo con una espada pesada. Se estaba desangrando, tenía la mirada perdida. Intentaba detener la hemorragia con la otra mano, pero apenas le quedaban fuerzas. El dolor le había dejado exánime.

Cada vez que entraban en acción el final era idéntico. La guerra en toda su gloria. Kineas fue hasta el hombre que gritaba y le atravesó la cara vuelta hacia arriba con su jabalina pesada. Clavar, torcer. El hombre cayó hacia delante sobre su propio regazo, mudo en el acto. El otro hombre se volvió y levantó la vista hacia él. Enarcó un poco las cejas, como sorprendido.

—Hazlo —dijo en griego gutural.

Kineas rindió silencioso homenaje a su valentía y rezó a Atenea para que le otorgara el mismo coraje cuando le llegara la hora. Clavar. Torcer. El segundo hombre murió tan deprisa como el primero.

—Graco podrá tenerlos de remeros en la Estigia. Pobres desdichados. Niceas, pon a los esclavos a trabajar. Hay que recuperar todas las jabalinas. La mía la he dejado



un estadio más atrás clavada en un pobre diablo getón. ¿Algún otro herido? —Miró en derredor—. Sube a Graco a lomos de su caballo.

Ajax le estaba mirando con aversión. Se agarraba un brazo con firmeza. Kineas le señaló.

—Ajax, muéstrame ese brazo.

Ajax negó con la cabeza. Tenía las comisuras de la boca blancas.

—Antígono, baja a Ajax de su caballo y ocúpate de su brazo. Ajax, así es la guerra. Es lo que hay, chico. Hombres matando a hombres; normalmente los fuertes matando a los débiles. Tal cual. El resto, desmontad todos menos Ataelo y Likeles. Tú y el escita reunid a los caballos.

Likeles era uno de los mejores jinetes, y los caballos le adoraban. Se fue en pos del escita que ya estaba en el llano usando su espada corta para arrancar la cabellera a los hombres que había matado. Era una truculenta costumbre bárbara y Kineas apartó la vista de inmediato.

Kineas permaneció montado, con la armadura puesta. Fue de un hombre a otro, intercambiaba unas pocas palabras, una chanza o una maldición. Se aseguraba de que no estuvieran heridos. El espíritu divino que se adueñaba de un buen hombre en la lucha podía privarle de la capacidad de sentir una herida. Kineas había visto a hombres, buenos hombres, caer tuertos después de una batalla, encima de un charco de sangre, sin siquiera saber que habían resultado heridos. A los caballos podía sucederles lo mismo, como si también ellos estuvieran poseídos por el daimon de la guerra.

La herida de Coeno era leve, pero Kineas encargó que Niceas se ocupara de ella mientras él atendía a Ajax. Cuando hubo visto al resto, Kineas cabalgó a tedio galope hasta el siguiente promontorio e inspeccionó desde la vertiente opuesta las colinas que se alzaban a lo lejos. Las aves carroñeras ya estaban acudiendo al festín de Ares. El olor a sangre y excremento tapaba el del sol y la hierba, corrompiéndolo. Se le vencieron los hombros y las manos le temblaron un rato. Pero los getas no regresaron y al cabo recobró el dominio de sí mismo. Una vez reunidos los caballos getas y untadas de miel las escasas heridas, la columna prosiguió su avance por el mar de hierba.

Acamparon temprano porque los hombres estaban cansados. Encontraron un riachuelo en cuya orilla se erguía un puñado de árboles viejos con suficientes ratas caídas para encender una hoguera. Kineas comprobó con agrado que Crax estaba trabajando. Se movía cansinamente, pero se movía. El esclavo de Ajax cocinaba un estofado de corzo y cebada de sus provisiones. Los hombres comieron con hambre y luego se tumbaron tranquilamente.

Niceas no habló salvo para preguntar por el entierro de su amigo, pero Kineas negó con la cabeza.

—Mañana en la ciudad —dijo—. Le haremos una pira.

Niceas asintió despacio y fue a servirse una segunda ración de comida. Ajax evitaba a Kineas, y se sentó al otro lado de la hoguera. Filocles, que no había participado en la batalla, fue a tenderse al lado de Kineas, que daba buena cuenta de su cuenco de estofado. El espartano señaló a Ajax con el mentón.

—Está nervioso —dijo—. Deberías hablar con él.

—No. Me ha visto matar a los cautivos. Piensa... —Kineas hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas. «Yo también estoy nervioso.»

—Bah, tiene que hacerse mayor. Habla con él o mándalo a casa.

Filocles tomó un bocado de su rancho y añadió un trozo de pan duro al cuenco para que se reblandeciera.

—Tal vez mañana.

—Como quieras. Pero yo lo haría esta noche. ¿Te acuerdas de tu primer combate?

—Sí. —Kineas los recordaba todos.

—¿Mataste a alguien?

—No —dijo Kineas, y se echó a reír porque su primera batalla había sido un desastre, pues él y todos los hippeis atenienses se habían retirado sin manchar de sangre sus armas y odiándose por ese motivo. Los hoplitas desdeñaban a los hippeis porque podían salir airosos de una derrota aplastante.

Filocles volvió a dirigir el mentón hacia el chico mientras masticaba.

—Cortó la mano de ese hombre. De un mandoble. Y como el pobre cabrón aún estaba vivo, tú has tenido que acabar la faena. ¿No lo ves? Eso da mucho que pensar a un muchacho de su edad.

Mordió su chusco de pan y masticó, con restos de estofado pegados a la barba.

—Tú eres el maldito filósofo, espartano. Habla tú con él.

Filocles asintió en silencio unas cuantas veces seguidas. Tomó otro bocado de pan y se limpió la barba con los dedos. Y miró a Kineas mientras masticaba. Kineas le sostuvo la mirada, irritado porque le estaba dando la lata, aunque sin enfadarse.

Filocles siguió masticando y tragó.

—No eres tan duro como aparentas, ¿verdad?

Kineas negó con la cabeza.

—Es un buen chico. Tú quieres que vaya y le diga lo que todos los demás que están en torno a la hoguera ya saben. ¿Cierto? Sólo que una vez que lo sepa, nunca volverá a ser un buen chico, ¿me equivoco?

Filocles rodó sobre sí mismo para tenderse boca abajo y se quedó mirando el fuego o quizás el contenido de su cuenco.

—Será si le dices eso. Yo le hablaría en términos que entienda. Honor. Virtud. ¿Por qué no?

—¿Realmente hay honor y virtud en Esparta? ¿Matando prisioneros porque trae

demasiadas complicaciones salvarlos?

—Si matar a esos dos te está corroyendo las entrañas, ¿por qué lo has hecho? Yo no estaba presente, pero tengo la impresión de que hubiesen querido un final rápido. —Filocles sorbió sopa de su cuenco—. Por Ares y Afrodita, Kineas. El chico no sufre por que hayas liquidado a esos dos. Eso sólo es lo que se dirá a sí mismo. Es porque sabe que es el responsable. Él lo hizo: le cortó la mano, luchó, de hecho le mató. ¿Cuántos combates has visto?

—Veinte. O cincuenta. Más que suficientes. —Kineas se encogió de hombros—. Aunque ya veo adónde quieres llegar. Está bien, filósofo. Soy lo bastante mayor como para ignorar a los hombres que mato y aun así lamentarlo, de lo que se deduce que el chico lo está pasando peor que yo y me echa a mí la culpa. ¿Por qué no? Su culpa es una carga liviana.

—¿Eso piensas? Esta mañana te adoraba. —El espartano se giró para mirar a Kineas—. Creo que ambos seríais más felices si hablarais. Más felices y más sabios. Y de resultas él será mejor hombre.

Kineas asintió lentamente.

—¿Por qué estás con nosotros?

Filocles sonrió abiertamente.

—Me estoy quedando sin sitios donde se hable griego.

—¿Maridos airados? —preguntó Kineas sonriendo, al tiempo que se ponía de pie. Mejor zanjar el asunto cuanto antes.

—Me parece que hago demasiadas preguntas —contestó Filocles sonriendo a su vez.

—Honor y virtud... —comenzó Kineas, y miró a Ajax a través de las llamas.

—Admítelo, Kineas. Todavía crees en esas dos cosas. Quieres lo que es bueno. Te esfuerzas por alcanzar la virtud. Ve y díselo al chico.—Filocles le hizo una seña para que se fuera—. ¡Vamos! Tengo intención de acabarme tu estofado en cuanto te vayas.

Kineas arrebató el cuenco al otro hombre y lo rellenó en el caldero común. Por tradición, el capitán comía el último, pero los demás ya habían comido, casi todos los hombres dos veces, incluso los esclavos. Kineas restregó el cuenco de madera por la pared de bronce. Mientras llenaba su cuenco, Antígono se acercó a llenar el suyo.

—Buen botín, para ser bárbaros. Doce caballos, algo de oro y plata, unas cuantas buenas armas.

—Lo repartiré después de cenar.

Antígono asintió.

—Hará que los hombres se sientan mejor —dijo.

Diodoro, que les escuchaba, también asintió.

—Graco ha vivido todos estos años con el niño rey para acabar muriendo en las llanuras a manos de una banda de estúpidos bárbaros. Cuesta de tragar.

Kineas asintió.

—Lo tendré presente —dijo, y fue a sentarse con Ajax. Lo hizo tan repentinamente que el muchacho no tuvo tiempo de salir corriendo. Aún se estaba levantando cuando Kineas lo detuvo con una mano.

—Quédate donde estás. ¿Cómo tienes el brazo? —preguntó Kineas.

—Bien —dijo Ajax.

—El tajo es largo. ¿Te escuece?

—No.

—Sí que te escuece. Pero si lo vas untando con miel y las moscas no te vuelven loco, se curará en cuestión de una semana. Al cabo de dos dejará de dolerte. Y para entonces ya habrás olvidado su cara.

Ajax tomó aire bruscamente.

—Lamento haberle matado sin preguntarte primero. A lo mejor querías quedártelo. Pero era un hombre de mi edad, y nunca había sido esclavo. ¿Con una mano de menos, como un criminal? Lo último que quería era vivir como un esclavo manco —afirmó Kineas.

—¿Y eso nos da derecho? —preguntó Ajax. Su voz era firme, incluso ligera, como si la pregunta no tuviera importancia.

—¿Derecho? Ellos nos han atacado, Ajax. Cruzábamos esta tierra por el llano, sin acercarnos a sus montes. Han venido a por nuestras cabezas y nuestros caballos. La próxima vez, a lo mejor seremos nosotros quienes vayamos a su territorio; subiremos hasta sus chozas de las colinas y prenderemos fuego a los tejados. Eso es lo que hacen los soldados. Es una clase distinta de derecho: el derecho de la fuerza, de una polis contra otra, cuando confías en que los hombres que votaron a favor de la guerra tenían sus razones y tú cumples con tu deber. Éste era un derecho más simple: el derecho a rechazar una agresión. Como matar a un ladrón.

—Has matado a los dos. Y luego has dicho..., has dicho que eso es lo que hay, que el fuerte mata al débil —agregó con menos firmeza.

—Deja que te diga la verdad. Es una verdad asquerosa, pero si puedes soportarla quizá te conviertas en soldado. ¿Listo?

—Ponme a prueba.

—Soy el capitán. ¿Sí?

—Sí.

—El rango significa que haces lo difícil. Matar a hombres desarmados es un trabajo asqueroso. A veces lo hacemos todos. Pero normalmente lo hago yo. Así los demás no tienen que hacerlo.

Ajax contempló el fuego un rato.

—Haces que parezca una virtud.

—Aún no he terminado —indicó Kineas.

—Pues entonces sigue —dijo Ajax volviéndose para mirarle.

—Por lo general, cuando la polis declara la guerra, o toda Grecia, o todo el mundo helénico declara la guerra..., piensa en ello, ¿van todos los hombres a la guerra?

—No.

—¿Van todos los guerreros? ¿Todos los hombres entrenados para combatir?

Ajax rió sin ganas.

—No.

—No. Van unos pocos. A veces más que unos pocos. Y lo único que ennoblece su profesión es que lo hacen para que los demás no tengan que hacerlo.

—¡Eres mercenario! —espetó Ajax.

—Ya lo sabías antes de venir.

—Es cierto. ¿Por qué crees que me siento tan cobarde ahora? Sabía lo que pasaba aquí y de todos modos vine, y ahora me faltan agallas para aceptar lo que veo.

Ajax tenía las mejillas surcadas de lágrimas.

—Lucho por otros hombres. Y por mi propio provecho. Es una vida dura, llena de hombres duros. No te recomiendo que te conviertas en uno de ellos, Ajax. Si quieres marcharte, haré que alguien te acompañe hasta el transbordador. Por otra parte, si prefieres quedarte, tienes que contestarte a ti mismo si puedes hacer esto y seguir siendo un buen hombre. —Kineas se puso de pie; acusaba la edad en las rodillas y los muslos—. La próxima parte no va a gustarte. Es la parte más fea, después de la de matar. Pero deberías verla. —Se frotó el mentón sin afeitarse—. Además, el reparto del botín forma parte de la guerra. Y figura en la Ilíada, así que no puede ser malo.

Kineas le puso una mano en el hombro y Ajax no la rechazó. Luego se marchó, dejó caer su cuenco junto a un esclavo, se lavó las manos en un cubo de cuero y se detuvo junto a Diodoro y la reata de caballos capturados. Crax tenía a sus pies todos los objetos de valor hallados en los cuerpos sobre una túnica ensangrentada. Su semblante no reflejaba ninguna emoción, pero Kineas acertó a ver tensión en su postura y sus hombros; tal vez reconocía el origen de los broches y alfileres de la túnica.

Kineas no tuvo que hablar para atraer la atención de los hombres. Le bastó con levantar una mano.

—Caballeros. De acuerdo con la costumbre, repartiremos el botín de nuestros enemigos en lotes, por turnos. Por el bien de la compañía, yo cojo esto.

Kineas revolvió entre los broches y cogió los dos más grandes de oro. Valían veinte lechuzas de oro cada uno y servirían para alimentar a los caballos en una ciudad durante varios días. Nadie puso objeciones, aunque saltaba a la vista que eran los objetos más valiosos del montón.

Luego señaló al escita.

—Ataelo descubrió al destacamento y nos dio aviso. También liquidó a cuatro de ellos. Yo digo que coja el primer lote.

Era algo inusual que a un hombre nuevo, y además bárbaro, se le concediera el primer lote. Se oyó un murmullo, aunque nada alarmante. Por un lado, no había mucho botín que repartir, y el primer lote tampoco consistía en una pila de oro, y por el otro, el murmullo parecía decir que el escita seguramente los había salvado a todos, o al menos los había salvado de un enfrentamiento más duro.

Antígono, también de origen bárbaro, levantó un puño al escita.

—¡Primer lote! —atronó. Otros hombres corearon el grito.

Ataelo miró en derredor como para asegurarse de que le estaban eligiendo. Sonrió de oreja a oreja. Entonces fue hasta la reata de caballos capturados y saltó a horcajadas sobre el más alto, una yegua baya con algo de sangre persa. Soltó un sonoro «i so, so!», y se apeó para soltarla de la reata.

Que el escita se quedara un caballo no sorprendió a Kineas, pero en cambio complació a los hombres, pues éstos preferían dinero contante y sonante en forma de plata y monedas. La tradición de ceder el primer lote al hombre considerado más merecedor con frecuencia se convertía en un arma de doble filo ya que suscitaba rencores con la misma facilidad con que recompensaba los logros militares. Pero la elección de Ataelo le hizo popular, o tal vez más popular.

El resto del reparto se hizo por estricta jerarquía. Niceas fue el segundo en elegir, y por más apenado que estuviera por Graco, eligió cuidadosamente del montón una pesada torques de plata con cadena de valor equivalente a la paga de un mes. Con lo mal armados que iban los getas, lucían buenas joyas y llevaban monedas.

Los demás hombres fueron cogiendo sus lotes por turnos, y sobraron muchos artículos después de la primera ronda. Ajax no participó en el reparto, pero Filocles sí y nadie se quejó: el espartano ya había sido aceptado.

Kineas les dejó hacer otra ronda, de modo que casi todos los hombres obtuvieron al menos una docena de lechuzas de plata y algunos incluso más. Casi todo lo que quedaba en la túnica después del segundo reparto era de bronce, salvo unos cuantos anillos de plata.

—Esclavos —dijo Kineas. Señaló la túnica. El esclavo de Ajax se acercó encantado: se había convertido en esclavo jefe por edad y experiencia, y no vaciló en coger el anillo de plata más grande y ponérselo en la mano. Luego le guiñó el ojo a Crax.

El rostro de Crax a la luz de la hoguera mostraba surcos de lágrimas como arroyos en una ladera después de una tormenta. No obstante, se agachó y cogió otro anillo de plata. Luego se repartieron el bronce entre los dos. Nadie se fijó en este último reparto porque estaban examinando los caballos, discutiendo sobre lo pequeños que eran y quejándose de que el escita se hubiese quedado el único

realmente bueno. El sol se ocultó tras los montes del oeste mientras se repartían los caballos.

Ataelo fue al encuentro de Kineas.

—¿Yo mirar? —pidió, señalando los dos broches que Kineas tenía en la mano.

Kineas se los pasó. El escita los miró con la última luz, el sol rojo teñía el oro de tal modo que parecía cobre recién acuñado. Asintió con la cabeza.

—Hecho por mi pueblo —dijo Ataelo. Señaló el caballo y el ciervo que adornaban ambas piezas. Era un trabajo muy fino para ser obra de bárbaros: las ancas del caballo bien labradas, la cabeza del ciervo, noble y delicada.

Mientras Ataelo estudiaba los broches, Kineas lanzó un par de miradas a Ajax, pero el joven sólo mostraba cansina resignación ante las maldades de la generación mayor. Ataelo devolvió los broches a Kineas y regresó a refocilarse con su caballo. Kineas se encogió de hombros, tomó su clámide y se envolvió con ella en el suelo. No pensó en Ártemis, y de pronto ya fue de día.

La patrulla del alba no trajo sorpresas. Las cinchas estaban bien atadas, el equipaje cargado, y el esclavo de Ajax silbaba mientras fregaba el caldero. Ataelo había almohazado sus dos caballos hasta dejarles el pelaje reluciente. Su ejemplo fue seguido por otros, cosa que alegró a Kineas, a quien le gustaba que sus hombres presentaran el mejor aspecto posible cada día.

Kineas se apartó un poco buscando tener unos instantes para sí. Los observó trabajar, observó cómo amarraban los últimos bultos a las bestias de carga; ahora había muchas, y cada una soportaría menos peso, lo cual implicaba que avanzarían más deprisa.

El esclavo de Ajax aguardaba pacientemente junto a su rodilla. Cuando Kineas reparó en él, el esclavo agachó la cabeza.

—Perdona, señor.

Kineas tenía la impresión de que el silbido de aquel hombre había marcado el tono de la mañana, que el hecho de compartir el botín con los esclavos había sido del agrado de los dioses.

—No sé cómo te llamas.

El esclavo volvió a inclinar la cabeza.

—Arni.

Kineas mascó un poco la palabra bárbara.

—¿Qué sucede, Arni?

—Perdona que pregunte. Me gustaría saber si..., si habrá más combates. — Parecía ansioso—. Sé luchar. Suponiendo que quieras. Puedo llevar espada o cuchillo. Ayer quedaron un montón.

Armar a los esclavos siempre era un asunto peligroso. Cruzar las llanuras, no obstante, era el problema más inmediato.

—Sólo hasta que lleguemos a la ciudad. ¿Y Crax?

El esclavo sonrió.

—Dale unos cuantos días. Ya se le pasará.

Kineas asintió.

—Vigila que no te quite el arma y nos mate a todos antes. Arni sonrió, negó con la cabeza y se retiró.

Con los caballos relucientes, más ricos y con un puñado de monturas de refresco, la columna cabalgó a través de las llanuras.



Tres días de viaje sin incidentes los llevaron a las haciendas griegas de las afueras de Antifilos. Antifilos era un asentamiento tan pequeño que apenas cabía considerarlo una colonia; en realidad, era la colonia de una colonia, y protegía el flanco meridional de las más prósperas ciudades de Tiras y Nikanou, centros del comercio de grano con el interior porque controlaban el acceso a una bahía tan profunda que era como un pequeño mar. Kineas no había estado en ninguna de las dos, pero le habían hablado lo suficiente como para formarse una idea de la geografía de la región. Suspiró de alivio para sus adentros cuando los cascos de su caballo pisaron la tierra cubierta de grava de una calzada griega.

Su llegada causó un revuelo inmediato en Antifilos. Era fácil constatar que pocas caravanas osaban cruzar el mar de hierba, pues los dueños de las casas salían a sus pórticos para ver pasar la columna, los esclavos se quedaban boquiabiertos y los hombres de la población corrieron en pos de sus lanzas y se plantaron bajo el sol de la pequeña ágora, listos para repeler la invasión. Cuando descubrieron que Kineas no traía mala intención, les faltó tiempo para arrancarle cualquier beneficio imaginable, pidiendo un precio desorbitado por su grano: el grano más barato del mundo, justo en origen, a precios de hambruna en Atenas.

Una trifulca en una taberna de poca monta atrajo la atención de Kineas. Hizo una seña a Niceas.

—Consigue el grano de un día para los caballos. No aflojes ni un óbolo sobre nuestro precio de campaña. Ahora vuelvo.

Pasó las piernas por encima de la cruz del caballo y desmontó, comprobó que llevaba la espada y abrió la cortina de cuentas de madera que cubría la entrada a la taberna. Dentro, Likeles y Filocles empuñaban sendas espadas. Coeno tenía a un hombre en el suelo y le hacía cosquillas en el cuello con la suya.

—Ha intentado estafarnos con la medida —dijo Likeles a la defensiva. Sabía que Kineas detestaba cualquier clase de incidente con los «ciudadanos». Likeles se consideraba todo un caballero, aunque no era de tan alta alcurnia como Coeno y Laertes.

—¿Por eso le habéis pegado y habéis desenvainado la espada? Salid afuera, los tres.

Las manos de Kineas no se movieron de su cinturón pero lo dijo con suma frialdad.

Filocles se irguió y apuró la medida de vino que tenía en la mano. Parecía dispuesto a discutir el asunto.

—¡Ahora! —dijo Kineas.

Filocles le miró de hito en hito. Sus ojos brillaban con fiereza, como los de un animal, y asintió moviendo apenas la cabeza, como diciendo que obedecería esta vez.

Parecía un hombre diferente por completo. Pero se marchó.

Kineas se dio cuenta de que el bodeguero era, en realidad, un esclavo. Rara vez había visto un espécimen más adusto. Le lanzó unas cuantas monedas de bronce. El esclavo soltó una palabrota y exigió más; escupía mentiras cual perro rabioso echando espuma por la boca. Kineas se mantuvo en sus trece hasta que el esclavo se calló, y luego volvió a salir a la calle. Niceas todavía estaba regateando el precio del grano con un factor, y una muchedumbre de hombres había comenzado a congregarse en el ágora, muchos de ellos provistos de lanzas otra vez.

Diodoro se abrió paso entre los caballos de la columna.

—El transbordador está cerrado. No sé qué disparate me han dicho. Quieren extorsionarnos con el precio. Si quieres saber mi opinión...

Kineas asintió.

—Diría que no les gustamos. ¿Comercio con los getas? Sólo los dioses lo saben. Y tampoco les gusta Ataelo.

Kineas asintió de nuevo, al tiempo que revisaba la columna de arriba abajo.

—Montad —dijo—. Nos largamos de aquí.

Salieron de Antifilos tan deprisa como habían entrado. Y no iban a cruzar a Nikanou en el transbordador, lo cual significaba que se disponían a cabalgar cuatro días adentrándose en territorio bárbaro para rodear la bahía. Kineas pensó que quizás acababa de tomar una decisión precipitada y estúpida, pero había algo corrompido en Antifilos, y algún dios le había susurrado que era hora de marcharse y él nunca ignoraba esos susurros.

Diez estadios al sur de la ciudad, cuando estaba cuestionando su decisión y procurando ignorar el hosco silencio de la compañía, llegaron a una solitaria finca griega cuyo granjero se afanaba en desenterrar un arado con dos esclavos jóvenes y un caballo. Antes de que el sol se desplazara un dedo más hacia el oeste, habían cerrado un trato y acampado en medio de un olivar, y toda la reata de caballos se estaba atiborrando de un grano cuyo precio satisfizo tanto a ambas partes que muchos de los hombres se quitaron la túnica y se emplearon a fondo con el recalcitrante arado, entre empellones, gritos y risas hasta que la reja quedó libre, y luego corrieron a la orilla arenosa de la bahía y se arrojaron al agua con el barullo de una carga de caballería: «¡Ártemis, Ártemis!». Kineas aceptó una copa de vino que le ofreció el granjero, de nombre Alejandro, y se sentó con las piernas cruzadas sobre un taburete finamente labrado en el patio de la granja, disfrutando de la sombra del único árbol.

—Poca gente viene por estos pagos, salvo los barcos de grano que buscan un cargamento —dijo el granjero—. No recuerdo la última vez que vi a un grupo rodeando la bahía por el camino largo. —Señaló hacia el oeste con el mentón—. Veo que llevas a un escita contigo; es una buena idea. Los hay por todas partes en los veinte estadios al oeste de aquí. Os interceptará una banda a diario.

Kineas le escuchaba apoyando el mentón en la mano.

—¿Son conflictivos?

Alejandro negó con la cabeza.

—A mí no me causan problemas, y no dejes que algún insensato te diga lo contrario. Cuando aparecen por aquí les doy una copa de vino y soy cortés; es lo único que hace falta. Para ser bárbaros, son buena gente; son unos demonios cuando beben mucho, y malvados cuando se enfadan. Así que mejor no contrariarlos, digo yo. Mi esposa les tiene miedo; ella es sindona, así que no le falta razón, ¿cierto?

Kineas pensó que aquel hombre estaba sediento de conversación.

—¿Sindona? —preguntó.

El granjero señaló con el pulgar por encima del hombro en dirección a la costa.

—Los escitas son tan nativos de esta tierra como tú y yo. Los sindones estuvieron aquí antes, o al menos eso dicen. Son los que labran la tierra: los escitas sólo gravan el grano que cosechan. Y luego los griegos volvemos a gravarlo en las ciudades, pero aun así, es barato.

—Para nosotros no. Hemos intentado comprar grano en la ciudad. Pedían precios de Atenas.

Alejandro se rió.

—Supondrían que no teníais alternativa. ¡Cabalgar por las llanuras! O sois muy listos o estáis locos de remate. Veo que os las tuvisteis con los getas.

Kineas asintió.

—Buenos ponis. Me gustaría compraros un par —dijo Alejandro.

Kineas tomó un sorbo de vino.

—Son propiedad de mis hombres. Tendrás que negociar con ellos.

—Será más fácil si lo hago contigo. Os doy cincuenta medidas de grano y dos lechuzas de plata por cada poni.

Kineas calculó rápidamente.

—¿En sacos?

—En banastas. Sacos no. Voy bastante escaso de tela, ahora mismo, pero son buenas banastas.

—Hecho. Puedo vender cuatro.

Kineas iba calculando qué precio darle al grano para que los hombres sacaran un beneficio de sus ponis. Dinero fácil.

Si vivías para gastarlo.

El día siguiente amaneció gris y lluvioso, con pesadas nubes en el oeste y olas que barrían la bahía.

—Mejorará por la noche, pero para entonces estaréis empapados —dijo Alejandro—. Deberíais quedaros. Esos jamelgos que lleváis podrían aprovechar el día para

comer. Y a vosotros os prepararíamos algo de pescado. Venga, Kineas. Quédate un día.

Kineas ya había olvidado lo que era sentirse bienvenido. Muy pocos hombres recibirían de buen grado a una tropa de mercenarios, pero esa clase de problema nunca se había dado allí. Alejandro había tomado sus precauciones: cerraba las verjas por la noche y, aunque tenía hijas, Kineas no había tenido ocasión de verlas. Seguramente estarían encerradas en el sótano o en las habitaciones altas de la exedra de la granja.

Los hijos eran otro cantar. Alejandro tenía media docena de hijos, de edades comprendidas entre los veinticinco años del mayor, un hombre alto, modesto, taciturno y trabajador, hasta Ictino, a quien todos llamaban Eco. A Eco se le oía a todas horas siguiendo a los soldados, repitiendo cualquier cosa que dijeran, tratando de ayudar. Tenía quince años e intentaba lucir barba. Los seis hijos aparecieron juntos para encender una hoguera en la playa por la tarde cuando el cielo, según lo previsto, mostró signos de despejarse. Escampó tan deprisa que el cielo quedó totalmente azul y las tiendas se secaron antes de que la tarde comenzara a caer. Todos los hombres tenían ganas de comer pescado. La cebada y la carne eran bastante buenas, pero uno se hartaba de comer cada día lo mismo.

Cuando tuvieron el equipo limpio y reparado, todos los hombres recogieron leña para la pira de Graco. Alejandro, el granjero, tuvo la amabilidad de dejar que cogieran leña de sus plantaciones, y en la playa había madera que el mar había arrastrado a la orilla. Levantaron una pira tan alta como dos hombres y colocaron su cuerpo encima a la antigua usanza. Ya olía a muerto, pero igualmente lavaron el cuerpo y dispusieron los miembros según dictaba la tradición. Graco había sido bastante popular.

Los hijos prepararon el pescado con su madre de una manera sorprendente. Primero trajeron un único pez, enorme, adquirido a última hora de la mañana a un cayuco que pasaba por allí. Pusieron el pescado entero entre dos capas de arcilla, cavaron en la playa, encendieron una fogata encima del hoyo en cuanto dejó de llover y luego enterraron el pescado envuelto en arcilla con brasas calientes usando palas de hierro. Kineas pasó casi todo el día obligando a sus hombres a limpiar y engrasar los arreos, a almohazar a los caballos y a remendar rotos y descosidos. El granjero fue muy solícito con las necesidades de esta última tarea, ya que les proporcionó cordel de lino, aceite y trozos de cuero.

Tanta hospitalidad suscitaba recelos en Kineas. No le gustaba tener que desconfiar de una buena acogida, pero lo hacía. Apostó un centinela con los caballos. Cerró la venta de cuatro ponis de los getas y se los entregó a su nuevo propietario mientras observaba con satisfacción las alforjas de esparto llenas de grano que cargarían los demás ponis. Se iría de la granja con más grano del que llevaba al inicio

de la expedición.

Al regresar de supervisar la transacción comercial, se tumbó sobre su clámide en la tienda y descubrió que alguien había sacado lustre a su jabalina ligera: la punta relucía como un espejo, el astil de madera estaba untado de aceite con tal esmero que los nudos parecían peces nadando en un arroyo. Al lado estaba su jabalina pesada, cuidada de igual manera.

Encontró al esclavo Arni sentado con los demás esclavos, jugando a la taba. Todos se pusieron de pie con vergüenza. Crax evitó su mirada y el chico nuevo, el getón cuya vida había salva do, se estremeció al levantarse.

—Normalmente cuido yo mismo de mis armas, Arni, aunque agradezco el cuidado que les has prodigado.

Kineas le ofreció un óbolo de bronce. Arni negó con la cabeza y sonrió, revelando que le faltaban unos cuantos dientes.

—No he sido yo. Ya les he dicho que las armas de los soldados son sus herramientas. No nuestro trabajo. Pero el chico no me ha hecho caso.

Arni miró a Crax con afecto. Crax miró a Kineas a los ojos.

—Las he limpiado yo. La jabalina ligera estaba dañada del combate. He cortado unos dedos del astil y he vuelo a ponerle la punta. Un hijo del granjero me ha ayudado con los remaches.

«Así que has decidido entrar en razón», pensó Kineas. Lanzó el óbolo al esclavo más joven.

—Has hecho un trabajo esmerado, Crax. ¿Te acuerdas de lo que te dije? Trabaja bien y serás un hombre libre.

—Sí, señor —respondió muy serio.

—Lo dije de veras. Lo mismo vale para vuestro nuevo hermanito. No necesito esclavos. Necesito hombres que sepan montar y luchar. Y necesito saber lo que vosotros dos queréis ser para cuando entremos en Olbia. Diez días, dos semanas a lo sumo. ¿Entendido?

—Sí, señor —dijo Crax.

El chico nuevo estaba aterrado. Crax le dio un codazo y le dijo algo en bárbaro, y el chico nuevo tosió y farfulló algo que quizá fuese un «sí, señor» en lo que podría pasar por mal griego.

Kineas dejó a los esclavos disfrutando de su parte del día de descanso y caminó hasta la playa, donde se habían dispuesto divanes de paja para veinte. Le llegó el aroma del pescado que se estaba cocinando bajo las brasas del suelo. Se preguntó si la arcilla se convertiría en cerámica alrededor del pescado. Así fue.

Mientras el Auriga se preparaba para meter el sol debajo del mundo, se sentaron a darse un festín de pescado, con salsas apropiadas y vino, un tinto bastante recio que ya había dejado atrás sus mejores días pero que subía a la cabeza. Alejandro brindó y

bebió, y lo mismo hicieron sus hijos, igual que todos los hombres de la tropa de Kineas, hasta que la última luz se desvaneció del cielo y las espinas del pescado gigante quedaron bien limpias.

Diodoro, en el diván de paja contiguo, bostezó y se desperezó, su pelo como un halo de fuego bajo los últimos rayos del sol.

—Mejor día de lo que esperaba cuando estaba en ese asqueroso villorrio. Te lo agradezco, Alejandro, y que los dioses os bendigan a ti y a los tuyos por vuestra hospitalidad.

Kineas derramó una libación al suelo y alzó su kílix bien alto.

—¡Escúchame, Atenea, protectora de los soldados! Este hombre ha sido nuestro amigo y nos ha brindado sagrada hospitalidad. Tráele buena fortuna.

Uno tras otro, los soldados añadieron sus bendiciones. Unos hablaron con simple devoción, otros con retórica aristocrática. Cuando la copa volvió a manos de Kineas, derramó una nueva libación.

—Éste es el mejor banquete de exequias que podríamos haber celebrado por Graco. Así pues, alzo mi copa por él para que su fantasma descienda al Hades y more con los héroes, o para que encuentre el destino que más le complazca.

A diferencia de Kineas, Graco había sido un ferviente devoto de Deméter. Kineas no estaba iniciado en ese culto ni deseaba saber qué sino imaginaban esos fieles en la otra vida, pero deseaba lo mejor para el fantasma de su amigo.

Niceas apeló a la indulgencia de su anfitrión y refirió unas cuantas anécdotas sobre la valentía de Graco y otra de corte cómico sobre su fanfarronería que hizo reír a los hombres. Los ojos de los hijos más jóvenes del granjero brillaban como lechuzas de plata a la luz de la hoguera. Y luego todos se pusieron a contar aventuras de Graco y de otros hombres que habían caído en los últimos años.

Coeno se levantó y, con una mano en la cadera, relató la historia de la batalla en los vados del Éufrates, cuando una avanzada de veinte de ellos alcanzó la cola del ejército de Darío a la luz de la luna.

—Graco fue el primero en segar una vida —dijo parafraseando al Poeta—, y un medo cayó al río a sus pies cuando le clavó la lanza en el cuello.

Laertes contó cómo Graco se batió en duelo con uno de los oficiales macedonios; a caballo, con jabalinas. Aquello le hizo ganar buena y mala fama en un día, y lo que Kineas recordaba mejor era el tiempo que pasó conjurando la ira del rey Alejandro. Pero fue toda una efeméride.

Alejandro el granjero escuchaba educadamente y mezclaba el vino con mucha agua como haría todo hombre que estuviera siendo bien entretenido, y sus hijos no perdían detalle. El mayor escuchaba como un hombre visitado por seres de otro mundo, pero Eco lo hacía como un hombre hambriento ante succulentas viandas.

Finalmente, Agis, lo más parecido a un sacerdote que tenían, se levantó y

derramó vino en la arena.

—Hay quien habla de la amargura de cuando el bronce da en el blanco y la oscuridad cae sobre tus ojos. Hay quien dice que la muerte es el final de la vida y también quien sostiene que es el principio de algo nuevo. —Alzó su copa—. Pero yo digo que Graco fue cortés y valiente; que fue temeroso de los dioses y que murió empuñando la espada. La muerte es la última suerte de todo hombre y mujer, y Graco fue al encuentro de la suya con una canción en los labios.

Agis cogió una tea de la hoguera, una rama de pino llena de resina que llameaba al viento, y todos los hombres congregados, incluso los hijos del granjero, hicieron lo mismo y caminaron por la playa hasta la pira funeraria. Cantaron el himno a Deméter y también el peán, y luego arrojaron sus antorchas al montón de leña, que prendió como si lo hubiese alcanzado un rayo de Zeus: un buen augurio.

Se quedaron a ver cómo ardía hasta que el calor les hizo apartarse, así como el olor a carne asada. Entonces volvieron a beber. Más tarde, se levantaron de los divanes de paja y se retiraron, los soldados de mejor cuna con elegantes cumplidos para su anfitrión, para irse a dormir en los camastros de paja de sus tiendas. Kineas regresó al campamento con Niceas, cuyo rostro surcaban las lágrimas. Había llorado en silencio por más de una hora, pero su llanto ya había cesado.

—No recuerdo un simposio que me haya gustado tanto como éste.

Kineas asintió.

—Se ha hecho con gentileza.

—Mañana le regalaré mi caballo del botín —dijo Niceas—. Que sea obsequio de Graco por su banquete. Y gracias, señor, por haber pensado en él. Temía que lo hubieras olvidado.

Kineas meneó la cabeza con un ademán negativo. Dio un puñetazo en el hombro a su hipereta y luego le abrazó. Otros hombres se acercaron a abrazar a Niceas. Incluso Ajax, un tanto vacilante.

Por la mañana el rescoldo de la pira aún ardía y el sol salió con gran magnificencia, irradiando un resplandor rosa y amarillo sobre todas las cosas en cuanto asomó por el borde del mundo. Kineas oyó la frase «dedos de rosa de la aurora» una docena de veces antes de haberle puesto la brida al caballo.

Niceas acordó con el joven Eco que éste recogería los huesos calientes de la pira cuando se enfriaran y que los enterraría en el cementerio familiar.

La columna se formó deprisa y con esmero. Las bestias de carga parecían burras preñadas con los canastos de grano. Cada cual sabía el sitio que ocupaba y todo se hacía más rápido: la tienda se desmontó en un periquete, los mantos se enrollaron y guardaron, los caballos se liberaron de las maniotas. Ni Kineas ni Niceas tenían que supervisar la operación. Así pues, los dedos de rosa de la aurora aún no habían dado

paso al pleno día cuando Kineas, montado, se despedía de Alejandro en el patio de la granja. Niceas ya le había regalado un caballo.

Daba gusto marcharse de un lugar y dejar nuevos amigos atrás.

Niceas volvió la vista atrás mientras subían por la primera colina.

—Ese chico atenderá su tumba como si fuese uno de los héroes —dijo. Le resbalaban lágrimas por las mejillas.

—Mejor entierro del que cualquiera de nosotros tiene derecho a esperar —respondió Kineas, y Niceas hizo el gesto campesino para ahuyentar el mal fario.

Un estadio más adelante, Filocles se situó al lado de Kineas.

—¿Crees que alguna vez serás como ese hombre?

Kineas soltó un gruñido.

—¿Granjero? ¿Esposa? ¿Hijos?

—¡Hijas! —apostilló Filocles riendo. Kineas negó con la cabeza.

—Creo que no podría volver a llevar esa vida.

—¿Por qué no? Calco e Isocles te acogerían con los brazos abiertos.

—Haces preguntas muy puñeteras —dijo Kineas meneando la cabeza—. ¿Acaso algún dios te susurra al oído «ve a atormentar a Kineas»?

—Me interesas. El capitán. El soldado de renombre.

Kineas se sentó más atrás, poniendo el culo sobre la grupa del caballo y cruzando las piernas. Así descansaba los muslos aunque fuese a costa de su trasero.

—Anda, no me vengas con ésas. Eres espartano. Seguro que has tenido un montón de ocasiones de sondear los pensamientos de soldados de renombre.

Filocles asintió una sola vez.

—Sí.

—Y yo qué tengo a mi mando... ¿doce hombres? ¿Por qué te iba a interesar? —preguntó Kineas—. Soldado de renombre... Adulador. Que tus palabras vayan a Zeus.

—Pero todos mis espartanos sostendrían que suspiran por una granja. Tantos lo dirían que se ha convertido en norma decirlo; quizás incluso pensarlo. A lo mejor te pregunto porque no eres espartano.

—Pues aquí tienes mi respuesta. Antes deseaba una granja y una esposa. Ahora creo que me moriría de aburrimiento.

—¿Amas la guerra?

—Pse. Amo la no-guerra. Me encantan los preparativos y cabalgar y reconocer el terreno y planear; y también el compañerismo, el éxito compartido, todo eso. La parte de matar es el preció que pagas por la parte que tiene menos que ver con el combate propiamente dicho.

—Los granjeros también tienen que planear. Al menos los buenos granjeros lo hacen.



—¿En serio? —Kineas enarcó ambas cejas parodiando la expresión de asombro de un actor dramático.

Filocles prosiguió como si Kineas hubiese manifestado sin cere sorpresa.

—En serio. Los buenos granjeros planean cuidadosamente. Los buenos granjeros hacen preparativos y reconocen el terreno, toda su granja es como una fila de hoplitas entrenados para trabajar juntos. ¿Y dices que eso no es para ti?

Kineas se encogió de hombros.

—No.

Filocles asintió como para sí mismo, con la mirada en los montes lejanos.

—Debe de ser otra cosa.

Kineas meneó la cabeza.

—Espartano, ¿nunca hablas del tiempo? ¿O de música, de pruebas de atletismo, de poesía, de mujeres con las que te has acostado..., de alguna de esas cosas?

Filocles lo meditó unos instantes.

—Rara vez.

Kineas se rió.

—¿Por qué estás con nosotros, exactamente? —preguntó de nuevo.

Filocles había comenzado a retroceder a lo largo de la columna. Saludó con la mano.

—¡Para aprender! —gritó.

Kineas maldijo. miró en derredor buscando a Ataelo. El es cita había evitado el simposio en la playa aunque por lo demás se llevaba bien con los hombres, sobre todo con Antígono y Coeno: un antiguo esclavo y un antiguo caballero. Había salido con la primera luz del alba a reconocer el terreno. Era hora de empezar a preocuparse.

Kineas se dio cuenta de que no se había preocupado por nada durante un día entero; volvió a dar gracias a los dioses por el granjero Alejandro y colmó de bendiciones a aquel hombre. Y pensó en lo de hacerse granjero, y también en la amistad inmediata que le había brindado, y se preguntó si tendría que haber preguntado...

Ataelo apareció en la cresta de una colina, sentado confiadamente en un caballo getón mientras aguardaba a que la columna le alcanzara. Kineas ya era capaz de reconocerle a buena distancia sólo por su postura a caballo, tan poco griega, tan relajada. Podría haber estado dormido.

Al aproximarse, se hizo evidente que lo estaba.

Kineas fue a su encuentro subiendo a medio galope la última cuesta. Ataelo se despertó antes de que llegara y le saludó con la mano.

—¿Echaste un buen sueñecito? —preguntó Kineas.

—Viaje largo. Muchas cosas. ¿Sí?

Kineas asintió.

—¿Qué has visto?

—¿Para mí? Yo veo muchas cosas, hierba y montes. También huellas de caballos, muchos caballos corriendo. Mi pueblo. No getas apestosos del carajo.

Kineas tuvo un escalofrío de miedo.

—¿Tu pueblo? ¿Cuánto hace? ¿Cuándo estuvieron aquí?

—Ayer. Quizás ayer. Dos días si no para lluvia. —El escita tenía un mal dominio de las complejidades del griego con los nombres, y tendía a ceñirse a la forma que le gustaba, el dativo—. ¿Para lluvia? —dijo otra vez a modo de pregunta.

—¿Si llovió? Ayer no. —Kineas miró hacia la columna que ya estaba coronando la ladera—. Tu pueblo... ¿nos hará daño?

Ataelo se dio una palmada en el pecho.

—No para mí. —Sonrió—. ¿Ir a buscar?

Kineas recalcó:

—¿Vas a ir a buscarlos? ¿Y volverás? ¿Volverás con nosotros?

Ataelo asintió.

—Buscar para ellos, volver para vosotros.

Kineas asintió.

—Quiero seguir avanzando. —Señaló la columna—. ¿Seguir avanzando?

—Volver para vosotros —dijo Ataelo sin dejar de sonreír.

Saludó a la columna con la mano, dio la vuelta al caballo y echó a galopar hacia el norte.

Kineas tiró de la cabeza de su caballo en dirección a la columna y fue sin prisa al encuentro de Niceas, que estaba observando la galopada del escita.

—Ha encontrado a algunos de los suyos y va a reunirse con ellos. Luego regresará. Al menos, eso es lo que me ha parecido que decía.

Niceas trató de matar a una mosca de un manotazo.

—¿Más como Ataelo? ¿Todo un grupo? Será emocionante. Ares lloró; recemos para no importunarlos. ¡Mira esas jodidas huellas!

Los ojos de Kineas miraron hacia donde señalaba Niceas. Estaban cabalgando sobre el suelo que Ataelo sin duda había descubierto, una hoya entre dos lomas surcada por pisadas de cientos de caballos avanzando a la vez. Fue consciente de que estaba aguantando la respiración.

—Doscientos caballos, fácilmente. —Niceas dio otro manotazo a la mosca que estaba molestando a su caballo, la atrapó, la aplastó entre los dedos y la tiró con asco—. Esperemos que sean simpáticos, capitán.

Cabalgaron el resto del día sin incidentes. Hacía sol, un agradable día soleado en las llanuras. El agua era más escasa de lo que Kineas había esperado y, como Ataelo no estaba, tuvo que recurrir a Likeles para que fuera a reconocer el terreno para ver dónde podían acampar. Regresó tarde, casi al anochecer.

—El único sitio es la playa —dijo—. Hay un arroyuelo que desemboca allí; si no lo ensuciamos, bastará para abreviar a los caballos. Aunque no es gran cosa. He recorrido quince estadios.

Kineas asintió.

—¿Has visto huellas? Likeles asintió.

—Vamos tras ellos, queramos o no. El paso entre las próximas colinas es como el camino de una feria equina.

Era casi de noche cuando desmontaron. Las tiendas se armaron de inmediato; los caballos se manearon bien cerca. Una fogata era una señal claramente visible desde muy lejos, sobre todo en la orilla de la bahía. Por otra parte, Ataelo parecía convencido de que su gente no suponía una amenaza. Aunque, de todos modos, Ataelo era un bárbaro pese a todas sus cualidades.

No obstante, Kineas dio luz verde a Arni y le observó usar un hierro para hacer saltar chispas que prendieran restos carbonizados de tela para encender el fuego. A fin de cuentas, doscientos caballos de escitas armados con arcos los aniquilarían, llegado el caso; comparados con ellos, serían un contrincante tan poderoso que en realidad no merecía la pena preocuparse por ello.

Mientras las llamas prendían, sin embargo, las observó lleno de preocupación.

Niceas les había asignado a él y a Ajax el turno de guardia del alba. Ajax ya no le evitaba, pero seguía mostrándose distante, prudente, diferente del joven entusiasta que había sido las primeras mañanas. Por otra parte, había aprendido sus obligaciones y se apostó por sí mismo y sin mediar palabra en un promontorio cercano que dominaba la playa. Kineas almohazó a los caballos. Había veintiocho, una buena reata para doce hombres y tres esclavos. Primero atendió a su montura de batalla y luego a la de viajar, después a los caballos de Niceas y por último a los demás de batalla. Para entonces Diodoro ya se había levantado. Despertó a los esclavos, avivó el fuego y echó una mano con los caballos. Estaban todos levantados, con el trabajo hecho, los mantos enrollados y el equipaje cargado antes de que la cuadriga del sol hubiese emergido por completo por el borde del mundo. La playa se extendía dibujando una curva de doce estadios, y Niceas optó por seguirla. Quería cruzar un arroyo decente donde abreviar bien a los caballos. El agua siempre era su mayor preocupación. Hizo una seña a Ajax, que correspondió el saludo desde lo alto de la loma. Likeles se adelantó a la columna para reunirse con el muchacho y ambos cabalgaron flanqueando la columna mientras ésta avanzaba por la playa.

Cruzaron dos arroyuelos que discurrían por la arena y que se ensuciaron enseguida cuando los pisaron los primeros caballos. Al llegar al tercero, Kineas puso más cuidado y ordenó a los hombres que desmontaran y llevaran a sus monturas por la brida a beber de uno en uno, no sin antes cavar un hoyo en la arena para que la escasa corriente lo llenara. Aun así, aquello no era manera de abreviar a las bestias.

Envió a Laertes a recorrer la playa en busca de agua. Resultaba extraño estar tan preocupado cuando las laderas rezumaban humedad entre las matas de hierba y teniendo el flanco cubierto por el mar, pero los caballos de menos talla ya estaban comenzando a flaquear.

Laertes regresó a mediodía.

—Hay un río de buen tamaño al fondo de la bahía. Agua abundante y fresca. Muchas huellas de cascos, también.

—Buen trabajo. —Kineas cabalgó retrocediendo a lo largo de la columna—. Bien, hoy no almorzamos, caballeros. Seguiremos adelante.

—Hay otro arroyuelo de éstos a unos pocos estadios —agregó Laertes.

—¡Hades! Perdemos mucho tiempo cada vez que los caballos se detienen para apenas beber algo que sea digno de mención. Vayamos directos. ¿Cuántos estadios hasta ese río?

—Veinte. He metido prisa a mi caballo.

—¡Una mañana al galope por la arena!

—En efecto, capitán. —Laertes lució su característica sonrisa y se echó el gran gorro de paja hacia atrás—. A este paso llegaréis a última hora de la tarde.

—Pues acamparemos allí.

Ajax atrajo su atención agitando su sombrero desde una colina. Likeles iba hacia ellos deprisa, sentado en la grupa del caballo para bajar por la ladera.

—Tenemos compañía —dijo Kineas. Sus hombres estaban a los pies de una empinada colina, con el mar a la espalda, montados en caballos cansados que necesitaban beber—. Armaduras y caballos de guerra. ¡A la carrera!

Desmontó de un salto y cogió su casco y su peto de las sacas de un caballo de carga. Otros hombres y caballos le empujaban y chocaban con él: la columna era un caos. Esperó que el orden se impusiera por sí mismo.

Likeles gritaba a su izquierda. Kineas se había atado el peto y el espaldarón y forcejeaba con las tiras de cuero que forraban la copa del casco. Ya se estaba calentando con el sol, que a buen seguro le cocería la cabeza en cuestión de minutos.

—¡Escitas! —gritó Likeles—. ¡A cientos!

Kineas se apoyó en su jabalina pesada para auparse a lomos de su caballo de batalla.

—¿Dónde está Ataelo?

—No hay rastro de él.

Kineas se acomodó en la silla, lo cual entrañaba cierta dificultad con la armadura puesta, y se las arregló para hacerse con el control de ambas riendas. Crax apareció entre el polvo y le alcanzó sus jabalinas.

Kineas señaló a una bestia de equipaje que llevaba más jabalinas.

—¿Quieres ser libre? —le preguntó—. Coge mi caballo de viaje, móntalo, hazte

con un par de jabalinas y forma conmigo. Ahora eres un hombre libre.

Crax se esfumó entre la polvareda antes de que acabara de hablar.

—¡Dos filas conmigo! ¡A formar! —gritó Kineas. Apenas podía ver entre la arena de la playa que se estaba levantando con toda aquella actividad, y el maldito casco no ayudaba. Replegó las carrilleras y se lo puso en lo alto de la cabeza. Likeles se había situado a un lado de él y Niceas al otro, y los demás se aproximaban deprisa. Crax se situó detrás de él, torpe para mantenerse en formación como solía ocurrirles a los novatos, aunque saltaba a la vista que era un jinete nato.

Likeles no se había molestado en ir a por su casco. Se volvió hacia Crax.

—¡Bienvenido a los hippeis, chico! —Y luego a Kineas—: ¿Lo has libertado?

Kineas sintió una íntima alegría al oír con claridad el susurro del dios; libertar al chico había sido un acto acertado.

—Era un pésimo esclavo —espetó Kineas, y todos los hombres rieron.

Ajax terminó de bajar la colina precipitadamente y se situó a la izquierda de la fila. En lo alto de la serrezuela se oyó movimiento y las risas cesaron de golpe. Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, la cresta se llenó de caballos y jinetes: el brillo de arneses multicolores y el inconfundible resplandor del oro se repetían una y otra vez hasta que todas sus huestes relucieron al sol, que también arrancaba destellos a las armaduras de hierro y bronce y a las puntas de las lanzas.

—Oh, bendita Atenea, no nos abandones a nuestra suerte en este trance —entonó Likeles a su lado.

Niceas soltó una elaborada maldición irreverente.

La aparición de los escitas fue un duro golpe para Kineas.

Eran más espléndidos que cualquier caballería persa que hubiese visto jamás, y sus monturas, mejores. Hacían que sus catorce jinetes se vieran pobres y rastrosos.

«Qué mala suerte —pensó—. Mejor sería haber muerto en la campaña del niño rey.»

Sin embargo, exclamó:

—Silencio. Firmes. Ni un movimiento. ¡Sed griegos!

Los persas siempre se habían impresionado con las muestras de disciplina, sobre todo en los enfrentamientos desiguales. Kineas se caló el casco de golpe y las carrilleras rebotaron contra sus mejillas.

Dos jinetes se separaron del grueso en lo alto de la colina e iniciaron el descenso. Una trompeta de sonido grave tocó tres veces y el resto de los escitas comenzó a bajar por la ladera pausadamente, formando dos cuernos por los flancos que cortaron la playa por el norte y por el sur mientras el cuerpo central se detenía a una distancia desde donde podían alcanzarlos con sus arcos.

Kineas pensó que era una maniobra impresionante, sobre todo tratándose de bárbaros. Pero estaba respirando de nuevo porque uno de los jinetes que se

aproximaba era sin duda Ataelo y el otro, casi con toda seguridad, una mujer.

Al cruzar el linde de la playa, aminoraron el paso. Kineas alcanzaba a ver que la esbelta acompañante de Ataelo iba con la espalda erguida, y que llevaba un abrigo de cuero pálido con un dibujo de líneas azules. También lucía un collar de oro que la cubría desde la garganta hasta la mitad del pecho. Llevaba el pelo recogido en dos gruesas trenzas. Cuando la tuvo más cerca vio que tenía los ojos azul oscuro como el mar y pobladas cejas que nunca se habían depilado y que le conferían una mirada muy seria. Y era joven.

Kineas se volvió.

—Quedaos sentados como estatuas. Creo que vamos a vivir para contarlo. Niceas, conmigo.

Kineas y Niceas avanzaron a caballo por la arena blanda para encontrarse con los escitas que se aproximaban.

Ataelo levantó una mano a modo de saludo y le dijo algo a la mujer. Ella permaneció callada. Luego dijo unas pocas palabras, como un amable recordatorio, según le pareció a Kineas.

—Saludos, Ataelo. ¿Éstos son tu pueblo? —dijo Kineas procurando sonar autoritario y confiado. La mujer miraba atentamente a la compañía que tenía a sus espaldas.

—No, no. Pero como mi pueblo. ¿Sí? Y ella dice: «No gustar no ver cara.» ¿Sí?

Ataelo abrió las palmas de las manos como dando a entender que no entendía la manera de hacer de las mujeres, o de los jefes.

Kineas entregó sus lanzas a Niceas y se quitó el casco.

—Saludos, señora —dijo.

Ella sonrió y asintió con la cabeza. Dio media vuelta a su caballo e hizo una seña al cuerpo principal de sus huestes. Otro jinete salió de las filas y se acercó. Mientras observaba al hombre que se aproximaba..., no, era una mujer, según vio entonces Kineas, y la primera mujer le habló en voz baja a Ataelo. Y no fueron cuatro palabras.

Ataelo iba asintiendo. A mitad del discurso, algo le sorprendió y protestó, y acto seguido ambos comenzaron a escupirse mutuamente en lengua bárbara.

«¡Hermes de los viajeros! —pensó Kineas—. ¡Lo que ella quiera, Ataelo!».

La mujer dejó de escupir y adoptó de nuevo un tono amable. Ataelo se puso a asentir otra vez. La segunda mujer se acercaba al trote; era la trompetera. Muy persa. Sólo que Kineas había oído rumores...

Ataelo se volvió hacia él.

—Ella dice «paga tributo para pasar por mi tierra». —Hizo una pausa—. Ella dice «dos caballos robados a los getas cabrones», y también dice «medio talento de oro». Y yo digo «no tenemos nada para medio talento de oro». ¿Sí? Así que ella dice

«¿para mí, oro?», y yo digo «Kineas para oro». Así que dale oro. Y dos caballos. Y nosotros amigos y hacemos banquete y cabalgamos en paz.

«Ahí va el tesoro de la compañía.»

—¿Arni? Coge la bolsa de cuero negro de mi caballo de carga y tráela aquí. — Señaló a los caballos del equipaje—. Pregúntale si le gustaría elegir sus caballos — dijo.

Ataelo tradujo. Ella habló.

—Dice que eliges tú —contestó Ataelo encogiendo los hombros otra vez.

Kineas retrocedió hasta donde tenían el equipaje, cogió la bolsa que le tendió Arni y eligió a dos de los mejores caballos getas: el de Likeles y el de Andrónico. Habría que recompensarles con lo que quedara en las arcas comunes. Los condujo con la rienda corta y se los entregó a la mujer, que los cogió. Apoyó un momento una mano encima de la suya. Su mano era pequeña comparada con la de Kineas, de dedos finos pero articulaciones prominentes; de trabajar, pensó Kineas. Las suyas eran ásperas. Ella llevaba un pesado anillo de oro en el pulgar y otro anillo con una piedra verde en otro dedo. De cerca, vio que el dibujo lineal de su abrigo de cuero era un delicado bordado de pelo azul. Los conos de oro llenos de pelo de colores que colgaban de las costuras del abrigo hacían música al moverse. Llevaba encima la paga mensual de una compañía entera de caballería. Su corcel era excelente: tan bueno como el de Kineas, y éste había sido el caballo de batalla de un noble persa.

Kineas le sonrió como un profesional a otro, como si los uniera una broma privada. Ella le correspondió gentilmente.

Kineas abrió la bolsa que contenía el tesoro de la compañía y se la pasó.

—Dile que es cuanto tenemos. Dile que coja lo que considere justo; no estoy escondiendo nada.

La jefa escita se alteró. En realidad, no hacía falta comprender la lengua bárbara para entender que estaba maldiciendo igual que Niceas. Sostuvo en alto uno de los broches de oro y su trompetera gritó algo. Ataelo habló brevemente y señaló a Kineas. La jefa escita le miró. Cogió los dos broches y le devolvió la bolsa. Le habló directamente, mirándolo de hito en hito.

—Dice «esto para nosotros. Esto robado. Tú matar getas: bien. Y estos dos valen más de lo que debes para tributo». Y está enfadada, capitán. Muy enfadada. Pero no para nosotros. ¿Sí?

Ataelo asentía sentado en su caballo. Kineas bendijo la hora en que algún dios le había enviado al escita. Hermes; casi seguro que el dios de los viajeros y los ladrones le había enviado al escita como guía, porque sin él aquella mujer los habría matado a todos. Lo percibía. Percibía la cólera que emanaba de ella, que endurecía y afeaba su semblante.

La escita llevaba una fusta de oro en la silla, le hizo una seña con ella y volvió a

hablarle, sólo unas pocas palabras, y luego giró en redondo y galopó de regreso al grueso de sus huestes con su trompetera pisándole los talones.

Ataelo meneó la cabeza.

—Piedad para cabrones getas —dijo—. Hicieron jodida estupidez. Mataron a alguien, no sé para quién. Pero la jodieron, van a morir.

Kineas inspiró profundamente.

—¿Le dijiste que nosotros matamos al hombre que llevaba esto y que dispersamos a sus jinetes?

—No le importa. Enfadada y joven. ¡Eh! ¡Tú me debes, capitán!

Ataelo parecía contento.

—Y una mierda —dijo Niceas, sus primeras palabras en diez minutos—. Todos nosotros te debemos.

Ataelo sonrió, enseñando algunos dientes careados.

—¿Dónde campamento?

—Vamos a acampar junto al río.

Kineas señaló hacia el lugar que Likeles había encontrado en la playa. Varios jinetes del batallón escita cabalgaban hacia ellos. No parecían amenazadores. En realidad, parecían curiosos. Dos de ellos se acercaron hasta que sus ponis estuvieron nariz con nariz con los dos griegos. Uno de ellos señaló a Kineas con su fusta y le dijo algo a Ataelo.

—Dice: ¡buen caballo! —dijo Ataelo. Ataelo miró en derredor, hizo girar a su caballo y miró colina arriba. Parecía molesto.

Kineas tenía otras cosas de las que ocuparse. Al cabo de nada la compañía estaba rodeada de escitas que cabalgaban flanqueando su formación, señalando cosas diversas. Uno de ellos soltó un chillido y acto seguido todos le imitaron. Salieron al galope playa adelante, recorrieron un estadio y se pararon. Ataelo regresó junto a Kineas.

—Se ha ido —dijo. Se encogió de hombros—. Ella dice campamento y comer pero se ha ido. —Meneó la cabeza—. Cabrones getas tienen problema.

—¿Crees que ha ido en busca de los getas ahora mismo? ¿Así, sin más? —Kineas no quitaba ojo a los demás escitas, unos veinte, que les aguardaban playa abajo. Se volvió para mirar a sus hombres y a los caballos, vio fugazmente a su cautivo, el chico getón, y un mal pensamiento le acudió a la mente—. Niceas, encárgate de los hombres. Que se pongan la armadura ahora mismo. Caballeros, derechos a la playa. Haced caso omiso a los bárbaros. Hay que asegurarse de que no la lán.

La compañía prosiguió el avance en fila de a dos.

Kineas llevó su caballo de batalla a la altura de Crax, que montaba su yegua. Tuvo que dominar el ímpetu de su semental que, excitado por el olor de la hembra, torcía el belfo y resoplaba.



—Crax, en cuanto acampemos, y hablo en serio, mete al chico getón en una tienda y no salgáis para nada. Estos bárbaros...

Se dio cuenta de que no podía decir gran cosa. Los bárbaros iban contra los getas. Él acababa de luchar contra ellos. Lo más probable era que Crax no atinara a ver la diferencia.

Pero Crax la entendió. Asintió con la cabeza.

—La amazona quiere sangre —dijo de sopetón.

—¿Amazona? —preguntó Kineas, pasmado ante la erudición del ex esclavo.

—Amazona. Mujeres que luchan. —Crax se volvió a mirar al chico getón—. Yo le protegeré.

—No la lées, chico. —Kineas deseó tener tiempo para explicarse, ansió que entendiera un poco la política de las llanuras o que supiera de dónde habían salido aquellos malditos broches. La columna seguía avanzando. Los escitas mantenían la distancia—. ¿Eres getón? —preguntó.

Crax le miró de soslayo y escupió.

—No —dijo—. Bastarno.

Kineas había oído hablar de los bastarnos. —Pero ¿conoces a este pueblo? —preguntó.

Crax negó con la cabeza.

—Los getas son ladrones. Los escitas son monstruos. Nunca toman esclavos, sólo matan, queman y se van. Tienen poderes mágicos.

Kineas puso los ojos en blanco. No era el único que estaba escuchando y oyó algunos comentarios a sus espaldas.

—La magia, Crax, la magia es un cuento para meter miedo a los esclavos y a los niños.

Crax asintió.

—Claro. —Miró alrededor—. Tienen hombres... —Hizo una pausa, claramente inseguro sobre qué más decir—. Son horribles. Todo el mundo lo dice. Los getas sólo son ladrones. —Miró a Kineas—. ¿Es verdad que soy libre?

—Sí —dijo Kineas.

—Lucharé por ti. Para siempre —respondió Crax.

Acamparon junto al río antes de que el sol hubiera empezado a bajar por el cielo. Las tiendas se armaron en un santiamén después de que Kineas y Niceas hubieran explicado claramente el motivo a todos, y Crax desapareció con el chico getón mientras los escitas andaban atareados montando su propio campamento. Ataelo no se reunió con ellos. Estacó a sus caballos con los de los griegos y se puso en cuclillas ante la primera fogata que encendieron. Kineas se sentó a su lado.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó, señalando hacia el horizonte de levante para

hacer hincapié.

—Joven mujer enfadada? —Ataelo encogió los hombros—. Noble.—Empleó una palabra que normalmente significaba «virtuoso» en griego. Kineas no logró entenderlo.

—¿Es de alta cuna? ¿Una reina?

—No. Figura pequeña. Tribu grande. Asagatje. Decenas de decenas de decenas de jinetes pueden poner en las llanuras y aún quedan muchos para campamento, otra vez. Ellos para Khan; Khan como rey para ellos. ¿Sí? Khan de asagatje muy gran hombre. Tiene nobles, ¿sí? Tres decenas de decenas, nobles. Todos asagatje.

Kineas inspiró profundamente.

—¿El rey de los asagatje tiene miles de guerreros y esto sólo es un batallón pequeño a las órdenes de un noble?

Ataelo asintió.

—¿Y ella es joven y está enfadada y quizás ansiosa por hacerse un nombre, y ha cogido a sus soldados de caballería para ir en busca de los getas, que están a cuatro días de aquí?

—Los getas pasan por piedra mañana —dijo Ataelo.

Lo rotundo de su respuesta le dio un escalofrío.

—¿Mañana? —preguntó Kineas—. Ese trayecto nos llevó tres días a nosotros.

—Los asagatje son sakje. Los sakje cabalgan por la hierba como el viento del norte, deprisa y deprisa y nunca descansa.—Ataelo se dio un golpe en el pecho—. Yo sakje. —Se dio otro golpe—. Cabalgo de día. Cabalgo de noche. Cabalgo de día otra vez. Duermo para caballo. Más caballo para lucha, como capitán, ¿sí?

Niceas intervino desde el otro lado de la hoguera.

—Por los huevos de Ares. Así pues, ¿mañana atacará a los getas y regresará?

Ataelo asintió con vehemencia. Golpeó su palma izquierda con el puño derecho haciendo un ruido como el de un mandoble de espada.

—Atacar, sí.

Kineas y Niceas cruzaron una prolongada mirada. Kineas dijo:

—Bien. Nos levantamos con la última guardia, partimos en cuanto haya luz en el cielo. Todos los que no estén de guardia, a acostarse.

Kineas se acurrucó al lado de Diodoro, que no dormía.

—¿De qué tenemos miedo? Has pagado el tributo; con nuestros caballos, que conste.

Kineas pensó si fingir que dormía y no contestar, convencido de que todos los hombres que había en la tienda estaban pendientes de una pregunta que sólo Diodoro podía hacerle. Finalmente dijo:

—No lo sé. Ha sido simpática. Más franca que muchos oligarcas. Pero cuando ha visto esos malditos broches..., me temo que he desencadenado algo. Y quiero llegar a

Olbia antes de lo que sea que vaya a ocurrir.

Diodoro silbó bajito.

—Tú eres el capitán —dijo.

«Y que lo digas», pensó Kineas, y se dispuso a dormir.

*Ártemis, desnuda, su ancha espalda y estrecha cintura tan bien recordadas. Él se le acercó por detrás, la verga dura como la madera, como algo que un actor se pondría, y ella se volvió y le sonrió por encima del hombro, pero al volverse era la noble asagatje, la gargantilla de oro le ocultaba los pechos, y le habló con ira, diciendo palabras que sonaron cual gruñidos, y en cada mano sostenía uno de los broches, y le clavó los alfileres en los ojos...*

Se despertó con la mano de Diodoro tapándole la boca.

—Estabas chillando —dijo Diodoro.

Kineas se tumbó de nuevo, temblando. Sabía que tenía sueños más vívidos que los demás hombres, y sabía que se los enviaban los dioses, pero, no obstante, a menudo le inquietaban.

Cuando se hubo serenado se levantó, cogió su copa de plata de una bolsa y la llenó de vino de su frasco, se alejó caminando por la playa y vació la copa entera en el mar a modo de libación. Y rezó.

Olbia destacaba en la costa baja del Euxino como una estatua pintada en un mercado polvoriento. Desde donde estaba sentado Kineas, sobre un acantilado al otro lado del gran río Borístenes, veía una larga península que se adentraba en el mar desde la lejana costa. Una cortina de humo de mil chimeneas cubría la ciudad como polvo u hollín, pero el templo de Apolo se alzaba con prístino esplendor en lo alto de una empinada colina en el istmo de la península cuya punta llenaba la ciudad, con macizas murallas tan altas como tres hombres: las murallas más altas que Kineas había visto desde el sitio de Tiro. Las murallas parecían fuera de lugar, desproporcionadas para el tamaño de la plaza y la ubicación de la ciudad. Y la ciudad se derramaba extramuros, casas pequeñas y edificios de adobe llenaban el terreno desde la base de las murallas hasta la colina del templo, un suburbio mal defendido que tendría que ser sacrificado en caso de sitio. Olbia tenía dos puertos, uno a cada lado de la península, y los delfines, el símbolo de la ciudad, retozaban en el agua bajo el acantilado y resplandecían dorados en los lejanos pilares de mármol de las puertas de la ciudad.

Los delfines dorados le tranquilizaron. Casi a sus pies había una verdadera polis: gimnasios, ágora, un teatro..., y un hipódromo. Kineas se alegró al constatar que no había conducido a sus hombres por un paraje inhóspito en balde. Aunque las altas murallas y el descuidado suburbio desentonaban: no estaba claro si la ciudad necesitaba defenderse o no.

Niceas tosió y se formó una nube de aliento delante de su boca. Hacía frío. El verano hacía tiempo que había terminado.

—Necesitaremos...—Volvió a toser, esta vez más rato—. Necesitaremos un transbordador. Hermes, cómo me gustaría acostarme en una cama de paja.

Kineas localizó lo que tenía que ser el transbordador cruzando a unos diez estadios de la desembocadura del río, bien apartado del tráfico del puerto.

—Tendrías que ponerte a cubierto.

Niceas no era el único enfermo.

Sólo Ataelo era inmune al frío. Tenía una capucha forrada de piel que había ganado en una partida de dados con los otros escitas, y una capa más larga. El aire helado y limpio no le hacía sorberse la nariz ni toser, y seguía durmiendo a la intemperie con las riendas en la mano. Los demás sakje se habían marchado dos días antes para regresar al lado de su jefa, allí donde aquélla estuviera, después de haber llevado a Kineas hasta la desembocadura del Borístenes. Habían sido buenos huéspedes y mejores anfitriones, y noche tras noche todos habían cenado gracias a su

destreza como cazadores. Casi todos los hombres habían aprendido unas cuantas palabras de su lengua y el gruñido grave, «uuhaah», que hacían cuando ganaban a los dados.

Mientras descendían hacia el vado, con los caballos abriéndose camino entre hierbas altas plateadas por la escarcha matutina, Kineas trotó hasta Ataelo.

—Todos tenemos una deuda de agradecimiento contigo. Eres muy buen explorador.

Ataelo sonrió y se encogió de hombros.

—Es para bien para contigo —contestó mirando su fusta como si hubiese reparado en algún desperfecto para disimular su vergüenza—. Bien contigo. Yo me quedo, tú das un caballo más. ¿Sí?

Kineas no se esperaba algo así. Le colmó la mañana.

—¿Quieres quedarte con nosotros? ¿Y quieres que te dé otro caballo?

Ataelo levantó la mano.

—Más caballo, y más caballo. Tú jefe, ¿sí? Jefe más grande en ciudad, ¿sí? Yo tengo más caballo cuando tú tienes más caballo. ¿Si no por qué luchar para ciudad? ¿Sí?

Kineas le tendió la mano y encajaron. A este respecto, los escitas y los griegos eran hermanos: se estrechaban la mano para demostrar amistad y acuerdo.

—Me alegra mucho que quieras quedarte.

Ataelo asintió y volvió a sonreír casi de manera insinuante.

—Bien. Vamos a beber vino.

Pero no fue tan sencillo. Su llegada al transbordador levantó un gran revuelo: una docena de hombres ostensiblemente armados, sin mercancías y con un escita. Fueron precisas las distintas virtudes de Kineas como dirigente y como matón para hacer que el barquero cargara a sus hombres, y cuando llegaron a la otra orilla con treinta caballos mojados muertos de frío, les recibieron unos soldados.

—Por favor, decid qué os trae a nuestra ciudad —dijo el oficial. Era un hombre corpulento de largo cabello oscuro y tez morena como la de un levantino o un africano, con una inmensa barba y una costosa armadura bajo una voluminosa capa negra. Y sus hombres iban bien armados y bien disciplinados. El oficial no fue grosero pero sí muy directo—. Habéis asustado a varias personas.

Kineas tenía su carta a punto y se la entregó.

—Fui contratado para venir aquí a ponerme al mando de los hippeis. Ésta es la carta que me envió vuestro arconte.

La carta estaba un tanto maltrecha después de haber viajado desde aquella ciudad hasta Atenas por mar y haber vuelto al punto de origen en una alforja, pero aún era legible.

El oficial la leyó detenidamente. Kineas tuvo tiempo de preguntarse cuántas cosas

podrían haber ido mal en seis meses: que otro hombre hubiese ocupado el puesto, que el arconte hubiese fallecido, que la ciudad hubiese cambiado de gobierno... El hombretón le devolvió la misiva.

—Bienvenido a Olbia, Kineas de Atenas. El arconte confiaba en que fueras tú, pero esperaba que llegaras en barco muchas semanas antes.

Ahora estudiaba a Kineas sin perder detalle. Kineas conocía aquella mirada: todos los oficiales del ejército de Alejandro miraban exactamente de aquel modo.

Kineas le tendió la mano.

—Kineas, hijo de Eumenes, de Atenas.

El oficial se la estrechó con firmeza.

—Menón, hijo de Patrocles. ¿Serviste con el Conquistador?

—En efecto —dijo Kineas haciendo una seña a sus hombres para que comenzaran a descargar.

—Yo estuve en Issos, pero con el Gran Rey —dijo Menón. Se volvió y bramó una orden, y sus hombres cambiaron la posición de las lanzas y golpearon el suelo con el casquillo—. ¡En descanso! —chilló. Su voz no era tan grave como su corpulencia había hecho prever a Kineas, y daba las órdenes con un curioso sonsonete griego.

Sus hombres dejaron de ser autómatas y devinieron bastante humanos: dejaron caer sus pesados escudos y se envolvieron con las capas mientras miraban con abierta curiosidad a los hombres de Kineas.

Unos esclavos de la ciudad salieron de detrás de los hoplitas y comenzaron a hacer fardos con sus pertenencias, cargándolos en la cabeza. Casi todos eran persas. Kineas los observó: rara vez había visto persas empleados como esclavos.

Menón reparó en su interés.

—El Gran Rey efectuó una incursión contra un grupo de bandoleros hace unos cuantos años y como resultado el mercado se saturó de persas.

Kineas asintió.

—¿Una banda de escitas?

Menón sonrió con media boca.

—¿Los hay de otra clase?

Kineas vio que Niceas, entre accesos de tos, había puesto a los hombres a almohazar a los caballos mojados allí mismo: bien hecho. Apoyó una mano en el hombro de Niceas.

—Éste es Niceas, mi hipereta. Y Diodoro, mi segundo en el mando. —Volvió a mirar al grupo—. ¿Dónde está Filocles?

—Estaba ahí hace un momento —dijo Diodoro.

Menón no les quitaba el ojo de encima.

—¿Falta uno de vuestros hombres?

Diodoro rió.

—Me figuro que se ha ido derecho a la taberna más cercana. Iremos en su busca —dijo. Kineas encogiendo un poco los hombros.

Kineas interpretó que el gesto significaba que Filocles había ido a hacer un mandado o que tenía algo que hacer por su cuenta. Al parecer Diodoro sabía lo que estaba ocurriendo. Kineas no, de modo que se limitó a decir:

—Le encontraremos enseguida.

—Da igual, el arconte está aguardando. —Menón sonrió de manera desagradable—. Detesta que le hagan esperar.

Transcurrió una hora hasta que todos los hombres de Kineas hallaran el cuartel. Los habían puesto en el hipódromo de la ciudad, en unos barracones recién contruidos junto a las caballerizas. Las habitaciones eran nuevas pero pequeñas, y ninguno de sus hombres, y los caballeros menos que nadie, tenía humor para estar contento. Los reunió a todos en una cuadra.

—Quedaos aquí, limpiad los cuartos, caldeadlos y daos un baño. Quiero que Niceas y Diodoro vengan conmigo a atender al arconte. El resto de vosotros... Aquí es donde estamos. Os sugiero que busquéis la manera de hacer que os guste. — Hablaba con dureza, quizá con más severidad de la que quería—. Y encontrad al espartano.

Luego, sin bañarse, se puso una túnica limpia, sandalias buenas y se peinó el pelo y la barba.

En la entrada al cuartel se encontró con Diodoro, que presentaba un aspecto limpio y cuidado como el de una insignia recién forjada, y con Niceas, que parecía un hombre con un tremendo resfriado. Un soldado y un esclavo de la ciudad aguardaban fuera, el esclavo para cargar con cualquier cosa que le pidieran, el soldado para llevarlos ante el arconte.

El soldado los condujo a la ciudadela, una torre de piedra con imponentes bastiones y murallas de dos brazas de espesor. Los hombres de Menón custodiaban la entrada, intimidatorios con sus capas. Más hombres guardaban las puertas del otro extremo de un pórtico largo y frío. Las murallas y los guardias prepararon a Kineas en cierta medida para lo que le esperaba. Ningún arconte de una ciudad libre necesitaba guardias mercenarios, una ciudadela y una antecámara. El arconte de una ciudad libre estaría en su casa, o haciendo negocios en el ágora. De ahí que no se sorprendiera cuando los guardias de las puertas indicaran a sus hombres que no eran bien recibidos. Les hizo una seña para que le aguardaran y siguió adelante. Un guardia le quitó la espada; un bárbaro que llevaba una torques.

Kineas vio cómo abrían los cerrojos de las puertas, oyó un choque de armas en el interior, más guardias, y entró tras su guía en una sala caldeada y oscura, decorada con gran profusión de objetos de oro: estatuas de dioses con las vestiduras resaltadas

en oro; tapices persas bordados con hilo de oro; lámparas de oro colgadas de cadenas desde el techo que emitían una pálida luz dorada; un brasero de hierro con patas de oro que resplandecía rojo y desprendía humo aromático; un biombo de oro; una mesa puesta con copas de oro y una enorme crátera dorada. Y detrás de la mesa, casi invisible en la perfumada tiniebla, un hombre con una diadema sentado en una silla. Menón se situó detrás de él; su armadura parecía al rojo vivo con aquella luz rojiza. Flanqueando al hombre de la diadema había un par de esclavos muy musculosos cubiertos con pieles de león que empuñaban garrotes pesados.

—¿Kineas de Atenas? —La voz era dulce, muy queda. El humo del brasero y la oscuridad hacían que su voz pareciera surgir de todos los rincones de la estancia como la voz de un dios—. Llegas cincuenta días tarde. —Una risa apagada—. No resulta fácil viajar a los confines de la tierra, ¿verdad? Por favor, sírvete vino. Háblame de tus aventuras.

—Poco hay que contar, Arconte. Busqué el modo de traer a mis caballos y lo hallé. Me disculpo por el retraso.

Kineas estaba desconcertado e inseguro. El humo del incienso era empalagoso, le irritaba la garganta. Y los hombres con pieles de león, sin duda bárbaros, parecían una amenaza directa.

—No es preciso que te disculpes, joven. Al menos por el retraso. Son cosas que pasan. Por favor, dime cómo has venido hasta aquí.

—Vine por mar hasta Tomis y luego por tierra con mis caballos.

—Vamos, hombre. Más detalles.

—¿Qué puedo decir? Tuvimos un roce con unos bandidos. Encontramos a un grupo de sakje.

Kineas estaba cansado. Tenía la sensación de que le estaban tendiendo una trampa.

—Los bandidos con los que te enfrentaste eran getas, ¿no? Qué lástima que sean aliados de esta ciudad. Y los sakje..., a decir verdad, son los peores bandidos de todos. Tuviste suerte de escapar indemne.

—Los getas eran unos pocos hombres al mando de un jefe local. Nos atacaron para robarnos los caballos. —Kineas se atusaba la barba como solía hacer cuando se desconcertaba—. No sabía que fuesen aliados de esta ciudad.

—Ni ellos sospechaban que tú estuvieras a mi servicio. Una circunstancia de lo más lamentable. Aunque más lamentable es aún que volvieras a los sakje en su contra. Han perdido diez pueblos, quemados. Comerciamos con los getas, y los getas son aliados de Macedonia. Has perjudicado nuestro comercio. —El arconte apoyó el mentón en una mano y levantó la vista hacia Kineas—. Y tal vez no sabías que mi propia familia proviene de los getas...

Kineas se estremeció.



—No tenía ni idea.

—Es una lástima. Y los sakje... ¿Te pidieron un tributo?

—Arconte, pareces estar al tanto de todas estas cosas.

—Te ruego contestes a las preguntas que se te formulan. Estás a mi servicio y al servicio de mi ciudad. Exigimos tu plena cooperación.

Kineas inspiró profundamente y tosió. Luego dijo:

—Los sakje pidieron un tributo que pagué: dos caballos y un poco de oro.

—Y el señor de los sakje... ¿Era un hombre de barba roja?

—Una mujer, Arconte.

La sorpresa del arconte fue evidente. Su voz se volvió más sonora, más firme.

—¿Una mujer? Eso no me lo han contado. Una noticia interesante. ¿Cómo se llamaba?

No fue la primera vez que Kineas lamentó no haberlo preguntado.

—No lo sé.

—Qué pena. En esta vida me ha tocado en suerte seguir la carrera de esos bandoleros de mala muerte. A menudo es una cuestión de estado saber cuál de ellos tiene aspiraciones. Mira, joven, nosotros no pagamos tributos a los bandoleros de las llanuras. Ruego te asegures de no volver a hacerlo. Ah, y me han dicho que llevas a uno de ellos en tu séquito. Hazme el favor de despedirlo.

Kineas había ido dando carrete a su genio, pero se le acabó el sedal.

—Me temo que has mandado llamar al hombre equivocado, Arconte —espató—. Soy un caballero de Atenas, no un perro.—Arrojó la carta a la mesa—. Tal vez a un perro pueda ordenársele que despida a sus hombres en Olbia, pero no a un ateniense.

El arconte sonrió. Sus dientes relucieron como marfil en la penumbra.

—No muy obediente. Pero leal a tus hombres. ¿Serás tan leal conmigo, me pregunto? —Su tono cambió, la sonrisa se esfumó, los dientes volvieron a sumirse en la oscuridad—. Has traído caballos. ¿Por qué? Hay pocas cosas que necesitamos menos, aquí. Los bandoleros nos venden cuantos precisamos. Los crían como gusanos. ¿Llegas cincuenta días tarde y te enemistas con un aliado para poder traer unos cuantos caballos griegos a mi ciudad? Eso no es tener criterio. Yo sólo quiero hombres que tengan criterio.

Kineas probó el vino y lo encontró excelente. Le limpió el humo que tenía en la garganta.

—No tienes un solo caballo de batalla en las cuadras de la ciudad —aseveró Kineas.

El arconte hizo una pausa. Por primera vez dirigió una mirada a Menón.

—Tonterías. Tengo veinte caballos allí, todos ellos corceles espléndidos. Más les vale ser espléndidos: pagué una buena suma por ellos. Con tu consejo, compraré más si es preciso. No necesitamos vuestras bestias griegas.

Kineas asintió.

—Los veinte son excelentes. Ni uno está entrenado para la guerra. He traído veinte caballos de batalla y, con ellos como fundamento, puedo entrenar a otros cien este invierno.

«E iniciar una yeguada», pensó, aunque se guardó de decirlo.

El arconte ladeó la cabeza y apoyó el mentón en la mano.

—Hummm. Tal vez haya algo de verdad en lo que dices. Por eso quería un oficial de caballería. Bien, ya estás aquí. Engatusaré a los getas con lo que se me ocurra. Y en cuanto a los bandoleros, ¿qué te parecieron?

—Creo que son algo más que bandoleros. Muy buena caballería. No quisiera tener que lidiar con ellos.

—Bandoleros, te lo digo yo. Pretenden que les debemos tributos y derechos de tránsito. Hummm, ya lo verás cuando tengas que comerciar con ellos. Pero resultan útiles y no nos cuestan nada. A diferencia de tus caballeros, que son bastante caros.

Menón sonrió.

—La seguridad nunca es barata, señor.

—Hummm. Kineas, conoces los términos. Has traído hombres contigo: eso no ha figurado nunca en el contrato. Quiero que entrenes a los caballeros de mi ciudad. — Un profundo suspiro y luego la voz prosiguió en un susurro—. Consigue que sean útiles, que dejen de ser una molestia. Me hacen perder el tiempo con sus conspiraciones y sus pleitos. Pero no quería contratar a otro escuadrón de mercenarios.

Kineas asintió.

—Corrí el riesgo de que los aceptaras. Son soldados de primera, caballeros de linaje de Grecia y otras partes. Y necesito contar con algunos hombres experimentados como oficiales de flanco e instructores. Dichos hombres tienen que ser de alta cuna o vuestros hippeis no aceptarán sus indicaciones. He traído una docena de hombres, señor; dudo que vayan a vaciar vuestras arcas —Kineas señaló una lámpara de oro—, ya que parecen bien provistas.

—No cuentes mi tesoro antes de habértelo ganado —espetó el arconte. Su voz, sonora y melodiosa cuando estaba sereno, era afilada como una espada cuando se excitaba. Y estaba claro que el dinero le excitaba—. ¿Menón? ¿Qué piensas tú?

—Creo que lleva razón. Yo no me ofrecería a enseñar a los hoplitas de una ciudad a ser mejores soldados sin mi propio personal —contestó Menón cruzando una mirada con Kineas.

—¿Cuánto esperas que se les pague, a esos..., «caballeros»? —preguntó el arconte.

—Cuatro dracmas al día, pagaderos cada mes. —Kineas se alegró de pisar suelo firme, diciendo de un tirón las cifras que había considerado durante semanas—. Un

mes por adelantado para cada hombre. Doble paga para mi hipereta y otro oficial veterano. Una prima por combate y por cada año de buen servicio.

—El doble de la paga de mis hombres —dijo Menón, aunque dedicó a Kineas un contenido además de asentimiento.

—Tus hombres no aportan sus propias monturas, a las que hay que mantener, ni todos los arreos —dijo. Menón—. Creo que verás que después de deducir el coste del sustento, la paga será equivalente.

En realidad, Kineas había pedido más dinero del que sus hombres esperaban. Menón soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

El arconte meneó la cabeza.

—Hummm. Muy bien. Espero que presten un buen servicio y que cuando aprenda a confiar en ellos, tus hombres estén a mi disposición. —Hizo sonar una campanilla que resonó aguda en el ambiente cargado. Un esclavo con una toga larga acudió de inmediato. El arconte señaló a Kineas con un ademán—. Haz las cuentas y entrega a este hombre la paga de un mes para su tropa.

El esclavo iba bien vestido, era enjuto como una pértiga, lucía una gran barba y tenía los ojos hundidos. Hizo una reverencia.

—A tus órdenes, mi señor. —Hablabla griego con acento persa. Miró a Kineas—. Soy Ciro, el factor del arconte. Si lo he entendido bien, se trata de doce hombres, dos de los cuales reciben paga doble, a razón de cuatro dracmas al día. ¿Correcto?

Kineas asintió. El persa era muy formal. Seguramente había sido noble. Nada en su conducta dejaba traslucir lo que pensaba de su condición presente. Kineas inclinó la cabeza.

—Ciro, soy Kineas de Atenas. Que el conocernos sea para bien.—Ciro le sostuvo la mirada durante el saludo, algo impropio de un hijo de esclavos, y quedó obviamente complacido de ser saludado con tal formalidad. Kineas prosiguió—: Mi hipereta aguarda detrás de estas puertas. Por favor, entrégale a él el dinero.

—Como gustes, señor.

Ciro salió por una puerta lateral. Kineas se volvió de nuevo hacia el arconte.

—También deseo el rango de hiparco de la ciudad, tal como mencionaste en tu carta.

El arconte vaciló.

—Te estoy contratando para que instruyas a mis nobles...

—Y esperarás que sea su comandante en el campo de batalla —interrumpió Kineas.

—No seas tan contumaz. Hay un hombre en la ciudad, un hombre poderoso, Cleito, que ostenta el cargo de hiparco. No quisiera ofenderlo.

—Yo tampoco, Arconte. Sin embargo, ningún escuadrón puede tener dos comandantes. O bien yo soy su superior, en cuyo caso es tarea mía hacer que lo

comprenda y me obedezca, o bien él es mi superior, en cuyo caso ni él ni ningún otro caballero de esta ciudad tiene motivo alguno para hacer caso a lo que yo diga.

El arconte se toqueteaba la barba. Menón no decía nada, tenía los ojos clavados en una de las lámparas que colgaban sobre la cabeza de Kineas. Reinaba un silencio absoluto.

—Ambos seréis hiparcos —dijo el arconte—. Ésta es mi palabra al respecto. Mi ley. Seréis iguales en rango. Si él no está dispuesto a aprender de ti, quizá vendrás a decírmelo. Y otra cosa... —Levantó una mano para acallar la protesta de Kineas—. De vez en cuando, sin duda oirás rumores sobre conspiraciones de esos hombres contra mi persona. Me informarás de esos complots puntualmente. Te ganarás su respeto para que cuenten con que pueden confiar en ti. De esta manera reforzarás mi gobierno y a la propia ciudad. ¿Entendido? —Volvió a bajar la voz—. Y si esos hombres no acuden a las asambleas o se niegan a servir a tus órdenes... Eso es delito según las leyes de la ciudad desde mucho antes de que yo gobernara. Me informarás de cada delito sin tardanza.

Ahora le tocó a Kineas guardar silencio. De hecho, le estaban pidiendo que informara sobre sus propios soldados, una situación tan repugnante que estuvo tentado de dar una respuesta acalorada. Por otra parte, era justamente la clase de mezquindad que cualquier soldado esperaba cuando servía a un tirano. Kineas sopesó ambas cosas: el bien de sus hombres, el suyo propio y su opinión de sí mismo como hombre de honor.

—Te informaré cuando crea que un hombre esté conspirando contra la ciudad —dijo con cuidado. Su elección de verbos fue exacta, fruto de sus estudios de retórica en la infancia—. O cometiendo un delito grave.

Si el arconte percibió las evasivas de su respuesta, se abstuvo de hacer comentarios.

—Muy bien, pues. Me complace que no hayas tenido el mal gusto de preguntar por tu propia paga. ¿Qué esperas percibir?

—Lo que me ofreciste para que viniera aquí —dijo Kineas.

—Ruego tomes nota de que no resto la bonificación porque hayas llegado cincuenta días tarde. —La voz del arconte era cálida, afable—. Comenzaré la paga de tus hombres contando desde que entraron en nuestras tierras.

—Gracias, Arconte. Eres generoso. —Kineas ardía en deseos de salir de la estancia, de alejarse del hedor del brasero y de la atmósfera de restricción y miedo—. ¿Cuándo comienzan mis obligaciones?

—Las has comenzado al presentarte ante mí. Espero tener mandados para tus hombres muy pronto. Convocaré a los hippeis para el día siguiente a la festividad de Apolo. Es costumbre que participen en el desfile del hipódromo a la hora novena. Por favor, dame los nombres de cada hombre que no acuda a la asamblea de tropas. Ciro

te facilitará una lista completa. —Con un ademán indicó que podía retirarse—. Espero grandes cosas de ti, Kineas..., ahora que por fin has llegado.

Kineas no cedió terreno.

—¿Cómo debo dirigirme a ti?

—Como Arconte..., en todo momento.

El arconte bajó la cabeza y volvió a indicarle que se retirara.

Incluso Alejandro había usado su nombre de pila con sus compañeros. Y decía que era un dios. Kineas se permitió sonreír.

—Muy bien, Arconte.

Giró en redondo y se marchó.

Niceas aguardaba con dos pesadas bolsas de cuero y un rollo de pergamino. Diodoro echó un vistazo al interior por las puertas entreabiertas y al ver todo aquel oro silbó.

—¿Y bien?

—Estamos contratados.

Una vez fuera de la sala, Kineas se puso a pensar en todas las cosas que tendría que haber dicho y en otras tantas que más le valdría haber callado. Agarró una saca de monedas y se metió el rollo bajo el cinto de la espada que poco después le devolvió uno de los guardias. Éste hizo llamar a un guía para que los condujera a la salida de la ciudadela y les diera indicaciones para ir al cuartel.

Diodoro aguardó a que el guía se marchara antes de preguntar:

—¿Tirano?

—Y tanto —respondió Kineas, que tenía ganas de lavarse.

—Hueles como una chica persa —comentó Diodoro. Señaló las monedas—. ¿Nos quedamos?

Niceas quiso decir algo pero se puso a toser, de modo que contestó Kineas.

—Sí. Primero, porque la paga es excelente. Segundo, porque no tenemos otro sitio al que ir.

—Ahí has dado en el clavo —dijo Diodoro riendo.

Kineas apoyó una mano en el hombro de Niceas.

—¿Estás muy enfermo?

—Me pondré bien.

—De acuerdo, pues entonces ve y agrupa a los hombres. Hay que dejar unas cuantas cosas claras.

Cuando llegaron al hipódromo, casi en línea recta a través de la ciudad desde la ciudadela, Diodoro sirvió dos copas de vino. Kineas llamó a Arni y le hizo preparar un ponche caliente de vino y especias para Niceas. Para cuando la habitación más grande del cuartel estuvo llena de su aroma, todos los hombres se habían congregado. Diodoro permaneció al lado de Kineas, y Niceas se les sumó mientras se sonaba la

nariz con un trapo. Los demás trajeron banquetas. Likeles se sentó delante con Laertes y Coeno. Antígono y Andrónico se apostaron en la puerta. Crax se quedó arrimado a la lumbre. Ataelo se sentó en el suelo y Ajax se quedó de pie con Filocles junto a la ventana.

Kineas enarcó una ceja mirando a Filocles, que respondió sonriendo. Kineas no tenía tiempo en ese momento para averiguar dónde se había metido el espartano. Se puso de pie y les habló a todos.

—Caballeros. Nuestro primer día de paga desde que dejamos a Alejandro. Ahora toca fijar algunas normas. —Kineas levantó una mano para silenciar los vítores y murmullos que suscitó la mención de la paga—. En primer lugar, servimos a un tirano. No voy a decir más al respecto: antes de salir de este cuarto, todo hombre aquí presente debe jurar lealtad primero a sus camaradas y amigos, anteponiéndola a cualquier otra lealtad. Os pido esto porque sospecho que vamos a ser espiados, que lo que digamos podrá ser transmitido, y que nuestra posición aquí podría volverse muy complicada. En lugar de vivir con miedo, propongo que acordemos hablar con entera libertad entre nosotros, por más que tengamos que guardar silencio fuera del recinto del hipódromo.

Tomó un sorbo de vino. Reinaba un silencio sepulcral.

—Impartiremos instrucción a los hippeis de esta ciudad, caballeros de provincias con grandes sumas de dinero, grandes propiedades y ninguna experiencia en acatar órdenes de nadie. Os hablaré con franqueza. Aquellos de vosotros que erais propietarios en vuestras ciudades, Likeles, Diodoro, Laertes, Coeno, Agis y Ajax —al oír su nombre, Ajax levantó la cabeza de golpe como si le sorprendiera verse incluido en cualquier cosa—, cargaréis con la responsabilidad de ejercer de instructores. Entenderéis mejor las maneras y motivaciones de nuestros nobles soldados, y aun siendo inflexibles en cuestiones de disciplina, decidiréis por vuestra cuenta el mejor método de aplicarla.

Likeles asintió.

—¿No hacer enfadar a los ricos?

—Predicad con el ejemplo. Por eso os he traído. Premiaremos destreza y logros desde el comienzo. No escatimaremos elogios sinceros, pero nunca adularemos. Nos esforzaremos por ser siempre mejores que nuestros pupilos, pero sin avergonzarlos ni ponerlos en evidencia. Si es posible, tendremos trato social con ellos y los enterraremos bajo el peso de nuestras hazañas bélicas.

Casi todos los hombres rieron, incluso Ajax.

Antígono levantó la mano.

—¿Y los demás a almohazar caballos?

—No. —Kineas los miró a todos—. Somos una compañía de iguales. Yo mando, sí. Diodoro será mi segundo y Niceas mi hipereta, como siempre. Después de ellos,

cada hombre hará cada tarea por turnos. Primero, no obstante, me propongo acostumbrar a nuestros reclutas a la idea de que nosotros pertenecemos a su misma clase social. Una vez que les hayamos enseñado a manejarse como es debido en la silla, el resto de vosotros los entrenaréis en maniobras de escuadrón, escaramuzas, todas las artes de la guerra en las que tan duchos sois.—Kineas había apilado los dracmas olbianos encima de la mesa mientras aguardaba a que Niceas trajera a los hombres—. La paga será a razón de cuatro dracmas al día. Cada mes se paga por adelantado. Ésta es la paga de vuestro primer mes. Diodoro y Niceas cobran el doble. ¿A todos os parece bien?

A todos les parecía mejor que bien salvo a Ataelo, que se puso a contar con los dedos, y a Ajax y Coeno, que se encogieron de hombros.

—Muy bien —dijo Kineas—. Agis de Megara: ciento veinte dracmas. Pon tu marca. Ciento veinte dracmas para Andrónico, más cincuenta dracmas por el caballo que entregamos a la amazona. Sin deducciones. Ciento setenta dracmas. Pon tu marca, eres un hombre rico. Ciento veinte dracmas para Antígono, sin adiciones ni deducciones. Pon tu marca. Coeno...

Y así sucesivamente. Crax se quedó maravillado ante el montón de plata que tenía en sus manos y Ajax estaba tan desconcertado que no sabía qué hacer con tanta calderilla. Pagó a todos los hombres mientras Niceas ponía marcas en un rollo y Diodoro observaba.

—Mañana tenemos nuestro primer desfile. Os quiero a todos en orden de revista para este y cualquier otro desfile que hagamos. Que nuestro porte y conducta les recuerde que vosotros sois soldados profesionales y ellos, unos tristes aficionados. Cuando tengáis limpios los arreos y le hayáis sacado brillo a la armadura, podéis ir a gastar vuestro dinero como mejor os parezca. Llenad los barracones de putas, perdedlo en las mesas de juego. Ahora bien, os advierto que ahora estáis sujetos a la disciplina militar. Para nosotros disciplina significa no quedar como un idiota fuera del cuartel. —Estaban riendo, los hombres más pobres no podían apartar los ojos de los montoncitos de pesadas monedas de plata—. Pero antes —la voz de Kineas resonó como un estandarte al viento— prestaréis juramento.

Se pusieron de pie formando corro; los doce, y levantaron las manos poniéndolas uno tras otro encima de la de Kineas, de modo que éste sentía el peso de sus brazos encima de la suya.

—Por Zeus, que escucha todos los juramentos, por Atenea y Apolo y todos los dioses, juramos que seremos leales unos a otros y a la compañía hasta que sea disuelta por todos en consejo. —Kineas pronunció las palabras y ellos las repitieron con entusiasmo, sin que faltara una voz. Ajax sorprendió a Kineas haciendo oír la suya por encima de las demás. En ese momento los amó. Procuró que no se le notara.

—Limpiad vuestra armadura, y luego bebamos vino.

Movió los dedos de los pies al calor de la lumbre, contento de haber dejado atrás las frías llanuras y de estar sentado en un asiento decente.

Pero deseó haber aprendido el nombre de la noble guerrera sakje.

Por la mañana, si alguien tuvo resaca, lo disimuló bien. Primero, Kineas les leyó a todos el plan de inspección e instrucción que tenía previsto. Montaron blancos para lanzar jabalinas, reservaron un espacio para los ejercicios de monta y construyeron vallas para simular cabalgadas por terreno agreste. Cuando el campo del hipódromo estuvo listo, Kineas pasó revista a sus doce veteranos. Todos habían gastado dinero el día anterior en túnicas y hebillas y presentaban un aspecto inmejorable. Bajo la armadura llevaban túnicas azules, el color de la ciudad, y cada hombre lucía una hebilla de plata en el cinto de la espada. Sus caballos relucían. Kineas les dedicó una sonrisa para demostrar que apreciaba su esfuerzo. Él mismo llevaba una clámide nueva azul oscuro y una cimera de crin azul en su casco liso de bronce. Se había afeitado la barba, cambiando la masa enmarañada de pelo por un pulcro corte a la moda.

Se ejercitaron durante una hora, expuestos al aire cortante, para poder acomodar con soltura sus maniobras al campo del hipódromo. Kineas se volvió hacia Niceas después de la primera ronda de lanzamiento de jabalina.

—Vamos a necesitar más espacio para trescientos hombres. Haz que Ataelo explore los alrededores de la ciudad y nos encuentre un campo decente.

—Iré con él —dijo Niceas, y tosió. Se sonó la nariz con un trapo y volvió a toser.

—Quiero que guardes cama. Tienes muy mala cara.

Niceas se encogió de hombros.

—Estoy bien —dijo, y se puso a toser de nuevo.

Los ejercicios fueron bastante aceptables. Kineas los tuvo en ello hasta que los caballos estuvieron empapados de sudor y los hombres se hubieron sacudido las telarañas que entorpecían su destreza. Ajax ya podía lanzar una jabalina al galope pero aún no conseguía pasar la segunda a la mano de lanzar antes de sobrepasar la diana. La segunda tendía a caérsele por culpa de la prisa. Filoc les lanzaba lejos y con puntería, pero le faltaba prontitud en el lanzamiento y a duras penas dominaba a su caballo. Había mejorado la manera de montar pero aún distaba de estar a la altura de los demás hombres.

Kineas optó por comentárselo en privado; el espartano era perfectamente consciente de sus defectos. Pero cuando concluyeron los ejercicios, los congregó a todos.

—Quiero que tengáis presente que ahora estamos en una tierra de jinetes. Los sakje no son los únicos que montan bien por estos pagos. Es probable que nuestros hippeis sean mejores jinetes que la mayoría de los griegos, tan buenos como los



tracios o los tesalios. El trabajo de hoy ha estado bien. Llevad a los caballos a las cuadras y abrigadlos. Cuando lo hayáis hecho, me gustaría que Filocles, Diodoro, Likeles, Laertes y Coeno me acompañaran al gimnasio. El resto deberíais dar una vuelta por la ciudad. Averiguad dónde están las puertas y las poternas, no sólo las tabernas.

El esclavo getón, Sitalkes, cogió el caballo de Kineas y comenzó a almohazarlo, lo cual le valió una mirada iracunda de Niceas. Kineas quitó importancia al asunto y fue a cambiarse para ir al gimnasio.

El cuartel era pequeño pero estaba bien montado. El cuerpo central del porche tenía una hilera de ganchos para colgar las clámides y el equipo, y daba a una cocina donde dos esclavos de la ciudad cocinaban, así como a una sala de reuniones y a los dos cuartos espaciosos de Kineas, con una chimenea en la parte trasera del edificio. Una escalera exterior subía a un pasillo donde se abrían las puertas de seis habitaciones pequeñas con literas para los soldados. Las habitaciones no tenían chimenea, pero eran mejores que cualquier tiendade campaña, y los hombres habían ocupado las dos que quedaban justo encima de la cocina. Kineas entró por el pórtico y se desnudó en su cámara, secó el sudor frío del peto, limpió el casco y los dejó en un estante al lado de su cama. Colgó el cinto de la espada encima del peto. Vestido con una túnica decente, pero no de corte militar, encontró a Diodoro en la sala central.

—Ahora demostremos que somos caballeros —dijo Kineas.

—Veré qué puedo hacer —respondió Diodoro.

—Preferiría que fuesen los lugareños quienes demostraran ser caballeros —terció Coeno con desdén—. De momento me parecen un atajo de paletos.

Mientras aguardaban a los demás, Kineas envió a un esclavo al gimnasio a solicitar permiso para usarlo con sus hombres. Como mercenarios, gozaban de cierto estatus, pero no eran ciudadanos. Lo mejor era asegurarse.

Likeles llegó rascándose la cabeza.

—Estoy pensando seriamente en comprarme un esclavo que almohace a mi caballo —dijo—. ¡Qué peste!

El esclavo de la ciudad regresó con un puñado de discos de arcilla.

—Esto es para uso de vuestras señorías. Os señalan como invitados.

Kineas dio un óbolo al chico.

—¿Os apetece un poco de ejercicio? —dijo. su tropa de caballeros.

El gimnasio de Olbia era un edificio más espléndido que el de Tomis, aunque también más hortera. Delfines de bronce adornaban la escalinata de piedra y la fachada también era de piedra. El edificio tenía el suelo caldeado y baños calientes, y una placa conmemorativa chapada en bronce declaraba que el arconte Leuconte, hijo

de Sático, lo había construido como un regalo para la ciudad.

Kineas leyó la placa y le divirtió ver que al menos en ella el arconte usaba su nombre.

Esclavos de la ciudad se hicieron cargo de sus clámides y sandalias. Cruzaron un breve corredor hasta el vestuario y se desnudaron en un ambiente gélido, dejando sus túnicas en chiribitiles de madera. Otros dos hombres interrumpieron su conversación y, sin decir palabra, les observaron desnudarse. Se pusieron a hablar en voz baja en cuanto los cinco soldados salieron del vestuario hacia la pista de ejercicios.

Allí se repitió el silencio. Había no menos de doce ciudadanos en la pista de arena, unos pocos hacían ejercicio con pesas, un hombre limpiaba el aceite de otro con su estrígil, pero sus conversaciones cesaron cuando Kineas entró.

Diodoro echó un vistazo en derredor. Luego se encogió de hombros.

—¿Te apetece un encuentro de lucha, Kineas?

Hacía demasiado frío, incluso con el suelo caliente, para estar mucho rato sin hacer nada. Kineas se puso en guardia contra Diodoro, mientras Coeno y Likeles comenzaban una tanda de ejercicios de calentamiento. Laertes optó por levantar pesas.

Diodoro fintó un placaje a las piernas de Kineas, le sujetó un brazo y le empujó, pero Kineas le agarró la cabeza al caer y ambos rodaron por el suelo. En un instante estuvieron de pie otra vez. En la segunda presa, Diodoro puso más cuidado, pero no logró reducir a Kineas, y fue éste quien atrapó una de las manos de Diodoro y trató de derribarlo. Diodoro asestó un golpe seco a Kineas en las costillas, pero éste le puso un pie detrás de la pierna y le hizo caer. Diodoro aprovechó el impulso de la caída para rodar y levantarse de un salto, y ambos quedaron de pie otra vez, ahora calientes y jadeantes.

Kineas levantó las manos, con las palmas hacia fuera, en una guardia alta. Diodoro mantuvo las suyas bajas, cerca del cuerpo. Dieron vueltas. Por el rabillo del ojo, Kineas vio que casi todos los presentes en la sala los estaban observando. Agarró la cabeza de Diodoro con ambas manos. Las de Diodoro salieron disparadas, separaron los brazos de Kineas y le golpearon con las palmas abiertas en la frente, haciéndolo trastabillar. Acto seguido, Diodoro se abalanzó sobre él, metió la pierna izquierda entre las de Kineas y Kineas se vio derribado, esta vez con todo el peso de su amigo encima. La arena del suelo no era muy profunda y la caída le magulló la cadera. Diodoro se puso de pie y Kineas se levantó chorreando sudor y frotándose la cadera.

—Buen asalto —dijo, regañadientes.

—Sin duda es lo que me ha parecido. Me obligas a esforzarme cada vez más, Kineas. Quizá no tardes en ser un luchador aceptable.

Lucharon otros tres derribos, dos de ellos vencidos por Diodoro, y entonces

Likeles y Coeno se pusieron a boxear. Ninguno de los dos era tan rápido como Kineas ni tan atlético como Ajax, pero eran competentes y un tanto fanfarrones.

Ninguno de los demás hombres de la sala propuso un combate o siquiera una apuesta, como tampoco abordaron a los hombres de Kineas. Se agruparon junto a la fuente del gimnasio, desde donde los observaban en silencio.

Kineas cruzó la pista hasta ellos. Recordó los esfuerzos que había hecho, infructuosos según demostró el tiempo, para ser sociable con los oficiales macedonios del ejército de Alejandro. Pese a sus dudas, abordó al hombre de más edad, un anciano delgado y atlético con la barba casi blanca.

—Buenos días, señor —dijo Kineas—. Sólo soy un invitado aquí, y me gustaría correr. ¿Dónde debo ir para correr?

El anciano se encogió de hombros.

—Yo corro en mi finca, fuera de la ciudad. Diría que eso es lo que hace todo caballero.

Kineas sonrió.

—Soy de Atenas. Nuestras fincas, por lo general, están lejos de la ciudad, y no solemos ir hasta ellas para echar una carrera. Con frecuencia he corrido alrededor del teatro, por ejemplo, o a primera hora por el ágora.

El anciano ladeó la cabeza examinando a Kineas como si fuese un carnero expuesto para ser vendido en subasta.

—¿En serio? ¿Tienes una finca? Francamente, joven, eso me sorprende. Me imaginaba que eras un bandido.

Kineas se puso a hacer estiramientos. Levantó la vista hacia el anciano y su corte.

—Antes de morir, mi padre era uno de los terratenientes más importantes de Atenas. Se llamaba Eumenes; quizá le hayas oído nombrar. Nuestros barcos comerciaban con este puerto. —Y mientras cambiaba de lado para estirar la otra pierna, añadió deliberadamente—: Mi amigo Calco aún envía naves aquí, me parece.

Otro hombre, más delgado pero con una panza que indicaba una seria falta de ejercicio, se inclinó hacia delante.

—Yo comercio con Calco. ¿Le conoces?

Kineas se sacudió la arena del muslo y dijo:

—Crecimos juntos. Así pues, ¿no corréis en la ciudad?

El hombre más apuesto del grupo, más joven y fuerte, dijo:

—A veces corro dando vueltas al gimnasio. No lo construyeron en el mejor emplazamiento, ¡vaya que no! ¡Conste que no estoy atacando al arquitecto ni al arconte! El gimnasio nuevo no tiene sitio para celebrar carreras, sólo es eso.

Otros hombres se alejaron de él como si estuviera infectado. Kineas le tendió la mano.

—Me gustaría tener compañía. ¿Te apetece correr un rato conmigo?

El hombre miró al resto del grupo, pero todos apartaron la mirada y él se encogió de hombros.

—Desde luego. Deja que me estire un poco. Soy Nicomedes.

Corrieron más tiempo del que Kineas hubiese querido. Nicomedes era un consumado corredor de fondo y estaba interesado en ir más rápido y más lejos de lo que Kineas había planeado, lo cual dejaba poco sitio a la conversación. Pero era bastante amigable, aunque distante, y cuando hubieron corrido todo lo lejos que Kineas podía sin desmoronarse en público, regresaron al gimnasio y a los baños, y Nicomedes invitó a Kineas a cenar: su primera invitación en la ciudad.

Deleitándose con el primer baño decente que se había dado en un mes, Kineas preguntó:

—¿Pertenece a los hippeis, Nicomedes?

—Sin duda estoy cualificado por mis propiedades, si a eso te refieres. Tengo un caballo, pero nunca he servido. Mi gente siempre ha servido a pie.

De cerca, Kineas se fijó en que Nicomedes era un poco lechuguino: tenía restos de maquillaje en los ojos y mejillas de bebedor empedernido. Era mayor de lo que le había parecido a primera vista, estaba en muy buena forma y su manera de acicalarse dejaba entrever que era consciente del buen cuerpo que tenía; pese a todo, era un compañero agradable.

Kineas eligió sus palabras con cuidado:

—Una pequeña advertencia, Nicomedes. El arconte me ha dado una lista completa para llamar a asamblea a la caballería de la ciudad, y al parecer espera conformidad.

Los hombros de Nicomedes salieron tan deprisa del agua que volaron salpicaduras.

—Eso no es justo: siempre hemos servido como hoplitas. —Y luego—: ¡La típica jodienda! —Y tras otra pausa—: No debería haber dicho eso.

Kineas se encogió de hombros y siguió frotándose.

—Quizás hagas correr la voz.

—¿Has conocido a Cleito, el hiparco? —dijo Nicomedes.

Kineas pensó: «El hiparco soy yo. —Y acto seguido recordó la vacilación del arconte a propósito del asunto—. Vaya, ahora empiezo a entenderlo.»

—Pues no. Y me gustaría: tendremos que trabajar juntos si queremos obtener algún resultado.

Otros hombres iban entrando a los baños y los esclavos se afanaban en echar agua caliente a las demás tinas de madera. La estancia comenzó a llenarse de vapor, propiciando un reconfortante anonimato. La cháchara subió de volumen. Kineas oyó a Likeles elogiando el físico de alguien, a Diodoro haciendo preguntas y a Coeno citando las opiniones de Jenofonte sobre la habilidad en el manejo del caballo.

Nicomedes dijo:

—A veces comparte un cargamento conmigo, y en ocasiones somos aliados en la asamblea; eso cuando el arconte nos deja celebrar una asamblea, claro está. Hummm, no tendría que haber dicho eso. En fin, podría pedirle que viniera a cenar, así tendríais ocasión de conoceros. Sólo nos dijeron que el arconte iba a contratar a un mercenario.

Kineas hizo una seña a un esclavo para que le frotara la espalda.

—Ya me lo imagino —dijo.

Limpio, vestido y agradablemente cansado, Kineas condujo a sus hombres de vuelta al cuartel. La barba húmeda pareció congelarse en cuanto salieron a la calle y la clámide no bastó para abrigarle.

—Ha ido bien —dijo Kineas.

—Esperaban que fuésemos unos monstruos —dijo Likeles—. Eso me lleva a preguntarme acerca de Menón y sus hombres.

—Aquí ocurren más cosas de las que me esperaba —dijo Diodoro—. No se trata tan sólo de los linajes antiguos contra el arconte. Mi impresión es que hay tres o incluso cuatro facciones. ¿Atenas apoya al arconte? No es propio de Atenas apoyar a un tirano, ni siquiera en estos tiempos tan decadentes.

—Atenas necesita grano —dijo Coeno—. Una vez asistí a un debate en la asamblea sobre la concesión de la ciudadanía al tirano de Pantecapaeum. Todo giraba en torno a unas subvenciones de grano. —Se rascó la barba—. Me ha parecido que tu Nicomedes es un hombre elegante, aunque un poco lechuguino. Yo he aburrido a uno de los mayores con mi erudición: me he despachado a gusto. Petroclo, se llamaba. Un sujeto refinado.

—Van con mucha cautela —dijo Likeles—. Por Hermes, qué reservados; todos menos tu Nicomedes. Un hombre apuesto. ¿Es buen corredor?

—Mejor de lo que lo seré yo nunca —contestó Kineas.

—Un tanto exaltado, comparado con el resto. Me pregunto cuánto tardará el arconte en saber que esta noche cenas con él —dijo Diodoro.

Uno de los hombres de Menón apareció en la entrada del cuartel.

—Ahí tienes tu respuesta —dijo Kineas.

Kineas tuvo que hacer un esfuerzo para disfrutar de la cena con Nicomedes. La comida fue excelente y el vino pasable, pero los hombres que ocupaban el círculo de divanes o bien permanecían callados o hablaban en lo que parecía un lenguaje cifrado.

La casa de Nicomedes era muy vistosa, decorada a la última moda salvo por un mosaico antiguo en el suelo de la estancia principal, que representaba a Aquiles matando a la reina de las Amazonas en Troya con minuciosa truculencia. El mobiliario y la comida eran parecidos a los de las mejores casas de Atenas.

Kineas reconsideró su opinión sobre Olbia. El comercio de grano hacía muy ricos a aquellos hombres.

Le presentaron a Cleito de inmediato: un hombre bajo, de pelo moreno, con la barba muy larga y los ojos hundidos, bastante canoso; pero no hubo manera de entablar conversación con ninguno de los demás invitados. Cada cual cenaba en su diván, y éstos estaban dispuestos tan separados que resultaba complicado conversar. Un trío de bailarinas nubias le recordó con cierto desasosiego que un buen baño no era lo único de lo que no había disfrutado desde hacía mucho tiempo, pero también sirvió para acallar cualquier charla que hubiese podido surgir después del plato principal.

Imposibilitado de levantarse de su diván debido a la prominencia de su aprobación de las bailarinas, Kineas observó a los demás hombres tratando de discernir por qué la situación parecía tan normal y al mismo tiempo tan extraña. Por un lado, todo era tal como debía ser en un hogar griego bien gobernado: la atención a los comensales, las guarniciones, la salsa para el pescado, el vino en el aparador, los esclavos atareados. Por otro lado, el silencio resultaba opresivo. Kineas trató de recordar alguna ocasión en Atenas, incluso bajo el más represivo de los gobiernos, en la que en la mesa de su padre no se hubiesen oído airadas denuncias o violentas protestas, aunque sólo fuese contra los tributos impuestos a los ricos, así como discusiones políticas.

Los últimos platos fueron retirados y les sirvieron más vino. Sin que se lo pidieran, Kineas se levantó y acercó su diván al de Cleito. Cleito le miró mientras empujaba el diván, pero no dijo nada.

Kineas volvió a acomodarse y alzó la copa para que se la llenaran. Nicomedes se levantó, pronunció una plegaria y derramó una libación. Los demás invitados agregaron sus plegarias y libaciones. Una vez más, se comportaban igual que los griegos, pero no había ni asomo de procacidades, bromas o insinuaciones. Raro.

—Nicomedes —dijo Kineas—. He repasado los rollos. Figuras en la lista para servir en la caballería.

Nicomedes se incorporó en su diván.

—Por todos los dioses; bueno, supongo que no es culpa tuya. Monto bastante bien. ¿Cuándo es esa asamblea de tropas?

—El día siguiente al del festival de Apolo, me parece. Cleito, ¿eres tú el hiparco?

Cleito negó con la cabeza.

—Soy el hiparco en funciones. Sólo la asamblea de la ciudad puede designar al hiparco. Y ésta no se ha reunido..., no ha..., es decir...

Llegado a este punto, Cleito hizo una pausa y apuró su copa de vino. Nicomedes sonrió.

—Cleito no quiere decirlo, pero el consejo no se ha reunido desde que el arconte

lo disolvió. En el ínterin, el hiparco, Cleandro, falleció, y Cleito le sustituye.

Kineas frunció el ceño con la vista fija en su copa de vino.—Entonces tú no eres el hiparco y tampoco yo lo soy. ¿Quién manda en semejante situación?

Cleito, herido en lo más hondo, lo fulminó con la mirada.

—¿Qué hay que mandar? La última vez que convoqué una asamblea de tropas, sólo dieciséis hombres acudieron con caballo y armadura. Muchos otros vinieron a pie, para ver y ser vistos.

Kineas asintió. La caballería ateniense a menudo demostraba el mismo desdén por la autoridad. Él mismo lo había hecho, una vez.

—¿Cuándo estuvisteis por última vez en el campo?

Nicomedes resopló. Cleito llegó incluso a sacar vino por la nariz.

—¿Campo? ¿En el campo? ¿Qué, contra los escitas? Nos habrían comido los sesos. ¿Los getas? ¿Otra ciudad? Tienes que estar de broma.

Kineas echó un vistazo a los presentes.

—¿Entonces todos sois hippeis?

El hombre más joven negó con la cabeza y declaró que sus propiedades no le cualificaban para ello, aunque tenía un caballo y le gustaba montar. El resto pertenecía a la clase de los caballeros.

Kineas dijo con suma prudencia:

—¿No sería mejor que esta ciudad tuviera un cuerpo de caballería bien entrenado y dirigido en lugar de una legión de hombres ricos?

—Mejor para tu paga, tal vez —replicó Cleito.

Nicomedes asintió.

—¿A quién serviría? ¿Qué facción controlaría esa caballería bien adiestrada?

—Al bien de la ciudad —dijo Kineas.

Todos se echaron a reír. Pero Nicomedes se rascó la barba rubia con aire meditabundo.

A lo largo de su vida, Kineas había oído la frase «al bien de la ciudad» usada de muy distintas maneras: con deliberado sarcasmo, con inmoralidad política; para adular, engatusar o exigir. Había oído cómo abusaban de ella, pero nunca que la ignorasen de aquel modo. «¿Quiénes son estos hombres? —pensó—. ¿Qué clase de ciudad es ésta?».

—¿Qué tal la velada? —preguntó Diodoro cuando Kineas entró en el cuartel.

—El vino era bueno. La compañía, un poco aburrida. ¿Qué estás leyendo? De hecho, ¿qué haces en mis dependencias?

—Aquí se está más caliente y quería hablar contigo en cuanto regresaras. Creía que el arconte te había dicho que evitaras a Nicomedes.

Kineas rió con amargura.

—En realidad, el arconte me pidió que fuera cuidadoso haciendo amistades.

Siempre lo he sido, así que decidí tomar sus palabras como un cumplido. ¿Me has esperado levantado porque te preocupa mi relación con el arconte?

—No; por esto. — Diodoro le pasó un rollo—. He recibido varias cartas de amigos que me están esperando, y creo que deberías saber lo que dicen. Antípatro ha convertido a Zopirón en su sátrapa en Tracia. Está enviando oro y hombres a Tracia para formar un ejército.

—¿Con qué intención?

—No puedo decirlo con certeza y mis fuentes tampoco. Han hecho correr la voz de que es un ejército de refuerzo que saldrá en apoyo del Conquistador.

—Podría ser bien cierto, desde luego.

—También podría apuntar hacia aquí. Estas tierras son ricas y Antípatro necesita liquidez. Puede que Alejandro esté conquistando el mundo, pero no ha enviado dinero a casa y Antípatro tiene un montón de enemigos. Piensa en Esparta.

Kineas asintió. Se atusó la barba y comenzó a deambular por el reducido espacio de la cámara.

—¿Esparta planea una guerra?

—Tarde o temprano lo hará. ¿Qué alternativa tienen? Y Macedonia es poderosa, pero necesita dinero. ¿Qué sitio mejor que éste para conseguirlo? — Diodoro hizo un gesto grosero—. A tomar viento mi prima.

—Si son pobres y no obstante envían dinero y hombres a Tracia, el siguiente paso no se hará esperar. No tendrán dinero para pagar mercenarios durante mucho tiempo —dijo Kineas pensando en voz alta. Dejó de caminar y se sirvió un poco de vino—. ¿Quieres una copa?

—Gracias —aceptó Diodoro—. Hasta el próximo verano, me imagino.

—¿Cuántos hombres calculas? —preguntó Kineas.

—Dos taxeis de falangitas, unos cuantos mercenarios y algunos tracios; quizá quince mil infantes. Compañeros y la caballería tesalia; quizá cuatro mil caballos.

Kineas silbó.

—Pues entonces más vale que nos quitemos de en medio. Diodoro asintió.

—Por eso he pensado que debía decírtelo de inmediato. No pareces sorprendido.

Kineas se encogió de hombros.

—Ya lo diste a entender en Tomis, sólo que no con tanto de talle. Además —vaciló unos instantes—, algo me dijeron sobre esa posibilidad en Atenas.

Diodoro asintió.

—En cambio, negaste saber nada al respecto en su momento. Kineas le miró a los ojos y se sostuvieron la mirada unos segundos.

—Entiendo. De modo que este asunto no admite debate. —Diodoro se frotó la frente, claramente molesto—. ¿Y qué han dicho los invitados a la cena? ¿Has conocido al hiparco?



—En realidad no es el hiparco —dijo Kineas. Le explicó por qué y le resumió la conversación.

Diodoro estaba pensativo.

—Creo que ya veo adónde va todo esto.

—No eres el único que piensa, Diodoro. Puedo ver a través de una pared de ladrillo cuando se tercia. El arconte está intentando designarme para así poder usurparle un poder más a la asamblea. Lo tengo claro. —Kineas hizo un gesto con su copa de vino—. Y luego me usará para mantener a raya a los ricos.

Diodoro asintió.

—Peor que eso, en realidad. Me parece que cuenta con utilizarte para purgar a algunos de los ricos; quienes convenientemente incumplan las leyes de agrupación de tropas, por ejemplo, sin duda serán arrestados, juzgados y exiliados, o algo peor. Aunque quizás hayas desbaratado ese plan al advertirlos. Lo peor de todo, en cualquier caso, es que el arconte sin duda planea usar a los hippeis como rehenes.

Kineas se atragantó con el vino.

—¿Rehenes?

—Por descontado. Una vez que estén bajo tus órdenes, puede amenazarlos con enviarlos lejos: a combatir, a patrullar... Los tendrá dominados. Piénsalo: no hay asamblea, no hay consejo... A ese hombre le basta su palabra para decidir si hay paz o hay guerra. Puede mandar a esos ricos lejos de su ciudad con el pretexto de prestar un servicio público, y mantenerlos alejados tanto tiempo como quiera. — Diodoro bebió el resto de su copa de vino y se limpió la boca—. La verdad, me sorprende que a nadie se le haya ocurrido pensarlo antes.

—Que los dioses nos ayuden si alguna vez alcanzas el poder político —dijo Kineas.

—Es grato que mis dotes sean admiradas. Me voy a la cama. Aunque tengo otro asunto que plantear.

Diodoro miró su copa de vino como si el diseño le sorprendiera.

—Adelante. —Kineas se rascó el mentón, al que parecía faltarle un poco de pelo.

—Filocles.

—¿Causa problemas? Creía que se llevaba bien con todos.

—Es buen compañero. Pero va y viene a su antojo... Por los huevos de Ares, qué difícil es abordar esto. Pasa casi todo el tiempo fuera, y no está yendo de putas. Creo que lleva algún asunto entre manos. — Diodoro se encogió de hombros—. No digo que haya que espiarle, pero...

Kineas hacía girar el vino de su copa.

—Pensaré en ello. No os vigilo a ninguno de vosotros; procuro no saber quién tiene una amante o quién bebe más de la cuenta. Estás dando a entender... ¿Qué? ¿Que Filocles es un espía?

Diodoro se quedó un buen rato mirando su copa vacía.

—No sé lo que estoy insinuando. Pero está claro que no quería que le vieran llegar a la ciudad, ¿recuerdas?

Kineas asintió.

—La atmósfera de este lugar va a acabar dándose con todos nosotros. Dejemos que el espartano haga su vida durante un tiempo.

Diodoro asintió, aunque saltaba a la vista que no estaba conforme.

— Diodoro —dijo Kineas—. Gracias. Me alegra que me lo hayas dicho. No siempre veo las cosas de la misma manera que tú. Pero, a veces, no hacer nada es lo mejor que se puede hacer.

Diodoro frunció el ceño.

—Estoy empezando a sospechar que aquí cada cual guarda un secreto. Más vale que vaya a buscarme uno para mí.

# SEGUNDA PARTE

## LOTO Y PEREJIL

Su gente se solazaba en la playa tirando discos, venablos o flechas; los corceles comían loto y perejil cerca de los carros de los capitanes...

*Iliada*, Canto II

La festividad de Apolo en otoño, el Paenopsion, era una fiesta bulliciosa. Una jornada de sacrificios y banquetes daba paso, al menos en Olbia, a un desfile vespertino de niños con antorchas que llevaban en alto los productos de la ciudad y guirnaldas de pastelillos de trigo preparados para la ocasión con la forma de la lira de Apolo. Mientras caminaban, cantaban:

*Eiresione trae siempre cosas buenas;  
higos y grandes panes para comer,  
suave aceite y dulce miel,  
una copa de rebosante vino  
para que Ella beba y descanse.*

Cuando cayó la noche cerrada, el desfile dio paso a los bailes, la bebida y las carreras de caballos. Kineas encontró que los sacrificios eran demasiado ostentosos; alguien había gastado grandes sumas de dinero en elaboradas pompas. El arconte sólo acudió para el gran sacrificio, fuertemente escoltado por Menón y cincuenta soldados.

Casi todos los hombres de Kineas asistieron luciendo sus mejores ropas civiles y mezclándose con las elites de la ciudad. Ajax hizo su primera aparición pública ante la sociedad de Olbia y de inmediato se convirtió en el centro de un círculo de admiradores: su belleza los atraía a pesar de su condición de mercenario y de sus respectivas facciones políticas. Kineas no tuvo que estar cerca del muchacho para reparar en la oleada de comentarios cuando los admiradores descubrieron quién era su padre: casi todos los mercaderes de Olbia hacían negocios con Isocles de Tomis.

De hecho, sus hombres circulaban tan libremente que Kineas se encontró prácticamente solo en la carrera de antorchas, atendido sólo por el chico getón, Sitalkes. No tenía ganas de entrar hombre en otro círculo y no veía a Nicomedes ni a ningún otro hombre de los que había conocido. A quién sí vio fue a Coeno cruzando apuestas, pero sus nuevos amigos no eran de su agrado.

Kineas se puso a vagar entre el gentío. Contempló la posibilidad de retirarse a sus aposentos. Deseaba encontrar a Cleito, pero éste no parecía hallarse presente. Kineas vio a Filocles saludando a voz en cuello a un desconocido en la penumbra de las antorchas y le tuvo un poco de envidia. Filocles hacía amigos con facilidad.

Cleito, cómo no, estaba inscribiendo a un caballo para que tomara parte en la carrera. Kineas se sintió idiota por no haber caído en la cuenta de que todos los ricos propietarios de caballos estarían haciendo lo mismo. Fue hasta el borde de la pista

que daba la vuelta al templo y se abrió paso entre la muchedumbre de esclavos y trabajadores; todos inspeccionaban los caballos tratando de adivinar a cuál sería mejor apostar.

Cuando encontró al hiparco en funciones, se dirigió a él levantando la voz.

—Buena suerte para tu caballo, Cleito.

—Que Apolo bendiga tu casa —contestó Cleito—. Es tan asustadiza que me temo que no va a correr. No le gustan las multitudes.

Kineas se fijó en los dos esclavos que sujetaban a la yegua mientras ésta sacudía la cabeza con los ojos desorbitados.

—¿Está acostumbrada a las antorchas?

—Hasta hoy, hubiese dicho que era inmune al fuego —respondió eleito encogiendo los hombros. Saltaba a la vista que no iba a pedir consejo, pero ya no sabía qué más hacer.

Kineas volvió a mirar a la yegua.

—Ponle anteojeras como hacen los persas.

Cleito negó con la cabeza.

—No sé de qué me hablas.

Kineas se agachó para que su cabeza quedara a la altura de la del chico getón.

—Ve corriendo a buscar un pedazo de cuero crudo; al menos de este tamaño.

Sitalkes torció el gesto, pensativo.

—¿Dónde esa cosa a conseguir voy, señor?

Kineas se encogió de hombros.

—No tengo ni idea. Es una tarea difícil. Sorpréndeme. O mejor, ve a nuestra cuadra y pídeselo a Ataelo. —El chico echó a correr antes de que terminara la frase—. También necesitaré un cuchillo y un poco de hilo —gritó Kineas a sus espaldas.

Cleito miraba a su yegua, que intentaba recular.

—No sé. Prefiero borrar mi nombre antes que hacerle daño. Y la carrera comenzará en cuanto el aro del sol alcance cierta marca; falta muy poco.

—Inténtalo como te digo. Si el chico no regresa a tiempo, siempre podrás borrarte. —Kineas miró el caballo, una belleza de pecho amplio y cabeza altiva, y agregó—: Borrarse traería mala fortuna en una fiesta del templo.

—No te falta razón —dijo eleito—. Mientras tanto, intentaré una cosa por mi cuenta.

Cleito llamó a un esclavo y juntos se pusieron a acariciar a la yegua para apaciguarla murmurándole palabras de cariño. Kineas se alegró al ver a Cleito trabajando: con demasiada frecuencia los hombres ricos perdían la habilidad de trabajar y esperaban que sus esclavos lo hicieran todo.

Sitalkes apareció a su lado. Ni siquiera jadeaba.

—Mira, señor. Mira, ¿bien?

—Muy bien. Buen trabajo. ¿Dónde lo has conseguido tan deprisa?

Kineas cogió un cuchillo afilado de otro esclavo y comenzó a partir el trozo de cuero por la mitad.

—Robado —dijo el chico sin mirarle a la cara. Kineas siguió cortando.

—¿Te ha visto alguien?

El chico getón se irguió.

—¿Parezco idiota? ¡No!

Kineas abrió unos agujeros en la correa de cuero con la punta del cuchillo.

—Tráeme la brida —pidió.

Las anteojerías no eran perfectas: cuando se las puso a la yegua, una se sostenía correctamente pero la otra se agitaba, asustándola aún más. Kineas cogió hilo y las cosió en su sitio. Estaba terminando cuando llamaron a los caballos para la carrera. Era muy oscuro y apenas veía lo que hacía.

—Agradezco el esfuerzo, pero tendré que borrarle. —Cleito le observaba inquieto—. Han llamado a los caballos.

—Aguarda. Sólo es un momento, un par de puntadas. Listos. Pónselo en la cabeza. ¿Ves?

Kineas miró en derredor buscando al jinete: Leuconte, el hijo de Cleito, a quien le habían presentado precipitadamente un rato antes. Cuando lo vio le dijo:

—No podrá ver a los lados. Tenlo presente cuando intentes adelantar a otro jinete.

La yegua parecía más aquietada. Cleito y Leuconte se la llevaron entre el gentío y Kineas siguió a los esclavos de Cleito hacia la línea de llegada, donde todos los propietarios y sus criados estaban congregados a la luz de una de las hogueras del templo. Las antorchas se iban encendiendo en las llamas y eran entregadas a los jinetes.

Kineas no pudo seguir la evolución de la carrera más que de oídas: un coro de gritos y vítores que avanzaba como el propio fuego alrededor del recinto del templo. Pero al llegar a la meta, los caballos ofrecieron un espectáculo formidable; cruzaron la línea en tropel con las antorchas desprendiendo una estela de fuego tras ellos. La yegua de Cleito quedó tercera y Leuconte recibió una corona de laurel.

—Quiero hablar contigo sobre la reunión de tropas de mañana —dijo Kineas cuando las felicitaciones y agradecimientos comenzaron a languidecer.

—No tengo planes de causarte problemas. Tú eres el profesional —contestó Cleito mientras cepillaba a la yegua.

—Necesitaré tu ayuda para lograr que esos hombres se avengan a hacer instrucción.

Kineas pensó que con Cleito lo mejor sería hablar claro. Cleito se volvió, apoyó una mano en la grupa de su yegua, cruzó los pies y sonrió.

—¿Siempre tienes tanta prisa, ateniense? Va a requerir tiempo, y suerte, lograr

que esos chicos practiquen cualquier cosa. Mira, mañana será un caos: tendremos suerte si acuden todos los que figuran en esa maldita lista. Ven a cenar conmigo mañana; trae a tus oficiales, así nos iremos conociendo. Y ¿puedo darte un consejo? No tengas tanta prisa.

Kineas le cogió una almohaza a un esclavo y se puso a cepillar el otro costado de la yegua.

—Sabio consejo. Pero tengo mis motivos para darme prisa.

—Gracias otra vez por las anteojeras. Son peligrosas en una carrera nocturna, pero el resultado ha merecido el riesgo, ¿eh? Aunque eso me ha obligado a aguardar a que acabaras de hacerlas. ¿Me sigues? Veamos qué ocurre mañana. Quiera Apolo que todos los hombres tengan la sensatez de acudir; si algún necio se hace arrestar, no tendremos un solo día de paz.

—Que el dios escuche tus palabras. Ojalá vengan todos. —Kineas devolvió el cepillo al esclavo—. Voy a irme. Hasta mañana.

—Buenas noches, pues. Leuconte, da las buenas noches al caballero.

Kineas despertó a sus hombres al rayar el alba y los puso a limpiar las cuadras, a montar más campos de tiro y a cepillar a los caballos hasta que relucieron. Montados, con armadura, clámides y cimera nuevas, presentaban un aspecto magnífico. Kineas los hizo formar en el extremo del hipódromo que daba al cuartel media hora antes de la hora fijada.

Los aristócratas de la ciudad llegaron todos juntos pocos minutos antes de la hora convenida. Entraron montados o a pie en el hipódromo y enseguida se esparcieron por la arena formando grupos de diez o doce, con algún que otro solitario y un pelotón de dos docenas, todos bien montados, reunidos en torno a Cleito.

Kineas dejó a sus hombres a cargo de Diodoro y fue a caballo a reunirse con Cleito. Mientras avanzaba al paso, observó a la concurrencia. Eran jinetes excelentes, mucho mejores que sus homólogos de Atenas o Corinto. Montaban tan bien como los macedonios o los tesalios, tal como había esperado. También tenían gustos peculiares en cuanto a guarniciones. Más de uno llevaba pantalones sakje o gorro de estilo tracio, y los arneses de sus monturas a menudo eran más sakje que griegos.

Cleito le echó una mirada y volvió la cabeza, después se dirigió hacia atrás y gritó a sus hombres que dieran media vuelta y se unieran a los hombres de Kineas en el otro extremo. La cola de la columna aún estaba entrando al hipódromo, pequeños grupos de hombres sin caballo.

Detrás de los rezagados, Kineas vio la figura oscura de los soldados de Menón.

—Problemas —dijo mientras los señalaba con la fusta. Cleito se echó hacia atrás su pesado casco corintio para poder ver mejor.

—Más vale que hayan acudido todos esos idiotas. ¿Cómo quieres pasar lista?

Kineas indicó el lugar donde los hombres de Cleito se habían reunido con los suyos, formando un frente imponente.

—Primero los que han venido bien equipados. Luego haremos formar al resto y los aleccionaremos; primero a los que van montados, luego a los que han traído armadura pero no caballo, y por último a los que no tienen ni armadura ni caballo. Así los menos preparados serán los que pierdan más tiempo.

—Se nota que ya has hecho esto antes —dijo eleito sonriendo con pesadumbre.

—Dos veces al año en Atenas. —Kineas hizo una seña con la fusta a Niceas, que galopó por la arena hasta él casi derribando a dos hombres muy fornidos—. ¿Tienes el rol?

—Aquí mismo. —Niceas se tapó la boca para sofocar la tos.

—Primero los hombres que acaban de formar filas. Luego pasarán los nuestros. Los hombres que hayan terminado la instrucción pueden desmontar y relajarse. Cleito y yo empezaremos a seleccionar el rebaño— Kineas señaló a los cientos de hombres que pululaban por el hipódromo para ver a quiénes te enviamos al final.

Niceas asintió y saludó.

—¿Quién es tu hipereta? —preguntó Kineas a Cleito.

—Mi hijo. Leuconte. Le conociste anoche.

—¿Puedo enviarlo a ayudar a Niceas para que no parezca que todo es obra mía?

—Bien pensado. ¡Leuconte!

Cleito aferró las rodillas al lomo del caballo, se levantó en la silla y rugió. Su hijo iba resplandeciente con una clámide azul oscuro y un peto dorado: uno de los hombres mejor equipados de la ciudad. Kineas le mandó reunirse con Niceas.

Finalmente, pasaron lista sin incidentes. Tres hombres del cuerpo de caballería no se presentaron, pero los tres por razones admisibles: uno estaba en Pantecapaeum por negocios y los otros dos, enfermos, aunque ambos enviaron sustitutos. Una vez finalizada la instrucción, los reunieron a todos en un extremo del hipódromo. Hacía frío y se apiñaron para darse calor.

Kineas los inspeccionó de lejos. Menos de una cuarta parte no llevaba armadura de ninguna clase, aunque muchos sostenían que la tenían en casa. Más o menos la mitad habían acudido montados, mayormente los hombres más jóvenes.

—¿Quieres decir algo? —preguntó Kineas.

—Te mueres por hacerlo —dijo eleito—. Adelante. Sólo recuerda que hacerles enfadar no servirá de nada.

Kineas se aproximó a los congregados. Su voz, cuando comenzó a hablar, fue un rugido que acallaba cualquier interrupción.

—¡Hombres de Olbia! ¡Hoy nos hemos reunido para servir a esta ciudad! Yo lo hago por la soldada, vosotros por amor a vuestro hogar. ¿Es posible que algunos de vosotros améis la ciudad más que otros? ¿O que el oro que me pagáis sea más valioso



para mí que vuestro amor por la ciudad para vosotros? ¿Es posible que alguno de vosotros realmente sea tan pobre como para no soportar la carga que conlleva servir en la caballería y que carezca de los caballos y armas que son precisos para ello?

Bajó la voz porque era el único hombre que hablaba.

—Cualquier cosa que merezca la pena ser hecha merece ser bien hecha. Así lo decía Sócrates, y lo mismo mi padre. No tiene sentido fingir que se tiene un escuadrón de caballería en la ciudad. No tiene sentido desperdiciar vuestro valioso tiempo dándoos instrucción para un servicio que no podéis llevar a cabo; y no os llevéis a engaño, caballeros: por el momento no podéis llevarlo a cabo. Aunque los dioses os hicieran ofrenda ahora mismo de buenos caballos de batalla persas, entrenados desde el nacimiento para la guerra, y de armaduras hechas por el propio Hefestión y de armas recién salidas de su forja, no duraríais ni un minuto enfrentados a un escuadrón de verdad.—Sonrió—. Con sólo un poco de trabajo, podríamos cambiar eso. Con un poco de trabajo, podríamos convertirnos en caballeros lo bastante buenos para participar en los desfiles de la ciudad, tal como hace la caballería ateniense. Tal vez lo bastante buenos para rivalizar en precisión con los hombres de Menón.

Kineas señaló el otro extremo del campo, donde Menón vigilaba junto con cincuenta hombres: una amenaza palpable. Y, al señalarlos, Kineas esperó ser suficientemente sutil como para dar a entender que podían ser vencidos.

—Es mi deseo mostraros cómo actúan los jinetes de un escuadrón de caballería. A lo mejor, tras haberlos visto, diréis que los soldados profesionales tienen tiempo para ejercitarse en esas lides, pero yo os digo que tales habilidades se os pueden enseñar, y que podéis dominarlas y servir a vuestra ciudad con orgullo.

Kineas fue en silencio hasta el frente de sus hombres. Bajó mucho la voz esperando que los dioses quisieran que sus palabras sólo llegaran a oídos de ellos.

—Caballeros, os agradecería que efectuarais la mejor exhibición de equitación de la historia.

Diodoro sonrió con frialdad.

—A la orden, hiparco.

—Comenzad con las jabalinas —dijo Kineas—. Cuando dé la orden, formad una fila por la izquierda y lanzad al galope. Luego formáis un frente y os detenéis pegados a la línea de Menón. Y caballeros, cuando digo pegados, quiero decir a una cabeza de ellos. Lanzad las dos jabalinas si creéis que ambas darán en el blanco; Ajax, Filocles: lanzad sólo una. ¿Listos?

Cambios de postura, cruces de miradas.

Kineas miró en derredor y localizó a Arni, que aguardaba junto a la puerta del cuartel.

—Recoge las jabalinas en cuanto las hayan lanzado y tráelas de nuevo aquí.

Arni asintió.

—¡Fila por la izquierda, escaramuza! —gritó Kineas.

Salió el primero. Recorriendo la arena hacia el blanco, tuvo tiempo de pensar si podría haberlos arengado de otra manera, pero de pronto ya estaba a diez zancadas de las dianas, la primera jabalina lanzada, la segunda justo al pasarlas: no fue su mejor lanzamiento, pero ambas dieron en el blanco y domeñó a su montura poniéndola a medio galope de modo que Diodoro le alcanzara con facilidad, y luego Crax formó filas tras ellos. Se negó a volver la cabeza y contar las dianas. Los hippeis observaban muy atentos desde la arena; Likeles entró en formación, y luego Coeno tras él, y luego Filocles y Ajax —«plazca a los dioses que hagan diana»—, y por último los galos, y la formación quedó cerrada. Kineas gritó:

—¡A la carga! —Y la línea regresó al galope. Justo antes de llegar a los hombres de Menón, gritó—: ¡Alto!

Iban rodilla con rodilla, dirigidos al centro de la línea de Menón. Los hombres de Menón se estremecieron, más los de atrás que los de delante. Los hombres de Kineas tenían sus propios problemas: Ajax casi se cayó de la silla y Filocles, pese al mes de práctica por el camino y una semana de entrenamiento en el hipódromo, hizo que su caballo se encabritara y tuvo que agarrarse al cuello del animal.

Los hoplitas habían desordenado sus filas y Menón les gritaba encolerizado en grado sumo.

Kineas ordenó a sus hombres que dieran media vuelta y los condujo al paso a través de la arena hasta los hippeis.

Diodoro se inclinó hacia él.

—Menón será un mal enemigo. Kineas asintió.

—No he tenido elección. Quizá pueda ablandarlo más tarde, pero todos le odian. Y necesito que estén unidos.

Diodoro meneó la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué no limitarse a coger el dinero y dejar que se pudran? —Pero enseguida sonrió y meneó la cabeza otra vez—. A la orden.

—Muchas de vuestras monturas no están entrenadas para la guerra —dijo Kineas a los hombres que aguardaban en la arena—. Muchos de vosotros no sois jinetes consumados ni se os da bien lanzar la jabalina o mantener la formación. Podemos enseñaros todas estas cosas. Es más, nos gustaría enseñaros. Y todo hombre que ame esta ciudad debería tener ganas de aprender. En la próxima sesión de instrucción, espero veros a todos con armadura y montando un buen caballo. En la próxima sesión de instrucción, lanzaremos jabalinas hasta que el sol se ponga. ¿Cleito?

Cleito se puso al frente de la reunión.

—Tengo intención de aprender lo que este hombre puede enseñar.

Se volvió para dirigirse a las filas de los hombres armados. No fue un discurso

largo, pero tuvo su efecto.

Cuando Niceas declaró concluida la sesión y anunció la siguiente para la luna nueva de al cabo de tres semanas, se oyó un murmullo de conversaciones, pero ningún grito airado. Después Kineas fue saludado por al menos una veintena de hombres, muchos de los cuales encontraron necesario dar más explicaciones sobre por qué no habían acudido montados, y se comprometieron a hacerlo la próxima vez.

Cuando el último de ellos salió del hipódromo, Diodoro se desabrochó el barbuquejo.

—Los armeros de la ciudad van a estar atareados las próximas tres semanas — dijo.

Y entonces llegó la citación del arconte. Kineas la escuchó en boca de un esclavo de palacio y asintió con sequedad. Le dijo. Diodoro:

—Esta noche cenamos con Cleito. Tú, Ajax y uno de los caballeros. —Señalando con el mentón al esclavo que se retiraba, se encogió de hombros—. Siempre y cuando sobreviva al encuentro con el arconte.

Diodoro enarcó una ceja.

—El arconte no puede estar ofendido por una refriega sin importancia entre mercenarios. ¿Esa cena es puramente social?

—En esta ciudad nada es puramente nada, Diodoro. Lleva a Agis. Es un buen conversador.

Kineas decidió no quitarse la armadura. Fue a caballo a encontrarse con el arconte.

Esta vez el arconte no estaba en las tinieblas de su ciudadela privada. Estaba sentado al aire libre en el ágora, flanqueado por soldados completamente armados, administrando justicia en el tribunal. El mercado estaba lleno de gente: hombres paseando cogidos del brazo, conversando; hombres haciendo negocios, desde la venta de una granja que un hacendado cerraba junto a la fuente hasta las decenas de puestos montados por toda suerte de comerciantes. Kineas se sorprendió por la envergadura de algunas transacciones; había un puesto que al parecer era un despacho que sólo vendía cargamentos de trigo tardío a armadores ansiosos por anticiparse a la primera tormenta de invierno que azotaría el Euxino. Y había mujeres. Mujeres haciendo la compra, asistidas por una cuerda de esclavos; esclavas haciendo los mismos mandados o comprando para sus casas, o charlando junto a la fuente. El cuadro lo completaban los pedigüños. Decenas de niños pedían a los pies de la estatua de Hermes y había mendigos adultos apostados en todos los tenderetes.

Kineas tuvo que aguardar un rato mientras el arconte escuchaba una disputa de lindes: interminables argumentos por ambas partes que apelaban a diversas costumbres y a los testimonios de varios vecinos. Kineas coligió de lo dicho que cuando la tierra fue arrebatada a la tribu sindona del lugar, las demarcaciones del

territorio nunca se habían fijado con rigor.

Kineas tuvo tiempo de observar al arconte. No era un hombre alto y tendía a hundir los hombros y a encorvar la espalda mientras escuchaba el debate, apoyando el mentón en el puño derecho. Llevaba una sencilla túnica blanca con un ribete rojo, un grueso anillo de oro en un pulgar y una diadema en la cabeza, pero por lo demás no lucía ninguna insignia de su rango ni más ornamentos. A pesar del frío y del viento cortante que soplabá del norte, no se había puesto manto. Tenía una poblada barba oscura salpicada de canas y el pelo había comenzado a despejarle la frente. Con excepción de la diadema, parecía un magistrado griego de pies a cabeza.

Resolvió el caso a favor del pequeño granjero que había presentado cargos de que le habían cambiado de sitio los mojones, y ordenó que le trajeran una copa de vino. Hizo una seña a Kineas para que se aproximara.

—Saludos, Kineas de Atenas —dijo con suma formalidad.

—Saludos, Arconte —contestó Kineas.

—He sabido que la instrucción de los hippeis ha ido bien. Ven, acércate a mí. ¿Tienes la convocatoria?

El arconte parecía muy expansivo. Kineas pensó que iba a ponerle una mano en el hombro.

—Tengo un informe completo de la sesión de instrucción para presentártelo, Arconte. —Kineas le mostró un rollo de papiro—. Estoy satisfecho.

El arconte frunció el entrecejo.

—Tengo entendido que hiciste gestiones por tu cuenta para asegurarte una plena asistencia. ¿Es cierto?

Kineas vaciló un instante y luego dijo:

—Sí. Pedí a varios caballeros que se encargaran de que toda la ciudad comprendiera la importancia de la llamada a asamblea.

El arconte gruñó.

—Hummm. Kineas, quizá no me expresé con suficiente claridad..., o quizá tú tengas tus propios designios. En el primer caso, lo hice mal yo; en el segundo, tú te has portado mal conmigo. De haber querido que los hombres de esta ciudad estuvieran informados de la importancia del llamamiento, ¿no crees que habría hecho correr la voz yo mismo? De lo contrario, ¿no deberías haber pensado que yo tenía mis razones?

Kineas fue consciente de estar en suelo resbaladizo.

—Mi única intención sólo era mejorar la calidad de tu caballería, Arconte. El primer paso para entrenarlos era hacer que acudieran a la asamblea.

El arconte bebió un sorbo de vino.

—Tal vez —dijo el cabo de unos pocos segundos que parecieron eternos—. Kineas, has venido aquí a servirme a mí y a esta ciudad. A lo mejor piensas que ya

nos entiendes. Ves a un tirano en su trono de marfil y a un puñado de nobles que procuran mantener al tirano dentro de los límites de la ley. Hummm... Muy ateniense. Hoy te he hecho venir aquí, al tribunal, para que vieras otra cosa. Esos caballeros de la ciudad, esos «nobles», son codiciosos terratenientes que intentan extorsionar a mis pequeños granjeros. Es mi deber proteger a los granjeros; sin ellos, no tenemos grano. Si permito que los grandes los esclavicen, me quedo sin hoplitas. Y los hombres de a pie también tienen derechos. Yo los protejo.

Kineas pensó que los protegía la ley, pero permaneció callado y se limitó a asentir con la cabeza.

—Muchos de nuestros caballeros hacen cuanto está en su mano para entorpecer el buen funcionamiento de la ciudad, incluso su seguridad. Cuando te contraté no tenía conocimiento de tus numerosos contactos, y me pregunto si he cometido un error. ¿Es así?

Al oír la palabra «contactos», Kineas sintió, por primera vez, la tenaza del miedo.

—Nicomedes es un hombre peligroso, Kineas de Atenas. Cena con él por tu cuenta y riesgo. Muy bien, has alistado a mis caballeros y ahora vas a entrenarlos. Mientras tanto, tengo un mandado para ti. Me harás el favor de coger a los hombres de esta lista —entregó a Kineas una tablilla y saldrás al encuentro de los bandidos que quieren enviarme una embajada. Escoltarás a su embajador hasta mí. Tengo entendido que están al norte de la ciudad, por encima del gran meandro del río, a unos tres días a caballo. Puesto que has fijado la próxima asamblea para dentro de tres semanas, te recomiendo que procedas de inmediato.

Kineas echó un vistazo a la tablilla. Había siete nombres y ninguno le resultaba familiar.

—Preferiría llevar a mis propios hombres.

—Ya me lo imagino. Puedes llevarte..., dos. No más de dos. ¿Está claro? Me desagradaría mucho que mis órdenes fueran malinterpretadas de nuevo. —Sonrió—. Y ahora hazme el favor de disculparte ante Menón, que considera que lo has insultado en el hipódromo.

Menón salió de la fila de soldados más cercana.

—Podemos arreglarlo en privado, Arconte.

—Eso es precisamente lo que no quiero que ocurra —espetó el arconte—. Nada de enemistades personales, nada de riñas. Kineas, discúlpate.

Kineas lo meditó un momento.

—Muy bien. Me disculpo, Menón. Que sepas que no te guardo ningún rencor. Sin embargo, tu poco meditada aparición en el hipódromo, armado y sin previo aviso, podría haber tenido graves consecuencias para mi autoridad.

—No seas imbécil —le espetó Menón—. Estaba allí para proporcionarte a ti cierta seguridad, y me has puesto en ridículo. —Le lanzó una mirada lasciva. Le

faltaban algunos dientes, y de cerca infundía miedo—. ¿Esto es lo que consideráis una disculpa en Atenas? Porque en mi ciudad, Heraclea, haría que te cortaran los huevos.

Kineas negó con la cabeza.

—No. Estabas allí para intimidar a los hippeis y, de paso, a mí. Y no me eches a mí la culpa si tus hombres se asustan ante una carga de caballería: más bien parece un problema de profesionalidad.

—La madre que te parió —dijo Menón, poniéndose rojo, en voz baja y estremeceadora—. No intentes jugar conmigo.

El arconte se levantó.

—Kineas, no me estás impresionando lo más mínimo, y tú tampoco, Menón. Quizá tendría que levantar la voz. Discúlpate de inmediato.

Los tres formaban un triángulo, rodeados por los soldados de Menón para ocultarlos de la vista del público. La postura de Menón indicaba que estaba dispuesto a pasar a las manos. Tenía los pulgares metidos en el cinto de su espada y la mano derecha le temblaba: a la más mínima provocación la empuñaría. Kineas esperó presentar un aspecto semejante. Se apoyaba en las puntas de los pies, listo para arremeter.

Los ojos del arconte iban de uno a otro.

—Kineas, discúlpate ahora mismo.

Kineas tomó su decisión y se sintió inferior al hacerlo.

—Menón, acepta mis disculpas.

—Había ordenado a Menón que te prestara apoyo, estúpido —gruñó el arconte—. Crees que nos conoces, pero no te enteras de nada. Piensa en el orgullo desmedido mientras escoltas a los bárbaros por las llanuras. Y ahora vete.

Kineas, humillado, dio media vuelta y se abrió paso entre los hombres de Menón.

—¡Cojamos nuestros caballos y larguémonos! —dijo Niceas, la mano en el amuleto con la lechuza de Atenea que llevaba al cuello. Tuvo un acceso de tos. Crax y Arni lo habían instalado en un camastro cerca del brasero. Estaba bastante enfermo.

—No puedes viajar —espetó Kineas. Sonó más como una acusación de lo que era su intención—. El invierno ya se nos echa encima, ¿quieres emprender el regreso por la costa en invierno?

—Podríamos dejar los caballos y salir en barco de aquí —dijo Diodoro.

—También podríamos degollarnos. Mirad, es culpa mía: primero, que estemos aquí, y segundo, que no sepa morderme la lengua. Por el momento, nos quedamos. Me llevaré a Ataelo y a Likeles conmigo. Diodoro, tendrás que estar alerta, y procura que nuestros hombres no se metan en líos con los de Menón.

Filocles abrió la cortina de la sala y entró.

—¿Una fiesta privada?

Kineas le fulminó con la mirada. Las idas y venidas de Filocles eran motivo de constante irritación para él; el espartano estaba con ellos cuando le convenía y distante cuando le venía bien.

—Sí.

Filocles se acercó a la mesa y se sirvió una copa de vino.

—Corren voces. ¿Problemas con el arconte? ¿Te ha enviado a una misión? Muy acertado por parte del arconte: te mantendrá alejado de la ciudad por unos días. A mí también me conviene: me gustaría acompañarte.

—Ya he elegido a mis hombres —dijo Kineas—. El arconte sólo permite que me lleve a dos.

—El resto de nosotros —apostilló Diodoro— seremos buenos rehenes.

Filocles sonrió.

—Bueno, en realidad no soy uno de tus hombres —dijo—. Dudo mucho que el arconte quisiera privarte de mi compañía. Así que puedo ir por mi cuenta. O quizás os alcance por el camino.

Kineas, enfadado y aún resentido por la escena en el ágora, se sintió a un mismo tiempo conmovido e indignado. Le acudió a los labios una respuesta acalorada, pero se contuvo y se la tragó con un poco de vino.

—No puedo impedírtelo —dijo, aunque su voz traslucía un poco más de afecto.

Justo lo que yo decía. —Filoclesapuró su copa de vino—. ¿Cuándo partimos?

—En cuanto localice a los hombres de esta lista.

Kineas señaló la tablilla que había encima de la mesa. Filocles leyó la lista y asintió.

—Conozco a la mayoría: todos son jóvenes. Varios son amigos de Ajax; un par de ellos quisieran ser más amigos, si captas a qué me refiero. Mándalo a reunirlos y llévatelo contigo, será tan fácil como esto. —Y chasqueó los dedos.

Diodoro asintió.

—Yo estaría más contento si pudiera quedarme con Likeles. Conoce a la gente tan bien como yo. —Miró a Filocles—. Jóvenes ricos. ¿Los hijos de los más ricos, tal vez?

Filocles se encogió de hombros.

—El arconte no tiene un pelo de tonto. Y tú tampoco, Kineas, cuando no pierdes los estribos. He oído un rumor... ¿Quizá tú también? Dicen que el arconte va a permitir que se reúna la asamblea para ratificar sus impuestos.

—Yo he oído lo mismo —asintió Diodoro.

Filocles puso una pierna encima de la mesa y se recostó como si estuviera en un diván. La maciza mesa de roble crujió bajo su peso.

—Si tuviera que adivinarlo, diría que el arconte manda lejos a los hijos de los

hombres más influyentes como método para controlar la asamblea.

Diodoro se pasó una mano por el pelo.

—No te falta razón. Tendría que haberme dado cuenta.

Kineas miró a uno y a otro.

—Muchas gracias a los dos por mantenerme tan bien informado. ¿Tenéis más cabezas de gorgona que arrojarme mientras hago el equipaje para las llanuras?

—La ciudad croa como un coro de ranas sobre la reunión de la caballería. La gente está muy impresionada; con nosotros, contigo y con tu pequeña actuación contra los hombres de Menón. Los odian a muerte. Por el momento, a nosotros no. Bueno, ¿debemos avisar a Ajax?

—Detesto que me mimen —dijo Kineas, y sonrió atribulado—. Qué idiota he sido.

—¿Cuándo? —dijo Filocles con impostada ternura, antes de escabullirse tras la cortina.

La cena con Cleito fue poco interesante, decorosa y profesional. Por casualidad o deliberadamente, casi todos los demás invitados eran hombres cuyos hijos iba a llevarse consigo a las llanuras al amanecer. Kineas no percibió ninguna animosidad en ellos, y trató por todos los medios de dejar bien claro que entrenarían y montarían duro, pero que velaría por su seguridad.

El propio Cleito sacó a colación la posibilidad de que se reuniera la asamblea.

—Está en boca de todos en el ágora. El arconte nos convocará para que votemos sus nuevos impuestos.

Kineas guardó silencio y procuró captar la atención de Diodoro y Filocles para que hicieran lo mismo. No lo consiguió.

—¿Cuándo se reunió por última vez la asamblea? —preguntó Filocles entre dos sorbos de vino.

Cleito miró a los presentes y encogió los hombros. Un hombre de más edad, Cleomenes, uno de los mercaderes más ricos de la ciudad, se incorporó un poco en su diván.

—Hace casi cuatro años, señor. Ha transcurrido una olimpiada entera desde la última vez que fuimos autorizados a celebrar una asamblea.

Su hijo era un hombre muy joven, Eumenes, que se había presentado a la reunión del hipódromo a caballo y con armadura, según recordaba Kineas. Aunque no era tan joven como para no poder hablar en la cena. Se sentó en el diván de su padre y dijo:

—No siempre fue así, señor. Cuando el arconte fue nombrado para el cargo, la asamblea se reunía con regularidad.

Cleito hizo una seña a un esclavo para que sirviera otra ronda de vino.

—Aquí somos leales al arconte, querido, de modo que cuidado con esas insinuaciones.



Eumenes los miró a todos abriendo mucho los ojos.

—¡No he insinuado ninguna deslealtad!

Kineas tuvo la impresión de que toda la conversación tenía un trasfondo que se le escapaba. Incluso la declaración de lealtad de Cleito parecía tener cierto retintín. Bastaba con fijarse en los ojos y expresiones de los hombres para entrever parte de las tensiones que había entre ellos.

—Quizá las cosas sean distintas después de la asamblea —terció otro caballero. Kineas sabía que aquel hombre poseía la naviera más importante de la ciudad y que su hijo, Cliomenedes, apenas tenía edad de servir en la caballería pero que, no obstante, iba a partir con la expedición por la mañana.

La frase cayó como un signo de mal agüero, tanto más cuanto que quedó en la mesa con el vino derramado. Ningún otro invitado la recogió, ni siquiera Filocles.

Para romper el silencio, Cleito desvió la conversación hacia el éxito de la reunión ecuestre.

Kineas fue objeto de alabanzas; demasiadas para su gusto.

—Aún no hemos comenzado a entrenar —dijo—. Ninguno de vosotros me tendrá en tan alta estima cuando tengáis el trasero en carne viva.

La ocurrencia suscitó risas, pero el padre de Clío, Petrocles, negó con la cabeza.

—Esperábamos a otro mercenario como Menón. Nos llevamos una buena sorpresa cuando vimos claro que eras todo un caballero. Creo poder hablar en nombre de muchos hombres cuando digo que estaremos encantados de recibir instrucción; al menos en primavera. ¡Esta idea de hacer ejercicio en invierno ya me está haciendo crujir los huesos!

La fiesta prosiguió en un tono más ligero a partir de ahí. Cleito, pese a la brusquedad que manifestaba en público, era un anfitrión excelente. Hubo bailarinas, delicadas y diestras, y también acróbatas, y un liberto de piel oscura que imitó a varios hombres importantes de la ciudad: a Menón, al propio Cleito y, por último, a Kineas.

Incluso Kineas tuvo que reír con la burda parodia de sus piernas y de sus autocráticos gestos con las manos. Se reconoció de inmediato: no era la primera vez que lo imitaban. Los demás se partieron de risa y él cosechó varias sonrisas.

Al final de la velada, Filocles tocó la lira espartana y Agis recitó un pasaje de la *Iliada*. Fue un bello recordatorio de que los hombres de Kineas eran caballeros de talento, y ambas actuaciones fueron bien recibidas.

Arrebuados en los mantos, procurando no pisar los charcos de la calle mientras regresaban al hipódromo escoltados por un par de esclavos de Cleito, Filocles se echó a reír.

—Ha ido bien —dijo.

Agis también rió.

—Esperaba que mi antiguo tutor apareciera por la puerta y me señalara con una manó huesuda si me saltaba una palabra. ¡No ha sido como recitar juntó a la hoguera del campamento!

Diodoro se mostró más sombrío.

—Están ocultando algo.

Kineas estuvo de acuerdo.

—Mantente al margen, sea lo que sea —dijo. Diodoro—. No te involucres. ¿Queda claro?

Diodoro asintió. Levantó la vista al cielo, se detuvo un momento y dijo:

—Se avecina un cambio de tiempo. ¿Lo notas? Ya está refrescando.

Kineas se tapó mejor con el manto. Tenía frío. Tosió.

Partieron mientras el alba pintaba de rojo la escarcha al norte de la ciudad bajo un gélido cielo azul. Los siete jóvenes iban bien montados y cada uno llevaba a un esclavo con él; los dos mayores llevaban a dos esclavos y media docena de caballos. También iban bien vestidos, con buenas armaduras y mantos gruesos. Y todos estaban ansiosos por partir.

Su entusiasmo hacía más llevadera la situación. Rehenes ó no, eran la caballería de la ciudad y sus hombres, y Kineas se encontró a gusto en su compañía mientras seguían el sendero que, saliendo de la ciudad, subía entre peñones hasta las planicies. A lo largo de estadios, el camino serpenteaba entre muros de piedra que delimitaban los campos de granó, ahora un desierto de rastros después de concluida la siega de las mieses. Sólidas granjas de piedra salpicaban el paisaje y a medida que la mañana fue avanzando comenzaron a cruzarse con labriegos que se dirigían a la ciudad, la mayoría a pie, tirando de carretas, y otros más prósperos a caballo. Su aliento dejaba nubecillas flotando en el aire, y los campesinos no parecían contentos de ver a tantos soldados.

Los jóvenes charlaban, señalaban granjas que pertenecían a sus familias, comentaban partidas de caza en tal ó cual bosque y ensayaban sus opiniones filosóficas con Filocles; hasta que Kineas comenzó a hacerles preguntas.

—¿Cómo cabalgaríais hasta esa granja —Kineas indicó un lejano edificio de piedra con la mano—, al mando de veinte hombres, de modo que nadie se diera cuenta de que os aproximáis?

Le tomaron en serio y se pusieron a hablar de ello agitando las manos con vehemencia. Finalmente el líder, Eumenes, cuyo liderazgo era más obvio para Kineas que para sus amigos, señaló:

—Rodeando el bosque y subiendo por aquel barranco de allí. Kineas asintió. Resultaba interesante ver el cambio operado en Eumenes: poco tenía que ver con el muchacho tímido de la noche anterior. Entre los suyos, parecía bastante maduro.

—Bien visto —dijo Kineas.

Eumenes se sonrojó con el elogio.

—Gracias, señor. Pero..., si puedo preguntar... ¿La guerra en la caballería no consiste en..., bueno, en luchar hombre a hombre? Es más propio de los psiloi atacar por sorpresa..., según tengo entendido. ¿No nos corresponde cubrir el flanco de los hoplitas y combatir contra la caballería enemiga?

—En la guerra lo importante es tener ventaja —dijo Kineas—. Si puedes sacar ventaja a la caballería enemiga mediante una acción por sorpresa, deberías llevarla a

cabo, ¿no te parece?

Otro joven, Cliomenedes, el hijo de Petrocles, tartamudeó:

—¿Y eso es-está..., eso es-está..., o sea, puede hacerse, está bien? ¿Está bien sacar ventaja? ¿Hacía esas cosas Aquiles?

Kineas montaba con soltura en medio de ellos. Ajax iba a su derecha, Filocles se había quedado atrás con una mirada divertida que daba a entender que los asuntos mundanos como la guerra no eran de su incumbencia, y Ataelo ya se había adelantado al galope perdiéndose en el resplandor de la mañana.

—¿Eres Aquiles? —preguntó Kineas.

—A mí me gustaría serlo —dijo otro muchacho, Sófocles—. Mi tutor dice que es el modelo de todo caballero.

—¿Eres tan buen hombre de armas que puedo contar con que abatas a un buen número de enemigos? —preguntó Kineas.

El muchacho agachó la cabeza. Otro chico, Kyros, le dio un capón.

—La guerra real es a muerte. Y muerto, lo pierdes todo: libertad, amor, posesiones, todo perdido. Para conservarlo se precisan algunos ardides. Sobre todo cuando tus enemigos son numerosos y están mejor entrenados que tú.

Dijo todo lo que los soldados mayores decían a los jóvenes, y sus palabras fueron recibidas con la misma incredulidad respetuosa que él había mostrado ante los amigos de su padre que habían luchado en Queronea.

Desmontaron para almorzar y los esclavos dispusieron una espléndida comida para un grupo de príncipes en una partida de caza. Kineas no se quejó: los víveres no tardarían en acabarse y luego tendrían que comer las provisiones que llevaban en dos mulas bajo la supervisión de Arni. Filocles comió por dos y encauzó la conversación hacia la filosofía otra vez.

—¿Por qué creéis que hay reglas en la guerra? —preguntó.

Eumenes se frotó el mentón imberbe. Filocles señaló a Kineas.

—Kineas dice que debéis estar dispuestos a utilizar subterfugios. ¿Deberíais usar espías?

Eumenes se encogió de hombros.

—Todo el mundo usa espías —dijo con el cinismo propio de la juventud.

—Agamenón envió a Ulises a Troya a espiar —dijo Sófocles. Hizo una mueca como indicando que aunque él dijera esas cosas, no ponía mucha fe en ellas.

—Si cogéis un prisionero, ¿podéis torturarlo para que os dé información? —preguntó Filocles.

Los chicos se avergonzaron, y Eumenes prestó demasiada atención a su comida.

Kineas dio una patada a Filocles en la rodilla sin levantarse.

—Ulises tortura a un prisionero —dijo—. Sale en la Ilíada. Me acuerdo.

—¿Tú lo harías? —preguntó Filocles.

Kineas se rascó la barba y miró su comida; postura semejante a la de Eumenes. Lu ego levantó la cabeza.

—No. No sin una razón de peso, y aun en ese caso..., es repugnante. Indigno de hombres.

Sófocles levantó la vista de su pan.

—¿Estás diciendo que las reglas son estúpidas?

Filocles meneó la cabeza.

—No estoy diciendo nada. Estoy haciendo preguntas y vosotros las contestáis.

—El capitán dice que la guerra es a muerte. ¿Para qué queremos reglas, entonces?

—Sófocles miró a Kineas buscando su aprobación—. Cualquier cosa que sirva para vencer es buena, ¿no?

Filocles se inclinó hacia delante.

—Dime, ¿atacarías a un enemigo durante una tregua? ¿Quizá mientras estuviera recogiendo a sus muertos?

Sófocles se echó hacia atrás y su rostro mostró indignación, pero, con la tenacidad de los jóvenes, se aferró a su argumento.

—Sí —dijo—. Sí, si así pudiese conseguir la victoria.

Filocles miró a Kineas y éste negó con la cabeza.

—Nunca —dijo.

Sófocles se puso rojo y agachó la cabeza. Kineas volvió a rascarse la barba y se manchó con el aceite del almuerzo.

—Las reglas de la guerra tienen un propósito —dijo—. Cada regla que se rompe profundiza el odio entre los enemigos. Cada regla que se respeta mantiene el odio a raya. Si dos ciudades combaten y ambas se atienen a las reglas, y son temerosas de los dioses, luego, cuando hayan resuelto sus diferencias, podrán reanudar su comercio. Pero si un bando viola una tregua, o asesina a mujeres, o tortura a un prisionero, luego impera el odio y la guerra deviene una forma de vida.

Filocles asintió. Y acto seguido agregó:

—La guerra es el peor de los tiranos, una vez desencadenada. Los hombres establecen reglas para obligar al tirano a ceñirse a la ley, tal como usan la asamblea para impedir que un ciudadano demasiado poderoso domine a los demás hombres. Los necios hablan de «ponerse serios» y de hacer una guerra «verdadera». Invariablemente se trata de aficionados y cobardes que nunca han estado en formación con una lanza en la mano. En la falange, donde hueles el aliento de tu enemigo y notas el viento cuando se pee, la guerra siempre es verdadera. Más que verdadera cuando la muerte acecha tras cada paso en falso. Pero cuando al tirano se le da rienda suelta, cuando las ciudades luchan a muerte como hicieron Atenas y Esparta hace cien años, cuando se olvidan todas las reglas y cada hombre sólo busca la destrucción de su enemigo, entonces la razón se da a la fuga y nos convertimos en

bestias feroces. Y entonces no hay honor ni victoria.

Los muchachos asintieron solemnemente, y Kineas se quedó con la sensación de que él y Filocles lo mismo podrían haber proclamado la utilidad de la tortura y la rapiña y convencerlos.

Después de almorzar, Kineas los puso a lanzar jabalinas contra un árbol, examinó su manera de montar a caballo y les hizo comentarios sobre cómo mejorar. Mientras lanzaban, le dijo. Filocles:

—Ha sido todo un discurso. ¿Estás en contra de la guerra? Filocles frunció el entrecejo.

—Soy espartano —dijo, como si eso contestara a Kineas—. Ese Kyros tiene un buen brazo.

Kineas dejó correr el asunto.

—En combate, os derribarán del caballo —dijo Kineas—. Ocurrirá muchas veces. Cada vez que estás en el suelo durante un combate de caballería, estás a un paso de ser hombre muerto. Ser capaz de volver a montar enseguida es la habilidad más importante que debéis dominar. Practicad montando a vuestro propio caballo y, si podéis, practicad con los caballos de otros hombres, pues la razón más común para que te encuentres de pie es que un cabrón haya matado a tu caballo.

Cuando cabalgaban adentrándose en la tarde, dejando atrás el último campo cercado y la última zanja que marcaba el límite de las propiedades de la ciudad, dijo:

—En la lucha libre, ¿os enseñaron primero a caer?

Ajax sonrió porque ya había oído aquel discurso un sinfín de veces.

—Haced prácticas de caer del caballo, recuperarse y volver a montar. Practicadlo al paso, al trote, incluso a medio galope. Ajax, aquí donde lo veis, apenas sabía montar hace unas pocas semanas. —Kineas le dedicó una mirada afable—. Ahora es capaz de caer a medio galope y volver a montar en un abrir y cerrar de ojos.

Ajax lo hizo acto seguido, sin previo aviso: metió a su caballo en un campo, cayó de la silla y aterrizó sobre el costado. Pareció quedarse sin resuello pero se levantó de inmediato y su caballo ya se había parado. Corrió hacia él y saltó a la silla apoyándose en los brazos, con la espalda erguida y pasando la pierna por encima de la grupa sin tocarla. Parecía un atleta.

Varios de los muchachos más bien pensaron que parecía un dios. Luego todos tuvieron que hacerlo, engalanando sus magníficas clámides y armaduras con manchas de tierra y desgarrones al tirarse al suelo y volver a montar. Varios de ellos perdieron el caballo por completo; Eumenes, un joven competente, se arrojó de la silla y su caballo se desbocó, y fue el propio Kineas quien tuvo que ir a darle caza. Después de eso, Kineas puso freno al entusiasmo de la joven tropa.

—Aún nos queda mucho que cabalgar, hoy —dijo.

Ajax se frotaba la cadera.

—Eso ha dolido.

Kineas le sonrió.

—Lo has hecho muy bien.

Ajax reaccionó a la aprobación de Kineas con una sonrisa radiante. Si todavía guardaba rencor a Kineas por su manera de obrar durante la refriega con los getas, éste había menguado con el tiempo y la rutina de la unidad. Kineas sentía cierta extrañeza al tener a Ajax como su segundo al mando con todos aquellos jóvenes novatos, pero Ajax se adaptó de inmediato y designó tácitamente a Eumenes como su propio segundo. Sólo cuando Kineas y Filocles habían hablado sobre la guerra había surgido algo en la mirada de Ajax; una cierta reserva, quizás, o desacuerdo.

El sol descendía por el oeste cuando Ataelo, con su capucha roja brillando a la luz del ocaso, regresó. Kineas iba bien envuelto en su clámide, la mole del caballo le calentaba la mitad inferior del cuerpo y el viento helado le penetraba en el casco.

—¿Y bien? —preguntó Kineas.

—Fácil —dijo Ataelo—. Para mí, ¿sí? Huellas y cascos, huellas y cascos. Para mí, encontrado. Mañana por la noche, nosotros para su campamento. ¿Sí? ¿Su campamento? —Hizo una seña.

—¿Has visto su campamento y llegaremos mañana por la noche? —preguntó Kineas.

—¿Ver? No. ¿Ver con ojos? No para mí. ¡Ver con esto! —Y el escita se señaló la cabeza—. Huellas y cascos; para saber dónde, no para ver dónde, ¿sí?

Kineas estaba perdiendo el hilo y acabó hecho un lío cuando el escita introdujo más detalles y palabras bárbaras.

—¿De modo que te has ido, has visto huellas, y llegaremos mañana por la noche?

—¡Sí! —El escita se alegró al ver que le entendía—. Mañana, quizá noche. Sí. ¿Comida?

Kineas le ofreció una hogaza de pan del almuerzo y una jarra de arcilla de vino, buen vino. El escita se alejó riendo entre dientes.

Prosiguieron la marcha hasta el anochecer con el río fluyendo oscuro y frío a su derecha. Se detuvieron en un pronunciado meandro con la orilla de arena y los esclavos montaron el campamento. Los chicos no eran profesionales e insistieron en dormir cada uno en su tienda, en su propio camastro, y consiguientemente pasaron tanto frío que no pudieron pegar ojo. Kineas durmió acurrucado con Filocles, Arni y Ajax, mientras que Ataelo, más reservado o quizás aún más experimentado, acostó a su caballo y durmió arrimado a él.

Por la mañana los chicos estaban derrengados. Se levantaron tiritando, esperando que les enjaezaran los caballos, aguardando a que les sirvieran desayuno. Kineas los puso a lanzar jabalinas. Le dolía la garganta y se dio unas friegas en el cuello. Arni le

llevó una tisana y se la bebió tras añadirle miel. Le alivió un rato.

El sol era una brillante bola naranja perfilada en un cielo oscuro. Arni se aproximó a Kineas con un paño en la mano con el que sacaba brillo a la copa de plata para el vino de Kineas.

—Eso anuncia mal tiempo —dijo, señalando con el mentón hacia el sol. Kineas asintió con aire ausente.

Los chicos enseguida entraron en calor y en cuestión de minutos estaban de nuevo haciendo un sinfín de preguntas, en su mayoría dirigidas a Ajax, que se desenvolvió bastante bien. Todos los muchachos sentían curiosidad por el escita y la mayoría se preguntaba en voz alta si era una especie de esclavo privilegiado. Si Ataelo entendió algo de lo que decían antes de marcharse, no se dio por aludido y dejó que Ajax explicara su estatus.

Pasaron más de dos horas hasta que todos los chicos hubieron hecho el equipaje y montado a los caballos; sus esclavos, si bien eran pacientes y competentes, no estaban acostumbrados a las prisas, y sus amos no estaban acostumbrados a ninguna disciplina aparte de la férula de sus tutores. Ajax tuvo que levantar la voz, y Kineas disfrutó con el espectáculo de Ajax gritando a un avergonzado Eumenes cuando el muchacho quiso que no apagaran el fuego.

—¡Pero tengo frío! —dijo Eumenes. Le parecía espantoso que nadie fuera capaz de verlo como una crisis.

—Yo también. Igual que los esclavos. Monta de una vez. —Ajax se asemejaba tanto a Niceas que Kineas tuvo que volverse para disimular su sonrisa.

El segundo día jugaron a ser una patrulla. Kineas no insistió en ningún grado real de destreza, pero envió a los muchachos a explorar y dar partes de novedades, y salió unas cuantas veces con ellos, escuchó con paciencia sus informes sobre huellas de ganado o venados, ovejas muertas, un pantanal al oeste... Les daba instrucciones. Los mantenía ocupados. A mediodía comenzó a toser de verdad. No se encontraba mal, de hecho lo estaba pasando bien, pero los accesos de tos duraban cada vez más. Cuando el sol estuvo en lo más alto, comieron en la silla porque, aunque los chicos estaban cansados, Ataelo había regresado para informar de que más adelante había grupos de sakje y que cabía contar con que se toparan con una partida de caza en cualquier momento. Hacía tiempo que Kineas había admitido que le gustaba cuanto había visto de los sakje, por bárbaros que fueran, y no esperaba ninguna hostilidad por parte de ellos, pero la prudencia profesional y un cierto deseo de impresionar hicieron que no estuviera dispuesto a ser sorprendido por una de sus patrullas almorzando con una fogata encendida. Además, el cielo estaba plomizo y hacía un calor extraño. Kineas no conocía las llanuras, pero sí que conocía el mar. Se avecinaba mal tiempo. Sentado en la silla dijo una plegaria y vertió una libación.

Después del almuerzo comenzó a nevar. Kineas había visto nieve en Persia, pero



no como aquélla: grandes y pesados copos como el plumón de un ganso. Se envolvió con la clámide y se puso a toser otra vez; acabó agachado sobre la silla y tosiendo hasta que el pecho le dolió. Se dio cuenta de que Filocles le estaba sosteniendo para que no cayera de la silla.

—Estás asustando a los chicos —dijo Filocles—. Y ya no se ve ni el río.

Kineas levantó la cabeza y constató que apenas podía ver nada más allá de la cabeza de su caballo. El casco se le apoyaba en la frente como una barra de hielo. El cerebro comenzó a funcionarle de nuevo.

—¡Ataelo!

El escita apareció entre los remolinos de nieve.

—¡Aquí estoy! —gritó.

—Ve a buscar a los dos chicos que están fuera. Os esperamos aquí.—Volvió a toser—. Hermes, protégenos.

Ataelo desapareció en la nieve. Los caballos se apiñaron, cosa que vino muy bien a los jinetes. Los caballeros griegos montaban con túnica y botas, y armadura si la ocasión lo exigía, pero ningún caballero elegante llevaba pantalones. Los muchachos lucían sus mejores túnicas y armaduras para intimidar a los bárbaros. Ahora estaban pelados de frío.

—¿Filocles? Abre una senda por la orilla del río y búscanos unos árboles. Mejor aún, encuentra una casa.

—¿O una taberna?

—Ya me entiendes. No vayas lejos ni te arriesgues a perderte. No nos moveremos de aquí hasta que regrese Ataelo, y entonces iremos río arriba. Llévate a Clío.

Filocles recogió al muchacho y juntos trotaron hacia la cortina blanca. Kineas pensó que la nevada amainaba: hombre y muchacho fueron visibles hasta varios largos de caballo de distancia. Eumenes arrimó su caballo a la yegua de Kineas.

—¿Estamos..., perdidos? —preguntó . «¿Tenemos un problema grave?»

—Esto acabará pronto —dijo Kineas, y tosió otra vez—. Voy a reagruparos a todos y entonces nos pondremos a cubierto. Puede que pasemos frío...

Otro acceso de tos le impidió seguir hablando; después de toser se sintió mejor. Escupió flema y le alivió comprobar que no había sangre en ella. «Te hice mi sacrificio, Señor del Contagio. Ayudé a un caballo de carreras por tu gloria, Señor Apolo.» Pero recordó que no había ofrecido un sacrificio, ocupado en sus propios asuntos. «Un cordero blanco en tu altar cuando vuelva», juró. Y se puso a toser otra vez.

Eumenes le observaba, su frente clara arrugada de preocupación bajo el borde de bronce de su casco. Kineas se irguió en la silla.

—¿Cómo mantienes a una compañía en marcha con mal tiempo? —preguntó.

—Eh... —murmuró Eumenes. Kineas miró en derredor. La nieve era más ligera,

pero los muchachos estaban apiñados con los rostros muy pálidos y los labios prietos. Estaban al borde del pánico.

—Buscas una marca visible y avanzas hasta ella. Luego buscas otra marca y avanzas otro trecho. Es un procedimiento lento, pero así no te pierdes. Si no hay visibilidad para encontrar una marca, paras y aguardas a que amaine.

Kyros, el que mejor lanzaba la jabalina, dijo:

—Estoy helado.

Lo dijo en voz baja, pero sus palabras transmitían verdadera convicción y tenía las mejillas muy rojas.

Kineas sabía que estaba a punto de tener serias dificultades, pero ya había tomado una decisión: quedarse donde estaban hasta que regresara el escita. Se atuvo a ella.

—Arrimaos más a Ajax. Por Ares, jóvenes caballeros, deberíais aprender a quererlos unos a otros un poco más. Ajax es un espécimen particularmente elegante: nadie debería tener reparos en abrazarle. —Varios de los jóvenes miraron a Ajax y casi todos rieron entre dientes, y Kineas no dudó en aprovechar aquel ligero relajo de la tensión reinante—. ¿Cuántos de vosotros pasasteis frío anoche? ¿Todos? ¡Aprended a ser camaradas! Esta noche vais a organizaros en grupos; comeréis y dormiréis por secciones, como los espartanos. Da resultado. No te sonrojes, Kyros. Nadie está amenazando tu virtud. Hace demasiado frío.

Estaba reprimiendo la tos a fin de tenerlos de nuevo bajo control antes de dar un espectáculo otra vez, pero el impulso de toser pudo más que su voluntad. Era como si la nieve que flotaba en el aire le provocara los ataques. Procuró mantener la espalda erguida y toser tapándose la boca con las manos. Esta vez el acceso fue más breve, pero la tos parecía salirle del pecho, más áspera. Le temblaban las manos.

La capucha roja de Ataelo apareció sobre el hombro de Eumenes.

—¡Están aquí para mí! —gritó el escita—. Buenos chicos, bajar del caballo, esperar. ¡No problema para mí, sí!

—Buen... —La tos le interrumpió—. Buen trabajo. —El éxito de Ataelo le dio esperanza. De hecho, dio un giro entero a la situación. Des eó tener la cabeza más despejada—. Al norte siguiendo la orilla del río. Busca a Filocles. ¿Entiendes?

—Claro. Sin problema. Oye, Kineas: ¿tú para Baqca? —preguntó Ataelo.

—¿Qué? —preguntó Kineas. El escita parecía usar cada vez más palabras bárbaras, como si el estar más cerca de su gente le liberara la lengua de los grilletes del griego—. ¿Qué es un *baxtak*?

Ataelo sacudió la cabeza.

—¡Baqca pronto! —gritó, se despidió con la mano y volvió a marcharse. Los dos muchachos con los que había regresado le siguieron y Kineas les dio ánimos. Se estaban tomando en serio su cometido de exploradores. Eso le complacía. Lo que no le gustaba era que estaba comenzando a sentirse distante de la situación. Tenía fiebre:

ya había tenido otra vez, en el sitio de Gaza, y conocía los síntomas. La distancia le serviría una o dos horas más, pero luego ya no estaría en condiciones de mandar.

—¡Ajax! —gritó, una pura orden.

Ajax trotó hasta su lado; o mejor dicho, su caballo intentó trotar amontonando nieve con los cascos. El manto que cubría el suelo ya tenía más de un palmo de grosor.

—¡Señor! —Ajax saludó como un militar.

«Si este chico sobrevive, será un buen soldado.»

Kineas se inclinó hacia él.

—Estoy enfermo —dijo muy bajito. Lavozleraspabala garganta y tenía la nariz tapada—. Y me estoy poniendo peor. Si no puedo mandar, pon a estos chavales en marcha hasta que deis con Filocles o con los sakje. ¿Me entiendes?

«¡Hermes!, parece que tengo setenta años.»

—Sí, señor —respondió Ajax asintiendo con la cabeza.

Kineas puso su montura a medio galope y la yegua avanzó sacudiendo las patas hasta el frente de los muchachos. Detrás de él, Ajax gritó:

—¡Dos hileras! ¡Esto no es una partida de caza!

Kineas tuvo ganas de sonreír, pero el mundo real le era cada vez más ajeno.

Una hora después, aún mantenía el dominio de sí mismo y del grupo, pero a duras penas. En dos ocasiones estuvo a punto de..., quizá no de caer dormido pero sí de dejarse llevar. En ambas se recobró para ver la capucha roja del escita saltando delante de él.

La nevada cesó casi por completo y al cabo se reanudó con más intensidad. Kineas comenzó a tener miedo de adelantar a Filocles y al muchacho sin verlos, ocultos por la nieve. Se estaba amodorrando y sabía que eso no era bueno. Detrás de él, Ajax seguía acuciando a su tropa, exigiéndoles que se mantuvieran erguidos, que dejaran de sonarse, una interminable letanía de faltas menores que en otras circunstancias habrían resultado ridículas.

La tos fue empeorando, lo cual, tras cada ataque, parecía imposible; hasta que llegaba el siguiente. Y entonces Filocles apareció allí, a su lado, secundado por Clío. Se sentó bien erguido.

—Hemos limpiado el suelo bajo los árboles —dijo Filocles. Tenía la nariz roja como el vino.

—¡He encendido un fuego! —dijo él—. ¡Yo solo!

—Bien hecho, muchacho. Bueno. —Tos—. ¿Está lejos?

—A medio estadio. Ataelo tiene a los exploradores vigilando el fuego.

—Vamos. Pongamos a estos chicos a cubierto. —Se sonó la nariz con la mano y tosió—. Dos tiendas: esclavos en una, caballería en la otra. Da de comer a los esclavos. Que beban algo caliente. ¿Entiendes?

—¡Soy un jodido espartano! —dijo Filocles—. No es la primera tormenta que paso a la intemperie. Parece como si Apolo te hubiese atravesado con una flecha. Hermes mediante te llevaremos al fuego. Hades, estás ardiendo.

Ver a Filocles alivió a Kineas más que cualquier medicina. Se encontraba mejor, se sacudió la nieve de la cimera del casco y pasó delante hacia el campamento. Cuando siguieron las huellas hasta el fuego, les hizo parar y poner a los caballos en círculo.

—¡Escuchadme! Os habéis portado como soldados. Ha sido peligroso, pero lo hemos conseguido. —Volvió a sonarse la nariz con los dedos y se los limpió contra el muslo, tosió y se irguió otra vez—. Aún no hemos terminado. Todos los hombres a recoger leña. Quiero una pila de leña tan grande como una casa. No lo dejéis a los esclavos: se trata de vuestra vida además de las suyas. Caballos almohazados y cubiertos con mantas. —Volvió a toser. Estaban sentados como estatuas: o se habían habituado a la disciplina en un día o estaban tan abatidos que no podían ni moverse—. Arni: los esclavos a hervir agua y a preparar comida. Dejad que primero entren en calor. Amos: a trabajar.

Ninguno se rebeló. Ninguno se acercó al fuego. Comenzaron a recoger leña; lastimosas ramitas nevadas al principio, pero Ajax y Filocles los fueron alentando y de pronto la tarea se convirtió en una competición, una proeza digna de Aquiles, y se emplearon a fondo para conseguir más madera, troncos varados en la playa del río, ramas caídas de la arboleda que poblaba el fondo del meandro. Incluso Kineas, que no tenía pleno control de su cuerpo, se sintió impulsado a participar.

Pronto se encontró bebiendo de un cuenco de bronce que le quemaba las manos al tiempo que el calor del ponche de vino especiado le aliviaba el dolor de garganta. Tenía las manos muy rojas. Los demás estaban de pie en torno a una hoguera enorme, un fuego tan grande como una casa cuyo calor les secó la ropa enseguida.

Y de repente estaba en una tienda, tosiendo.

*Tiene calor, y los espíritus de los muertos se congregan en torno a él con lenguas de fuego: Aristófanes, que murió gritando con una flecha en el vientre a orillas del Éufrates, escupe fuego hasta que una nube de llamas le envuelve la cabeza como un sudario. Un persa —de repente está seguro de que es un hombre a quien mató él mismo tiene rostro, sólo huesos, pero sus manos hacen señales precisas, y entonces...*

*Tiene frío, y los cuerpos de los muertos están helados. Amyntas tiene hielo en la barba que le cubre las mejillas y cuando sonrío se le abren grietas como patas de gallo junto a los ojos de una matrona.*

*«No sabía que estabas muerto.»*

*Amyntas no tiene ojos ni voz, y no responde.*

*Las manos de Ártemis son frías como la arcilla y están mojadas, y su virilidad se estremece y rehúye su contacto, y las manos de ella brillan; tiene escarcha en las pestañas y una daga en el cuello, y él retrocede.*

*La luna se levanta como una diosa acusadora sobre el campo de batalla de Gaugamela, y él camina solo entre los muertos. En su mayoría persas, yacen como tristes bultos donde los macedonios les segaron la vida, o como hierba apilada donde los abatieron si estaban de pie. Y él piensa «esto es real», porque estuvo allí, bajo aquella luna, pero entonces los muertos comienzan a moverse, levantándose como hombres con frío que han dormido como troncos en el suelo, uno palpándose buscando algo que ha perdido —los intestinos, a sus pies—, otro sujetándose la espalda y gruñendo, pero no le llega ningún sonido, sólo un flujo de bilis negra.*

*Ártemis le coge de la mano y está en la orilla del Éufrates con ella, o quizá sea el Pinaro; quizás ambos a la vez. La fría luna no alumbra de verdad. Y él mira a Ártemis. «No sabía que estuvieras muerta.»*

*«¿Estoy muerta?» Ella levanta una mano, tan hermosa como siempre ha sido, incluso enrojecida por el trabajo, la mano de Afrodita, y señala al otro lado del río hacia la nube de polvo que ha levantado la caballería persa, o hacia la nieve. No recuerda qué formó la nube. Huele como el humo, como una soga ardiendo, o pinaza. No recuerda su propio nombre aunque sabe el de ella.*

*Suspira por ella, ansía quitarle la daga del cuello. Incluso reconoce la daga pero es incapaz de darle nombre. En alguna parte, una voz fuerte está cantando, pero si dice palabras, no significan nada. No es la voz de un hombre ni la de una mujer.*

*Corre dando traspiés bajando por la grava de la orilla porque tiene mucha sed, e intenta beber. Ella huele, no a putrefacción, a tierra. Sin lavar. Ya ha olido eso otras veces, en el campo. Tiene los cabellos llenos de tierra.*

*Quizá se los podría lavar.*

*La canción es muy atrayente. ¿Alguna vez hubo algo que ver en el otro lado del río? No lo recuerda; ahora no hay nada, pero está convencido de haberse abierto camino por allí una vez, y sobrevivió. Seguramente es verdad. ¿Había humo?*

*Necesita un caballo. No va montado y necesita un caballo. Y Ártemis se ha ido, pero no le importa, tan grande es la urgencia por hallar un caballo; puede darse por muerto si no encuentra un caballo y monta y sube por el agua y empuja con las piernas, pero el agua debe de ser más profunda de lo que esperaba, no hay nada debajo de él y la armadura le arrastra, le arrastra hacia abajo, y se hundirá, y está oscuro y hace frío, tanto frío que no puede moverse, y sólo desea dormir...*

*El apremio por hallar un caballo sobrevive y empuja hacia arriba a través del agua, pero es más bien como polvo y tiene la boca llena de polvo, y tose sin parar. Consigue sacar la cabeza del agua polvo, y el caballo que tiene encima es enorme —tan alto que sus patas se alzan como los pilares de un templo, pero la desesperación*

*le domina, el terror—, le agarra los pelos de los corvejones y el animal lo saca a rastras del río, y vuelve a oír la canción, una canción bárbara que le envuelve, hay algo quemándose. Está en la arena del desierto —no, está en la nieve, y Darío está muertosuplicando en el ágora; él monta un caballo, el primero, y no puede dominarlo y la bestia se lanza a medio galope y luego a galope tendido y él no puede apearse, el caballo se adueña de él y él no puede dominarlo, no puede dominarlo, no puede dominarlo.*

*La canción suena fuerte y él monta el caballo, cabalga de noche por la llanura abierta, pero la llanura está oscura y vuelan chispas cuando los cascos del caballo tocan el suelo, muy de vez en cuando. Está volando. Y vuela bajando una montaña, o subiendo —hay destellos de relámpagos pero no se apagan, de modo que cada uno se superpone al anterior hasta que el cielo está blanco de un único rayo en la mano de Zeus—, la montaña y la luz alrededor de la montaña, y la canción —nasal, monótona, bárbara—, olor apelo sin lavar; agua en la boca; el tacto de ella como de fuego, y no es la primera vez. Él sonrío, pero ahora hay luz por doquier y la única oscuridad es como un túnel delante de él, y al final del túnel aguarda un persa con armadura completa, a lomos de un caballo también con armadura, y él no tiene lanza ni espada, y no se fía del caballo bárbaro que tiene entre las piernas, las manos de ella, la daga, la luz, el ritmo del caballo, canción, agua, calor, piel tocándole la cabeza y luz cálida en torno a él y olor a fuego...*

—¿Kineas?

Kineas podía verle, pero no tenía sitió en el mundo con el caballo y Ártemis y todos los muertos. Y entonces sonrió, ó intentó sonreír. Tenía pieles debajo de la cabeza.

—¿Filocles? —dijo.

—Alabados sean los dioses.

Filocles le acercó un cuenco de agua a la boca. El aire sabía a humo y a algo bárbaro.

Durmió.

Despertó, y una bárbara se inclinó sobre él con voz de mujer y un asomo de barba en las mejillas, cantando. La canción le resultaba familiar. Volvió a dormirse.

Despertó, y la bárbara seguía cantando, la voz dulce, y tocaba un tambor con sus manos de hombre, y Filocles estaba sentado al otro lado del fuego, un fuego dentro de una tienda. Sabor a agua, sabor a vino... Se durmió.

Despertó, y Ajax estaba en la puerta, y entró una violenta racha de viento, nieve en la cara, nieve que no traspasaba las pieles amontonadas encima de él. Ajax le dio sopa, sopa buena, y le limpió dónde se había ensuciado, de modo que se avergonzó, y Ajax se rió.

—Te recobrarás y volverás a humillarme —dijo—. No, no: no era mi intención que te lo tomaras tan a pecho, Kineas. Descansa tranquilo. Estamos todos bien. Estamos con los sakje.

Y soñó, y las palabras retumbaban en sus sueños porque las decía Filocles escuchándolas del hombre que era una mujer —amavaithyá, gaéthanám, mizhdem—. Filocles las repetía, una y otra vez la mujer las decía, y el tambor sonaba sin cesar. Estaba despierto pero ellos no lo sabían, y el idioma era como el persa, que él conocía un poco, y luego dejaba de serlo. La mujer se llamaba Kam, ó tal vez Baqca.

Y de repente se encontró despierto, y la delgada capa a través de la cual había estado viendo el mundo se desgarró y volvió a ser él mismo. Se esforzó por incorporarse, y Filocles acudió a su vera y se repitió el vergonzante asunto de desnudarlo y limpiarlo, pero sabía que así tenía que ser.

—¿Quién es? —preguntó en voz baja, señalando a la mujer. Ahora la veía con más claridad, y estaba claro que era un hombre, pero le había oído la voz tanto tiempo que su género lo establecía la voz.

—Es Kam Baqca, que te ha curado.

Las palabras de Filocles contenían un mensaje, como siempre, pero el contacto de Kineas con el mundo, aunque firme, aún no era claro.

—¿Ella, él? ¿Es sakje? —preguntó Kineas con voz ronca, casi un graznido, pero se arrepintió de inmediato: tenía muchas otras cosas que preguntar. ¿Dónde estaban los hombres, los chicos, en realidad? ¿Había alguien más enfermo?

—Es toda una sakje. Y los demás están bien, o bastante bien, al menos. Habría regresado a la ciudad, pero hay mucha nieve y hasta los propios sakje permanecen acampados. ¿Me estás oyendo?

—Ya lo creo. —Kineas se las arregló para reír. Estaba muy contento. Estaba vivo.

—Ésta es una pequeña porción de su nación. De unos trescientos. Pero es importante. Kam Baqca sirve al rey; al más alto mandatario de los sakje, me parece. El Khan. Lo mismo que Srayanka. Han venido a Olbia en embajada. ¿Estás listo para oír todo esto?

Filocles se detuvo porque Kineas estaba tosiendo. Su tos era una pálida sombra de la que antes tenía, pero al toser aún le hacía daño el pecho. El pecho lo sentía exactamente igual que si se lo hubiesen golpeado insistentemente con la armadura puesta: el mismo dolor profundo, como si estuviera magullado debajo de la piel.

—Estoy bien. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí?

—Siete días desde que llegamos. Te trajimos desde la tienda de nuestro campamento; creí que habías muerto.

Kineas recordaba retazos de sus sueños. Sacudió la cabeza para alejarlos y no hizo ningún comentario.

—¿Puedes comunicarte con ellos?

—Eumenes tuvo una niñera sakje: habla su idioma. Y Ataelo no ha pegado ojo: de no haber sido por él, no sé si estaríamos vivos. Y yo he aprendido un poco. Y doña Srayanka sabe un poquito de griego, y el rey lo habla con bastante fluidez, me parece, aunque rara vez se dirige a nosotros.

Kineas miró a su alrededor. Estaba en una tienda redonda, o una cabaña: tenía una abertura en lo alto por donde salía el humo y un poste central que parecía sólido al tacto; se incorporó un poco y lo palpó. Era recio. El suelo estaba cubierto de esteras de junco y alfombras y pieles. Las alfombras eran agresivas, vistosas y bárbaras. Las había visto en Persia. Una fogata ardía en el centro y había arcones de madera con los cantos forrados de herrajes decorados con dibujos. Fieras salvajes acechaban en los herrajes, en las alfombras y en el oro de la lámpara que tenía encima. Volvió a tumbarse, agotado.

—Escucha —dijo Filocles—. Te estoy cansando, pero tengo que contarle esto a alguien o voy a reventar. No van a reunirse conmigo formalmente: están aguardando a ver si sobrevives y hacen todo lo posible por salvarte. Pero Diodoro lleva razón. Dicen que Antípatro va a venir en primavera con un gran ejército, y que están aquí para sellar una alianza.

Kineas sacudió la cabeza.

—Joder —murmuró. Y se dispuso a dormir.

Cuando volvió a despertarse, era de noche. Ataelo estaba sentado junto al fuego jugando con él, y Kineas le observó durante lo que le pareció mucho rato, mientras el escita recogía astillas de corteza y de leña de las alfombras y las lanzaba a las llamas, absorto en los parpadeos de la luz y el proceso de combustión. Luego salió sin el menor ruido por la puerta y regresó con una brazada de troncos menudos, cuidadosamente partidos a lo largo. Los dispuso ordenadamente encima de los restos de otro montón y fue alimentando la fogata hasta reavivarla. Con la nueva luz de las llamas Kineas vio que Kam Baqca estaba sentada al otro lado del fuego; había estado allí todo el tiempo. Llevaba un abrigo largo de piel cubierto de diminutos símbolos bordados con pelo teñido de venado. Cientos de platillos de oro cubrían las mangas y la pechera, de modo que relucían con la luz renovada. Iba calzada con zapatos ajustados y medias de piel, los zapatos, poco más que calcetines de cuero, también cubiertos de diminutos ornamentos. Kineas vio caballos, antílopes y animales más raros, sobre todo grifones, repetidos en interminable variedad, sin que hubiera dos iguales.

Kam Baqca advirtió que estaba despierto y se aproximó a él rodeando la fogata. Tenía el rostro de mediana edad, hermoso y circunspecto, con una larga nariz recta y altas cejas depiladas, pero sus ojos eran los ojos de un hombre, y el cuello era el cuello de un hombre. Y sus manos, cuando alzó una copa para que él bebiera, eran las



manos de un hombre, llenas de callos y costras.

Ataelo seguía jugueteando con el fuego. Kam Baqca habló, con voz grave, y Ataelo fue a situarse a su lado.

—Kam Baqca pregunta, ¿cómo es para ti esta noche? —Ataelo pronunció con más claridad que de costumbre.

Kineas sacudió la cabeza para librarse de la copa de oro.

—Estoy mejor. ¿Sí? ¿Bien? ¿Puedes darle las gracias de mi parte? ¿Es médico?

Ataelo ladeó la cabeza como un perro muy listó.

—¿Tú mejor? —dijo, y lo repitió en lengua bárbara.

—Por favor, dile «gracias» —pidió Kineas otra vez. Espació las palabras cuidadosamente.

Ataelo dijo algo más en su idioma y luego se volvió hacia Kineas.

—Yo digo gracias para ti. ¿Bien? Bien. Hablar mucho griego para mí. —Se rió—. ¿Quizás aprender más griego para mí, sí?

Kineas asintió y se recostó en el montón de pieles que tenía detrás de la cabeza. El meró gestó de levantarla le exigía mucho esfuerzo.

Kam Baqca comenzó a hablar. Cuanto más hablaba, más familiar le resultaba su idioma, muy parecido al persa. Dijo xshathrá Ghán, el Gran Rey; conocía aquella palabra. Le agotaba escuchar, tan cerca como estaba de comprender.

Ataelo se puso a traducir.

—Dice, para ti importante buscar al rey, pronto. Pero antes tú hablar con ella. Más importante, lo más importante hablar con ella. Dice, tú casi morir. Luego dice, sí, ¿recuerdas para casi morir?

Kineas asintió.

—Dile que sí. Sí, me acuerdo.

Ella asintió a su respuesta y prosiguió. Ataelo dijo:

—Dice, ¿entrar en el río?

Y Kineas tuvo miedo. Era muy bárbara y su rol masculino/ femenino era extraño, y ahora le estaba haciendo una pregunta sobre su sueño. No contestó.

Ella sacudió la cabeza con vehemencia. Sus manos salieron disparadas de los puños del abrigo haciéndole señas, y cuando habló, su griego, aunque jónico, fue bastante claro.

—¡Miedo no tengas! Pero di sólo la verdad. ¿Entraste en el río?

Kineas asintió. Podía verlo; notaba el sabor del polvo.

—Sí.

Ella asintió a su vez. Sacó de su espalda un tambor, también cubierto de miniaturas de animales, mayormente renos. Sacó un latiguillo, como una fusta de montar de juguete, sólo que la empuñadura era de hierro y el fuste estaba hecho de peló, y con el latiguillo comenzó a tocar el tambor y a cantar.

Kineas quería irse. Quería verse libre de la tienda extranjera y de la mujer hombruna, y deseaba que le hablaran en buen griego. Estaba al borde del pánico. Miró a Ataelo, el bueno de Ataelo, su prokusatore, en busca de apoyo.

La mujer lanzó el tambor por los aires y dijo una frase muy larga. Ataelo dijo:

—Dice, te he encontrado en el río, te traigo a casa. Sólo para ti. Sólo para Baqcas. Ningún guerrero es, fue, será... —Ataelo se sentó, debatiéndose con el lenguaje, y de pronto sonrió—: Debía de estar vivo. Dice, esto cosa más importante. ¿Sí? ¿Sabes qué digo?

Kineas se volvió, incapaz de entender aquella pura barbaridad.

—Dile que le doy las gracias —dijo, y fingió que se dormía. No tardó en estar durmiendo de verdad.

Al día siguiente estaba más fuerte y lo trasladaron. El traslado le despejó la mente y cuando entrevió el mundo, incluso en medio de la nevada, se alegró; había perros y caballos y hombres vestidos con pieles, mujeres con pantalones y gruesas chaquetas de piel, con aros y otros adornos de oro por doquier. Había estado en la tienda de Kam Baqca, ahora lo entendía, y le llevaban a una tienda dispuesta para él con montones de pieles y dos lámparas de oro, alfombras y esteras y varios mantos tracios por si acaso. Filocles dirigía el traslado y todos los muchachos estaban presentes, peleando por un sitio para llevar su litera, arreglando las pieles y las mantas, llevándole vino caliente.

Resultaba profundamente conmovedor y disfrutó del momento. Y la conversación con Kam Baqca le pareció menos extraña. Quizás entonces aún tuviera un poco de fiebre, pero ahora había remitido.

—Deduzco que estás aguardando a que me recobre —le dijo. Filocles. El resto de los muchachos se había marchado, mandados por Ajax, para ir a cazar con los sakje.

—Sí. El rey quiere hablar contigo antes de levantar el campamento. Si quieres que te sea franco, le sugerí dejarte aquí con su gente y que yo dirigiera la escolta de regreso a Olbia, pero él piensa que tú eres una persona de peso.

—Los huevos de Ares. ¿Por qué? —Kineas resopló. Muchas cosas habían quedado por debajo del umbral de la preocupación durante los últimos días, pero ahora regresaban en tropel: su enajenado patrono, las facciones, la ciudad.

—Doña Srayanka; mencioné su nombre. Es sobrina del rey, me parece, aunque tienen un nombre distinto para cada grado de parentesco.

—Igual que los persas.

—Exacto. Es una sobrina, o quizá la hija adoptada de una hermana, pero es alguien con poder y es nuestra chica de las llanuras. Sostiene que tú eres un hombre importante. Ataelo dice que es cosa de guerreros. —Filocles se encogió de hombros—. Me figuro que mataste a alguien importante, o tal vez en el momento oportuno. O, como dice Eumenes, vengaste a alguno de ellos con tu acción y eso te otorga un estatus.

Kineas sacudió la cabeza.

—Estamos muy lejos de casa.

Sintió cierta excitación: «Nuestra chica de las llanuras. Ahora sé cómo se llama. Srayanka.» Parecía un tanto ridículo que un hombre de su edad estuviera tan complacido con algo semejante, pero el caso era que lo estaba. Lo repitió una y otra vez, como una plegaria.

Filocles se sentó sobre un montón de pieles. Kineas se fijó con un sobresalto en que Filocles llevaba pantalones de cuero. Resultaba muy poco griego, muy impropio de un espartano, por más exiliado que estuviera. Filocles reparó en su mirada y sonrió.

—Hace frío. Y me los hicieron a medida; Eumenes dijo que sería grosero rechazarlos. Abrigan mucho. Te frotan las partes.

—Si los éforos te vieran ahora, serías un exiliado para siempre. —Kineas se echó a reír. Le dolió el pecho, pero le hizo bien. Estaba hablando griego con un griego. El mundo pronto volvería a estar en orden.

Filocles rió con él y luego se le acercó.

—Escúchame, Kineas. En esto hay más de lo que tú sabes.

Kineas asintió.

—¡No, escucha! Este pueblo..., es la potencia militar de las llanuras. No necesitan hoplitas ni murallas. Son nómadas, se mueven a su antojo. Son quienes ostentan el poder aquí. Tienen capacidad para detener a Macedonia en la estepa. O no.

Kineas se incorporó.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto lo que haga Macedonia? Filocles se levantó.

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

Kineas se recostó.

—Al contrario. Tiene mucho que ver. —Había algo que le fastidiaba en los márgenes de su pensamiento, alguna conexión—. Querías estar aquí, y aquí estás. ¿Macedonia? ¿De verdad van a venir aquí? ¿Me preocupa? Me llevaré a la compañía antes de...

—¡No! —Filocles se inclinó encima de él—. No, Kineas.

¡Quédate y lucha! Lo único que necesita esta gente es que le digan que Olbia y Pantecapaeum se alzarán y combatirán con ellos, y entonces reunirán un ejército. Es lo que dice Srayanka.

Kineas negó con la cabeza y dijo despacio:

—Esto significa mucho para ti, espartano. ¿Por eso viniste?

¿Para crear una alianza contra Macedonia?

—Vine para ver mundo. Soy un exiliado y un filósofo.

—¡Bastardo! Eres un agente de los reyes y los éforos, y un espía.

—¡Mientes! —Filocles se echó la clámide al hombro de un tirón—. Púdrete en el infierno, ateniense. Tienes en tus manos la ocasión de hacer algo bueno, de defender el frente y salvar algo que... ¡Bah! Como buen ateniense, salvarás el pellejo y dejarás que los demás se pudran. No es de extrañar que los macedonios nos tengan dominados.

Apartó de un golpe la portezuela y salió; la nieve se desprendió del techo y dejó

una rendija por donde se colaba un viento gélido. El fuego comenzó a humear.

Kineas salió de debajo de las pieles y fue hasta la puerta. No hacía tan mal tiempo como temía, sólo frío. Tiró de la pesada portezuela de fieltro hasta que cayó en su sitio tapando la puerta, y apretó una vara cosida al fieltro hasta cerrarla bien, sellando la abertura. Una cortina interior cayó sobre el conjunto. Kineas entró en calor de inmediato. Encontró cecina y sidra junto a su cama y se puso a comer con apetito: la cecina estaba un poco sazónada, casi agria, y la sidra olía a Ecbatana. Se la bebió toda.

Luego tuvo ganas de orinar. Estaba desnudo en la tienda, y allí no había ninguna jarra ni orinal.

Se preguntó qué le había inducido a acusar a Filocles y sacudió la cabeza ante la hipocresía de su acusación. Tenía que orinar y necesitaba que alguien le ayudara. Eso le hizo ver lo estúpido que había sido haciendo enfadar al espartano; ¿y para qué? Sospechaba de los motivos del espartano; así había sido desde el principio.

—¿Y a mí qué? —preguntó a la portezuela de la tienda. No llevaba ropa y fuera haría un frío endemoniado, pero tenía que orinar—. ¡Me importa un carajo! —exclamó, comentario que en sus circunstancias no dejó de tener gracia.

La portezuela crujió y apareció la cabeza de Filocles. Kineas sonrió aliviado.

—Me disculpo.

—Yo también. —Filocles entró—. He puesto de mal humor a un hombre muy enfermo. ¿Qué haces fuera de la cama?

—Tengo que mear como un caballo de guerra.

Filocles lo envolvió con dos mantos tracios y le acompañó afuera. El frío de la nieve le hacía daño en los pies, pero el alivio de vaciar la vejiga pudo más que el dolor de los pies y en cuestión de segundos volvió a estar acostado entre las pieles.

Filocles le miraba atentamente.

—Estás mejor.

—Lo estoy —asintió Kineas.

—Bien. He encontrado a alguien más persuasivo para que defienda mis argumentos. Doña Srayanka vendrá a verte después de la cacería. Ella misma te expondrá el caso.

Kineas volvió a recorrer la tienda con la mirada.

—¿Dónde está mi ropa?

—No seas tonto. Esto no es un ritual de apareamiento: me figuro que la señora está bien casada. Esto es diplomacia y tienes la ventaja de la enfermedad. Relájate y muestra tu debilidad. Además, rara vez has estado más encantador. Eumenes suspira por ti cuando no está suspirando por Ajax.

Kineas le miró y se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo.

—Córtame la barba.

—Hace una hora era un cobarde y un mentiroso.

—No: un espía. Lo de mentiroso lo has dicho tú.

La posibilidad de una verdadera enemistad flotaba en el ambiente, a pocas palabras de distancia de las pullas. Kineas hizo una seña de aversión en el aire, una seña campesina de los montes del Ática.

—Me he disculpado y lo haré otra vez.

—No es preciso. Soy un bastardo muy susceptible. —Filocles apartó la mirada—. Soy bastardo, Kineas. ¿Sabes qué significa eso en Esparta?

Kineas negó con la cabeza. Sabía lo que significaba en Atenas.

—Significa que nunca eres espartiatas. Vences en los juegos, triunfas en las lecciones y aun así no eres bienvenido en ningún cuerpocívico. Creía que había escapado del yugo de la vergüenza, pero, según parece, lo he traído hasta aquí conmigo.

Kineas reflexionó unos instantes mientras tomaba unos sorbos de sidra. Y luego dijo:

—Aquí no eres un bastardo. Lamento haber usado esa palabra. La uso demasiado a menudo. Resulta fácil: sea lo que sea ahora, nací en una familia de alcurnia. Pero lo digo otra vez: tú aquí no eres bastardo, ni en Olbia. Como tampoco en Tomis, ya puestos. Por favor, perdóname.

Filocles sonrió. Fue una sonrisa curiosa, tratándose de él, sin rastro de sarcasmo o de duda: sólo una sonrisa.

—El filósofo te ha perdonado cuando me he ido de la tienda. —Se rió—. El espartano necesitaba un poco más de combate.

Kineas se frotó la cara.

—Ahora recórtame la barba y péiname.

—Maldito bastardo —dijo Filocles.

Srayanka fue a verle mucho después de que anoheciera. Kineas y Filocles habían pasado la tarde conversando, primero con efusión y luego más relajadamente, por temas, con silencios. En dos ocasiones Kineas se quedó dormido y al despertar encontró a Filocles a su lado.

La nevada por fin había cesado. Eumenes así lo dijo cuando regresó con un antílope que había abatido con su propia lanza, orgulloso como un niño tras recitar sus primeros versos de Homero.

—¡Cómo montan estos bárbaros! Mi padre los llama bandidos, pero son como centauros. Sólo los había visto borrachos en la ciudad; aparte de mi niñera, por supuesto. ¡Aquí no se emborrachan ni por asomo!

Filocles sonrió.

—Me imagino que aquí ves a una clase de sakje completamente distinta.

—De la nobleza, ya lo sé. La dama... monta como la mismísima Ártemis.

Kineas se sobresaltó antes de darse cuenta de que el muchacho debía de referirse a la diosa. Hizo una señal de aversión: las mujeres que rivalizaban con Ártemis rara vez llegaban a un buen final. Aunque su Ártemis había sido una buena amazona, de muy diversas maneras. Sonrió para sí. Se estaba convirtiendo en un viejo chocho.

Eumenes prosiguió.

—Ha cobrado dos piezas, una con el arco y otra con la lanza. Una mujer, señores, ¿os imagináis? Y los hombres, qué cortesés. Ellos han encontrado a mi ciervo. Me he puesto nervioso: ¿y si hacía un lanzamiento fallido justo allí, rodeado de bárbaros?

Kineas rió a carcajadas.

—Conozco esa sensación, jovencito.

Eumenes se mostró dolido.

—¿Tú, señor? Te he visto lanzar en el hipódromo, señor. En fin, sea como fuere, no dejaré que mi padre vuelva a llamarlos bandidos nunca más.

Filocles le indicó que se retirara.

—Me figuro que doña Srayanka se ha ido a cenar.

Kineas se llevó un chasco. Iba afeitado y debajo de las pieles llevaba una túnica de buen lino, ahora un tanto arrugada después de haber descabezado un sueñecito. Pero sonrió.

—Eres muy buena compañía, señor.

Filocles se sonrojó como un muchacho.

—Me halagas.

—Sócrates decía que no había más alto cumplido. O quizá fuese Jenofonte. Uno de los dos, en cualquier caso. Para un sol dado... Pero ¿por qué darte la lata con lo que piensan los soldados? ¿Has hecho alguna campaña? ¿Es algo de lo que prefieres no hablar? Sin ánimo de ofender.

—Hice una campaña con los hombres de Molivos contra Mitilene. Fue mi primera campaña, pese a toda mi instrucción. —¿Por qué te marchaste?

Filocles miró hacia el fuego.

—Por muchas razones —comenzó, y entonces se oyó un ruido en la tela de la puerta.

Doña Srayanka entró sola y sin aspavientos, apartando la puerta a un lado y cerrándola con un solo gesto del brazo. Una vez dentro, caminó en torno al fuego, se sacudió su abrigo largo de cabritilla por debajo de las rodillas y se sentó con un movimiento fluido. Dedicó una breve sonrisa a Filocles.

—Saludos, hombres griegos. Que los dioses os sean propicios. Lo pronunció tan bien, con tanta soltura, que sólo después Kineas cayó en la cuenta de que era una frase practicada, aprendida de memoria.

Filocles asintió gravemente, como si fuese la matrona griega de una casa bien gobernada.

—Saludos, Despoina.

Kineas no pudo evitar sonreír. La cabeza era la misma, aun que el rostro, menos severo. Los mismos ojos azules y aquellas cejas exageradamente pobladas que casi se le juntaban en medio de la cara. Estaba siendo grosero, mirándola a los ojos; ella le sostenía la mirada y torció las comisuras de los labios.

—Saludos, señora —dijo Kineas. No sonó tan torpe como había temido.

—Deseo..., avisar..., a Ataelax. ¿Sí? —Su voz era grave pero muy femenina.

—¿Ataelax? —preguntó Kineas.

—Ataelo. Es como pronuncian su nombre aquí, me parece —explicó Filocles mientras abría la portezuela y le llamaba.

Ataelo acudió tan deprisa que resultó obvio que había estado aguardando muy cerca. En cuanto entró en la tienda, algo cambió. Hasta entonces, los ojos de Srayanka apenas se apartaron de Kineas. Una vez que Ataelo cerró la portezuela, miraron en todo momento a cualquier otra parte.

—Para hablar —dijo Ataelo. Kineas decidió que pagaría a un maestro en Olbia para que el escita mejorara el uso de los casos del griego cuanto antes.

Doña Srayanka habló en voz baja durante un buen rato. Ataelo aguardó a que hubiera terminado del todo y entonces le hizo unas cuantas preguntas, y por último fue ella quien le preguntó. Finalmente, Ataelo se volvió hacia Kineas.

—Dice muchas cosas buenas para ti, tu nacimiento, ¿y cómo decir? ¿Válido? ¡Valiente! Dice que tú matar muy gran hombre getón. Hombre matar su..., para amigo especial, y para hombre amado. ¿Sí? Y otra cosa. Para otra cosa, todo bueno. Luego esto: siente cobrar tributo en llanuras para ella de nosotros. Problemas con casas de piedra; problema para pueblo de caballo sakje. Ella dice: «¡Tú nunca decir Olbia!», y yo digo: «¡Tú nunca preguntar!», pero verdad por verdad, tú nunca decirme, o quizá yo no entender. ¿Sí?

Filocles se inclinó hacia Kineas.

—Esto ya lo he oído antes, Kineas. Ese getón que mataste había matado a alguien muy importante para ella. No un pariente. No un marido. ¿Un amante? Dudo que lleguemos a saberlo.

Kineas asintió. Una alabanza era una alabanza cuando valorabas a quien la daba.

—Dile que lamento la pérdida de su amigo.

Ataelo asintió y habló con la dama, que también asintió. Habló tirándose de una de sus gruesas trenzas negras.

—Dice: «Cortar esto por pérdida.» Así que no ahora, sino hace mucho tiempo, creo.

Ella siguió hablando, gesticulando con las manos. Llevaba un abrigo distinto y la gargantilla de oro no se veía tanto, pero aquel abrigo también estaba decorado con líneas azul oscuro, dibujos abstractos desde media manga hasta la muñeca, y tenía los



mismos conos de oro que envolvían mechones de crin y hacían frufrú cuando se movía.

—Ahora ella dice otra cosa. Dice tú airyanám. ¿Sí? ¿Sabes esta palabra?

Kineas asintió, sumamente halagado. Era una palabra persa que significaba aristócrata, noble antiguo, y también buena conducta.

—La conozco.

—Pues ella dice, tú este airyanám, tú gran hombre para Olbia. Ella dice, Macedonia viene aquí. Dice, Macedonia matar padre, hermano. Yo digo esto: gran batalla, diez vueltas de la luna. Años. Diez años. ¿Sí? En verano. Sakje lucha Macedonia. Muchos matar, muchos morir, no vencer. Pero el rey, él muerto. Yo, lejos en las llanuras, no me importa nada para este rey, nada para Macedonia, pero oigo esto, también. Gran batalla. Grande. ¿Sí? Pues eso. Su padre es rey, así que yo digo: ella gran mujer, grande, igual que pensé la primera vez. ¿Sí?

Filocles la miró y dijo:

—¿Crees que su padre fue el rey que murió luchando contra Macedonia? Durante una gran batalla de hace diez años. Tú no estabas aquí, pero oíste hablar mucho de esto. ¿Y piensas que ella es muy importante?

—Bien para ti —dijo Ataelo—. Para mí, ella grande. ¿Sí? Y ella dice, Macedonia viene. Dice, manos de manos de manos de hombres vienen de Macedonia, como hierba, como agua en el río. Ella dice, rey nuevo buen hombre, pero no luchar. O quizá luchar. Pero si Olbia lucha, rey lucha. Si no, no. Rey se marcha a las llanuras, Macedonia entra en Olbia.

Kineas asintió dando a entender que había entendido lo dicho. Se había incorporado y la contemplaba. Ella hacía caso omiso de su atención, concentrándose en Ataelo. Ahora hablaba con pasión, movía las manos como si apremiara a un caballo con las riendas. Levantaba la voz.

Ataelo prosiguió.

—Ella dice, tú gran hombre para Olbia, tú hombre airyanám, tú haces para ella.

Aunque Ataelo apenas estaba comenzando a traducir su discurso más apasionado, ella había terminado y se dejó caer sobre las pieles con la cabeza apoyada contra el poste central de la tienda, la cara vuelta hacia el agujero para el humo, las largas pestañas cubriéndole los ojos; como si no soportara observar el resultado de sus palabras. Kineas se dio cuenta de que la estaba observando con tanta atención que se estaba perdiendo la traducción del discurso.

—Tú vas, traes a Olbia, haces luchar a Olbia. Guerra contra Macedonia. Sakje grandes, hacen Olbia grande, rompen Macedonia, todo el mundo libre. Ella dice más: todo el mundo habla. Y Kineas, le gustas. Esto ella no dice, ¿sí? Yo digo. Niños jugando delante de yurtas lo dicen. ¿Sí? Todos lo dicen. El rey la pincha con esto. Así para tú saberlo, yo lo digo.

Ataelo sonreía, pero había olvidado que la dama hablaba un poco de griego. Cual flecha disparada con un arco, Srayanka se puso de pie, lo fulminó con la mirada, le golpeó con la fusta, un golpe tremendo que lo derribó, y desapareció por la portezuela.

—Uh, uh —dijo Ataelo. Se levantó de modo vacilante, sujetándose el hombro. Luego salió fuera y la llamó. Un chorro de improperios le cayó encima. El alboroto era considerable, y se prolongó tanto rato que Kineas y Filocles cruzaron una mirada.

Kineas hizo una mueca.

—Se parece mucho al persa. Creo que acaba de decirle que debería comer mierda. Y morir.

Filocles se sirvió vino.

—Me alegra que tu romance esté floreciendo, pero necesito tu cerebro. ¿Entiendes lo que ha dicho sobre Macedonia?

Kineas seguía escuchándola. Estaba fuera de sí y empleaba palabras que él desconocía. Todas parecían terminar en «ax».

—¿Macedonia? Sí, Filocles. Sí, estaba escuchando. Macedonia va a venir. Escucha, Filocles: he hecho siete campañas. He estado en dos grandes batallas. Sé lo que trae Macedonia. Escúchame. Si Antípatro viene aquí, traerá dos o tres taxeis de infantería: la mitad de los que tiene Alejandro en Asia. Tendrá tantos tracios como pueda pagar y dos mil hetairoi, la mejor caballería del mundo; tendrá tesalios y griegos y también artillería. Aunque sólo envíe un diezmo de su fuerza, estos nobles salvajes y los hoplitas de la ciudad no durarán ni una hora.

Filocles miraba su copa de vino y la alzó. Era de oro macizo.

—Has estado enfermo una semana. He estado hablando con la gente. Sobre todo con Kam Baqca. Es lo más parecido que tienen a un filósofo.

—¿La hechicera? —dijo Kineas con una sonrisa—. Anoche me hizo pasar miedo.

—Es mucho más que una mera hechicera. De hecho, es tan preeminente que su presencia aquí probablemente sea más importante que la del rey. Habla un poco de griego, pero, por razones que ella sabrá, rara vez lo usa. Me gustaría hablar este idioma: todo lo que creo saber me llega filtrado por el cedazo de los pensamientos de otros hombres. Kam Baqca infunde tanto miedo a Ataelo que apenas es capaz de mantener sus pensamientos en orden cuando tiene que traducir para mí.

Kineas estaba perdiendo la esperanza de que Srayanka fuera a regresar.

—¿Por qué? Admito que tiene una presencia imponente...

—¿Alguna vez has ido a Delfos? —interrumpió Filocles—. ¿No? Las sacerdotisas de Apolo son como ella. Combina en sí misma dos funciones sagradas. Es una enarei; ¿te acuerdas de vuestro Herodoto? Ha sacrificado su virilidad para actuar como vidente. Y también es Baqca, la baqca más poderosa que nadie recuerda, según Ataelo.

Kineas intentó recordar lo que se había hablado en su tienda.

—¿Qué significa «baqca»?

—No tengo ni idea; Ataelo no para de contarme cosas, igual que doña Srayanka; hablan de ella con reverencia, pero no abundan en detalles sobre la baqca. Es un concepto bárbaro. —Filocles sacudió la cabeza—. Estoy perdiendo el hilo en una maraña de detalles. Kineas, estas gentes son miles. Decenas de miles.

—¿Y su rey vaga por la estepa con una hechicera y un puñado de criados en busca del apoyo de una pequeña ciudad del Euxino? No me vengas con ésas.

Filocles arrojó el resto de su vino.

—Me sacas de quicio. Son bárbaros, Kineas. No entiendo bien la función de su rey, pero no es ni un cargo honorífico ni un tirano asiático. Lo más que he llegado a comprender es que sólo ejerce de rey cuando hay algún asunto «regio» del que ocuparse. De lo contrario, sólo es un gran jefe que gobierna su tribu; y esto sólo es una minúscula parte de su tribu. Su escolta, por decirlo así.

Kineas se recostó.

—Cuéntame todo esto por la mañana. Estoy mejor. Mañana tengo intención de ver si puedo montar.

—Y es lo que Srayanka desea —dijo Filocles. Sonrió con malicia—. Elijas la cabeza que elijas para pensar, tengo argumentos.

En cuanto se supo que Kineas estaba levantado y vestido, le solicitaron que acudiera a presentarse ante el rey. Estaba preparado, vestido con su mejor túnica y sandalias. No se puso armadura, pues aún estaba muy débil para soportar su peso. Fuera de la tienda le aguardaba su escolta, sus ocho hombres de Olbia con sus clámides y armadura, inmóviles como estatuas. Formaron como profesionales y le condujeron hasta la yurta del rey flanqueados por una muchedumbre de curiosos sakje. Los perros ladraban, los niños señalaban, y cruzaron un trecho de nieve enfangada. La yurta del rey era con mucho la mayor de todas, y tenía dos puertas, una exterior y otra interior, que su escolta tuvo que abrir.

Dentro hacía tanto calor que se quitó la clámide en cuanto la solemnidad se lo permitió. Había una docena de sakje sentados en semicírculo en torno al fuego. Estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas y charlaban animadamente, y cuando Kineas entró en la yurta todos se pusieron de pie. En medió de ellos había un muchacho, o tal vez un hombre muy joven de abundante pelo rubio y con una barba corta también rubia. Su posición le señalaba como el rey, pero por el esplendor del vestido y la cantidad de oro, cualquiera de los doce sakje podría haber sido el monarca.

Srayanka estaba a su derecha. Tenía una expresión reservada y fría y su mirada se posó un instante en Kineas, luego se detuvo un momento en Filocles y finalmente

volvió a centrarse en el rey.

Kam Baqca estaba detrás del rey, vestida sencillamente con un abrigo largo blanco, y con el pelo recogido en un rodete. Inclino la cabeza a modo de saludo.

El rey sonrió.

—Bienvenido, Kineas. Soy Satrax, rey de los asagatje. Por favor, toma asiento y permite que te sirvamos.

Dicho esto, todas las personas de la tienda se sentaron a la vez y Kineas intentó, sin éxito, hacerlo con la misma gracia que ellos. Filocles y Eumenes habían entrado con él y se sentaron uno a cada lado de Kineas, según lo acordado previamente, y Ataelo se sentó a su derecha, en una especie de tierra de nadie entre ambos grupos.

Kineas habló una vez que se hubo acomodado.

—Agradezco tu bienvenida, oh, Rey. Tu hospitalidad ha sido generosa. Tanto es así que llegué enfermo y tu médico me ha curado.

Observó al rey detenidamente. El muchacho era más joven de lo que lo era Alejandro cuando cruzaron el Helesponto, su rostro todavía era terso y no presentaba las marcas de duras experiencias. Sus grandes ojos hablaban con elocuencia de su buen carácter, y sus gestos poseían una inexperta dignidad. Cuanto vio fue del agrado de Kineas.

Trajeron vino griego en grandes jarras y lo vertieron en un cuenco inmenso de oro macizo. El rey fue sumergiendo copas de vino en el cuenco y pasándoselas a sus invitados, bendiciendo a cada uno de ellos. Cuando llenó la copa de Kineas, la elevó hasta donde éste estaba sentado.

Kineas se levantó, inseguro acerca del protocolo y nada habituado a ser servido por alguien que no fuera un esclavo.

El rey le apoyó una mano en el hombro para que se sentara de nuevo.

—Las bendiciones de los nueve dioses del cielo sean contigo, Kineas —dijo en griego. Tenía acento, pero su griego, aunque jónico, era puro.

Kineas tomó su copa y bebió, tal como había visto hacer a los demás. El vino no estaba mezclado con agua, era puro tinto de Quíos. Lo tragó con cautela y sintió cómo le ardía el estómago.

Cuando el rey se hubo sentado con una copa en la mano, vertió una libación y dijo una plegaria. Luego se inclinó hacia delante.

—Vayamos al grano —dijo. Era agresivo, a la manera medió timorata de los jóvenes—. ¿Olbia luchará contra Macedonia o se rendirá?

Kineas se quedó atónito ante la prontitud con que el rey pasaba al asunto que los ocupaba. Había cometido el error de hallar similitudes entre los sakje y los persas y, por consiguiente, había esperado más ceremonia y largas conversaciones sobre trivialidades. No supo qué contestar.

—Vamos, Kineas, varios de mis amigos ya han abordado el tema contigo. —El

rey se inclinó hacia delante; disfrutaba gustoso de su ventaja—. ¿Qué hará Olbia?

Kineas se fijó en que los ojos del muchacho se desviaban un instante hacia Srayanka en busca de aprobación. Bien.

—No puedo hablar en nombre de Olbia, señor. —Kineas miró al rey de hito en hito. De cerca, pudo ver que el joven rey era guapo, casi tan guapo como Ajax, con una respingona nariz bárbara como único rasgo discordante en el rostro. Kineas dio unas vueltas al vino para ganar tiempo y pensar—. Creo que antes habrá que convencer al arconte de que la amenaza de Macedonia es real.

El rey asintió y cruzó una mirada con un hombretón barbudo que tenía a su izquierda.

—Ya me esperaba algo así y no tengo pruebas que lo demuestren. Permíteme formularlo de otra manera. Si Macedonia ataca, ¿Olbia se rendirá?

Kineas sospechó que el muchacho estaba haciendo preguntas aprendidas de memoria. Se encogió de hombros.

—Una vez más, deberás preguntarle al arconte. No puedo hablar en nombre de Olbia.

Se murió de vergüenza al ver que Srayanka le miraba con in diferencia y se volvía para sonreírle al rey.

El rey se toqueteaba la barba. Tras un breve silencio, asintió.

—Es lo que esperaba y por eso tengo que ir a ver a vuestro arconte en persona. —Hizo una pausa—. ¿Me aconsejarás?

Kineas asintió lentamente.

—En la medida en que pueda. Estoy al mando de la caballería del arconte. No soy su confidente.

El rey sonrió.

—Si lo fueras, me guardaría bien de pedirte consejo.

De pronto pareció muy maduro para su edad; Kineas pensó que quizás estaba haciendo sus propias preguntas, después de todo, y su sarcasmo era tan griego como su lenguaje.

—Muchos de mis nobles consideran que deberíamos luchar.

Kam Baqca dice que sólo deberíamos luchar si Olbia y Pantecapaeum también tienen intención de hacerlo.

¿Qué dices tú? Qué fácil mostrarse desdeñoso y burlón delante de Filocles. Bastante más fácil que delante de aquel joven tan franco.

—Me lo pensaría dos veces antes de enfrentarme a Macedonia —dijo Kineas.

Srayanka volvió la cabeza de golpe hacia él. Entrecerró los ojos. Kineas reparó en lo oscuros que eran sus labios y en cómo los torcía hacia abajo al apartar la mirada de él.

Kam Baqca dijo unas pocas palabras. El rey sonrió.

—Kam Baqca dice que has servido al monstruo y que sabes más acerca de él que cualquier hombre aquí presente.

—¿El monstruo? —preguntó Kineas.

—Alejandro. Kam Baqca le llama el Monstruo.

El rey se sirvió más vino.

—Serví a Alejandro —admitió Kineas. Todos le miraron y se preguntó si estaba en peligro allí. Ninguna de las miradas era amistosa; sólo Kam Baqca le seguía sonriendo. Y Srayanka jugueteó con su fusta para no tener que mirarle.

Y Kineas pensó: «Le serví. Le amé. Y ahora comienzo a sospechar que Kam Baqca lleva razón. Es un monstruo.» Estaba confundido y la confusión le alteró el tono.

—El ejército de Macedonia es el mejor del mundo. Si Antípatro envía a Zopriote aquí, traerá a miles de piqueros, tracios, arqueros: probablemente una infantería de quince mil hombres. Y caballería de Macedonia y Tesalia, las mejores del mundo griego. Contra eso, los hombres de Olbia y de Pantecapaeum, más unos pocos cientos de escitas, aunque cada uno de ellos fuese Aquiles regresado de los Campos Elíseos, no serían suficientes.

El rey, incómodo, volvió a toquetearse la barba y luego jugueteó con un anillo.

—¿Cuántos jinetes crees que puedo poner en el campo, Kineas? Kineas se encontró perdido ante semejante pregunta, ya que los reyes bárbaros indefectiblemente exageraban el recuento de sus hombres. Si condescendía y aventuraba una cifra muy alta, restaba validez a su propio argumento; si proponía una muy baja, ofendería al rey.

—No lo sé, oh, Rey. Aquí veo unos pocos cientos. Estoy convencido de que hay muchos más.

El rey se rió. A medida que sus palabras fueron traducidas, cada vez más sakjieron. Incluso Srayanka rió.

—Escucha, Kineas. Estamos en invierno. La hierba está debajo de la nieve y en las llanuras hay poca leña para hogueras. En invierno, cada clan de cada tribu va por su cuenta para buscar comida, cobijarse y cortar leña. Si nos quedáramos todos juntos, los caballos pasarían hambre y los animales se mantendrían alejados de nuestros arcos. He visto las ciudades de los griegos: fui rehén en Pantecapaeum. He visto a cuánta gente podéis meter dentro de una muralla de piedra, con esclavos que cultiven la tierra y esclavos que cocinen. Nosotros no tenemos esclavos. No tenemos murallas. Pero en primavera, si mis jefes guerreros resuelven que debemos combatir, puedo congrega a decenas de miles de jinetes aquí. Tal vez tres decenas de miles. Tal vez más.

Filocles apoyó una mano en la rodilla de Kineas.

—Ataelo dice lo mismo. Creo que es verdad. Piensa antes de hablar.

Kineas trató de imaginarse a treinta mil jinetes en un mismo ejército.

—¿Puedes alimentarlos? —preguntó.

El rey asintió.

—Durante una temporada. Y si es por más tiempo, con las ciudades de mi parte. Permíteme ser franco contigo, Kineas. También puedo limitarme a cabalgar hacia las llanuras del norte y dejaros en manos de los macedonios. Ya pueden marchar hasta las nevadas del año que viene, que nunca darán conmigo. Las llanuras son vastas, más extensas que todo el resto del mundo.

Kineas suspiró profundamente obviando la mano que tenía en la rodilla y los ojos azules bajo las cejas oscuras que le miraban desde el otro lado de la tienda.

—Si deseas influir en el arconte, tendrás que convencerle de que dispones de esos contingentes.

Con treinta mil hombres y mujeres que cabalgaban como Ártemis...

El rey señaló la puntera de su bota y el inmenso cuenco de oro que tenía a los pies.

—No puedo mostrarle a los jinetes en la gran llanura, Kineas. Pero puedo mostrarle una cantidad de oro enorme. Y el oro es el camino hacia el corazón de un griego, o eso me ha parecido observar. Y vuestro arconte tal vez se pregunte lo siguiente. Si el rey bandido tiene una montaña de oro, ¿por qué no iba a tener treinta mil jinetes?

Kineas hizo una mueca al oír las palabras «rey bandido», y el rey se rió otra vez.

—¿No es así como nos llama? ¿Bandidos? ¿Ladrones de caballos? ¿Cosas peores? Las oí todas cuando fui un rehén.

—En ese caso, ¿por qué querrías combatir? —dijo Kineas—. ¿Por qué no retirarse a las llanuras?

El rey se recostó hasta apoyar los hombros contra un tapiz. Daba la impresión de estar cómodo.

—Vuestras ciudades son nuestras riquezas. Allí vendemos nuestro grano y compramos bienes que nos encantan. Podemos perder esas cosas: no tenemos ataduras. Pero también podríamos luchar por ellas. —Levantó la mano y la hizo oscilar en el aire—. Es una cuestión de equilibrio. ¿Luchar por nuestro tesoro o abandonarlo? —Sonrió con ironía—. Si tomo la decisión acertada, seré un buen rey. Si yerro al decidir, seré un mal rey. —Se levantó. Estás cansado. Tendré más preguntas que hacerte mientras cabalgamos. ¿Estarás listo para partir mañana?

Kineas también se levantó, y Filocles hizo lo mismo con manifiesta impaciencia.

—Oh, Rey, lo estaré. Con tu venia, te escoltaré hasta Olbia.

—Que así sea.

Al día siguiente, Kineas todavía se mareaba un poco cuando se movía deprisa, y el esfuerzo de llevar armadura le resultó excesivo al principio, aunque no tardó en

acostumbrarse. La nieve formaba profundos ventisqueros en torno al campamento, y estaba apisonada en las sendas que habían abierto las huellas de los cazadores y los recolectores de leña. Lejos, hacia el sur, se veía un gran meandro negro del río. No había ni rastro del camino que habían seguido para llegar hasta allí.

—Tendremos que ir despacio —dijo Kineas a Ajax y Eumenes. Filocles le estaba evitando.

—Los sakje tendrán caballos de refresco dijo Eumenes mientras señalaba hacia el lugar donde el grupo de viajeros ultimaba preparativos; el rey y diez compañeros. Todos iban vestidos como reyes, cargados de adornos de oro. Todos llevaban mantos rojos, aunque no había dos que estuvieran teñidos con el mismo tono exacto.

Kineas buscó a Srayanka, pero ella no estaba allí. No formaría parte del séquito real. Se preguntó si los habría acompañado de haber dicho lo que ella deseaba. Se preguntó qué era exactamente lo que ella y Filocles habían querido que dijera. Pensó en el recibimiento que le aguardaba en Olbia y en un invierno entrenando a hombres ricos y a sus hijos para convertirlos en soldados de caballería, y por primera vez tal perspectiva se le antojó vana e insustancial. Pensó en la proposición que le habían hecho después de que lo exiliaran, y en lo que ahora significaría.

Pensó en Srayanka y en el modo en que el rey la había mirado. ¿Amante real? ¿Prometida? Amargos pensamientos, la clase de pensamientos celosos que primero informan a un hombre de que está enamorado, le ocupaban la mente cuando Filocles apareció a su lado.

—Parece que un perro se te haya comido el desayuno —dijo Filocles. Se le veía contento, en forma y listo para cualquier cosa.

—¿Es verdad que está bien casada, hermano? —preguntó Kineas.

Filocles sonrió: Kineas rara vez aludía a él como hermano, y el cumplido le alegró.

—No lo está. Algo me decía que querías averiguarlo.

Rió a carcajadas. Kineas notó que los colores le bajaban de las mejillas al cuello.

—Ríe cuanto quieras —dijo lacónicamente.

Filocles levantó una mano.

—Perdona —dijo—. Es injusto que ría quien tan a menudo ha sentido el aguijón de Afrodita en sus carnes. Está soltera; y, tal como pensaba Ataelo, es la señora de la gran tribu de estos bárbaros. Y una famosa guerrera.

Kineas se rascó la barba observando al rey y a su montura y evitando los ojos de Filocles.

—¿Sabes si es..., concubina del rey?

Filocles se puso en jarras.

—¿Eres capaz de imaginarte a esa chica como concubina de alguien? —Sonrió—. Estoy por decirle lo que has preguntado. —Kineas giró en redondo y Filocles se



volvió a reír—. ¡Mal te veo! —dijo.

Kineas soltó un gruñido. Luego dio la espalda a Filocles, agarró a Eumenes del hombro y se dirigió a grandes zancadas hacia donde estaba el rey.

El rey estaba comprobando los cascos de su montura. Tenía una pata delantera entre las rodillas y un cuchillo curvo entre los dientes.

—Buenos días —dijosin sacarse el cuchillo de la boca.

Kineas hizo una reverencia con fría formalidad y no sin cierta torpeza debido al peso de la armadura.

—No quisiera retrasarte, señor, pero tenemos pocos caballos de refresco y no estaremos en condiciones de viajar deprisa.

El rey volvió a dejar la pata del caballo en el suelo, dio una palmada afectuosa al animal y se puso a tensar la cincha. A Kineas aún le costaba trabajo ver a un rey tensando su propia cincha. Hacía que le resultara imposible creer que ese mismo rey pudiera disponer de treinta mil jinetes.

Satisfecho con la tensión de su cincha, el rey hizo una seña con su fusta a un hombre alto de pelo muy rubio y con una barba imponente, vestido de rojo de la cabeza a los pies. En el consejo había estado sentado a la izquierda del rey.

—¡Marthax! Te necesito.

Marthax se aproximó montado en un alto semental ruano. Era un hombre corpulento, con una barriga que le caía por encima del cinturón, pero tenía los brazos como troncos de árbol y unas piernas enormes. Su sombrero rojo puntiagudo estaba forrado de piel blanca y llevaba una tira de placas de oro moldeadas como Afroditas besándose alrededor de la parte alta de cada bíceps. Él y el rey intercambiaron unas cuantas palabras. Kineas estuvo seguro de que dijeron «caballo» y «nieve». Luego ambos le miraron. Marthax sonreía de oreja a oreja.

—¡Tú amigo rey! —dijo—. Buen amigo. Rey dar caballos. ¡Ven! Mira caballos, coge.

Kineas llamó a Ataelo a voz en cuello y le dijo. Eumenes:

—No quiero estar en deuda por estos caballos. Dile que basta con que nos preste unos pocos para tenerlos de refresco.

Eumenes comenzó a deliberar, salpicando su discurso con unas cuantas palabras en sakje, pero el rey negó con la cabeza.

—Cogedlos sin más. Tengo otros cuantos miles. Quiero ir deprisa y zanjar este asunto cuanto antes. Mi pueblo me estará aguardando aquí y nos espera un viaje muy largo hacia el norte a través de las llanuras cuando esto haya terminado.

Sus palabras fueron cordiales, pero el tono, perentorio. El obsequio no era una petición; era una orden.

Kineas indicó a Ataelo, que ya había montado, que fuera con Marthax. Regresó con una reata de robustos ponis de las llanuras y dos grandes caballos de guerra.

Ambos eran de un gris pálido como el del hierro nuevo, con rayas negras que les recorrían la espina dorsal.

Kineas los observó pasar y examinó su talla y fortaleza. Estaba tan absorto con los caballos que casi chocó con Kam Baqca. Ésta lo agarró por los hombros con firmeza y le miró a los ojos. Los suyos eran oscuros, de un marrón casi negro incluso con el resplandor de la nieve. Se puso a hablar, casi a cantar, y el rey vino y se situó a su lado.

—Dice: «No intentes cruzar el río otra vez sin mi ayuda.»

El rey enarcó las cejas. La vidente sonrió, sujetándole todavía los hombros, y Kineas miró sus profundos ojos castaños: «Todo el camino hasta donde aguardaban los sueños, y un árbol crecía en la oscuridad...»

Y entonces se encontró de pie en la nieve y ella dijo en griego bien claro:

—No debes marcharte sin hablar con mi sobrina.

El rey se volvió para mirarla; el giro repentino y la mirada fulminante de un águila. Kineas se percató. La vidente hizo caso omiso del rey. En cambio, levantó los brazos y ató un amuleto a la brida del caballo de Kineas. La brida era sencilla, sólo una lazada de cuero con un bocado de bronce. La brida buena la llevaba su caballo de batalla, sano y salvo en Olbia. El amuleto era de hierro, un arco y una flecha.

—¿Eso me quitará el frío? —preguntó a la ligera.

El rey frunció el ceño.

—No te tomes a broma a Kam Baqca. No vende sus amuletos, pero nos favorece mucho llevarlos. ¿Qué río no puedes cruzar sin ella?

—Soñé con un río —dijo Kineas. Tenía los ojos puestos en doña Srayanka, que estaba de pie en la nieve fangosa junto a la yurta del rey dando órdenes a los hombres que cargaban un carro. Se volvió hacia el rey, cuyos ojos y expresión traslucían recelo y reserva.

—Dice: «La próxima vez soñarás con un árbol. No trepes al árbol sin mí.» —El rey se rascó la barba. Era demasiado joven para disimular su enfado, y Kineas no tenía ni idea de qué podía haber hecho enfadar al rey—. Esto son cosas de videntes, Kineas. ¿Acaso también tú eres un baqca?

Kineas hizo una seña de aversión.

—No. Soy un simple soldado de caballería. Filocles es el filósofo.

Al parecer, su aparte fue traducido, porque Kam Baqca escupió una respuesta y acto seguido, como transigiendo, le dio una palmada en la cabeza como si fuese un buen chico.

—Dice que el que recita poemas es un buen hombre, pero que nunca le ha visto y que no se metió solo en el río. Y también dice —el rey hizo una pausa entornando los ojos—, dice que esta decisión tendrás que tomarla, por más que trates de evitarla. Creo que se refiere a la guerra con Macedonia. —Kam Baqca le dio un golpecito al

rey en el hombro—. Y me dice que yo no debo pensar en esto, que sólo soy su boca. —El rey volvió a fruncir el ceño, debatiéndose entre el mal genio adolescente y su buen talante natural—. ¿Qué sátrapa, qué gran rey puede recibir órdenes de su pueblo de esta manera?

El rey comenzó a recoger sus armas; un pesado carcaj que contenía el arco y las flechas, llamado gorytos; una espada corta sujeta a un cinto profusamente decorado y con una vaina muy recia, y un cubo alto para jabalinas que se ataba a la silla.

Kam Baqca dio otra palmada a Kineas en la cabeza y entonces lo giró por los hombros para que quedara de cara a Srayanka. En cuanto la miró, Srayanka apartó la vista. Su indiferencia era un poco demasiado estudiada; un hombre más joven habría interpretado ese gesto como un rotundo rechazo, pero Kineas había visto mundo y se dio cuenta de que deseaba que le prestara atención. No pudo evitar sonreír mientras caminaba hacia ella. No tenía traductor, lo cual, habida cuenta de las circunstancias, ya le pareció bien.

Y, al aproximarse a ella, Srayanka le saludó tendiéndole la mano. Obedeciendo a un antojo, desprendió de su clámide el broche con forma de cabeza de gorgona y se lo puso en la mano. Su mano estaba más caliente que la suya, con callos en la parte alta de la palma y una suavidad aterciopelada en el dorso que Kineas no recordaba, y el contraste, la dureza de la mano que empuñaba la espada y la suavidad del dorso, le hizo estremecer como una poesía, como la visión de la primera flor de la primavera: reconocimiento, maravilla, turbación.

Al principio ella no le miró a los ojos, aunque tampoco rehuyó su contacto. Gritó una orden por encima del hombro y luego posó su mirada en el broche, sonrió y le miró. Era más alta de lo que Kineas había imaginado. Sus ojos tenían motas marrones en medió del azul, y estaban prácticamente a la misma altura que los suyos.

—Ve con los dioses, Kineas —dijo.

Volvió a mirar la cabeza de gorgona, un trabajo bastante bueno de un taller ateniense, y sonrió. Kineas percibía su olor: humo de leña y cuero. Sus cabellos precisaban un lavado. Tuvo ganas de besarla pero pensó que no era buena idea, mas el impulso era tan acuciante que dio un paso atrás para evitar que su cuerpo le traicionara.

Srayanka le puso su fusta en la mano.

—Ve con los dioses —dijo otra vez. Y giró en redondo mientras llamaba a voz en cuello a un hombre montado que llevaba un fardo de lana.

Kineas miró la fusta una vez que hubo montado. Nunca había llevado una, desdeñándolas como utensilios para malos jinetes. Aquélla tenía una empuñadura hecha de un material muy pesado y, no obstante, flexible. Sentía cómo se movía entre sus manos. Bandas alternas de cuero labrado y oro macizo envolvían el alma flexible. El cuero labrado presentaba una escena de hombres y mujeres cazando juntos a

caballo que cubría la empuñadura desde un ágata en el pomo hasta la firme trenza de crines del fuste. Era un objeto bonito, demasiado duro para arrear a un caballo, pero muy útil como puntero, y un arma bastante buena. La dobló unas cuantas veces. Sus jóvenes soldados estaban montando detrás de él. Parecían bien preparados para una cabalgada de una semana con los sakje y llevaban la armadura completa, casco y clámide. Ocupó su sitio al frente de ellos, todavía jugueteando con la fusta.

Ajax saludó. Se había convertido en un hipereta consumado: los hombres estaban en impecable formación, y Kineas correspondió el saludo.

—Eres un buen soldado, Ajax —dijo—. Lo lamentaré cuando vuelvas para casarte con una niña rica y dedicarte a comerciar.

Ajax le dirigió su hermosa sonrisa.

—Señor, ¿alguna vez haces un cumplido que no termine con una pulla?

Kineas dobló la fusta otra vez.

—Sí. —Sonrió a Clío, el jinete más cercano—. Clío, esta mañana pareces un adulto. —Y a todos ellos—: Caballeros, ¿listos para una dura cabalgada? El rey tiene intención de hacer el viaje en dos días. Eso serán diez horas en la silla. No puedo permitir que nadie se rezague. ¿Estáis listos?

—¡Sí! —gritaron.

Los sakje dejaron de hacer lo que hacían para observarlos un momento. Luego prosiguieron con sus preparativos.

Filocles vino y montó a uno de los caballos de batalla sakje: un hermoso animal, muy musculoso.

—El rey me ha regalado este caballo. Debo decir que es un tipo generoso. —Miró en derredor y luego susurró—: Y no precisamente tu fan.

Kineas enarcó una ceja.

Filocles abrió las manos y agachó la cabeza, un gesto universal entre los griegos: «No diré más sobre el tema.»

Kineas sacudió la cabeza y volvió a centrarse en el asunto que los ocupaba.

—No he podido encontrar un animal de tu talla. Es un animal magnífico, Filocles. No lo agotes en la nieve.

—Bah, me has convertido en un centauro, Kineas. Con esta bestia entre las piernas puedo cabalgar a cualquier parte. —Filocles le sonrió de oreja a oreja—. Si no borras esa sonrisa de tu cara, Kineas, la gente quizá te tome por un hombre feliz.

Kineas lanzó una mirada al espartano e inspeccionó su caballo.

—Tal vez quieras tensar bien tu cincha antes de la partida.

—Kineas saltó a tierra, apartó la pierna del espartano y dio un tirón—. Y enrollar bien tu manto. Trae, dámelo a mí.

Filocles se encogió de hombros.

—Siempre me lo hace Niceas.

—Debería darle vergüenza, y a ti también.

Kineas extendió el manto sobre la ancha grupa del caballo, que respingó al ver el revuelo del manto al desplegarse por el rabillo de su ojo negro. Luego Kineas lo dobló, lo enrolló bien apretado y lo remitió en el respaldo alto de la silla sakje.

—En la infantería sólo llevamos puestas estas malditas cosas —dijo Filocles.

—Átalo así, detrás de la silla, y tendrás dónde apoyar el trasero cuando estés cansado. —Kineas estudiaba la silla sakje que se había agenciado Filocles. Tenía el respaldo mucho más alto que cualquier silla griega. La mayoría de los griegos se contentaba con una manta. Volvió a montar y cogió las riendas.

—Bonita fusta —comentó Filocles—. Eso no ha sido un presente del rey —agregó con una sonrisa traviesa.

—Filocles —dijo Kineas agarrando las riendas del espartano. El rey apareció a su otro lado y le interrumpió.

—Si vosotros estáis listos, nosotros también —dijo el rey de manera cortante.

—¿En qué orden te gustaría que montáramos? —preguntó Kineas mientras miraba a sus disciplinados griegos y a los nobles sakje que pululaban a su aire. Se exhibían ante las mujeres, o los hombres, haciendo cabriolas y empinando a sus caballos. Dos ya habían salido, echándose una carrera, y la nieve parecía en erupción bajo los cascos de sus corceles a la luz del sol matutino.

El joven rey se encogió de hombros.

—He pensado que enviaría a un par de exploradores que se adelantaran, como haría cualquier jefe competente. Y luego, puesto que ésta es una misión de paz, he pensado que tú y yo podíamos cabalgar de lado, quizás acompañados por ese espartano parlanchín. Así practicaré mi griego, Filocles aprenderá más cosas sobre mi tierra y podré enseñarte a usar la fusta sakje. —El rey indicó la fusta en la mano de Kineas—. Me resulta familiar —agregó con un sarcasmo muy griego.

—A tus órdenes, señor —dijo Kineas. Alzó la mano.

—Adelante —dijo el rey en griego, y luego—: ¡Ferá!

La enfermedad ya había abandonado casi por completo su cuerpo: alabado fuese el mortífero arquero Apolo por pasarle de largo y alabada Kam Baqca por curarle; y la tos apenas le molestaba. El viaje de regreso a la ciudad fue placentero a pesar del frío y de la profunda nieve de las llanuras, porque los hombres del rey eran buenos compañeros y porque sus muchachos de Olbia se estaban convirtiendo en algo semejante a soldados. Durante dos días, Kineas no tuvo que preocuparse de nada. Los hombres del rey elegían dónde acampar y montaban tiendas de fieltro que sacaban de los dos carros que cargaban con el equipaje de toda la comitiva. Kineas cabalgaba y conversaba, y en los breves intervalos en que estaba a solas pensaba en Srayanka. Cualquier atisbo de frialdad que hubiese habido entre el rey y él se había disipado poco después de salir del campamento.

Las vacaciones se acabaron a cuarenta estadios de Olbia.

—¡Hemos visto una patrulla! —gritó el joven Kyros en cuanto estuvo lo bastante cerca como para que le oyeran. Aflojó la marcha y, después de trazar un amplio arco delante del rey, hizo un saludo tardío.

Kineas aguardó fingiendo indiferencia hasta que el joven detuvo su caballo delante de ellos.

—Cuatro hombres, todos bien montados. Ataelo dice que son tus hombres de la ciudad. —Kyros parecía un tanto alicaído—. Yo no los he visto. Los ha visto Ataelo. Los está vigilando.

Kineas se volvió hacia el rey.

—Si Ataelo los ha visto, ellos le habrán visto a él y no tardarán en llegar hasta nosotros.

Mientras lo decía, dos jinetes coronaron la loma siguiente e iniciaron un rápido descenso.

Kineas reconocía a Niceas por la silueta de sus hombros y la manera de montar, incluso sobre el horizonte de una llanura nevada, y en cuanto divisó a su hipereta, que bajaba por la ladera a me dio galope hacia la comitiva del rey sakje, comenzó a preocuparse.

—Ese hombre monta bien —dijo el rey.

—Lleva toda la vida en la silla —dijo Kineas. Tosió.

—Vigilar los caminos en invierno no es tarea fácil —prosiguió el rey. Se atusaba la barba con aire pensativo.

Niceas se acercó al trote ligero y saludó.

—Hiparco, te saludo —dijo con formalidad.

Kineas correspondió el saludo y luego lo abrazó.

—Estás mejor —dijo.

Niceas sonrió.

—Por la gracia de todos los dioses, y pese al entrometimiento de Diodoro con diversas pociones, soy un hombre nuevo.—Entonces pareció recordar en compañía de quién estaba —. Perdona, señor.

Kineas, acostumbrado a la galopante informalidad de los sakje, tuvo que esforzarse para pensar y obrar como un griego.

—El Rey de los Sakje; mi amigo e hipereta, Niceas. Igual que yo, ateniense.

El rey le tendió la mano derecha. Niceas se la estrechó.

—Es un honor, Gran Rey.

—No soy un gran rey —dijo Satrax—, soy el rey de los asagatje.—Entrecerró los ojos—. Aunque tengo intención de ser un gran rey algún día.

Niceas miró alternativamente a su comandante y al rey bárbaro. Kineas interpretó su titubeo y le hizo una seña al rey con la fusta, que ya se había convertido en una parte de él.

—Niceas tiene noticias que darme en privado, oh, Rey. ¿Me concedes permiso para cabalgar con él durante un trecho?

Satrax respondió elandiendo su fusta. Era un hábito sakje: hablaban con sus fustas.

—Adelante —dijo.

—Me gusta —dijo Niceas en cuanto estuvieron a una distancia prudente—. No tiene nada de persa. Pero por los huevos congelados de Ares, es muy joven.

—No tan joven como parece. ¿Qué demonio te ha traído a enfriar tu culo peludo en la nieve?

Kineas los estaba distanciando de la columna a un trote ligero, y sus palabras quedaban entrecortadas por el movimiento del caballo.

Niceas guardó silencio hasta que ambos frenaron en lo alto de una loma. Debajo de ellos los dos carros del rey avanzaban penosamente, tirados por un yugo doble de bueyes.

—Se suponía que estarías de vuelta en tres días; una semana a más tardar. —Miró en derredor—. La asamblea no aceptó los impuestos del arconte. Ahora hay problemas. Nada grave, de momento. Pero al ver que no aparecías, la gente comenzó a hablar. Problema que quedará resuelto en cuanto cruces las puertas de la ciudad. Muchos padres ricos echan en falta a sus hijos, empezando por Cleomenes. Así que Diodoro decidió que enviáramos patrullas a buscaros. Eso fue hace tres días. —Niceas daba la impresión de estar quitándose de encima el peso del mundo—. ¿Por qué habéis tardado tanto? En la ciudad hay hombres que dicen que os mataron los bárbaros. Y otros sostienen que el arconte no te dejará traer de vuelta a los chicos

hasta que se voten los impuestos.

—¿Qué hombres? —preguntó Kineas—. ¿Quién ha dicho eso?

—Coeno estaba intentando averiguarlo cuando salí con la patrulla —dijo Niceas encogiendo los hombros.

—¿Tenías su permiso para salir a buscarme?

Kineas hizo una seña para llamar la atención del rey.

—No sé cómo se me pasó por alto pedirselo. —Niceas hizo una mueca de arrepentido digna de un mimo.

Kineas suspiró. Había disfrutado de aquellos días en las llanuras con la única obligación de mandar a su puñado de chicos prometedores. Se sintió como si todas las cargas de Niceas le hubiesen caído de golpe sobre los hombros. Hincó los talones y su robusto poni, uno de los que le había regalado el rey, trotó cuesta abajo hacia la columna.

—¿Cómo están los demás? —preguntó Kineas.

—Bastante bien. Aburridos. Todos se presentaron voluntarios para esta patrulla. Diodoro sólo les permite acceder al hipódromo y al gimnasio hasta que tú regreses. —Niceas rió entre dientes—. Nos hemos agenciado unas cuantas putas. Diodoro pagó los servicios de una hetaira.

Kineas felicitó mentalmente a Diodoro.

—¿De dónde proceden? —preguntó. Se estaban acercando al rey y a Marthax, que estaban riendo con Ajax y Eumenes. Niceas miró hacia otra parte.

—Oh... De aquí y de allí, supongo —dijo con evasivas.

Kineas tomó nota de averiguarlo y saludó al rey.

—Oh, Rey, me requieren en la ciudad.

Ajax se apartó y Kineas puso su caballo al lado del rey. Satrax asintió.

—Entonces vayamos más deprisa —dijo, y puso su caballo al galope. Todos los sakje de la comitiva le imitaron, y los griegos tuvieron que apurarse para no quedar rezagados.

Por primera vez, Kineas vio la grandeza de los sakje como jinetes. Iban al galope durante una hora, hacían un alto, todos los hombres cambiaban de caballo y salían disparados otra vez. Ese ritmo habría acabado con una tropa de caballería griega en dos horas, pero con su manada de refrescó y su inagotable energía, los sakje cabalgaron al galope durante tres horas, haciendo una única pausa para beber vino sin aguar y orinar en la nieve. Dejaron que los carros y la mitad del grupo los siguiera al ritmo de los bueyes. Antes de que el sol estuviera a tres puños del horizonte, la comitiva entera cruzó la zanja que marcaba los lindes de la ciudad y se adentró en los campos más remotos de los granjeros griegos y sindones.

—¿Ha sido lo bastante rápido para ti, Kineas? —preguntó el rey—. Preferiría llegar sin que todos mis caballos estuvieran agotados.



Kineas tenía las piernas como si le hubiesen derramado plomo fundido en los muslos. Todos sus chicos de Olbia seguían aún con ellos, pero en cuanto la cabalgada cesó, no hubo ninguno que no desmontara y se masajeara los muslos. Los caballos emanaban vapor.

Los sakje se limitaron a sacar sus odres y beber vino. Juntó al rey, Marthax abrió sus pantalones bárbaros y orinó en la nieve sin desmontar. Su caballo hizo lo mismo.

Kineas retrocedió hasta sus hombros.

—Diez estadios, amigos míos. Terminemos con el mismo espíritu que teníamos al partir. Espaldas derechas, bien sentados y una jabalina en el puño. ¿Niceas?

Hasta el hipereta se veía cansado después de las últimas tres horas.

—¿Señor?

—Revisa el equipó. Cascos, diría yo. ¡Os quiero bien despiertos!

Kineas fue a cambiar su poni por su caballo de batalla, que se alegró al verle. En realidad no se sentía muy despierto, pero una vez montado se puso el cascó helado y lo echó hacia atrás. Eumenes se acercó y le pasó una jabalina.

Marthax se situó a su lado.

—El rey dice, ¿temer qué?

Kineas había empezado a conocer a Marthax durante el viaje. Era pariente de Srayanka y hablaba un poco de griego. Daba la impresión de ser el escudero del rey, ó su oficial más próximo, pese a la diferencia de edad. Marthax era un guerrero que se hallaba en su mejor momento, aunque quizá ya lo había dejado atrás. Kineas sospechaba que era el caudillo del rey.

—Se lo explicaré al rey. Vamos.

Kineas apenas había aprendido a expresarse en la lengua sakje excepto por las afinidades con el persa que ya conocía, pero le había cogido el tranquillo a hablar en griego sencillo a los que entendían su idioma y al diablo con las sutilezas.

Ataelo estaba sentado en su caballo al lado del rey.

—Tengo para la puerta de la ciudad. Y vuelta —dijo. Levantó una flecha—. Tuve esto para saludo.

Kineas metió su caballo en el grupo del rey.

—Puedo explicarlo, oh, Rey. Hay cierta agitación en la ciudad. Llego con retraso y Niceas me ha dicho que corre el rumor de que..., de que nos han matado. En la llanura.

Satrax le miró sin perder la cabeza.

—Pero todos tus hombres se están armando.

—Para lucimiento, señor. Sólo para lucimiento.

Marthax habló bastante deprisa en sakje, y se oyeron gruñidos de los demás guerreros. Ataelo se acercó a Kineas.

—Para ir a casa. Para no fiar la ciudad. Fiar de ti, dice, no fiar de la ciudad.

Kineas levantó la voz por encima del murmullo de los nobles sakje.

—Si ahora seguimos, Satrax, llegaremos a la ciudad antes de que se haga de noche y acabaremos con esos rumores. Si aguardamos un día...

Se encogió de hombros. Satrax asintió. Habló en sakje, y Dikarjes, un noble de la edad del rey, también habló; después habló Marthax, manifiestamente de acuerdo. El rey asintió y se volvió hacia Kineas.

—Aguardaremos a los carros aquí. Ruego tengas la bondad de enviar a uno de tus hombres a pedir permiso al granjero. Acamparemos junto al primer meandro del río, donde celebran el mercado de caballos.

Kineas echó un vistazo al sol, que se estaba poniendo.

—Había pensado llevarte a la ciudad.

—Es mejor que te adelantes. Dikarjes y Marthax están de acuerdo: una horda de bandidos como nosotros podría ser mal recibida. —Tendió la mano para estrechar la de Kineas—. Te veo preocupado, amigo mío. Ve a resolver esto y ven a buscarnos por la mañana. A decir verdad, vuestra ciudad nos pone nerviosos. Creo que estaremos más a gusto si acampamos en la nieve.

Kineas sacudió la cabeza.

—Me avergüenzas, oh, Rey. Y, no obstante, me temo que tu decisión es prudente. Nos veremos por la mañana. —Regresó junto a sus hombres—. Acercaos —dijo, y se arracimaron en torno a él—. El rey acampará aquí. La ciudad está nerviosa: alguien ha hecho correr el rumor de que todos hemos muerto. Iremos a la ciudad, pero el rey necesita que un hombre le garantice el buen comportamiento de los granjeros. Recordad que para ellos es un bandido peligroso.

Le bastó con echar un vistazo para constatar que lo habían entendido. Eran buenos chicos, y todos ellos habían madurado tras dos semanas en las llanuras. Prosiguió:

—Necesito que un voluntario pase otra noche en la nieve con ellos. —Ataelo levantó la mano de inmediato, pero Kineas agregó—: Preferiría que se quedara un ciudadano.

Todos se ofrecieron voluntarios. Se quedó impresionado.

—Eumenes. Y Clío. Os lo agradezco a los dos. Quiero que visitéis cuantas granjas haya en diez estadios a la redonda, contadles quién está acampado junto al meandro del río y por qué. Llevaos a vuestros esclavos, causad impresión y no permitáis que ningún granjero os salga con gilipolleces.

Eumenes pareció crecer un palmo.

—Sí, señor. El padre de Clío es propietario de esta granja y la siguiente. Dud o que vayamos a tener demasiados tropiezos.

Clío, que era el muchacho que más había madurado, saludó.

—Dalo por hecho, señor. Por favor, dile a mi padre que estoy en la granja de

Gade.

Kineas señaló a Ataelo con la fusta.

—Quédate con ellos. Ayúdales a traducir. Asegúrate de que se paga cualquier cosa que se coja. Y mantente sobrio. Si no regreso por la mañana, no os mováis. Vendré tan pronto como pueda.—Les estrechó la mano a los tres. Finalmente, le dijo. Eumenes—: Estás al mando.

A Eumenes se le iluminó el semblante.

—Gracias, señor.

—Dámelas cuando volvamos a vernos.

Detrás de él, Ajax estaba haciendo formar al resto de los griegos. Niceas formó como un simple soldado, dejando que Ajax ejerciera de hipereta, tal como el joven lo venía haciendo durante las dos últimas semanas. Los dos siracusanos, Antígono y Andrónico, que habían salido de patrulla con Niceas, formaron en la fila siguiente, igualmente dispuestos a ceder el mando a Ajax.

Kineas se detuvo al lado de Filocles mientras Ajax comprobaba el equipo y pasaba revista.

—Dejas a los dos chicos como rehenes —dijo Filocles.

—No soy tan cruel —dijo Kineas—. Lo pasarán bien, y el rey y sus hombres no tendrán la sensación de que los hemos abandonado en medio de una horda de aterrados granjeros sindones.

El espartano se encogió de hombros.

—Te preocupan las intenciones del arconte. —Kineas asintió. Filocles escupió a la nieve—. Ajax es un buen hipereta.

—Ha tenido buenos maestros. —A Kineas le preocupaba que con la armadura puesta asustaran a la guardia de la ciudad incitándolos a emprender alguna acción contra ellos, pero era demasiado tarde, y las cartas estaban echadas—. Ajax, ¿estamos listos para partir?

Ajax se llevó el puño al peto.

—A tus órdenes, señor.

Kineas se situó en cabeza e hizo una seña con la fusta.

—Adelante —dijo.

Rezó a Hermes y a Apolo mientras cabalgaba, pidiéndoles que mantuvieran la paz. Le preocupaba que el tirano hubiese hecho o dicho algo que provocara tanta angustia y temor como para que un soldado de la ciudad hubiese disparado una flecha contra Ataelo. Y le preocupaban las intenciones que el arconte tuviera a propósito de los sakje. Y de sus hombres.

Tenía mucho de que preocuparse.

El sol se ponía rojo sobre la ciudad, y su columna cabalgaba cuesta abajo desde las colinas del istmo. Labriegos, esclavos y granjeros salían al lindero de sus campos

pese al frío, y la voz corrió como el rayo, de modo que cuando se aproximaron al suburbio que quedaba fuera de las fortificaciones de la ciudad, las calles estaban atestadas de curiosos envueltos en mantos.

Kineas temía causar daño, temía un accidente; contempló la posibilidad de un asesinato y maldijo su imaginación. No sabía por qué, pero tenía miedo. Se volvió hacia Niceas.

—Tú tienes los mejores pulmones. Adelántate y anúncianos: primero a la gente, luego en la puerta. El hiparco y los hippeis de la ciudad regresan de una embajada al rey de los asagatje. ¿Entendido?

Niceas asintió y con un movimiento de las rodillas puso a su caballo en marcha. Kineas se volvió hacia Ajax, que estaba a su lado.

—Llevemos a los caballos al paso, bien despacio, como en una procesión del templo. Y Ajax, di a tus hombres que vigilen a la gente y que vigilen los tejados. Antígono, tú vigila la retaguardia.

Lentamente, atravesaron el suburbio. A lo lejos se oía la voz de Niceas rugiendo ante la puerta.

—¿Sabéis el peán de Apolo? —preguntó Kineas. Los cinco chicos asintieron—. ¡Cantadlo! —ordenó.

Sólo eran doce en total, pero causaban impresión, y las voces de los jóvenes se hacían oír, de modo que antes de entrar en la última callejuela enfangada, la multitud ya entonaba el peán y se oyeron algunos vítores.

La puerta principal estaba abierta y Kineas dio gracias a Zeus. Dos filas de mercenarios de Menón flanqueaban el camino dentro de la puerta, y su segundo oficial, Licurgo, le saludó con la lanza. Los temores de Kineas comenzaron a mitigarse. Correspondió el saludo.

Niceas se puso a su lado.

—Menón quiere hablar contigo lo antes posible. En secreto. Kineas no quitaba ojo al gentío, que aún estaba más apiñado dentro de las murallas de la ciudad.

—No será para nada bueno.

—He gastado unos cuantos óbolos para enviar recaderos a los domicilios de nuestros chavales. Para informar a sus padres —dijo Niceas.

—Gracias —dijo Kineas.

Las calles estaban abarrotadas y había poco espacio para pasar. La pequeña columna tuvo que montar en fila de a uno y poner mucha atención en evitar que los cascos de los caballos arrollaran a los niños. Era la mayor multitud que Kineas había visto desde el festival de Apolo, y resultaba ominosa por la penumbra de la noche y la estrechez de las calles.

Kineas volvió a escrutar los tejados. En los más planos había gente asomada, pero daban la impresión de haber subido tan sólo para ver el espectáculo.

—¿Por qué nos dispensan este recibimiento digno de héroes? —preguntó Kineas. Niceas soltó un gruñido y encogió los hombros.

—En la calle corre el rumor de que vas a derrocar al arconte —dijo. Cuando Kineas se volvió bruscamente hacia él, Niceas encogió los hombros otra vez—. No culpes al mensajero, pero lo he oído un montón de veces. Te has vuelto muy popular.

—Atenea me asista —dijo Kineas entre dientes.

Procuraban vigilar al gentío y los tejados mientras avanzaban por las calles. Estaban recelosos. No tropezaron con ninguna adversidad. Entraron montados por las verjas del hipódromo donde se encontraron con una reunión más pequeña: los caballeros de la ciudad, muchos montados y con armadura. Y el resto de los hombres de Kineas, también montados y armados, con Cleito y Diodoro al frente.

Diodoro mostró tanto alivio como el que sentía Kineas. Se estrecharon las manos y Diodoro indicó a su reducida tropa que desmontara. Cleito sonrió avergonzado.

—Supongo que somos un atajo de gallinas asustadas —dijo. Se quitó el casco y se lo dio a su hijo Leuconte.

Los padres abrazaban a sus hijos. El joven Kyros desmontó para obsequiar a su círculo de criados con sus aventuras. Sófocles abrazaba a su padre, y la palabra «amazona» se oía claramente y hacía eco en las gradas de piedra.

Nicomedes estaba presente, montado en un caballo magnífico y luciendo un peto más valioso que todas las pertenencias de Kineas. Dedicó a Kineas una sonrisa sardónica.

Kineas percibía que algo estaba a punto de explotar. Todos aquellos hombres, montados y armados, con la noche cerrada casi encima...

—Por el Hades, ¿qué está ocurriendo aquí? —preguntó Kineas a Diodoro.

Diodoro se desabrochó el barbuquejo.

—El Hades ni mentarlo, Kineas. El arconte no consiguió sus impuestos; al menos, por el momento. La asamblea hizo algo sin su consentimiento.

—¿El qué? —preguntó Kineas. Estaba observando a los soldados de caballería. Aquella reunión probablemente era ilegal, y esas cosas podían tener graves repercusiones. Depronto recordó que la asamblea que había convocado era al día siguiente. Prácticamente no oyó la respuesta de Diodoro—. ¿Puedes repetirlo?

—La asamblea te nombró hiparco —dijo Diodoro—. Cleito presentó la moción. Suscitó bastante debate, pero al final fue aprobada. Tengo que hablar contigo.

—Luego —dijo Kineas. Sonrió. Estaba bastante contento de ser el hiparco nombrado legalmente—. Debo legalizar esta asamblea de hombres armados antes de que el arconte se forme una idea equivocada.

Ochenta años antes, en Atenas, la clase de la caballería tomó el poder de la ciudad. El levantamiento comenzó con una reunión de los caballeros montados. Las cicatrices de la revuelta aristocrática aún eran visibles en cada asamblea ateniense.

—O acertada —repuso Diodoro. Conocía la historia de Atenas tan bien o mejor que Kineas. Su abuelo había sido uno de los cabecillas.

Kineas le fulminó con la mirada.

—Ni se te ocurra insinuarlo, amigo mío.

Diodoro levantó las manos negando toda responsabilidad.

—La gente habla —dijo.

Kineas fue a caballo hasta delante de los jinetes reunidos.

—Dado que estamos todos juntos, y puesto que reconozco tantas caras de la asamblea, tal vez deberíamos pasar una breve inspección. ¿Niceas? —Kineas hizo una seña con su fusta. Niceas pareció vacilar. Kineas endureció la voz—. Hazlo —ordenó.

Niceas suspiró profundamente y soltó un bramido. Su voz atronó como una trompeta y el hipódromo quedó en silencio.

—¡Reunión de hippeis! —gritó.

Los chicos que habían cabalgado por las llanuras rezongaron, pero todos a una dejaron a sus padres y amigos plantados en la arena y regresaron junto a sus caballos. El joven Kyros tuvo alguna dificultad para montar.

Nicomedes enarcó una ceja y sacudió la cabeza, pero se puso el casco sobre los rizos cuidadosamente aceitados y se situó donde le indicaron. Los demás hicieron lo mismo. Leuconte devolvió a su padre el casco que estaba sosteniendo y, blandiendo su bastón de mando, se unió a Niceas en la tarea de hacer formar a los caballeros de la ciudad. En un extremo de la formación, Kineas vio que Cleomenes, el padre de Eumenes, cogía su casco de manos de un esclavo rubio con gesto enojado.

En la arena, Ajax se puso a ayudar a Leuconte y Niceas, y tan pronto como los esclavos de la ciudad encendieron las teas de las verjas, toda la tropa estaba reunida y montada. Había casi cien jinetes.

Kineas los miró y pensó: «Demasiado pocos para tomar la ciudad, pero suficientes para pensar en ello.» Un problema, desde luego; y poder. Se enfrentó a ellos y levantó la voz:

—Si no recuerdo mal, la jornada de ejercicio que convoqué es mañana, pero quiero dar las gracias a todos los que habéis acudido esta noche por esta muestra de espíritu. A los hombres que cabalgaron conmigo en las llanuras os digo: buen trabajo. Vuestros padres deberían estar orgullosos. Y por más que os pese, caballeros, mañana es día de prácticas, y la reunión será a la tercera hora después de que salga el sol. ¡Romped filas!

Se quedaron quietos un momento. Luego alguien gritó una aclamación y se dispersaron. Varios padres se detuvieron para estrecharle la mano, y una docena de hombres le felicitaron por su nombramiento. Parecía lo normal. Vio a Cleomenes con su esclavo gálico y fue a su

encuentro para decirle dónde estaba su hijo.

Cleomenes llevaba la gran barba propia de la generación mayor. Eso y la oscuridad hacían difícil descifrar su expresión.

—Has estado fuera más tiempo del previsto —dijo con cautela.

—Culpa mía. Me puse enfermo. Gracias a Apolo, ninguno de los chicos fue alcanzado por una saeta semejante. Y los sakje se portaron muy bien con nosotros. — Kineas levantaba la voz para que le oyeran los demás padres. Vio a Petrocles, el padre de Clío, apenas alumbrado por una antorcha. Kineas se dirigió a él—: Tu hijo te manda sus saludos y dice que está en la granja de Gade. Me he tomado la libertad de dejar al rey sakje allí con sus hombres.

El alivio de Petrocles fue evidente.

—Gracias por tus palabras, Hiparco. Enviaré un esclavo para asegurarme de que los bandidos, es decir, los sakje, estén bien atendidos.

Cleomenes asintió lacónicamente.

—De modo que decidiste dejar a mi hijo con los bárbaros. Muy bonito. —Se desabrochó el peto y se lo entregó a su esclavo rubio, que permaneció impasible, como si apenas notara el peso de la armadura. Incl uso a la titilante luz de las teas, Kineas acertó a ver que tenía una hilera de tatuajes en la cara.

—Tu hijo se ofreció voluntario —dijo Kineas, dominando su genio con la rienda bien corta.

—Ya, por supuesto —repuso Cleomenes.

Diodoro seguía al lado de Kineas, pero Kineas se apartó de él cuando vio que había un esclavo de palacio junto a la entrada principal del hipódromo, flanqueado por dos portadores de antorchas. Kineas enseguida reconoció a Ciro, el administrador persa del arconte. Había intentado ganarse a Cleomenes, pero éste no cambió su actitud reservada y distante. Kineas se encogió de hombros y trotó hasta donde estaba Ciro pese al dolor que sentía en sus muslos y rodillas.

—Ciro, te saludó —dijo Kineas.

—Mi amo desea que vayas a verle —dijo Ciro. No levantó la vista.

Kineas estaba cansado, y costaba ver a la luz vacilante de las teas, pero le dio la impresión de que los tres esclavos estaban asustados. Desmontó del caballo.

—Ciro, di al arconte que iré a verle ahora mismo. Tiene que entenderlo: he estado en las llanuras y llevo cabalgando desde el amanecer. Pido su permiso para darme un baño.

Ciro levantó los ojos.

—¿Irás?

Kineas enarcó una ceja.

—Claro que iré. ¿A qué viene esta estupidez?

Ciro se apartó de los otros dos esclavos.

—Corren rumores desagradables, se dice que tienes intención..., de tomar la ciudad. —Desvió la mirada hacia los hombres que seguían pululando por el otro extremo del hipódromo, y la fijó en el que tenía el mejor caballo y llevaba el manto más caro—. O que la tiene Nicomedes —agregó mirando a Kineas a los ojos.

—Me has oído disolver la asamblea con tus propios oídos —dijo Kineas. «Por todas las corrientes de la Estigia, ¿qué está pasando aquí?», pensó Kineas, pero mientras se lo preguntaba, todo fue encajando en su sitio. De hecho, era lo que había temido que ocurriera. El tirano temía a los hippeis. El tirano le temía a él. Ése era el meollo del asunto.

Suspiró por el tiempo perdido y por su propia fatiga.

—Voy de inmediato. No vaya a ser que tu amor piense que estoy conspirando.

Ciro se quedó mirándole.

—El arconte valora la lealtad por encima de todo, Hiparco. Si yo estuviera en tu lugar, me daría prisa. O no iría para nada.

Se volvió deprisa, dejando un aroma especiado en la estela del revuelo de su capa.

Kineas dio las riendas de su caballo a Diodoro.

—Volveré enseguida —le dijo.

—No vayas —respondió Diodoro—. O ve por la mañana con algún testigo. Cuando haya gente en las calles. —Miró en derredor como si temiera que le oyeran—. Cleomenes votó contra ti en la asamblea, y piensa que dejaste a su hijo con los bárbaros como rehén por represalia.

—Ya lo he notado en su voz —contestó Kineas—. ¡Juro por Zeus, el padre de todos los dioses, que ese hombre es idiota! —Kineas se interrumpió y maldijo. Dio una palmada en la grupa a su semental—. ¿Tan mal están las cosas?

—Peor. Desde que se reunió la asamblea, el arconte ve conspiradores por todas partes. Sospecha incluso de Menón. — Diodoro agarró a Kineas por el hombro—. Habló en serio. Ve por la mañana. Hasta ese medo perfumado lo ha dicho, si has interpretado sus palabras igual que yo. — Diodoro volvió a mirar alrededor y dijo—: Nicomedes tiene un esclavo, León. ¿Le has visto? —Kineas asintió—. Unos hombres le atacaron. Dice que eran celtas, quizá de la escolta del arconte. Escapó. Desde entonces Nicomedes ha estado insistiendo en que hay que hacer algo.

—Hades —dijo Kineas—. No tengo miedo del arconte, y ahora mismo están pasando demasiadas cosas para que me espere a mañana. Aún no has oído mis noticias, y no tengo tiempo para darlas. Macedonia está marchando; y viene hacia aquí. Antípatro quiere hacerse con el control del granó; quiere Pantecapaeum y Olbia. El rey de los sakje está acampado fuera de los suburbios aguardando para negociar con el arconte. Y no aguardará mucho.

Diodoro soltó el hombro de Kineas.

—El arconte, de puro miedo, podría matarte esta noche. —Se quitó el casco, se



rascó el pelo y suspiró—. Vaya mierda.

Kineas se rió.

—Creó que no moriré esta noche. —Sentía el peso del peto en los hombros—. Tengo ganas de acostarme, pero me quedaré más tranquilo si voy a verle esta noche.

—Deja que envíe a uno de los hombres contigo. — Diodoro sujetó el casco debajo del brazo—. Vengó yo mismo.

Kineas negó con la cabeza.

—Gracias, pero no. No quiero asustarlo. Creo que ya le tengo calado. Apuesto a que una pronta demostración de lealtad ahora mismo dará mucho de sí. Si me equivoco y algún dios mueve su mano contra mí, saca a la compañía de la ciudad y réunete con los sakje, hibernad con ellos y marchaos al sur en primavera.

Diodoro sacudió la cabeza.

—No sé por qué te tiene tanto miedo. Si estuviera en su lugar, vigilaría a Menón.

Kineas se cubrió los hombros con la clámide. Le había regalado el broche a Srayanka y no le había puesto otro.

—Eso me recuerda algo. Envía un recadero a Menón y que le diga que le veré por la mañana.

—Estás empeñado en hacerlo a tu manera.

—Lo estoy. —Kineas le estrechó la mano—. Confía en los dioses.

Diodoro negó con la cabeza.

—Eso no va conmigo.

Luego, haciendo caso omiso de las protestas de su amigo, Kineas se fue a palacio.

Kineas se dio prisa. Su confianza en el modo de proceder que había decidido, tan alta en el hipódromo, le fue abandonando en las oscuras calles de fuera. A medio camino del palacio, deseó llevar consigo a un par de portadores de antorchas, o incluso una fila de caballería a modo de escolta. En dos ocasiones oyó movimiento en los tejados y un destello de bronce atrajo su atención en el callejón que corría paralelo a la calle principal.

Avivó el paso, con la esperanza de ver a Ciro y a sus portadores de antorchas. Decidió que su dignidad no quedaría dañada si corría para alcanzar al persa. Incluso la calle principal estaba desierta. Ni siquiera había pedigüños bajo los aleros.

La velocidad y el peto le salvaron la vida. Vio, demasiado tarde, un movimiento confuso en la esquina del callejón junto a una taberna cerrada. Quiso echar a correr y algo le golpeó con fuerza, justo en el costado, donde el bronce que le tapaba la barriga era más grueso.

Por lo menos eran dos. El que había visto y el que le había golpeado.

Se zafó del ataque, dio otro paso, dos, y se lanzó contra la pared de otra taberna. Tenía los brazos libres de la clámide y la fusta de Srayanka en la mano. La usó tal como el rey le había enseñado: arreando directamente a los ojos del adversario.

El hombre dio un grito ahogado y se cayó hacia atrás. Pero el otro arremetió como en un asalto de lucha libre, resuelto a derribarlo y acabar con él.

Kineas se hizo a un lado para esquivarlo. No era su primera pelea callejera. Quería sitio para quitarse la clámide y desenvainar la espada. Veía que a su derecha había suficiente espacio, pero aún no sabía si sus asaltantes eran sólo dos.

Entonces el tiempo para pensar se agotó y se encontró luchando por su vida.

El primer hombre le había arreado un golpe que hizo que el espaldarón resonara como un gong. Su puño le agarró la clámide y trató de asfixiarlo o de hacerle perder el equilibrio; como no llevaba broche, lo despojó de la pesada prenda.

Kineas se pasó la fusta de la mano derecha a la izquierda, la cogió por la cola y desenvainó la espada. Se abalanzó hacia el hombre que tenía delante, agarrando la fusta sakje por los pelos de crin del fute en vez de por la empuñadura.

La empuñadura salió disparada hacia arriba, alcanzó al bárbaro en la sien y éste se desplomó como si le hubieran decapitado.

Su compinche arremetió soltando un bramido, pero se tropezó con el cuerpo que caía y ambos chocaron.

Kineas volvió a retroceder, se apartó de la colisión y blandió la fusta de nuevo, cruzándole la cara al otro hombre. La pelea había terminado, dada la ausencia de más asaltantes o la voluntad de algún dios, y Kineas deseó que el segundo hombre huyera.

Pero el segundo hombre no huyó. Era alto y fuerte, y su manaza empuñaba un pesado garrote, a todas luces el arma que había golpeado a Kineas en los primeros segundos de la pelea, que blandió contra él. Silbó en el aire al tiempo que Kineas retrocedía con cierta torpeza por culpa de las botas, que restaban agilidad a sus movimientos.

Kineas azotó las manos del hombre con la fusta una, dos, tres veces a un ritmo que puso al agresor a la defensiva, empujándolo de nuevo hasta el medio de la calle al intentar protegerse las manos.

Kineas le dejó ganar un paso. Todavía creía que el otro hombre echaría a correr en cuanto recobraría el sentido.

El paso le dio tiempo al grandullón para recuperarse. Con ambas manos en el mango del garrote, pasó a la ofensiva blandiendo el garrote más deprisa de lo que Kineas creía posible. Kineas esquivaba, se agachaba, rechazaba y golpeaba con la fusta y la espada a la vez, pero estaba acorralado. La fusta alcanzó al bárbaro dos veces, pero éste no dio muestras de notarla.

Su asaltante era un luchador consumado, no un matón. Corpulento, diestro y valiente.

Kineas se vio obligado a retroceder por una sucesión de garrotazos que no podía rechazar ni esquivar sin retirarse. De pronto su pie tropezó con el estuco de la taberna y se quedó sin sitio para moverse a la derecha debido a la presencia de una enorme

urna junto a la puerta.

El grandullón hizo una pausa. No había dicho palabra, salvo para gruñir cuando la fusta le alcanzaba. Ambos estaban jadeando.

Kineas comenzó a tener miedo, no el miedo normal que siente todo guerrero, sino miedo a ser vencido. Podía morir entre vómitos rancios a la puerta de una miserable taberna. Su asaltante era muy ducho, no un asesino a sueldo cualquiera.

Hizo un amago de dirigirse hacia la zona despejada a su izquierda al tiempo que amagaba con dar un mandoble bajo contra las manos que agarraban el garrote. El grandullón cambió de guardia, se ladeó y Kineas le cruzó la cara con la fusta. El hombre gritó y blandió el garrote, y Kineas tropezó y cayó al intentar esquivar el golpe, dándose de cabeza contra la fachada de la taberna con tanta fuerza que se puso a sangrar por la nariz. Se empujó apoyándose en los talones, rodó para esquivar el segundo golpe y consiguió levantarse de nuevo pese al peso del peto y a la niebla que confundía su mente. Trastabilló.

El hombre del garrote no estaba cegado, pero sí dolorido. Agitaba el garrote como un loco, sin toda la fuerza de sus brazos, pero casi puso fin a la pelea cuando un golpe rebotó en la coraza del hombro izquierdo de Kineas dándole a él. Aun así, el dolor le inutilizó el brazo y Kineas dejó caer la fusta.

Kineas se acercó al hombre aturdido pese al apremiante instinto de escapar mientras el otro estaba herido. Dio un puñetazo con la mano izquierda a la cabeza del grandullón y de un mandoble le cortó varios dedos de una mano, que cayeron al suelo. La sangre del grandullón manaba a borbotones.

—¡Uunnghhh! —gritó el del garrote, más de rabia que de miedo. Con la mano buena, arreó un golpe a la espada de Kineas. No fue un golpe muy fuerte, pero la espada salió despedida y le dejó la mano entumecida.

Kineas estaba desarmado.

Su contrincante tenía problemas para recuperar el garrote.

Kineas se arrojó contra el grandullón. Lo rodeó con los brazos y le derribó, una llave muy simple de lucha que su asaltante no conocía, y acto seguido Kineas estuvo encima de su enemigo dándole un rodillazo en la entrepierna.

El hombre forcejeó, intentó zafarse y mordió el brazo de Kineas con tanta saña que éste tuvo que apartarlo. Le encajó un derechazo en la cara y su atontada mano izquierda encontró las crines de la fusta sakje. Sin pensarlo dos veces, la agarró y clavó la empuñadura en el vientre de su oponente, al tiempo que le propinaba otro rodillazo en la entrepierna, y le agarró tan de cerca que podía oler el ajo y el cerdo de su aliento. El grandullón trataba de escabullirse, pero el peto se lo impedía.

A pesar de los daños que Kineas le había infligido a corta distancia, su asaltante se las arregló para soltarse y comenzó a ponerse de pie.

Kineas se volvió, metió una pierna detrás del muslo del hombre e hizo palanca.

Pilló al grandullón desprevenido, o quizá nunca había practicado lucha libre. La maniobra volvió a sorprenderlo y en un abrir y cerrar de ojos volvió a encontrarse boca abajo en el gélido barro con el pie de Kineas apretándole el cuello por detrás. Kineas tenía demasiado miedo de aquel hombre como para permitir que volviera a levantarse. De modo que volvió a dar la vuelta a la fusta y le golpeó con fuerza en la cabeza.

El gigante se quedó inmóvil. La espalda subía y bajaba con la respiración, indicando que seguía vivo. Kineas le levantó la cabeza tirándole del pelo y luego la soltó de manera que el hombre no se ahogara en el fango; ahora sabía que lo había dejado fuera de combate.

No recordaba una pelea cuerpo a cuerpo contra un oponente tan peligroso.

—Ares y Afrodita —dijo jadeando. Le faltaba aire en los pulmones y sentía la garganta como un embudo estrecho por donde tuviera que pasar plomo fundido. Se agachó para recoger su espada y le sobrevino un mareo. El cuerpo le reaccionó empezando a temblar, le fallaron las rodillas y se encontró sentado en el barro. Pero el barro estaba tan frío como la Estigia y le hizo ponerse de pie enseguida otra vez.

Se aproximó al hombre más menudo, congratulándose de haberle arreado un golpe tan fuerte nada más comenzar la reyerta: dos hombres tan bien entrenados como el gigante del garrote habrían acabado con él en cuestión de segundos. Susurró una plegaria de agradecimiento a Atenea y se agachó junto al cuerpo. Se hizo a un lado para vomitar al venirle náuseas y se puso a temblar otra vez.

No pasaba nada. Estaba vivo.

El hombre menos corpulento estaba untado de aceite como un luchador: buen aceite de oliva. Iba casi desnudo, a pesar del frío. De cerca, tenía aspecto de bárbaro: un examen detenido reveló que tenía el pelo amarillo. El aceite hacía que pareciera lacio y moreno.

El grandullón no iba aceitado, pero también tenía el pelo rubio. El otro tenía tatuajes en la cara.

Kineas quería que ambos vivieran, pero las calles permanecían obstinadamente desiertas, y Kineas sabía por experiencia que el ruido de una pelea entrada la noche haría que cualquier esclavo sobrio o ciudadano honrado cerrara sus ventanas. Le dolían los miembros y el peto pesaba más que los montes Atlas.

Observó la espada. Estaba torcida por el golpe del garrote, y tenía la hoja mellada. La enderezó contra el suelo y notó que cedía un poco. La espada no tardaría en romperse.

—Afrodita y Ares —dijo otra vez. Irguió la espalda, recogió la clámide del barro y siguió hacia palacio.

Día y noche, la penumbra dentro del palacio era la misma, igual que la opulencia.

Los hombres de Menón estaban de guardia en el porche del megaron, pero guardando la puerta interior del santuario del arconte había dos de sus gigantes con pieles de león. Le quitaron la espada sin mediar palabra.

Reparando en su pelo rubio y en la piel untada de aceite, Kineas sonrió con mirada torva. Ninguno de los dos dio muestras de reaccionar.

Otros dos flanqueaban al arconte. Ciro estaba detrás de él con una tablilla entre las manos.

—Me sorprende que hayas venido —dijo el arconte. Miró a Kineas de la cabeza a los pies—. No parece que te hayas arreglado mucho para la ocasión —agregó sonriendo de su propia agudeza.

—Ciro me ha dicho que sospechas que estoy tramando una revuelta. —A Kineas le gustó tan poco el aspecto de los dos bárbaros como la primera vez que había visitado al arconte—. No es así. Espero que mi presencia aquí lo demuestre, porque tenemos que hablar de asuntos más importantes. —Percibía el olor a basura y demás inmundicias que emanaba de sus sandalias y sus pies. Su túnica estaba sucia de barro y la parte de atrás de los muslos aún peor—. Me han atacado mientras venía hacia aquí.

El arconte alzó una copa de oro y un esclavo corrió a llenarla. Por lo demás, no reaccionó, aunque Ciro, detrás de él, dio un respingo.

—Ningún asunto es más importante que la obediencia de mis hombres. Te ordené que fueras a las llanuras...

—Y fui. —Kineas estaba cansado, dolorido y aquejado de la pesadumbre que los dioses envían a los hombres después de una pelea. Le impacientaban los juegos del tirano.

—Has regresado sin permiso. —El arconte estaba borracho. Arrastraba las palabras al hablar. Kineas no se sorprendió: Alejandro había gobernado el mundo a través de una neblina de vino, pero nunca se emborrachaba ante una crisis.

—¿Qué permiso? —inquirió Kineas—. Me enviaste con una misión y la he cumplido. Tengo novedades que darte.

—También dispusiste que te nombraran hiparco mientras estuvieras ausente. Eso me lleva a preguntarme quién gobierna en esta ciudad. —El arconte se incorporó—. Has sido un necio al venir aquí solo.

Kineas lanzó una mirada a los dos forzudos bárbaros. Probablemente celtas. Kineas había oído hablar mucho de los celtas. Se preparó para lo que viniera.

—Macedonia está en marcha y Antípatro quiere tomar esta ciudad —dijo Kineas. El arconte no dio muestras de estar escuchando.

—Podrían matarte ahora mismo.

Kineas tomó la amenaza por una admisión de culpabilidad, aunque tampoco era que la necesitara.

—Sus dos camaradas fallaron. Y si estos dos lo intentan y fallan, te mataré.

Kineas aún tenía consigo su fusta sakje, la fusta de Srayanka. Las muñecas le temblaban un poco por la fatiga y el miedo. Se estaba marcando un farol. No creía que fuese capaz de reunir fuerzas para otra pelea. Pero su amenaza logró llegar hasta el arconte. Volvió la cabeza de golpe y, por primera vez, pareció prestar plena atención a Kineas.

—¿Crees que podrías vencerlos? —Luego, más despacio, agregó—: ¿Sus camaradas te han atacado? ¿Dónde?

Kineas se encogió de hombros.

—En la calle. ¿Acaso importa? ¿Podemos olvidar estas amenazas y centrarnos en la guerra que se avecina? Estoy a tu servicio y al de esta ciudad. He venido, pese al asalto, para demostrar que mis palabras son ciertas.

El arconte parecía conmovido, incluso impresionado.

—Te han atacado... ¿Y, sin embargo, has venido?

Miró a Ciro, que respondió asintiendo con una levísima inclinación de cabeza. El arconte le miró con recelo.

—Según parece me he equivocado al juzgarte —dijo—. Háblame de esa guerra. Pongo a Apolo por testigo de lo aciagos que han sido estos últimos días. Más malas noticias quizá me vuelvan loco.

—Macedonia se encamina hacia aquí. El rey de los sakje está aguardando para proponerte una alianza. Y Apolo y Atenea son mis testigos, no estoy conspirando contra esta ciudad.

Kineas fue consciente de cómo le había hecho reaccionar la pelea. Hacía tan sólo seis días se había manifestado contrario a una guerra con Macedonia. Algo había ocurrido en su cabeza mientras peleaba en el callejón, o quizás en aquella sala que le sofocaba con sus riquezas y su incienso.

El arconte alargó el brazo y Ciro le dio otra copa de vino. Luego levantó la vista.

—¿Dónde está el rey bandido? Kineas miró al tirano a los ojos.

—Cerca del foso de la ciudad, en la granja de Gade.

El arconte hizo un gesto negativo muy histriónico con el brazo y sacudió la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué Macedonia quiere tomar mi ciudad? Ya pagué un enorme soborno para enviarlos a otra parte. —Levantó la vista y miró a Kineas a los ojos—. No podemos combatir contra los macedonios.

Kineas permaneció inmóvil. ¿Estaba de acuerdo? Ya había comenzado a planear su campaña en los prados infinitos. Con decenas de miles de jinetes sakje, uno de los cuales tenía profundos ojos azules... De repente se dio cuenta de que había cambiado por completo de idea, como si obedeciera a la voluntad de algún dios. Se le aceleró el pulso. Aquello era una locura.

—Habla con el rey —dijo con sumo tacto.

—¿Sabes que la asamblea solía reunirse a mi antojo y votar cualquier cosa que pedía? —El arconte miró el interior de su copa de vino y luego a Kineas—. Me amaban, Kineas. Los protegía de los bandidos de las llanuras, se hacían ricos en paz y me amaban. Ahora traman una revuelta... ¿Para qué? Ese lechuguino de Nicomedes no podría protegerlos mejor de los bandidos que una puta en el ágora. Y ahora tú me vienes hablando de Macedonia y de guerra... ¿Qué puede contarme sobre Macedonia un bandido de las praderas? Quizá no importe, de todos modos. —Sonaba borracho, llorón y cansado—. Creó que he montado este caballo demasiado tiempo, ateniense. Ya no recuerdo cómo conseguir su aprobación.—Con un ademán señaló las puertas del megaron y la ciudad que había al otro lado, y rió amargamente—. Antípatro puede venir y disolver la asamblea, tal vez. Y nombrar a un nuevo tirano. Al mismo Nicomedes, quizá.

Kineas se acercó al trono de marfil. Las palabras acudían motu proprio a su mente mientras imaginaba sus dos campañas; una para derrotar a Antípatro y la otra para obligar a aquel tirano a defenderse. Pensó en Aquiles en la playa, en su ira contra Agamenón y luego su aceptación del consejo de la Diosa, de modo que habló con palabras de miel.

Porque, le gustara ó no, Atenas le había contratado en el exilio precisamente para aquella tarea. Le habían mentado al respecto, por supuesto. Pero ahora tenía muy claro, tan claro como si Atenea se lo acabara de susurrar al oído, que Licurgo y su partido le habían enviado a Olbia para detener a Antípatro.

Sí. Palabras de miel. Le venían como en susurros, y las utilizó.

—La amenaza de Macedonia debería servir para unir a tu ciudad —dijo, y vio en el rostro del arconte que su flecha había hecho diana—. Y el rey podría ser mejor amigo de lo que crees, Arconte. Paz en las llanuras y más granó en nuestros barcos.

El arconte gruñó.

—Dudó que los bandidos vayan a salvar mi ciudad —dijo, pero apoyaba el mentón en la manó y parecía pensativo—. Pero en cuanto se sepa que viene Antípatro, esta ciudad se vaciará.

—No, durante el invierno, no —dijo Kineas—, y en primavera, con un poco de esfuerzo, podemos crear una alianza y un ejército que detenga a Macedonia en las llanuras de los sakje.

Los planes temblaban en la orilla de sus pensamientos, listos para convertirse en palabras si les daba rienda suelta, pero se mordió la lengua. El arconte negó con la cabeza.

—Estás más borracho que yo. —Apuró su copa—. Nada puede detener a Macedonia. Tú deberías saberlo mejor que nadie... Es un bonito sueño el que cuentas, y admito que la amenaza de Macedonia hará que la ciudad se doblegue como

por arte de magia, pero..., no. No: te enviaré a ver a Antípatro por tierra de inmediato. Si eres leal, sabrás conseguirme la paz. Conoces a esa gente. Puedes hacer que te escuchen.

—Lo dudó —dijo Kineas.

«Los odió», pensó de súbito, y recordó todos los desaires de que había sido objeto por ser un griego en el ejército macedonio: ignorado para los ascensos, despedido por Alejandro. Fue como si le hubiesen arrancado la costra de cada una de las heridas que le habían infligido.

«Los odio.»

—Te convertiré en un hombre rico. Te han hecho ciudadano, ¿lo sabías? Y te han elegido hiparco. ¡Sólo llevas un mes aquí! Como es natural, pensaba que aspirabas a mi diadema. —El arconte alzó su copa otra vez. Ciro salió corriendo a por más vino. No apareció ningún otro esclavo—. Mi padre fue mercenario. Sé como se hacen esas cosas. ¡No me sorprenderás dormido!

El arconte rugió esta última frase y se puso de pie de un saltó, fulminando a Kineas con la mirada. Kineas hizo caso omiso de los miedos del arconte.

—No importa lo que ofrezcas a Macedonia porque no va a detenerse —dijo con una paciencia que distaba mucho de sentir—. Antípatro necesita dinero y necesita una guerra para impedir que los nobles se le echen encima. Sigue temiendo a Esparta. Eso nos deja a nosotros. Parecemos un rival fácil. Y el control del Euxino reforzará el control de Antípatro sobre Atenas, sobre toda Grecia.

El arconte se frotó la cara con ambas manos como un mimo quitándose el maquillaje.

—Atenas..., sí, Atenas, de la que se supone que estás exiliado. Atenas, que probablemente te envió aquí. ¿Para ocupar mi lugar? Siempre he sido leal a Atenas.

Kineas hizo una pausa, como si anduviera cruzando un marjal y de pronto pisara suelo traicionero.

—Juro por Zeus que no estoy aquí para reemplazarte! El arconte no le hizo el menor caso.

—Le ofreceré convertirme en cliente de Macedonia, me avendré a gobernar en su nombre. Pagar impuestos..., la misma contribución que imponía Atenas. O mayor.

Kineas le miró indignado.

—Arconte, Macedonia puede tener todo eso si viene y toma la ciudad. Y mis fuentes afirman que Antípatro desea una guerra. ¿Me estás escuchando?

El arconte tiró su copa al suelo y el oro resonó al chocar con la piedra.

—Estoy jodido —dijo—. Nadie vence a Macedonia.

A Kineas le sonó a cobardía, pese a que era el mismo argumento que él había esgrimido ante el rey. Viniendo de boca del arconte, el borracho; abatido y asesino arconte, le causó repugnancia.



En el transcurso de una hora se había vuelto un converso. Srayanka deseaba la guerra contra Macedonia. El arconte la temía. Se preguntó qué dios le había susurrado al oído y atado la lengua. Se había convertido en partidario de la guerra.

—Habla con el rey —dijo—. Sabe muchas cosas.

—Maldito forajido —dijo el arconte. Pero su tono había cambiado—. ¿Cuándo?

—Mañana. El rey tiene que volver a las llanuras antes de que empiece a nevar en serio. Pero quiere una alianza y tiene mucho que ofrecer.

El arconte se irguió.

—Estoy borracho. —Se levantó—. Tenía razón en cuanto a ti: eres un hombre peligroso. —Se recolocó la diadema en la cabeza—. ¿Qué es lo que quieres, si se puede saber? ¿Dinero? ¿Poder? ¿Recuperar la ciudadanía ateniense? —Lanzó una mirada a Kineas. Si el efecto buscado era mostrarse amenazador, su tambaleo de borracho y la diadema caída sobre la frente lo echaron a perder—. ¿Se trata de una maniobra de Atenas, jefe de caballería? —De pronto le faltó fuelle—. No importa. Sea lo que sea, me lo quitarás cuando llegue el momento. Eres de éstos. Ahora mismo no parece querer mi pequeña corona. —Sonrió—. Yo aún la quiero. Y supongo que tu bandido bárbaro es mi mejor baza para conservarla. Tráele por la mañana.

Kineas se sintió audaz.

—¿Prometes que su vida estará a salvo?

El arconte enarcó una ceja. Parecía un viejo sátiro ojeando a una joven doncella en el teatro.

—¿Piensas que amenazo su vida? —Pasó junto a Kineas camino de sus dependencias—. ¿O la tuya? —Su voz retumbó en el salón del trono—. Aún te queda mucho que aprender sobre mi ciudad, ateniense.

Por la mañana tenía moratones en las costillas y un largo verdugón en la pierna izquierda, donde le había saltado la piel, y las articulaciones de los dedos hinchadas le escocían. No recordaba cómo se había hecho algunas de las heridas.

Sitalkes se las curó con aceite y hierbas, le vistió y le puso la armadura mientras Filocles y Diodoro discutían.

—No nos vamos —dijo Kineas—. Metéoslo en la cabeza. Es un tirano. Los tiranos temen a todo el mundo. Sobreviví. Sigamos adelante.

—Te matará. Nos matará. — Diodoro estaba plantado con los brazos en jarras—. Macedonia viene, y no podemos fiarnos de nuestro patrono. Larguémonos.

Filocles negó con la cabeza.

—Ahora confiará en Kineas.

Diodoro alzó las manos con un gesto de frustración, como invocando a los dioses.

—No se fía de nadie. ¡Es un tirano! Y, además, poco importa porque nosotros no podemos fiarnos de él. ¡Larguémonos!

Kineas se puso de pie lentamente y acusó el peso de la armadura en los hombros. Las correas de los hombros se apoyaban en las magulladuras de la noche anterior.

—El rey de los asagatje está aguardando en la granja de Gade. Doscientos caballeros de la ciudad se reunirán dentro de una hora. El menor indicio de algo de esto será como una llama en un pajar. Que quede bien claro. Nos quedamos. Vamos a preparar a esta ciudad para combatir. Si no lo podéis soportar, tenéis mi permiso para iros.

Diodoro dejó caer las manos a los costados.

—Sabes que no te dejaré —dijo. Parecía tan cansado como se sentía Kineas. Suspiró profundamente y dijo—: Kineas, ¿puedes decirme por qué? ¿Por qué pones en peligro nuestras vidas para luchar contra Macedonia?

Filocles estaba muy quieto. En voz baja, dijo:

—Ésa es la cuestión, ¿verdad? Hace pocos días, le dijiste al rey que no debíamos luchar. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

Kineas cogió su fusta sakje de la mesa de roble y acarició los adornos de oro de la empuñadura con el pulgar.

—Anoche, mientras discutía con el arconte, lo vi claro, como si un dios me lo hubiese dicho al oído. Amigos míos, no sé explicarlo mejor. En un momento, mi mente se despejó. No se trata tanto de un razonamiento lógico como de una..., revelación. —Metió la fusta en el fajín que llevaba encima del peto—. Estoy decidido y es lo que me propongo hacer.

Diodoro suspiró.

—Los hombres no estarán contentos.

—Cualquiera que quiera marcharse tendrá mi permiso —asintió Kineas.

—Ninguno de ellos se irá, pero no estarán contentos —reconoció Diodoro.

Kineas asintió otra vez.

—Eso queda en manos de los dioses. De momento, tenemos un montón de trabajo que hacer. Filocles, llévate a Sitalkes y ve en busca del rey, dile que le recibiremos con todos los caballeros de la ciudad en la hora segunda después de mediodía. Diodoro, el resto de nosotros pasaremos la mañana lanzando jabalinas y haciendo prácticas de montar en formación. Después de mediodía, saldremos en columna a recibir al rey y le llevaremos ante el arconte con estilo.

—Sería conveniente que alguien avisara al arconte —dijo Filocles—. Y no olvides que tenías que hablar con Menón.

—Envía a Crax a palacio y que pregunte a Ciro, el administrador, si el arconte estará disponible a la hora segunda después de mediodía. Envía un esclavo a Menón y que le pregunte si puedo atenderle aquí. Que le explique el motivo.

—Sí, hiparco. — Diodoro sonrió. Kineas correspondió. su sonrisa.

—A pesar de todo, me gusta cómo suena eso.

La reunión comenzó bien. Había más hombres ausentes: efectuaban sus últimos viajes comerciales del año, o estaban en casa enfermos, o daban otras excusas. Por otra parte, había muchos más hombres montados y armados. Niceas, Ajax y Leuconte les hicieron formar en cuestión de minutos. Pasaron lista y se anotaron las ausencias.

Kineas se situó delante del escuadrón. Había casi doscientos hombres a caballo. Llenaban la parte oriental del hipódromo en cuatro filas mal formadas. Los caballos se movían adelante y atrás, o de lado, y en la segunda fila un semental mordió a una yegua.

—¡Bienvenidos, caballeros de Olbia! —gritó Kineas por encima del alboroto. Iba sentado muy tieso; procuró ignorar la fatiga de la cabalgada del día anterior y las cicatrices de la pelea junto a la taberna—. Os doy las gracias por el honor que me habéis hecho al concederme este puesto, y también por nombrarme ciudadano de esta ciudad. No voy a extenderme más porque me faltan palabras para expresar mis sentimientos. —Miraba a la concurrencia desde debajo del casco—. Esta mañana efectuaremos nuestro primer entrenamiento. Cada hombre se presentará con su caballo y su armadura ante mi hipereta, Niceas, que os dará consejos para mejorar. En cuanto un hombre haya pasado por Niceas, irá donde Diodoro para practicar el lanzamiento de jabalina, y de allí pasará a Ajax, que os instruirá en la técnica para volver a montar durante un combate. A mediodía, comeremos un poco de pan con

aceite sin desmontar, como hacen los jinetes de toda caballería que se precie. Luego ensayaremos distintas formaciones. Esta tarde, el escuadrón entero de la ciudad cumplirá su primera misión en muchos años: cabalgaremos para dar escolta al rey de los sakje. —Un murmullo de voces recorrió las filas—. Silencio, por favor, caballeros. Hasta que finalice la reunión, ya no sois libres de hablar cuando os plazca. ¿Acaso los ciudadanos que sirven a pie charlan en la falange? No. Están atentos a las órdenes. Lo mismo debéis hacer vosotros. ¿Alguna pregunta?

Una voz quejumbrosa de la cuarta fila protestó:

—Tengo una cita esta tarde para comprar lino.

Kineas sonrió bajo el frío barbuquejo del casco.

—No podrás acudir.

—No he traído comida —dijo otro.

—Cuando hagamos la pausa, podréis enviar a vuestros esclavos a por comida; la próxima vez no lo olvidéis: una reunión dura todo el día.

—¿Todos tenemos que llevar la clámide azul? —preguntó un tercero.

—Niceas os informará. ¿Algo más?

Los miró. Estaban sentados en sus caballos en silencio. Como grupo, eran más disciplinados que sus homólogos atenienses, aunque tenían todo el aspecto de lo que eran: hombres ricos jugando a los soldados. Kineas suspiró.

—¡Hippeis! —gritó. Miró en derredor. Niceas, Ajax y Leuconte estaban junto a las gradas, con los caballos amarrados y el equipo expuesto sobre una manta a modo de ejemplo. Diodoro y los dos galos habían despejado una pista para la práctica de jabalina, y Antígono estaba sujetando un escudo pesado contra dos picas para que hiciera de blanco. Todo estaba a punto—. ¡A vuestros puestos! —ordenó.

El escuadrón entero se puso en movimiento. Una cuarta parte de los hombres cabalgó directamente hacia él con quejas, exigencias y sugerencias. Ya contaba con ello. No eran soldados; eran hombres ricos. Y griegos.

Kineas sabía cómo abreviar. Likeles le echó una mano; otro veterano de las reuniones de hippeis atenienses. Likeles circuló entre ellos, escuchando sus quejas y resolviendo las más fáciles él mismo. Kineas se mostró paciente pero firme con el resto. Media hora bastó para atenderlos a todos y enviarlos a alguno de los puestos.

Junto a las gradas, se oía a Niceas urgiendo a los jinetes a comprar jabalinas de cornejo. Había hecho sus pesquisas y ya sabía qué mercaderes de la ciudad podían traer aquella madera de Persia y qué herreros hacían las mejores puntas. Él y Leuconte, con el hábil apoyo de Coeno, revisaron la calidad y el grado de entrenamiento de los caballos que montaban los hombres.

Coeno fue a pie por la arena hasta Kineas y aguardó para hablar. Cuando Kineas le miró, dijo:

—Tenemos un problema con los caballos.

Kineas gruñó y se echó el casco hacia atrás.

—¿Yeguas y sementales?

Coeno asintió.

—Los caballos son baratos, aquí. Deberíamos fijar un sexo estándar. De lo contrario, cuando las yeguas se pongan en celo, esto será el caos.

Kineas se atusaba la barba.

—¿Qué habría dicho Jenofonte?

—¿Caballos castrados? —sonrió Coeno.

Kineas tenía la sensación de que si no dormía, moriría. Se encorvó un poco.

—Caballos castrados, pues. Excepto los del hipereta y los oficiales.

Dicho esto, se dirigió a ver cómo le iba al primer grupo con el lanzamiento de jabalina. Lo formaban todos los jóvenes que habían ido con él a los territorios sakje, y efectuaron una exhibición meritoria. Mientras los observaba tuvo una idea: agruparía a los hippeis en escuadrones de cincuenta jinetes. A los mejores hombres los pondría juntos en una misma compañía.

Kyros galopó arena abajo; su caballo bayo corría con brío y los cascos emitían destellos. Su lanzamiento fue potente y certero, y derribó el escudo con un estruendo ensordecedor.

—Ese chico lanza como la manó de Zeus —dijo Filocles a un lado de Kineas—. El rey te envía sus saludos. Te estará aguardando a la hora segunda.

Los muchachos eran competentes, pero el restó de los jinetes no. Nicomedes, que cayó de la silla cuando intentó montar en marcha y fallaba cada vez que lanzaba la jabalina contra el escudó, demostró su poca preparación. Afectaba un aire desdeñoso, pero disimulaba mal su irritación. Kineas supuso que no estaba acostumbrado a fallar en nada.

Igual que los demás caballeros presentes en la arena.

Ajax cabalgó juntó al rey de la moda de la ciudad revoleando una jabalina con el puño. Gritó algo que Kineas no entendió pero que a todas luces fue una broma, y enfiló hacia el blanco espantando a los esclavos que habían acudido en ayuda de su amó. Nicomedes maldijo, montó a su caballo agarrándolo de las crines y prosiguió, y Ajax hizo diana. El lanzamiento de Nicomedes pasó un palmó por fuera del blanco. Sus maldiciones le siguieron por la arena.

—Los hombres mayores montan como sacos de cagarrutas de cabra y los de mediana edad tienen tanto miedo de ensuciarse que me hacen pensar en jodidas princesas —dijo Niceas—. Y eso que aún no hemos comenzado con las formaciones.

Kineas procuró no sonreír.

—Los chicos no lo hacen mal. Quiero juntar a los mejores hombres en un escuadrón de cincuenta jinetes. Hazme una lista. Encárgate de que se sepa para que los hombres hagan lo posible por estar en esa unidad.

—Se te ha ocurrido a ti solo, ¿verdad? —dijo Niceas con una sonrisa elocuente. Las seis compañías atenienses de caballería eran rivales en toda suerte de procesiones y juegos. Señaló con el mentón al padre de Eumenes, Cleomenes, que estaba sentado tranquilamente con un grupo de amigos. No estaban participando. No puede decirse que sea un motín —dijo— pero él es la mitad del problema.

—Ya me ocupo yo —contestó Kineas haciendo girar a su caballo.

Un hombre mayor pasó la pierna por encima del caballo para montar y cayó por el otro lado del animal.

—¿Pretendes luchar contra Macedonia con esta tropa? —preguntó Niceas.

—¿Y tú?

—Yo el primero. Me han dicho que los propios dioses te han susurrado que lucharás contra Macedonia. ¿Te enviaron esa fusta, también? —Niceas señaló la fusta que Kineas llevaba remetida en el fajín—. Un escuadrón de compañeros los esparcirá como caspa a la primera carga. Los dejarán para que los peltastas los liquiden. La mitad de ellos caerá del caballo y se quedará en el suelo hasta que los degüellen. Dime si miento.

Kineas dio media vuelta a su caballo.

—En tal caso, diría que tienes mucho trabajo que hacer.

La cara de hurón de Niceas se arrugó con una sonrisa traviesa.

—Sabía que dirías eso.

Kineas fue hasta dónde se hallaba Cleomenes con una veintena de amigos y aliados.

—¿Por qué puesto te gustaría comenzar, señor? —preguntó . Cleomenes no le hizo el menor caso. Uno de sus amigos se rió.

—Somos caballeros, no soldados. No nos incluyas en esta farsa.

Kineas miró al hombre que había hablado.

—No llevas peto. Tu caballo es demasiado pequeño. Por favor, preséntate ante mi hipereta.

El hombre se encogió de hombros.

—¿Y si digo que no? —replicó.

Kineas no levantó la voz.

—Tal vez te imponga una multa —dijo—. Tal vez te denuncie al arconte.

El hombre sonrió, como si no temiera esa amenaza.

—Tal vez te dé una paliza que te deje hecho polvo aquí mismo, en la arena —agregó Kineas—. Como hiparco, estoy legal mente autorizado a emprender cualquiera de las tres acciones.

El hombre dio un respingo. Kineas se volvió hacia Cleomenes.

—Soy un caballero de Atenas —dijo—. No os guardo rencor porque votarais en mi contra como ciudadano y también como hiparco. Así es como funciona la

democracia. Pero si no cumplís con vuestro deber, no tardaremos en vernos en una situación que no beneficiará a ninguna de las partes.

Cleomenes no le miró a los ojos. Estaba pendiente de otra persona, seguramente Nicomedes, su principal rival en la ciudad.

—Muy bien —dijo lacónicamente—. Siento una repentina necesidad de lanzar una jabalina.

Fue una victoria curiosamente vacía. Cleomenes se dirigió al campo de tiro, montó a su caballo, lanzó bastante bien y luego volvió a sentarse.

Kineas probó una táctica distinta. Hizo una seña a Coeno para que se aproximara y le señaló a Cleomenes.

—Ese que está sentado ahí es uno de los caballeros más prominentes de la ciudad. Le caigo mal. Se está comportando como un idiota arrogante y no sé cómo hacerle entrar en razón. Hazte amigo suyo.

Coeno rió entre dientes.

—¿Como si yo fuese otro idiota arrogante, quieres decir?

—Algo así —afirmó Kineas.

Los ejercicios de formación cerrada fueron un desastre. El primer intento de montar en la formación de romboide que Kineas prefería se vio obstaculizada por las dimensiones del hipódromo y el gran número de participantes, aunque el resultado habría sido igualmente espantoso sin esas cortapisas. Tardaron media hora en lograr que cada hombre supiera cuál era su sitio en la formación, y fueron incapaces de dar diez pasos sin formar un tumulto.

Kineas suspiró y se dio por vencido. Optó por formar una columna de a cuatro en fondo y hacerles montar en círculos hasta que la mayoría aprendió a mantener los intervalos: una hora completa.

Estaba ronco de tanto gritar. Todos los profesionales lo estaban, así como algunos de los muchachos que habían ido a las llanuras. Sacudió la cabeza y fue al encuentro de Cleito.

—Me estoy quedando sin voz. ¿Puedes ordenarles que rom pan filas y almuercen?

—Con zumo gusto —dijo eleito. Y cuando hubo ido a buzcarse su propio pan, regresó y dijo—: Sabía que eras el hombre indicado para el puesto. ¡Míralos!

Kineas cogió un trozo de salchichón que le pasó Sitalkes.

—¿Por qué? Tienen una pinta espantosa.

Cleito frunció el ceño.

—No, no es cierto. Tienen pinta de estar intentándolo. Si dejan de intentarlo, perdemos. Por el momento, estamos ganando. Hazlos pasar por tres sesiones como ésta y verás cómo notan la diferencia. Podría ponerse de moda. ¿Me das un poco de salchichón? El ajo me hace gruñir las tripas.

Kineas le pasó un pedazo de embutido. Cleito cortó una rodaja gruesa con un cuchillo y se la lanzó a su hijo, que estaba comiendo con Ajax y Kyros. Comían montados en los caballos, como los sakje. De hecho, todos los jóvenes que habían ido a las llanuras con Kineas lo hacían igual. Cleito ofreció un odre de vino a Kineas.

—Tinto peleón. Perfecto para soldados. Así pues, ¿vamos a enfrentarnos a Macedonia?

—Veo que las noticias vuelan. —Kineas bebió un trago de vino. Iban a llegar tarde a recoger al rey.

—¿No ocurre lo mismo en Atenas? Según me han dicho, mataste a un temible pelotón de asesinos persas, o a lo mejor eran celtas, y luego azotaste al arconte con tu fusta y le dijiste que se comportara, y luego se te pusieron los ojos en blanco y profetizaste que venceríamos a Antípatro.

El tono desenfadado de Cleito no ocultaba su inquietud. Kineas le devolvió el odre.

—Te aproximas bastante a la realidad —dijo.

—Mi primer tutor de retórica me dijo que mi propensión a la burla me traería problemas y, mira por dónde, tenía razón. Kineas, yo te propuse para la ciudadanía. Mis amigos te convirtieron en hiparco. No hagas que nos maten.

Cleito hizo una mueca y tomó otro bocado de salchichón. Kineas se quitó el casco y se rascó la cabeza vigorosamente. Luego miró a Cleito a los ojos.

—No dispongo de un sitio para invitar a unos caballeros a cenar. ¿Harías de anfitrión para mí? Explicaré a tus invitados por qué pienso que debemos luchar y a qué tendrán que atenerse si no lo hacemos.

—Y yo que esperaba que esos rumores fueran falsos —dijo Cleito.

—Macedonia viene hacia aquí —contestó Kineas.

El rey estaba aguardando. Él y sus hombres parecían centauros con armaduras de oro. La columna de la caballería de la ciudad fue a su encuentro y se detuvo, con más desorden del que a Kineas le habría gustado, y que Petroclo y Cleomenes corrieran a abrazar a sus hijos acabó de arruinar toda pretensión de disciplina militar.

A los sakje pareció no importarles demasiado. El rey se abrió paso entre el tropel de jinetes griegos hasta alcanzar a Kineas.

—¡Llegas tarde! —dijo conriendo.

—Te presento mis disculpas, oh, Rey. El arconte nos aguarda. Kineas hizo una seña con la fusta a Niceas, que levantó la voz, y el escuadrón de la ciudad comenzó a formar otra vez.

Satrax sacudió la cabeza.

—Te estoy tomando el pelo. ¿Qué es el tiempo para nosotros? Aunque al parecer significa mucho para vosotros, los griegos: ¡la segunda hora después de mediodía! —



El joven rey se río—. ¡Intenta reunir a los sakje en lo que dura un ciclo lunar!

—Sin embargo, lucharías contra Macedonia —dijo Kineas.

—Oh, es más fácil reunirlos para la guerra —dijo Satrax. En tornó los ojos—. Tú has cambiado de idea. Lo veo en tu cara.

—Es verdad —admitió Kineas encogiendo los hombros—. Los dioses me hablaron.

El rey se encogió de hombros.

—Kam Baqca me aseguró que iba a ocurrir esto. No me sorprende que llevara razón. Casi siempre acierta.

Kineas observó a los dos hiperetas que azuzaban a la columna para que formara con cierto orden. Tenía unos minutos.

—He hablado con el arconte. —Satrax asintió—. Me parece que apoyará la guerra —dijo Kineas—. Al menos, por ahora.

—Esto también es tal como Kam Baqca dijo que sería. —El rey sonrió mostrando sus dientes regulares y los labios carnosos que ocultaba bajo el bigote y la barba—. Así pues, llevaré a mis clanes a la guerra contra Macedonia —concluyó. No parecía excitado; más bien resignado.

Kineas asintió. La jornada de prácticas le había restado entusiasmo. Iba a mandar a aquellos entregados aficionados contra unos veteranos con cincuenta años de guerra a sus espaldas.

—Que los dioses nos envíen la victoria —dijo.

—Los dioses envían victorias a quienes las merecen —respondió el rey.

Kineas asistió al encuentro entre el arconte y el rey en el pórtico del templo de Apolo, pero no habló. El arconte era un hombre distinto: directo, sobrio, categórico, todo un comandante. Cambiaba más deprisa que un actor que interpretara varios papeles en el teatro. Kineas lo había visto hacer en una representación de Edipo en la que el rey también era el mensajero. En Olbia, el tirano borracho también podía ser el rey filósofo.

Ciro estaba a su derecha y anotaba los términos del tratado. El rey y el arconte lo redactaron en una hora y se dieron la mano, jurando por Apolo y sus respectivos dioses apoyarse mutuamente en la guerra si Macedonia atacaba en primavera. No se prometieron amistad eterna. El rey no estuvo de acuerdo en que los olbianos fueran libres de viajar por las llanuras a su antojo, pero sí en abstenerse de cobrarles impuestos mientras el tratado siguiera vigente.

Después de estrecharse las manos, el arconte montó a caballo y escoltó al rey hasta las murallas de la ciudad, y ambos líderes conversaron mientras cabalgaban. Kineas, que iba justo detrás del arconte, oyó más silencio que charla. Bajo el arco de puerta, el arconte tiró de las riendas.

—Tendremos que reunirnos en primavera para discutir la estrategia —dijo.

El rey miró hacia los campos de la ciudad y asintió.

—Necesitaré tiempo, y espacio, para reunir a mi pueblo.

El arconte era un jinete excelente. Kineas no había tenido ocasión de constatarlo hasta entonces. Sorprendió a Kineas haciendo retroceder unos pasos a su caballo hasta quedar a la altura de su brida.

—Mi hiparco me insistió en que emprendiera esta guerra, oh, Rey. De modo que te lo enviaré en primavera.

Satrax asintió.

—Esperaré impaciente el momento —dijo.

—Me lo figuro —dijo el arconte—. Sabremos con certeza qué planes tiene Antípatro cuando la flota ateniense de grano venga en primavera.

El caballo del rey estaba nervioso. Satrax lo calmó dándole unas palmadas en el cuello, diciéndole algo en sakje, y luego le tendió la mano a Kineas.

—En primavera, cuando el suelo se endurece y la hierba es verde, te enviaré una escolta.

Las calles estaban atestadas, y la puerta prácticamente rodeada por las gentes de la ciudad y el suburbio. El rey se despidió saludando con la mano y acto seguido hizo que su caballo se empinara y saltara adelante, dando casi la impresión de que ambos fueran a galopar por el cielo en lugar de limitarse a correr por el camino.

A su lado, el arconte dijo:

—¿Lo pasaste bien entre estos bárbaros?

Y Kineas, que sabía fingir cuando era necesario, dijo:

—Me hice amigo de sus caudillos. Uno me regaló esta fusta por ser su huésped.

—Tu amistad con estos bandidos quizá nos sea de más ayuda de lo que pensaba, ateniense. Te aprecian —asintió el arconte—. Su rey no es un hombre simple. Tiene una buena educación.—Sonrió con maldad—. Es joven y arrogante.

—Fue rehén en Pentacapaeum —dijo Kineas.

—¿Cómo es que nunca le vi? —preguntó el arconte. Se encogió de hombros—. O quizá sí. Crían como conejos. Y sus mujeres no saben qué es la castidad: cuesta saber quién es el padre de cada pequeño bastardo. Aun así, serán buena carne de cañón si hay que combatir en esta guerra. —Kineas se puso tenso, pero no dijo nada—. Cosa que ahora voy a tratar de impedir por todos los medios. —El arconte dio la vuelta a su caballo—. ¡Volvemos a palacio!

Cleito dio una cena en su honor la noche en que Atenas honraba a sus muertos y a sus héroes, y Kineas bebió más vino de la cuenta. Si bebió tanto vino fue porque estaba llamado a hablar en público. A instancias de Cleito, y con la ayuda de Diodoro y Filocles, preparó un discurso y, después de cenar, cuando Cleito y todos los

invitados insistieron, se levantó de su diván y se situó en medio de la estancia como los políticos que solían asistir a las cenas de su padre en Atenas. Jamás había pensado que alguna vez haría uso de tales tácticas, y las manos le temblaban tanto que tuvo que esconderlas en la túnica.

—Caballeros de Olbia —comenzó con formalidad. Pero aquél no era el tono que deseaba en absoluto, sobre todo temblándole la voz, de modo que sonrió, se encogió de hombros y se atusó la barba—. Amigos y patrocinadores. —Mejor—. Se ha dicho, y en realidad se sigue diciendo ahora mismo no lejos de aquí, que tras haber sido promovido a ciudadano y luego elevado a hiparco, he correspondido a vuestra gentileza arrastrándoos a una guerra desesperada.

La concurrencia se mostraba interesada, pero poco más. Los hombres más jóvenes, como por ejemplo Eumenes, no tenían ni idea de lo que significaría una guerra. La idea les excitaba. Los de más edad tenían los medios para embarcarse y desaparecer por la costa, poniendo rumbo a Heraclea, a Tomis o incluso a Atenas.

Kineas suspiró profundamente.

—La guerra no ha sido cosa nuestra. Alejandro, el niño rey a quien serví, ahora es un hombre. Más que un hombre, pues se ha proclamado a sí mismo dios. Avanza para conquistar, no sólo a los medos, sino el mundo entero.

Kineas abrió los brazos como un actor. Resultaba curioso con qué facilidad se acordaba uno de aquellas cosas. Kineas no había practicado la oratoria en diez años, como mínimo.

—Ahora bien —prosiguió—, uno de los indicios que tenemos de que Alejandro no es tan dios como le gustaría ser es que sus guerras siguen requiriendo hombres y dinero. Los dioses, creo yo, conquistarían el mundo con su mera voluntad. Alejandro lo hace con el tesoro de Persépolis y fuerzas reclutadas en todo el mundo griego. Y su apetito de tesoros para financiar sus combates le ha salido muy caro a Macedonia. Del oro de Persépolis no llegó ni una onza a la patria. Del botín de Babilonia no hay nada guardado en baúles en el tesoro de Filipo. Olimpia no se baña en perlas del Nilo. Alejandro quema oro como tros hombres queman madera. —Cogió vino aguado de un sirviente y bebió un sorbo—. Antípatro necesita dinero. Necesita poner su bota sobre los cuellos de las ciudades del Ática y el Peloponeso. Necesita nuestro grano y nuestro oro, y necesita una guerra para endurecer a sus reclutas antes de enviárselos a su amo, el dios.

Hizo una pausa para que asimilaran aquellas palabras. Entonces comenzó a caminar en torno al círculo de divanes y se dirigió directamente a ellos, uno tras otro.

—Ésta no será una simple guerra entre ciudades, donde los hoplitas se enfrentan y el invierno dicta las condiciones al vencido o quemasuscampos. Si Antípatro toma esta ciudad, se la quedará. Designará a un sátrapa que la gobierne, uno de sus hombres de Macedonia. —Kineas dijo esto último directamente a Nicomedes. Lo hizo como por

azar, y el terso rostro de Nicomedes no dejó entrever si se daba por aludido.

—Habrá una guarnición de macedonios e impuestos elevados. Adiós a la asamblea y a los privilegios de los terratenientes. Podríais preguntarme por qué sé todo esto, y yo os diría que porque lo he visto hacer desde el Gránico hasta el Nilo. ¿Pensáis que el arconte es un tirano? —Kineas miró en derredor y percibió cierto sobresalto; aquello los había despertado—. El arconte es el más puro demócrata comparado con una guarnición macedonia. ¿Pensáis que Antípatro quizá beneficie a la ciudad? ¿O tal vez que os podéis escabullir y regresar dentro de unos años cuando la situación sea más propicia para los negocios? —Kineas volvió a detenerse y señaló a Likeles—. Likeles era un caballero de Tebas. Preguntadle qué supuso la ocupación macedonia.

Estaban intranquilos, incómodos en los divanes, los mayores se negaban a mirarle a la cara. Como la mayoría de los hombres ricos, le habían oído, pero dudaban de que sus palabras les atañeran: encontrarían el modo de comprar su libertad, estaban convencidos. Pero, una vez más, sus argumentos dieron en el clavo: todos los presentes sabían que Tebas había sido arrasada, las murallas derribadas, casi todos sus ciudadanos vendidos como esclavos por atacar a la guarnición macedonia. Y se trataba de Tebas, un pilar del mundo griego, la ciudad de Edipo y de Epaminondas.

Kineas tomó otro sorbo de vino.

—No os diré que podemos vencer el poderío de Macedonia. Si Alejandro viniera aquí con siete taxeis de sus veteranos y cuatro regimientos de compañeros, con toda su caballería tesalia y todos sus psiloi y sus peltastas y la guardia, entonces os diría que, pese a nuestras alianzas y a nuestras propias fuerzas, nos aplastarían en una hora.

»Pero quien marcha hacia aquí no es Alejandro. Seguramente ni siquiera Antípatro; un gran general, permitid que os lo diga. Será uno de los generales jóvenes que se quedaron en casa en vez de ir a las guerras persas y que ahora están ansiosos de fama, ansiosos por hacerse un nombre mediante un avance hasta el mar. Ese general tendrá dos taxeis de macedonios, y uno de ellos será de novatos. Tendrá un regimiento de compañeros: todos los alborotadores que Antípatro quiera ver lejos del país. Tendrá tracios, getas y bastarnos. Y a ese ejército, caballeros, lo podemos vencer. Y si no conseguimos aplastarlo, podremos detenerlo en las llanuras tanto tiempo que no tendrá ocasión de sitiar esta ciudad.

Guardaban silencio tumbados en los divanes, escuchando y bebiendo vino. Kineas dejó claro que había concluido cuando se sentó en el suyo. Se sentía vacío. Se sentía como un escolar que ha dado un discurso y ha olvidado buena parte de él. Se encogió de hombros; ay, qué azotaina le habría valido ese gesto de haberlo presenciado su tutor de retórica.

—Así es como lo veo —dijo, y fue consciente de la pobreza de su conclusión.

Cleomenes se levantó a su vez. Estaba solo en su diván; había llevado a su hijo,

pero Eumenes había ido a sentarse con Kyros. Entre los demás hombres presentes hubo quienes le ignoraron y quienes le despreciaron. A diferencia de Nicomedes y Cleito, que eran implacables rivales en el comercio y la política, pero que al parecer disfrutaban de su mutua compañía, Cleomenes era dado a guardar las distancias, como si no le gustara ser visto relacionándose con sus rivales.

—El hiparco habla bien, para ser mercenario. —Eché un vistazo a la sala con patricio desdén—. También yo podría visitar la ciudad de otro hombre y decirle cómo puede, corriendo un riesgo enorme, salir adelante para obtener pocas ganancias. Pero a pesar de que tú, Cleito, y tú, Nicomedes, conspirasteis para otorgar a este hombre el derecho de voto, yo sostengo que es un extranjero, un hombre con pocos intereses en nuestra ciudad, desde luego muchos menos de los que yo tengo. ¿Por qué iba a desear provocar una guerra contra Macedonia un hombre de mi posición? Nuestro mercenario tiene en tan alta estima su profesión que desea que todos nosotros tomemos parte en ella. Yo digo que la guerra es asunto de los de su clase. Yo no tengo destreza ni ganas de hacerla. Los terratenientes no necesitan hacer esas cosas. Cuando necesito que se hagan, puedo contratar a... un mercenario. —Miró a la concurrencia—. Sois un atajo de estúpidos si pensáis que vuestro pequeño escuadrón de caballería durará más de un minuto contra las fuerzas de Macedonia. Combatir no es un asunto digno de hombres como vosotros; vuestro asunto son los negocios. Aquiles era un idiota, y Ulises no era mucho mejor. Sed sensatos. Aceptad que se avecinan cambios. Dejad que esta ciudad crezca y prospere como tiene que hacerlo, sin que importe quién sostenga que la gobierna. Y dejad el combate para los mercenarios.

Dedicó media sonrisa a Kineas.

—Aunque cuando contrate a uno, procuraré que sea menos arrogante, menos pretencioso y mejor combatiente, no un borrachín fanfarrón al que Alejandro dio de baja.

Se sentó. La sala quedó conmocionada. Los hombres miraban a Kineas. Eran plenamente conscientes de cómo le había herido el discurso de Cleomenes, tanto en su propio orgullo como a ojos de algunos de sus más prominentes partidarios.

Pero a pesar del arrebatado de cólera de su corazón, y de la doble tenaza del miedo y la ira en sus entrañas, Kineas tenía muchos años de experiencia en la política ateniense, tanto en casa de su padre como en los hippeis. Volvió a llenarse la copa, vertió una libación con una legaria a Atenea y volvió a levantarse, aparentemente sereno, aunque en su fuero interno estaba encolerizado y dolido, incluso apenado. Tuvo la sensación de que el estómago le subía y le llenaba la garganta. En ciertos aspectos, aquello era peor que una pelea; en una pelea, el daimon se adueñaba de ti, te daba vigor, pero en un debate, un hombre que era amigo, o al menos en ocasiones un aliado, de repente se volvía contra ti y te insultaba.

Cara a cara. Como una batalla.

Kineas tomó aire para serenarse.

—Estoy convencido de que Cleomenes habla con la mejor de las intenciones —dijo. Su ligero sarcasmo, tan distinto a lo que la sala esperaba de él, acalló los murmullos—. Cleomenes, ¿acaso soy yo el borrachín fanfarrón al que te has referido?

Cleomenes le fulminó con la mirada como Medusa, pero Kineas lo inmovilizó con la suya.

—Vamos, aquí todos somos amigos..., seguro que tenías a alguien en mente.

Las pullas de Kineas aún estaban siendo discretas. Cleomenes no se dejó engañar. Se retorció en su diván como un insecto atravesado por un alfiler. Kineas enarcó una ceja.

—Así pues, ¿no aludías a mí? —Dio un paso al frente y Cleomenes volvió a encogerse—. ¿Quizá te referías a Menón? ¿O tal vez a Licurgo? ¿A mi amigo Diodoro? ¿O al joven Ajax, hijo de Isocles de Tomis; te referías a él?

Kineas dio otro paso hacia él. Tenía la impresión de que Cleomenes sería un mal enemigo, pero esa enemistad ya se había manifestado. Nunca lograría ponerlo de su parte, de modo que tenía que derrotarlo.

—Lástima que ninguno de ellos sirviera a Alejandro. Sólo lo hice yo. —Un paso más—. ¿O hablabas en general, de borrachines y fanfarrones que has conocido en tu amplia experiencia del mundo?

Cleomenes se levantó.

—¿Sabes muy bien a quién me he referido! —dijo, con la cara roja.

Kineas se encogió de hombros.

—Soy un pobre mercenario, un poco lento de entendederas. Dímelo.

—Imagínatelo —espetó Cleomenes.

Kineas abrió las manos.

—Soy un simple soldado. Admiro a esos hombres que has mencionado: Aquiles y Ulises. Quizá no fueran grandes hombres de negocios, pero no les daba miedo decir lo que pen saban.

Cleomenes se apartó de su diván, ahora ya congestionado.

—Maldito seas, insolente...

Cleito se apresuró a intervenir; ambos hombres habían cerrado los puños.

—Caballeros... Me parece que nos hemos dejado el debate razonado y los buenos sentimientos en el fondo de la última crátera de vino. Esto es pura discusión; hay malos sentimientos. Cleomenes no tenía intención de insultar a nadie, estoy convencido, como tampoco Kineas quería llamar cobarde a Cleomenes, ¿verdad, Kineas?

Kineas asintió, y sus siguientes palabras las arrastró con toda la arrogancia ateniense que fue capaz de reunir, que fue considerable.

—No he dicho que Cleomenes sea un cobarde —dijo con una sonrisa burlona—. De hecho, hablaba en general, sobre los argivos de largas melenas que lucharon por Helena en las ventosas llanuras de Troya.

Varios invitados aplaudieron. Los giros de la retórica de Kineas tenían la elegancia propia de la educación de un caballero ateniense. Comparado con él, Cleomenes parecía un palurdo, y perdió los estribos por completo. Sin mediar palabra, recogió una bolsa de rollos que había traído y fue hasta la puerta.

—Lamentaréis el día que trajisteis a este hombre a nuestra ciudad —dijo, y se marchó.

Pese a la sonrisa perezosa pintada en el rostro de Kineas, las piernas le fallaban como si hubiese estado en combate. Sintió que necesitaba más vino. Cuando llegó al diván que compartía con Filocles, el espartano le sonrió. Otros hombres hicieron algunas preguntas, pero la mayoría prefirió cambiar de tema. Bebió gran cantidad de vino, humillado por los insultos de Cleomenes, y se acostó borracho.

*El árbol era más grande que el mundo, y su tronco, como la muralla de una ciudad que se alza en una llanura pedregosa. Las ramas más bajas colgaban hasta el suelo. Era un cedro; no, era un pino negro de las montañas del Ática.*

*De cerca, parecía que no fuera un solo árbol sino todos los árboles. Y las hojas y agujas caídas alfombraban el suelo, de modo que a cada paso que daba se hundía hasta los tobillos, y cuando bajó la vista para ver qué pisaba, vio que las hojas estaban mezcladas con huesos. Y debajo de los huesos había cadáveres; «qué raro que los huesos estén encima de los cadáveres», pensó con la claridad con que se piensa en los sueños.*

*Tenía la extraña sensación de controlar su sueño, e hizo que su cuerpo se volviera y apartara la vista del árbol, pero no había nada que ver excepto las ramas que colgaban hasta el suelo, y la cercana oscuridad más allá del árbol, y las hojas y huesos, y todos los muertos.*

*Se volvió y apoyó una mano contra el tronco, y era cálido y suave como el dorso de las manos de Srayanka, y...*

Despertó. Turbado por la claridad del sueño y porque le resultaba ajeno. Mientras soñaba con el árbol, era otro hombre. Un hombre que no pensaba como un heleno. Y eso era aterrador.

Tapó su terror concentrándose en el trabajo, entrenando a los hippeis, cosa que hizo pese a las primeras tormentas serias del invierno. La temporada de navegación se cerró. La amenaza de Antípatro ya era conocida por toda la ciudad. Nadie podía huir, de modo que ricos y pobres por igual se prepararon para los meses de frío. Todos se decían que ya habría tiempo para huir en primavera si Antípatro realmente

venía.

La semana siguiente, Menón convocó una reunión de los hoplitas de la ciudad. Fue la primera reunión celebrada en cuatro años. El arconte había restringido tales reuniones porque temía el poder de los hoplitas juntos y armados tanto como temía todo lo demás, pero Menón insistió y se salió con la suya.

Los hoplitas de la ciudad tenían mejor aspecto que sus compatriotas de Atenas y Esparta. Los treinta años de guerra en el Ática y el Peloponeso habían enseñado a los griegos a llevar menos armadura y moverse más deprisa, pero la clase hoplita del Euxino no había participado en aquellas guerras sangrientas y acudieron a la reunión con la coraza de bronce, las grebas y los pesados cascos de sus padres.

Se reunieron en campo abierto, al norte de los suburbios, y pisotearon la nieve y los rastrojos de grano durante tres horas. Pese al paréntesis de cuatro años y a la presencia de una nueva generación que nunca había sido entrenada, se mostraron competentes. Contaban con trescientos mercenarios para ordenar la formación, y en sus filas había hombres avezados que habían servido en la guerra contra Heraclea.

Kineas observó las prácticas con Cleito y media docena de caballeros de la ciudad. Fue pródigo en sus alabanzas, tanto con los hombres como con Menón y los oficiales de la ciudad cuando se acercaron al finalizar la instrucción.

Menón se detuvo y se apoyó en su lanza. Había estado cargando por el campo, con la capa negra ondeando tras él, corrigiendo defectos y ensalzando virtudes, y ahora jadeaba como un perro.

—Tengo que hacer que se quiten esa armadura —dijo. Señaló a un grupo de jóvenes que seguían entrenando—. Aquí conservan las viejas tradiciones; los combatientes más jóvenes y mejores forman una compañía selecta para cubrir el flanco. Veré si puedo evitar que se la pongan.

Kineas se fijó en los hombres mayores formados en filas resplandecientes.

—Depende de para qué pensemos que sirven —dijo.

Nicomedes dejó de tontear con Ajax e hizo avanzar a su caballo.

—Sin duda todos sabemos para qué son los hoplitas —dijo—. Yo mismo servía en sus filas, como tal vez recuerdes, hasta que el hiparco me obligó a servir a caballo.

—Te di una buena excusa para comprar esa hermosa clámide azul y ese peto tan excitante —dijo Kineas con una sonrisa. Luego se volvió de nuevo hacia Menón—. Para incursiones o para dar caza a los tracios, nuestros hoplitas con armadura ligera son lo mejor. Pero aquí, en la llanura... —Kineas levantó la cabeza para otear el paisaje nevado. No sabía exactamente dónde estaba ella, pero estaba en algún lugar más allá del blanco infinito. Se recompuso—. Éste es terreno para la caballería. La armadura hace más valientes a los hombres, y les da más firmeza, y los protege de las jabalinas y las flechas.

Menón se frotó la barbilla, que era tan negra como su capa.



—Por Zeus, hiparco, que nunca tengamos que enfrentarnos a los bandidos en campo abierto. Luché contra el niño rey en Is —sos, cuando su caballería se nos vino encima. Si hubiesen tenido arcos, ninguno de nosotros habría escapado con vida.

—La armadura puede repeler el primer ataque de los taxeis macedonios —dijo Kineas.

Menón torció los labios.

—Mantén mis flancos seguros y yo los pararé en seco. Estos muchachos puede que odien al arconte como el fuego odia al agua, muchos de ellos me odian a mí, me parece, y más me odiarán antes de la primavera. Pero son buenos muchachos, todos los hombres y los chicos han pasado años en el gimnasio y en el campo: son verdaderos hoplitas. No quedan muchos como éstos en Grecia; la mayoría dejó sus huesos en Queronea. Me han dicho que se la metiste doblada a Cleomenes.

Nicomedes soltó un sonoro resoplido. Cleito, incómodo, miró hacia otra parte. Menón le guiñó el ojo.

—Cleomenes es uno de los hombres de esta ciudad que piensan que serían buenos arcontes. —Fulminó a Nicomedes—. Pero es más puñetero que sus rivales, ya lo verás. —Menón asintió a Kineas—. Si sobrevives al invierno, los conocerás tan bien como yo. ¿Cómo te lo montaste para que la asamblea te hiciera ciudadano y te nombrara hiparco?

Kineas negó con la cabeza.

—Fue cosa de Cleito. Yo fui el primer sorprendido.

—Las infinitas ventajas de la cuna —espetó Menón. Su rostro era indescifrable dentro del casco—. ¿Es verdad que Antípatro vendrá hacia aquí en primavera?

—Sí, es verdad —asintió Kineas.

—¿No se trata de un truco del arconte para que seamos dóciles durante una temporada más? ¿Va en serio? ¿Y lucharás contra él?

Casi todos los hoplitas les estaban observando.

—Sí —dijo Kineas.

—¿Por qué? Tú fuiste uno de los hombres del niño rey.

Menón cogió a Kineas de la mano. Su mano era dura como el hierro, y agarraba la de Kineas con firmeza, como para saber si era sincero.

—Creo que un dios me dijo que luchara.

«O una mujer. Tal vez los dioses me hablaron a través de ella. O Atenea. O todos juntos.» Kineas sabía que tenía que luchar contra Macedonia como nunca había sabido nada en la vida. Tales revelaciones eran divinas.

Menón le soltó la mano.

—No honro a los dioses tanto como debería —dijo—. Pero me gustaría volver a luchar contra Macedonia.

Dio media vuelta y se alejó a través de las últimas briznas de hierba otoñal que

asomaban a través de la nieve.

# TERCERA PARTE

## EL SABOR DEL BRONCE

... que vengan, que prueben a qué sabe el bronce en la punta de nuestras lanzas...

*Ilíada, Canto XXI*

El sol brillaba en los primeros brotes de hierba de la primavera que ondeaban bajo el viento del norte, balanceándose adelante y atrás como mil dedos que hicieran señas para que te acercaras. Kineas tiró de las riendas y volvió la vista atrás hacia la columna que subía penosamente la cuesta de la colina que bordeaba la ribera; la siguió con los ojos por el empinado camino, pasando las últimas filas de la columna y los dos carros de equipaje y los burros hasta los campos que lindaban con las murallas de la ciudad, donde se veía marchar a todo el contingente de hoplitas de Olbia. La capa negra de Menón era una mota al frente de ellos. Más allá de los campos y de la masa de hombres se alzaba la ciudad junto al río. El sol de primavera era cálido y la clara luz amarilla doraba el mármol del templo de Apolo y pintaba de fuego los delfines de oro del puerto. Desde el otero, la ciudadela del arconte se alzaba nítida sobre las murallas como una isla en un estanque.

Al llegar a la zanja que marcaba los límites de la ciudad, Kineas detuvo la columna y le hizo una señal a Niceas, que se llevó la trompeta a los labios. Las notas estridentes resonaron claras en el viento y la larga columna se amontonó, pareció bullir y volvió a formarse en un romboide compacto, con Kineas en la punta.

Kineas no ocultó su sonrisa de satisfacción. Llevó la formación al trote a través de campos que pertenecían a Nicomedes; luego ordenó un brusco cambio de dirección y la formación obedeció; el giro fue un tanto caótico, pero el romboide volvió a formarse enseguida porque, pese a la confusión, cada hombre sabía cuál era su sitio. Kineas levantó la mano y Niceas dio el alto.

Kineas azuzó a su caballo de batalla con las rodillas y los talones, y el poderoso corcel salió con gran rapidez de la formación. Obe diciendo a una presión más suave, el caballo trazó una larga curva mientras se ponía al galope, de modo que Kineas cabalgó rodeando el romboide por el flanco izquierdo, buscando confusión, errores, puntos débiles.

Cabalgó hasta completar la vuelta entera y luego se detuvo de cara a ellos.

—¡Toca a formar por escuadrones! —le gritó a Niceas.

Muchos hombres comenzaron a moverse antes de que Niceas tuviera tiempo de llevarse la pesada trompeta a los labios. Era un mal hábito, algo sobre lo que había que trabajar, pero la ejecución de la maniobra fue correcta. Los cuatro escuadrones, separados entre sí por un intervalo con la anchura de cuatro jinetes, formaron a lo largo del borde del camino que discurría hacia el norte.

Una vez más, Kineas no disimuló su placer. Cabalgó hasta Diodoro, montado al frente de su escuadrón, y se dieron un fuerte apretón de manos.

—Buen trabajo —le dijo en voz alta.

Diodoro no era muy dado a grandes sonrisas, pero dio la impresión de que sus labios podían llegar a separarse.

Mientras los hoplitas marchaban unánimemente colina arriba y comenzaban a desplegar su columna para formar en falange a lo largo del camino, Kineas cabalgó junto a las filas de hippeis como si pasara revista, si bien su cabalgada fue más una concatenación de felicitaciones; jefes de escuadrón, hiperetas, soldados que habían demostrado notable mejoría o que poseían un talento innato. En el tercer batallón se encontraban los nuevos reclutas que Niceas había traído de Heraclea, y Kineas los saludó al pasar; sólo eran seis hombres, pero su experiencia ya había demostrado su efectividad.

Luego regresó al centro de las líneas y se arrodilló sobre el lomo de su caballo; un truco infantil pero muy útil cuando te nías que dirigirte a la tropa. Los hoplitas se quitaron los pesados escudos del hombro y los apoyaron en el suelo, clavaron sus lanzas y se apoyaron en ellas para descansar.

—¡Caballeros de Olbia! —gritó Kineas.

Los caballos se movían y piafaban, y unos cuantos tiraron de las riendas para que les dejaran comer hierba, pero los hombres de la ciudad estaban callados y quietos. El viento soplaba cálido del sur, secando la tierra, y el sol arrancaba destellos de bronce, plata y oro en las filas.

El silencio creció. Los envolvió como algo palpable, como si estuvieran dentro de una burbuja de eternidad. Fue uno de esos momentos que los hombres rememoran junto al fuego en la vejez; toda la escena parecía metida en un cristal.

De repente, la elaborada retórica de Kineas no bastaba para glosar la jornada. Los hoplitas y los hippeis juntos presentaban un aspecto magnífico. Elevó una plegaria a Atenea en su cora zón y levantó la mano señalando hacia Olbia.

—Allí está vuestra ciudad. Aquí, junto a vosotros, vuestros conciudadanos, hoplitas e hippeis juntos. Éstos son vuestros camaradas. ¡Miradlos! Mirad a izquierda y derecha. Éstos son vuestros hermanos.

Las palabras le llegaban del aire y su voz transmitía aquella serenidad tan poco natural.

—Se avecina una guerra —prosiguió. Miró hacia el horizonte occidental de la estepa, como si el ejército de Zoprionte fuera a aparecer en cualquier momento—. El destino de la ciudad está en manos de los dioses, pero también en las vuestras, en las manos de cada hombre presente aquí.

Contempló las líneas de un extremo al otro y se encontró con que no podía controlar la voz. Tenía la garganta seca y los ojos le escocían, y la imagen que tenía ante sí fluctuaba y devenía borrosa en sus ojos llenos de lágrimas. Aguardó en silencio a que el momento pasara.

—Zoprionte piensa que será una campaña rápida, una conquista fácil. Yo pienso que, con la ayuda de los dioses, lo detendremos en la llanura de hierba y lo mandaremos de vuelta a Macedonia. Ése es el motivo por el que habéis dedicado el invierno a la instrucción. Ésa es la razón por la que ahora estáis aquí en vez de arando vuestros campos.

El silencio no se alteró, como tampoco la quietud. Resultaba sobrecogedor. El viento de la llanura de hierba alborotaba la crin de su caballo, y alcanzaba a oír el roce de los pelos entre sí.

—Yo he servido a Macedonia —dijo el fin—. En Macedonia dicen que Grecia está acabada. Que amamos la belleza más que la guerra. Que somos blandos. Que nuestro sitio está en su imperio. —Levantó la voz—. Pero yo digo: ¿qué hay más hermoso que esto, que servir con tus camaradas, que resistir a su lado cuando los escudos resuenan? —Y citando al Poeta, agregó—: Amigos míos, argivos uno y todos, los buenos, los malos y los mediocres, pues aún no ha habido combate alguno en el que todos tuvieran la misma destreza, ahora hay trabajo de sobra para todos, como bien sabéis. Ved que ninguno de vosotros salga huyendo, intimidado por los gritos del enemigo: marchad adelante y teneos unos a otros en el corazón, y así sea que Zeus Olímpico, el señor del rayo, nos conceda rechazar a nuestros enemigos y enviarlos lejos de nuestra ciudad.

El sonido de tan conocidas palabras, el discurso de Ajax que los escolares aprendían de memoria, suscitó una reacción en forma de vítores; primero los hoplitas y luego todos ellos, de modo que los hoplitas se pusieron a golpear sus escudos con las lanzas y las espadas de los jinetes resonaron contra sus petos: un estruendo ominoso, la aclamación de Ares.

Kineas no estaba acostumbrado a que le ovacionaran. Sintió el daimon que se adueñaba de él en combate, de modo que se le hinchó el pecho y se sintió más vivo, y se preguntó si aquello sería lo que sentía Alejandro cada día.

Entonces volvió la cabeza, un tanto avergonzado, y llamó a Niceas, que acudió al trote desde la formación.

—Toca: todos los capitanes.

Niceas hizo sonar la trompeta. Los jefes de escuadrón y sus hiperetas salieron al trote de las entusiastas filas y se detuvieron en una hilera ordenada.

—Caballeros... —comenzó Kineas. Se quitó el casco y se enjugó los ojos. Varios oficiales hicieron lo mismo. Nicomedes los miró sin una lágrima y dijo:

—No me extraña que digan que los griegos son emotivos.

Menón se acercó a pie, envuelto en su gran manto negro.

—Bonito discurso. Un discurso jodidamente bueno. Vaya mos a matar algo.

Kineas carraspeó mientras los demás hombres reían entre dientes.

—Me voy al mar de hierba. Menón queda al mando mientras yo esté ausente.

Diodoro tiene el mando de los hippeis. —Los miró a todos—. Escuchadme, caballeros. El arconte ahora es un hombre desesperado, teme esta guerra tanto como os teme a vosotros. Os pido que tengáis cuidado con lo que digáis y hagáis en la asamblea. Os pido que no le provoquéis en mi ausencia; de hecho, os pido que no le provoquéis hasta que le hayamos visto la espalda a Zoprionte.

Menón escupió. Cleito asintió. Nicomedes hizo una mueca, encogió los hombros y dijo:

—¡Pero si es mi pasatiempo!

Kineas le miró a los ojos hasta lograr que apartara la mirada.

—Convierte el mando de tu escuadrón en tu distracción. —Miró a los demás a los ojos y prosiguió—: No os engaños pensando que por tener un escuadrón de caballería competente y unos cuantos buenos hoplitas ya tenemos un ejército. Zoprionte sí tiene un ejército. Nosotros tenemos un diezmo de sus fuerzas. Sólo estaremos en condiciones de hacer frente a Zoprionte si los sakje están de acuerdo con nuestro plan. Incluso con su apoyo, aunque el rey nos envíe a todos sus combatientes, las pasaremos moradas para salvar nuestra ciudad.

Ajax se sonrojó, pero su voz reflejó convencimiento:

—He sentido que tenía un dios a mi lado mientras hablabas —dijo.

Kineas se encogió de hombros.

—No puedo hablar de dioses aunque los venero. Pero puedo decir que he visto a un puñado de hombres competentes hacer pedazos a un ejército de multitudes. Vuestros hombres parecen buenos. Hacedlos mejores. No permitáis que olviden lo que se nos viene encima, pero tampoco les metáis tanto miedo cómo para que cojan un barco y se hagan a la mar. Esto es lo que tenía previsto decir esta mañana, pero han sido otras palabras las que han llenado mi garganta.

Se guardó de decir que el pequeño ejército había sido macedonio y que las multitudes habían sido los medos. Kineas se volvió hacia Diodoro.

—Me llevaré el primer escuadrón, según lo acordado. ¿Continuarás sin nosotros?

—He planeado una jornada muy larga —dijo Diodoro con una pícara sonrisa—. Estoy convencido de que muchos de ellos desearán estar cruzando el mar de hierba contigo cuando se ponga el sol. ¡Buen viaje!

Se desearon mutuamente que los dioses les acompañaran y se dieron un fuerte apretón de manos. Luego Kineas y el primer escuadrón cambiaron los caballos de batalla por monturas más ligeras, formaron una columna y enfilaron el camino del norte hacia el mar de hierba.

Kineas llevaba consigo a todos los hombres más jóvenes, con Leuconte al mando y un serio Eumenes como hipereta. Cleomenes había armado un barco y desertado, dejando a su hijo una casa vacía y una reputación arruinada. Eumenes lo sobrellevaba con dignidad. De hecho, parecía más feliz..., o más libre.

Kineas les dijo que llevarían una vida dura, y lo dijo muy en serio. Sólo contaban con diez esclavos para cincuenta hombres. Kineas había dispuesto que todos los esclavos viajaran montados.

Igual que en el primer viaje en busca de los sakje, los mantuvo ocupados desde el mismo momento en que se separaron de Diodoro, enviando patrullas de exploradores a los herbazales, efectuando simulacros de ataques contra rediles vacíos, escaramuzas contra taludes que se alzaban en la llanura, cuyas pendientes mostraban la tierra negra, hasta que el suelo quedaba lleno de jabalinas y Eumenes hacía la consabida broma sobre coser dientes de dragón y recoger lanzas.

Kineas estaba ansioso por avanzar hacia el gran meandro, ansioso por encontrar a Srayanka, y, sin embargo, vacilaba porque le asaltaban todas las dudas que se había planteado a lo largo del invierno. ¿Resistiría la ciudad que habían dejado atrás? ¿Se mantendría firme el arconte? ¿Desertarían los ciudadanos?

¿Serían irreales las expectativas puestas en el reencuentro con doña Srayanka?

Cincuenta hombres jóvenes con tantas preguntas le dieron mucho con que distraerse, igual que Filocles, cuyas preguntas rivalizaban con las incesantes de los demás. Al final de la primera jornada, Kineas se sentía como un boxeador que hubiese pasado el día enteró parando golpes.

—Haces demasiadas preguntas —le gruñó Kineas al espartano.

—¿Sabes qué?, no eres el primero que me lo dice —dijo Filocles riendo—. Pero te estoy prestando un servicio y deberías ser más agradecido.

—Bah... Menudo servicio.

Kineas observaba a sus exploradores, que avanzaban unos cuantos estadios por delante de la columna: una línea de escaramuza bastante aceptable.

—Si no fuese por mí, no harías más que montar soñando con tu amazona. — Filocles se rió—. No está mal, para haber hecho el juego de palabras sin querer.

Kineas seguía pendiente de los exploradores. A lo lejos divisó un destello rojo. ¿El gorro de Ataelo? Llamó a Leuconte y le mandó que revisara la formación de la columna; los muchachos tenían una tendencia natural a desordenarse. Luego se volvió de nuevo hacia Filocles.

—¿Me decías algo?

El hombretón sacudió la cabeza.

—Sólo el mejor chiste que he hecho en..., da igual.

Kineas tiró de las riendas y oteó el horizonte haciendo visera con la mano.

—¿Me lo cuentas otra vez?

Filocles apretó los labios y negó con la cabeza.

—¿Sabes?, hay cosas que es mejor cogerlas al vuelo o dejarlas correr.

Kineas entrecerró los ojos.

—¿De qué estás hablando? ¿De caza?



Filocles levantó las manos como si implorase la intercesión de los dioses, y luego hizo girar a su caballo y regresó a la columna.

Acamparon en campo abierto, donde un arroyuelo había excavado un profundo barranco que surcaba la llanura. El valle en miniatura estaba lleno de arbolillos y caza mayor, y Eumenes salió con tres amigos a abatir a una gran hembra de gamo. Como buenos caballeros, antes de matarla se aseguraron de que no estuviera preñada; matar a una hembra de gamo preñada sería un mal agüero o, peor aún, una ofensa. La hembra de gamo no daba para que comieran setenta hombres, pero la carne fresca sirvió para sazonar el rancho. La velada tuvo más el aire de un festejo que el de un campo de instrucción.

—Demasiados esclavos del demonio, y los chicos ya se están levantando tarde —dijo Niceas. Su viaje de reclutamiento a Heraclea no le había endulzado el carácter.

—Te he visto un montón de veces acostarte tarde y beber más de la cuenta el primer día de campaña —dijo Kineas mientras le pasaba una copa de vino a su hipereta.

—Soy un veterano —dijo el hombre de más edad. Se pellizcó los músculos de la juntura entre el cuello y los hombros—. Un veterano viejo. Hades, las correas del peto cortan como cuchillos.—Estaba observando a Eumenes, que hacía las delicias de los más jóvenes contándoles la expedición que habían efectuado en invierno—. Seguro que él ni las nota.

—¿No estarás prendado de él, verdad? —preguntó Kineas. Hizo el comentario en broma y maldijo para sus adentros cuando vio que había dado en el clavo—. Caray, Niceas... Si es lo bastante joven como para ser tu hijo.

Niceas se encogió de hombros y dijo:

—No hay peor tonto que un tonto viejo.

Miró hacia el fuego, pero sus ojos no tardaron en volverse de nuevo hacia Eumenes, que aún actuaba para sus amigos. Igual que Ajax, era guapo: gallardo, viril, valiente.

—Mantén tu cabeza en la guerra —dijo Kineas. Procuró hacer la observación con un tono ligero.

Niceas le dedicó una sonrisa torcida.

—Mira quién habla. Tú verás a tu potranca mañana, y entonces ni te darás cuenta de que los demás existimos hasta..., yo qué sé, hasta que estemos todos muertos.

Kineas se puso tenso.

—Procuraré reservar algo de tiempo para pensar en otros asuntos —contestó intentando mantener el tono desenfadado.

—No seas capullo —dijo Niceas—. No es mi intención ofender..., no demasiado, al menos, pero algunos chicos piensan que estamos en esta jodida guerra para que puedas montar a esa chica, y por más que el Poeta esté lleno de cosas de ese estilo, de

poco servirá si acabamos todos muertos. —La sonrisa torcida reapareció—. Tu discurso de hoy me ha gustado. Hades, si hasta yo he percibido la gracia, fuera lo que fuese. No diría que fuesen los dioses, pero tampoco que no lo fueran.

Cogió la copa de Kineas y se la volvió a llenar.

Filocles extendió su manto y se dejó caer encima con un golpe sordo.

—¿Conversación privada? —preguntó cuando ya era tarde para que le eludieran.

—No —dijo Kineas. Resultaba curioso constatar la poca autoridad que parecía tener junto al fuego de campo—. Es decir, sí, pero eres tan bienvenido como mis otros amigos para criticar mi vida amorosa.

El espartano y el hipereta cruzaron una mirada. Ambos sonrieron.

Kineas los miró y se puso de pie.

—Afrodita se os lleve —gruñó—. Me voy a la cama.

Filocles indicó su manto con un ademán del brazo.

—Yo ya estoy en la mía.

Kineas se envolvió con el suyo y durmió entre ellos dos junto al fuego. No hablaron más pero permaneció un buen rato despierto.

*Había una lechuza, y estaba decidido a atraparla, aunque no sabía por qué. Montaba su caballo —una gran bestia a la que no quería mirar a través de la infinita llanura de ceniza. Había ceniza por todas partes, y devoraba todos los colores, de modo que tenía la impresión de estar montando en una oscura penumbra estival, con todos los colores ocultos por el manto de la noche. Y aun así el caballo —si es que era un caballo— galopaba a través de la llanura.*

*Cuando divisó el río a lo lejos sintió miedo, tan agudo y absoluto como el primer miedo que hubiera sentido alguna vez. A la bestia que llevaba entre las piernas le traían sin cuidado sus miedos y seguía corriendo, derecha hacia el vado arenoso a los pies de la ladera.*

*Levantó la cabeza y vio la luz tenue y trémula que cabrilleaba en el oscuro mar, y supo que volvía a estar en el campo de Issos. Había cuerpos en torno al vado, hombres y caballos mezclados, y los hombres habían sido mutilados.*

*Los cascos de su montura hacían crujir la grava de la cuesta que bajaba a la orilla —agua negra y quieta que no reflejaba estrellas.*

*»Había estado dando caza a una lechuza. ¿Dónde estaba la lechuza? Se volvió y miró hacia la derecha, donde el segundo taxeis debería haber atravesado la pared de mercenarios, pero sólo había cadáveres, ceniza y olor a humo, y luego vio una figura alada que se alzaba perfilada contra la tierra alta. Tiró de las riendas de la bestia, presa de la desesperación, mientras aquello se zambullía con gran estrépito en el vado.*

*«No cruces el río», dijo Kam Baqca. La voz fue clara y serena, y la bestia se*

volvió, chapoteando por los márgenes del río, y las gotas negras se elevaron lentamente por el aire y quemaban como el hielo cuando tocaban la piel, y entonces estaba galopando lejos del agua —si es que era agua—, por el campo de los muertos, y la lechuza descendía trazando una espiral hacia él como si fuese su presa.

Su bestia respingó —la primera vez que había tropezado en su alocada carrera— y él bajó la vista hacia el suelo, donde yacía el cuerpo roto de Alejandro con el rostro cubierto por una sonriente máscara de oro. A su alrededor yacían los cuerpos de sus compañeros.

«Esto no es lo que ocurrió», protestó alguna parte racional de su mente. Pero el pensamiento se esfumó.

La lechuza bajaba en picado. La vio por el rabillo del ojo y volvió la cabeza para ver cómo se clavaban las garras en su rostro, a través de su rostro, la lechuza fundiéndose con su carne como la hoja de una espada al hundirse en su víctima. Gritó..., y estaba volando. Él era la lechuza. La bestia había desaparecido —o la bestia también era uno con el ave y el hombre—. Las grandes alas marrones se agitaban, y él vigilaba la tierra desde lo alto y sabía dónde vivía su presa, veía todo movimiento mortal en la llanura de ceniza. Se alzó con el viento del mundo bajo las alas y entonces las batió con fuerza, sin cansancio, por encima de las colinas que limitaban el campo de batalla de Issos hasta que estuvo fuera de la llanura de ceniza y sobrevoló el mundo de los hombres, y siguió ascendiendo hasta que alcanzó a ver la curva del mar desde Alejandría hasta Tiro, y luego se dejó caer con la larga curva de una flecha pasando Tiro, Quíos y Lesbos, pasadas las ruinas de Troya, pasado el Helesponto, hasta que aminoró su descenso y se demoró sobre la llanura de hierba, y en la distancia vio el árbol creciendo para dar sombra al mundo entero, y, sin embargo, parecía crecer de una única tienda en la llanura. Planeó hasta el árbol y cuando sus espolones se clavaron en la mullida corteza...

Despertó y echó en falta el calor de su hipereta contra el costado derecho. Oyó a Niceas, que reprendía a alguien, y voces jóvenes rompieron a reír; pensó que ya era hora de levantarse. Entonces la enormidad del sueño se le vino encima, y se quedó tendido, tratando de verlo todo otra vez. Aterrado por lo ajenos que le resultaban sus pensamientos, tiritaba no sólo por el frío de la mañana; se arrimó al fuego y uno de los muchachos de Eumenes le llevó un cuenco de vino caliente.

—Agatón —dijo, recordando el nombre del chico.

El muchacho sonrió.

—¿Te traigo algo más? Hemos dormido al raso como soldados de verdad; ¡no ha hecho nada de frío!

Kineas no estaba para demasiado entusiasmo adolescente tan temprano por la mañana. Se bebió el resto del vino caliente y se arrebujó con el manto. En el tiempo

que el sol tardó en sacar del todo su bola de fuego por encima del horizonte, estaban montados, el aliento flotando como pálidas columnas de humo en el aire frío primaveral, y el sueño, con todos sus vínculos con el otro mundo, volvió a quedar borrado por un contrahechizo de trabajo.

Kineas hizo una seña a Ataelo para que se acercara. Con la excepción de sus vanos intentos por aprender la lengua sakje durante el invierno, Kineas había visto muy poco al escita. Lo saludó con una franca sonrisa.

Ataelo parecía tenso. Kineas no recordaba haberlo visto nunca tan reservado.

—¿Encontraremos el campamento sakje hoy? —preguntó al explorador.

Ataelo hizo una mueca.

—Sí —contestó—. Segunda hora después de que el sol esté alto, a no ser que estuvieran para moverse.

No daba la impresión de estar contento con esa perspectiva. Kineas se frotó la barba.

—Muy bien, pues. Te seguimos.

Ataelo le miró muy serio.

—La dama, para esperar dos semanas a ti —dijo, y suspiró pesadamente.

—¿Quieres decir que quizá se haya ido? —dijo Kineas con inquietud. El griego de Ataelo había mejorado considerablemente durante el invierno. Su vocabulario era mucho más amplio, aunque su gramática, más o menos la misma. A veces aún costaba entenderle.

—No para marchar —dijo Ataelo cansinamente—. Para esperar.

Sacudió las riendas, tocó con la fusta los flancos de su poni y echó a galopar por la hierba. Kineas se quedó preocupado.

Filocles se unió a Kineas cuando la columna comenzó el avance.

—¿Qué le ha pasado?

Kineas le quitó importancia con un ademán.

—Nuestro escita está nervioso porque llegamos tarde.

—Hummm —dijo el espartano—. Es cierto que llegamos tarde. Y me da que la dama no es la clase de jefe a quien le gusta esperar.

Kineas se apartó de la columna, hizo una seña a Leuconte para que se aproximara y ladró una retahíla de órdenes que hizo que toda la tropa formara una línea de escaramuza de dos esta dios de anchura. Cuando la línea avanzaba a buen ritmo, cabalgó de nuevo hasta Filocles, que como de costumbre no participaba en las maniobras.

—Comprenderá que me haya re trasado —dijo Kineas—. Igual que el rey.

El espartano frunció los labios.

—Escucha, hiparco. Si tú estuvieras esperándola y llevaras dos semanas de plantón mientras ella entrenaba a su caballería...

Enarcó una ceja. Kineas observaba la línea de escaramuza, que mantenía la formación bastante bien.

—Yo no...

—Tú no piensas en ella como en otro jefe. Piensas en ella como si fuese una chica griega con cierta destreza para la equitación. Más vale que lo aceptes, hermano. Ella ha tenido que soportar dos semanas de pullas de sus soldados viéndola aguardar como una yegua en celo a su semental; apuesto a que ha sido así. Mira lo bien que aguantas tú nuestras bromas.

La sección izquierda de la línea de escaramuza se estaba apelotonando ya que los jinetes charlaban mientras cabalgaban. Montar manteniendo la longitud de un caballo entre cada dos hileras requería práctica, y la línea estaba comenzando a desmembrarse.

—Toca alto —bramó Kineas a Niceas. Y a Filocles le dijo—: Quizá ni siquiera me desea.

El espartano no se inmutó.

—Ése sería un problema completamente distinto, pero cabe suponer que, si no te deseara, Ataelo no mostraría tanta preocupación.

Kineas observó los extremos de la línea de escaramuza que galopaban hacia el centro para formar según las órdenes de su comandante.

—Como siempre, tendré presente tu consejo.

Filocles asintió.

—Discúlpate ante ella como lo harías ante un hombre.

Kineas se rascó la barba.

—Dame una patada cuando veas que la pifio.

Salió a medio galope hacia el grupo de mando para comentar la línea de escaramuza.

Divisaron a los primeros exploradores a media mañana; oscuros centauros en el horizonte que desaparecieron entre un batir de cascos. Hallaron el campamento por la tarde, tal como había predicho Ataelo. A Kineas se le hizo un nudo en el estómago al ver los carros, y apretó los lomos del caballo con las rodillas hasta que el animal se puso a respingar levantando las patas traseras. Había unos cuantos jinetes junto al campamento y otro grupo reunido a orillas del río.

Los jinetes fueron a su encuentro al galope; dos jóvenes resplandecientes con su traje de cuero rojo y adornos de oro destellando al sol, que corrieron hasta la cabeza de la columna, saludaron con la mano y volvieron a marcharse veloces, aullando como perros. Condujeron a sus caballos derechos hasta el grupo de la orilla.

Kineas llevó a su columna por la hierba alta hasta el límite del campamento y dio el alto. Se quedó sentado al frente de la columna, sintiéndose estúpido porque no

sabía qué hacer. Ha bía esperado que ella fuera a recibirle. En cambio, vio que se estaba celebrando una competición de tiro con arco.

—Tiro al arco —dijo Ataelo a su lado—. La dama es la próxima. ¿Ves?

Kineas la vio. ¿Cómo no se había fijado en ella? Srayanka montaba una yegua gris al borde del agua con un arco en la mano, la chaqueta medio quitada de modo que un pecho quedaba desnudo al cálido sol de primavera, la manga dejada caer, un hombro desnudo hasta la gargantilla de oro. Llevaba el pelo recogido en dos gruesas trenzas y cuando volvió la cabeza, Kineas vio sus pobladas cejas y la expresión de su rostro.

«Éste es su aspecto —pensó—. Sí.»

—Aguarda aquí —dijo. Niceas. Hizo una seña a Ataelo para que le atendiera y tocó a su caballo con la fusta, la fusta de Sra yanka, y fue a medio galope por la hierba alta hasta ella.

Un hombre estaba tirando. Mientras Kineas tiraba de las riendas, el hombre azuzó a su caballo con las rodillas, primero a medio galope, luego a galope tendido por la hierba baja de la orilla del agua. Se inclinó sobre el cuello de su caballo y tiró una flecha contra una gavilla de hierba. Una segunda flecha apareció en sus dedos y la disparó a bocajarro; se inclinó tanto hacia un lado de su poni que la punta de la flecha casi rozó el blanco cuando la tiró, y una vez pasado el blanco, se volvió en la silla con una tercera flecha en posición, tensando el arco y lanzando en un solo movimiento fluido. El último lanzamiento quedó suspendido en el viento un momento, la flecha visible como una raya negra antes de clavarse en el suelo a una braza de la diana. Los demás sakje silbaron y lanzaron vítores.

Kineas volvió la vista hacia Srayanka, que suspiró profundamente con todo el cuerpo concentrado en el blanco de hierba tal como un perro de caza vigilaría a un venado herido. Igual que un hombre, había dicho Filocles. Su pecho visible y la línea de su musculoso hombro hasta el cuello eran como los de una Atenea de Fidias, sólo que el escultor ateniense nunca habría imaginado que el rostro de una mujer pudiera tener semejante expresión: dura y resuelta en su propósito.

Kineas guardó silencio.

Sin apartar la mirada clavó los talones en las ijadas de su yegua, y el caballo dio un saltó para ponerse directamente al galope. Su primera flecha estuvo en el aire con la primera zancada larga del caballo. Llevaba tres más en la manó, tomó una como un prestidigitador y la tiró, inclinada sobre el blanco tal como había hecho el hombre, con todo el cuerpo formando un ángulo imposible con el caballo, las trenzas al vuelo detrás de la cabeza, los músculos del brazo perfilados por la tensión de tirar del arco, las caderas y las piernas como un todo con su montura.

Kineas se quedó sin respiración.

Srayanka metió la última flecha en el arco y se volvió tan deprisa que dio la

impresión de que su cuerpo rotara libre de la cintura y tiró otra vez, la flecha invisible hasta que se clavó en el blanco de hierba. Y entonces, mientras sus jinetes empezaban a jalearla, sacó una quinta flecha del gorytos que llevaba a la cintura, se volvió de nuevo y tiró, estirando la parte superior del cuerpo hacia los cielos como una sacerdotisa ofreciendo una plegaria a Apolo. La flecha subió y subió hacia el cielo azul, dónde quedó suspendida como si la cogiera la manó del dios en lo más alto de su trayectoria antes de caer en picado hacia la tierra, donde atravesó la gavilla de hierba. Antes de que la flecha hiciera diana, había aflojado el pasó del caballo al tiempo que daba la vuelta para ser aclamada por los rugidos de todos sus guerreros y de los griegos que estaban en la colina.

Los vítores se prolongaron, aunque sólo había una cincuentena de espectadores, en un crescendo de gritos, agudos los de las mujeres, graves los de los hombres. Varios se le aproximaron levantando las manos con gestos de felicitación, y una mujer de más edad, su trompetera, arrimó su caballo al de ella y la abrazó.

Srayanka le entregó el arco, se volvió, metió el brazo en la manga y se abrochó la chaqueta tapando el hombro desnudo. Llevó su caballo al pasó hasta dónde se hallaba Kineas sin nada en las manos. Él aún bramaba su admiración como un buen invitado en un simposio. Detrás de él, los demás olbianos también la aclamaban.

Kineas se calló cuando tuvo cerca a Srayanka. Sus cejas eran tal como las recordaba, la nariz larga y griega, la frente alta y despejada. ¿Cómo podía haber olvidado lo grandes que eran sus ojos? ¿O las motas marrones de su iris azul oscuro?

No se le ocurría nada apropiado que decir. Tenía que decir algo.

—Dile que es la mejor tiradora que he visto jamás —dijo, con voz clara y serena. Le sorprendió haber sido capaz de hablar.

Ataelo habló en sakje. Kineas sabía suficientes palabras para comprobar que su cumplido se transmitía sin más adornos.

Srayanka enarcó una ceja y contestó. Ataelo sin apartar los ojos de Kineas.

—Dice que cargó los carros para marcharse. Que nos vio venir. Pregunta si estás listó para montar ó si necesitas más descansó.

Kineas no le quitaba los ojos de encima.

—Dile que siento mucho haber llegado tarde.

Ataelo habló. Esta vez se extendió un poco. Srayanka levantó una manó para hacerle callar. Hizo avanzar a su yegua.

El semental de Kineas torció los labios descubriendo los dientes y olisqueó, estirando el cuello hacia la yegua tanto como pudo pese a que Kineas sujetaba las riendas con manó firme.

La yegua dio un respingó y, entonces, en un abrir y cerrar de ojos, volvió la cabeza y mordisqueó el cuello del caballo de Kineas haciéndole respingar y encabritarse, y Kineas tuvo que hacer un esfuerzo para no caer de la silla.

Srayanka habló. Kineas entendió dos palabras que conocía: yegua y semental.

Los guerreros sakje rieron. Uno de ellos rió tanto que se cayó al suelo, y señalando a Kineas se echó a reír otra vez.

Kineas dominó a su caballo y se volvió hacia Ataelo. Notaba que tenía el rostro encendido. Srayanka también reía con ganas.

—¿Qué ha dicho? —preguntó.

Ataelo reía con tantas ganas que tenía los ojos cerrados y ambas manos agarradas a la crin de su caballo.

—¿Qué ha dicho? —insistió Kineas, esta vez con la voz que empleaba en el campo de batalla.

Ataelo borró la sonrisa de su cara y se enderezó en la silla.

—Ha hecho para broma —dijo tras vacilar un momento.

Los sakje seguían riendo. Peor aún, alguien que sabía un poco de sakje había traducido la broma a los olbianos. Los hombres mayores procuraban disimular su risa, pero los más jóvenes eran incapaces de dominarse a sí mismos.

—Eso ya lo veo —espetó Kineas.

Srayanka se volvió hacia su trompetera y le dio una retahíla de órdenes, luego miró otra vez a Kineas y éste vio el brillo azul oscuro de sus ojos buscando los suyos con una sonrisa. «No seas idiota», se dijo. sí mismo. Pero por dentro bullía de indignación y no logró devolverle la sonrisa.

—Cuéntame esa broma —le dijo. Ataelo.

Ataelo hacía lo posible por sofocar la risa. Jadeaba como un perro, daba palmadas a su caballo, pero finalmente se dio por vencido y se deshizo en carcajadas con los brazos cruzados sobre el pecho.

Kineas miró la espalda de Srayanka, que se alejaba; estaba reuniendo a sus jinetes y gritando órdenes, y un grupo de hombres más jóvenes enganchaban los bueyes a los carros. Casi todas las risas habían cesado entre los sakje, pero aún se extendían entre los olbianos a medida que la broma traducida iba pasando de fila en fila.

Kineas fue al trote hasta Niceas, que estaba montado en su caballo de batalla toqueteándose el amuleto con una expresión petrificada y consciente de sus obligaciones, que Kineas conocía muy bien. Kineas habló sin levantar la voz, con firmeza, cómo si no hubiese ocurrido nada.

—Que todos cambien los caballos de batalla por los de viaje. Abrevad a todos los animales en el río; pan y queso en la silla.

Niceas asintió, cómo si no se atreviera a hablar.

Filocles sonreía de oreja a oreja. Se apartó de la columna en cuanto Niceas se puso a gritar órdenes. Leuconte cabalgaba a su lado, rojo cómo un tomate, evitando los ojos de Kineas. En realidad, ninguno de los hombres miraba a los ojos de Kineas. Eumenes aún se reía.



Ataelo se acercó y le tocó el codo. Estaba sonriente.

—Ella dice..., quizá yegua... —se echó a reír otra vez, pero se las arregló para graznar—: en celó, hace dos semanas.

Kineas tuvo que reconstruir la frase y entonces una lenta sonrisa alteró la adusta expresión de su semblante.

Antes de que el sol hubiese avanzado otro palmó a través del mar de hierba, la columna entera, sakje y olbiana, había montado y enfilaba hacia el norte. Kineas cambió de caballo y fueamed i ógalopehastalacabezadelacolum n a, d óndeS r a yankacabalgaba juntó a su trompetera, una mujer mayor de mirada dura, con la piel como el cuero y brillante peló rojo cómo el de Diodoro, a quien Kineas recordaba del verano anterior.

Srayanka le sonrió al verle aproximarse; la mejor sonrisa que jamás le había dedicado. Dio un empujoncito a su trompetera y habló a Ataelo. Detrás de él, las primeras filas de sakje reían con disimuló.

—Ella dice: ¿dónde está tu semental, Kineax?

—Dile que mi semental está demasiado triste para que lo monten. Desesperado; ¿sabes decir «desesperado»?

Kineas estaba en clara desventaja a causa de la traducción. Ataelo negó con la cabeza.

—¿Qué es desesperado? ¿Algo malo?

—Tan triste que no puedes comer —dijo Kineas.

—¡Ah, enfermó de amor!

Ataelo rió y se puso a hablar enseguida para que Kineas no le interrumpiera. Los sakje volvieron a reír con disimuló, y un hombretón de peló negro que iba detrás de Kineas se inclinó hacia delante y le dio una palmada en el hombro.

Srayanka se volvió y acarició el rostro de Kineas. El gestó le pilló por sorpresa; ella era así de rápida, y como él se apartó, faltó poco para que no lo tocara.

Ataelo rió con el restó de los sakje y luego dijo:

—Dice: no te preocupes. Dice... —y se interrumpió para reír otra vez—, dice quizá yegua en celó otra vez, dentro de unas dos semanas.

Kineas notó que se ponía rojo. Sonrió a Srayanka y ésta le sonrió a su vez. La mirada se prolongó más de la cuenta. Kineas decidió que ya era hora de cambiar de tema.

—Pregúntale si el rey está listo para la guerra —dijo.

La risa de los sakje cesó. Ella contestó con pocas palabras. Cambió de cara, recobró la dura mirada que lucía al tirar con el arco.

—Dice que ella no habla para el rey. Ella viene a guiar. Dice: no hablar de guerra hasta que llegar para rey.

Ataelo le miraba suplicando que lo entendiera. Kineas asintió, pero prosiguió:

—Tengo novedades del ejército de Zoprionte. Es muy grande y está listo para marchar.

Resultaba irritante tener que escuchar la vacilante traducción de Ataelo y luego su respuesta. Ataelo se volvió hacia él.

—Dice que el rey tiene muchas cosas para hablar. Mucho hablar. Que ella no puede hablar para el rey.

—Dile que lo entiendo.

Kineas hizo señas a Srayanka para darle a entender que lo comprendía. Ella le contestó directamente. Kineas entendió «getas» y «Zoprionte» y el verbo que significaba «cabalgar».

—Dice que en la hierba ya hay pisadas de cascos de los getas. Dice que sabe que Zoprionte está listo para cabalgar. —Ataelo se secó la frente con la manga—. Yo digo que para hablar, este hablar es trabajo duro —agregó con una risa atribulada.

Kineas captó la indirecta y se reunió con sus hombres.

La columna avanzaba deprisa, y la tierra pasó a ser llana, la estepa infinita más verde con cada nuevo día cálido, extendiéndose entre el horizonte a su izquierda y el río serpenteante. A veces lo tenían a sus pies, y a veces discurría en lontananza a su derecha formando largos meandros. Esos meandros eran el único indicador de su avance: de no ser por ellos, la monotonía del paisaje les habría dado la impresión de estar parados. Cuando el río se perdía de vista, la llanura de hierba y el azul impoluto del cielo se extendían sin cambios en todas direcciones, como un cuenco azul invertido sobre un cuenco verde. Tal inmensidad incomodaba a los griegos. El tiempo parecía detenido.

No obstante, el segundo día la vida de la columna ya era pura rutina: levantarse con el frío que precedía al alba, agradecer el calor del caballo al montarlo por primera vez, una comida rápida con los primeros rayos del nuevo sol y luego horas al paso y al trote a través de la hierba que, una vez pisoteada tras su paso, formaba una senda recta como el vuelo de una flecha tras ellos, y la hierba virgen delante hasta donde la vista alcanzaba.

Todo era diferente. Los exploradores de Srayanka elegían el lugar donde detenerse cada noche, siempre cerca del agua y, a menudo, a la sombra de los árboles a la orilla del río, y se encendían hogueras para combatir el frío. El fruto de la caza del día se asaba en espetones de hierro, y los guerreros contaban historias o se picaban en enconadas competiciones. Carreras de caballos, combates de lucha, tiro al arco, competiciones de fuerza y memoria, ingenio y destreza llenaban la velada desde el último alto hasta que se apagaban las hogueras.

De entrada los olbiosos se abstuvieron de participar, pero la segunda noche Niceas luchó contra Parshtaevalt, el escita de pelo negro que había demostrado interés por todas las cosas griegas. Luego Eumenes echó una carrera con su mejor

poni contra la trompetera de Srayanka, y perdió la carrera y el poni.

La tercera velada se convirtió en una suerte de olimpiada ecuestre, con carreras de caballos, una docena de combates de lucha y nuevas disciplinas: boxeo y carreras de atletismo. Los sakje eran tan malos a pie como buenos a caballo. Su idea del boxeo aún resultó más extraña. Los sakje montaban combates que parecían similares, en los que dos contendientes se enfrentaban cara a cara y se golpeaban por turnos hasta que el más débil caía o se daba por vencido. Leuconte, un boxeador aceptable, creyó que estaba presenciando la disciplina griega y comenzó a parar golpes, para gran consternación de su oponente y de buena parte del público, y Kineas tuvo que explicar las reglas del boxeo a Srayanka por medio de Eumenes y Ataelo, y luego él y Leuconte hicieron una demostración.

Leuconte era un hombre robusto, de constitución fuerte y bien entrenado, pero carecía de la rapidez y la gracia de Ajax o Kineas. Kineas prolongó el combate, tanto por salvar la vanidad de Leuconte como en beneficio del público, pero cuando paró el mejor puñetazo de Leuconte y respondió con una ráfaga de golpes tan rápidos que fue imposible contarlos en la luz mortecina, los espectadores, sakje y griegos por igual, gritaron con entusiasmo. Leuconte cayó.

Luego, a la luz de las teas, Filocles y un puñado de hombres lanzaron piedras del río. Eran tiros de distancia y discutieron las reglas, ¿valía si rebotaban?, hasta que Kineas temió que acabaran poniéndose violentos y ordenó a los olbianos que se acostaran.

El cuarto día transcurrió como los anteriores; la caballería olbiana entrenaba: hacía escaramuzas y prácticas de formación, y los sakje observaban y abucheaban, o cazaban o cabalgaban en silencio sumidos en sus pensamientos. Tras una semana en la silla, todos los soldados de Leuconte ya se habían amoldado a aquella vida tan dura: comer en la silla y cabalgar todo el día. Kineas se situó al lado del joven comandante a última hora de la tarde. Leucon te se había hecho daño en la cabeza durante el combate de boxeo, pero había dominado su genio como un caballero y todos le respetaron aún más por ello.

—Tus hombres son muy buenos —dijo Kineas—. Y tú muy buen comandante.

Leuconte sonrió atribulado ante el cumplido.

—Menos mal —dijo— pues mi carrera como boxeador olímpico parece que se ha terminado. —Luego agregó—: Pero gracias. Estoy tan orgulloso de ellos que tengo la impresión de que voy a estallar o a ponerme a cantar.

Kineas se frotó la mandíbula, que ya empezaba a estar cubierta de barba otra vez. Ya casi no le picaba.

—Sé a qué te refieres. —Miró a Leuconte—. Son buenos, ¿verdad, viejo?

Niceas llevaba a Eumenes a su lado en la columna, y miró al hipereta más joven

antes de responder.

—Mejores de lo que esperaba —dijo. Entonces, de repente sonrió—. Aunque, por supuesto, veremos de qué están hechos realmente cuando tengamos que luchar.

—No dejéis de entrenar —dijo Kineas—. Después de alcanzar la excelencia, hay que conservarla.

En la cuarta velada, Kineas se encontró lanzando jabalinas contra Niceas, Kyros y uno de los chicos más prometedores. Los sakje los miraban con curiosidad mientras los hombres cabalgaban por la pista, lanzando a derecha e izquierda. Kineas, que ya había hecho diana en todos los blancos, observaba al muchacho atentamente cuando vio que Srayanka había montado a su yegua y estaba comenzando la pista detrás del muchacho. Llevaba un arco y tiró dos veces por cada jabalina que él había lanzado, y pasó junto al último blanco, exaltada por su triunfo; los suyos la recibieron con vítores.

Kineas volvió a entrar en liza y recogió todas sus jabalinas, resuelto a responder al desafío. Pidió otras dos jabalinas a Niceas. Su hipereta lanzó una penetrante mirada a través de la penumbra hacia los espectadores sakje.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó.

—Pregúntamelo después —contestó Kineas.

Detuvo su caballo en la línea de salida y se concentró. Srayanka todavía recibía el aplauso de sus guerreros. La observó un momento y luego puso a su caballo en marcha.

El semental no había sido montado en todo el día, salvo para la primera ronda de lanzamientos, y estaba rebotante de energía. Kineas lanzó su primera jabalina desde bastante distancia, un lanzamiento difícil, pero bien ejecutado, y el pesado dardo se hundió en el cuero crudo del blanco, un escudo sakje. Lanzó la segunda justo antes de pasar la diana y oyó el ruido sordo de la punta al dar en el blanco. Sin mirar el resultado, cogió la tercera jabalina de la mano de las riendas y lanzó de lejos. Era una de las de Niceas, más ligera que las suyas. Voló alto, alcanzando el borde superior de la segunda diana y derribándola. Al galope, demasiado deprisa para pensar, cogió su cuarta jabalina e hizo que el caballo pasara por encima del escudo en vez de por el lado, sostuvo la jabalina en alto mientras ayudaba al caballo a saltar y la hundió hacia abajo con todo el peso de su brazo. Oyó la reacción del público, pero ya estaba lanzando la quinta, con todo su ser concentrado en el último blanco y su última jabalina. Iba con una zancada de retraso, había perdido un instante precioso al cambiar la jabalina de mano, y pasó de largo el escudo. Se volvió: si ella podía hacerlo, él también; y lanzó de costado al último blanco. Notó que un músculo se le salía de sitio en el cuello al lanzar y sintió el dolor al volverse de nuevo hacia la pista, pero la repentina ovación de un centenar de gargantas le dijo que el dolor había validado la pena.

Llevó a su caballo de batalla al trote hasta Niceas. Niceas sostenía el segundo escudó encima de la cabeza vociferando su aprobación. El último lanzamiento había atravesado de pleno el cuero crudo y la madera, de tal modo que la punta negra sobresalía una braza por el otro lado.

Parshtaevalt, el segundo de Srayanka, fue a su encuentro y le abrazó, gritando en sakje, y entonces Srayanka, todavía montada, le rodeó el cuello con los brazos y lo estrechó hacia sí. El público manifestaba su júbilo. Eumenes le pasó una copa de vino. Manos invisibles tejieron coronas de laurel, y Kineas se encontró recostado sobre una alfombra luciendo una de ellas, mientras Srayanka estaba sentada con la espalda apoyada en un manto enrollado luciendo la suya con el pelo suelto: parecía una ninfa musculosa.

Vieron juntos el restó de las competiciones. En un momento dado Kineas le tomó la manó, y ella se volvió hacia él, sus ojos eran grandes, las pupilas inmensas, y le acarició la palma con el pulgar. A pesar del gentío que los rodeaba, ella siguió acariciándole la manó, girándola hacia uno y otro lado a su antojo, y él comenzó a responder a su juego acariciándole el dorso de la manó, comparando los callos de la palma con la suavidad del dorso, osando tocarle el interior de la muñeca como si fuese un punto mucho más íntimo.

Era lo más cerca que habían estado de la intimidad. Ninguno de los dos dijo palabra. El tiempo pasó, y luego las competiciones terminaron y dieron paso a la bebida. Finalmente el placer del vino en la vejiga de Kineas le hizo levantarse, muy a su pesar. Miró hacia abajo, consciente de que estaba sonriendo como un tonto ó como un chico enamorado en compañía de su primera cita femenina. Ni siquiera hablaban el mismo idioma.

Ella le miró a los ojos y bajó la vista. Se rió.

—Srayanka —dijo él.

—Kineax —dijo ella.

Y ésa fue la cuarta noche.

Al día siguiente se despertó con frío y entumecido, y le dolían las manos; tenía todas las articulaciones hinchadas. Cuando levantó el brazo para abrocharse la clámide sintió dolor en el hombro derecho: el trofeo del lanzamiento de la víspera. Mandó llamar a Eumenes y Ataelo.

—Quiero mejorar mi sakje mientras cabalgamos —les dijo.

Ambos apartaron la vista, sonriendo. Pero cuando todos hubieron montado, Eumenes y Ataelo se unieron a él y comenzaron a señalar cosas —yegua, semental, cielo y hierbay a decirle los nombres en sakje. Las raíces de las palabras merodeaban al borde de lo familiar, como el persa, como formas de griego antiguo que usara el Poeta, pero las declinaciones eran diferentes y las sílabas finales sonaban bárbaras.

Kineas había comenzado su aprendizaje en invierno, pero la presión de la política y la instrucción había dado al traste con las lecciones de lengua. Ahora, con el objeto de sus lecciones a mano y nada más que hacer aparte de cabalgar y supervisar a Leuconte al frente de sus hombres, Kineas se aplicaba como un niño con un tutor.

Parshtaevalt se unió a ellos en la pausa del mediodía. Era un hombre alto, para ser sakje, de pelo negro y tez muy morena. Kineas había deducido que era pariente de Srayanka, aunque el grado de parentesco resultaba difícil de establecer: un primo por parte de madre. También era un jefe guerrero de éxito, de lo cual daban fe las cabelleras de una docena de enemigos que adornaban la manta de su silla. Tenía una inteligencia vivaz y aprendía las lecciones de lengua con facilidad. Parecía disfrutar y admirar todo lo griego.

Al cabo de una hora se alejó para regresar junto a Srayanka, que cabalgó con ellos el resto del día, nombrando cosas en griego mientras Kineas las nombraba en sakje. Al tiempo que practicaba el griego, siguió dirigiendo la columna, y Kineas tuvo ocasión de verla en acción.

Era una buena comandante. La observó separar a dos hombres que peleaban por una pierna de venado, los ojos fulminantes en contraste con la voz serena. Ambos hombres se acobardaron como si los hubieran golpeado. Se movía en torno a la columna, sabía en qué estado se encontraba cada caballo de su considerable manada y sus exploradores estaban siempre alerta. Al atardecer, hablaba con su gente cuando ganaban competiciones y cuando las perdían. Todo esto lo dedujo tan sólo mirándola. Pero aún aprendió más cosas observando a sus guerreros: el respeto, casi reverencia, con que la trataban salía a relucir en cada intercambio de palabras. Nunca rehusaba una competición, y aunque no las ganaba todas, el vencedor bien podía alardear cuando ella perdía alguna. Era la primera en la silla al despuntar el día y la última en

desmontar cuando la columna se detenía. Tenía una cara y una voz diferentes para cada guerrero de su banda, hombre o mujer: con algunos se explicaba usando las manos para poner énfasis en una cuestión, mientras que con otros se limitaba a dirigirlos.

Y toda su gente la amaba.

El sexto día Kineas habló con Parshtaevalt a través de Eumenes, aprovechando que ella había dejado la lección de lengua para ir a interrogar a un explorador. Parshtaevalt ahora cabalgaba con Kineas y Eumenes la mayor parte del tiempo, haciendo preguntas al más joven en cuanto se le ocurrían. Cuando Parshtaevalt mencionó una incursión en la que había participado un año antes, Kineas preguntó:

—¿Srayanka dirigió la incursión? ¿Contra los getas?

Ataelo tradujo la pregunta y luego puso los ojos en blanco al oír la respuesta.

—Dice: jodidos getas. Ellos quemar pueblos, tres pueblos. Para matar todos los hombres que encontraron.

Kineas asintió para indicar que lo había entendido.

—¿En cuántas acciones ha combatido? —preguntó señalando a Srayanka—. ¿Incursiones? ¿Batallas?

Eumenes tradujo la frase. Su sakje era mejor cada día.

El hombre de pelo negro bajó la vista a sus riendas y luego la subió al sol, como si buscara inspiración.

—Tantas como los días de la luna —dijo, a través de Eumenes.

—¿Treinta? —dijo Kineas en voz alta—. ¡Treinta acciones!

Filocles, que nunca se perdía una buena conversación, apareció por la parte sakje de la columna.

—Más que Leónidas —dijo.

—Más que yo —dijo Kineas.

—Y que yo —apostilló Niceas. Sonrió de oreja a oreja a Kineas—. Seré más respetuoso.

El séptimo día los exploradores dieron con una manada de venados, y un grupo mixto de cazadores, sakje y olbianos, salió en busca de carne fresca. Regresaron con seis grandes presas, y Kineas se sentó junto a Srayanka para supervisar el reparto de la carne. Los soldados sakje más jóvenes despellejaban a los animales mientras los esclavos olbianos rompían junturas y los despiezaban.

Srayanka estaba atenta a dos muchachas que despellejaban el macho más grande. Kineas la observaba. Reparó en las ganas que tenía de decir algo, o quizá de realizar la tarea ella misma, aunque no le pareció que estuvieran cometiendo ningún error.

Un trío de soldados de caballería olbianos, jóvenes y sin ninguna obligación apremiante, se habían acercado al espectáculo porque las dos muchachas sakje se

habían desnudado por completo para llevar a cabo la sangrienta tarea.

Srayanka salió de su ensimismamiento y levantó la vista cuando uno de los soldados de Olbia dijo «bárbaro» con demasiada agresividad. Se volvió hacia Kineas y enarcó una ceja.

«¿Quién necesita lenguaje?», pensó éste. Se aproximó a los hippeis.

—Caballeros, si no tenéis nada mejor que hacer, supongo que podría enseñaros algunos rudimentos de carnicería.

El más insolente de los tres, Alceo, negó con la cabeza.

—Eso es trabajo de esclavos —dijo—. Sólo estamos observando cómo se bañan en sangre estas Amazonas.

—Están despellejando al venado para aprovechar la piel, no para impresionaros con sus encantos. Circulad, si no queréis que os ponga a cortar carne.

Kineas se guardó de levantar la voz. No quería pregonar el mal comportamiento de sus hombres. Por el rabillo del ojo veía que la trompetera de Srayanka y otra media docena de sakje les estaban mirando y sacudiendo sus fustas.

Alceo se puso en jarras.

—No estoy de servicio. —Levantó la cabeza con arrogancia. Si quiero puedo mirar cómo enseñan las tetas estas bárbaras.

Sus compañeros se distanciaron de él como si estuviera apestado. Kineas echó un vistazo buscando a Niceas o Eumenes; habría preferido que otro se encargara de aquella evidente falta de disciplina. Pero ambos estaban ocupados.

Aún sin levantar la voz, Kineas dijo:

—No, no puedes. No seas tonto. Ve a almohazar a tu caballo. Y luego te unes a los centinelas hasta que te haga llamar.

El joven se mostró ofendido en vez de avergonzado.

—Yo obedezco las órdenes de Leuconte —dijo—. Y además...

—¡Silencio! —exclamó Kineas con el vozarrón que empleaba en el campo de batalla—. Ni una palabra más.

Alceo desvió la vista más allá de Kineas para mirar a las dos muchachas. Echó un vistazo a sus compañeros con toda la arrogancia de un adolescente asegurándose de que tiene público. Sonrió con suficiencia.

—Me estás tapando la vista —dijo perezosamente.

Kineas perdió los estribos. Sucedió en un instante: se sintió invadido por la ira y de pronto había derribado al estúpido chico de un solo golpe, dejándolo inconsciente. Se hizo daño en el hombro y se rasguñó un nudillo. Se volvió hacia los compañeros del joven.

—Envolvedlo con su manto y dejadlo junto a su caballo. Quedaos los dos con él hasta que despierte, y entonces le ayudáis a almohazar a su caballo, y luego os vais los tres a montar guardia hasta que os haga llamar. ¿Entendido?



Ambos asintieron, con los ojos tan redondos como lechuzas atenienses.

Cuando regresó junto a Srayanka y Ataelo, ella meneó la cabeza.

—¿Para qué pegaste al hombre? —dijo en un griego pasable. Kineas se volvió hacia Ataelo.

—¿Cómo decís «desobedecer»?

Ataelo negó con la cabeza.

—¿Qué es «desobedecer»?

Kineas soltó el aire despacio. Estaba enfadado, demasiado enfadado.

—Cuando doy una orden a un hombre, espero que me obedezca. Si no lo hace, me desobedece.

Srayanka se volvía de uno a otro. Luego hizo una pregunta breve en sakje. Kineas sólo entendió su nombre.

Ataelo sacudió la cabeza, miró a Kineas y habló bastante, haciendo gestos de montar y dormir. A Kineas le dijo:

—Ella me pregunta para cuánto estoy contigo. Y yo se lo digo. Y pregunta si pegas a los hombres a menudo, y yo digo que muy poco.

Srayanka le miró de hito en hito. Sus ojos eran como el azul del Egeo cuando el sol reaparece después de una borrasca. Kineas le sacaba media cabeza. Ella estaba de pie bastante cerca de él. Le habló directamente, hablando despacio en sakje.

No entendió ni una palabra.

Ataelo dijo:

—Dice: si golpeo a un hombre para herir, si golpeo a uno, lo mato. O se marcha o hace para enemigo. —Se detuvo y los miró a ambos como un animal acorralado. Finalmente prosiguió—: Entonces ella dice: hombre mira chicas. Hombres todos tontos cuando chicas mostrar tetas. ¿Y qué? ¿Por qué pegar?

Kineas no estaba acostumbrado a que se cuestionara su juicio en cuestiones de autoridad. No estaba acostumbrado a ser cuestionado en público, a través de un intérprete, y menos por una mujer.

Igual que un hombre, había dicho Filocles. Pero ella podría haber hecho trizas a un hombre con la fusta y él no habría cuestionado su autoridad.

Era consciente de que estaba rojo, de que su genio, al que rara vez daba rienda suelta, se estaba adueñando de él. Se daba cuenta de que su mente se revelaba contra aquella injusticia, contra la censura que veía en los ojos de Srayanka. Respiró profundamente varias veces. Contó hasta diez en sakje. Luego asintió con la cabeza.

—Lo explicaré —dijo en griegocuando esté menos enfadado.

—Bien —dijo ella, y se marchó.

Aquella noche refirió el incidente a Leuconte, Eumenes, Niceas y Filocles. Estaban sentados en torno a una pequeña fogata, apartados de los sakje, que se

mostraban taciturnos y reservados.

—Tiene una verga en lugar de cerebro —dijo Niceas. Miró a Leuconte—. Perdona. Sé que es amigo tuyo, pero es que es tonto. Se lo ha buscado.

Leuconte estaba abatido.

—Ha sido mi compañero desde que éramos niños. Siempre consigue lo que quiere; es difícil cambiar eso ahora.

Niceas sonrió con desdén.

—No tan difícil —dijo.

Leuconte apoyó la cabeza entre las manos.

—Tengo la impresión de haberte fallado, hiparco. Pero también..., tengo que decirlo..., pienso que..., no era necesario que le pegaras. Es un caballero. Nadie le ha pegado después de su primer tutor.

Kineas torció el gesto procurando contenerse.

Filocles habló.

—En Esparta podrían haberle matado. En el acto.

Leuconte se incorporó en su banqueta, claramente impresionado.

—¿Por una impertinencia?

Filocles se encogió de hombros.

—La indisciplina es un veneno.

Leuconte miró a Eumenes. Eumenes no le sostuvo la mirada.

—Es un bravucón de esos que sacan una navaja en una pelea de taberna. Le he visto hacerlo. —Miró a Niceas y luego otra vez a Leuconte—. No me cae bien.

Kineas se inclinó hacia delante.

—Ése no es el asunto. Un comandante debe estar por encima de los gustos personales. No tengo nada contra el chico. Le he pegado porque no obedecía. Sé por experiencia que la desobediencia es una plaga que comienza despacio pero que se propaga deprisa. —Abrió las palmas para calentarse las manos en la fogata, apoyando los codos en los muslos. Tenía frío, el nudillo y el hombro le dolían, y prefería no pensar en el daño que podía haber hecho a su relación con Srayanka, o con los sakje—. Estaba ofendiendo a los sakje. Me ofendía a mí. Y ha desobedecido una orden directa. —Kineas se rascó la barba—. Soy un hombre curtido. Un mercenario. A lo mejor era preciso que os lo recordara. —Y entonces suspiró—. Me he dejado llevar por la ira.

Leuconte pareció más perplejo que informado.

—¿Qué voy a decirle a su padre? —preguntó, antes de perderse en la oscuridad.

Filocles le miró marcharse.

—Deduzco que doña Srayanka no se ha impresionado. —Kineas asintió. Filocles sacudió la cabeza—. Has hecho lo correcto. ¿Qué otra cosa podías hacer?

Kineas se frotó las manos.

—Tú eres el filósofo. ¡Dímelo tú!

Filocles negó con la cabeza.

—Primero soy espartano y luego filósofo, supongo. Yo podría haberle matado.

Kineas asintió cansinamente.

—Extraño. Eso es lo que ha dicho Srayanka. Ha dicho que si tuviera que pegar a un hombre, lo mataría, para no dejar a un enemigo a sus espaldas. Al menos eso es lo que he entendido.

—Ni siquiera pegan a los niños —dijo Eumenes, y se encogió de hombros—. En serio. Tuve una niñera sakje. En la guerra, o en una competición, no hay ningún tipo de restricciones. Por eso no usan la fuerza para imponer disciplina. —Estuvo pensando mientras Niceas añadía una brazada de leña a la hoguera, y entonces agregó—: Creo que ni siquiera tienen una palabra que signifique disciplina.

—Eso sí que resulta interesante —dijo Filocles.

Kineas se desentendió del asunto. Envío a Niceas a avisar a los tres centinelas antes de prepararse para dormir. Permaneció despierto un buen rato pensando en mujeres: su madre, sus hermanas, Ártemis y Srayanka. No llegó a ninguna conclusión. Ártemis y Srayanka eran como de un sexo diferente al de su madre y sus hermanas. En realidad tampoco pensaba que Ártemis y Srayanka fueran muy parecidas. Ártemis utilizaba su sexo como una herramienta para conseguir lo que quería de los hombres. Srayanka era comandante. Y, sin embargo, había una similitud esencial.

Pensó en Filocles cuando le dijo que tratara a Srayanka como si fuese un hombre. La idea le hizo fruncir el ceño, y poco después se durmió.

Al día siguiente no cabalgaron juntos. Kineas cabalgó con sus hombres, practicando palabras con Ataelo mientras la hierba desaparecía bajo los cascos de los caballos. No era que nada fuese lo mismo, como tampoco que todo fuese diferente.

Lo mismo podía decirse de la sección olbiana de la columna. Kineas no sabía definir el problema, pero algo había cambiado. Eso le tenía confundido: tenía la habilidad de descifrar los pensamientos de sus soldados, y sabía que estaban de acuerdo con él en que Alceo había merecido el golpe. Ahora se mostraba más avergonzado que enfadado. Pero, no obstante, algo era distinto en la columna, como si al demostrar la fuerza que subyacía en la disciplina Kineas hubiese perdido parte de su buena voluntad.

Niceas remató la situación cuando estuvieron solos.

—El idiota se comía con los ojos a las chicas, ¿cierto? Y tú te pasas todo el día en compañía de una. Ya sabes lo que dicen los soldados cuando un hombre tiene algo que los demás no pueden tener.

Kineas tuvo que admitir la imparcialidad del planteamiento; al menos desde el

punto de vista de los soldados. Se frotó la barba y se sopló las manos frías.

—¿Sabes una cosa? Si el único motivo de queja de esos caballeros consentidos es mi vida amorosa, señal que les va bastante bien.—Miró hacia el horizonte—. Hoy no me dirigirá la palabra.

Niceas respondió esbozando una sonrisa.

—Exactamente. —Enarcó una ceja—. Te preocupas demasiado, hiparco. —Echó un vistazo al cielo, donde un frente de pesados nubarrones avanzaba hacia ellos como una falange. Torció una comisura—. Esos niños ricos no tardarán en cantar una canción muy distinta.

Después de tres días de lluvia toda la columna tenía mucho de que quejarse.

Los tres días fueron deprimentes para los griegos, que se los pasaron aprendiendo a vivir como soldados y no como hombres ricos en una prolongada partida de caza. Tenían las clámides empapadas, algunos se encontraron con que el tinte azul desteñía manchándoles la piel, y sus fogatas eran intermitentes y humeantes. Las noches eran frías y húmedas, y los soldados de Oibia finalmente aprendieron a acurrucarse juntos para darse calor. En realidad apenas dormían; lo más que la mayoría de los hombres conseguía era dormir, importunados por el constante movimiento de cuerpos ya que todos buscaban calor metiéndose en el centro. Durante el día los caballos los calentaban y, llegado el tercer día, casi todos eran capaces de dormir montados.

Kineas estuvo tan abatido como ellos porque mientras entrenaba a sus hombres y les enseñaba a vivir bajo la lluvia, Srayanka le evitaba. Peor aún, en ocasiones la había sorprendido observándole, el semblante serio, las cejas una única línea cruzándole la cara. Le estaba juzgando.

El cuarto día salió el sol y, a media tarde, encontraron al rey.

La «ciudad» de los sakje se extendía decenas de estadios, y cuando vio por primera vez la longitud de las murallas, su tamaño dejó a Kineas sin aliento. Sobre un alto risco que dominaba el río se alzaba un templo en medio de una acrópolis de grandes estructuras de troncos, pintadas de vivos colores y edificios menores de adobe y madera labrada. La acrópolis en sí era bastante pequeña, pero las murallas que la rodeaban se prolongaban hasta unirse a terraplenes con la altura de tres hombres que se extendían casi hasta el horizonte.

—En realidad no es una ciudad —dijo Satrax. Estaban juntos en las murallas de la acrópolis—. De hecho es un gran redil.

Kineas había pasado dos días discutiendo planes con Marthax, el principal caudillo del rey, y otros miembros de su consejo particular: Kam Baqca, el propio rey y Srayanka. Eumenes y Ataelo estaban agotados de traducir sin cesar, e incluso el rey,

el único de todos ellos que hablaba sakje y griego con la misma fluidez, acusaba la tensión. Cuando Kineas dormía, soñaba en ambos idiomas, con perros sakje que le abordaban hablando en mal griego y con objetos que decían sus nombres en sakje. Si bien aprendía la lengua, tenía el cerebro cansado en todo momento.

El rey ordenó una pausa y sacó a Kineas al aire libre para que viera el sol. Se mostraba menos distante, menos agresivo que cuando se habían reunido en invierno.

Srayanka, que ignoraba a Kineas como si no existiera, pasaba la mayor parte del tiempo con el rey. Mientras debatían el modo de llevar a cabo la guerra, se oponía a él buscando siempre el proceder más despiadado. En esa cuestión, él se ponía del lado del rey y de la prudencia. Ella no parecía atribuir al rey la política prudente ni se ponía en su contra, concentrando su descontento en un único hombre.

Aquella mañana, no obstante, se había ausentado con las demás guerreras y Kam Baqca por algo relacionado con la religión.

Kineas estaba muy afectado, y sólo la pérdida del favor de Srayanka le hacía darse plena cuenta de lo que ella había llegado a significar en el transcurso del invierno. Se reprochaba ser tan estúpido, en esto contaba con la ayuda de Niceas, y procuraba concentrarse en los serios asuntos que tenía entre manos. Ella, por descontento, siendo como era la mayor potentada entre los asagatje, favorecía a su rey, que la adoraba.

Kineas fue consciente de que el rey había estado un buen rato hablando. Parecía aguardar una respuesta.

Kineas hizo un ademán que abarcó los rediles. Con la excepción de la acrópolis y de un trecho construido a lo largo del río donde los granjeros sindones tenían su ciudad y los mercaderes griegos, sus almacenes, el resto de las murallas estaba vacío.

—¿Quién construyó las murallas? —preguntó Kineas—. Tendrán una longitud de... ¿Cuánto? ¿Cuarenta estadios?

—El doble, si incluyes todos los recintos tribales. —El rey sonrió orgulloso—. La hicieron los sindones. Hace muchos años, tras la amenaza de Darío. Los sakje decidieron que necesitábamos un lugar seguro para todas las hordas en tiempos de guerra, y los sindones estuvieron de acuerdo en construir las murallas.

—¿Los sindones son vuestros labriegos? —preguntó Kineas.

Había granjeros sindones en Olbia, pero también aristócratas. Eran oriundos del Euxino, pero muchos de ellos se habían integrado tan bien con los griegos que los únicos rasgos distintivos eran sus ojos oscuros y el pelo lacio y negro. Eumenes tenía el pelo, Kyros, los ojos y el joven Clío, ambas cosas.

El rey negó con la cabeza.

—Los sindones aman la tierra. Los sakje aman el cielo. —Se encogió de hombros—. Cuando llegamos por primera vez, según cuenta nuestra leyenda, desdeñábamos a los sindones. Aniquilamos a su ejército y tomamos a sus mujeres. —Miró a Kineas y

enarcó una ceja—. Todo eso suena bastante plausible. Pero ellos contraatacaron a su manera. Disparaban contra nuestros hombres desde detrás de los árboles. Contaminaban los pozos y mataban a los hombres mientras dormían. —El rey encogió los hombros—. Eso dice la leyenda. Yo pienso que los sakje más sensatos enseguida vieron que sin el grano que cultivaban los granjeros sindones no habría oro ni vino griego. ¿Tiene importancia? En realidad ya no somos dos pueblos. Somos un único pueblo con dos caras distintas. —Se asomó a la baranda de madera que coronaba la muralla de la acrópolis y señaló a unos mercaderes que discutían el precio del grano a los pies de la muralla—. A veces en los pueblos hay un niño o una niña. Viven en la tierra, pero desean el cielo, y un día, cuando una banda de sakje pasa por allí, el niño o la niña va a ver al jefe y le dice: «Tómame.» Y de la misma manera, a veces un jinete, joven o viejo, ve la hierba crecer y siente la llamada de la tierra. Entonces va a ver al jefe de un pueblo y le dice: «Tómame.» —Se volvió hacia Kineas y el sol naciente le iluminó el rostro—. Yo soy el rey de todos ellos. De modo que amo la tierra y amo el cielo.

El ambiente era más cálido y la hierba, más verde, pero el viento del norte aún soplaba frío y Kineas se abrigó cubriéndose los hombros con la clámide. Contemplaba las murallas que alcanzaba a ver, siguiéndolas del oeste al este hasta el río. Atenas, el Pireo, Olbia y Tomis cabrían dentro de aquellas murallas y aún quedaría sitio. Pero no había suficiente gente para llenar una ciudad griega pequeña.

—Rediles —dijo, modo de recordatorio.

—Cuando las tribus vienen para el festival, o en tiempos de guerra, hay pastos para su ganado, como mínimo para un mes. Las murallas sirven para mantener a los animales dentro y a los asaltantes fuera. —Sonrió—. De modo que tenemos una población mayor que la de Atenas..., si cuentas las cabras.

—Veo que hay muchos mercaderes. —Kineas veía más lejos de lo habitual en las llanuras—. Y pueblos junto al río. No hemos visto un solo pueblo en dos semanas de viaje.

El rey asintió.

—Los mercaderes no hablan mucho de esto. Es un secreto comercial. Aquí es donde se cultiva el grano. Esos almacenes es donde se guardan las cosechas. Las mandan río abajo en barcazas, en primavera y en otoño. ¿Por qué contarlo a otros hombres? —Se asomó de nuevo a la muralla—. Aunque tampoco es que sea un secreto, en realidad. Sospecho que muchos de tus hombres podrían habértelo dicho.

Kineas sacudió la cabeza.

—Me siento idiota. Pensaba que iba a encontrar un campamento de tiendas.

—Dentro de un mes, así habría sido. No vivimos aquí, excepto los sindones, los mercaderes y un puñado de sacerdotes.

—¿Ni siquiera en invierno?

El rey asintió.

—Ya he invernado aquí. Hace mucho frío. —Miró hacia el norte—. Prefiero pasar el invierno en el norte, junto a los árboles.

El rey comenzó a caminar de regreso a la gran sala de lo alto de la acrópolis, enfrente del templo. La gran sala era una versión construida con troncos de un megaron griego, con una chimenea central. Las llamas eran tan altas como un hombre. El calor se sintió en cuanto los dos hombres apartaron los tapices que cubrían la gran puerta.

Los tapices tenían un colorido impresionante. Eran tan extraños como el cielo infinito y el mar de hierba. Los dos que mantenían el frío a raya estaban hechos con varias capas de fieltro grueso, con figuras de hombres y caballos y bestias fabulosas recortadas en vivos colores y formas geométricas sobre un fondo blanco. En las paredes colgaban paneles aún más grandes de lana gruesa con bordados de grifones y caballos, grandes venados astados y gatos monteses. El suelo lo cubrían mullidas alfombras como las que Kineas había visto en la tienda de Kam Baqca. El color dominante era el rojo y el calor parecía palpable.

El rey saludó con la mano a Marthax, de pie junto al fuego con Kam Baqca, que lucía una toga magnífica, y Filocles.

—¿Qué árboles? ¿Cuán lejos están esos árboles? —preguntó Kineas, buscando a Srayanka.

—A mil estadios o más. Dudo que pueda medirse. Los árboles son otro mundo. Un mundo de bosques. Los sindones dicen que una vez todo el mundo era un único bosque. —Se encogió de hombros—. He visto el mar y he visto los árboles. Cada uno es un mundo aparte.

—¿Por qué invernar allí? —preguntó Kineas.

—Más madera hace mejores fuegos —dijo Satrax con la sorna adolescente que había estado evitando toda la mañana. Sonrió—. No es complicado.

Kineas pensó en las murallas, los almacenes y el grano.

—No necesitas Olbia como base para alimentar a tu ejército —dijo.

Satrax sonrió de nuevo.

—Tampoco haría ningún daño repartir el coste. No soy dueño de todo el grano. Pero no. He mentido. Los reyes lo hacen cuando tienen que hacerlo. No necesito Olbia.

Kineas correspondió. su sonrisa, pero de pronto entornó los ojos.

—Pero aquí tienes un objetivo para el avance macedonio. Una ciudad que perder. En realidad no podéis ocultaros en la llanura. —Se detuvo como si hubiese recibido un golpe—. Tenéis que luchar por vuestros granjeros.

Se unieron al círculo reunido en torno al fuego. Los sakje eran poco ceremoniosos, el rey iba y venía como cualquier hombre libre, y el respeto que le

profesaban no era mayor, ni menor, del que los soldados griegos mostraban a un comandante al que respetaran. El rey tomó una copa de sidra caliente con azúcar y especias que le ofreció la mujer que la preparaba al amor de la lumbre. Luego se sentó sobre un montón de alfombras.

Mientras servían a Kineas su sidra, el rey contestó.

—Sí y no, Kineas. Aún podría desaparecer en la hierba. Aquí apenas hay construcciones de piedra. Es nuestra ley. Zopriente puede quemarlo todo: lo reconstruiremos en una estación. O nos trasladaremos. —Indicó con un ademán a un grupo de mercaderes que conversaban cerca del fuego—. Y si todos nos pusiéramos de acuerdo, los sindones vendrían con nosotros.

Kineas se sentó, aunque no con la gracia que todos los sakje mostraban al acomodarse en las alfombras.

El rey dirigió la vista al fuego.

—Pero no quiero volver a construirlo. No quiero que se interrumpa el comercio. En realidad, no quiero para nada esta guerra. —Suspiró—. Pero viene hacia aquí y pienso combatir.

Kineas bebió un poco de sidra. Le encantaba el brebaje.

—¿De dónde sacáis esto? —preguntó—. Las manzanas no crecen en dos estaciones.

El rey encogió los hombros.

—El frío tiene sus ventajas. Hacemos sidra en otoño y la congelamos en bloques para el invierno. —Hizo señas para que se acercaran las otras personas que para Kineas constituían el consejo militar. A Kineas le dijo—: Bébetela toda, la primavera ha llegado y la sidra no tardará en echarse a perder.

Kam Baqca se sentó al lado de Kineas con un frufú de sedas. Kineas ya había visto seda antes, aunque rara vez vestida por tanta gente y tan a menudo. Casi todos los sakje tenían un traje de seda, aunque estuviera hecho jirones. Kam Baqca tenía una toga amarillo pálido cubierta de flores rosas y grifones. Era tan espléndida que Kineas no podía apartar la vista.

—Hemos discutido durante días —dijo Kam Baqca—. Marthax dice que estás listo. Cuéntanos tu plan.

Kineas vaciló, con la copa de sidra en los labios.

Kam Baqca le miraba con serenidad, sus grandes ojos relajados, casi adormecidos.

—Tienes un plan, Kineas de Atenas. El rey tiene un ejército, pero todavía no tiene un plan. —Hizo un gesto de asentimiento—. Ambos encajáis como un hombre —sonrió— y una mujer. —Los ojos de la hechicera apuntaron a Srayanka, que se unió al círculo, también con una toga de seda, y volvieron a mirar a Kineas. Kam Baqca apoyó una mano en el brazo de Kineas y dijo—: Debes ir a visitarme a mi tienda.



Tienes que enfrentarte al árbol.

Kineas asintió educadamente, aunque sin la menor intención de ponerse en sus manos otra vez. Los dos últimos sueños con el árbol habían hecho mella en su mente, surcos en los que las ruedas de sus pensamientos caían y a lo largo de los cuales viajaban demasiado a menudo y demasiado inopinadamente.

Como si le leyera la mente, Kam Baqca se inclinó hacia él; se arrimó tanto que olió las especias y resinas de su magia.

—Sin el árbol, nunca la conseguirás —dijo.

La toga de Srayanka era azul oscuro, la cubría del cuello a los tobillos y debajo llevaba pantalones de un rojo encendido. Presentaba un aspecto más femenino, según la idea innata que Kineas tenía de la mujer, del que le había visto mostrar hasta entonces. Kineas lo encontró desconcertante. Y le distraía.

Durante dos días había discutido con ella, con uñas y dientes, sobre la estrategia a seguir en la guerra. Ninguna mujer griega le habría hecho frente ni gritado cuando él aconsejaba prudencia. Por descontado, pensó aún más abatido, ninguna mujer griega habría formado parte de un consejo militar.

Consciente de su mirada, Srayanka le dio la espalda y se sentó, intercambiando saludos con el rey y con Marthax.

Mientras ella se sentaba, se les unieron otros hombres y mujeres: Leuconte, Eumenes y Niceas, Marthax, Ataelo y una docena de nobles sakje. Se sentaron en corro. Algunos se recostaron. Srayanka estaba tendida bocabajo, pateando el aire con los talones, una postura que ninguna mujer griega habría adoptado jamás fuera de su dormitorio. Kineas se sentía como un idiota perdidamente enamorado. Pero no podía quitarle los ojos de encima.

Tras los saludos de rigor todos los presentes se callaron.

—También yo pienso que ha llegado la hora de hablar con detalle del plan —dijo el rey. Miró a Kineas.

—Soy un mercenario —dijo Kineas al grupo—. Nunca he combatido mandando a más de trescientos hombres. —Señaló a Marthax—. Como caudillo del rey, ¿no debería ser Marthax quien presentara el plan?

Detrás de él, Eumenes tradujo al sakje tan deprisa como pudo. A Kineas ya había dejado de sorprenderle lo mucho que había aprendido el joven.

El rey hizo un gesto con la mano.

—Ni esto es un consejo griego, ni yo soy un rey griego. He estado traduciendo para ti durante dos días: conozco el plan. No entrar nunca en batalla.

Niceas silbó.

—Me gusta la idea —dijo.

Marthax aguardó la traducción y luego asintió.—Exactamente —dijo en griego.

Srayanka enarcó una ceja. Giró sobre sí misma y se sentó. Una vez más, Kineas

la miró demasiado rato.

El rey alzó la copa para que le sirvieran más sidra.

—¿Cómo lo haremos, entonces?

Kineas apartó los ojos de la dama.

—Es una cuestión de sincronización y logística.

Marthax habló en sakje y Eumenes tradujo.

—Por eso tú eres el experto.

Kineas levantó una mano.

—El año pasado cabalgué de Tomis a Olbia por la misma ruta que ahora tiene que seguir Zoprionte. Tardé treinta días. Su ejército necesitará cincuenta. Si mañana emprende la marcha, no llegará a Olbia hasta medio verano como muy pronto. —Hizo una pausa para que Eumenes tuviera tiempo de traducir—. Si destruimos el transbordador de Antifilos, añadimos al menos dos semanas a su viaje. Si los hombres de Pantecapaeum luchan con nosotros y ponen su flota a nuestra disposición, lograremos separar a sus trirremes del grueso de su ejército y ralentizar aún más su avance. —Se detuvo otra vez para que Eumenes le alcanzara—. Para entonces ya habrá pasado el año nuevo, el mes de los juegos y el festival de verano, y todavía no habremos mostrado nuestras cartas. —Kineas miró a los congregados—. ¿Sabéis por qué viene aquí?

—Viene a conquistarnos —contestó Srayanka.

Satrax negó con la cabeza.

—A la larga, el resultado sería el mismo. Pero busca nuestra sumisión para demostrar su valía. Como una hazaña bélica.

El rostro de Srayanka, al oír la traducción de la palabra «sumisión», adoptó una expresión que Kineas esperó que nunca le dirigiera a él.

Kineas suspiró profundamente.

—Cuando esté a sesenta días de casa y aún no haya llegado al río Borístenes, tendremos una oportunidad. —Procuró no mirar a Srayanka—. La opción más sencilla sería ofrecer sumisión. —Se encogió de hombros—. Llegado a ese punto, no tendrá tiempo de sitiar Olbia. Tampoco tendrá tiempo de avanzar hacia aquí, y sería suicida marchar sobre este lugar dejando Olbia en su retaguardia, bloqueando el camino de regreso. Si le ofrecemos pruebas de nuestra sumisión...

Hizo una nueva pausa y suspiró, siempre evitando la mirada de Srayanka. Satrax asintió.

—Piensas como un rey.

Kineas miró a Filocles, que respondió con un comedido gesto de aprobación. Srayanka le estaba perforando la cabeza con los ojos. Se puso de pie de un salto.

—¡Esto debe de ser tu «disciplina» griega! —Fulminó al consejo con la mirada—. ¿Qué somos, una nación de esclavos? —preguntó en griego. Al rey le dijo—:

¿Obligaremos a nuestros guerreros a someterse a esa bestia macedonia? ¿Tanto miedo tenemos?

Kineas bajó la vista. Había esperado... Ya no importaba lo que hubiese esperado. Marthax habló.

—¿La otra opción? —dijo Ataelo.

Kineas volvió a tomar aire.

—Atacamos sus columnas cada día durante los últimos cien to cincuenta estadios hasta el gran río. Los sakje, que aún no se habrán dejado ver, salvo en puñados, grupos de exploradores, aparecen como por arte de magia. Matan a los rezagados y a las avanzadillas. Un puñado de guerreros ataca sus campamentos por la noche.

Marthax habló otra vez, igual que la mayoría de los sakje. Entre la cháchara, Ataelo tradujo.

—Marthax dice que para él gusta más.

Hubo un breve silencio, y Filocles se inclinó hacia delante y dijo:

—Aunque, por supuesto, cada uno de esos ataques sólo dará resultado una vez.

Kineas asintió.

Satrax se dirigió al círculo, atusándose la barba.

—Ayer dabas la impresión de poder hacer pedazos su ejército como una bandada de buitres. Hoy dices que cada ardid sólo dará resultado una vez. ¿Por qué darán resultado sólo una vez los ataques?

Kineas echó un vistazo a Filocles, pero éste negó con la cabeza, rehusando participar en el debate. Kineas miró a Srayanka, que seguía evitando su mirada.

—Macedonia tiene buenos oficiales y una disciplina excelente. Después de que ataquemos su columna una vez, ya no habrá rezagadosaldíasiguiente. Despuésdequematemosalas avanzadillas, al día siguiente harán incursiones por regimientos, con todo el ejército en armas. —Miró a los miembros del consejo menos a ella, aunque deseoso de que escuchara—. Con disciplina pueden minimizar nuestra ventaja en velocidad y sigilo. —Sonrió torvamente—. Por otra parte, cada medida que tomen para minimizar nuestra ventaja retrasará su avance. —Apuró la sidra de su copa—. Y si lo hacemos no sufriremos muchas bajas. El coste en dinero para Macedonia será una buena friolera. Y Zoprionte nunca tendrá ocasión de intentarlo otra vez. Caerá en desgracia.

Kam Baqca asintió despacio, y luego sacudió la cabeza.

—Pero, por supuesto, Zoprionte ya sabrá todo esto.

—Sí —asintió Kineas.

—De manera que, en cuanto comiencen las incursiones, re conocerá nuestra estrategia de inmediato y reaccionará a la desesperada, como un animal herido —concluyó Kam Baqca.

Miró, no a Kineas, sino a Filocles. Y luego a Srayanka. Filocles la miró a los ojos.

—Sí. Quizá tarde unos pocos días en trasladar su desesperación a sus oficiales. Pero sí.

—De modo que no se retirará deshonorado. Atacará. Si puede, nos obligará a luchar. —Kam Baqca se sentó de rodillas—. Aunque tenga que correr riesgos temerarios con sus hombres y sus pertrechos.

Todos los griegos asintieron.

Ella también asintió, como para sí.

—Es el jabalí herido el que mata hombres. Es el jabalí acorralado el que cornea a los reyes.

—¡Ay! —murmuró Kineas.

Srayanka inclinó la cabeza hacia Kam Baqca.

—Honorable, no tenemos que temerle. Con todas nuestras fuerzas reunidas...

Kam Baqca alargó la mano y le tocó la cara.

—Aun así podemos perder. Cada persona de este círculo podría yacer rota bajo la luna larga...

Se calló y cerró los ojos. El rey la observó atentamente.

—¿Estás vaticinando?

Abrió los ojos.

—Está en el filo de una espada. Como ya he dicho.

Kineas habló con toda la convicción de un hombre obligado a hablar contra su voluntad.

—No ganaremos semejante batalla.

Srayanka habló, no enfadada pero sí con mucho aplomo, y el rey tradujo para ella.

—¡Parece que hables de Alejandro! —dijo imitando los gestos de Srayanka—. ¿Y si toma otra decisión? ¿Y si se retira? —Kineas la miraba a la cara mientras el rey traducía sus palabras—. Nunca nos has visto luchar, Kineas. ¿Piensas que somos cobardes? —Cerró el puño y lo levantó—. Quizá nos falte la disciplina que vosotros tenéis, pero somos fuertes.

Kineas sacudió la cabeza. No estaba consiguiendo eludir sus ojos, pero cuando habló lo hizo con pleno dominio de sí mismo.

—Zopronte no es Alejandro, alabados sean los dioses. Es un comandante del montón, sin ningún don especial. Pero el peor comandante de Macedonia sabe cómo llevar a cabo una campaña como ésta. En Grecia tenemos libros que lo explican, aunque no haya veteranos que nos digan cómo hacerlo. —Frunció el entrecejo—. Nunca os he visto luchar pero sé que sois valientes. Sólo que la valentía no basta para romper el frente de un taxeis.

El rey tradujo su respuesta y luego los miró a los dos.

—Kineas, la hija de la hermana de mi padre tiene más mérito en su argumento del que quizá te imaginas. Nunca nos has visto luchar. No sabes qué fuerzas podemos

reunir. —Se volvió hacia Srayanka—. Aunque como he dicho antes, Kineas piensa como un rey. Una batalla es un riesgo. La guerra, un peligro. ¿Por qué tentar a la suerte?

Miró a Marthax, que asintió gravemente, de modo que su gran barba gris y negra le cubrió y descubrió el pecho.

—No se me había ocurrido destruir el transbordador de Antifilos —prosiguió el rey—. Y tampoco sabía lo grande que podía ser la flota de Zoprionte. Pero en los demás aspectos, ¿no es éste el plan que hemos trazado durante el invierno? Y en cuanto a ti, dama mía, ¿no te advertí que Kineas nos daría más razones para ser cautelosos?

Marthaxapuró su copa y eructó.

—Mejor —dijo, y Kineas lo entendió antes de que Ataelo tradujera. Prosiguió—: Cuando llegue al punto que acordemos, le hostigamos. Y entonces, salvo si se retira, le ofrecemos sumisión.—Sonrió de oreja a oreja—. Sólo un loco nos rechazaría.

Kam Baqca se sentó sobre los talones y tomó un sorbo de vino.

—Nos rechazará —dijo—. Lo he visto.

Srayanka volvió la cabeza bruscamente. Habló un buen rato seguido y con una vehemencia que Kineas asoció con las reprimendas a soldados descarriados. Hablaba deprisa y su voz se fue haciendo aguda, de manera que Kineas no entendía ni siquiera palabras sueltas.

Perdido por la fluidez de su discurso, Eumenes sacudió la cabeza. Incluso Ataelo titubeó. El rey acudió en su ayuda.

—Dice que si Kam Baqca ya ha previsto el rechazo, podemos ahorrarnos la vergüenza de ofrecer sumisión y concentrarnos en demostrar que Kineas se equivoca en lo que atañe a la batalla. —Evitó mirar a Kineas—. Ha dicho otras cosas que mejor que queden entre ella y Kam Baqca. Pero voy a contestarle. —Habló brevemente en sakje y luego dijo, en griego—: Soy el rey. Kam Baqca suele acertar, pero ella misma dice que el futuro es como la cera de una vela, y que cuanto más se arrima a una llama, más maleable se vuelve. Ella se ha sorprendido. Yo me he sorprendido. —Se volvió hacia Srayanka y habló en sakje, y ella se tapó la cara con las manos: un gesto infantil que Kineas no le había visto hacer nunca.

En griego, el rey dijo:

—No vamos a reunir a todas nuestras fuerzas. Íbamos a contar con muchos caballos de nuestros primos los masakje. Íbamos a contar con muchos caballos de nuestros primos los sármatas. —Miró a los miembros del consejo—. Esto no admite discusión por parte de nadie. Alejandro está llamando a las puertas orientales de la hierba, igual que Zoprionte llama a la puerta occidental. El monstruo está en Bactria, dando caza a un sátrapa rebelde. —El rey movió los hombros y se le vio muy joven—. O si no es que siempre ha planeado la campaña de este modo: con ejércitos

entrando en la llanura de hierba por ambos extremos. Kam Baqca dice que no es cierto, que es mera coincidencia. Pero para nosotros viene a ser lo mismo. Sólo tendremos dos tercios de nuestras fuerzas. Tal vez menos. Los getas ya están marchando hacia el este, y nuestros clanes más orientales tendrán que proteger a sus granjeros. —Se encogió de hombros y pronunció una frase muy larga en sakje. Kineas entendió varias palabras: «no caballos» y «Macedonia». En griego, el rey dijo —: La sumisión en sí misma no nos cuesta nada. No hay de qué avergonzarse porque no tenemos intención de someternos.

En algún rincón de su cabeza, Kineas cayó en la cuenta de que la palabra griega «nada» se traducía al sakje como «no caballos». Rendirnos nos cuesta «no caballos», había dicho el rey. Kineas asintió satisfecho.

—La hierba está creciendo —dijo Kam Baqca—. El suelo pronto estará duro. Dentro de una semana los últimos aguaceros habrán terminado. Dentro de dos, emprenderá la marcha.

Kineas asintió mostrándose de acuerdo. El rey dijo:

—¿Dónde convocamos la reunión de nuestras fuerzas? ¿Dónde agrupamos a nuestro ejército?

Kineas se encogió de hombros.

—Tenemos que cubrir Olbia. Si Zopriente toma Olbia, no tendréis ninguna alternativa. Y si el arconte considera que no estáis dispuestos a protegerle, abandonará la alianza y se someterá; y se someterá en serio. —En su fuero interno, Kineas pensó que aun así el arconte tendría tentaciones de someterse—. Cuanto más cerca de Olbia esté el grueso del ejército, más fiable será vuestra alianza con las ciudades del Euxino.

El rey asintió mientras las palabras de Kineas eran traducidas al sakje.

—De manera que mi ejército amenaza además de proteger —dijo Satrax. Apoyó el mentón en la mano—. Pasará un mes antes de que tenga la mitad de mi ejército listo.

Marthax habló. El rey escuchó y asintió. Eumenes dijo:

—Marthax dice que hay que destruir el transbordador de inmediato, que los jinetes tendrían que partir hoy mismo.

Kineas miró a Marthax y asintió con énfasis.

—Nuestro campamento debería establecerse en la otra ribera del gran río, cerca de un vado —dijo Kineas—. Si hay que entrar en batalla, debemos aprovechar cualquier ventaja. Hacer que Zopriente cruce el río, si llegamos a ese extremo.

Srayanka aguardó la traducción y luego habló, igual que varios nobles.

—Están todos de acuerdo en que si necesitamos un vado y un lugar para acampar, el mejor sitio es del otro lado del Gran Meandro —dijo el rey—. Hay agua y forraje para un ejército, y las provisiones pueden llegarnos fácilmente en barca. —Hizo una

pausa y luego agregó—: Que así sea. La reunión se convoca para el solsticio de verano en el Gran Meandro. —A Kineas le dijo—: ¿Traerás a las tropas de la ciudad? No tenemos nada parecido a vuestros hoplitas, bles tienen una armadura como la de vuestros caballeros.

Kineas se avino.

—Llevaré a las tropas de las ciudades del Euxino hasta el Gran Meandro para el solsticio de verano —dijo. Esperó estar diciendo la verdad.

Conversaron sobre la campaña un par de días más. Planearon la reunión de los sakje. Se enviaron mensajeros a los jefes de los clanes sakje para convocarlos a la reunión. Redactaron carta para Pantecapaeum y para Olbia. Marthax se iría con sesenta hombres a destruir el transbordador, tarea que según él requería su presencia en persona. Antes de que partiera, Kineas se lo llevó a un lado y le pidió que respetara la granja a orillas de la bahía donde estaba enterrado Graco, y Marthax se echó a reír.

—Mucho y mucho vino yo bebo allí, Kineax —tradujo Ataelo. Marthax dio un abrazo a Kineas, y éste le correspondió—. El viejo no sentirá fuego de nosotros. —Estrechó tanto a Kineas que sus costillas peligraron—. Preocupa para menos, Kineas. Plan bueno.

Kineas se liberó del abrazo de Marthax. La confianza que Marthax depositaba en él le incomodaba.

—No soy un comandante de ejércitos —dijo Kineas.

El joven rey apareció por una puerta a espaldas de su caudillo. Abrazó a Kineas.

—Yo tampoco. Pero si quisiera hacerme unos zapatos, iría a un zapatero.

—Platón —dijo Kineas con una amarga sonrisa.

—Sócrates —dijo Filocles—. Platón habría intentado hacerse los zapatos él mismo.

La ciudad sakje tenía un mercado tan grande como cualquier otra ciudad del Euxino. Veinte tenderetes competían vendiendo toda suerte de utensilios con filo, desde el más simple cuchillo de comer hasta las pesadas ronfeas, las nuevas espadas de dos filos de las que tan partidarios se mostraban los montañeses tracios. Las espadas cortas sencillas estaban a la venta en todos los puestos, desde simples armas de hierro con prácticas empuñaduras de hueso hasta ejemplares lujosos con ornamentos de oro persa.

Las espadas de caballería eran menos comunes dado que no eran del agrado de los sakje. Kineas iba de un puesto al siguiente comparando longitudes y pesos, precios, adornos y utilidad. Kineas disfrutaba comprando y oyendo hablar de guerras. Los mercaderes de espadas eran bien conocidos chismosos y con frecuencia espías. Casi todos los tenderetes los atendían esclavos, pero uno lo regentaba su dueño, un fornido egipcio liberto con su propio puesto y un carro.

Tras haber examinado todos los artículos expuestos en el mostrador del egipcio, éste le invitó a beber vino. Antes de mediar la copa ya había oído el cotilleo profesional de Ecbatana y de Egipto y de todos los territorios intermedios.

—¿Eres el hiparco de quien tanto he oído hablar? —preguntó el mercader—. No te ofendas, pero estás en boca de todos.

Kineas se encogió de hombros y removi6 el excelente vino que le habían servido en una sencilla copa de asta.

—Parece ser que Zoprionte está reuniendo todo un ejército —comentó.

—Zoprionte se propone conquistar a estos sakje; a todos los escitas —respondió el mercader—. Al menos, eso es lo que dice a diestro y siniestro. Darío fracasó, Jerjes fracasó, Ciro murió luchando contraellos; Zoprionte cree que puede hacerse famoso. —El mercader tomó un sorbo de su vino y esbozó una sonrisa—. Todos quieren rivalizar con Alejandro —agregó, haciendo que los caudillos de Macedonia parecieran un atajo de insensatos.

Kineas estaba sentado en una banqueta de cuero detrás del tenderete del egipcio, observando a Laertes regatear por un cuchillo muy caro en un puesto vecino. Mientras le observaba, el rostro de Laertes pasó por una serie de expresiones como las de un mimo cómico, ira, irritación, desconcierto, complacencia, a medida que el precio bajaba.

El mercader también observaba la transacción.

—A ese hombre se le da bien regatear. ¿Es uno de tus soldados?

—Y un viejo amigo de familia —dijo Kineas—. Nos criamos juntos.



—En Atenas —dijo el mercader, y entonces hizo una pausa, dándose cuenta de que quizás había hablado más de lo debido—. Bueno, eso he oído, y luego está tu acento.

Kineas miró hacia otro lado para ocultar su sonrisa.

—Ayudó a salvarme la vida en Issos —dijo.

—Eso sí que es un amigo —respondió el mercader—. La clase de amigo que los dioses envían a un hombre. —Ambos derramaron vino al suelo. A continuación, eligiendo sus palabras con cuidado, el mercader dijo—: Eso sería cuando te condecoraron por tu valentía.

Kineas asintió.

—Por mi estupidez, más bien. —Trató de formarse un juicio sobre el mercader—. Sabes muchas cosas de mí.

El mercader miró en derredor y se encogió de hombros.

—Vine aquí desde Tomis —dijo— donde Zoprionte está reclutando su ejército.

—Ah —contestó Kineas, complacido con la serenidad del egipcio. Estaba claro que era un espía, pero en cierto modo no dejaba de ser un espía honesto.

—Zoprionte se ha enterado de todo sobre ti a través de los veteranos de su estado mayor. El hiparco de su regimiento de compañeros, ¿Filipo? Todos se llaman Filipo, ¿no es cierto?

—Y que lo digas —corroboró Kineas. Conocía a un Filipo que era comandante de compañeros. Los temidos hetairoi, la mejor caballería pesada del mundo.

—Tengo entendido que este Filipo tenía una esposa que se llamaba Ártemis.

Kineas entornó los ojos.

—Sí —dijo.

—Esa señora tiene una opinión muy elevada de tu persona —dijo el egipcio—. Comienzo a preguntarme si esta campaña es tan desigual como sostiene la gente en Tracia.

Kineas se inclinó hacia delante.

—Zoprionte quizá se sorprenda ante el poderío de su adversario —dijo con cuidado.

El egipcio lanzó varias miradas a los sakje y sindones del gentío y luego clavó los ojos en Kineas.

—Cuéntame —dijo.

Kineas sonrió.

—Filipo consiguió la victoria por los pelos en su lucha contra los escitas —dijo—. Ciro murió. Darío salió huyendo como un gato escaldado. ¿Qué te dice eso?

El egipcio tenía un manto tracio forrado de piel en el regazo. Se lo echó por los hombros.

—Dímelo tú —contestó lentamente.

Kineas se irguió.

—Estoy aquí para comprar una buena espada, no para intercambiar chismes.

Ahora le tocó al mercader encogerse de hombros.

—Tengo unas cuantas espadas buenas que reservo para clientes especiales —dijo—. Los que me cuentan buenos chismes son mis favoritos.

Se fijó en que Laertes estaba pagando su adquisición. Kineas se alegró de verle contento. Entonces se levantó y se puso a jugar con una de las espadas cortas de infantería expuesta en el mostrador del egipcio.

—Hay muchos escitas —dijo. Hizo girar la muñeca dejando que la espada cayera sobre una víctima imaginaria por su propio peso. Demasiado ligera, tal como imaginaba.

El mercader parecía aburrido.

—Eso es algo sobre lo que me he preguntado a menudo —dijo. Se sirvió más vino de una jarra y la alzó hacia Kineas, que le acercó la copa de asta.

—Míralo de esta manera —dijo Kineas—. Hay escitas aquí, hay escitas alrededor de todo el Euxino. Escitas al norte de Bactria y al norte de Persia y en cualquier lugar intermedio.

El egipcio asintió.

—Tal como dice Herodoto. —Se levantó, se tapó bien los hombros con el manto y sacó una pesada alfombra del carro de dos ruedas que tenía detrás del tenderete.

Kineas había tenido todo el invierno para leer a Herodoto. Se había convertido en uno de sus pasatiempos favoritos. Sobre todo la parte acerca de las Amazonas.

—Estuvo en Olbia —dijo Kineas—. Sabía de qué hablaba. El mercader asintió.

—Ya me lo figuro —dijo—. ¿Lucharán?

Kineas le observó desenrollar la alfombra: había cuatro espadas entre sus pliegues, dos largas y dos cortas. La más larga tenía la forma de una espada griega de caballería, una auténtica machaira, el peso cerca de la punta de la hoja, curvada como una hoz invertida, pero con una punta siniestra. Resultaba curiosamente ligera al empuñarla, casi como si estuviera viva. La espiga estaba envuelta con una tira de piel porque no tenía empuñadura. Kineas le dio vueltas con la mano y dejó caer la hoja. Se clavó en el mostrador con un suave golpe sordo.

—Es hermosa —dijo.

—Acero —respondió el mercader. La flexionó un par de veces y se la volvió a dar a Kineas—. En Alejandría hay un sacerdote que tiene muy buena mano. Hace pocas, pero todas le salen bien. —El mercader bebió vino, dejó su copa y se frotó las manos antes de soplárselas. Entonces dijo—: He visto a otros hombres hacer hojas de acero: una entre doce, una entre cien. Este sacerdote es el único hombre que conozco que lo consigue cada vez.

La hoja parecía tener una docena de colores atrapados justo bajo la superficie, que estaba pulida hasta un grado que Kineas no había visto jamás. La blandió un par de veces y la espada silbó al cortar el aire. Kineas fue consciente de que estaba sonriendo de oreja a oreja. No podía evitarlo.

—¿Cuánto? —preguntó.

—¿Cuántos escitas hay? —preguntó el mercader otra vez. Kineas frotó la espiga con el pulgar.

—Miles —dijo, y volvió a sentarse en la banqueta.

El egipcio asintió.

—Los getas dicen al caudillo Zoprionte que sólo hay unos cuantos cientos de guerreros, el último vestigio de una raza orgullosa, y que puede conquistarlos en un verano. Zoprionte tiene intención de tomar Olbia y Pantecapaeum para financiarla campaña y usarlas como bases, y luego avanzar tierra adentro construyendo fuertes por el camino. No te estoy contando nada que no sepa todo el mundo, ¿verdad?

Miró detenidamente a Kineas para ver cómo reaccionaba.

Aquello no lo sabía todo el mundo en Olbia. Kineas procuró no alterar la expresión de su semblante. Sin duda lo hizo bastante bien ya que el egipcio prosiguió.

—Pero algunos oficiales veteranos siguen preguntando sobre los contingentes de nómadas. Dicen que el antiguo rey llevó a diez mil jinetes a luchar contra Filipo. — Señaló con el mentón la espada que Kineas tenía en el regazo—. Ocho minas de plata.

Kineas le devolvió la espada con pesar.

—Demasiado cara para mí —dijo—. Soy un oficial, no un dios. —Se levantó—. Gracias por el vino.

El egipcio se levantó a su vez e hizo una reverencia.

—Quizá podría aceptar siete minas.

Kineas negó con la cabeza.

—Debe de ser un hombre muy rico, ese sacerdote de Alejandría. Dos minas me dejarían arruinado. Tendría que ir a vender mis servicios a Zoprionte.

El mercader le miró divertido.

—Eres el hiparco de la ciudad más rica del Euxino. ¿Alegas pobreza? Yo más bien pienso que eres un hombre rico y duró de corazón que quiere arruinarme y dejar a mi esposa y a mis dos carísimas hijas en la indigencia. Esta espada es un regalo de los dioses para un hombre de armas. Mira, ni siquiera me he preocupado de ponerle una empuñadura porque sólo la querría un rico caprichoso ó un espadachín consumado. El primero querrá una empuñadura que no puedo permitirme pagar y el segundo querrá ocuparse de hacerla él mismo. Esta espada fue hecha para ti. ¡Hazme una oferta!

Kineas se encontró cogiendo la espada otra vez. Aquélla no era una técnica de

regateó muy buena.

—A lo mejor podría reunir tres minas.

El egipcio levantó las manos al cielo y luego se las llevó bruscamente a la cabeza.

—Haría que mis esclavos te arrojaran al lodo si no fueras mi invitado —dijo, y luego sonrió—. Además, por supuesto, ninguno de mis esclavos es lo bastante fuerte para arrojarte al lodo, y tu amigo el rey podría hacer que me ejecutaran. —Se puso en jarras—. Dejémonos de regateos. Me has complacido con tus chismes sobre los escitas. Eres el primer hombre juicioso que he conocido en este mercado. Hazme una oferta en serio y la aceptaré.

Kineas se inclinó tanto hacia el mercader que llegó a oler el perfume de rosas que llevaba y la salsa de pescado que había tomado con el almuerzo.

—Los sakje se comerán a Zoprionte para cenar.

El egipcio entrecerró los ojos.

—¿Y tu alianza con él es firme?

Kineas se encogió de hombros.

—Supongo que a Zoprionte le gustaría saberlo. —Sonrió—. ¿Se enterará a través de ti?

—Por Amón, ¿acaso parezco un espía de Zoprionte? —El egipcio sonrió. Con un juego de manos que Kineas tuvo que admirar, dos pequeños rollos de pergamino fueron a parar debajo de su clámide.

Para ocultar el movimiento, Kineas asintió.

—Quizá te daría cuatro minas —dijo.

El egipcio se encogió de hombros.

—Eso ya empieza a ser dinero, aunque no sufi ciente. —Se arrebujo con su manto—. Cuando la asamblea restituya las propiedades de tu padre, serás tan rico que podrás comprar todas las espadas del mercado.

Kineas enarcó una ceja.

—Zeus oiga tus palabras, egipcio. ¿O es que sabes algo?

—Conozco a muchas personas —dijo el egipcio—. Algunas viven en Atenas. —Hizo una mueca y aún se estrechó más el manto—. Por Zeus-Amón, hace más frío que en Olbia.

Kineas enarcó las cejas de golpe.

—¿Estuviste en Olbia?

—Llegué cuando acababas de marcharte —dijo el egipcio. Levantando la voz, agregó—: A lo mejor podría dejar que te quedaras esta espada por seis minas.

Kineas tenía demasiadas ganas de leer las cartas como para quedarse a seguir regateando el precio de la hoja de espada.

—No tengo seis minas —dijo Kineas. Dejó la copa de asta encima del mostrador y puso cuidadosamente la espada sobre la alfombra—. Oj alá las tuviera. —Hizo una

breve reverencia al egipcio—. Gracias por el vino.

—No hay de qué —respondió el mercader—. ¡Pide prestado el dinero!

Kineas se echó a reír y se fue. Sentado a una mesa bajó la carpa de una taberna leyó los dos rollos: cartas de Atenas. Las cartas estaban fechadas meses atrás. Se frotó la cara y rió.

Atenas quería que detuviera a Zopronte.

La ciudad sakje contaba con una cantidad desproporcionada de herrerías para su tamaño. Kineas las visitó con Dikarjes, el compañero del rey, así como con Ataelo y Filocles. El oro era barato allí, no barato per se, pero sí más que en Atenas, y los sakje lo adquirirían para toda suerte de prendas y adornos. Había tiendas de artesanos de Persia, de Atenas y de lugares tan remotos como la península etrusca al norte de Siracusa. La afluencia de herreros hizo que Kineas aún se sintiera más tonto por haber creído que la existencia de la ciudad era un secreto.

Un liberto de Atenas dirigía una tienda donde trabajaban seis hombres de distintas razas. El busto de Atenea en su escaparate y el sonido de su voz conmovieron profundamente a Kineas, y entró para conversar y se quedó a comprar. Presentó la hoja de espada egipcia sin empuñadura que había adquirido el día anterior por cinco minas.

—Una hermosa pieza —dijo el ateniense. Hizo una mue ca—. Casi todos mis clientes quieren un caballo o un grifón en su espada. ¿Qué quieres poner en la tuya?

—Una empuñadura que equilibre la hoja —dijo Kineas.

—¿Cuánto puedes pagar? —preguntó el herrero estudiando la hoja con interés profesional. La puso en una balanza y la pesó, haciendo una serie de anotaciones en una tablilla de cera—. ¿Punta pesada? Muéstrame dónde quieres el equilibrio. Muy bien.

Puso varias pesas en la balanza, anotó el resultado y trazó una línea en la hoja con un estilo de cera.

Kineas echó un vistazo a la tienda. Parsht aevalt estaba admirando una funda de gorytos, de oro macizo, con magníficas estampas de Olimpo, rodeado por un puñado de nobles asagatje.

—No tanto como pueden pagar ellos —dijo Kineas—. ¿Dos minas de plata? —propuso. Tendría que pedir las prestadas, la adquisición de la espada le había dejado en la penuria.

El herrero ladeó la cabeza.

—Supongo que podría hacerla de plomo —dijo.

Parshtaevault se aproximó.

—Escucha, tú, gran hombre. Rey paga para ti, sí, sí.

—No quiero que pague el rey —protestó Kineas.

—Deja que te fabrique algo tan bueno como la hoja —dijo el herrero ateniense—. Eres el hiparco de Olbia, he oído hablar de ti. Tu reputación me basta.

Kineas le cedió la hoja con cierta vacilación.

Dikarjes, el amigo del rey, apartó a Filocles. La tienda se estaba llenando de nobles asagatje; casi todos los hombres y mujeres del consejo. Parshtaevault gruñó un saludo y Dikarjes contestó. Ataelo tradujo.

—¡Confiar para que encuentres todos nuestros secretos! ¡Nuestro herrero ateniense!

Parshtaevault le dio una palmada en la espalda. Dikarjes volvió a hablar, y Ataelo dijo:

—Por supuesto rey para pagar. Quiere mostrar favor para ti. Pregunta a todos qué puede regalar. ¿Qué mejor regalo que una espada? —Y pasó a presentarle a los demás nobles—. Kaliax de los Caballos Rampantes —dijo. través de Ataelo. Y prosiguió—: Gaomavante de los Lobos Pacientes. Son los más leales, el núcleo del ejército del rey; junto con los Manos Crueles, por supuesto.—Sonrió a Parshtaevault—. Es muy buena señal que ya hayan venido con casi todas sus fuerzas.

Kineas los saludó a todos con fuertes apretones de manos.

Gaomavante le dio un estrecho abrazo y habló mientras le palmeaba la espalda. Ataelo se atragantó, y Eumenes tradujo con la cara roja como un tomate.

—Dice..., dice que eres uno de los favoritos de Srayanka. Que menos mal que eres tan duro porque si no te engulliría.

Dikarjes dijo unas cuantas palabras y los demás rieron a carcajadas, y Gaomavante le dio otra palmada en la espalda.

Ataelo se enjugó los ojos.

—El señor Dikarjes dice: bueno para todos si ella aparee contigo: tú griego, y no puedes sufrir por la alianza. Si Manos Crueles se junta con Lobos Pacientes, sangre en la hierba, ¿sí? Si Manos Crueles aparee con el rey, el rey demasiado poderoso. Pero Manos Crueles...

—¿Manos Crueles? —preguntó Kineas—. ¿Es el clan de Srayanka?

Ataelo asintió.

—Y el nombre de guerra de la señora, también. Manos Crueles.

Filocles le palmeó el hombro.

—Bonito nombre. Perfecto para una esposa griega.

Kineas se forzó a reír, pero durante el resto de la tarde estuvo oyendo la voz de Ataelo resonando en su cabeza: «Manos Crueles aparee con el rey.»

Kineas procuraba evitar a Kam Baqca porque aquella mujer le daba miedo. Era la personificación de los sueños que lo perseguían y, en su presencia, los sueños del árbol y de la llanura parecían más inminentes, casi reales. No obstante, el quinto día

en la ciudad de los sakje Kam Baqca lo encontró en la gran sala y le cogió del brazo con el suyo, fuerte como una hoja de hierro, y se lo llevó a una alcoba separada con cortinas que parecía una tienda. Echó un puñado de simientes al brasero y los envolvió una pesada nube de humo. El humo olía a hierba recién cortada. Le hizo toser.

—Soñaste con el árbol —dijo ella.

Kineas asintió.

—Soñaste con el árbol dos veces. Tocaste el árbol y estás pagando el precio. Pero me aguardaste para encaramarte, así que no eres tonto de remate.

Kineas se mordió los labios. Había una droga en el incienso; lo notaba.

—Soy un hombre griego —dijo—. Tu árbol no es para mí.

Ella parecía moverse en el humo como una serpiente, retorciéndose, reptando fácilmente de un sitio a otro.

—Tú eres un baqca nato —dijo ella—. Sueñas como un baqca. ¿Estás listo para el árbol? Tengo que llevarte ahora, mientras aún te tengo. Pronto te habrás marchado y las fauces de la guerra te devorarán. Yo no sobreviviré a esta guerra; y entonces no habrá nadie que te lleve al árbol. Y sin el árbol, tampoco tú sobrevivirás ni conquistarás a la dama.

Le estaba diciendo demasiadas cosas demasiado deprisa.

—¿Vas a morir?

Ella estaba a su lado.

—Escúchame. —Le agarró el brazo como una tenaza de hierro—. Escucha. Lo primero que el árbol te muestra es el momento de tu muerte. ¿Estás preparado para eso?

Kineas no estaba preparado para nada de aquello.

—Soy un hombre griego —volvió a decir aunque sonara como una pobre excusa. Sobre todo habida cuenta de que el árbol estaba creciendo ante sus propios ojos, alzándose en la tienda de humo espeso, directo del rescoldo del brasero, sus pesadas ramas encima de su cabeza y ascendiendo hacia las alturas del cielo.

—Coge una rama y trepa —dijo ella.

*Alargó la mano y cogió la primera rama de corteza suave que tenía encima de la cabeza, levantó una pierna con torpeza y se encaramó. Tenía los brazos tan llenos de la droga como la cabeza. Se encontró con que había cerrado los ojos y los abrió.*

*Estaba sentado a lomos de un caballo en medio de un río; un río poco profundo, con piedras bajo los cascos del caballo y agua rosa que discurría entre las piedras. El vado, porque era un vado, estaba lleno de cuerpos. Hombres y caballos, todos muertos, y el agua blanca que borbotaba sobre las piedras estaba teñida de sangre, la espuma del agua rosa bajo el sol.*

*El río era inmenso. No era el Isso, dijo una parte de su mente. Levantó la cabeza, vio la otra orilla y cabalgó hacia ella. La madera que había arrastrado la corriente hacía que pareciera una playa del mar, y un único árbol muerto se alzaba sobre las piedras rojas de la ribera. Había otros hombres detrás de él, por todas partes, y estaban cantando. Iba montado en un caballo que no conocía, alto y oscuro, y notaba el peso de una extraña armadura.*

*Sintió el poder de un dios.*

*Conocía aquella sensación, la sensación de la batalla ganada.*

*Hizo un gesto y su caballería cobró velocidad, cruzando el vado más deprisa. En la otra orilla comenzó a formarse una línea de arqueros que se pusieron a disparar, aunque detrás de ellos reinaba el caos de la derrota y la huida en desbandada: todo un ejército haciéndose pedazos.*

*Un ejército macedonio.*

*A medio estadio de los arqueros levantó las manos, su espada de acero egipcio con empuñadura de oro como un arco iris de muerte en su mano.*

*Dio media vuelta hacia Niceas; no era Niceas sino una mujer; la mujer se llevó la trompeta a los labios; la llamada sonó como un toque a rebato, y cargaron.*

*El día había sido vencido. Fue su último pensamiento cuando una flecha le derribó de la silla arrojándolo al agua. Estaba hundido en el agua, ya había estado allí antes, y empujó para ponerse de pie, pero la flecha le arrastraba hacia el fondo.*

*Se sentó, vivo, a horcajadas en la rama del árbol, que era tan suave como el muslo de una mujer apoyado en su entrepierna.*

Kam Baqca habló.

—¿Has visto tu muerte?

Kineas estaba tendido, agarrando la mano de alguien. Su grito de muerte todavía reciente en la garganta.

—Sí —susurró.

Abrió los ojos y vio que estaba cogiendo la mano de Kam Baqca. No era una mala muerte, pensó.

Niceas no estaba a su lado cuando había caído. ¿Estaba presente Filocles? Costaba decirlo en el caos de unos pocos segundos; todos los hombres que tenía detrás llevaban cascos cerrados, y casi todos armadura sakje.

Kam Baqca volvió a hablar.

—No oses interpretar lo que has visto. Quizás estés seguro de lo que significa y aun así puedes llevarte una sorpresa. Ahora has comenzado a trepar al árbol; yo llevo haciéndolo toda mi vida. Entregué mi sexo a los dioses para que me ayudaran a trepar más deprisa. Tú ni siquiera crees en el ascenso. Ten cuidado con el orgullo desmedido.



—¿Qué?

Tosió, como si todavía tuviera agua en los pulmones. Tenía la mente despejada pero el cuerpo aletargado.

—No hay reglas para los griegos —contestó Kam Baqca—. Pero creo que encontrarás insensato hablar de ello, sobre todo dentro de unas pocas semanas, cuando decidas que soy una marimacho pringada que usa drogas para manipular a los demás. —Se encogió de hombros—. Tal vez te juzgue mal. Tú y Filocles... Nunca he conocido ni visto en ningún sueño a unos griegos más abiertos a las cosas nuevas.

Kam Baqca se puso en cuclillas y echó otra hierba al brasero; esta vez con fragancia de pino.

—Esto te despejará la mente y apartará la muerte de tu espíritu —dijo. Se levantó—. Esta semana trae malas noticias, Kineas de Atenas. Ésta es la que tengo para ti. Vigilas a Srayanka como un semental vigila a una yegua. Tengo que decirte, y hablo en nombre del rey, que no vamos a permitir que los sementales y las yeguas sirvan en la misma compañía porque trastornan a todos los caballos. Lo mismo vale para ti. No te aparearás hasta que esta guerra termine. Srayanka ya está pensando más en ti que en su deber. Tú, en vez de dar tu mejor consejo al rey, tienes miedo de ofenderla. —Le puso una mano en el hombro—. ¿Quién no vería que sois el uno para el otro aunque no habléis la misma lengua? Pero todavía no, y no ahora.

Kineas habló, y no pudo disimular la angustia de su voz.

—¡No me ha hablado en una semana!

—¿Ah, no? —Kam Baqca no parecía alterada por su tono—. Pues entonces eres ciego, sordo y tonto. —Esbozó una sonrisa—. Cuando seas menos tonto, te pido que pongas cuidado.

—Cuidado es lo que me gustaría tener —dijo Kineas.

Kam Baqca le acarició la mejilla.

—Todo está en equilibrio sobre la hoja de una espada afilada. Una palabra, un acto, y el equilibrio se va al garete.

Kineas pensó menos en el equilibrio que en el hecho de que estaba condenado a morir, y muy pronto.

Cabalgaron como sakje por el camino de regreso, trotando durante kilómetros, cambiando de caballos y reanudando la marcha. Esta vez no llevaban escolta, sólo a Parshtaevalt y a otro Manos Cruels llamado Gavan como guías y mensajeros.

Durante todo el viaje, Kineas sintió la presión de la urgencia en sus hombros. El suelo estaba bastante duro. Zoprionte podía emprender la marcha en cualquier momento y la campaña, después de tanto tiempo en suspenso, de repente se le venía encima y tenía la impresión de no estar preparado. Le preocupaban la posible traición del arconte y la moral de la ciudad, la vida de sus soldados y la alianza con los sakje, cuántos serían y cuán buenos.

Y habiendo previsto su propia muerte, se esforzaba por entender qué significaba, si lo aceptaba como una verdadera profecía o como mero resultado del humo. Los sakje usaban una droga de humo para muchas cosas, incluso para el esparcimiento. Ya la había probado más de una vez, al visitar a Dikarjes o sentado en la gran sala cuando arrojaban la droga en braseros. La había inhalado en la tienda de Kam Baqca en la nieve. Era posible que la droga fuese la causa de sus sueños. Y si el sueño era real, era una espada de doble filo. Ningún hombre deseaba saber que sólo le quedaban sesenta días de vida. Aunque había consuelo, también: caer en la hora de la victoria tenía al menos la virtud de predecir dicha victoria.

De todas las cosas que tenía ganas de tratar con Filocles, ésta (los sueños, la profecía, los poderes del oráculo, los sueños sobre la muerte y sobre el futuro) le acuciaba cada vez que conversaban y, no obstante, una reserva, una cautela por no hacerla más real al comentarla en voz alta, le impedía abordarla.

Y, por descontado, la baqca le había prohibido hacerlo.

El último día, cuando los exploradores ya habían visto las murallas de la ciudad, intercambiando gritos con los centinelas, y aliviado la mente de Kineas de la mitad de sus preocupaciones lógicas al informar de que todo iba bien, Filocles se situó al lado de Kineas. Ya montaba lo bastante bien como para ser considerado un jinete. Requería caballos más grandes que cualquier otro hombre y los cansaba más deprisa, pero era infatigable en la silla.

Kineas le echó un vistazo afectuoso. Filocles era un hombre corpulento, y ahora, una torre de músculo. La grasa que lucía cuando le conoció había desaparecido, consumida por casi un año de ejercicio constante. Era apuesto, barbudo y sonreía con más frecuencia de lo que acostumbraba antaño.

—¿Todo bien en la ciudad? —preguntó cuando alcanzó a Kineas.

—Eso dicen los exploradores —contestó Kineas, que aún sonreía para sí.

—Hoy pareces más contento —observó Filocles.

Kineas enarcó una ceja.

—Has sido un hombre muy taciturno durante seis días, hermano. Estás dejando a tus soldados para el arrastre y Niceas está tan preocupado que me ha empujado a esto. Sueles angustiarte por todo, pero no es propio de ti mostrarte tan reservado. ¿Acaso tu amazona te ha engañado? Confieso que he oído especular mucho sobre su relación con el rey.

Kineas jugueteaba con sus riendas, cosa que molestaba a su caballo. El caballo mostró su enfado respingando ante una abeja para luego cocear con las patas traseras hasta que Kineas apretó con los muslos y dejó de jugar con las riendas.

—Tengo mucho en que pensar —dijo Kineas sin mirar a su amigo a los ojos.

—Sin duda. Eres el hombre del momento, el caudillo de la alianza. —Filocles hizo una pausa antes de agregar—: ¿Puedo decirte una cosa sobre ti?

—Por supuesto.

—Te preocupas constantemente. Te preocupas por muchas cosas; algunas muy profundas, como el bien y el mal, algunas muy prácticas, como dónde acamparemos, y algunas bastante tontas, como las posibilidades de que el arconte te traicione. Es este preocuparte lo que te convierte en un buen comandante.

—No me estás contando nada nuevo, amigo mío —masculló Kineas—. ¿Por qué es una tontería que el arconte pueda traicionarnos?

—Si decide traicionar a la alianza, tomaréis medidas; tú y Menón, junto con Cleito y Nicomedes —dijo Filocles—. Si no lo hace, no será preciso hacer nada. La decisión de traicionarnos depende de la mente del arconte, de modo que no puedes influir en ella. Por consiguiente, tu preocupación es en balde.

—Tonterías —dijo Kineas—. Me preocupa el efecto que su traición podría tener sobre la confianza de los sakje. Y hago planes para lidiar con cualquier contingencia; ¿qué pasa si hace esto o aquello?

—A veces tu preocupación roza en el orgullo desmedido. Pero ya me he desviado del camino que quería seguir. Te he visto preocupado desde el mismo momento en que te conocí, sentado en tu banco en aquel condenado penteconter, cavilando sobre las intenciones que pudiera tener el timonel. Es tu naturaleza.

—Una vez más, eso no me dice nada nuevo. —Kineas se encogió de hombros—. Estoy familiarizado con lo que ocurre dentro de mi cabeza.

—Seguro. Pero desde que salimos de la ciudad sakje, te has encerrado en ti mismo. No mueves un músculo de la cara y tus ojos rara vez brillan. ¿De qué tienes miedo? —Filocles bajó la voz—. Cuéntamelo, hermano. Una carga compartida siempre es más llevadera.

Kineas hizo una seña a Niceas, que se había ido rezagando, y el hipereta tocó el alto. La columna se detuvo de inmediato y todos los hombres desmontaron.

Circularon odres de vino, y ahora que el sol calentaba de pleno en el cielo, los hombres enrollaron sus clámides y las ataron a sus sillas.

Kineas desmontó, bebió vino del odre de Filocles y se plantó junto a la cabeza de su caballo. El caballo metió el morro en la mano de Kineas y éste lo acarició.

—No puedo —dijo el cabo.

El deseo de hablar de su sueño era tan portentoso que no se atrevía a hacerlo. El deseo de hablar de sus sentimientos hacia Srayanka era igual de grande. Filocles habló despacio.

—Hemos compartido nuestros secretos. Me haces temer que... Debo decirlo? Que sabes algo sobre Atenas que supone una amenaza para todos nosotros. O sobre el rey.

—Yerras el tiro por completo —dijo Kineas, irritado—. Si supiera que se cierne un peligro sobre nosotros, ¿crees que no te lo diría?

Filocles estaba de pie junto a su montura. Cogió el odre de vino y negó con la cabeza.

—En un aspecto, tú y el arconte sois como hermanos. No nos lo dirías si considerases que estaríamos mejor sin saberlo. Crees que tu voluntad es superior a la de la mayoría de los hombres.

—Ningún comandante que valga un óbolo comparte todos sus pensamientos con sus hombres —espetó Kineas.

—El tirano vive en cada comandante —corroboró Filocles.

—Sin embargo, aprobaste mi punto de vista sobre la disciplina —dijo Kineas.

—La disciplina no es ningún secreto. Todo hombre de la falange sabe que su supervivencia depende de las acciones de todos. No puede permitirse ninguna desviación. Esa disciplina es algo público. Las reglas están al alcance de todos.

El corazón de Kineas palpitaba con fuerza, y respiraba deprisa. Inhaló profundamente y contó hasta diez en sakje, un ejercicio que cada vez le resultaba más fácil.

—Ningún hombre me provoca con tanta facilidad como tú.

—No eres el primero que me lo dice —contestó Filocles.

—No estoy preparado para comentar lo que me da miedo. Sí, llevas razón, por supuesto. Tengo miedo. Sin embargo, y te pido que confíes en mí en esto, no es un asunto que tenga que preocuparte.

«Tengo miedo de la muerte.» Por algún motivo, la mera admisión de ese miedo le alivió la carga. Filocles se volvió hacia él de repente y le miró a los ojos.

—Cuando estés preparado, deberías hablar de ello. Soy un espía; me entero de cosas. Sé que viste a Kam Baqca. Sospecho que te contó algo. —Miró a Kineas con dureza—. Y me figuro que te dio malas noticias. —El semblante de Kineas debió de dejar traslucir su angustia porque Filocles alzó la mano—. Perdona. Tu rostro me dice

que piso terreno peligroso. Amas a la dama. Si te trata mal, lo siento.

Kineas asintió.

—No estoy preparado para comentar lo. —No obstante, la atención de su amigo le conmovió y tuvo que sonreír; enfrentado a la pérdida de una mujer a la que apenas había tocado y a la inminencia de su propia muerte, ¿qué era más importante? Los hombres eran unos idiotas. Sus hermanas se lo habían dicho un sinfín de veces, y Ártemis había coincidido con ellas.

Filocles le pasó el odre de vino.

—Estás sonriendo. ¡Algo he conseguido! ¿Vamos a Olbia, entonces?

Kineas se las arregló para sonreír de nuevo.

—¿Donde lo peor a lo que hay que enfrentarse es el arconte? —Hizo una seña a Niceas para que tocara la orden de montar—. ¿Quién dijo que la guerra simplifica las cosas?

—Alguien que nunca había planeado una —gruñó Filocles.

—Una vez más, confieso que te he subestimado, mi querido hiparco.

El arconte sonreía satisfecho. Kineas se estaba acostumbrando a los bruscos cambios de humor del arconte. En lugar de mostrar su sorpresa, o de darle una respuesta, se limitó a inclinar la cabeza.

—¿Has convencido al rey bandido a hacer todo esto para protegernos y luego, antes que nadie esté comprometido a una política de guerra, estamos autorizados a negociar un acuerdo? ¡Espléndido! Y Zopriente en las llanuras hostigado por bandas de bárbaros... El arconte, que se había estado frotando el mentón, de pronto dio una palmada—. Negociará, tenlo por seguro. Hiparco, te nombro nuestro comandante. Pongo en tus manos las fuerzas del estado. Por favor, haz lo posible para evitar servirte de ellas.

Kineas encontró que le complacía, pese a todo, ser designado comandante. Había pensado que, a fin de cuentas, obtendría el puesto; Menón, aun siendo mayor, no tenía tanta experiencia en batalla como él, pero esas cosas dependían de la política y eran, por tanto, imprevisibles.

—Así lo haré, arconte.

—Bien.

El arconte hizo una seña a su esclavo nubio para que trajera vino, indicando que quería tres copas.

Kineas miró a Menón, cuyo rostro moreno torcía el gesto.

—¿No estás complacido? —dijo el arconte a Menón.

—Mucho —contestó Menón categóricamente.

El arconte prosiguió con voz meliflua.

—Pues no pareces complacido. ¿Te sientes desairado? ¿Deberías ostentar tú el

mando?

Menón miró a Kineas. Se encogió de hombros.

—Tal vez. —Vaciló, pero el enfado le hizo sacar lo mejor de sí mismo—. ¡Quiero clavar mi espada a Macedonia, no esconderme detrás de las murallas y fingir sumisión! ¿Qué clase de plan es éste?

El arconte apoyó el mentón en la mano, con un dedo a lo largo de la sien apuntando hacia el cielo. Llevaba el pelo cortado a la última moda, con un fleco de tirabuzones que hacía resaltar la corona de laurel dorado que lucía.

—El plan de un realista, Menón. La mayor elegancia del plan de Kineas reside en que los macedonios pueden gastarse todo el dinero y morir a montones, de modo que luego, al final, tengamos toda una gama de opciones políticas. Podemos, si así lo queremos, rescatar al pobre Zoprionte con pertrechos y unabase de operaciones, y utilizarlo para librarnos de los bandidos para siempre.

Al pronunciar estas últimas palabras, el arconte miró a Kineas sonriendo con malicia; la clase de sonrisa que adopta un chiquillo cuando sabe que está obrando mal.

Kineas se mantuvo impasible. Estaba descubriendo que el tener conocimiento de su propia muerte le había dado tanta serenidad como miedo. De hecho, el miedo se iba disipando gracias a la aceptación. El deseo del arconte de manipular y desconcertar resultaba poco relevante.

Estas cavilaciones le hicieron permanecer callado demasiado rato, y el arconte le espetó:

—¿Y bien, hiparco? ¿Por qué debería ayudar a Zoprionte? Kineas cerró su mano izquierda en torno al puño de su vieja espada.

—Porque conquistaría tu ciudad en cuanto tuviera un pretexto —dijo con sumo cuidado.

El arconte sufrió un bajón.

—Tiene que haber un modo de utilizarle contra los bandidos.

Kineas no dijo nada. Los deseos del arconte carecían de importancia para él. El arconte se reanimó.

—Hay que celebrar una ceremonia —dijo—. En el templo. Te investiré con el mando en público.

Los dedos de Kineas delataron su impaciencia por el modo de repiquetear contra el pomo de la espada.

—Tenemos que preparar a nuestros ciudadanos. Los hippeis, como mínimo, deben estar listos para trasladarse al campamento —dijo Kineas. Menón gruñó.

—Creo que podremos hacer un hueco para una ceremonia que tendrá importantes repercusiones —dijo el arconte. Hizo una seña a un esclavo que aguardaba detrás de su asiento—. Encárgate de eso. Todos los sacerdotes, quizás un gesto de benevolencia

para el pueblo.

El esclavo, otro persa, habló por primera vez:

—Preparar eso llevará unos cuantos días, Arconte.

El arconte endureció su semblante.

—No me has oído. Zopriente ejecutó a Ciro, mi emisario, con el pretexto de que era un esclavo, alguien indigno de servir como embajador. Éste es Amarayan.

Kineas miró con detenimiento a Amarayan, un hombre de tez bronceada con una abundante barba negra y un rostro que no revelaba nada.

—Necesitaremos la cooperación de Pantecapaeum —dijo Kineas—. Necesitaremos su flota.

El arconte negó con la cabeza.

—En eso debo discrepar. Me temo que cualquier acción de su flota nos comprometerá.

Kineas suspiró.

—Si no ponemos en jaque a la flota macedonia, no tendremos ninguna opción a mediados de verano.

El arconte tamborileó los dedos contra su cara.

—Muy bien, pues les pediré que traigan sus barcos aquí.

Kineas negó con la cabeza.

—Tienen que hacer más que eso, arconte. Deben patrullar la costa hacia el sur, buscar a la escuadra macedonia y destruirla. Además, me gustaría que cerraras el puerto. —Seguía observando a Amarayan—. Sin duda hay espías aquí. No quiero que se comuniquen con Tomis.

El arconte habló lentamente, como si le siguiera la corriente a un niño.

—Cerrar nuestro puerto sería ruinoso para el comercio.

—Con todo el respeto, Arconte, estamos en guerra. —Kineas obligó a su mano a dejar de jugar con la espada—. Si todo sale bien, el grano podrá enviarse en otoño.

—Atenas no estará nada contenta si retenemos su grano todo el verano.

El arconte miró a Amarayan, que asintió.

—El grano de la cosecha de otoño no bajará por el río como de costumbre —repuso Kineas—. El rey de los sakje retendrá ese grano para aprovisionar a su ejército.

—¿Ejército? —escupió el arconte—. ¡Unas bandas de salvajes de las llanuras no son un ejército!

Kineas guardó silencio. Menón se aguantó la risa.

—Arconte, no puedes fingir que todo es normal. Zopriente marcha hacia aquí con intención de tomar la ciudad —terció Menón.

—Atenas preferirá perder una cosecha de grano que perder esta ciudad a manos

de Macedonia para siempre —agregó Kineas.

Amarayan se inclinó y murmuró algo al oído del arconte. El arconte asintió.

—Meditaré sobre ello —dijo—. Podéis retiraros. E informad a nuestros ciudadanos de que deben prepararse para salir de campaña. Dentro de cinco días — lanzó una mirada a Amarayan, que asintió— celebraremos el festival de primavera nombrándote formalmente jefe del ejército aliado. Después de eso, quizá cierre el puerto.

Cinco días. Para entonces, los tres barcos atracados habrían cargado y zarpado, llevándose consigo los mensajes que fuese preciso.

Kineas saludó y se retiró. En el patio de la ciudadela, bajo la mirada de una docena de los celtas del arconte, Kineas alcanzó a Menón.

—Habrá una batalla —le dijo.

Menón se detuvo. Vestía armadura y sostenía el casco debajo del brazo, llevaba el rizado pelo negro cortado muy corto y su capa negra ondeaba al viento. Sus ojos escrutaron el semblante de Kineas.

—¿Tienes planes de provocarla?

Kineas negó con la cabeza.

—Evitaré librar batalla contra Zoprionte, si puedo. Pero los dioses... —Kineas se interrumpió, sin saber cuánto revelar. Pero necesitaba a Menón, y Menón necesitaba saber. Kineas no soportaría un verano de abierta hostilidad con aquel hombre—. Los dioses me enviaron un sueño. Un sueño muy vívido, Menón. Habrá una batalla. La he visto.

Menón seguía observándole con recelo.

—No soy muy dado a creer en dioses y sueños —dijo—. Eres un hombre extraño. Me desconciertas. —Metió los pulgares en el fajín—. Pero no eres un mentiroso, me parece. ¿Ganamos esa batalla?

Kineas tenía miedo de hablar demasiado, temía que decir algo en voz alta pudiera cambiar el curso de los acontecimientos.

—Creó... Creó que sí.

Menón se acercó a él.

—¿Lo has soñado pero sólo crees que sabes el resultado? ¿Cómo es posible?

Kineas soltó un bufido y sacudió la cabeza.

—No me preguntes más. No quiero comentarlo. Sólo quería decir que, pese a todas las mentiras del arconte, entraremos en combate. Cuando llegemos a la mitad del verano, no nos someteremos. —Kineas miró por encima del hombro—. ¿De dónde ha salido el persa nuevo?

Menón sonrió brevemente, mostrando los dientes, dos de los cuales tenía rotos, y luego escupió a las losas del suelo del patio.

—Se lo regaló Cleomenes al arconte; un administrador persa muy bien formado.



Éste nació esclavo. Se volverá muy peligroso —dijo Menón, desviando los ojos hacia la ciudadela. Luego sonrió con acritud a Kineas—. Igual que el arconte si descubre que en realidad él no lleva el timón.

Kineas se encogió de hombros.

—Me parece que los acontecimientos le quitarán las decisiones de las manos.

—Quiero una batalla. No me importa demasiado cómo lleguemos a ella. Todas esas escaramuzas en la hierba están la mar de bien para los chicos a caballo, pero mis muchachos necesitan un campó abierto y una larga jornada. Nosotros no haremos incursiones contra los campamentos.

Kineas asintió.

—Tus hombres son el corazón de la ciudadanía. Cada semana que los mantengamos en campaña es una semana en la que Olbia se queda sin herreros ni granjeros. Creó —Kineas titubeó, preguntándose por enésima vez lo exactos que serían sus cálculos—, creó que podéis aguardar un mes antes de seguirme. Diez días para marchar hasta el campamento; debería bastar para que llegarais veinte días antes que Zoprionte.

Menón se atusó la barba.

—Veinte días, más una marcha de diez días; es tiempo más que suficiente para endurecerlos y entrenarlos a diario sin que acaben agotados. —Asintió—. ¿Y si Zoprionte no se ajusta a tu calendario?

Kineas echó a caminar hacia la puerta. No quería que todos sus pensamientos llegaran a oídos del arconte, aunque dudaba que los celtas supieran mucho griego.

—No tiene otra alternativa. Un ejército de ese tamaño, con caballería e infantería... Sabes tan bien como yo lo lento que avanzará. Si aguarda al momento oportuno no llegará aquí con tiempo de amenazar siquiera con un sitió. Si se da prisa, los hombres pasarán hambre.

Menón salió con él de la ciudadela y juntos bajaron por la muralla hacia la ciudad.

—Tu razonamiento parece muy acertado. —Rió con amargura. Alejandro se tomaría su tiempo en venir, y al Hades con las consecuencias. Daría por sentado que puede tomar la ciudad, incluso entrado el otoño, y utilizarla para aprovisionar a sus tropas aunque tuviera que pasar al pueblo por la espada.

Kineas asintió sin dejar de caminar.

—Sí.

Menón se detuvo en el ágora y se puso de cara a Kineas.

—Entonces, ¿por qué no hará Zoprionte lo mismo?

Kineas apretó los labios y se rascó la barba.

—Puede que lo haga —dijo—. Quizá será por eso que libra remos batalla.

Menón sacudió la cabeza.

—Pareces un sacerdote. No tengo ningún aprecio por los sacerdotes. Con sueño ó sin él, esta campaña será dura. Recuerda mis palabras, soy un oráculo de la guerra. — Se rió—. Así habla Menón, el oráculo: Zopronte hará algo que no hemos tenido en cuenta y todas nuestras previsiones se irán al garete.

Kineas se enojó; que Menón menospreciara sus cálculos le molestaba, pero tenía que admitir que sus afirmaciones no carecían de fundamentó.

—Tal vez —masculló.

—De tal vez, nada. Eres un soldado profesional: lo sabes tan bien como yo. Planea cuanto quieras, Zopronte vencerá ó perderá a punta de lanza. —Menón parecía aumentar de tamaño mientras hablaba. Estaba exaltado—. Y ni siquiera todos los chicos a caballo del mundo pueden detener a un taxeis macedonio. A la hora de la verdad, serán mis hoplitas y los de Pantecapaeum quienes aguanten ó no. —La idea pareció deleitarle—. Tendré que organizar una reunión para las tropas de Pantecapaeum; conocer a su comandante, planear los entrenamientos y ver si tienen algo de hierro en las entrañas.

Kineas se alegró de ver a Menón tan comprometido. Le dio una palmada en el hombro.

—Eres un buen hombre, Menón.

Menón asintió.

—Ja! Y que lo digas. Me han hecho ciudadano, ¿te lo puedes creer? Ya puedo morir en una cama.

Por unos instantes Kineas el comandante había olvidado la inminencia de su propio deceso. Las palabras de Menón se lo hicieron recordar de golpe.

—Esperó que así sea —le dijo.

—¡Bah! Soy hijo de mi lanza. Ares me gobierna, si es que existe algún dios y a alguno de ellos le importa un óbolo l os hombres, cosa que dudó. ¿Por qué morir en la cama?

Se rió entre dientes, saludó con la manó y enfiló hacia el mercado.

Kineas tuvo muy presente Pantecapaeum durante los días siguientes. Envió una carta con Niceas como heraldo, dirigida al hiparco de la ciudad, solicitando que se reuniera con él para planear la campaña y sugiriendo un calendario de marchas provisional. Pidió a Niceas que le trajera un informe sobre la preparación de la ciudad.

Niceas regresó el mismo día en que zarparon los tres barcos. Kineas estaba en las murallas, observando a Menón entrenar a los hoplitas en la apertura de huecos en sus filas para permitir el pasó de Diodoro con la caballería.

Filocles se le aproximó por detrás.

—Atenas estará contenta de recibir el último cargamento de granó de invierno.

Kineas gruñó.

—Zopriente estará contento de recibir un informe de sus espías que esboce cada aspecto de nuestros planes.

Filocles bostezó.

—Espías no faltan. Dos mercaderes macedonios llegaron a bordo del último barco; ese penteconter de la playa.

Kineas suspiró.

—Esto es como un colador.

Filocles se rió.

—No desesperes, hermanó. He tomado algunas precauciones. Kineas se asomó a las murallas. Los hoplitas habían sido demasiado lentos al abrir sus filas, y Diodoro había quedado atrapado ante el frente de la falange, quedando fatalmente expuesto. En una batalla, ese pequeño error de marcha habría significado un desastre. Menón y Diodoro se gritaban mutuamente de mala manera.

Kineas se volvió de nuevo hacia el espartano.

—¿Precauciones?

Filocles torció las comisuras de los labios.

—He dejado que el nuevo factor del arconte, otro medo perfumado, reciba ciertos informes que señalan que has engañado al arconte, que tu intención es coger el ejército y marchar hacia el sur con los sakje. De hecho, le sorprendió averiguar que los granjeros sindones hubieran cobrado por preparar un campo de batalla a lo largo del río Ágata, donde están cavando trincheras y tendiendo trampas.

Kineas enarcó una ceja. Filocles se encogió de hombros.

—Rumores, siempre rumores —dijo con sorna—. Es más probable que Zopriente se crea un rumor que sus espías hayan oído en las tabernas que un plan expuesto delante de ellos. Es un defecto que tienen todos los espías.

Kineas abrazó al espartano.

—¡Buen trabajo!

—No es nada —respondió Filocles encogiéndose de hombros, aunque complacido con la alabanza. Se le sonrojaron las mejillas.

—Esos mercaderes macedonios..., sabrán la verdad dentro de pocas semanas —dijo Kineas.

—Ajá. —Filocles asintió—. Muy cierto. No obstante, Nicomedes y León los tienen controlados. O sea que... Quizá sea mejor que no diga nada más.

Kineas sacudió la cabeza.

—¿Nicomedes?

Filocles asintió.

—Me figuro que habiendo visto la soltura con que manda a su tropa habrás dejado de creerte su pose de petimetre incompetente...

Kineas negó con la cabeza.

—Me temo que no es así. Pese a su evidente destreza y autoridad, me cuesta tomármelo en serio.

Filocles asintió como si acabara de ver confirmada una teoría.

—Por eso los Nicomedes de este mundo tienen tanto éxito a la larga. En cualquier caso, los mercaderes son igual de desdeñosos. Se instalan en su casa, se comen su pan, se mofan de sus modales afeminados y persiguen a sus esclavas y a su esposa. —El espartano miraba a lo lejos—. Será una lástima cuando un liberto ofendido los mate a los dos.

El grito ahogado de Kineas hizo que el hombretón le mirara otra vez.

—Es un juego peligroso, hiparco. Esos hombres quieren nuestra sangre tanto como un getón blandiendo una lanza.

Kineas se serenó y observó a los hoplitas ejecutar un segundo intento de la maniobra. Asintió.

—Gracias. Más que gracias. Había supuesto que no se podía hacer nada..., y tú has hecho mucho.

Filocles sonrió abiertamente.

—Eres pródigo en tus alabanzas, muy poco espartano. —Su sonrisa se esfumó—. Los dos mercaderes serán los dos primeros muertos de esta guerra. Así es como empieza.

—Me consta que detestas la guerra —dijo Kineas. Alargó la mano para coger el hombro de Filocles, pero éste se apartó.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó.

El festival de primavera congregó a todos los hombres y mujeres de la ciudad y a casi todos los pobladores de las granjas de cuatro estadios a la redonda. Las calles estaban atestadas de gente vestida con sus mejores galas, y hacía suficiente calor para dejar de un lado los mantos, de modo que los hombres podían lucir al aire libre sus mejores prendas de lino y las mujeres, aquellas que habían decidido aparecer en público, presentaban su mejor aspecto.

El contingente entero de los hippeis llenaba el estadio; doscientos treinta jinetes, resplandecientes de azul, bronce pulido y oro brillante. Kineas acertó a ver la diferencia de las clámides y armaduras; las clámides de los hombres que habían estado con los sakje ya comenzaban a desteñirse perdiendo el azul real de cuando eran nuevas, y sus armaduras presentaban tonos de un rojo más oscuro a causa de los largos días pasados bajo la lluvia. Pero la apariencia del cuerpo en conjunto era formidable.

Kineas se sentía extrañamente nervioso encabezando la comitiva. Llevaba su mejor armadura, montaba su caballo más alto y sabía que estaba a la altura del papel. No podía explicarlo. Su habilidad con los hombres era un don divino, y rara vez

dudaba de los dioses, pero hoy se sentía como un actor asignado a un papel, y la adulación de las multitudes a lo largo de la ruta hacia el templo acrecentaba su sensación de irrealidad. Ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas de una ciudad, aparte de conducir al ejército de su amada Atenas en el campo de batalla, era la cima de la ambición de cualquier soldado.

La inminencia de su muerte y todo lo que significaría —la pérdida de poder terrenal, amigos, amorrondaba sus pensamientos. Pensaba que no podía perder el tiempo con naderías, que cada momento importaba, y deseaba llevar a sus fuerzas al campamento del Gran Meandro lo antes posible, vivir al máximo su última campaña.

Ver a Srayanka. Aunque no pudiera poseerla.

Pensaba en todas esas cosas, pero aquel día cabalgó hacia el templo de Apolo como un novio, ansioso, pese a todo, del honor que el arconte iba a otorgarle.

Filocles cabalgaba a su lado.

—Te encuentro un tanto vanidoso —dijo entre aclamaciones de la muchedumbre.

Kineas saludó a un grupo de sindones que le estaban señalando.

—Casi todos los soldados lo son, ¿no te parece? —preguntó.

Filocles sonrió.

—Ocultas muy bien tu devoción por las galas. Exhibes tu pobreza y tu vieja y andrajosa clámide para que el contraste haga resaltar tu magnificencia.

—Si tú lo dices —contestó Kineas.

—Lo digo. ¿O es que tal vez te da reparo mostrar tantas galas a diario por miedo a que te tomen por Nicomedes?

Las últimas palabras de Filocles quedaron casi ahogadas por una nueva ovación. Hizo una seña afirmativa a Ataelo, que se aproximó. Llevaba un paquete envuelto en lino que entregó a Filocles.

—Hicimos un juramento —dijo Filocles—: no darte esto hasta el festival de Apolo.

Kineas desenvolvió el lino. Dentro apareció su nueva espada, con una vaina de cuero rojo y la empuñadura de oro: una empuñadura elegante y potente decorada con dos Pegasos voladores. El pomo era de fundición y representaba la cabeza de una mujer.

El primer escuadrón había comenzado a cantar el peán.

En el siguiente intervalo de silencio, Kineas dijo:

—Es magnífica, pero yo no quería ningún regalo del rey.

—El rey la envió igualmente —dijo Filocles con una sonrisa triste—. ¿Has reparado en el pomo? ¿Ves algún parecido?

Kineas empuñó el arma.

—Eres como una moscarda: por más veces que te aparte, vuelves a fastidiarme otra vez. —Una amplia sonrisa desbarató su impostada severidad. Le encantaba.

Parecía hecha a medida. Srayanka resplandecía en el pomo de oro macizo. «Srayanka Medea.»

—¿Envió esto? ¿En serio?

Filocles sonrió.

—En serio. —Sacudió la cabeza—. Deja de sonreír así; igual te haces daño en la cara.

Sacó a su caballo de la columna y regresó a su sitio.

Kineas no dejó de sonreír. El rey de los asagatje le había enviado un mensaje. O un desafío.

La ceremonia fue larga pero agradable, llena de música y vivos colores. Levantó los ánimos de la ciudad, de los hippeis y de los hoplitas, y cuando el arconte ató el fajín magenta en torno a su peto, Kineas también se estremeció de alegría.

Después del último desfile a través de la ciudad, Kineas llevó a los hippeis de regreso al hipódromo, donde los despidió con su agradecimiento y alabanzas, y con órdenes de congregarse al cabo de dos días preparados para la marcha. Mientras se iban, escuchó los chismorreos, el tono de sus quejas, las pullas y las bromas.

La moral era buena.

Como si lo hubiesen acordado previamente, los soldados mayores, los mercenarios que habían llegado a la ciudad ocho meses antes, se reunieron en el cuartel en lugar de acudir a las carreras de antorchas y demás festejos públicos. Estaban todos allí: Antígono, Coeno, Diodoro, Crax y Sitalkes, Ajax, Niceas, recién llegado de Pantecapaeum, Laertes y Likeles, Agis, Andrónico y Ataelo, los últimos porque les había tocado el turno de almohazar a los caballos, y Filocles, que apareció con dos esclavos de la ciudad y una gran ánfora de vino. La forma del ánfora anunciaba que procedía de Quíos y todos aplaudieron.

Filocles sacó una crátera de debajo de una manta y los demás fueron en busca de copas y extendieron cojines y mantos en los bancos para convertirlos en divanes.

—Hemos pensado que deberíamos beber juntos un poco de vino, una última vez antes de salir de campaña —dijo Filocles.

—Mientras aún seamos tus amigos, antes de convertirnos en tus soldados —agregó Niceas con una mano en la lechuza que llevaba al cuello.

Al principio estuvieron un poco tensos. Sitalkes y Crax no abrían la boca más que para soltar risitas nerviosas, y se daban codazos en el diván que compartían. Ataelo, que rara vez participaba en sus jolgorios, parecía incómodo en un diván y terminó por sentarse en el suelo con las piernas cruzadas.

Filocles se levantó.

—En Esparta tenemos dos costumbres en vísperas de guerra. Una es que cantamos un himno a Ares. La otra es que en nuestro casino, cada hombre sale por

turno a la cratera, alza su copa, vierte una libación a los dioses y brinda por cada uno de sus camaradas.—Sonrió—. Es una buena manera de emborracharse muy deprisa.

Acto seguido levantó la voz. No tenía el menor sentido de la melodía, pero había otros que sí: Kineas y Coeno.

*Ares, el de extrema fortaleza, auriga imbatible, con el casco de oro, aguerrido de corazón, portador de escudo, salvador de ciudades, con jaeces de bronce, de enérgico brazo, infatigable, temible con la espada.*

*Oh, defensor del Olimpo, padre de la belicosa Victoria, aliado de Temis, firme gobernador de los rebeldes, dirigente de los hombres rectos, rey de la hombría, tú que haces girar tu ardiente esfera entre las siete trayectorias de los planetas a través del éter, donde tus resplandecientes corceles siempre te sostienen sobre el tercer firmamento de los cielos.*

*¡Escúchame, tú que ayudas a los hombres, tú que otorgas intrépida juventud!*

*Envía un rayo bondadoso desde lo alto sobre mi vida, y dame fuerzas para guerrear, que sea capaz de ahuyentar a la amarga cobardía de mi cabeza y aplastar los engañosos impulsos de mi alma.*

*Refrena también la encendida furia de mi corazón, que me empuja a seguir los caminos de la lucha espeluznante.*

*En su lugar, oh, bendito, concédeme la audacia de acatar las inofensivas leyes de la paz, evitando los conflictos y los odios y los violentos demonios de la muerte.*

Andrónico se puso de pie.

—¡Bonita canción! —gritó—. Los griegos no acostumbráis a ensalzar al señor de los conflictos.

Filocles negó con la cabeza.

—No somos amigos del señor de los conflictos.

Pero Andrónico no estaba de humor para discutir.

—¡Bonita costumbre! —Fue derecho a la cratera y sumergió su copa. Vertió una libación al suelo y la alzó—. Por nosotros, camaradas. —Uno tras otro, dijo sus nombres, alzó la copa y bebió, hasta que llegó a Kineas—. Por ti, hiparco —dijo, y apuró su copa.

Uno tras otro, los demás hicieron lo mismo. Likeles bromeó sobre cada uno de ellos. Filocles imitó sus voces al pronunciar los brindis respectivos. Agis habló bien y Laertes tuvo un cumplido para cada hombre.

Sitalkes bebió en silencio, mirando a los ojos de cada hombre y bebiendo hasta que llegó a Kineas. Para él, alzó la copa.

—Yo era getón —dijo—. Ahora soy uno de los vuestros.

Bebió, y los demás le vitorearon y patalearon como no lo habían hecho tras la

bella retórica de Laertes.

Crax ocupó su sitio junto a la crátera con una mirada beligerante.

—Cuando luchemos, mataré más que cualquiera de vosotros —dijo. Y bebió.

Ajax cogió la copa y lloró. Se enjugó las lágrimas.

—Cada hombre aquí presente cuenta con mi amor. Sois los camaradas con los que soñaba de niño, cuando mi padre me tomaba en su regazo y me leía cómo se enfurruñaba Aquiles en su tienda, cómo conducía Diomedes el ejército de los helenos y todas las demás historias de la guerra contra Troya.

Ataelo insistió en beber vino sin aguar. Permaneció un rato callado junto a la crátera. Finalmente dijo:

—Mi griego es mejor. Así que no tengo miedo para hablaros. Todos vosotros, como un buen clan, me sacasteis de la ciudad, me disteis caballo. Me disteis honor. —Alzó su copa—. Demasiado hablar para brindar por cada uno. Brindo por todos. Akinje Craje. El clan del Caballo Volador: así os llaman los sakje. Buen nombre.

Bebió. Luego sumergió la copa y bebió otra vez, y otra más, y saludó a cada uno de ellos con vino sin aguar. Regresó a su sitio en el suelo sin un temblor, y se sentó con la misma gracia que todos los sakje. El último fue Kineas. Saludó con la mano a Filocles, que actuaba de maestro de ceremonias.

—Por todos los dioses, añade un poco de agua o no viviré para llegar al campamento.

Aguardó junto a la crátera. Se encontró con que tenía pintada una sonrisa tan firme que no podía borrarla ni siquiera para hablar. Se quedó callado, tan callado como lo habían estado Sitalkes o Ataelo. Luego alzó su copa con las puntas de los dedos y la inclinó para verter una libación.

—Los dioses honran a quienes se esfuerzan al máximo —dijo—. Dudo que ningún otro grupo de hombres haya trabajado más duro que vosotros durante los últimos seis meses. Pido a los dioses que lo tomen en cuenta. Vinimos aquí como extranjeros y nos han hecho ciudadanos. Llegamos como mercenarios. Ahora pienso que la mayoría de nosotros va a luchar por nuestra ciudad, como hacen los hombres de mérito. —Miró en derredor—. Igual que Ajax, os amo a cada uno de vosotros, e igual que Ataelo, os considero de mi propio clan. En cuanto a mí, juro por los dioses que haré cuanto esté en mi mano por traeros de vuelta sanos y salvos. Pero también digo esto: nos aguarda una dura campaña. —Volvió a mirarlos a todos—. Si caemos, hagámoslo de tal modo que algún poeta olbiano cante nuestra hazaña, tal como los espartanos cantan sobre Leónidas o tal como todos los helenos cantan al hijo de Peleo.

Todos le aclamaron, incluso el muy reservado Niceas. Bebió a su salud. Alzaron sus copas con un rugido.



Mucho más tarde, un Kineas muy borracho dio una palmada en el hombro a Filocles.

—Eres un buen hombre —le dijo. Filocles sonrió.

—No soporto que me lo digas tan a menudo.

—Me voy a la cama. Tendré la cabeza como un yunque cuando amanezca.

Kineas se tambaleaba. Crax vomitaba cerca de la puerta principal del cuartel, como si estuviera al borde de la muerte.

Filocles se puso de pie trabajosamente.

—Me parece que te encontrarás con que amanece enseguida —dijo—. Da gusto verte tan contento.

Kineas se agarró al marco de la puerta.

—Estoy bastante contento, hermano. Mejor morir contento que...

Consiguió cerrar la boca a tiempo.

—¿Morir? —repitió Filocles. Parecía más sobrio—. ¿Quién ha dicho nada de morir?

Kineas quiso quitar hierro al asunto con un ademán.

—Nada. No tendría que haber dicho algo así. Se me suelta la lengua cuando me emborracho. Como una diarrea de palabras.

Filocles lo agarró y le hizo dar media vuelta. Apoyó su frente contra Kineas, y ambos recobraron el equilibrio. Puso una mano en el codo de Kineas como un luchador para hacer una llave.

—Morir contento, has dicho. ¿De dónde has sacado eso?

—De ninguna parte. Sólo es una frase.

—Y una mierda —replicó Filocles con aspereza.

Kineas puso los ojos en blanco. Además, no recordaba por qué tenía que ocultarle todo aquello al espartano.

—Voy a morir —dijo—. En la batalla.

Filocles apretó su frente contra la de Kineas hasta hacerse daño.

—¿Quién lo dice?

—Sueño. Kam Baqca. Árbol.

Decirlo en voz alta hacía que pareciera una estupidez. Filocles lo apartó y se echó a reír.

—Por el miembro erecto de Ares. Pobre desdichado. Kam Baqca piensa que ella va a morir en esa batalla. Sólo está esparciendo su desgracia.

Kineas se encogió de hombros.

—Quizá. Sabe mucho.

—Desde luego que sí —asintió Filocles—. Anda. Huye. Sube a un barco. Vete a Esparta.

Kineas sacudió la cabeza. Los mitos de su juventud estaban llenos de hombres

que huían del destino para morir absurdamente.

—La elección de Aquiles —dijo.

Filocles se enfadó y negó con la cabeza.

—Eres demasiado mayor para esa mierda. No eres Aquiles. Los dioses no te susurran al oído.

Kineas se sentó en una mesa. Había llegado a su cuarto. Se quitó las sandalias con los pies.

—Cama —dijo, y se desplomó en la suya.

Se quedó dormido sin que Filocles tuviera ocasión de replicar.

Kineas fue el último hombre de los hippeis que llegó al campamento del Gran Meandro. Fue enviando escuadrones, uno cada día, mientras seguía discutiendo con el hiparco de Pantecapaeum y escribía órdenes detalladas para los aliados de la ciudad.

Leuconte se llevó a la primera tropa de elite el día siguiente al festival. Estaban preparados, todavía en buena forma después de la visita a los sakje, y deseosos de partir. Kineas envió a Niceas con ellos para que los vigilara y se asegurara de que el campamento estuviera bien situado y bien montado.

El segundo día, cuando el escuadrón de Diodoro hubo cruzado las puertas de la ciudad, seis trirremes ligeros llegaron de su ciudad hermana, la primera señal concreta de que Pantecapaeum tenía intención de hacer honor a su promesa. Kineas bajó al puerto a verlos y a comentar la estrategia con su navarca, Demostrate, un hombre bajo y gordo con la nariz respingona y chata. A pesar de su aspecto, feo como Hefesto, era un hombre alegre, incluso cómico, y sus barcos estaban en buen orden, desde el lustre de sus remeros, todos ellos ciudadanos, hasta las velas, pintadas con una Atenea sedente el doble de alta que un hombre, flotando sobre las naves de casco negro cual estandartes de la diosa.

Demostrate estuvo inmediatamente de acuerdo en dar caza a los trirremes macedonios.

—Tendrá más en cuanto pasemos la mitad del verano, ¡ya verás! —dijo el navarca—. Haré naufragar los que tiene ahora en cuanto les dé alcance.

—Que los dioses te acompañen —dijo Kineas—. La marea está subiendo. No quiero retenerte.

—Da gusto conocer a un general que conoce el mar. ¿Es verdad que eres ciudadano? ¿Te quedarás? Te has convertido en un personaje bastante famoso en Pantecapaeum.

Kineas se encogió de hombros.

—Me parece que voy a quedarme —dijo.

—Celebró oír eso. Cuesta confiar en un mercenario, sin ánimo de ofender.

Kineas se encaramó a la regala y saltó a tierra.

—Envía un correo si entras en acción.

Demostrate saludó con la manó.

—Ya he jugado a este juego. Puedo tener otros tres cascos en el agua hacia medió verano; si los consigo, y ya he liquidado a esa escuadra, quizá vaya de crucero al Bósforo. —Le lanzó una mirada lasciva—. A mis muchachos les encantaría llevar a

unos cuantos mercaderes.

Kineas se volvió hacia Nicomedes, que le había acompañado para hacer las presentaciones.

—Parece más un pirata que un mercader.

Nicomedes se rió.

—Es que era pirata. Pantecapaeum le nombró navarca para que abandonara sus rapacerías.

Kineas cayó en la cuenta de que se esperaba que estuviera al corriente, de que el gordo se había reído de ambos con su comentario sobre los mercenarios.

—Confío en que sea tan competente como aparenta.

Nicomedes asintió.

—Es el terror de los mares. Solía apoderarse de mis naves.

—¿Cómo lo detuviste? —preguntó Kineas.

Nicomedes hizo un mohín y guiñó el ojo.

—Sería indiscreto comentarlo —dijo. Entonces cambió de voz y se puso serio—. Mañana salgo con mi escuadrón. Quiero exponerte una preocupación, una verdadera preocupación. Ven a mi casa.

Kineas le siguió colina arriba desde el puerto. Nicomedes era un hombre importante, y caminar hasta su casa conllevó tener que aguantar un sinnúmero de solicitudes, factores, mendigos de distinta ralea y paradas; tardaron una hora de la que apenas disponía.

Una vez acomodado en una estancia llena de hermosos, aunque obscenos, mosaicos y mármoles, Kineas se recostó en un diván con una copa de vino excelente. Se armó de paciencia: Nicomedes no era sólo uno de sus oficiales sino, junto con el arconte y tal vez Cleito, el hombre más poderoso de la ciudad. Seguramente era tan rico como cualquier hombre de Atenas.

—¿Qué te ronda la cabeza? —preguntó Kineas.

Nicomedes estaba admirando el trabajo de orfebrería de la espada de Kineas.

—¡Es espléndida! Me perdonarás si te digo que no esperaba envidiarte por la posesión de un objeto, aunque he oído decir maravillas acerca de la hoja. — Nicomedes se encogió de hombros y torció el gesto—. Las espadas no me emocionan mucho; me gusta que estén afiladas y que se acomoden a mi manó. Pero esta empuñadura... Es una obra de arte. ¿De Atenas?

Kineas negó con la cabeza.

—De un maestro ateniense que vive con los sakje.

—El estiló... Como una gran obra ateniense, pero todos estos animales extravagantes... ¡Y la Medusa! ¿O es Medea?

Kineas sonrió.

—Sospecho que es Medea.

—¿Medea? Mató a sus hijos, ¿no? —Nicomedes enarcó una ceja—. Este rostro..., me la imaginó matando a unos niños. Hermoso..., pero fiero. ¿Por qué Medea?

Kineas sacudió la cabeza.

—Es una broma con segundas, según creó. ¿Qué te ronda la cabeza? —preguntó otra vez.

Nicomedes siguió admirando la espada. Luego se irguió.

—Cleomenes ha reaparecido —dijo.

—¿Zeus, señor supremo! —exclamó Kineas—. ¿En Heraclea?

—Peor. En Tomis. Ha ido a ver a los macedonios. Me he enterado esta mañana. El arconte aún no debe de saberlo.

Kineas se frotó la mandíbula. Cleomenes, pese a la enemistad de su partido, conocía sus planes con todo detalle. Había asistido a todas las reuniones de los magnates de la ciudad; al fin y al cabo era un prohombre.

—Eso podría significar un duro golpe —dijo.

Nicomedes asintió.

—Respeto tu autoridad, pero estás enviando a todos los líderes de la asamblea fuera de la ciudad. No quedará nadie con huevos para enfrentarse al arconte..., ni a Cleomenes, si viene aquí. Y vendrá.

Kineas se rascó la barba e hizo una mueca. Suspiró profundamente y luego dijo:

—Llevas razón.

—Podría asesinar a alguno de los líderes que goza de popularidad y cerrar las puertas. —Nicomedes bebió vino—. El arconte se ha pasado cinco años mejorando las defensas; me fastidiaría tener que ocupar esta plaza.

Kineas negó con la cabeza.

—Lo tendremos en nuestras manos en tres días.

Nicomedes se mostró sorprendido, expresión que rara vez asomaba a su terso semblante.

—¿Cómo?

Kineas enarcó una ceja indicando que quería que Nicomedes lo adivinara.

—¿Traición? —preguntó Nicomedes, pero en cuanto lo hubo dicho, se rió—. Por supuesto. Somos el ejército. Toda nuestra gente está en la ciudad.

Kineas asintió.

—Me gusta considerarlo un ejercicio de democracia militar. Las ciudades bien gobernadas pueden aguantar un sitio indefinidamente, salvo que tengan mala suerte. Pero un gobierno impopular sólo durará hasta que alguien abra una puerta. Espera que no suele ser larga. Las tiranías... —Kineas sonrió con rapacidadcaen fácilmente.

Nicomedes se inclinó hacia delante en su diván.

—Por los dioses, le estás tentando.

Kineas negó con la cabeza.

—Yo no juego a esos juegos. Necesito a los soldados en el campo; si no por otra razón, al menos para demostrar a los sakje que estamos con ellos. Pero si el arconte cae en la tentación de hacer una estupidez... —Kineas se encogió de hombros— no soy responsable de las malas obras de otros hombres. Así me lo enseñó mi tutor.

Nicomedes asintió con los ojos brillantes, pero acto seguido negó con la cabeza.

—Aun así podría dañar nuestras propiedades. Podría atacar a las familias, incluso entregar la ciudadela a Macedonia, si pensara que es su única baza para sobrevivir.

Kineas asintió.

—Creo que es un hombre racional pese a sus arranques de genio. Piensas demasiado mal de él.

—Contigo y con Menón es más estable de lo que era el año pasado. Temo que cuando os hayáis ido... Temo muchas cosas.

Kineas se rascó la barba.

—¿Qué quieres que haga?

—Deja aquí a mi escuadrón. —Nicomedes se encogió de hombros—. Puedo vigilar al arconte. Y puedo ocuparme de Cleomenes —agregó endureciendo la voz.

Kineas negó con la cabeza.

—Ay, Nicomedes, te has entrenado muy a fondo. El tuyo es el mejor de los cuatro escuadrones. El día de la batalla, te necesitaré.

Nicomedes se encogió de hombros.

—Me figuraba que dirías esto. Muy bien, pues entonces deja a Cleito aquí.

Kineas se frotó las mejillas pensativamente.

—Los hombres mayores, los peores jinetes, pero con los mejores caballos y con el mejor equipo.

Nicomedes se inclinó en el espacio que mediaba entre ambos para devolverle la espada sosteniéndola por la hoja.

—La mayoría son viejos para una campaña de verdad, pero lo bastante jóvenes para llevar armadura e intimidar a un tirano.

—Cleito y tú sois rivales —dijo Kineas con cautela.

Nicomedes se levantó de su diván y fue hasta la mesa donde había una docena de rollos abiertos.

—En esto no. Preferiría quedarme yo: Cleito aún siente cierto respeto por el arconte, y es como arcilla en manos de Cleomenes, pero defenderá el frente.

—Razón de más para que se quede él. El arconte sigue siendo mi patrono. Es autocrático pero, que yo sepa, ha actuado ateniéndose a las leyes de la ciudad. Vosotros le otorgasteis el poder. Es vuestro monstruo. —Kineas se rascó la barba—. Y me temo que tú y Cleomenes..., eso es demasiado personal.

Nicomedes se mostró resentido.

—Lo es. Le mataré cuando pueda.

Kineas se levantó.

—Cuando la asamblea ateniense votó a favor de la guerra contra Macedonia, muchos estuvieron en contra, y algunos de ellos yacen muertos en Queronea. Así es la democracia.

Nicomedes se acercó y acompañó a Kineas a la puerta.

—Lo harás, ¿verdad? Dejar al escuadrón de Cleito.

Kineas asintió rotundamente.

—Sí.

Nicomedes sonrió, y Kineas se preguntó si le acababan de llevar al huerto.

—Bien. Ajax se moriría si tuviera que quedarse. Y yo nunca he visto una guerra en tierra firme. Parece muy segura comparada con la guerra en la mar.

Kineas no supo si lo decía con humor o no. Siempre costaba saber a qué atenerse con Nicomedes. De modo que le estrechó la mano en el umbral, en medió de una multitud de parásitos, y regresó al cuartel.

El tercer día el escuadrón de Nicomedes partió con más equipaje y más esclavos que los otros dos juntos, aunque su escuadrón podía presumir de ser el más disciplinado de los cuatro. Kineas los vió marchar con el corazón triste; tenía ganas de irse, pero antes debía terminar su trabajo con los aliados.

Filocles, Menón y Cleito aguardaron con él hasta que el último carro tirado por mulas cruzó las puertas de la ciudad.

Menón seguía pareciendo un palmo más alto. Se volvió hacia Kineas, saludó sin un ápice de sarcasmo y dijo:

—Con tu permiso, sacaré a mis muchachos a entrenar un par de horas.

Kineas correspondió el saludo llevándose la mano al pecho.

—Menón, no necesitas mi permiso para entrenar a los hoplitas.

—Ya lo sé —sonrió Menón—. Y dios te ayude si piensas lo contrario. —Señaló a los hombres que aguardaban, formados en largas hileras en las calles de la ciudad—. Pero es una buena estrategia con ellos.

Filocles estuvo de acuerdo.

—Quienes obedecen serán obedecidos —dijo.

Menón le señaló.

—¡Exacto! Justo lo que quería decir. ¿Sócrates?

Filocles negó con la cabeza.

—Licurgo de Esparta.

Menón se marchó, todavía riendo.

Kineas encontró mucho que admirar en los hoplitas de Pantecapaeum; su falange le pareció muy buena, y sus jóvenes de elite, doscientos atletas en plena forma, los epilektoi, le hicieron sonreír.

—Por descontado, sus oficiales son un atajo de imbéciles pomposos —dijo entre dientes.

El hiparco de Pantecapaeum era por el estilo. Era un joven alto y delgado, de semblante adusto y frente despejada, normalmente señal de una inmensa inteligencia.

—Mis tropas estarán exclusivamente bajo mi mando. Tú puedes comunicarme tus órdenes y, si me parecen apropiadas, yo las pasaré a mis hombres. Somos caballeros, no mercenarios. He oído contar muchas cosas sobre ti: por ejemplo, que obligas a los caballeros de Olbia a almohazar a sus caballos. Ninguna de esas tonterías se aplicará a mis hombres.

Kineas no esperaba menos después de la correspondencia que habían mantenido.

—Como es natural, discutiré todas esas cuestiones contigo. Mientras tanto, ¿puedo pasar revista a tus hombres?

El hiparco aliado, Herón, sonrió sin separar los labios.

—Si quieres verlos, adelante. Sólo yo paso revista. Sólo yo hablo con ellos. Espero haberlo dejado bien claro.

Kineas supo cómo era al instante: un hombre para quien la inteligencia reemplazaba al sentido común y cuyo miedo al fracaso le hacía distante y arrogante. Un perfil muy frecuente en los ejércitos pequeños. Kineas había sabido desde el principio la suerte que había tenido con Nicomedes y Cleito, y Herón era la prueba que lo confirmaba.

Kineas asintió. Estaba de demasiado buen humor como para enfadarse y, además, tras largos años aguantando la arrogancia de los oficiales macedonios, se había acostumbrado a esa clase de actitudes. En vez de reaccionar, dió media vuelta a su caballo y comenzó a recorrer la primera fila de hippeis de Pantecapaeum.

El equipo de los hippeis de Pantecapaeum presentaba un desfase de unos cincuenta años. Igual que los hoplitas de Olbia, llevaban lo mismo que habrían usado sus abuelos: armadura ligera de lino, caballos pequeños y jabalinas ligeras. Casi todos los jinetes estaban algo gordos y se asentaban apoyados en las ancas de su montura, una postura más cómoda para jinetes poco entrenados pero más dura para el caballo. Kineas se fijó en que no llevaban clámides en las sudaderas, y que en el escuadrón, de sólo setenta hombres, había una sorprendente mezcla de caballos.

Sonrió, pues sospechó que si hubiese pasado revista a los hippeis de Olbia un año atrás, los pocos que se habrían presentado habrían ofrecido un aspecto semejante. Tiró de las riendas y se volvió hacia Herón.

—Os entrenaremos. Tendréis que mejorar vuestro equipo. Te trataré como a uno de mis oficiales en la medida en que lo merezcas. —Se acercó a él—. He presenciado muchos años de guerra a caballo y esta campaña promete ser dura. Si me obedeces, mantendrás a la mayoría de tus hombres con vida. Si vas a tu aire, no me servirás de nada.



Herón mantuvo la vista al frente unos segundos.

—Lo consultaré con mis hombres —dijo con fría formalidad.

Kineas asintió.

—Pues date prisa.

Kineas envió a un esclavo en busca de Cleito y pasó una desagradable media hora en la arena con una tropa de airados jinetes aliados. Les daba órdenes y ellos se mostraban hoscos o simplemente ignorantes. Su hipereta, Dión, parecía bien dispuesto. Herón se retiró, primero al otro extremo de la arena y luego a la puerta del hipódromo.

Cleito apareció al frente de su escuadrón ya que ese día tocaba entrenar a la caballería que quedaba en la ciudad. Entraron al hipódromo en formación, haciendo que pareciera vacío comparado con los días en que se reunían todas las fuerzas, pero los cincuenta hombres presentaban una espléndida estampa en vivo contraste con los hombres de Pantecapaeum.

—Gracias a los dioses —dijo Kineas. Se debatía entre la frustración y la ira. Siempre había tenido a Niceas para hacer aquella clase de trabajo. Kineas señaló a la caballería aliada.

—¿Puedes entrenarlos por mí? ¿Dos semanas?

—Seguro que en campaña puedes entrenarlos más deprisa y mejor. —Cleito miró alrededor—. ¿Dónde está Herón? ¿Le has matado?

—No. Es bastante valiente; sólo es un terco ignorante.

Cleito sacudió la cabeza.

—Es el hijo de un viejo rival mío. Siempre ha sido muy indulgente con él. Quizá demasiado.

Kineas se encogió de hombros.

—El mío también lo fue conmigo. Escucha, necesitan armadura, y también caballos castrados como los nuestros. Tú puedes encargarte de todo esto aquí, yo no. En el campamento les daré caballos de refresco, pero la armadura tienen que conseguirla aquí.

Cleito se rascó el mentón.

—¿Quién paga?

Kineas sonrió.

—Déjame ver. El flaco, Herón, ¿es rico? Cleito rió.

—Rico como Croseo.

Kineas sacudió la cabeza.

—Ojalá todos mis problemas tuvieran soluciones tan sencillas. Dile que si paga, le mantendré el rango de hiparco e incluso le pediré disculpas. De lo contrario, envíalo de vuelta a casa y elige a otro. Diás parece competente.

Cleito asintió.

—Dión. Diás es el trompetero. Y lo es. Sólo que es deshonesto.

Hizo una seña a Petroclo, que vino al trote; parecía diez años más joven.

—¿Qué ocurre?

Cleito señaló a los hombres de Pantecapaeum.

—Sabía que estábamos saliendo demasiado bien librados cuando nos dejaron aquí como guarnición. Ahora nos toca entrenarlos a ellos.

Petroclo los contempló con el desdén propio de los veteranos por los novatos. Su expresión hizo sonreír a Kineas.

—Haré lo que pueda —dijo.

Kineas vio al arconte una vez más antes de marcharse. El arconte se negó a hablar en serio, burlándose de Macedonia y de Kineas por turnos. Estaba borracho. Acusó a Kineas de querer tomar la ciudad y le hizo jurar que la defendería. Y luego también le hizo jurar que no intentaría derrocarlo. Kineas prestó ambos juramentos y finalmente fue autorizado a retirarse.

—A veces eres muy inocente —dijo Filocles cuando Kineas le hubo referido el encuentro con el arconte. Por fin habían emprendido la marcha, ellos dos solos con Ataelo de explorador.

—Daba pena verle —dijo Kineas. Filocles sacudió la cabeza.

—Mira cómo te pones a la defensiva. Te tomó juramento, y él no prometió nada.

Kineas cabalgó en silencio durante un estadio y al cabo dijo:

—Tienes razón.

—Pues claro —dijo Filocles sonriendo—. No obstante, dudo que hayas empeorado las cosas. Quizás hayas comprado unas cuantas semanas más de confianza. Mis contactos en la ciudadela dicen que teme a un asesino; suele haber muchos en las cortes persas.

Kineas volvió a sumirse en el silencio un buen rato antes de confesar:

—Temo al arconte y temo por él.

—Es un inútil autodestructivo y nos va a traicionar. ¿Estás preparado para eso? —preguntó Filocles.

—Tenemos al ejército. Derrotemos a Zoprionte, preocupémonos del arconte después. ¿No era ése tu consejo?

Kineas bebió un poco de agua. Miró hacia el mar de hierba. En algún lugar de la curva del Euxino, Zoprionte avanzaba hacia ellos; estaría a cuarenta o cincuenta días de distancia. Y pensó que cada día que mantenía a Zoprionte a raya era otro día de vida. Resultaba casi divertido.

—¿Lo sabe Medea? —preguntó Filocles.

—¿Qué? —preguntó Kineas, que dejó de estar absorto de golpe.

—Doña Srayanka. La llamamos Medea. ¿Sabe lo de tu sueño? Kineas negó con la

cabeza.

—Ya me figuraba yo que era cosa vuestra. ¿Hicisteis que el herrero la tomara como modelo?

Filocles sonrió.

—Nunca te lo diré.

—Sois una panda de cabrones. No, no lo sabe, al menos por mí. —Kineas contemplaba el horizonte. Ansiaba cabalgar hacia ella, día y noche, hasta llegar al campamento. Una conducta de lo más madura para un comandante. Alargó la mano hacia el odre de agua y dijo—: Kam Baqca y el rey nos han prohibido..., estar juntos.

Filocles volvió la cabeza hacia otra parte, obviamente avergonzado.

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? —barbotó Kineas escupiendo el trago de agua.

—Se debatió —dijo Filocles. Sus gestos delataban una extrema incomodidad—. Me lo consultaron.

—¡Ares y Afrodita! —exclamó Kineas.

Filocles agachó la cabeza.

—No tenías ojos para nadie más. —Filocles miró hacia la estepa. Ella se negaba a hablar contigo. El rey está loco de amor por ella. Vosotros tres... —Suspiró—. Vosotros tres suponéis una amenaza para la guerra con vuestros males de amores.

Con la mente despejada de un hombre al que le quedaban cuarenta días de vida, Kineas no sucumbió a la ira.

—Quizás estés en lo cierto.

Filocles le echó una mirada buscando signos de enfado.

—¿Lo admites?

—Me figuro que sí. Solón tenía un poema; no lo recuerdo, pero iba sobre un hombre que pensaba que tenía razón y que todos los demás ciudadanos de su ciudad se equivocaban. —Kineas esbozó una sonrisa—. Tú, Niceas, Kam Baqca; dudo que todos os equivoquéis. —Su sonrisa fue más franca—. Incluso ahora me pasa por la cabeza hincarle los talones a este caballo y galopar como un loco hasta su campamento. Es lo que andaba pensando un estadio atrás.

Filocles sonrió a su vez.

—Te clavó bien hondo la lengüeta. Y no es que me extrañe: es más espartana que ninguna otra bárbara que haya conocido.—Recuperó el odre de agua—. ¿Es eros o agape? ¿Te has acostado con ella?

—¡Eres como un amigo de infancia lleno de granos indagando sobre mi primera conquista!

—No: soy un filósofo estudiando a su sujeto.

—La chica de las sandalias de oro me ha golpeado, en efecto, con las grandes uvas del amor —dijo Kineas citando una canción popular de la Atenas de su juventud

—. ¿Cuándo, exactamente, pueden dos comandantes de caballería hallar intimidad suficiente para hacer el amor?

Acarició la empuñadura de su nueva espada con la mano izquierda. Filocles sonrió y miró hacia otra parte.

—Los espartanos se las arreglan bastante bien para hacer eso cuando están de campaña. Incluso los espartiatas.

—Bah, vosotros sois todos hombres. Os basta con elegir a un compañero de manto —dijo Kineas, y enarcó una ceja. El espartano le contestó:

—¿Es una mujer tu amazona? Quiero decir, aparte de la anatomía: es tan poco mujer como Kam Baqca poco hombre.

Kineas notó que se le encendía el semblante.

—Creo que lo es.

—¿Vas a instalarla en el piso alto de tu casa para que críe a vuestros hijos? —dijo Filocles—. Por lo que he podido ver de las mujeres sakje, creo entender a Medea mucho mejor. Ha nacido para ser libre; para ella, una vida como la de las mujeres de Tebas sería como la esclavitud. Manos Crueles. ¿Sabes por qué la llaman así?

—Es el nombre de su clan —contestó Kineas.

—En su caso, solía cortar la cabeza a sus víctimas, sin un golpe de gracia. —Filocles se echó al hombro el odre de agua—. No tengo nada contra ella. Sólo quiero que veas que nunca será una esposa, una esposa griega.

—¿Quiero una esposa griega? —cuestionó Kineas.

—Tal vez no —dijo Filocles—. Pero si cambias de parecer, se convertirá en un temible enemigo. La encarnación de Medea.

Kineas se volvió, hizo una seña a Ataelo y se atragantó, a medio camino entre la risa y el llanto.

—Por suerte —dijo por fin—, para entonces ya habré muerto.

En cuanto vio el campamento detuvo el caballo y lo observó con detenimiento. Al otro lado del río, hasta donde alcanzaba la vista, desde la pequeña loma al norte del vado y formando una gran curva hacia el sur, había manadas de caballos. Hizo lo que su tutor le había enseñado. Inhaló profundamente, azuzó al caballo con las rodillas y dividió la vasta extensión en una cuadrícula de sectores manejables. Hizo una estimación del tamaño de cada cuadrado y se puso a contar los animales que contenía hasta obtener un resultado razonable, lo multiplicó por el número aproximado de cuadrados, añadiendo las columnas a medida que avanzaba, hasta que su caballo comenzó a chapotear a través del vado, y se encontró sacudiendo la cabeza ante la imposibilidad de la cifra que había calculado.

Ataelo los condujo hasta el carromato del rey. La casa del rey, su clan personal, tenía su campamento en la cima de la loma que quedaba al norte del vado, con cincuenta carromatos colocados en círculo formando una especie de fuerte de

madera. El carromato del rey estaba en el medio. A los pies de la loma había manadas de caballos, rebaños de cabras y decenas de bueyes que pululaban en una promiscua confusión.

Kineas saludó a Marthax, que estaba de pie en medio de un corro de otros nobles.

—¿La incursión? —dijo Kineas en sakje levantando la voz. Marthax caminó hacia él balanceándose con los andares propios de quien evita caminar si puede montar. Habló deprisa, demasiado deprisa para que Kineas le siguiera, aunque para entonces su sakje era lo bastante bueno para entender que la incursión había sido un éxito.

—Transbordador destruido —dijo Ataelo—. Todos los barcos quemados, y ciudad para quemar. Ningún caballo perdido.

Kineas se estremeció. Pese a la mala acogida de su columna en Antifilos el verano anterior, no había esperado que toda la ciudad fuera a pagar las consecuencias de la guerra.

Marthax sonreía de oreja a oreja. Dijo algo, pero lo único que Kineas entendió fue una frase sobre «caca de bebé».

Ataelo dijo:

—El caudillo dice: yo quemaba ciudades cuando tú eras bebé. Kineas frunció el entrecejo al sospechar lo que había dicho en realidad, y Marthax siguió sonriendo.

Detrás de él, Filocles gruñó.

—El tirano asoma la cabeza —dijo.

Kineas desmontó y se volvió hacia él.

—¿El tirano?

El espartano también desmontó y se frotó los muslos.

—¿No lo he dicho una docena de veces? La guerra es el mayor tirano, y cualquier concesión que le hagas sólo conduce a nuevas exigencias. ¿Cuántos murieron en Antifilos?

Kineas suspiró.

—Así es la guerra.

—Sí. Así es —asintió Filocles—. Y esto sólo es el principio.

Kineas hizo reír al rey cuando le preguntó si todos los contingentes estaban presentes.

—Una décima parte de mis fuerzas, como mucho. Yo tam bién tengo a jefes más fuertes y más débiles. Mi Olbia y mi Pantecapaeum, por decirlo así.

Kineas indicó la llanura que se extendía a los pies de la loma.

—He contado diez mil caballos.

Satrax asintió.

—Como mínimo. Éstas son las manadas reales. No soy el rey sakje más grande,

pero tampoco el más pequeño. También están las manadas de los clanes del Caballo Rampante, de los Lobos Pacientes y del Hombre Bajo el Árbol. —Eché un vistazo a la planicie—. A mediados de verano nos habremos comido la hierba desde aquí hasta el santuario que hay río arriba, y tendremos que trasladarnos. —Se encogió de hombros—. Pero el grano está comenzando a llegar.

Kineas sacudió la cabeza.

—Son muchos caballos.

—Kineas —dijo el rey—, un sakje pobre, un hombre poco diestro en la caza y sin fama en la batalla, posee cuatro caballos.

Una mujer pobre lo mismo. Un hombre con menos de cuatro caballos no es bienvenido en su clan, porque no puede seguir el ritmo de la cacería y los viajes. Cada hombre y cada mujer tiene al menos cuatro, la mayoría tiene diez. Un guerrero rico tiene cien caballos. Un rey tiene miles de caballos.

Kineas, que poseía cuatro caballos, silbó.

El rey se volvió hacia Ataelo.

—¿Y tú? ¿Cuántos caballos tienes?

Ataelo habló con evidente orgullo.

—Tengo seis caballos aquí y otros dos en los establos de Olbia. Conseguiré más de los macedonios y entonces tomaré esposa.

Kineas sonrió a Ataelo.

—Entiendo tu postura.

—Eres un buen jefe para él —dijo el rey—. Ahora tiene caballos. Los jefes avariciosos se quedan los botines para sí mismos. Los buenos se aseguran de que cada hombre reciba su parte.

Kineas asintió.

—Entre nosotros sucede lo mismo. ¿Conoces la Ilíada?

—He oído hablar de ella. Una historia extraña; nunca he sabido quién debía gustarme. Aquiles me pareció un monstruo. Pero entiendo a qué te refieres: todo el relato es sobre un mal reparto de botines.

Kineas, a quien desde la infancia le habían enseñado a ver en Aquiles la encarnación de todas las virtudes viriles, tuvo que aguantarse las ganas de dar un discurso sobre Aquiles. El rey podía ser muy griego, pese a sus pantalones y sus gorros como capuchas; no obstante, en impecable griego, daría una opinión que demostraría lo ajeno que era al mundo heleno.

El rey percibió su confusión y se echó a reír.

—Ya lo sé, vosotros le adoráis. Pero es que vosotros, los griegos, dedicáis mucho tiempo a estar enfadados, así que tal vez Aquiles sea vuestro modelo. ¿Por qué tanto enojo? Anda, cuéntame lo que va a hacer vuestro arconte.

—Se mostró conforme en todo, mi señor. Los hoplitas marcharán con la luna

nueva. Diodoro ya te habrá informado sobre el escuadrón de caballería que se ha quedado en la ciudad.

—Así lo hizo, en efecto. También eligió vuestro campamento. Ve a reunirte con él y ya hablaremos más tarde.

La guerra había vuelto más autocrático al rey. Kineas reparó en que tenía una corte más numerosa, con más hombres y mujeres presentes. Se preguntó qué podía presagiar aquello.

Diodoro le recibió con un abrazo y una copa de vino.

—Espero que te guste nuestro campamento —dijo.

Había ocupado el espolón inmediatamente al sur del campamento del rey, un saliente que se adentraba en las aguas más profundas del norte del vado formando una península rocosa. Las tiendas de los olbianos formaban un cuadrado perfecto, con una línea para los caballos y otra para las hogueras, y más allá de las hogueras, una línea de hoyos: las letrinas. Era igual a los de los manuales, como un ejercicio de matemáticas transformado en realidad tangible. Al norte de la colina, Kineas señaló otro cuadrado, de un estadio de lado, marcado con gruesas estacas y casi vacío de animales de los sakje.

—Para cuando lleguen los hoplitas.

—Buen trabajo —dijo Kineas.

Anduvo entre las fogatas, saludando a hombres que conocía, estrechando manos y regodeándose con su alegría de verle. En medio del campamento había un carromato.

—Un regalo del rey para ti —dijo Diodoro.

El carromato estaba pintado de azul desde las ruedas hasta las firmes tablas de los costados. La tienda de fieltro que cubría el techo también era azul oscuro, igual que los yugos para los cuatro bueyes. Una escalera conducía desde el suelo hasta la portezuela trasera de la cubierta de fieltro.

Kineas le entregó las riendas de su caballo a un esclavo y entró. La caja era pequeña, apenas un poco más ancha que un hombre tendido y el doble de larga. Dentro había una cama, arrimada a un costado del carromato y protegida con colgaduras de fieltro decoradas con dibujos de venados, caballos y grifones, y una mesa baja. El suelo estaba forrado de mullidas alfombras sakje y cojines.

—Me he tomado la libertad de probar la cama unas cuantas noches —dijo Diodoro. Sonrió—. Sólo para asegurarme de que fuese cómoda.

—¿Y?

—Lo es. Te hace tener ganas de quedarte en ella. Por los dioses, Kineas, cuánto me alegra tenerte aquí. Si alguna vez he pensado que sabría hacer tu trabajo, iba bien errado. Mil crisis al día...

Fue interrumpido por Eumenes, que estrechó la mano de Kineas antes de volverse hacia Diodoro.

—Nos dijeron que hoy habría grano para los caballos de batalla. ¿Dónde tenemos que ir a buscarlo?

Diodoro señaló a Kineas con ambas manos.

—Bienvenido al Gran Meandro, hiparco —dijo—. Estás al mando.

Hizo el gesto de quitarse un gran peso de los hombros para ponerlo sobre los de Kineas. Eumenes, Filocles y Ataelo se echaron a reír.

Kineas les sonrió a todos.

— Diodoro, ¿dónde reparten el grano?

—Ni idea —contestó Diodoro.

—Ve a averiguarlo —dijo Kineas sin dejar de sonreír. Diodoro sacudió la cabeza.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

La primera semana de Kineas en el Gran Meandro fue un constante ejercicio de humildad. Sus hombres, entrenados casi a la perfección por un duro invierno y ahora sometidos a cuidadosa instrucción en el campamento, eran tan buenos como cualquier unidad de caballería griega que Kineas hubiese visto hasta entonces. Ahora bien, entre ellos y los sakje había una diferencia de primera magnitud.

Kineas había visto a los sakje en competiciones deportivas, cabalgando en la estepa, haciendo carreras, tirando por placer. Pero nunca había visto a cien guerreros tendidos en la hierba con sus ponis al lado, invisibles en un pliegue del terreno hasta que su jefe tocaba un silbato de asta y, antes de que el estridente sonido dejara de sonar, cada hombre ya había levantado a su poni y estaba montado. Era uno de los cientos de trucos que tenían como fruto de su destreza para montar como dioses, y Kineas entendió perfectamente por qué los poetas antiguos los habían tomado por centauros.

El segundo día, Srayanka y una docena de sus guerreros regresaron de una cacería. Le miró fríamente y le retó a una prueba de lanzamiento de jabalina a caballo.

—He practicado —dijo en griego.

Kineas montó casi tan bien como en el primer encuentro, clavando cinco de seis jabalinas en los escudos; falló la última por un palmo. Srayanka hizo el recorrido entre los escudos más deprisa y no falló ninguno. Sus ojos chispeaban cuando desmontó de su yegua.

—¿Y bien? —dijo.

«He practicado cinco años para lanzar así», pensó Kineas. Pero dominó su decepción y la elogió. Srayanka, sonriente, levantó la vista hacia él.

—Perdedor da vencedor regalo —dijo.

Kineas fue a su carromato y regresó con su primera espada, el botín de Ecbatana, cuya hoja hacía tiempo que estaba arreglada. Se la entregó a Srayanka.



—Das regalo como jefe —dijo ella en griego—. Como rey. Sueño contigo, Kineax.

—Y yo contigo. Llevo tu regalo encima —dijo Kineas, y Srayanka desvió la mirada hacia su fusta.

—¡Bien! —dijo Srayanka. Hizo una seña con la suya a sus compañeros, que montaron y salieron disparados por la hierba ululando y gritando.

—El ama de casa ideal —dijo Filocles.

—¿Por qué nunca se me ocurre regalar espadas a mis novias? —preguntó Nicomedes al aire.

—¿Ninguno de los dos tiene trabajo que hacer? —preguntó Kineas.

El clan del Caballo Negro se instaló en el campamento al cuarto día: mil guerreros y otros ocho mil animales. Llegaron luciendo panoplia completa, dando ocasión a Kineas de ver por primera vez a los nobles sakje vestidos para la guerra.

Los primeros cien jinetes, los compañeros del jefe, llevaban armadura de escamas de los hombros a las rodillas, pesados abrigos de cuero con escamas de bronce y de hierro pegadas como si fuesen de un pescado, o como tejas en un tejado. Los hombres más ricos montaban los caballos más grandes, que a su vez lucían la misma clase de armadura en el pecho, y llevaban cascos griegos que les cubrían toda la cara coronados por grandes cimeras de crin.

Y cada uno de los compañeros del jefe montaba un caballo negro. Formaban una estampa magnífica, e iban tan bien montados y armados como la flor y nata de una hueste persa. Todos portaban arco y gorytos y una lanza pesada, además de una brazada de jabalinas.

Niceas, que observaba al lado de Kineas, dijo con amargura: —Hades, ¿para qué nos necesitan?

Srayanka aguardaba con impaciencia la llegada del resto del clan Manos Cruelles desde sus pastos del oeste. Iban con retraso, y ella perdía prestigio cada día que se demoraban. Eso decía su séquito, además de Ataelo.

Aparecieron el sexto día después de la llegada de Kineas, y lo hicieron sin hacerse notar demasiado. Las manadas eran tan grandes como las de cualquier otra tribu, pero los guerreros se veían cansados, y un convoy de camillas con hombres y mujeres heridos abría la comitiva.

Srayanka estuvo con su gente por espacio de una hora, y luego el rey convocó a todos los jefes a una reunión en su fuerte de carromatos.

—Zoprionte ha enviado a los getas a quemar a los sindones —dijo Srayanka—. Mi gente se vio presionada a hacerles frente, y mi tanista, como estaba previsto, decidió venir aquí en lugar de combatir solo.

El rey asintió con gravedad.

—Kairax es un buen hombre, pero tu pueblo está cansado y tenéis muchos heridos.

Srayanka frunció el ceño.

—Podemos regresar allí esta noche —dijo.

Marthax negó con la cabeza.

—Si tu gente no hubiese venido a tiempo a la asamblea de tropas, nunca lo habríamos sabido —dijo—. Tal como han ido las cosas, tu gente se llevó la peor parte de la incursión y vuestros granjeros lo están pagando con sangre y fuego, pero estamos advertidos.

Eumenes traducía tan deprisa como Marthax hablaba. Kineas, después de una semana en el campamento y más sueños con árboles que hablaban, entendía a Marthax antes de que sus palabras fueran traducidas. Poco a poco, la barrera idiomática del ejército se iba desmoronando.

—Debemos contraatacar —dijo Srayanka.

Todos los sakje estuvieron de acuerdo con ella, incluso el rey. Kineas les dejó hablar y luego intervino.

—Zoprionte está utilizando a los getas para medir vuestras fuerzas y ver, si tiene suerte o sois tontos, si puede asustaros para que dividáis el ejército a fin de proteger a vuestros granjeros.

—Jodidos getas —dijo Ataelo, frase que nunca precisaba ser traducida.

—Jodidos getas, desde luego —dijo Kineas. Hizo caso omiso de la mirada fulminante de Srayanka—. Saben dónde encontrar a vuestros granjeros. Saben cómo haceros daño, ¿cierto? Y si Zoprionte los envió, harán una incursión trazando un amplio arco por el norte, seguramente desplegando a todos sus efectivos, hasta alcanzar las murallas de vuestra ciudad. ¿Cuántos de vuestros jefes se quedarán en casa para luchar contra ellos en vez de acudir a esta asamblea? —Kineas hizo una pausa—. Es una buena estrategia.

En su fuero interno, Kineas sabía que era la estrategia de un hombre plenamente informado sobre el plan de los sakje..., por Cleomenes. La sangre le hervía en las venas.

Satrax se frotó las sienes.

—¿Por qué no hemos previsto esto? —preguntó el rey a Kam Baqca, que negó con la cabeza.

—Como bien sabes, hay más oculto que revelado.

—Muy bien —dijo el rey—. ¿Qué hacemos?

Marthax y Srayanka hablaron a la vez. Ambos dijeron lo mismo.

—Luchar.

—¿No estás de acuerdo? —preguntó el rey a Kineas.

Kineas guardó silencio un momento, poniendo en orden sus pensamientos. La

sentencia de Kam Baqca resonaba en su cabeza, y su idea nació de ella.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Luchemos. —Suspiró profundamente—. Si somos rápidos y contundentes, el resultado nos permitirá regresar al plan original, pero con ventaja. Zoprionte ha sido osado, pero también es posible que haya cometido un error.

Habló deprisa, exponiendo su plan.—Hummm —dijo Marthax.

—Le gusta el plan —dijo Ataelo.

El plan de Kineas les ocupó todo el día, pero a éste no le gustaron los titubeos del rey ni sus frecuentes intercambios de palabras con Srayanka. Y durante los doce días siguientes tuvo muchas ocasiones para cavilar sobre el posible significado de esos intercambios.

# CUARTA PARTE

## LA BRUMA DE LA BATALLA

Los infantes mataban a los infantes, que se veían obligados a huir; los que combatían desde el carro daban muerte con el bronce a los enemigos que así peleaban, y a todos los envolvía la polvareda que en la llanura levantaban con sus sonoras pisadas los caballos.

*Ilíada, Canto II*

—¡Caballos de batalla! —gritó Kineas bajando a medio galope la cuesta que acababa de subir. Su trío de exploradores Manos Cruelas permanecieron en el risco mirando un pueblo de seis casas de troncos que quedaba debajo, cuatro de las cuales estaban en llamas. Las dos últimas aún resistían.

Kineas no había necesitado a sus exploradores para dar con los getas. Se hallaban en la tierra de Srayanka, ochocientos estadios al noroeste del campamento del Gran Meandro, y los getas la estaban pasando por la antorcha, marchando lentamente hacia el este, su avance indicado por las piras funerarias de cien pueblos.

En cuanto Kineas gritó, su columna comenzó a cambiar de caballo. La mayoría de los hombres ya llevaba puesta la armadura. Habían estado cerca del enemigo durante dos días, cabalgando con cuidado para evitar ser detectados.

Kineas se detuvo junto a Niceas, Leuconte y Nicomedes en la cabeza de la columna. Abrió la palma de la mano a modo de mapa y habló deprisa, teniendo en mente una imagen muy clara de la aldea, el río y el terreno circundante.

—Leuconte, lleva a tu escuadrón hacia el sur rodeando el risco y cabalga como Pegaso; ve al este de la aldea y luego corta hacia el norte. —Ilustró sus órdenes dibujando sobre la palma con el índice derecho—. Aquí está la aldea, éste es nuestro risco. Mi pulgar es el río. ¿Lo ves? —Indicó en la mano el sitio al que tenía que ir Leuconte—. Les cortas la retirada. Nosotros tres arremetemos contra el cuerpo principal. Deja que escapen unos cuantos, hacia el norte. ¿Entendido? Leuconte, esto dependerá de ti.

Leuconte cerró los ojos.

—Creo..., creo que sí —dijo vacilante. No lo entendía.

Kineas concedió un momento a los temores de todo nuevo comandante. Los conocía todos íntimamente: «Me perderé, no conozco el territorio, no seré capaz de encontrar la aldea, iré demasiado lento.»

Kineas se inclinó hacia delante.

—Cabalga hasta la cima, desmonta donde están los caballos de los sakje y echa un vistazo. Nicomedes, ve con él. Daos prisa, y no dejéis que os vean. ¡Venga!

La espera se eternizó. Cuando él había subido a lo alto del risco, había visto a una mujer que estaba siendo violada en medio de la calle. La inexperiencia de Leuconte le costaría la vida a aquella pobre mujer.

Kineas la sacrificó, una mujer a la que nunca había visto, para que sus oficiales entendieran lo que tenían que hacer. Cosa que tal vez salvaría otras vidas.

—Por Zeus, se lo toman con calma —murmuró.

Niceas se abstuvo de contestar, conocía de sobra aquel humor, y optó por pasar revista a la columna. Kineas decidió unirse a él. Cabalgó a lo largo de las filas. Casi todos los soldados se veían nerviosos.

—Dejad que vuestro caballo haga la faena —oyó que Niceas decía a un grupo de los jóvenes de Eumenes. Incluso Eumenes estaba pálido.

Nicomedes y Leuconte bajaron de la colina a toda prisa. Kineas se encontró con ellos en la cabeza de la columna.

—¿Lo tenéis más claro? —preguntó.

Leuconte estaba más pálido que Eumenes.

—Creo..., que sí. Hacia el sur rodeando este risco y luego siguiendo la orilla del río, a cubierto de lo que encuentre, y luego girar hacia la aldea para cortarles la retirada y romper su resistencia. Kineas apoyó una mano en el hombro del joven.

—Lo has captado bastante bien.—Quería comenzar cuanto antes, pero se detuvo un momento para decir—: Es posible que no dé resultado. Puede haber una acequia o alguna otra cosa que obstaculice vuestro avance. Tal vez los getas tengan exploradores en esa dirección. —Se encogió de hombros pese al peso de la armadura—. A partir de este momento, actúa según lo que encuentres. Lo harás bien.

Si sus palabras surtieron algún efecto positivo, Kineas no acertó a verlo. Leuconte parecía casi paralizado.

—En marcha, Leuconte —dijo Kineas resueltamente.

Leuconte saludó, brazo cruzado al pecho, e hizo una seña a Eumenes. El primer escuadrón salió al trote, y el escuadrón de Nicomedes, formado por hombres más maduros, les observó partir dando gritos de aliento; en algunos casos se trataba de padres que alentaban a sus hijos.

—Primera acción —dijo Kineas. Él también estaba nervioso.

—No lo hacen mal, para ser niños ricos —dijo Niceas. Se estaba limpiando los dientes con un tallo de hierba seca—. Sólo les ha faltado un discurso; algo sobre los dioses y su ciudad.

—No, no es cierto —dijo Kineas. Subió a caballo parte de la cuesta, y Niceas le siguió con Nicomedes tras él.

—Aguanta a los caballos —le dijo. Niceas. Él y Nicomedes reptaron el último trecho hasta la cima. Los sakje habían puesto ramas de arbustos para disimular su escondite.

Desde el risco, Kineas alcanzaba a ver diez estadios en cada dirección. Los getas habían sido unos idiotas al no situar a un centinela allí, pero eran auténticos bárbaros y creían que estaban a sus anchas para saquear una tierra indefensa.

Hacia el sur, la columna de Leuconte avanzaba en fila de a dos, una oruga azul y dorada avanzando lentamente a través de una zanja. No obstante, progresaba a buen paso.

Kineas se puso en tensión al caer en la cuenta de lo bien sincronizados que debían ser los movimientos.

Los getas que llenaban la calle de la aldea se estaban preparando para arrasar la última casa. Las otras cinco tenían los tejados en llamas. El cuerpo de la mujer yacía desnudo e inmóvil en medio de la calle.

Había doscientos getas, decena más o menos. La mayoría estaba apiñada en torno al pueblo saqueando las casas o preparándose para tomar la última. Unos cuantos se habían desperdigado hacia el norte persiguiendo a unas cabras. Y otros tantos hacia el sur.

—Mierda —dijo Kineas. Se puso de pie de un saltó y corrió hacia su caballo, con Nicomedes pisándole los talones.

—Van a ver a Leuconte en cualquier momento. Tenemos que irnos ya.

Nicomedes le miró sin comprender, pero le siguió, saltando a lomos de su caballo como un profesional. Niceas se irguió y enarcó una ceja.

Kineas se puso al frente de la columna e hizo una seña con la mano derecha.

—Columna hasta que rodeemos el risco. Formación cerrada en cuanto estemos en los campos. Derechos al centro del pueblo. Matad a cualquiera que se cruce en vuestro caminó y mantened la formación aunque tengáis que rodear edificios. Esto no va a ser como en los entrenamientos. Y, caballeros, si todo lo demás falla, matad a cuantos getas se pongan al alcance de vuestra mano. Son los que llevan tatuajes.

Nadie se rió. Cualquier veterano se habría reído.

—Al paso —ordenó Kineas. Niceas sacó la trompeta, pero no la hizo sonar. Aún era posible pillar por sorpresa al enemigo.

—No lo entiendo —dijo Nicomedes.

Kineas se volvió en su montura.

—¡Al trote! —gritó. A Nicomedes le dijo—. Ha y getas al sur del pueblo: divisarán a Leuconte y llamarán a sus amigos. Ahora toda la lucha se librará junto al río, y si no nos damos prisa, muchos jóvenes morirán.

Nicomedes sacudió la cabeza.

—¿Eres capaz de ver todo eso?

Kineas se había pasado toda su vida de soldado siendo completamente incapaz de explicar con cuánta claridad descifraba un campo de batalla.

—Sí —dijo.

La cabeza de la columna rodeó el flanco del risco y la aldea resultó visible de inmediato.

—¡Formad filas! —gritó Kineas.

Ahora se notaron los entrenamientos del invierno. Pese a sus temores, reaccionaban con bastante presteza a las órdenes, y ni siquiera el extremó de un seto que delimitaba un campó y bloqueaba el paso de la cola de la formación les hizo

retrasarse; las últimas filas aguardaron por turnos y la columna avanzó sin desordenarse.

—Ajax, coge las últimas cuatro filas y mantenlas de reserva. Venid después de la carga principal.

Kineas hizo una seña y Ajax salió de la fila al galope. Luego asió una jabalina con la manó libre y la levantó para que los soldados poco experimentados vieran que había llegado el momento de prepararse para cargar.

Nicomedes ya tenía la suya en la mano. Tenía el rostro serio y parecía viejo.

—Todavía no nos han visto —dijo Kineas—. No tardarán en hacerlo, y quiero distraerlos para que no ataquen a Leuconte.

Nicomedes encogió los hombros.

—Estás mandando a mis tropas —dijosin acritud—. Ahora soy un soldado. Dame órdenes.

Kineas se sintió vagamente culpable por haberle arrebatado el mando, pero quería que aquello saliera bien. La futura moral de la tropa y su calidad dependían de aquella acción. Una victoria consolidaría su confianza. La derrota la haría pedazos.

Un hombre con capucha roja apareció montado en las afueras de la aldea, se volvió y comenzó a gritar.

Estaba a un estadio.

—¿No deberíamos cargar? —preguntó Nicomedes, gritando para ser oído.

—Aún estamos muy lejos —dijo Niceas—. Todo parece más cerca de lo que está; las primeras veces —agregó.

Kineas se tiró un pedo, las manos le empezaron a temblar. El hombre de la capucha roja señalaba hacia ellos con urgencia, y otros getas se estaban uniendo a él. Kineas tuvo tiempo de preguntarse cómo un hombre cuyo destino era morir en un río distinto al cabo de unas cuantas semanas podía tener tanto miedo, y entonces se obligó a volver la cabeza, miró hacia el norte y el sur, y se aseguró de no estar cabalgando derecho a una trampa.

—¡Ahora! —le dijo. Niceas.

La trompeta de Niceas se alzó, reflejando el sol con un resplandor deslumbrante mientras se la llevaba a los labios y comenzaba la larga llamada.

Nicomedes cantó.

*¡Ven, Apolo, ahora más que nunca!  
¡Deja que veamos tu gloria!  
¡Ahora, Señor de la Luz, te rogamos,  
que des a tus siervos la victoria!*

A la tercera palabra, la tropa espantó sus miedos cantando, y el peán se elevó a los



cielos como el humo de ciudades derrotadas, y los cascos de sus caballos pisaron la tierra como una marea de venganza que llegara del este.

Kineas se inclinó sobre el cuello de su semental gris y le clavó los talones para lanzarlo a galope tendido, al tiempo que lanzaba su jabalina contra el de la capucha roja; fue un lanzamiento alto, y la punta dio al hombre en la boca. Su cabeza pareció hundirse y Kineas pasó junto a él haciendo girar su jabalina pesada como un escita, buscando ensanchar la brecha que había abierto, pero Niceas ya había matado al hombre y de pronto se hallaron en las calles de la aldea. El puñado de getas desmontados murieron contra las paredes de troncos, o clavados al barro de la calle, o pisoteados por cientos de cascos de caballos, y luego la formación se extendió en estampida por el pueblo. Hacia el sur, Nicomedes había conducido el flanco derecho de las líneas alrededor de la aldea y las mantenía en orden. Hacia el norte, reinaba el caos: una lucha en torno a un granero y unos setos, y no había ningún oficial a la vista.

—¡Ajax! —gritó Kineas—. ¡Encárgate de eso!

Señaló con la espada hacia la multitud del granero. ¿Dónde estaba su jabalina buena? ¿Por qué había desenvainado la espada?

Con la mitad de los hombres, comenzó a bajar la cuesta hacia el río, donde podía oír ruidos de combate.

—¡Formación! —gritó.

No aminoró su medio galope y arremetieron como veteranos, galopando para ocupar sus puestos en la formación a pesar de los muchos hombres que faltaban. Su caballo estaba cansado, casi agotado, y los demás caballos estarían peor. Demasiado tarde para eso. Condujo a sus filas lo mejor que pudo hacia donde creía que se libraba el combate, justo pasada la cresta de la serrezuela que flanqueaba el río, aguardó unas pocas zancadas de su semental para dar tiempo a que la formación se ajustara y entonces levantó la espada. Niceas se llevó la trompeta a los labios y sonó la llamada, y acto seguido estaban salvando el promontorio, cayendo derechos sobre la retaguardia de los getas, que lejos de ser una formación, eran una serie de grupos de hombres enfrentados a las muy inferiores fuerzas de Leuconte.

Kineas no tenía jabalina. Cabalgó derecho hacia uno de los grupos blandiendo su espada egipcia. Su caballo se encabritó, respingó ante un cadáver y luego se puso a saltar dando coces. Un golpe en la espalda, una línea de fuego a lo largo del brazo con que sostenía las riendas; soltó un mandoble hacia atrás por instinto y notó que la hoja acertaba; tan sólo vio a su víctima después de que la espada hubiese cortado de cuajo la mano del hombre por encima de la muñeca; el caballo de Kineas volvió a respingar, y éste atizó con todo el peso de su brazo cortando la cabeza del hombre, de modo que ésta se alzó unos centímetros antes de caer; la sangre manaba a chorros de los muñones del brazo y el cuello, y el tronco cayó del caballo. Kineas tiró de las

riendas de su semental para hacerlo girar en redondo en busca de un nuevo oponente. Vio a Eumenes enzarzado en un forcejeo con un guerrero getón y, mientras los miraba, ambos cayeron de sus caballos. Eumenes cayó encima, la caída dejó sin resuello a su adversario un momento y Eumenes aprovechó para coger una roca con manos frenéticas y le aplastó la cabeza.

A pocas zancadas de allí, Nicomedes mataba con destreza y saña, como un gato, clavando su jabalina en caras y cuellos de enemigos. De hecho, luchaba como un hoplita montado a caballo; Kineas nunca había visto usar una jabalina de aquella manera, como si fuese una espada de siete palmos.

Justo al otro lado del último puñado de bárbaros que aún luchaba, Kineas encontró a Leuconte, apartado de la multitud, conteniendo a unas pocas filas para que no participaran en la masacre. Los getas estaban destrozados, llevados por el pánico sólo buscaban huir, y los olbianos no les daban cuartel; habían cabalgado a través del pueblo para sumarse a la lucha y estaban encolerizados. Y eran tropas frescas en su primera acción de guerra: desahogaban todo su miedo contra el enemigo vencido.

—He pensado que debía mantener a unos hombres de reserva —gritó Leuconte.

—Bien hecho —respondió Kineas, justo cuando su semental se paraba y, acto seguido, con una prolongada y lenta caída, se desmoronaba y moría, desangrado por una herida en el cuello.

Los getas habían sido sorprendidos y habían acabado retirándose a la desbandada en cada combate, y el semental persa fue la única baja entre los olbianos. Para cuando hubieron masacrado al enemigo, había más de cien getas muertos, y los olbianos mataron a los bárbaros malheridos obedeciendo órdenes de Niceas. Pocos getas habían muerto luchando, casi todos habían recibido el mandoble de gracia una vez vencidos o los habían atravesado con las jabalinas en el agua del río. Otros se habían ahogado al tratar de cruzarlo a nado buscando refugio en la otra orilla.

—Nada de prisioneros, tal como estamos avanzando. Y ningún soldado digno de ser llamado así deja que un hombre muera de esta manera —dijo Niceas a un grupo de olbianos con la cara colorada de vergüenza. Se estaban enfriando. Ahora era el momento de dar cuartel—. Si pueden caminar, dejad que se marchen. —A Kineas le dijo—: ¿Qué hacemos con todos estos cadáveres? Nuestros niños ricos no quieren enterrarlos.

—Pues les está faltando tiempo para saquearlos —dijo Kineas. Incluso el mozalbete más soñador y amante de Aquiles de la caballería aguardaba su turno para cortar dedos con anillos de oro y plata de los getas caídos.

—¿Cómo crees que se han convertido en niños ricos? —se mofó Niceas.

—Dejad los muertos a los cuervos —dijo Kineas—. Quiero marcharme cuanto antes. Hay que hacer entrar en razón a ese granjero sindón; a él y a los suyos. —

Kineas se volvió hacia Ataelo, que no había participado en la acción por estar explorando al norte de la aldea, pero que aun así se las había arreglado para conseguir cuatro nuevos caballos. Ataelo, tienen que venir con nosotros.

—Una columna de refugiados no hará más que retrasarnos —dijo Niceas.

Kineas sonrió forzosamente.

—Quiero que me retrasen —dijo—. Llévame con él —le pidió a Ataelo. Tenía que ir a pie, su caballo de montar renqueaba y su semental había muerto; el mejor caballo que había tenido jamás. A Niceas le dijo—: Consígueme el mejor caballo disponible; mejor que sean dos o tres.

Niceas sacudió la cabeza.

—Siento que el cabronazo gris haya muerto. Lo echaré de menos. Como a un viejo amigo.

—Más vale que sea un caballo que un hombre —dijo Kineas, pero había mantenido a aquel semental con vida tres años, y el cabronazo gris había hecho lo mismo por él.

Siguió al sakje hasta un grupo de sindones; eran de constitución recia, rechonchos, con el rostro ancho y casi todos pelirrojos. Estaban enterrando a unos niños y a la mujer que habían violado y asesinado. Kineas procuró no mirarla; se preguntó si podría haberla salvado con una simple carga contra la aldea.

Entonces se obligó a mirarla. Simple cortesía, en realidad. Era joven, y había tenido una muerte espantosa. Se obligó a respirar profundamente unas cuantas veces seguidas. Junto a ella había una mujer de más edad, quizá de cuarenta años, con largas trenzas rubias y una navaja aún clavada en la garganta.

—Diles que puedo llevarlos a todos conmigo —dijo Kineas haciendo señas. Ataelo habló con el hombre más fornido, obviamente un herrero. Kineas entendió todo lo que le dijo.

El hombre negó con la cabeza y señaló la hilera de pequeños cuerpos con la pala, y también a la mujer rubia. Todos los hombres sindones lloraban.

Ataelo se volvió de nuevo hacia Kineas.

—Muy mala cosa. Cuando se prendió fuego a la casa, la madre mató a los niños. Luego se mató ella misma con su cuchillo; valiente. Y hombres juran luchar a muerte, y entonces llegamos nosotros. Así que esposa y niños muertos. Los hombres quieren morir.

—Atenea nos proteja —dijo Kineas consternado—. ¿La madre mató a sus propios hijos?

Ataelo le miró como si fuese un edificio extranjero.

—Ningún sakje, pueblo de la tierra o pueblo del cielo, va como esclavo. Madre valiente. Valiente, valiente.

El sakje sacó de la bolsa del cinturón un puñado de semillas, las mismas semillas

que Kam Baqca quemaba en su brasero. Arrojó las semillas a la tumba y dejó una navajuela que llevaba en la bota a su lado.

—Honor para ella valiente.

Kineas sintió que el corazón iba a estallarle en el pecho y pensó que iba a atragantarse, y le escocían los ojos. Dio media vuelta y regresó adonde Ajax y Eumenes estaban narrando sus hazañas, observados con aire divertido por Ni comedes y Niceas.

—Treinta hombres a ayudar a los aldeanos a cavar tumbas para sus caídos. Ahora mismo.

Se le quebró la voz antes de terminar de decirlo y dio media vuelta para que sus oficiales no le vieran en una actitud poco viril. Era un hombre curtido, y había visto a bastantes niños muertos, pero aquello le afectó tan profundamente que estaba temblando.

Pensó en Medea matando a sus hijos al final de la obra, y se preguntó qué le había pasado por alto al autor. O qué desconocía.

Los olbianos, conscientes de que algo había trastornado a su hiparco, cavaron sin rechistar. Al cabo de una hora las mujeres y los niños estuvieron enterrados. Los hombres recogieron flores para ponerlas en las tumbas, y Kineas echó un broche encima, igual que muchos de los soldados, de modo que la tumba quedó cubierta de objetos que la difunta, de no haber fallecido, quizás habría considerado un tesoro.

Para cuando pusieron la última flor en la última tumba de un niño, Kineas había escuchado cuanto Ataelo tenía que decirle sobre los getas que había al norte y al oeste de la aldea. Cuando la columna montó, los sindones tenían caballos getas y un carro grande con sus bienes. Todos los sindones tenían arcos como los de los sakje, y cada hombre llevaba un hacha pesada y la muerte en el semblante.

—Norte y este, derechos al frente del avance de los getas —dijo Kineas.

Ataelo sonrió forzadamente.

Al cabo de tres días, Kineas llevaba consigo a un centenar de refugiados, hombres, mujeres y niños, y su columna avanzaba tan lenta como un hombre a pie. Y los getas se habían percatado. Tres veces había caído sobre sus asaltantes. Tres veces había aniquilado a la banda que había encontrado. A aquellas alturas, cada hombre de la columna olbiana sabía lo que era matar; la lucha en la última aldea había sido enconada, con enfrentamientos dentro de las casas.

Y con la matanza, la muerte. El joven Kyros, el fenomenal lanzador de jabalina, había muerto con un puñal getón en el cuello, y el socio comercial de Nicomedes, Teo, yacía en un carro con un pulmón perforado respirando como buenamente podía, aguardando a la muerte, y Sófocles, cuyo desdén por las reglas militares les había entretenido durante el primer viaje a territorio sakje, recibió un mandoble que le

seccionó el brazo, desangrándose ante sus compañeros sin que éstos pudieran salvarle. La suerte, las buenas armaduras y la indisciplina de los bárbaros habían mantenido con vida al resto, pero estaban agotados de cuerpo y alma, y muchos de ellos heridos; heridas a las que sobrevivirían, pero que minaban sus fuerzas y su voluntad de luchar.

Kineas y Niceas los machacaban, convertidos en monstruos de la disciplina. No se toleraba ninguna deficiencia. Niceas golpeó a dos jóvenes soldados en una misma mañana. Kineas se preguntó qué pensaría Srayanka, o qué habría hecho ella.

De modo que la cuarta mañana era una columna silenciosa y adusta la que avanzaba a través de una tediosa llovizna, hombres cansados montando bestias cansadas, hombre y caballo con la cabeza gacha por igual. Niceas y Nicomedes habían salido con los exploradores ya que éstos precisaban la constante presencia de sus oficiales para mantenerse alerta. Kineas bendecía cada hora al puñado de sakje que los acompañaba. Ellos hacían casi todo el trabajo.

Ajax y Eumenes cabalgaban junto a un silencioso Kineas. Ambos le miraban de vez en cuando, pero ninguno de los dos dijo nada.

Ataelo regresó de su última exploración hacia el mediodía.

—Los hijos de puta getas se reúnen detrás de nosotros —dijo—. Tres grandes bandas. Los veremos cuando llegue la noche, si acampamos.

Kineas maldijo. se secó el agua de la cara.

—No quiero perderlos y no quiero que ataquen mi campamento de noche —respondió—. ¿Cuántos son?

Ataelo se encogió de hombros.

—Muchos, muchos. Diez manos y diez manos y diez manos y diez manos, en cada grupo; y más. Demasiados para luchar.

Kineas asintió e hizo una seña a uno de los exploradores del clan Manos Crueles, que acudió a medio galope. Igual que Ataelo, no parecía cansado, deprimido ni descontento, y Kineas deseó tener consigo a cien veteranos. Las ventajas de llevar a su caballo olbiano para aquella parte del plan contra los asaltantes se veían mermadas por la precariedad del ánimo de la tropa. Se recobrarían, y después serían mejores soldados, pero no hasta al cabo de unos días.

—¿Puedes encontrar al rey? —preguntó Kineas.

El sakje asintió.

—Ve en su busca. Dile que será mañana, justo después del amanecer. Me dirigiré a la colina alta.

El sakje dio la vuelta a su caballo. Se llevó la fusta a la frente.

—Tú buen jefe —dijo en griego. Saludó a Ataelo con la mano, soltó un sonoro «yip» en dirección a los demás Manos Crueles y se marchó al galope.

Kineas le observó alejarse, preguntándose si el rey acudiría. Kineas había

comenzado a desconfiar del rey. Desconfianza quizás era una palabra demasiado dura, pensó. Pero el rey, pese a su juventud, deseaba a Srayanka. Y cuando Kineas había propuesto usar a sus propios hombres como cebo, había visto algo extraño en la expresión del joven monarca.

El resto del día fue atroz. Kineas mantuvo la columna en marcha a fuerza de voluntad, sirviéndose del miedo que era capaz de inspirar. Aterrorizaba a las mujeres, arrancaba a los niños de los brazos de sus madres para llevarlos a los carros, golpeaba con la fusta de Srayanka al buey más lento.

Hacia el atardecer, llegaron a un arroyo. Había estado allí antes, en ruta hacia la primera acción. Entonces lo habían cruzado fácilmente, pero ahora estaba crecido a causa de la lluvia.

—Atenea nos proteja —dijo con gravedad. Cabalgó al encuentro de sus oficiales—. Mezclaos con vuestros hombres. Seleccionad a los más veteranos y enviádmelos.

—Debilitarás las filas —dijo Niceas.

—Creo que las filas no van a luchar. Necesito sobrevivir la siguiente hora.

Kineas miraba a través de la lluvia hacia la última colina, donde esperaba que sus exploradores estuvieran vigilando la cola de la columna. Niceas sacudió la cabeza.

—No lo hagas.

Un día de autoridad absoluta tenía su coste.

—¡Obedeced! —exigió Kineas.

Leuconte negó con la cabeza, sombrío pero convencido.

—Lucharán, hiparco. Sólo tienes que decirles algo; están asustados. Por los huevos de Ares, señor, yo también lo estoy. Pensaba que..., que tendríamos un descanso.

Kineas dominó su enfado y volvió su atención hacia Niceas.

—Di lo que piensas, hipereta.

—No separes a los veteranos. Dales una charla, levantemos un poco los ánimos, mostremos un poco de respeto y lucharán como héroes.

Kineas se frotó la mandíbula mientras observaba un carro que comenzaba a cruzar; un grupo de hombres tiraban de él con cuerdas, hundidos hasta la cintura en agua turbia.

—¿Crees que dará resultado?

—Lo dio contigo, en un par de ocasiones —dijo Niceas—. Separa a los veteranos y pensarán que no confías en ellos.

Kineas sonrió: la primera sonrisa del día.

—Lo intentaré —dijo—. Toca a formar en línea.

A pesar de la fatiga y la lluvia, los dos escuadrones formaron en línea a lomos de sus caballos como soldados. Algunos hombres lo hicieron sin levantar la cabeza. Kineas se acercó a la primera fila.

—Estoy cansado —dijo—. Así que estoy bastante seguro de que todos lo estáis. Os he conducido como un entrenador conduce a sus atletas, y habéis alcanzado la marca cada día. Y ahora nos encontramos con este maldito arroyo del Hades y tengo que pedirlos más.

Señaló hacia la cola de la columna.

—Hay dos mil getas detrás de nosotros, más o menos a un día de marcha. —Hizo girar la fusta de Srayanka por encima de su cabeza para señalar en sentido opuesto—. A un día de marcha en esa dirección está el rey de los sakje. —«Espero»—. Un combate más, y un día más de camino avanzando deprisa, y podréis descansar. Y antes de que desesperéis, caballeros, quiero hacer constar que habéis llevado a cabo tres acciones en tres días. Ninguno de vosotros sigue siendo un muchacho. Ahora sabéis qué aspecto tiene el animal. Cualquiera hombre digno de su padre es capaz de plantarse en un campo un día de sol y defender su trozo de terreno durante una hora. Pero para ser verdaderos soldados, tenéis que hallar en vosotros mismos la manera de hacerlo día tras día, bajo la lluvia, en el desierto, cuando estáis cansados y doloridos, cuando la cena os cae entre las piernas o cuando no tenéis nada que comer. —Se quitó el casco y se acercó más a la formación—. Podemos cruzar este arroyo y regresar junto al rey, si tenéis espíritu para ello.

Ajax alzó su espada.

—¡Apolo! —gritó.

La aclamación de respuesta no fue ensordecedora, pero tampoco desalentadora. La tropa gritó tres veces el nombre de Apolo.

Kineas reunió a sus oficiales.

—Haced que los hombres desmonten y permanezcan junto a sus caballos. Enviad a las filas más jóvenes de cada escuadrón a ayudar a mover los carros. ¡Manos a la obra! —Habló con un tono distinto del que había usado todo el día: como un oficial mandando a veteranos. Se volvió a Niceas—. Llevabas razón —le dijo.

Niceas se encogió de hombros.

—A veces ocurre —respondió. Observaba al joven Clío dirigir a dos hombres más jóvenes para empujar una rueda de carro, hundidos hasta la cintura en agua helada—. Ahora ya no tienen tanta pinta de niños ricos.

Veinte minutos más tarde el último carro había cruzado y Ataelo regresó al galope para informar de que la principal banda de getas estaba al alcance de la vista. Kineas miró al cielo, más lluvia, y luego a quienes cruzaban el río.

—Creo que lo lograremos —le dijo. Niceas.

Niceas se arrebuja con su clámide.

—¿Acaso lo dudabas, hiparco?

Kineas sacudió la cabeza.

—Pues sí. —Hizo una seña a Leuconte—. Que tus hombres vayan cruzando.

Nicomedes, montad y cubridlos. Los getas están viniendo.

Algo tiró de su pie derecho, y vio que se trataba del herrero.

—¿Qué ocurre? —le preguntó en sakje.

—Morir aquí —contestó señalándose—. Tú cruza.

Kineas se enjugó el agua de la cara.

—No. Nadie va a morir aquí. Llueve demasiado. Ve a cruzar.

El hombre pateó el suelo.

—Morir aquí.

Kineas negó con la cabeza. Llamó a Ataelo.

—Dile que está lloviendo —le dijo—. Dile que las cuerdas de los arcos están mojadas y que tendrá suerte si consigue matar a un solo getón, y que será en balde, porque los getas no querrán cruzar para enfrentarse a nosotros. No queda suficiente luz.

Ataelo tradujo, hablando deprisa, usando las manos más que de costumbre, expresándose, según le pareció a Kineas, con gran emoción. Ataelo tenía en muy alta estima al herrero.

El herrero por fin asintió. Se puso el hacha al hombro y se dirigió hacia el vado; sus amigos fueron a su encuentro y juntos siguieron a los hombres de Leuconte a través del cauce crecido.

Kineas fue al trote hasta donde estaba Nicomedes. Los getas seguían bastante lejos y el vado estaba despejado.

—Mejor será cruzar —dijo. Nicomedes sonrió cansado.

—No tendrás que decírmelo dos veces.

Los dos exploradores Manos Crueles estaban regresando, uno galopando a considerable distancia por el norte, el otro por el sur. Ambos se volvían periódicamente y tiraban desde la silla, y Ataelo soltó un «yip» y cabalgó hacia el frente.

Nicomedes sacudió la cabeza.

—¿Esto cambia nuestros planes?

—No —dijo Kineas—. Cruzad.

Aguardó bajo la lluvia, observando cómo los sakje, que eran sólo tres, hostigaban a la avanzadilla de los getas, que tenían pocos arcos y ninguno que pudiera tirar con lluvia. Uno tras otro, los arcos de los sakje acabaron empapándose pese a los esfuerzos que hacían los guerreros por mantenerlos secos, pero cada uno alcanzó a dos o tres hombres, retrasando a todos los getas unos cuantos minutos más mientras la preciada luz gris se difuminaba en la noche. Los tres llegaron intactos al vado. Los getas se hallaban tan sólo a dos estadios de distancia, resultando bien visibles pese a la lluvia, que había arreciado, y a la creciente penumbra.

Los cuatro se adentraron en las aguas turbulentas. Al cabo de diez pasos, Kineas



rodeó el cuello del caballo con los brazos y se dejó flotar separándose de la silla, y entonces su caballo, una fea bestia getona aunque recia como un buey, subió por la otra ribera de tierra, cubriéndolos a los dos de barro al sacudirse como un perro.

Los sindones estaban cortando troncos; estacas, resultaron ser, y mientras Kineas escurría el agua de su clámide y procuraba entrar en calor, observó cómo las clavaban en la tierra blanda de la orilla del arroyo de modo que el vado quedase bloqueado con picas tan altas como un hombre que apuntaban a la altura del pecho de un caballo.

Kineas fue al encuentro de sus oficiales.

—Los getas están locos, es posible que lo intenten, pese a la lluvia. Si no, vendrán una hora después de que deje de llover. Nos haremos fuertes aquí. No encontraremos un terreno mejor. —Al herrero le dijo—: Di a la gente de los carros que nos iremos antes de que salga el sol. Abandonaremos los carros: cada hombre y mujer montará un caballo de refresco. No descarguéis, y dejad las hogueras encendidas cuando nos vayamos. —Miró a Ataelo—. ¿Los getas lucharán de noche?

Ataelo encogió los hombros con una mueca de mofa, como si las supersticiones de los getas no merecieran su consideración.

Kineas miró en derredor.

—Quiero que nuestros exploradores recorran el arroyo diez estadios aguas arriba y abajo, que busquen otro vado; si encuentran uno, nos vamos. La mitad de la tropa en cada guardia; turnos de dos horas. Dadles una comida caliente y dormiremos al raso.

—¿En el barro? —preguntó Eumenes.

—Exactamente. Si no estás lo bastante cansado como para dormir en el barro, en realidad no estás cansado. Los chicos de Leuconte saben cómo acurrucarse. Diles que enseñen a sus padres. Bien, nos marchamos antes del alba. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna. Nicomedes estaba casi dormido en la silla.

Los esclavos y los sindones cocinaban más deprisa y mejor que los olbianos, y cenaron caliente: una sopa ligera de raíces con un poco de carne, aunque tan buena como la ambrosía después de tan dura jornada, y pan duro de nueve días antes. Kineas comió su parte y le pasó el cuenco a Niceas para que lo usara.

—Despiértame si deja de llover —dijo. Se acostó con Eumenes y Leuconte, y el suelo empapado le recibió con un abrazo gélido. Era horrible e incómodo; poco después estaba dormido.

Se despertó de un sueño en el que quedaba atrapado en una cueva llena de agua y se encontró con la clámide de Leuconte cubriéndole la cabeza, dejándole ciego. La apartó de un tirón y empuñó la espada, y Niceas, perfilado por un fuego que ardía tan alto como un hombre, retrocedió dando un salto.

—Ha dejado de llover. El cielo se está despejando —dijo. Estaba masticando algo y señaló hacia arriba—. Estrellas —dijo con la boca llena de pan.

Kineas tenía el cuerpo dolorido y temblaba, y se le estremecía como si estuviera a punto de vomitar. Tenía los dedos hinchados y las articulaciones le ardían. La herida que había sufrido en el bíceps izquierdo durante el primer combate estaba caliente y sensible. Por unos instantes no supo dónde se hallaba, pero enseguida se acordó.

—Todo el mundo en pie —dijo—. ¿Qué están haciendo los getas?

—Apiñarse en torno a sus fogatas —dijo Niceas—. Son muchos; las fogatas llegan hasta las colinas.

El cerebro de Kineas comenzó a funcionar. Se arrimó al fuego y el calor fue penetrando en sus articulaciones.

—Todo el mundo a la silla.

Una mujer sindona le puso algo caliente entre las manos: un tazón de arcilla caliente lleno de té. Tenía un sabor amargo, pero se agradecía. Bebió un buen trago y se quemó la lengua. El corte del brazo le dolía.

—Monta a todos los sindones en caballos de refresco y que abandonen los carros —dijo Kineas.

—Anoche te oí —dijo Niceas—. Ya está hecho. He tenido que usar mano dura con los refugiados; no quieren dejar sus pocas pertenencias atrás. —Sonrió con dureza—. Pero ya lo he arreglado.

—¡Por el escudo de Atenea, hiparco: si lo hubiésemos hecho dos días antes habríamos perdido de vista a los getas! —dijo Eumenes desde el otro lado de la hoguera.

—Es posible —dijo Kineas—. Pero no es lo que ordené entonces. Lo he hecho ahora.

Eumenes levantó las manos como un boxeador en actitud defensiva.

—He hablado sin pensar —dijo.

Kineas le hizo caso omiso y se volvió hacia Nicomedes.

—Sois la retaguardia. Procura mantener en marcha a los rezagados, pero, si es preciso, abandónalos y sigue adelante. No te dejes enredar en una refriega; una vez que paremos, todo el grueso se nos echará encima. ¿Entendido?

Nicomedes tomó un sorbo del té de la sindona y asintió. Tenía profundas ojeras y parecía que tuviera sesenta años. Ajax estaba detrás de él, tan guapo como siempre.

—Si no vamos a luchar, ¿por qué somos la retaguardia? —preguntó.

Kineas negó con la cabeza.

—No seas tonto; si me veo obligado, os sacrificaré para salvar al resto. Pero no sin una orden mía. Si me ves formar al escuadrón de Leuconte en línea, ven y ocupa tu sitio habitual.

—¿Para una última batalla? —preguntó Ajax.

—Para lo que yo ordene —dijo Kineas. Suspiró profundamente y apuró el té que le quedaba en el cuenco, hizo una reverencia a la mujer y luego se volvió para sonreír

a sus hombres.

»Confiad en mí —les dijo.

Una vez más, se preguntó si él debía confiar en el rey.

Los getas tardaban tanto en levantarse como cualquier otra tribu bárbara, y a media mañana ya llevaban dos horas de retraso. El carro alado de Helios subía por el cielo, y los sakje cabalgaban con los arcos sobre las rodillas para que el sol secase las cuerdas de tendón.

Una hora después, los hombres habían pasado del frío al calor, y el suelo ya estaba seco, extendiéndose hasta el horizonte en olas de hierba. Unos cuantos estadios hacia el este, una alta colina aislada se alzaba sobre la estepa. Kineas la había explorado en el viaje de ida, tan sólo diez días antes.

Detrás de ellos los getas estaban a menos de tres estadios, y las compañías de sus flancos comenzaban a adelantarse, desplegándose a derecha e izquierda por la llanura, gritándose entre sí mientras avanzaban. Estaban comenzando a rodearlos, como buenos cazadores. Ponían ímpetu en la maniobra envolvente, seguros de tener a su presa acorralada y avergonzados de tanta derrota en los últimos días.

Kineas se situó en la cabeza de la columna.

—Derechos al promontorio —dijo—. ¡Al galope!

La columna estaba perdiendo cohesión, los hombres cansa dos mostraban tendencia a perder el control de sus caballos, pero el galope los impulsó de nuevo a salir de su estupor. Los sindones del centro de la columna eran por lo general jinetes consumados, aunque no todos. Kineas retrocedió hasta donde vio que se rezagaban. Él y Ajax subieron niños y madres a lomos de sus propios caballos, y algunos hombres sin dones siguieron su ejemplo, con lo cual volvieron a recuperar velocidad. Kineas vio la falda de la colina alzándose entre las feas orejas de su caballo y rezó a Zeus. Volvió la vista atrás. Los getas estaban a dos estadios de distancia, formando una línea, y sus flancos tan sólo a un estadio a derecha e izquierda, pero ya a su altura, marcando el ritmo del avance. Los getas se pasaban mensajes entre sí y sus gritos de guerra sonaban fuertes y estridentes.

El caballo de Kineas gruñó al iniciar el ascenso. El crío que llevaba en brazos era una niña, quizá de tres años, con el pelo rubio y los ojos azul oscuro. La miró con curiosidad.

—Caballo cansado —dijo. Sonrió—. ¿Estás cansado?

—Sí —dijo Kineas—. ¿Cómo te llamas?

La compañía de Leuconte estaba en la cresta formando una línea a medida que llegaban. No era muy recta pero la regía cierto control, y se sintió orgulloso de ellos.

—Alyet. Tengo tres años. —La chiquilla levantó tres dedos, separándolos mucho—. ¿Nos vamos a morir? —preguntó con la absoluta falta de entendimiento de los

jóvenes—. Mi madre dijo que podíamos morir.

—No —dijo Kineas.

Ya había subido tres cuartas partes de la cuesta y a su animal le estaba costando trabajo coronarla. Le dejó proseguir en diagonal y respondió bien. Los hombres de Leuconte estaban formados y los de Nicomedes adelantaban a los refugiados, tal como él había ordenado, subiendo a lo alto del cerro para formar junto a la compañía de Leuconte.

Los getas avanzaban sin pausa. Se les estaban echando encima, los tenían tan cerca que Kineas veía las placas con que decoraban sus arneses y los dibujos de sus mantos. Las compañías de los extremos estrechaban el cerco, ansiosas por participar en la matanza, con colina o sin ella.

Kineas llegó a la cresta. Fue hasta el grupo de sindones y dejó a la niña en brazos de su madre. Consciente del horror que habían vivido en la aldea, temiendo que con la victoria tan cerca fueran a desesperar, dio unas palmaditas en la cabeza de la niña y levantó una mano reclamando su atención.

—Ahora nosotros ganamos —dijo. voz en cuello, en sakje. Un centenar de rostros dubitativos le miraban.

Sonrió, todas las preocupaciones de los últimos días olvidadas por lo que podía ver desde lo alto del cerro.

—Mirad —dijo, y cabalgó hasta el centro de su línea.

Los getas estaban a los pies de la colina, voceando y gritando. Los espíritus más osados habían subido a caballo la primera parte de la ladera.

A lo lejos, en el mar verde, más allá de los últimos cuernos del avance getón, la hierba se movió como si la meciera el viento, y líneas de sakje pusieron a sus caballos de pie; líneas de una amplitud de un estadio cada una, cientos de jinetes surgiendo de la hierba como guerreros nacidos de los dientes de un dragón.

Y de detrás del promontorio llegaron el rey y sus nobles, montando con soltura caballos nada cansados que vinieron por la trasera de la colina para formar una compacta línea de hombres en armadura a la izquierda de Kineas. Y otra compañía apareció por la derecha: un sinfín de jinetes. Los olbianos y los sindones los aclamaron, y los sakje cruzaron la cresta para caer como rayos de Zeus sobre los getas.

El rey había venido. El rey había venido. Kineas se quitó un gran peso de encima, y entonces comenzó la matanza.

Los olbianos no participaron en el combate. Observaron la venganza de los sakje con la cansada alegría de los hombres que saben que han cumplido su misión y que les corresponde descansar. Antes de que el último getón cayera, cuando un puñado de nobles cerraron filas en torno a su líder y murieron amontonados, Kineas condujo a su columna los últimos estadios hasta el campamento del rey, un gran círculo de

carromatos que encerraba a cientos de caballos junto a otro río, vigilado por más sakje considerados innecesarios para llevar a cabo la masacre.

Los olbianos fueron recibidos como héroes. Kineas, quizá por el cansancio, no estaba para escuchar demasiadas alabanzas. Fue montado de grupo en grupo, observando sus rostros, divertido al ver que sus hombres, agotados un momento antes, de pronto tuvieron energías para beber vino y alardear. Había comida, y fuego, y pronto se les sumaron los primeros sakje que regresaban tras la derrota aplastante de los getas. Muchos llevaban cabezas atadas a las sudaderas de sus sillas. Más tarde, Kineas vio a un hombre raspando cuidadosamente un pellejo entero tatuado. Otros traían botín: un poco de oro, un montón de plata y caballos.

Ataelo regresó poco antes de que oscureciera, cabalgando con los Manos Cruels de Srayanka. Ella iba cubierta de sangre, pero antes de que los temores de Kineas le llenaran el pecho, Srayanka le saludó con la mano. Él le correspondió, sonriendo de oreja a oreja, y vio que su propia piel estaba mugrienta; barro, sangre y sudor competían por adueñarse de sus muñecas y sus manos. Hacía una semana que no se daba un baño ni se limpiaba con el estrígil.

Ataelo se aproximó orgulloso, sentado en su poni como un rey.

—¡Tomé diez caballos! —anunció—. Tú gran jefe. Todos los guerreros lo dicen. —Miró un momento a Srayanka, que andaba dando órdenes a su círculo de allegados—. La dama dice tú héroe. Dice tú airyanám.

Kineas volvió a sonreír.

Mientras Ataelo le elogiaba, el rey llegó al fuerte de carromatos. Su armadura era de oro, y deslumbraba con el sol poniente. Miró a izquierda y derecha, y al ver a Kineas cabalgó hasta él; una masa de oro de la cabeza a los pies.

—Ha dado resultado —dijo. Forcejeó con el barbuquejo de su casco corintio, lo liberó y se quitó aquel objeto dorado de la cabeza. Tenía el pelo aplastado y un hilo de sangre le manaba de la nariz—. ¡Por los dioses, Kineas! ¡Los getas se acordarán de esto durante diez generaciones!

—Tuvimos suerte —dijo Kineas—. Mientras cabalgábamos, pensé en todas las cosas que podían haber salido mal. Era un plan insensato y demasiado ambicioso. —Sonrió con aire cansado—. Y si no recuerdo mal, tú no debías participar en este combate. Creo recordar que Kam Baqca te arrancó una promesa en ese sentido.

«¡Y has venido!», tuvo ganas de agregar.

—Dije que no me expondría a ningún peligro —contestó el rey sonriendo—. Y no lo he hecho. Ya estaban vencidos antes de que fuéramos colina abajo.

Desmontó y abrió los brazos para abrazarle, y Kineas le estrechó, armadura contra armadura.

—¡Caray, los hemos machacado! —se jactó el rey—. Los Manos Cruels estaban tan quietos que los exploradores getas pasaron prácticamente por encima de sus

líneas sin verlos. Debo de haber matado a seis. —El muchacho puso fin al abrazo—. Me siento sucio. Cansado. Éste es mi primer gran combate, mi primera victoria como rey, y tú me la has dado. No lo olvidaré. —Satrax se iba quitando la armadura mientras parloteaba. Aún estaba bregando con los cordones de sus guardabrazos—. Marthax dice que debería mantenerme al margen de la lucha, pero si no luchara, dejaría de ser rey. Somos sakje, no griegos. —Sonrió con la misma expresión de alivio que mostraban todos los demás jefes—. A veces pienso que Marthax quiere toda la gloria para sí. O que quiere ser rey en mi lugar.

Alzó una copa de vino que le ofrecieron y laapuró.

Kineas se acercó a él y comenzó a desatarle el otro cordón. Otros hombres y mujeres hicieron lo mismo, cómo si quitarle la armadura al rey fuese una suerte de celebración. Parloteaban entre ellos, exaltados por la victoria y por seguir vivos.

Cuando le quitaron el peto por encima de la cabeza, el rey volvió a abrazar a Kineas.

—Sonríe —le dijo—. Ríe. Estamos vivos. Y ahora creo que vamos a vencer a Zopronte. ¡Creo que podríamos vencer a Alejandro!

El joven rey le dio unas palmadas en los hombros, y Kineas le sonrió, aunque de pronto deseó verse libre de sus abrazos y alabanzas porque se sentía sucio. Se fue retirando poco a poco, diciéndose que también tenía ganas de quitarse la armadura como había hecho el rey. Kineas fue hasta una hoguera de la que se habían adueñado los olbianos y fue recibido con vítores. Ajax le ayudó a quitarse el peto y Kineas se sintió más ligero, incluso más joven.

Nicomedes se acercó y rodeó con un brazo las anchas espaldas de Ajax. La edad se le había borrado del semblante y volvía a ser un caballero de cuarenta años.

—Te honramos, hiparco —dijo—. Una cosa es oír hablar de tus hazañas y otra muy distinta verlas.

Kineas se miró las piernas, manchadas de barro, y los brazos, cubiertos por una mezcla de sangre e inmundicia. Lo único que había hecho la lluvia había sido que chorreará y, por el costado sobre el que había dormido en el barro, la túnica estaba empapada y la piel le picaba; tenía el brazo izquierdo hinchado.

—Si estás citando a alguien, no reconozco la cita —dijo Kineas.

—Soy un hombre rico, y he tenido el privilegio de ver trabajar a muchos grandes artistas y artesanos —respondió Nicomedes—. Siempre es igual: cuando les ves trabajar, percibes la concentración de su genio y sabes que lo que obtienes es real.

Ajax rió.

—Dudó que Kineas quiera formar parte de tu colección, amigo mío.

Kineas esbozó una sonrisa.

—Gracias..., supongo. —Se quitó la túnica—. ¿Puedes pedir a un esclavo que traiga mis cosas? Necesité cambiarme de ropa.

Mientras tanto, voy al río a bañarme.

Nicomedes olisqueó su maltrecha clámide exagerando el gesto.

—Espléndida idea.

Ajax sacó un estrígil al tiempo que Niceas se sumaba a ellos con otro.

—Tengo aceite —dijo Niceas.

Ajax le aclamó como si hubiese ganado una carrera. Mientras caminaban hacia el río, otros hombres se les unieron; Leuconte y Eumenes, y varios de sus jóvenes soldados. Recorrieron el estadio hasta el río con las piernas doloridas, y Kineas fue feliz, tan feliz como pueda serlo un hombre al que han anunciado su propia muerte. Había perdido a cuatro hombres en una dura campaña. Lo lamentaba, pero sabía que él y los suyos habían hecho lo que debían, y también que durante unas horas sólo tenía que preocuparse del dolor de sus músculos y de la fiebre de su herida. La muerte parecía muy lejana.

Escuchaba la charla de los más jóvenes mientras caminaba un poco por delante de ellos, desnudo, con su mugrienta clámide al hombro. Oyó un retumbar de cascos y se volvió.

Srayanka estaba detrás de él, con unos cuantos de sus oficiales, todos desnudos, cubiertos de barro e inmundicia, tanto caballos como jinetes. Ella le vio a él y él la vio a ella, y Srayanka pasó junto a él mirándole el cuerpo mientras Kineas no quitaba los ojos del suyo. Acto seguido puso a su caballo al galope y se volvió para saludar con la mano. Corría como el viento, más hermosa que nada que Kineas hubiera visto hasta entonces pese a la mugre y la sangre, la cabellera negra suelta ondeando a su espalda, irguiéndose para alentar a su caballo a saltar desde el terra plén de la orilla al agua del río levantando una salpicadura como la de una ballena en celo. El resto de sus guerreros la siguió.

Los olbianos señalaban entre gritos y vítores.

—Como Ártemis y sus ninfas —dijo Nicomedes. Estaba impresionado. Tomó aliento—. ¿Quién se figuraba contemplar tanta belleza en un día como éste? Ojalá tuviera un pintor, un escultor, alguien capaz de inmortalizar este momento para mí.

—Yo me conformaré con un baño —dijo Niceas.

—A la carrera —dijo Kineas, y los olbianos echaron a correr. Corrieron como atletas olímpicos, derrochando sus últimas fuerzas bajo el sol poniente. Y cuando llegaron a la orilla saltaron al agua fría soltando alaridos al caer.

Kineas nadó a través de la poza más amplia. El agua era profunda, pero estaba turbia a causa del limo que había arrastrado la lluvia y la arena que habían removido los caballos. No le importó: pese al frío, el contacto del agua con la piel le sentó de maravilla. Nadó agarrando la túnica con los dientes, buscando a Srayanka en la penumbra de la noche que caía lentamente.

La encontró en los bajíos debajo de un árbol muy alto. Estaba lavando a su

caballo; cogía arena de la orilla para frotar las patas del animal, que parecían haber estado sumergidas en sangre. Srayanka le sonrió.

—Muerde —dijo en griego—. No muy cerca.

Kineas se quedó en el agua profunda. Era un hombre práctico, y se contentó con estar cerca de ella, admirando su cuerpo, y se puso a lavar la túnica tan bien como pudo. Al cabo de un rato, pasó por detrás de ella y fue hasta la orilla, donde cogió un puñado de la misma arena que usaba ella y se puso a frotar la porquería que tenía pegada en los brazos.

En la poza se oían los gritos y risas de los demás olbianos. Al parecer iban viniendo más a bañarse: más olbianos y más sakje.

—Tú airya nám —dijo Sra ya nka mirando por encima del hombro. Se apartó una cola de pelo negro del hombro desnudo. Miró río abajo y luego otra vez a Kineas.

Kineas dio unos pasos hacia ella y Srayanka se encajó entre sus brazos como si hubiesen ensayado el abrazo mil veces, y su boca se unió a la suya como dos manos que se estrecharan.

Se envolvieron mutuamente...

Por pocos segundos, hasta que Ataelo gritó:

—¡Ahí están!

Y de pronto se vieron rodeados de Manos Cruelles y olbianos que reían y se burlaban con más que unas pocas insinuaciones obscenas.

Kineas se hundió en aguas más profundas para ocultar la verdad de sus afirmaciones, aunque sin soltar la mano de Srayanka, que nadó detrás de él abandonando a su caballo. Y nadaron juntos con su gente hasta que estuvieron limpios. Se secaron desnudos en el tibio aire vespertino, sobre la hierba, y Agis el megarense y Ajax cantaron fragmentos de la Ilíada mientras los griegos se limpiaban la piel con aceite de oliva y estrígilos, para delicia y diversión de todos los sakje. Luego Marthax cantó con Srayanka, una y otra vez, una interminable balada de amor y venganza. Kineas se dio cuenta de que el rey se había unido a ellos y fue a sentarse a su vera mientras unos hombres fueron a buscar túnicas secas y comida, y luego Srayanka acabó de cantar y se sentó apoyando la espalda contra la suya como si fuesen viejos camaradas de armas. Su gente le había traído ropa limpia e iba vestida, y había regalado a Kineas una túnica de pálida gamuza cubierta de bordados como la suya. Era una prenda bárbara, pero se la puso de todos modos.

El rey, sentado muy tieso con ellos, de pronto miró hacia otra parte, obviamente enfadado, cuando Kineas se puso la túnica. Más tarde, cuando dio un beso a Kineas, un ausente y afectuoso beso al pasar por su lado mientras iba a por vino, el rey se puso de pie. Le habló deprisa en sakje, a todas luces enfadado con ella.

Srayanka sacudió su melena húmeda, clavó los ojos en Kineas y luego asintió al rey.



—Mi mente lo sabe —dijo con toda claridad—. Y mi mente gobierna a mi cuerpo.

El rey dio media vuelta y se alejó a grandes zancadas sumiéndose en la oscuridad.

La espalda de Srayanka seguía siendo cálida contra la suya, la mano de hierro y gamuza, ágil y suave en la suya, y una vez más se sintió tan feliz como podía sentirse un hombre al que sólo le quedaban unas pocas semanas de vida.

Por la mañana, el ejército se hallaba sumido en un estupor fruto del agotamiento y la resaca del vino. Habría bastado un puñado de getas para hacerlos pedazos. Kineas nunca había visto a un ejército actuar de otra manera después de una victoria, pero se preguntó si no habría sido más prudente establecer unos turnos de guardia.

La hinchazón del brazo había disminuido, y ya casi no lo tenía caliente, como si el espíritu del río se hubiese llevado consigo el veneno. Fue uno de los primeros en levantarse, y tras beber un poco de té sindón, se puso la túnica de gamuza que Srayanka le había regalado. Pese a su extravagante aspecto, estaba limpia. Su túnica militar seguía estando húmeda, y el desgano lavado al que la había sometido mientras contemplaba a Srayanka no le había quitado la mugre; el resto de sus cosas había desaparecido durante la retirada, seguramente olvidadas en el último campamento.

El rey llegó montado adonde estaba Kineas estudiando las reatas de monturas getas que habían capturado los olbianos, tratando de seleccionar un caballo para él. A su juicio, todos eran demasiado pequeños.

—Creo que ya es hora de que hablemos de hombre a hombre —dijo el rey, con un evidente esfuerzo por no perder la dignidad—. Me has dado una gran victoria. No seré mezquino contigo.

Kineas suspiró y levantó la vista hacia el rey.

—Estoy a tu servicio, señor. —Bajó la vista al suelo, poco acostumbrado a discutir de esos asuntos. Luego volvió a mirarle—. ¿Te refieres a Srayanka?

El rey evitó mirarle a los ojos.

—Una vez vencido Zoprionte, ¿te casarías con ella?

Kineas se encogió de hombros.

—Por supuesto —dijo, porque tenía que decir algo. «Por su puesto, si siguiera vivo.» El rey se inclinó hacia él.

—Tal vez la perspectiva no sea tan apetecible: no es una mujer griega, y tiene un genio feroz. Pero no se conformará con ser tu amada: es el jefe de los Manos Cruales, un personaje demasiado importante para ser una querida. Quizá no puedas casarte con ella; ¿es posible que ya estés casado o prometido?

El rey había malinterpretado su tono de voz por completo.

—Estaría orgulloso de ser el marido de la señora —dijo Kineas, y encontró que lo decía en serio.

El rey se enderezó en la silla.

—¿Deveras? —Parecías sorprendido—. Nunca vivirás en una ciudad. Eso la mataría. Vive libre como una gacela, y tu ciudad la mataría.

Fantaseando en voz alta, Kineas dijo:

—Tal vez podría comprar una granja al norte de Olbia; podría venir a visitarme —dijo echándose a reír.

El rey sacudió la cabeza.

—Me caes bien, Kineas. Me gustaste desde el primer momento. Pero tu aparición ha supuesto la muerte de mi felicidad. Trajiste esta guerra, y ahora te llevarás a mi prima. Trataré de hablar como un hombre y no como un joven ultrajado. La deseo para mí, pero ella te quiere sólo a ti. Ahora debo soportar no sólo su pérdida, la de una mujer que he deseado desde que tuve edad suficiente para albergar deseos de hombre, sino que además también sé que mis mejores guerreros hablan de ti como de un airyanám. Si te casas con ella, serás un aliado poderoso..., o un rival a muerte. Y yo me pregunto: ¿es eso lo que deseas? ¿Abandonarás a tus hombres para cabalgar por la estepa? ¿O los traerás contigo y formaréis otro clan?

Kineas se frotó la barba y se sintió viejo.

—Señor, estoy a tu servicio. De hecho, no había pensado en ninguno de estos asuntos. Veo que han hecho presa en ti, pero...—Kineas buscó la manera de decirlo—. Es la propia dama lo que valoro.

—¿Cómo vivirás? —preguntó el rey—. ¿Puedes abandonar a Niceas, o a Diodoro, para ser el cónyuge de una mujer bárbara? —Miró hacia el horizonte de hierba—. ¿O abandonará ella el clan de los Manos Cruelles para moler harina y tejer como las mujeres griegas? Creo que tal vez lo haría..., hasta que acabara por odiarte o se volviera loca.

Kineas asintió, pues ya había pensado esas cosas, y porque la sentencia de muerte que pesaba sobre él le había ahorrado el mal trago de tener que decidir. Sólo que sentía, sabía en su corazón, que habrían encontrado la manera.

¿O habrían acabado como Jasón y Medea?

Ahora bien, ¿qué podía decir? ¿Señor, estaré muerto, de modo que no importa?

—Creo que habríamos encontrado..., que encontraremos la manera —dijo con cuidado.

El rey seguía contemplando la hierba. Se irguió.

—No me interpondré entre vosotros —dijo, realizando un gran esfuerzo. Luego agregó—: Kam Baqca dice que debo hacerlo así.

Kineas se preguntó cómo sería tener tanto poder a los dieciocho años.

—Es muy noble por tu parte, al margen de que lo haya recomendado Kam Baqca.

Satrax se encogió de hombros. Luego se irguió y procuró recobrar de nuevo la compostura.

—Creo que tu caballo de batalla murió —dijo—. Que perdiste a tu semental gris, lo cual me brinda una espléndida ocasión para demostrarte lo mucho que te valoro.

Tendió una mano, invitando a Kineas a montar detrás de él. Kineas montó con el rey.

—La gente se va a reír —dijo.

—Lo dudo —contestó el rey. Puso el caballo al trote y luego a medio galope.

Cabalgaban entre la manada real, o mejor entre la versión reducida que el rey había llevado a la persecución de los getas. Kineas reconocía las razas.

De pronto el rey dijo:

—Mis demás caudillos piensan que eres la elección perfecta: ella tendrá un marido, y los Manos Cruelos, herederos, y tú, por supuesto, ya eres un líder militar reputado. —El caballo aún dio unas cuantas zancadas—. Me dicen que elija a una chica de mi edad, con mejores caderas para dar a luz; me recomiendan a una princesa sármata.—Kineas iba pegado a la espalda del rey, y Satrax estaba tenso, enfadado. Enfadado por tener que amoldarse a los deseos de sus caudillos. Luego señaló—. ¡Allí! —dijo.

El semental era más plateado que gris, de un plateado oscuro semejante al del hierro pulido o el acero. Tenía una raya negra a lo largo del lomo, una marca que Kineas sólo había visto en la raza más recia de los sakje, y la crin y la cola más pálidas. Era alto y transmitía serenidad. De hecho, era idéntico a la montura de guerra del rey.

—No estará tan bien entrenado como tu caballo persa —dijo el rey; como todo hombre que hace un gran regalo, debía censurar sus defectos—. Pero está bien domado; iba a ser mi próximo caballo de guerra. Ahora es tuyo. Y un par de caballos de viaje; Marthax ya los ha separado, pero quería hablar contigo.

Kineas dio una vuelta entera al semental, admirando su grupa. Tenía la cabeza corta, sin la pureza de líneas que presentara el persa, pero era grande, y el color podía ser feo o magnífico. Desde luego era un animal único.

—Gracias, señor. Es un regalo regio.

El rey sonrió, un tanto avergonzado y viéndose muy joven.

—Lo es, ¿verdad? —Satrax sonrió, mostrando su buen talante innato—. Es una de las ventajas de poseer diez mil caballos —dijo el cabo de un momento.

—Lo siento —dijo Kineas. No se le ocurría ninguna otra cosa que decir. El rey hizo una mueca.

—Los reyes a veces tienen que pensar cosas desagradables. Si te conviertes en su marido, serás un hombre con mucho poder entre mi gente. Un baqca que además es hombre y con una esposa que es jefa de clan. Un gran soldado con aliados griegos. Quizá seas mi rival. —Miró al caballo—. Tal como lo es Marthax. —Miró hacia la estepa—. ¿O son sólo los celos lo que me hace hablar así?

—Eres franco —dijo Kineas—. Piensas como un rey.

—Tengo que hacerlo. —El rey señaló al caballo—. Pruébalo.

Kineas agarró la crin del semental con una mano y saltó a los lomos de la bestia. Era tan alto que casi no lo logró; aquel monstruo era un palmo más alto que el persa, y dio gracias a que el animal aguardara pacientemente mientras se empujaba con los pies.

Satrax contuvo la risa con dificultad, complacido de ver al griego desconcertado con el caballo. Kineas chasqueó la lengua y el portentoso corcel comenzó a trazar una curva.

—¡Qué andares! —gritó Kineas. El fluido batir de cascos del caballo le resultaba vagamente familiar. Probó a manejarlo sólo con las rodillas, sin manos, y llevó el semental al lado de la montura del rey con suma facilidad. Los dos caballos se olieron como compañeros de cuadra, cosa que seguramente eran. Tenían el mismo color.

—¿De la misma madre? —dijo.

Satrax sonrió.

—La misma madre y el mismo padre —dijo—. Son hermanos. Kineas inclinó la cabeza.

—Es un honor. —Palmeó el cuello del caballo pensando en su conversación con Filocles—. Te juro que ningún actomío atentará contra tu realeza. Como tampoco me casaré con Srayanka, ni le pediré la mano, sin tu permiso. —Dio una palmada al caballo—. Es un regalo maravilloso.

—Bien —dijo el rey. Asintió, obviamente aliviado e igualmente atribulado. Y celoso—. Bien. Pongamos en marcha al ejército.

Fue mucho más avanzado el día cuando Kineas, que a cada hora que pasaba estaba más prendado de su nuevo caballo, cayó en la cuenta de por qué sus andares le parecían familiares.

El caballo plateado era el semental del sueño de su muerte.

Cruzaron las llanuras de oeste a este a buena velocidad. Los sakje iban a su ritmo habitual y los olbianos, gracias a los caballos de refresco, pudieron seguirles el paso. Recorrían cien estadios al día, según estimaciones de Kineas, abrevándose en ríos que surcaban la estepa a intervalos regulares, acampando en lugares predeterminados con hierba fresca para forraje y unos pocos árboles para leña.

El nivel de organización era asombroso, para ser bárbaros. Aunque Kineas ya había dejado de considerar que lo fueran.

Kineas nunca había visto a un ejército de cinco mil hombres que se moviera tan deprisa. Si Zoprionte presionara a su tropa con tanta dureza como el propio Alejandro, quizás hiciera sesenta estadios, aunque sus patrullas llegaran más lejos. Y Kineas sospechaba que aún no había visto la marcha más rápida de la que eran capaces los sakje.

Casi todos los campamentos estaban a la sombra de altos montículos de turba que surgían de la llanura, a menudo el punto más alto en muchas horas a caballo a la redonda. El cuarto anochecer, con los músculos doloridos pero el cuerpo limpio, Kineas pasó un buen rato sentado con la espalda apoyada contra la de Niceas, untando de sebo el cuero de la brida y luego remendando el cabestro, cuyas costuras habían comenzado a reventarse, para modificarlo un poco. El caballo nuevo tenía la cabeza muy grande.

Srayanka llegó con Parshtaevalt e Irene, su trompetera. Ahora le daba menos apuro ir a su encuentro.

—Ven a pasear, Kineax —dijo.

Kineas usó el punzón que tenía en la palma para abrir dos agujeros nuevos, manipulando con cuidado el cuero viejo. Necesitaba que el cabestro resistiera hasta que estuvieran de regreso en el campamento del Gran Meandro.

—Enseguida —contestó.

Srayanka se sentó a su lado y mostró su trabajo a Irene, que frunció el entrecejo. Niceas estaba cortando un manto getón para hacer una manta para su silla.

Irene habló deprisa en sakje. Torció los labios, pero Kineas no supo si sonreía o se mofaba. Srayanka se echó a reír, un sonido encantador, y se sentó graciosamente sobre la manta de Kineas.

—Irene dice que para algo sirves, pese a todo —dijo Srayanka—. ¡El gran líder militar cose cuero!

Kineas dio una puntada en el último agujero, luego otra más y finalmente una tercera, y mordió el hilo de lino tan cerca del cuero como pudo. Sacó brillo al

cabestro con la palma de la mano y lo dejó cuidadosamente encima del resto de sus arreos. Parshtaevalt se arrodilló junto a éstos para examinarlos.

—No buenos nuestros —dijo—. Pero buenos.

Su griego, como el sakje de Kineas, mejoraba día a día. Niceas echó la manta sobre sus cosas e hizo una seña a Ataelo para que tradujera. A Parshtaevalt le dijo:

—Enséñamelos, colega.

Y guiñó el ojo a Kineas con ademán amistoso. Irene parecía confusa; quería seguir a su ama pero Srayanka negó con la cabeza. Volviéndose a Kineas, le dijo:

—Trae tu espada.

Kineas pensó que estaba viviendo el noviazgo más raro desde que Alexandros conociera a Helena, pero fue en busca de la espada egipcia que guardaba enrollada en su manta.

Srayanka le cogió de la mano, y juntos caminaron hacia el anochecer rojo. En el campamento el suelo era liso y la hierba, corta y de un verde brillante, pero ella le condujo hacia el mar de hierba, donde los montículos hacían traicionero el suelo. Rieron como niños cuando la mutua negativa a soltar la mano del otro les hizo perder el equilibrio.

Kineas se volvió para mirar por encima del hombro y vio que estaban a plena vista del campamento, que se extendía hacia el norte y el sur a lo largo del río, y que muchas cabezas estaban vueltas hacia ellos, observándolos.

Leyendo sus pensamientos, Srayanka dijo:

—Deja que miren. Esta colina es tumba del padre de mí. Aquí matamos doscientos caballos, lo enviamos a Ghanam. Yo baqca aquí.

Llegaron a los pies del montículo. Visto de cerca, quedaba más claro que estaba construido por la mano del hombre. Una especie de grada subía rodeando el túmulo, y una profunda zanja, invisible a un estadio, discurría en torno a la base protegida por un muro de piedra por el lado exterior.

Srayanka le hizo recorrer una cuarta parte del perímetro de la zanja, entraron en el recinto por una abertura flanqueada por rosales silvestres y comenzaron a subir al túmulo. Srayanka entonó un cántico monótono.

La bola del sol poniente se apoyaba en el distante horizonte, bañando la hierba verde del montículo de luz roja, naranja y dorada, de modo que el promontorio parecía una amalgama de hierba, oro y sangre. Su cántico subió de volumen y de tono.

—¡Deprisa! —dijo. Tiró de su mano y subieron corriendo los últimos peldaños hasta la cima, donde una piedra descansaba en una ligera depresión. De la piedra surgía una barra de hierro oxidado. De cerca resultó ser lo que quedaba de una espada, con el oro de la empuñadura destacando orgulloso sobre el deterioro de la hoja.

El sol era inmenso, una cuarta parte se había ocultado bajo la curva del mundo.

—Desenvaina tu espada —ordenó Srayanka.

Kineas desenvainó la espada. Srayanka agarró con reverencia la empuñadura de la espada oxidada y la arrancó de la piedra. Cogió la de Kineas y, mientras los últimos rayos del sol convertían en fuego la empuñadura, la clavó con decisión en la piedra, donde quedó más hundida, en todo caso, de lo que lo había estado la otra espada.

Mientras el sol se desvanecía dejando el cielo como un tinte, con vivos rojos y pálidos rosas contrastando con el creciente velo púrpura y azul oscuro de la noche, dejó de cantar. Se arrodilló de cara a la piedra.

Kineas se quedó de pie a su lado, incómodo por ignorar sus costumbres, e igualmente incómodo por el alcance de su barbarismo; pero era una sacerdotisa, y no era propio de griegos ridiculizar a los dioses de otros pueblos, de modo que se arrodilló junto a ella en la húmeda depresión. Olía el musgo de la piedra, y el aceite de su espada egipcia, y el humo de leña de sus cabellos.

Permanecieron arrodillados hasta que le escocieron las rodillas y toda su espalda era una columna de piedra contra sus músculos. Se hizo la oscuridad, absoluta, de modo que la llanura circundante desapareció y sólo quedaron el cielo y la piedra, los olores del hoyo, y luego el reclamo de un búho, y...

*... estaba volando sobre la llanura de hierba, buscando una presa; el minúsculo resplandor de un sinfín de estrellas era suficiente luz para ver.*

*Se elevó más sobre la estepa, trazando círculos perezosos, y cuando vio un corro de fogatas..., una docena de corros de fogatas, cien corros de fogatas..., entonces volvió a descender, vigilando el campamento mientras bajaba en espirales...*

Tan repentinamente como se había arrodillado, Srayanka se levantó, sacó un puñado de semillas de la bolsa del cinto y las esparció por el hoyo y la piedra.

Kineas se puso de pie con mucha dificultad. Tenía un pie dormido, pero la mente despejada, aunque una parte de ella aún seguía en lo alto del cielo oscuro.

—Tú eres baqca —dijo Srayanka—. ¿Has tenido sueño poderoso?

Kineas se frotó la cara para aclararse la mente. Tenía el interior de la boca pegajoso, como si hubiese comido resina.

—He soñado —dijo en griego.

Srayanka le puso una mano en la cara.

—Yo tengo que sentarme en... —hizo una pausa, buscando palabras—, tienda de humo; incluso aquí, bajo el Guryama del padre de mí. —Le acarició el rostro afectuosamente—. Tú sueñas libre.

Kineas aún estaba en las garras del sueño, y Srayanka le cogió la mano y le

condujo colina abajo.

A medio camino, Kineas comenzó a recobrase.

—¡Mi espada! —dijo.

Srayanka sonrió, el desnivel hacía que estuvieran a la misma altura, se apoyó en él y le besó.

Fue un beso prolongado, y Kineas se encontró llevando la mano con toda naturalidad hasta el pecho derecho de Srayanka, que le mordió la lengua y dio un paso atrás, riendo.

—La espada justo aquí —dijo, apoyando con firmeza la mano en la entepierna de Kineas. Luego transigió—. Subir para espada con amanecer. Cosa de baqca, ¿sí?

Kineas habló vacilante.

—¿Estás pasando el poder de la espada de tu padre a mi espada?

Srayanka reflexionó un momento, con la mirada que pone una madre cuando un hijo le ha hecho una pregunta difícil, o una pregunta cuya respuesta puede hacerle daño.

—¿Te casas conmigo? —preguntó.

A Kineas se le cortó la respiración. Pero no vaciló.

—Sí.

Srayanka asintió, como si la respuesta fuese precisamente la que esperaba.

—Entonces cabalgamos juntos, ¿sí? Y quizás... —Adoptó una mirada franca, como una sacerdotisa en una ceremonia religiosa, una mirada que le hizo estremecerse de miedo—. ¿Quizá gobernamos juntos?

Kineas dio un paso atrás.

—El rey gobierna —dijo. Srayanka se encogió de hombros.

—Los reyes mueren.

«Estás apostando por el caballo equivocado, amor mío —pensó Kineas—. Soy yo quien está destinado a morir.» Extendió los brazos hacia ella y ella se acercó. Cuando apoyó la cabeza en su hombro, Kineas dijo:

—Srayanka, yo...

Srayanka le tapó la boca con la mano.

—Chsss —le dijo—. No digas nada. Los espíritus caminan. No digas nada.

Kineas la abrazó; fue un abrazo casi casto. Ella seguía con la cabeza apoyada en su hombro, rodeándole la cintura con los brazos, durante mucho rato, y al cabo siguieron bajando del túmulo. Sin hablarlo, comenzaron a separarse al llegar a la hierba corta, ella hacia su campamento y él hacia el suyo, pero sus manos permanecieron unidas demasiado tiempo y faltó poco para que volvieran a caerse.

Rieron, y cada cual se fue por su lado.

Srayanka fue a buscarle por la mañana temprano. Iba vestida de gamuza blanca



con placas de oro y bordados de oro y coronada con un tocado de oro muy alto encima de la cabeza. El rey iba con ella, así como Marthax y una veintena de jefes y guerreros. Kineas hizo señas a Leuconte y Nicomedes para que le acompañaran, y el grupo repitió la excursión: ascendieron al hoyo de la cima del túmulo cuando la oscuridad de la noche tocaba a su fin. Todos los sakje se pusieron a cantar, incluso el rey.

El primer rayo del sol lamió la oscura línea del borde del mundo como una llama alzándose de un fuego recién encendido. El sol alcanzó la cabeza de gorgona —la cabeza de Medea, la cabeza de Srayankade la empuñadura de su machaira, de modo que pareció cobrar color del sol naciente, y la línea de fuego reptó bajando por la hoja, cada vez más deprisa, y en cuestión de segundos la espada pareció haber metido el sol en la piedra.

Todos los sakje gritaron, y la mano de Srayanka asió la empuñadura y cantó una nota aguda y pura, e hizo una seña con la otra mano a Kineas. Kineas empuñó la espada con la mano derecha y por un instante tuvo la impresión de que tiraba de él hacia abajo.

Srayanka soltó la empuñadura y la mano de Kineas salió despedida hacia arriba, arrancando la espada de la piedra.

Kineas había estado tan embebido en los efectos de la ceremonia que por un momento esperó que ocurriera algo: una oleada de energía, tal vez, o las palabras de un dios. En cambio, lo que vio fue la mirada que dominaba el rostro del rey: celos y envidia en estado puro. Cuando sus ojos se cruzaron, el rey se estremeció.

Marthax frunció el entrecejo y luego le dio una palmada en la espalda.

—Buena espada —dijo. Y todos bajaron del túmulo.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Nicomedes—. Bonito efecto de luz.

Kineas se encogió de hombros.

—Es el túmulo del padre de Srayanka —dijo en voz baja, y Nicomedes y Leuconte asintieron con gravedad.

Cuando llegaron a la hierba corta, Marthax se puso a bramar órdenes. Kineas tomó al rey por el codo.

—Tuve un sueño en el túmulo.

El rey se apartó.

—Así es como debía ser —dijo el cabo de un momento.

—Vi el ejército de Zopronte acampado en buen orden. Quizás a unos doscientos estadios de aquí, quizá más lejos.

Satrax se frotó la barba y torció el gesto.

—Avanza deprisa.

—¿Podemos fiarnos de este sueño? —preguntó Kineas. Pensó en los detalles: los caballos sujetos con maniotas, los pique tes, los círculos de hogueras. Pero su mente

podía estar imaginando todo aquello.

El rey miraba fijamente a Kineas.

—Kam Baqca no ve nada; está cerrando su mente a las visiones porque lo único que le muestran es su propia muerte. Así que tengo que fiarme de las tuyas. Igual que de cualquier sueño. Enviaré exploradores. Entonces sabremos a qué atenernos.

—Si el sueño es verdad... —dijo Kineas, y le tembló la voz. Deseaba que el sueño fuese falso. Deseaba que los exploradores situaran a Zoprionte otros doscientos estadios más al oeste; que aquellos bárbaros, por más que los amara, fueran supersticiosos como todos los bárbaros, y que no estuviera predestinado a morir al cabo de pocas semanas mientras vadeaba un río. Tomó aire y lo soltó lentamente—. Si este sueño es verdad, significa que casi ha llegado la hora de comenzar a hostigar a su ejército.

Uno de los compañeros del rey se acercó con una taza de té que el rey aceptó de buena gana.

—Nuestros cascos son duros. Los caballos están en condiciones. —Asintió—. Si los exploradores confirman tu sueño, pues sí: comenzaremos.

El rey envió a veinte jinetes, uno de los cuales era Ataelo. Tres días después, cuando estaban a pocos días de marcha del campamento del Gran Meandro, regresaron en grupo. El rey convocó a todos los jefes y oficiales.

El sueño había sido verdadero.

Para los griegos, Ataelo dijo:

—El ejército de Zoprionte no es tan grande como se rumorea. Tiene muchas, muchas, muchas manos de hombres, no tantas de caballos. —Ataelo mostró su espantosa sonrisa—. Envié a los getas: ningún geta volvió.

Kineas tenía un nudo en el estómago y la sangre le corría a raudales por las venas. Le quedaban, como mucho, dos semanas de vida.

Srayanka habló en sakje.

—Ahora le hostigamos —dijo, y la mirada de sus ojos era inquietantemente parecida a la que tenía cuando se había acercado a ella por detrás, la noche de la victoria sobre los getas. O como la que tenía cuando dijo que podrían gobernar juntos. Lujuriosa.

Satrax habló midiendo sus palabras.

—Esta noche voy al campamento. Marthax traerá la columna.

El resto de vosotros, sakje y olbianos, debéis estar preparados para cabalgar conmigo. Veremos qué clanes han venido y qué efecto ha tenido el rumor de nuestra victoria. Veremos si los sármatas han venido. Y el resto de los griegos. —Miró a su alrededor—. Y entonces, haremos que Zoprionte sienta el peso de nuestros cascos.

El grupo del rey comprendía a la mayoría de los oficiales y los nobles del ejército

aliado: veinte jefes de clan, la guardia real compuesta por hijos de nobles, Kineas, Nicomedes, Leuconte y Niceas. Cabalgaron en la plácida tarde de verano, sin tropas ni manadas, sin carros, y cabalgaron deprisa.

Kineas montaba junto al rey, pero apenas hablaron. Kineas sentía que aún había un muro entre ellos. Que el muro lo hubiese construido él mismo o fuese obra del rey, era el tipo de pregunta que Filocles quizás habría contestado, pero Kineas no hallaba una respuesta por sí mismo.

Cuando el manto de la noche estaba cubriendo la estepa, divisaron el gran meandro del río en el este, donde la oscuridad era mayor y se adivinaba un aire más húmedo, y al otro lado del vado mil puntos de luz de las hogueras encendidas. El campamento había duplicado o triplicado su tamaño. El olor a leña quemada llegaba casi tan lejos como la visión de aquel sinfín de fogatas.

Los caballos dieron voces, y las manadas respondieron.

El rey se detuvo, y volvió la cabeza desde el último resplandor de luz rojiza del oeste, que quedaba detrás de ellos, hasta los destellos de las hogueras del otro lado del río.

—Cuando era niño —le dijo. Kineasme encantaban los barcos. Cada primavera iba a navegar con los mercaderes que bajaban por el río hasta Olbia. Recuerdo que el más sabio de todos, un viejo sindón que se llamaba Bión, juzgaba la crecida primaveral de las aguas deteniéndose a menudo porque, según decía, cuando un río crecía más allá de cierto punto, no había hombre capaz de llevar su barco a la orilla, y entonces, o el barco corría río abajo hasta su destino, o era empujado hacia una roca o un tronco y se hacía pedazos.

El rey señaló hacia el campamento, ajeno a la multitud de nobles que se apiñaba en torno a ellos. Kineas asintió.

—En el mar ocurre algo muy semejante, señor. Puedes seguir tu rumbo a lo largo de la costa hasta cierto punto, pero cuando Poseidón lo desea, tienes que arriesgarte en el mar vinoso y correr el temporal, o perecer.

A la última luz del día, la sonrisa del rey fue adusta.

—Lo que quería decir era un poco diferente, Kineas. En el río, Bión se detenía. Se detenía para descansar, se detenía para demostrarse que aún podía detenerse, para retrasar el momento en que lo comprometería todo en la carrera final de éxito o destrucción. —Se encogió de hombros, gesto que fue casi imperceptible en la oscuridad—. De ntro de una hora daré la orden, y mi pueblo caerá sobre Zopronte. Y a partir de ese momento me hallaré en el río, que está crecido.

Kineas arrimó su caballo y apoyó la mano sobre la del rey.

—¿Y deseas detenerte? —preguntó.

El rey apoyó la mano de la fusta sobre la de Kineas.

—Tú también eres comandante. Tú también conoces el terror, el peso de las

esperanzas y los miedos de otros hombres. Deseo detenerme, o haberlo terminado.

—Sé a qué te refieres —dijo Kineas aludiendo a sus propios temores.

Permanecieron en silencio unos segundos contemplando cómo se iba oscureciendo el cielo del oeste. Y, por aquella noche al menos, fueron amigos.

—Vamos —dijo el rey—. Subamos a bordo de ese barco.

Filocles y Diodoro estaban aguardando con un grupo de desconocidos en los límites del campamento. El rey ya había fijado el lugar y la hora para la reunión de su consejo: una hora después del alba, en su fuerte de carromatos. Kineas, Nicomedes, Leuconte y Niceas cabalgaron a lo largo del río hasta el campamento de los griegos, ahora lleno de tiendas y carros que se perdían de vista en la oscuridad.

—¿Hay que felicitarse? —dijo Diodoro estrechando la mano de Kineas en cuanto desmontó del caballo. Niceas se rió, tocó su amuleto como para evitar un orgullo desmedido y dijo:

—Te has perdido un buen combate. —Sonrió—. Tan bueno como cualquiera contra los medos. Los getas ni siquiera conocen nuestros trucos: fue algo grande.

Filocles se mantuvo un poco al margen, aunque saludó calurosamente a todos los oficiales. Kineas le estrechó la mano.

—Te he echado de menos —dijo.

La mirada de reserva de Filocles se desvaneció.

—Y yo a ti —contestó. Entonces, tras lanzar una mirada hacia los oficiales olbianos, agregó—: Tengo noticias, casi todas malas.

Kineas suspiró profundamente.

—Cuéntame.

—Debería contártelo en privado —dijo Filocles—. El campamento no está al corriente.

—¿Han llegado los hoplitas? —preguntó Kineas.

—Están a dos o tres días de aquí, y marchan deprisa. La caballería de Pantecapaeum ya está en el campamento, y los sármatas también.

—El rey se pondrá contento —dijo Kineas—. ¿Qué es lo que va tan mal?

Otros hombres se acercaban saliendo de la oscuridad. Antígono alzó las manos hacia Kineas y se abrazaron.

—Nos dijeron que estabais cerca —dijo— y que habíais vencido.

Niceas ya estaba obsequiando al nutrido grupo de veteranos con el relato de sus hazañas. Aparecieron odres de un vino fuerte de la tierra que sabía a cabra y a pino. Kineas se quedó con Leuconte y Nicomedes y juntos refirieron una versión abreviada de la campaña mientras la mayoría de los hombres del campamento griego se acercaba a escuchar.

—De modo que los getas han sido aplastados —dijo Filocles.

—El rey pensó que habían sido destruidos por una generación, quizá más —dijo Leuconte.

Filocles hizo un gesto de dolor mirando a Sitalkes, que estaba riendo con los hombres de su tropa. Kineas le cogió del codo y se lo llevó a un aparte.

—Te estás comportando como una furia en un banquete —le dijo.

Filocles miró a la gente que tenían alrededor y bajó la voz.

—Tengo a un hombre en mi tienda —dijo—. P elagio, un hombre de Pantecapaeum. Vino al norte en un barco de la flota, y me ha informado de cómo estaban las cosas en Olbia hace cinco días.

Kineas asintió.

—Según Pelagio, Demostrate encontró a la escuadra macedonia hace treinta días, la alcanzó en una playa y quemó dos naves. Luego envió mensajeros a decirnos que había cumplido la misión y partió al sur, hacia el Bósforo, a cazar mercantes macedonios.

Kineas asintió.

—Es lo que dijo que haría en su momento —dijo.

—Pelagio arribó a Olbia en un barco pequeño con un puñado de marinos. Tenía intención de hablar con el arconte y contarle lo acaecido en el mar, pero lo que vio le hizo cambiar de parecer y subir río arriba con su barca.

—¿Qué es lo que vio? —preguntó Kineas.

—Una guarnición macedonia en la ciudadela —dijo Filocles—. Eso fue hace cinco días. Ha llegado hoy y he pasado el día con él.

Kineas sacudió la cabeza.

—¡Hades. Hades! Estamos jodidos. —Kineas se sintió como si le hubiese dado una coz un semental, le costaba respirar—. Por Hades, Filocles, ¿estás seguro?

—Tan seguro como para seguir río arriba a todo correr sin hacer noche allí.

—Si Demostrate quemó los trirremes macedonios, ¿cómo es posible que haya ocurrido?

Kineas se golpeó la palma de la manó con el otro puño. Todos sus planes se volatilizaban, como el humo de un altar en la brisa.—Sólo puedo especular. ¿Un mercader con la bodega llena de soldados? ¿Y el arconte metido en ello hasta las cejas? —Filocles hizo un ademán negativo—. No lo sé.

Kineas agachó la cabeza.

—Por los huevos de Ares. Vamos a quedarnos con el culo al aire. Tenemos que saber qué está ocurriendo. —Volvió la vista hacia los hombres que estaban junto al fuego. Le estaban mirando—. No podemos ocultar esto. Será mejor que informe a los oficiales de inmediato.

Filocles se tiró de la barba.

—¿Sabes lo que puede significar? Tus hombres, todos tus hombres, quizá vuelvan

a casa. ¿Puedes retenerlos si el arconte les ordena que regresen?

—¿Acaso el arconte es la voz de la ciudad? —preguntó Kineas.

Filocles cruzó los brazos.

—Menón está a dos días de aquí con los hoplitas.

Kineas asintió.

—Pues celebraremos la asamblea aquí.

Filocles le cogió del brazo.

—Contabas con esto.

Kineas tenía la mirada perdida en la oscuridad, pensaba en el rey y su imagen de una barca arrastrada río abajo.

—Sí —dijo—. Contaba con la traición del arconte. —Hizo un gestó como si lanzara un puñado de dados al suelo—. La partida ya ha comenzado, amigo mío. Demasiado tarde para retirarse y salvar nuestras clámides.

Filocles rió amargamente.

—Me parece que con una sola tirada, el arconte ya ha triunfado —dijo—. Tiene la ciudad.

Nicomedes sintió exactamente lo mismo cuando se lo contaron una hora después. Su rostro rubicundo se puso blanco a la luz de la hoguera. La reacción de Leuconte fue similar, sólo que éste exclamó: «¡Mi padre!» Eumenes guardó silencio, apretando la mandíbula. Todos los olbianos quedaron consternados. Algunos lloraron.

Kineas se encaramó a un carromato. Se había tomado el tiempo necesario para ir a la tienda de Filocles y escuchar al marinero. Resultó ser un caballero, un ciudadano de Pantecapaeum, un mercader experimentado que conocía la costa y sabía de política. Su relato era de fiar. Después de hablar con él, Kineas ordenó a Niceas que rehuyera a todos los hombres de Olbia en el campamento. Y envió a Filocles a contárselo al rey.

Nicomedes negaba con la cabeza. Estaba justo debajo de Kineas y, cuando habló, su voz se hizo oír.

—Dejamos hombres como precaución contra algo como esto. ¿Tenemos noticias? —La emoción le quebró la voz—. ¿El arconte ha ordenado que regresemos a casa?

Kineas levantó la voz para dirigirse a la multitud congregada en torno al carromato.

—Esta guerra fue votada por la asamblea de los ciudadanos de Olbia —dijo—. El arcontey sus poderes extraordinarios fueron votados por la asamblea de los ciudadanos de Olbia. —Hizo una pausa y le respondió el silencio, el mayor honor en cualquier asamblea de griegos—. Dentro de dos días llegarán los hoplitas. Propongo que entonces celebremos aquí, en el campamento, una asamblea de la ciudad. Quiz á decidiremos que estamos de acuerdo con la acción que ha llevado a cabo el arconte. O quizás —imprimió volumen y dureza a su voz, un truco de la retórica que confería

autoridad—, quizá concluiremos que el arconte ha traicionado a la ciudad.

—El arconte controla la ciudad —dijo Leuconte con voz monótona.

Kineas no tenía respuesta para eso. Dio por concluida la reunión y los envió a dormir. Se fueron dispersando entre mur mullos.

Filocles se acercó cuando se hubieron marchado.

—Eres un hombre sorprendente, Kineas. Creo que podrías haber sido un oponente peligroso en los tribunales de justicia, si no te hubieses decantado por la caballería. ¿Argüirás que el ejército, y no el arconte, es la voz de Olbia?

—En efecto —dijo Kineas—. Mentiría si dijera que esperaba que ocurriera esto, pero por Zeus que me lo temía, y he pensado mucho en ello. Y ahora lo único que puedo hacer es consultarlo con ellos: son hombres, dejemos que actúen como hombres.

Filocles se encogió de hombros.

—Esparta no tiene murallas —dijo.

Por la mañana los hombres estaban serenos y obedientes, que era lo menos que Kineas había esperado de ellos. Asistió al consejo del rey con sus oficiales. Cuando le dieron la palabra, se levantó para dirigirse a la concurrencia.

—Rey Satrax, nobles sakje, hombres de Pantecapaeum. De seo hablar antes de que el rumor exagere los hechos. A nuestro parecer, según se desprende de una información recién recibida, el arconte de Olbia ha permitido que una guarnición macedonia tomara la ciudadela, aunque quizá la hayan tomado por sorpresa.

Se alzaron rumores, primero entre los oficiales de la caballería de Pantecapaeum y luego entre los sakje. Kineas levantó la voz y prosiguió:

—Es posible que ahora mismo haya una orden del arconte en ruta hacia este campamento exigiendo que su parte del ejército regrese a casa.

Buscó sin darse cuenta los ojos de Srayanka. Sus oscuras cejas estaban juntas como si fueran una sola. El rey agitó su fusta.

—¿Y qué van a hacer los hombres de Olbia? —preguntó . Kineas hizo una reverencia.

—Necesitamos unos días para decidirlo.

Lo había explicado en privado, en cuanto el rey se hubo levantado, y luego también a Srayanka. Eligió sus palabras con cuidado, pero ninguno de los dos le sonrió. La atmósfera del consejo era pesada y fría. Ahora muchos hombres nuevos y algunas mujeres tenían su sitio: los caudillos de los clanes occidentales y los extranjeros sármatas, hombres y mujeres, altos y apuestos procedentes del este con semblantes reservados, que habían acudido al consejo luciendo sus armaduras.

Kam Baqca habló con cautela. Tenía los ojos muy abiertos y las pupilas enormes, como si le hubiesen dado un golpe en la cabeza o acabara de despertarse. Parecía

tener dificultades para enfocar, y su cuerpo se contorsionaba a cada tanto, como si lo habitara una serpiente gigante.

—¿Acaso pensáis —preguntó con cuidado en medio de un silencio mortal que los sakje deberían dejar que os marcharais si vuestro arconte se propone hacer la guerra contra nosotros?— Hundió súbitamente la cabeza en el pecho y volvió a erguirla de golpe, con los ojos clavados en el rey—. Esto no lo había visto —dijo.

Kineas habló acallando la primera reacción enfadada de sus propios oficiales a la velada amenaza de Kam Baqca.

—Lo que pido es tiempo para resolver esta crisis a nuestra manera. Amenazas, promesas, censura: nada de esto ayudará a los hombres de Olbia a lidiar con su propio sentimiento de traición y con sus profundos temores por su ciudad. Suplico a este consejo y al rey un ejercicio de paciencia, no sea que nuestra alianza, que ya ha sido bendecida con una victoria, se disuelva.

El rey hizo un gesto brusco a Kineas para que desistiera. Antes de que tuviera ocasión de hablar, el sármata que lucía mejor armadura se levantó de su asiento y habló. Habló deprisa, en la lengua sakje con un marcado acento, y Kineas captó poco más que su enfado.

El rey escuchó atentamente y luego dijo el consejo:

—El príncipe Lot habla en nombre de los sármatas. Dice que han venido lejos, lejos de sus tiendas en el gran mar de hierba, y más lejos aún de la reina de los masagetas, que también imploraron sus lanzas en Bactria. Dice que han venido para encontrarse con un puñado de aliados extranjeros dispuestos a desertar y someterse a Macedonia, y se pregunta en voz alta si yo soy un rey fuerte.

El rey se puso de pie. La campaña contra los getas le había endurecido. No había furia adolescente en él, sólo fría concentración. Habló en sakje, y Kineas le entendió bastante bien, y luego habló en griego.

—Yo soy un rey fuerte. He aplastado a los getas, que llevaban diez generaciones asaltando a mi pueblo. Logré esta victoria con la ayuda de los hombres de Olbia, y esa hermandad no será dejada de lado así como así.

Miró a Kineas. Kineas interpretó muchas cosas en esa mirada. El chico estaba poniendo su realeza por encima de su deseo por Srayanka, una vez más. Prosiguió.

—Concedo a los olbianos cinco días para que tomen su decisión, y entonces nos reuniremos de nuevo en consejo. Mientras tanto, ordeno que comiencen las acciones contra el ejército macedonio. Zoprionte se encuentra a dos estadios de aquí. Tardaré al menos una semana en alcanzar la orilla del gran río. Para entonces, todos los asuntos relativos a Olbia y su arconte ya se habrán resuelto.

El rey se sentó. Nunca había parecido menos joven ni más plenamente un rey. Srayanka le sonrió, y Kineas tuvo que tragar bilis. Se le ocurrió preguntarse qué era, exactamente, lo que Srayanka deseaba en un hombre. ¿Sería poder?



La idea era fruto de los celos, e impropia de ella.  
Pero la púa se le quedó clavada.

El ejército de Marthax regresó con el resto de los olbianos y todos los demás veteranos de la campaña contra los getas. Los Manos Crueles de Srayanka llegaron al campamento entre gritos de victoria. Kineas los observó a cierta distancia; vio a Srayanka saludar a Parshtaevall, así como al rey dar la bienvenida a Marthax, y también vio las discretas celebraciones de los sakje. Por primera vez en todo el verano, no obstante, estuvo separado, distante, y no fue bienvenido. Y en cuanto hubieron llegado y celebrado, volvieron a marcharse otra vez. Kineas vio a Srayanka llevarse del campamento a los Manos Crueles tres días después de su regreso.

Antes de marcharse se acercó a él. Kineas llevaba días sin tocarla, y no había hablado con ella más que en el consejo. Srayanka señaló con su fusta a los grupos de olbianos reunidos en torno a las hogueras.

—Arregla esto; está entre nosotros.

Kineas trató de cogerle la mano. Ella frunció el ceño, negó con la cabeza, dio la vuelta a su caballo y galopó hasta la cabeza de su columna, y Kineas sintió un aguijonazo de rechazo, y rabia.

Detrás de Kineas, los hombres hacían comentarios; los veteranos de la campaña contra los getas contaban a sus compañeros cómo estaban las cosas entre su comandante y doña Srayanka. Kineas la emprendió con ellos, despiadado, castigando a diestro y siniestro.

Fue ruinoso para la moral de la tropa. Para cuando las lanzas de Menón aparecieron en la orilla oriental del río, quienes permanecían en el campamento, griegos y sakje por igual, aguardaban las noticias como quien aguarda la caída de un rayo.

Menón llegó encabezando la falange de Pantecapaeum, con la falange de Olbia unos pocos estadios detrás. Kineas cabalgó a su encuentro en cuanto identificó los destellos de sus lanzas. En cuanto comenzaron a hablar se hizo patente que las noticias que traía Menón sobre Olbia estaban atrasadas: había salido de una ciudad dedicada a la guerra.

Kineas se llevó a Menón a un aparte en cuanto tuvo ocasión, le puso una copa de vino entre las manos y lo sentó en una banqueta.

—Tenemos motivos para creer que el arconte vendió la ciudad a Macedonia uno o dos días después de tu partida —dijo.

Menón se atragantó con el vino, escupió al fuego y luego bebió un sorbo.

—Cabrón. Hijo de puta. Catamita castrado. —Se acabó el vino—. Estamos jodidos. Se irán todos a casa.

Kineas negó con la cabeza.

—Démosles la noticia esta noche. Mañana todos los hombres de Olbia se reunirán en asamblea.

—Por Ares, será el caos, Kineas. Y habrá deserciones. De esto decirlo; amo a estos hijos de puta, pero los conozco muy bien. —Menón sacudió la cabeza—. Cabrón, pederasta. Esperó a que nos fuéramos y luego entregó la ciudadela a Zopriente.

Kineas enarcó una ceja.

—¿Esperabas otra cosa? Yo no. Ahora veremos lo que hemos hecho.

Menón volvió a sacudir la cabeza.

—Escucha, camarada. Somos soldados viejos; mercenarios, hombres sin amo, exiliados. Sabemos que la pérdida de tu ciudad es un trago amargo, pero al final, nada. Una ciudad es una ciudad. ¿No? Ellos no lo saben. Se sentirán como si sus dioses hubiesen muerto. Y volverán arrastrándose ante el arconte y jurarán cualquier cosa que les exija con tal de recobrar su ciudad.

Kineas miró el avance de la columna.

—Hacen buena facha —dijo.

—¡Es que son buenos, hijo de tu madre! —exclamó Menón con más orgullo que enfado—. Han entrenado todo el invierno y han marchado hasta aquí como..., como espartiatas. Se han esforzado como mulas y les gusta. Casi todos son hombres maduros que están disfrutando de un último verano de juventud. Lucharán como héroes —dijo con desánimo—, si es que deciden luchar.

Kineas le dio una palmada en el hombro.

—¿No es así como debería ser? —dijo—. Los hombres sólo deberían luchar si han votado para hacerlo.

—Pasas demasiado tiempo con ese puñetero espartano —masculló Menón—. Si alguien me paga para luchar, lucho. No hago demasiadas preguntas.

Kineas le miró a los ojos.

—Así es como ambos acabamos trabajando para el arconte —dijo—. A partir de ahora, me parece que haré más preguntas.

Por la noche, León, el esclavo de Nicomedes, llegó al campamento tras haber corrido día y noche desde la ciudad. Traía noticias.

Kineas, que evocaba un sueño lleno de humo y monstruos, andaba hecho un lío mientras iba a la tienda de Nicomedes. León parecía un hombre de arcilla; estaba literalmente rebozado en barro pálido del río, y olía a barro.

Nicomedes pasó a Kineas y Filocles sendas copas de vino.

—Mal asunto —dijo—. Cuéntales, León.

León bebió de su copa.

—Cleomenes hizo que los celtas asesinaran a Cleito anteayer —dijo. Se frotó la cara con las manos como hace un hombre cuando procura mantenerse despierto, y del rostro se desprendieron grumos de barro como si realmente fuese a deshacerse ante

sus ojos—. Se ha puesto al mando del resto de los hippeis.

Kineas golpeó el puño derecho contra la mano izquierda.

—¡Por Zeus! De todas las vilezas... —Apuró su copa—. ¿Qué hay del arconte?

Pensamientos e imágenes bullían en su mente. La traición del arconte le causó honda impresión, por más que la hubiera previsto.

León negó con la cabeza. Nicomedes vertió más vino sin aguar en su copa.

—Es peor de lo que imaginas. Nadie ha visto al arconte. Cleomenes ha tomado el poder y ha entregado la ciudadela a una guarnición de Tracia.

—Amarayan da las órdenes en la ciudadela —dijo León—. Hace diez días que nadie ve al arconte, desde que vino la guarnición. Saquearon de un gran barco mercante, y para cuando Cleito se enteró y hubo reunido a los hippeis, ya se habían instalado en la ciudadela.

—¿Cuántos son? —preguntó Kineas.

—Unos doscientos —especuló León—. Es difícil saberlo; no han bajado a la ciudad. En realidad, sólo vigilan las puertas y la ciudadela; no patrullan las murallas. —Agachó la cabeza—. Cleito quería echarlos con sus hippeis y algunos ciudadanos que quedaron atrás. Fue entonces cuando Cleomenes mostró su mano e hizo asesinar a Cleito. —Miró a Nicomedes—. Estás exiliado. La ciudadanía de Kineas y Menón ha sido revocada. El ejército de la ciudad es reclamado. Han confiscado todos nuestros dioses.

—¿Cómo te libraste? —preguntó Kineas. Fue más brusco de lo que se proponía, pero no estaba de humor para andarse con lindezas. León le miró a los ojos.

—Soy un esclavo —dijo—. Salí por las puertas mezclado con la muchedumbre del mercado, cogí un caballo en la granja de Gamelios y cabalgué sin parar. —Se encogió de hombros—. Cuando vi a los macedonios, bajé al lecho del río y seguí a pie.

Nicomedes puso su mano en el cuello de León, que estaba sentado.

—Ahora eres un hombre libre —dijo.

León levantó la vista, sorprendido.

—¿Puedes permitirte liberarme? —preguntó—. Soy bastante valioso. —Luego se echó a reír, pese a todo—. Por todos los dioses, ¿lo dices en serio, señor?

Nicomedes se apartó la clámide del hombro y se retorció la barba con los dedos.

—¿Por qué no? Solía ser el hombre más rico de Olbia. Ahora duerme un poco. —Miró a Kineas—. He pensado que tenías que saberlo enseguida.

Kineas alzó su copa sin decir palabra para que le sirviera más vino sin aguar. Filocles sacudió la cabeza.

—Pensaba que sería el arconte —dijo adormilado—. O tú, Nicomedes.

Nicomedes encogió los hombros con una expresión apenada.

—Podría haber sido yo..., después de encargarnos de Zopronte.

Filocles asintió.

—Tenemos serios problemas. Cleomenes sabe exactamente cómo hacernos daño.

—Sí —asintió Kineas, y se frotó la mandíbula como un boxeador que acaba de encajar un duro golpe.

El día siguiente amaneció rojo, anunciando mal tiempo para horas después. Kineas reunió a todos los hombres de Olbia en un gran hemiciclo, recreando adrede el lugar donde se reunía la asamblea en la ciudad. Kineas y Nicomedes habían traído para que el terreno de la asamblea resultara lo más familiar posible.

Fue una curiosa asamblea porque, por una razón u otra, todos los hombres, hoplitas e hippeis, llevaron sus lanzas y ocuparon su sitio apoyados en ellas, de modo que la asamblea era un bosque de brillantes puntas de lanza bajo la luz rojiza de la mañana.

Primero salió Eladio, un sacerdote de Apolo, que ofició un sacrificio en nombre del dios y declaró el día favorable, tal como lo habría hecho en Olbia. Se mostró solemne, y el vapor que emanó de la sangre del cordero sacrificado bajo la luz roja del alba pareció subir flotando directamente a los dioses.

Después de Eladio, Nicomedes anduvo a grandes zancadas al centro de la asamblea y habló. Se plantó en medio del hemiciclo portando su espada como todos los demás hombres presentes. Aquella mañana no parecía un lechuguino.

—Hombres de Olbia —saludó—. ¡Conciudadanos!

Prosiguió su alocución contando la historia de la guerra, desde su inicio ante las exigencias de Zoprionte. Enumeró cada una de las votaciones que habían efectuado: la concesión de ciudadanía a los mercenarios, los subsidios económicos al arconte para que dispusiera de más hombres, más armas, armaduras, caballos, más mercenarios. El tratado con el rey de los sakje y el tratado con la ciudad de Pantecapaeum. Si su alocución fue árida o aburrida, ninguno de los presentes dio muestras de ello. Permanecieron apoyados en sus lanzas, rezongando cuando no les gustaba la cuestión que planteaba o mostrando su acuerdo con gritos de «Es verdad» y «Tienes razón» cuando consideraban que Nicomedes daba en el clavo.

Nicomedes los condujo hasta el final. Cuando llegó a la presencia de la guarnición en la ciudadela, gruñeron consternados y las puntas de las lanzas se movieron como briznas de hierba mecidas por el viento. Y luego les habló de la proclama y de la amenaza de exilio, y sus voces se alzaron en torno a él hasta que no pudo hacerse oír. Miró a Kineas, se encogió de hombros y bajó del estrado.

Kineas hizo una seña a Niceas y el hipereta tomó aire y tocó una única nota con su trompeta de caballería. Luego se adelantó hasta situarse en medio de la multitud.

Su presencia fue recibida con algunas muestras de descontento. Nicomedes era el tipo de personaje público al que estaban acostumbrados; Nicomedes pronunciaba un discurso ante la asamblea sobre cada uno de los temas que se sometían a debate.

Kineas era un mercenario a quien había otorgado la ciudadanía. Un extranjero de Atenas. Y, como hiparco, el capitán de la elite social y económica de la ciudad. Pero su reputación militar le resultaba muy útil, y recibió un silencio puntuado sólo por un puñado de quejas, imprecaciones y conversaciones.

—Hombres de Olbia —comenzó—. Me presento ante vosotros siendo casi un desconocido y, no obstante, vuestro capitán en la guerra. He participado en vuestra asamblea en muy pocas ocasiones y, sin embargo, voy a atreverme a dirigirme a ésta como si fuese un viejo ciudadano, como si fuese Cleito, o Nicomedes, o alguna otra voz que estéis acostumbrados a oír. Según el tirano de Olbia, sea quien sea a fecha de hoy, ya no soy ciudadano.

Kineas señaló hacia el campamento, los caballos, los carro matos y las manadas de los sakje.

—Aprendamos la lección de Anarquiso el Escita —dijo Kineas—. Vosotros sois la ciudad. Vosotros, los ciudadanos, sois la ciudad. Las murallas y la ciudadela no son nada. No tienen derecho a voto en la asamblea. Ninguna piedra hablará en defensa del arconte o de Cleomenes. Ninguna casa le proclamará rey o tirano. Ningún tejado hablará para votar una ley en su favor. Ninguna estatua se levantará para defender al arconte. No seáis esclavos de vuestras murallas, hombres de Olbia. Vosotros sois la ciudad. ¿Votaréis para continuar lo que habéis comenzado?

»Vosotros, no el arconte, tenéis la ciudad en vuestras manos: vosotros tenéis el poder de hacer la guerra o la paz. La presencia de una guarnición en nuestra ciudadela tiene tanta importancia para vosotros como la presencia de un ladrón en vuestra tienda o de ratas en vuestro granero. Es algo de lo que deberemos ocuparnos cuando regresemos de esta guerra.

Silencio. El graderío improvisado en la ladera estaba tan acallado que se oía relinchar a los caballos de las manadas del rey.

—Nicomedes acaba de relataros cómo esta asamblea votó cada paso de esta guerra. Vosotros no sois los agresores. ¡Vosotros no habéis marchado con lanzas y fuego sobre la tierra de Macedonia para quemarla ni habéis enviado poderosas flotas a efectuar incursiones en sus costas y a secuestrar a sus mujeres! —Su uso de un lenguaje que parodiaba al homérico y lo absurdo de la imagen, Olbia lanzando una guerra agresiva contra Macedonia, suscitó la risa del público—. Vosotros buscasteis la paz y sólo sancionasteis la guerra cuando Zoprionte dejó claro que no aceptaría la paz.

Kineas hizo una pausa, recobró el aliento y, cuando volvió a hablar, su voz fue desapasionada y serena pero segura.

—Zoprionte está perdiendo esta guerra —sentenció.

Se alzaron cien voces, las de los hombres que habían cabalgado hacia el norte y el oeste para luchar contra los getas. Kineas levantó una mano.

—Muchos de vosotros cabalgasteis al norte para hablar aquí, o en cualquier otra parte, de la aplastante derrota de los aliados bárbaros de Zoprionte. Pero ha habido otros conflictos. Los hombres de Pantecapaeum encontraron a la escuadra macedonia y la destruyeron. Ahora mismo están patrullando el Helesponto, atentos a cualquier barco macedonio lo bastante osado como para aventurarse al norte de Bizancio. Ahora mismo, nuestros aliados, los sakje, están hostigando el avance de Zoprionte, matando a sus avanzadillas, acercándose a ellos por la noche para atacar con flechas sus campamentos y matar a los hombres que se apartan del círculo de hogueras para ir a orinar.

»Zoprionte ha establecido una docena de fuertes entre aquí y Tomis. Ha dividido sus fuerzas una y otra vez para asegurarse un paso por la fuerza a través del mar de hierba y ahora, cuando su sino está cerca y los cascos de los sakje resuenan en sus sueños, el Tirano de Olbia declara que deberíamos ponernos las lanzas al hombro y regresar a casa con el rabo entre las piernas o enfrentarnos al exilio. El Tirano nos ha traicionado. Igual que los tiranos de todas partes, cree que su palabra puede doblegar la voluntad de cualquier hombre, y como tirano que es, da sus órdenes sin consultarlos.

Kineas no tenía muy claro si sus palabras estaban surtiendo el efecto deseado. Sus ojos buscaban rostros conocidos; Ajax y Leuconte, y los jóvenes de su generación, que eran los que tenía más cerca, ya estaban plenamente de acuerdo con él, pero ¿y los hombres de más edad que ocupaban las filas de detrás? Y Eumenes estaba solo, con los ojos enrojecidos. Hoy, pese a su belleza y su heroísmo, se hallaba sin amigos.

Demasiado tarde para preocuparse de eso.

—Hoy, nosotros, aquí, somos la ciudad de Olbia. El arconte, o Cleomenes, o quienquiera que ahora ostente el poder en la ciudad, ha desvelado mediante esta proclama que es un tirano. —Kineas levantó un brazo y gritó—: ¡Es un tirano! —Y la asamblea respondió con gritos y aclamaciones. Comenzó a sentir que se estaba haciendo con ellos—. ¡Sus leyes no tienen validez! ¡Su proclama no vale nada! El Tirano de Olbia puede sentarse en su ciudadela con su guarnición macedonia y proclamarse a sí mismo Gran Rey de los Medos y Señor absoluto de la Luna. ¡Aquí, aquí y ahora, están los huesos y los tendones de Olbia! Si permanecemos al lado de los sakje podemos destruir a Zoprionte, y luego marchar a casa y ocuparnos de las ratas de nuestro pesebre sin prisas ni trabas. O podemos meternos las lanzas entre las piernas y arrastrar nuestros culos a Olbia y proclamarnos esclavos. Haced vuestra voluntad: sois hombres libres.

Hubo un silencio, y luego Eumenes se adelantó, apoyándose en su lanza como un anciano. El gentío se apartó a su paso como si estuviera apestado. Kineas se hizo a un lado con deferencia y el joven levantó la voz.

—Mi padre —dijo— es un traidor. El arconte es un traidor. Y yo pienso quedarme

a luchar con los sakje, votéis lo que votéis.

Se dio la vuelta. Kineas le tendió la mano, pero él volvió la cara y se dirigió de nuevo a su sitio. Kineas se alegró al ver que Ajax le seguía.

Otros hombres hablaron. Ninguno de ellos aludió directamente al arconte, pero hubo quienes cuestionaron su derecho a reunirse en asamblea y votar, abogados militares de lo más ordinario, y otros que deseaban marchar sobre la ciudad de inmediato y arrebatársela al arconte.

Kineas se mantuvo firme, agarrando con fuerza el puño de bronce de su lanza. Percibía la inminente lluvia en el aire y la vibración de una distante tormenta de verano. Dejó de escuchar a los hombres porque...

*... era una lechuza que sobrevolaba el mar de hierba, y se alejaba del sol hacia las nubes que se alzaban como pilares sobre el avance de las huestes macedonias, cuya polvareda se alzaba como otro pilar, un pilar feo y marrón.*

*A los pies del monstruo de polvo y hombres, los sakje se esforzaban sin tregua, cabalgando en pequeños grupos de asalto que arremetían un a y otr a vez. Buscó a Sr ayan ka, pero desde aquella altura los jinetes eran puntos en el mar de color verde.*

*Estaban muy cerca, no obstante. Cerca, y la tormenta estaba apunto de estallar.*

Gritos de júbilo le hicieron volver a la realidad. Ni comedes felicitó a Kineas estrechándole ambas manos y dándole un abrazo. Leuconte y Ajax, y otros hombres que no conocía tan bien, se apearon a su alrededor. Muchos de ellos estaban profundamente conmovidos; un hombre alto lloraba abiertamente y otros estaban al borde del llanto o roncós de tanto gritar. Incluso Menón estaba emocionado. Gruñó y sonrió antes de recobrar la compostura.

Kineas y Nicomedes estaban en medio de más de mil hombres, zarandeados por la tormenta de felicitaciones.

—Parece que hemos arrasado —dijo Kineas. Mientras contemplaba la escena, sintió que la emoción de aquellos hombres le estaba afectando: tenía un nudo en la garganta, los ojos le escocían.

Nicomedes puso los ojos en blanco.

—Mi querido hiparco —dijo—. Tal vez seas el hombre indicado para tender una emboscada o encabezar una carga de caballería, pero no sabes gran cosa sobre cómo manejar una asamblea. Si hubieses hablado el último, quizá te habrías dado cuenta, pero no ha sido así. Tal como han ido las cosas —Nicomedes encogió los hombros—, sólo me he preocupado una vez.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Kineas a voz en cuello.

—El sacrificio —gritó Nicomedes—. El viejo loco de Eladio es insobornable. Un



mal augurio nos habría hundido. Aparte de eso, tenías razón, hiparco, al contarles la situación varias veces y con antelación. Si esta traición nos hubiese pillado por sorpresa, repentinamente..., me estremezco sólo de pensarlo. Pero preparados, con tiempo para refunfuñar y beber un poco de vino..., no han titubeado lo más mínimo.

—Gracias a los dioses —dijo Kineas—. Tengo que ir a ver al rey.

Nicomedes asintió.

—Sin duda. Pero, Kineas, ¿me permites un consejo? Cuan do esta guerra haya acabado, nuestro mundo cambiará. El Tirano tendrá que ser depuesto. Y tendremos que tener nuevas maneras de hacer las cosas. El modo en que actúes con el rey, con todas nuestras relaciones, establecerá la senda a seguir para la siguiente generación de hombres que gobierne en las ciudades del Euxino. No corras en su busca como si fuese nuestro patrón. Actúa como un igual. Procura no parecer un ansioso suplicante ante él: envíale un mensaje para comunicarle nuestro pleno apoyo, dile que lo hemos acordado en asamblea sin necesidad de escrutinio, tranquiliza sus ánimos. Pero hazlo mediante un mensaje para que los olbianos vean que no bailamos al son de su música: somos aliados, no súbditos.

Kineas miró a Nicomedes con dureza, pues pensaba que tal actitud podría deteriorar la alianza. Nicomedes sacudió la cabeza.

—Puedes mirarme con tanta furia como quieras. Una asamblea plenipotenciaria, una asamblea que acaba de rechazar la tiranía, es un animal poderoso, peligroso.

Kineas torció el gesto.

—No me gusta —dijo. «Bastante se interpone ya entre el rey y yo.» Pero hizo una seña a Ajax.

Ajax llevó el mensaje al rey y regresó. Una banda de Lobos Pacientes llegó al campamento con sillas vacías y muchos heridos. Un escuadrón de nobles sármatas, con armadura de la cabeza a los pies, partió hacia el oeste en formación cerrada.

Kineas se encontró con que estaba de pie en la portezuela de su carromato, observando el fuerte del rey, deseoso de que enviara a alguien a buscarle. Ansiaba tener noticias. Y su sueño, su ensoñación, le decía que el peligro estaba cerca.

Filocles se acercó limpiándose las manos con un trapo. Llevaba el pelo limpio y la piel recién untada de aceite.

—He hecho un sacrificio a todos los dioses —dijo Filocles.

—Es un buen día para saludar a los dioses —asintió Kineas con los ojos clavados en el campamento del rey—. Me parece que Diodoro está haciendo lo mismo.

Filocles se sentó en la escalerilla del carromato y se dispuso a limpiar con una navaja la sangre del sacrificio que tenía debajo de las uñas. Asintió con aire ausente ante la mención de Diodoro y dijo:

—¿Cuándo entramos en batalla?

—¿Sí? —preguntó Kineas. Había malinterpretado la intención de Filocles—. Será diferente en la batalla. Los sakje tienen algo de caballería pesada. Me sorprendió lo bien armados que van, y ya viste a los sármatas: son como hornos de ladrillos a lomos de sus caballos. Pero no tienen nuestra capacidad de maniobra. —Miró a Filocles y vio que había errado el tiro—. Esto no es lo que querías saber, ¿verdad? —dijo en tanto avergonzado.

Filocles negó con la cabeza.

—No. Es bastante interesante, pero no. ¿Dónde mueres? ¿Te importa que haga algo para impedirlo?

Kineas frunció el entrecejo y luego sonrió.

—Creo que me estoy acostumbrando a la idea. Se ha convertido en un hecho central de mi existencia y, sin embargo, es como un peso que me he sacado de encima. Sé la hora de mi muerte, sé que vamos a triunfar. Casi parece un intercambio justo. —Se encogió de hombros porque no había explicación para lo que sentía: fatalismo—. No me preocupa tanto como antes —añadió, confiando que sonara como una broma.

Filocles se puso rojo y los ojos le echaron chispas, y golpeó la cama del carromato con el puño con tal fuerza que todo el carromato tembló.

—¡Y una mierda! ¡Déjate de sandeces, hiparco! No tienes por qué morir. Siento un profundo respeto por Kam Baqca, pero sus trances son fruto de drogas, de esas semillas que todos llevan encima. Lo dije y lo repito: ha previsto su muerte, y eso empaña todos sus sueños. —Hizo una pausa, tomó aire—. Dime dónde mueres.

Kineas suspiró. Señaló hacia el vado.

—No es aquí, pero el sitio se parece mucho. Tendría que haber un árbol grande en la otra orilla y una playa con madera arrastrada por la corriente, también en la otra orilla. Grandes maderos, troncos de árbol enteros. Eso es lo que recuerdo.—Encogió los hombros—. En realidad no he inspeccionado el terreno.

Filocles parecía un toro a punto de embestir, respiraba pesadamente por la nariz, enfadado, o frustrado, o ambas cosas.

—No has inspeccionado el terreno. ¿Crees que la batalla será aquí?

Mirando por la portezuela del carromato, Kineas vio a Eumenes y a Niceas hablando con un tercer hombre, un hombre fornido. Niceas hizo un gesto hacia Kineas. Kineas vio que el tercer hombre era el herrero sindón. Se sirvió una copa de vino. Hizo un ademán silencioso a Filocles, que asintió, y mientras contestaba llenó otra copa de vino para el espartano.

—Creo que será aquí, sí. El camino viene hasta este vado, y este vado es el mejor en estadios; decenas, cientos de estadios. El rey me lo ha asegurado.

Aun antes de terminar de decirlo, Kineas ya estaba considerando la veracidad del aserto. No lo había comprobado. Tendría que estar explorando el terreno por su

cuenta. Los sakje eran espléndidos jinetes pero no soldados profesionales, y ya había constatado la diferencia entre sus dotes de observación, excelentes, y los informes de sus exploradores, lamentables. Su propio sentido del fatalismo estaba minando su competencia profesional.

Filocles tomó el vino.

—Entonces qué, ¿Zoprionte marchará hasta el río, verá nuestro campamento y obligará a sus tropas a cruzarlo?

Kineas vio que Niceas y el herrero caminaban colina arriba hacia el carromato.

—Dependerá de lo malparado que salga las próximas semanas. Del espíritu que motive a sus ejércitos. Creo que marchará hasta el vado y acampará, dejando un buen contingente para bloquearlo. Así se verá libre de incursiones nocturnas y sus hombres podrán dormir; y si los sakje los han hostigado durante una semana, ese sueño será muypreciado. Una vez que sus hombres y los caballos hayan descansado un día o dos, ordenará el avance.

—¿Directo a través del vado? —preguntó Filocles.

—Alejandro, o mejor Parmenio, tenían dos maneras de plantear esto. Una consistiría en forzar la travesía con la caballería y luego usarla para cubrir a los taxeis cuando cruzaran. —Kineas sonrió con rapidez—. Eso no daría resultado contra los sakje. Si Zoprionte lo intenta, será derrotado enseguida. Así que me inclino a pensar que optará por el segundo método: enviar a los taxeis con una coraza de escudos, subir a nuestra orilla, y luego hacer pasar a los caballos contando con la protección de las picas.—Kineas asintió para sí mismo—. He visto hacerlo. Tiene el encanto añadido de desmoralizar al enemigo: cada unidad que cruza y forma en línea parece otra puntada de un tejido que va creciendo.

Filoclesapuró su copa de vino.

—En tal caso, ¿todo dependerá de que Menón repela a los taxeis en el río?

Kineas negó con la cabeza.

—No. Si me salgo con la mía, dejaremos que cruce sin oponer resistencia. Dejaremos que tome nuestro campamento.

Filocles asintió lentamente.

—¿Es posible que en el fondo seas más sakje que griego? ¿Acaso la pérdida de tu campamento no es la humillación suprema?

Kineas sacudió la cabeza.

—La esclavitud y la derrota son la humillación suprema. Aunque sí, en esto soy más sakje que griego.

Filocles reparó en los tres hombres que se aproximaban.

—Quieren hablar contigo. Escúchame, pues: quiero luchar a pie, con la falange. Apenas sirvo de nada en la silla, y si vas a sacrificarte por la gloria, me niego a presenciarlo. —Tenía la voz tomada de emoción. Miró hacia otro lado, se recompuso

y siguió hablando con un tono normal—. Según parece, Menón piensa que podría serle útil para mantener a los más jóvenes en formación.

Kineas sospechaba que aquello se debía a los nervios previos a la batalla. Incluso los espartanos sucumbían. Apoyó una mano en los músculos de hierro del hombro de Filocles.

—Lucha donde quieras. Te juro que no tengo intención de sacrificarme. Preferiría vivir.

Pensó en el caballo color de hierro y en los sueños, cada vez más frecuentes. Eran sueños verdaderos. Pero no contaría a Filocles los detalles.

—Raya en el orgullo desmedido, esta asunción del sino. —Filocles dejó su copa con cuidado—. Te lo advierto, si puedo romper esto, este sueño de mal augurio, lo romperé.

Se agarró al nervio de la tienda del carromato y saltó a tierra, casi rozando a Niceas, y se alejó, perdiéndose en el atardecer.

—¿Te acuerdas de Hefastes? —preguntó Niceas, señalando con el pulgar al herrero sindón.

Kineas bajó al suelo con la jarra de vino. La vista se le fue sin querer al fuerte del rey y vio a un hombre que desmontaba agitando febrilmente los brazos. Kineas se obligó a dejar de mirar y ofreció vino aguado a Niceas, luego a Eumenes, cuyo rostro había envejecido diez años en un día, y finalmente al herrero.

El herrero cogió la copa de vino y la dejó con cuidado en el suelo.

—Convertido en hombre de ti —dijosin más preámbulo.

Kineas frunció los labios y sacudió la cabeza.

—Dilo otra vez —dijo en sakje.

El herrero asintió.

—Mi aldea está destruida. No tengo familia. Juraré gutyramas a ti.

Kineas miró a Eumenes.

—No conozco esa palabra.

Eumenes sacudió la cabeza.

—Algunos de nuestros granjeros ocupan tierra mediante gutyramas. Es más que una tenencia; casi como unirse a una familia. Un vínculo de lealtad, no sólo un acuerdo económico. —Eumenes encogió los hombros—. Con esta obligación, los granjeros son mejores trabajadores y al mismo tiempo más exigentes. Pleitos, dotes... Como digo, sienten que son parte de la familia, como si fuesen primos adoptados.

Kineas extendió las manos.

—No tengo tierra que darte, herrero. No poseo ninguna.

El herrero se rascó el cogote.

—Nosotros hombres arruinados —dijo, y señaló colina abajo a los demás refugiados sindones venidos del norte—. Algunos de nosotros, los Manos Cruelles

aceptan; otros, hombres de ningún hombre son. Sin familia, sin granja. Se fueron, con el humo.—Levantó la vista y miró a Kineas a los ojos—. Me toman para jefe. ¿Sí? Yo no tengo nada. Lo ofrezco, y ellos, de ti. Para mí, busco la muerte, pero para ellos, busco la vida. ¿Estoy hablando para que me oigas?

Kineas asintió, deseando tener a su lado a Ataelo, pero Ataelo estaba persiguiendo su sueño de una manada de caballos con Srayanka y los Manos Crueles.

—¿Podemos alimentarlos? —le preguntó a Niceas.

—¿A cincuenta hombres? Confío en que sí. ¿Qué haremos con ellos? ¿Servicio de campamento? Tenemos de sobra —dijo Niceas enarcando una ceja.

Kineas asintió. Señaló al herrero.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Temerix —dijo, y luego frunció el ceño.

—Es la forma sindona de Hefaestes —apuntó Eumenes.

—Pues ven conmigo —dijo Kineas. Por fin, una excusa para ir a ver al rey.

Subió la colina hasta el fuerte de carromatos del rey, seguido por Temerix y Niceas. Nadie les impidió el paso en la entrada del fuerte, donde el rey, sentado en la trasera de su carromato, estaba enderezando flechas con Marthax. Kam Baqca estaba sentada en la hierba, en medio de sus faldas de cuero, tomando sorbos de té.

—¡Kineas! —dijo el rey poniéndose de pie. Su placer no tuvo nada de fingido.

Kineas se detuvo, hizo el saludo militar y luego condujo al herrero hasta el rey. Explicó la situación en pocas palabras, y el rey le observó atentamente, y luego hizo una serie de preguntas breves al herrero en sindón sin acento.

El herrero contestó son monosílabos.

El rey se volvió hacia Kineas.

—Si haces esto, puedes provocar tensiones con los Manos Crueles: ésa es su gente. A mí me parece que han dejado que se cuelen por las grietas de la vasija mientras proseguían con la guerra. Este hombre dice que rescataste a su banda, y quiere hacerte su juramento. —El desagrado del rey era obvio—. Si dejas que te haga el juramento, te convertiré en señor —dijo—. No estoy seguro de estar dispuesto a convertirte en señor, y sospecho que hacerlo sería una afrenta a mi prima. Srayanka no nos perdonará a ninguno de los dos. Sabiendo eso, ¿aceptarías su juramento y serías su señor?

Kineas negó con la cabeza.

—No deseo ser el señor de ningún hombre.

El rey se quedó claramente sorprendido. Al cabo de un momento dijo:

—Justo cuando creía conocer a los griegos, vuelves a dejarme pasmado. Que tengáis que votar para hacer una guerra que ya tenéis encima; que no tengas inconveniente en tener un esclavo pero no quieras aceptar el juramento de servidumbre de un hombre...

Kineas sostenía la mirada del rey.

—No seré su señor —dijo—. Pondré a sus hombres y a él a mi servicio, como psiloi, les pagaré un salario y les daré cobijo y sustento, pero no aceptaré el juramento de servidumbre de ningún hombre. Y cuando Srayanka regrese, me encargaré de que quienes quieran ser sus siervos lo sean.

El rey asintió y se rascó el mentón. Habló de nuevo en sindón, y al cabo de un rato el herrero asintió. Le tendió la mano a Kineas y éste se la estrechó. Y entonces Niceas se llevó al herrero consigo a buscar un lugar para él y su gente en el campamento para que salieran de la húmeda orilla del río donde llevaban varios días ocultos.

—¿Hay noticias? —preguntó Kineas cuando se hubieron marchado.

El rey miró primero a Marthax y luego a Kam Baqca. Los tres cruzaron miradas, excluyendo a Kineas. Luego se volvieron hacia él los tres a la vez.

—Nos preguntábamos cuánto tiempo permanecerías ausente —dijo el rey.

Kineas cogió una flecha del montón del rey y la levantó hacia el sol. La punta tenía tres cuchillas, cada una maliciosamente curvada por detrás, fundidas en bronce.

—Tengo que interpretar mi papel de hiparco —dijo finalmente—. Lo que hicimos en la asamblea, sus efectos, durarán mucho tiempo. De hecho, depusimos al arconte.

—Que quizá ya esté muerto —dijo Kam Baqca con su curioso griego jónico.

—¿Lo has visto?

—Lo único que veo es el monstruo en el mar de hierba. Pero la gente me cuenta historias.

El rey asintió, y la distancia que Kineas había percibido mientras cabalgaban de regreso tras la campaña contra los getas estaba allí, más profunda, si cabe. Los ojos del rey reflejaban dolor.

—Yo también tengo que actuar. Hoy tengo muertos, Kineas; demasiados muertos. Pues, como tú dijiste, Zopriente ha aprendido enseguida. La caballería tesalia aplastó a los Lobos Pacientes; una simple trampa. Cien sillas vacías, y un clan enojado.

Kineas agachó la cabeza. El rey prosiguió.

—Vuestro tirano ha matado a esos hombres. Si hubieras estado aquí para dar consejo, no habrían salido con tanto entusiasmo, tan a ciegas, la segunda vez.

—O tal vez sí —dijo Marthax encogiendo bruscamente los hombros—. No le des más importancia de la que tiene, señor. Comparado con el daño que les hemos hecho, lo nuestro es una picadura de abeja.

El rey se volvió hacia Kineas.

—Tal como predecías, aprende deprisa. Ahora la barca está en medio de la corriente, ¿me equivoco? Y debo gobernarla hasta que arribe a mi destino o se estrelle contra las rocas. Esta batalla está cerca, ¿verdad? —Los fulminó con la mirada a los dos—. Ahora estoy comprometido en la batalla que tú deseabas.

Kineas no se movió. Miró a Kam Baqca, que revolvió el té de su tazón mirando las últimas hojas que quedaban. Olía los aromas a resina y a pino de la droga en el viento; había un brasero encendido a sus pies. La hechicera levantó la cabeza y buscó sus ojos. Los suyos eran inmensos, profundos y marrones, y en ellos...

*... veía la columna avanzando a través del mar de hierba, mientras él descendía en picado, bajando cada vez más, y alcanzó a ver las bandas de sakje diseminadas alrededor de la columna en varios estadios a la redonda. La columna macedonia avanzaba como la bota de un hombre pateando un hormiguero, pero las hormigas cabalgaban más cerca, más osadas que las hormigas de verdad, y cada hormiga infligía una herida. Pero la visión se desvaneció en otra, y la columna macedonia se convirtió en una serpiente con una cabeza enorme, o en un gusano gigantesco, que se comía cuanto hallaba a su paso y arrojaba detritos por la cola; masticaba sakje y olbianos, trirremes y murallas; excretaba restos de casas quemadas y rastros, tumbas recientes y muertos sin enterrar.*

Y Kam Baqca le hizo una mueca con una mirada muy masculina en su rostro maquillado.

—Es cuanto puedo ver —dijo, con voz lastimera—. ¿Tú también?

—Sí —dijo Kineas—. Ahora me viene aun estando despierto. Kam Baqca asintió.

—Cada vez será más frecuente. Eres un soñador muy dotado.—  
Miró las hojas desuté—. Por primera vez, comienzo a aguardar la muerte con esperanza, pues no puedo soportar ver el monstruo cruzando la estepa: el profanador, el tirano. Todo lo que toca queda contaminado, desnudo, muerto. A mí se me llevará bastante pronto. —Entornó los ojos—. Mi cuerpo será estiércol para el monstruo —susurró.

Kineas miró al rey y a Marthax. Marthax parecía fingir que no había oído nada. El rey apartó la mirada, avergonzado o entristecido.

—Es lo único que puedo ver —dijo Kam Baqca otra vez—. No soy de ninguna utilidad para el rey, y temo decirle algo, no vaya a ser que le meta prisa por iniciar la batalla. He levantado a los espíritus que van a luchar; he hecho lo que podía. Ahora sólo me queda sentarme, beber té y aguardar mi destino.

Kineas asintió.

—Está cerca —dijo. Se encontró con que, pese a todo, deseaba consolarla.

Ella le miró por encima del borde del tazón, y sus ojos lo atrajeron de nuevo. Kineas apartó la vista para no volver a caer en el sueño. El olor de su droga era intenso. Le dijo:

—Kineas, todo está en equilibrio en el filo de un cuchillo.

El rey no le hizo ningún caso y señaló hacia la estepa.

—No lo hemos retrasado tanto como esperábamos. Su vanguardia llegará aquí mañana, o pasado a más tardar.

Kineas asintió. El rey encogió un poco los hombros.

—Desde que comenzamos a hostigarlo, ha forzado la marcha. Su ejército está herido: tal como dice Marthax, lo hemos castigado mucho. Cuanto más rápido avanza, más rezagados tiene; y ningún rezagado vive para ver otro amanecer. Pero ahora avanza deprisa. Un día más; tal vez dos. Lo deja todo atrás con tal de no perder velocidad.

Kineas asintió.

—Será mejor reagrupar a los clanes. Queremos al ejército a este lado del río antes de que Zoprionte cierre el vado.

El rey le lanzó una mirada de enojo.

—Lo hago tan bien como puedo, hiparco.

Kineas hizo una reverencia.

—Déjame ayudar.

La batalla estaba más cerca; una semana más cerca de lo que había esperado. Una semana menos de vida. Cuando se permitía pensar en ello, ni estaba completamente comprometido con la idea de la muerte, ni había considerado detenidamente todas las ramificaciones de su sueño. El campo de batalla, por ejemplo. Si su sueño era exacto, la batalla no se libraría en el Gran Meandro. Aquella idea ya había aparecido en el escenario de su mente con anterioridad, pero esta vez, reciente la visita al rey y llevado por un arrebató de excitación y preocupación, Kineas decidió hacer algo al respecto.

Y el momento para hacerlo era ya. Su batalla estaba al caer, a no más de dos días. Dedicaría una hora para pensar sólo en cómo se desarrollaría la batalla. Filocles había puesto en entredicho sus asunciones, y Filocles llevaba razón.

Llamó a Niceas y le ordenó que fuese a buscar a Herón, el hiparco de Pantecapaeum. Herón había aprendido unas cuantas lecciones con Cleito. Si bien tres semanas no le habían transformado en la imagen de Héctor, si bien todavía no había aprendido a ser cortés, profesional o educado, sí que había aprendido a guardar silencio. Asistía a todas las reuniones de mandos griegos manteniéndose un poco separado de los demás, vacilando un poco antes de hacer comentarios o reír. Era un hombre alto, y destacaba entre ellos, silencioso y, a veces, hosco.

Kineas quería darle un nuevo comienzo y así hacer que mejorara su autoestima.

—Herón —dijo Kineas cuando éste se presentó.

—Hiparco —contestó. Herón con un saludo civil.

Era tan alto que parecía torpe, y sus piernas eran demasiado largas para tener buen aspecto montado a caballo. Y era adusto, quizás una reacción por haber nacido



feo. Cruzó los brazos, no porque estuviera nervioso sino porque eran tan largos que algo tenía que hacer con ellos. Kineas, que era demasiado bajo para ser considerado realmente apuesto, sintió cierto compañerismo por aquel muchacho desgarbado. Había algo en Herón que inducía a pensar que, pese a su actitud, cuando le ponían a prueba no se le encontraban deficiencias.

Después de ofrecerle vino, Kineas fue directo al grano.

—Necesito que se explore el río, al norte y al sur. Los sakje me dicen que no hay más vados en cien estadios; me gustaría comprobarlo por mí mismo. Voy a darte los mejores exploradores de cada escuadrón. Primero id hacia el sur; la mayor calamidad, en este momento, sería que Zoprionte se situara entre nosotros y Olbia.

Kineas hizo una mueca al hacer ese comentario. Con la traición del arconte, si Zoprionte lograba colarse al sur de su posición, su ejército podría descansar en Olbia, recibir suministros y marchar río arriba sin trabas. Se le había ocurrido que Zo prionte quizá marchara directamente sobre Olbia, confiando en el transbordador de la desembocadura del río para que su ejército cruzara y desde allí dirigirse a la ciudad.

Ésa era una posibilidad para la que Kineas y el rey no tenían previsto ningún plan. Kineas se pasó la mano derecha por la frente y por la nariz, suspiró y levantó la vista hacia Herón, que guardaba silencio.

—Hay que explorar el río hacia el sur hasta el meandro de la arboleda. Haz que tus hombres prueben el agua, que la miren con detenimiento. No podemos permitirnos una sorpresa. En cuanto hayáis peinado el sur, regresad aquí y continuad por el norte.

Herón se irguió.

—Muy bien. —Saludó con poco garbo—. Entiendo que me envías desde el campamento. ¿Dónde encuentro a esos exploradores selectos?

Kineas hizo una seña a Niceas.

—Crax, Sitalkes, Antígono y veinte más que tú elijas, Niceas.

Y Likeles; con Laertes como hipereta en funciones.

A Niceas le temblaron las cejas.

—Sí, hiparco —dijo, con un asomo de descontento en la voz.

—Herón, esta tarea es vital. Hazla bien. Escucha a Likeles y Laertes. Cabalgad como el viento. Tengo que saber que mi flanco está seguro antes de que anochezca mañana.

Herón saludó.

Nada en él traslucía que estuviera contento de que le hubieran encomendado una misión importante, como tampoco reveló ningún indicio de insubordinación. Se marchó, con la espalda muy tiesa, y Niceas sacudió la cabeza.

— Diodoro habría sido más idóneo, si me permites decirlo. Kineas cogió su manto de su fardo junto al fuego y se lo echó por encima de los hombros.

—Necesito a Diodoro. Quizás entremos en combate mañana por la noche. — Encogió los hombros—. Llámame loco, si quieres; algo me dice que Herón lo hará bien, y de él puedo prescindir. —Se estremeció.

Caía la noche y el peso de todas sus responsabilidades le apartaba todo pensamiento racional de la mente. Zoprionte... ¿Por dónde intentaría cruzar? ¿Marcharía sobre Olbia? Y los olbianos... ¿Lucharían? ¿Su nueva tentativa democrática resistiría toda una noche de frío la víspera de la batalla o se diluiría antes de empezar? Comida, leña, forraje para los caballos, el número de monturas lisiadas. Srayanka todavía estaba al otro lado del vado, igual que la mitad de la caballería sakje y casi todos los jefes de clan. Srayanka... Puso freno a aquellos pensamientos.

—Zeus, guíame —murmuró.

Niceas le puso un cuenco de té caliente entre las manos y él bebió, y se estremeció cuando el calor le bajó por la garganta.

—Gracias —dijo Kineas—. Ahora tráeme a todos los oficiales griegos, Menón incluido. Ha llegado la hora de que hablemos sobre cómo vamos a luchar.

Diodoro llegó el primero. Pese a sus preocupaciones, Kineas se puso contento al constatar con cuánta naturalidad se había adaptado Diodoro al mando. En efecto, ahora costaba imaginar que aquel hombre hubiese sido un caballero metido a soldado de caballería durante cuatro años de campaña, refunfuñando cuando le tocaba hacer turnos de guardia, quejándose del peso de las jabalinas. Parecía más alto, y su espléndido peto, su casco con penacho, incluso su porte, con las piernas un poco separadas y la mano en la cadera, decían que era un comandante, así como las ligeras ojeras que ensombrecían su mirada.

—Apenas te he visto —dijo Kineas tendiéndole la mano.

Diodoro se había puesto al mando de los piquetes que rodeaban el campamento en cuanto Kineas tomó el mando de los olbianos. Estrechó la mano de Kineas y cogió una copa de vino caliente que le llevó uno de los sindones que había en torno a la hoguera.

—Cleomenes —dijo en voz baja—. Menudo cabrón. Peor que en casa.

Kineas levantó una ceja, consciente de que Diodoro se refería a los treinta tiranos de Atenas.

—La votación no fue reñida. Los hombres cumplirán.

Diodoro sacudió la cabeza.

—Lo vi venir. Filocles lo vio venir, todos lo vimos y no pudimos hacer nada para impedirlo. —Bebió un trago de vino y miró a Eumenes, que estaba de pie con Ajax junto al fuego—. Y el padre de ese chico mató al viejo Cleito. ¡Es peor que en la jodida Atenas! —Sacaba chispas por los ojos—. Y ahora el cabrón puede ir al sur y tener una base.

Kineas asintió, observando el manto negro de Menón aproximarse a la hoguera.

—Estoy tomando precauciones.

—Si lo sabe, puede atajar derecho hacia el sur, marchar dejando atrás nuestras posiciones y cruzar con el transbordador.

Diodoro dibujó un mapa aproximado en el suelo chamuscado del borde del hoyo de la hoguera. Kineas alzó las manos a los dioses.

—Creo que no lo hará. Creo que la imagen que tiene de sí mismo, la idea que tiene de quién es, le exigirá venir directamente al encuentro de nuestro ejército y librar batalla. —Frunció el ceño—. Cleomenes..., estoy dando por sentado que está a cargo de la ciudad; está arriesgando mucho. A cambio de poder personal ha vendido nuestro futuro. Ahora, si perdemos, Zoprionte se hará realmente con la ciudad. Y si Zoprionte lo sabe, aún tiene más motivos para presentar batalla. Debe de pensar que con una gran batalla todo el mar de hierba será suyo: las ciudades del Euxino, el oro de los escitas, todo.

Mientras hablaban, los demás se habían congregado y la última luz se había ido del cielo, de modo que un círculo de rostros, pálidos y oscuros, escuchaban atentamente la conversación de Diodoro y Kineas acerca de la campaña. Menón estaba con su lugarteniente, Licurgo, y el comandante de la falange de Pantecapaeum, Kleistenes. Nicomedes estaba con Ajax, y Leuconte con Eumenes y Niceas.

Kineas se volvió de cara a ellos.

—La espera ha terminado. Zoprionte ha tardado poco. Se gún el rey, durante la última semana ha abandonado a los débiles y los heridos para avanzar más deprisa, y lo tenemos casi encima. Mañana el rey hará regresar a los clanes que han hostigado a las huestes de Zoprionte. Mañana hay que ponerse en estado de alerta desde la salida del sol. La falange de Olbia se situará al norte del vado, justo aquí, a los pies de nuestra colina. La falange de Pantecapaeum lo hará al sur del vado. En cuanto estéis en vuestro sitio, ensayad el cierre del vado. —Kineas dibujó en la tierra negra—. La falange de Olbia practicará cerrar filas y marchar por hileras hacia la izquierda; la de Pantecapaeum practicará la marcha por hileras hacia la derecha. Como veis, esto nos permitirá cerrar el vado deprisa, sin pánico.

Todos los oficiales asintieron. Menón resopló.

—No necesitamos practicar la marcha por hileras, hiparco.—Kineas miró a Menón. Menón le sostuvo la mirada, pero cedió—. Bien, de acuerdo. Marcharemos arriba y abajo unas cuantas veces.

Kineas transigió.

—Aunque los hombres no necesiten hacer prácticas, ayudará a mostrar a los sakje lo que estamos haciendo.

—Está bien —dijo Menón—. ¿Qué harán los elegantes chicos de la caballería mientras nosotros pisoteamos la tierra?

Kineas señaló hacia la penumbra del oeste.

— Diodoro y Nicomedes llevarán a sus hombres a través del vado en cuanto amanezca. Establecerán una línea de piquetes hasta a cinco estadios del vado. Diodoro estará al mando. Se asegurará de que el vado no sea tomado por sorpresa. Vigilará el paso de los clanes que regresen y les proporcionará un heraldo para cruzar el vado. Leuconte mantendrá a sus hombres aquí, como reserva, y como mensajeros para mí y también para el rey, si es que los necesita. Leuconte tomará el mando de los hombres de Pantecapaeum hasta que regrese su hiparco. ¿Todo el mundo lo entiende? Vamos a garantizar la seguridad del vado hasta que el ejército del rey haya regresado. La pérdida del vado por un ataque sorpresa sería una catástrofe.

Ajax levantó una mano.

—¿Hay otros vados?

Kineas se rascó la barba con la mano derecha.

—Los sakje dicen que no. Tengo a Herón de Pantecapaeum explorando el río cien estadios aguas arriba y abajo para asegurarme. —Puso una cara avinagrada—. Tendría que haberlo explorado hace tres días. Ahora andamos escasos de tiempo. ¿Más preguntas?

Menón gruñó.

—Si al final vienen por el vado, ¿qué pasa?

Kineas levantó la voz.

—Mañana, y hasta que diga lo contrario, si intentan tomar el vado, cerramos filas y los detenemos. No es la batalla que deseo, pero no podemos ceder el vado hasta que nuestro ejército esté de vuelta. De modo que para mañana éste es el único plan que tenemos: no ceder terreno.

—Me gustan los planes simples —asintió Menón—. ¿Será muy grande la batalla? ¿Tan grande como la de Issos?

Kineas meditó lo que el rey le había dicho y lo que había visto en la hoguera de Kam Baqca.

—Sí. Tan grande como la de Issos.

Menón señaló con el pulgar al corrillo de sindones que había junto a una hoguera cercana.

—¿Dónde tienes previsto ponerlos?

Kineas negó con la cabeza.

—No lo he pensado —dijo, sintiéndose idiota. Menón tenía la habilidad de crisparle en lo profesional.

Menón sonrió.

—Los psiloi no pueden ganar un combate, pero son capaces de cambiarlo. Yo los situaría en los árboles que hay cerca del vado, desde donde tendrán un buen tiro con sus arcos, directo a los costados sin escudos de los taxeis. Déjalo de mi mano.

Kineas estuvo de acuerdo.

—Pues reúnelos con los hoplitas —dijo—. ¿Algo más?

Nicomedes se inclinó hacia delante.

—¿Qué probabilidades tenemos? —preguntó.

Kineas sonrió sin separar los labios.

—Pregúntame mañana. Pregúntame después de que haya visto su vanguardia. Ahora mismo, estamos dando palos de ciego. Tengo un nudo en el estómago como una flautista a última hora de un simposio, y cada vez que veo salir la luna pienso en otras diez cosas más que tendría que haber hecho. —Confió en que fuese un momento oportuno para mostrar tanta franqueza—. Si Zopriote cooperara viniendo aquí y acampando al otro lado del río para librar la batalla que hemos estado preparando todo el verano, entonces, con la ayuda de los dioses, diría que somos una apuesta ganadora.

Se encogió de hombros, pensando una vez más que el Gran Meandro no era el emplazamiento de la batalla que soñaba.

Los ojos de Eumenes rebosaban dolor y culto a su héroe.

—Los vencerás —dijo.

—De tus labios a los oídos de los dioses —contestó Kineas, estremeciéndose ante la evidente pasión que despertaba en Eumenes. Vertió vino de su copa a modo de libación y le tembló la mano, y unos hilos de vino corrieron por su piel como sangre oscura.

Con el amanecer llegaron truenos que sacudieron la tierra, rivalizando con el batir de cascos de los sakje que regresaban. La niebla ocultaba el sol y envolvía las orillas a lo largo de un estadio, de modo que un hombre sólo alcanzaba a ver a una lanza de distancia. Diez caballos sonaban como cien; cien sonaban como diez mil. Para cuando la niebla se disipó, el nerviosismo tenía atenazados a los griegos, pero éstos habían cumplido la misión de cubrir el regreso de los clanes a través del vado.

El rey vino con el sol. Montaba un caballo corriente, un bayo de poca talla, no vestía armadura y cabalgaba solo. Se detuvo al lado de Kineas y guardó silencio mientras Menón y sus oficiales hacían maniobras con las dos falanges en la tierra llana próxima al vado.

—Espero que lo apruebes —dijo Kineas.

—¿Realmente piensas que Zoprionte intentará tomar el vado por sorpresa? —preguntó Satrax.

Kineas se rascó la mandíbula con la punta de la fusta.

—No —admitió—. Pero pareceríamos tontos si lo hiciera y no estuviéramos preparados.

Marthax se situó al otro lado del rey. Montaba un caballo de batalla, con su gorytos amarrado y una espada corta, aunque no llevaba armadura. Señaló al otro lado del río.

—Hoy lluvia. Mañana más lluvia —dijo.

Los tres sabían que la lluvia sólo beneficiaría a Zoprionte.

Hora tras hora, el viento del este iba trayendo más nubes que oscurecían el cielo. Hora tras hora, los sakje iban llegando del oeste, unos triunfantes, otros vencidos. Venían sillas vacías y cuerpos cargados a lomos de los caballos; una mujer que iba a pecho descubierto encabritó su caballo en la orilla del vado para mostrar las cabezas que había tomado, y un escuadrón de sármatas, con los ojos enrojecidos por la fatiga, se detuvieron ante el rey para mostrarle sus trofeos: cabelleras, un casco, varias espadas.

El rey cabalgó entre ellos y felicitó a los victoriosos; habló en voz baja a los heridos, tomó el pelo a un atribulado jefe de clan y felicitó a otro por sus valientes hazañas.

Kineas desmontó para beber agua y estirar las piernas, y luego volvió a montar. A media tarde, la tormenta por fin avanzó sobre ellos, y la larga línea de oscuridad que parecía el heraldo de los macedonios se situó sobre el valle del río, y comenzó a llover.

Unos cuantos mensajeros habían ido llegando desde media mañana, el batir de sus cascos como único signo de que el tiempo transcurría, pero a medida que la lluvia fue arreciando, el número de mensajeros aumentó. El rey había bajado de la loma hasta el vado. Mientras Kineas le observaba, los caballeros de su séquito se reunieron con él. Desmontó y dos hombres le ayudaron a ponerse la armadura.

Kineas cabalgó colina abajo con su estado mayor. Reconoció a Ataelo en cuanto éste apareció entre la cortina de lluvia del oeste. Ataelo había estado con Srayanka. Kineas fue consciente de que se le aceleraba el pulso.

Kineas se abrió paso a caballo entre el séquito del rey. Sus rostros eran adustos. Ataelo le saludó con una sonrisa cansada.

—Demasiado cansado para luchar —dijo—. Demasiada maldita lucha.

El rey acababa de ponerse la cota de malla.

—Srayanka está cubriendo al último grupo.

Ataelo apoyó una mano en el brazo de Kineas.

—Gran lucha; Manos Crueles y Caballos Rampantes y unos cuantos Lobos Pacientes. Ganamos nosotros, ganan ellos, ganamos nosotros... Luchar como... —Agitó la mano como si removiera una olla, dando vueltas y más vueltas—. Tiramos hasta no tener más flechas. Los Sombreros de Bronce luchan hasta fallar caballos. Luego se retiran, y doña Srayanka va para ataque. Deja cabalgar a Lobos Pacientes. Luego deja cabalgar a Lobos Hambrientos. —Señaló hacia la lluvia—. Justo allí. Vienen. Y Manos Crueles vienen después.

Kineas miró hacia la penumbra.

—Tengo dos escuadrones al otro lado del río, cien jinetes de la caballería pesada. Deja que vaya a buscarla.

Marthax asintió con vehemencia.

—Bien. Llévate caballería griega y sármata. ¡En marcha! —Con una mano retuvo al rey—. Tú espera aquí —dijo. A Kineas le gritó—: ¡Recuerda, hermano! ¡Ésta no es la batalla que queremos!

El rey llevaba la armadura puesta. Habló deprisa en sakje con voz imperiosa. Le decía a Marthax que tenía intención de ir a apoyar a Srayanka en persona, con los caballeros de su séquito.

Kineas dio la vuelta a su caballo.

—¡Señor, no debes ir! —dijo. El interés propio y las necesidades de los aliados iban de la mano, y habló con aplomo—. ¡No podemos correr ese riesgo!

El rey se irguió apretando la boca bajo las guardas de su casco.

—¿No soy yo quien manda aquí? —preguntó.

Marthax agarró su brida.

—¡No! —dijo. Y a Kineas le gritó—: ¡Ve!

Kineas no vaciló. Dio la vuelta a su caballo y enfiló hacia el vado. Llevaba a

Niceas pegado a sus talones.

—Toca a reunión —le dijo. A Sitalkes le gritó—: ¡Mi caballo de batalla!

La trompeta sonó, retumbando de un modo extraño en el aire húmedo. Kineas hizo una seña a Leuconte, que aún podía verle. Sitalkes acudió con Tánatos. Kineas montó al negro alazán y se metió en el vado. El vado parecía enorme bajo la lluvia. Kineas tuvo la impresión de avanzar demasiado lentamente, como si sus hombres atravesaran un curso de miel, no de agua.

—¿Llamáis para que nos repleguemos? —gritó Nicomedes desde la otra orilla. Kineas hincó las rodillas y se alzó a lomos del caballo.

—¡No! ¡Formad en vuestra ribera! ¡Dejad sitio a Leuconte! Incorporo, Nicomedes hizo oír su asentimiento. Se le oía organizar la formación de sus hombres. De más al sur llegaban otras voces. La lluvia arreció, colándose fría entre las hombreras y las espaldas de bronce, chorreando por los cascos hasta empapar el pelo de los hombres.

Los cascos de Tánatos pisaron grava, y luego hierba, y ya había cruzado el vado. Puso su caballo a medio galope y se dirigió hacia la voz de Nicomedes. Niceas iba a su lado, tocando aún la trompeta. Resultaba penoso mirar directamente a la lluvia, pero finalmente Kineas vio a Nicomedes; su clámide era inconfundible. Sus hombres ya estaban formados en un bloque compacto. Medio estadio hacia el sur, Diodoro estaba reuniendo y formando a sus piquetes. Kineas frenó y señaló a Niceas.

—Leuconte justo aquí —dijo, señalando al norte del escuadrón de Nicomedes. Los hombres de Leuconte y las tropas de Pantecapaeum ya habían salvado el vado en buen orden. Más allá de ellos, los sármatas de pesadas armaduras lo estaban cruzando. Bastaba con ver cómo avanzaban para darse cuenta de que sus monturas estaban cansadas.

Ataelo se acercó. Kineas se inclinó y le puso una mano en la espalda.

—Necesito saber dónde está Srayanka exactamente —dijo—. ¿Puedes localizarla?

Ataelo sonrió. Se sonó la nariz en la mano, saltó de su caballo y volvió a montar en otro de refresco.

—Claro —dijo. Hizo una seña y salió al galope bajo la lluvia.

Kineas fue al encuentro de Leuconte.

—Necesito a Eumenes —dijo. Leuconte asintió. Kineas prosiguió—: Mantén la línea. No pierdas tu sitio. Si tenemos que cargar, para en cuanto oigas la señal y retiraos en buen orden. Si todo se va al garete, cruzad otra vez el vado. No queremos una batalla esta noche. ¿Entendido?

Leuconte saludó.

—Línea. Retirada en orden. Evitad un combate general.

Kineas correspondió el saludo.



—Pronto será todo un general. —Se volvió hacia Eumenes—. Deja a tu tropa y ve con los sármatas. Quédate con ellos para transmitirles mis órdenes. Por el momento, son mi reserva. Procura explicarles qué significa reserva sin que se ofendan.

Eumenes asintió y se alejó con los hombros encorvados.

Leuconte aún no había dicho nada sobre el asesinato de su padre, pero tampoco había dirigido la palabra a su hipereta en tres días, salvo para darle órdenes.

Kineas regresó junto a Niceas. La línea estaba formada: tres bloques compactos de hombres con una línea de sármatas detrás.

—Toca avance —dijo Kineas a Niceas.

El bloque entero comenzó el avance. Tras veinte pasos, el vado quedó a sus espaldas. Tras cuarenta pasos, comenzaron a perder de vista las lomas de más allá del vado.

Una banda se sacó apareció entre la lluvia cabalgando deprisa. Su brusca aparición fue motivo de alarma, pero enseguida fueron identificados: Lobos Pacientes. Mostraron sus gorytos vacíos al pasar e indicaron con señas que el enemigo estaba cerca.

Cayó un rayo. En el instante en que su luz iluminó los rostros de sus hombres, Kineas se dio cuenta de que tal vez había llegado la hora. El combate. Su muerte.

Qué estúpida idea: era igualmente cierta para todos los hombres presentes.

Kineas cabalgó a lo largo del frente, demasiado atareado para entretenerse con levantar el ánimo de nadie. Ordenó a los tres escuadrones que abrieran las filas de los flancos para prevenir sorpresas. Se cruzaron con otra banda de Lobos Pacientes, y luego con la primera de Manos Cruelas, fáciles de identificar porque cada caballo llevaba pintada una raya en la grupa. Luego, más y más grupos, cientos de jinetes que iban regresando. No en fuga ni vencidos, pero sí agotados. Exhaustos.

Ataelo fue hasta él.

—Ella está delante, ahora —dijo—. Los Sombreros de Bronce no tan cerca. Cuidado desde haber oído trompetas —añadió señalando a Niceas para poner énfasis.

La lluvia les daba de pleno en la cara.

—¡Alto! —gritó Kineas. Niceas lo tocó.

Permanecieron montados mientras la lluvia caía implacable, ahogando el ruido de la llanura y cualquier sonido de lucha que pudiera haber. Kineas sólo conseguía oír el batir de la lluvia contra su casco. Se lo quitó y lo sujetó con el brazo. Se volvió hacia Niceas con intención de hablar, y Niceas señaló en silencio hacia la espalda de Kineas.

La tenía justo delante de él, a pocos largos de caballo. Cabalgaba mirando hacia atrás por encima del hombro. Kineas azuzó a su semental y fue a medio galope a su encuentro. El batir de cascos la advirtió, y se volvió a tiempo para verle, y le dedicó

una sonrisa cansada. Era la primera sonrisa que le dedicaba desde hacía mucho tiempo, aunque sólo fuese la sonrisa de un jefe a otro.

—Casi, me están venciendo —dijo Srayanka. Palpó el gorytos como si buscara una flecha, pero no encontró ninguna.

—Lleva a tu gente directamente al vado —dijo Kineas, aun sabiendo que era una recomendación absurda. Srayanka sólo llevaba unos diez o doce hombres consigo. Kineas levantó la mano hacia su cara y la retiró de inmediato; la había mo vido sin querer—. Ve derecha entre mis líneas, yo os cubriré —dijo, tanto para recuperar sus roles militares como para in formarla.

—Los Manos Crueles cubren la retaguardia. Siempre. —Tenía las cejas enarcadas y los ojos aún le brillaban. Meneó los hombros. Las cuerdas de los arcos mojadas. No más flechas. Día largo.

Kineas vio más y más Manos Crueles surgiendo de entre las tinieblas. No era sólo la lluvia: la tarde estaba dando paso al anochecer.

Srayanka se llevó un silbato de hueso a los labios, lo tocó y su trompetera acudió de inmediato. Irene llevaba el brazo ven dado y había sangre en su silla, pero su rostro presentaba menos arrugas que el de Srayanka. Levantó su trompeta y tocó dos notas con un trino, un sonido bárbaro que resonó ásperamente a través de la lluvia y que empapó la hierba, y de repente la lluvia estaba escupiendo Manos Crueles que ponían sus fatigados caballos al galope, o que cambiaban de montura, abandonando a las más agotadas. Kineas tuvo la impresión de ver muchos heridos, un inmenso cansancio, y de pronto los últimos ya habían pasado ante él y corrían por los pasillos abiertos entre sus escuadrones.

—Ve a cruzar el vado —dijo con su voz de mando. Señaló con la fusta.

Srayanka enarcó una ceja, hincó los talones en los ijares de su caballo y salió al galope, con la espalda muy derecha y la cabeza bien alta. Mientras se alejaba, Kineas pensó en todas las cosas que podía haberle dicho en lugar de gritarle órdenes.

Se volvió hacia Ataelo.

—¿Cuánto falta? —preguntó señalando hacia la lluvia—. ¿Cuánto falta hasta el enemigo?

Ataelo cogió el arco y sacó una flecha de su gorytos; la puso en la cuerda y disparó en un único movimiento fluido. La flecha apuntó casi al cielo antes de que la soltara, describiendo un arco en el aire gris para luego caer en picado.

Un caballo relinchó.

—Justo ahí —dijo Ataelo.

—Zeus, padre de todos los dioses. Poseidón, señor de los caballos.—Kineas maldijo. luego se volvió hacia Niceas—. ¡Toca avance!

Niceas tocó la señal con la trompeta.

—Pensaba que íbamos a evitar un combate sin cuartel.

—¡Toca: al trote! —gritó Kineas.

Percibía a los tres bloques manteniendo la línea, lo notaba en los ruidos de sus cascos y en las vibraciones del suelo.

Podía tratarse de una trampa gigantesca.

Estaba medio vuelto para ordenar la carga, empuñando la jabalina con la mano derecha, cuando vio las plumas, y luego al hombre entero, emerger de la lluvia a tan sólo dos largos de caballo.

—¡A la carga! —bramó.

Eran tesalios (clámides amarillas y púrpura, buena armadura, grandes caballos) y estaban allí mismo. El caballo de batalla de Kineas pasó del trote al galope en dos zancadas, y la jabalina de Kineas se clavó en el caballo tesalio.

Sus filas estaban bien formadas, firmes y prietas, pero percibió su fatiga a primera vista. El caballo de Kineas dio un empujón a la bestia herida y se metió entre los dos siguientes; arremetió con dientes y cascos para abrirse camino, y el escuadrón entero pareció encogerse ante su asalto. Kineas usó su segunda jabalina como si fuese un marino con una pica de abordaje, blandiéndola a izquierda y derecha, atizando a los jinetes y derribándolos de sus monturas, y entonces llegó todo el peso de sus olbianos, y la formación enemiga se hizo pedazos. Fuera lo que fuese lo que había esperado su cauteloso oficial, quedó claro que no contaba con que de la lluvia surgiera una carga en toda regla de una caballería en formación.

Desaparecieron en un instante, huyeron como profesionales dejando sólo un puñado de cuerpos en el suelo. La lluvia se los tragó.

Kineas se levantó sobre los lomos de su caballo y llamó a Niceas con una voz que amenazó con reventarle los pulmones.

—¡Aquí! —contestó su hipereta —. ¡Estoy aquí!

—¡Toca a replegarse!

Kineas sacó a su caballo del tumulto de sus propios jinetes; muchos de ellos, demasiados, habían desaparecido en la lluvia, demostrando su inexperiencia al perseguir a los tesalios. Retrocedió por la línea de su avance hasta que vio las siluetas relucientes de humedad de los sármatas.

—¡Eumenes! Nos retiramos. Hemos tenido un encontronazo; ni idea de contra quién. Nos reagruparemos en el vado. Cúbrenos.

Dio media vuelta y regresó junto a sus hombres, que ya oían la trompeta y detenían su avance; una maniobra muy peligrosa ya que era posible que hubiese enemigos invictos ocultos en la lluvia. Kineas los observó; pareció que transcurriera un millón de años, y luego otro. Vio movimiento en la lluvia, colores brillantes a su derecha. Clámides rojas. Nueva caballería enemiga.

El escuadrón de Nicomedes estaba medio estadio más atrás y bien formado; la voz de Ajax daba órdenes a las filas para que se compactaran. Diodoro estaba

bastante más lejos, oculto por la lluvia. Leuconte estaba teniendo más dificultades con la mezcla de hombres a su mando. Kineas fue a su encuentro.

—¡Ahora, Leuconte! —gritó.

Leuconte sacudió la cabeza. Los hombres de Pantecapaeum tenían problemas para encontrar sus sitios con tanta lluvia y tanta excitación. Se oían gritos en su delantera.

—Demasiados hombres sin agrupar, y ahora están apurados —señaló Niceas—. Tenemos que salir de aquí.

Kineas presentía a la caballería enemiga agrupándose delante de ellos. Oyó una trompeta.

—¡Leuconte! —gritó—. ¡Huye! ¡Regresad al vado!

Leuconte se echó el casco hacia atrás, arreó un mandoble a un hombre con la espada plana y abrió la boca para gritar una orden. Una jabalina le atravesó el cuello y pareció que vomitara sangre, y acto seguido estaba derribado. Una línea de tesalios surgió de la lluvia y se abalanzó contra el escuadrón de Leuconte.

El caballo de Kineas salió disparado, galopando ignominiosamente hacia el vado. Iba muy adelantado, ya fuera de peligro, y se volvió para comprobar si le seguía Niceas, que le pisaba los talones. La lluvia amainó un poco, y vio a los sármatas cargar directamente por la brecha abierta en la línea de los hombres de Leuconte. Cayeron sobre los tesalios con el estruendo de cien hombres golpeando calderos de cobre con cucharas, y los tesalios pararon en seco.

Los hombres de Leuconte eran los más jóvenes y mejores de los hippeis olbianos. En cuanto vieron al aliado sármata, se volvieron. Las clámides rojas se toparon con un enemigo de su talla. Volaron jabalinas y cayeron hombres. Toda la línea, ambas líneas, cosieron el combate como lanzaderas en un telar, y luego se revolvieron en un caos de redobles de espadas y cascos de caballo.

Kineas apartó la vista. El tiempo se contaría en segundos. El combate que no quería estaba comenzando, la mitad de su contingente estaba comprometido, y si Zoprionte tenía más caballería preparada podría lograr una victoria aplastante antes de que cayera la noche. Kineas se dirigió a la derecha, en busca de Diodoro. Diodoro estaba justo delante de él, con sus hombres ya formados a la izquierda.

—¡Sígueme! —chilló Kineas, y dio media vuelta a su caballo. El semental respondió de nuevo; era un animal magnífico, la mejor montura de guerra que había poseído jamás.

Condujo al escuadrón de Diodoro hasta el flanco derecho del enemigo, adivinando su ubicación por el ruido y la intuición. Su llegada sembró el pánico entre las clámides rojas, que rompieron su formación, pero esta vez estaban enmarañados en la multitud de su frente y sufrieron numerosas bajas. Sus caballos estaban agotados, y morían a decenas, interceptados por detrás o atrapados en el fango sobre

caballos que daban traspíes, y la relativa frescura de los olbianos comenzó a hacerse notar. Entonces Kineas oyó otra voz, como un gigante en las tinieblas: Ajax con el escuadrón de Nicomedes rodeando a los desdichados de clámide roja por el otro flanco. Y a pesar de la escasa luz, también vio a Eumenes, con la espada ensangrentada, exhortando a los olbianos a agruparse para arremeter a fondo.

Presintiendo la victoria, Kineas los hostigaba, derribó a un jinete, cortó el brazo de otro hombre y luego mató a su trompetero en tres breves refriegas. Con el resplandor de un relámpago vio a su comandante, con un elaborado peto dorado, y cargó contra él; un hombre a quien conocía, pero el oficial rehusó el combate y galopó hacia la seguridad de la retaguardia. Su caballo, al menos, aún tenía energías para correr.

«Filipo Kontos», pensó Kineas. Un hombre a quien respetaba y al que ahora quería matar.

Kineas le persiguió medio estadio, frenó, escrutó las tinieblas; estaba solo.

Cayó en la cuenta de que se había adentrado en el campo mucho más de lo que se había propuesto; había perdido a su hipereta.

—¡Volved a formar! —gritó con una voz ronca y aguda que se le quebró a la tercera repetición.

Un sármata fue a su encuentro y señaló hacia el vado, como si fuese un joven recluta que necesitara que le orientasen.

Ataelo surgió de la lluvia, agarró sus riendas y gritó:

—¡Picadores! —Y señaló hacia la lluvia.

Kineas entornó los ojos y vio, peligrosamente cerca, una columna de infantería pesada. Giró en redondo la cabeza de su caballo. A media distancia oyó la trompeta de Niceas. Se había alejado demasiado, portándose como un estúpido, dejándose llevar por el ímpetu de la carga.

Se inclinó sobre el cuello del caballo y agachó la cabeza por si los macedonios tenían arqueros. Aquél era su ejército, estaba justo en medio de ellos, a un estadio o menos de sus picadores. Se detuvo al alcanzar al primer grupo de sus hombres, complacido de que su caballo aún fuese capaz de correr como el viento. Les gritó a voz en cuello que se batieran en retirada.

Los picadores, un taxeis entero, estaban deshaciendo su columna desplegándose en formación de combate.

Con señas, con la espada plana, con Ataelo gritando en sakje, hizo retroceder a sus hombres hasta la línea de la primera carga para luego proseguir hasta donde Niceas estaba llamando a reagruparse: Niceas estaba exactamente donde tenía que estar. Tenía un corte en el brazo de la brida y había perdido el casco, y aun así seguía tocando la trompeta. Cuando vio aparecer a Kineas entre la lluvia, su rostro fue como el de un padre al encontrar a un hijo extraviado: una mezcla de amor, alivio y

enfado.

Niceas apoyó su trompeta en la cadera y fulminó a Kineas con la mirada.

—¿Dónde carajo estabas? —gritó.

—Jugando a ser Aquiles como un idiota —contestó Kineas gritando a su vez.

Estaban formando otra vez. Kineas se sentía orgulloso de ellos: bastante duro era formar tras un combate que ganabas, más lo era después de dos, y los hombres de Leuconte habían sido aplastados, habían perdido a su capitán y estaban organizando sus filas, listos para un tercer asalto. Sus caballos estaban agotados, ninguno tenía jabalina, ni pesada ni ligera.

Kineas pensó que ya tendría que haber oscurecido. Era como si no hubiese transcurrido el tiempo desde el primer encuentro. En algún lugar oculto por la lluvia y la bruma que surgía del suelo, sonó una trompeta macedonia, y luego otra. Unos pocos estadios hacia el sur, se oía un griterío.

Niceas respiraba jadeando.

—¿Estamos ganando o perdiendo? —preguntó. Acto seguido sonrió—. ¿No eres tú el hombre que nos había ordenado evitar una batalla campal?

Kineas se encogió de hombros, atento a los soldados que formaban.

—Tienes razón, viejo. Vayamos a cruzar el río. ¿Dónde están los sármatas?

Niceas señaló al centro de la línea.

—Eumenes les ha dado el alto, a todos menos a un puñado. Kineas cabalgó hasta donde estaba Eumenes.

—Ponte al mando de tu escuadrón —le dijo—. Leuconte ha muerto.

Eumenes agachó la cabeza, abrió la boca como un pez arponeado y no dijo nada.

Kineas volvió a señalar.

—Toma el mando —insistió. La voz le traicionó, saliéndole como un graznido.

La reacción les sobrevino a todos después de haber cruzado el vado sin percances, cabalgando en buen orden a pesar de la lluvia y los heridos. Tenían frío, estaban mojados y cansados, demasiado cansados para cocinar y almohazar caballos, y los oficiales tuvieron que emplearse a fondo. Nicomedes y Ajax fueron tan brutales como el propio Kineas: usaron el látigo de su lengua para reprender a cualquier hombre cuyo caballo estuviera desatendido o que abandonara su equipo en la hierba. Niceas apartó a uno de los soldados más jóvenes del fuego y lo tiró al suelo.

Se restableció la disciplina.

Y luego, después de los primeros minutos, la fatiga del alma quedó olvidada. Kineas dio las gracias a todos los dioses por los sindones, que se pusieron de inmediato a la faena encendiendo hogueras, curando a los heridos y cocinando. Vinieron guerreros de otros campamentos: hoplitas olbianos y también unos cuantos Caballos Rampantes y Lobos Pacientes. Venían bajo la lluvia con un tarro de

hidromiel, o un odre de vino, o un pedazo de carne asada.

Y las fogatas ardieron con más brío, como queriendo empujar la lluvia hacia el cielo oscuro. Los hombres comieron y bebieron vino, o el hidromiel obsequiado, y se rompió el silencio. De repente todos tuvieron ganas de hablar, de contar su historia.

Kineas aún llevaba puesto el peto y el casco debajo del brazo, de pie y sin manto bajo la lluvia, atento a cualquier arranque de insubordinación, acuciado de nuevo por la siguiente falange de preocupaciones.

Filocles se había perdido el combate, y la espera se había cobrado su peaje. Ahora estaba medio borracho y manoseaba a Kineas tratando de quitarle la armadura.

—¡No seas idiota! —le espetó Kineas—. Aún no quiero quitármela.

—¿Quién es el idiota? —replicó Filocles—. No he sido yo quien ha cabalgado derecho hacia las líneas macedonias. Ajax dice que parecías un dios. ¿Acaso buscas la muerte? ¿O es que te has vuelto loco?

Kineas sacudió la cabeza.

—Soy un mal general. Una vez que entro en combate, estoy perdido, cegado. Me concentro en el hombre que tengo delante, y luego en el siguiente. —Se encogió de hombros, comenzando a asimilar su propia reacción—. Me he tropezado con un antiguo..., rival.

—¿Lo has derribado? —preguntó Filocles.

—Ha huido —dijo Kineas.

Filocles cogió el casco que Kineas sostenía con el brazo.

—Relájate, hermano, que pareces una estatua. Vive un poco. Olvídate del Tirano por una noche. Ve a besar a Medea; si yo no puedo hacerte entrar en razón, ¡tal vez ella pueda!

Kineas recuperó su casco.

—Estás borracho, hermano.

—¡Bah! Estoy borracho. Deberías probarlo. El vino griego provoca sueños de los dioses griegos, no sueños de muerte.

—¿Quién sueña con la muerte? —preguntó Diodoro. Se es taba secando el pelo con la túnica, y por lo demás iba desnudo—. Ha sido la peor acción que he visto hasta la fecha.

Ajax vino detrás de él. Estaba exaltado.

—Me preguntaba... No ha sido como ningún combate de los que nos habías descrito.

Kineas rodeó a Ajax con el brazo.

—Ése era el animal —le dijo el muchacho, y lo estrechó con fuerza—. Lo has hecho muy bien.

—Kineas sueña con la muerte —dijo Filocles en un momento de silencio, y acto seguido cerró la boca de golpe. Diodoro prosiguió.

—¿Los hemos sorprendido? ¿Nos han sorprendido ellos? Ni siquiera sé quién ha ganado... ¿Qué? —Miró a Filocles y luego a Kineas—. ¿Has soñado con tu propia muerte?

Kineas intentaba desatarse el fajín que llevaba alrededor del peto.

—Filocles está borracho.

Diodoro cogió la copa espartana de la mano de Filocles y la vació.

—Buen plan. Los sueños de muerte son pura bazofia, deberías saberlo. Yo siempre sueño con mi muerte antes de una acción. Anoche soñé con mi muerte y seguro que esta noche volveré a soñarlo.

Filocles miró su copa recién vaciada.

—¿Será mañana? —preguntó en voz baja. De repente no daba la impresión de estar tan borracho.

Kineas logró desatar el fajín y se las arregló para abrir el peto y la espaldera.

—Quizá. No lo sé. —Recorrió las hogueras con la vista—. ¿Dónde está Herón?

Niceas surgió de la lluvia con Arni, el esclavo de Ajax. Arni le quitó la túnica a Kineas pasándola por la cabeza y le puso otra seca sobre los hombros.

Niceas negó con la cabeza.

—Herón no ha regresado. Y sus hombres tampoco.

—Mierda —dijo Kineas—. ¿Dónde está Ataelo?

Niceas se encogió de hombros.

—Llevaba un par de caballos consigo al terminar la batalla —dijo—. Me parece que está cortejando a una chica de los Manos Crueles.

Kineas se puso el manto húmedo encima de la túnica casi seca.

—Voy a buscarlo.

Detestaba separarse de ellos, apartarse de la euforia que llegaba tras una acción con éxito, e iba de cabeza a una oscura depresión. Pero algo le irritaba. Herón.

Kineas cruzó la loma hasta el campamento de los Manos Crueles, donde le acogieron dándole palmadas en la espalda. Los sakje le ofrecían vino, leche de yegua, té especiado en profundos cuencos, y bebió un poco de cada mientras iba de fogata en fogata preguntando por Ataelo.

Antes encontró el carromato de Srayanka. Oyó su risa y apoyó una mano en una rueda, preguntándose qué hacer: no había ido tras ella desde la noche del río, y ahora se sentía idiota, como un pretendiente aguardando bajo la lluvia.

Más risas atravesaron el fieltro de la tienda montada sobre el carromato. Kineas oyó las sonoras carcajadas de Parshtaevalt y se decidió a subir los peldaños al tiempo que decía «¡hola!» en griego.

La mano de Parshtaevalt abrió la portezuela. La tienda estaba alumbrada por un brasero y el ambiente estaba muy cargado de humo de semillas y tallos: el aroma a resina de pino pasó junto a él saliendo hacia la noche.



—¡Hombre! —exclamó Parshtaevault. Agarró a Kineas del cogote y lo abrazó, luego le hizo cruzar el umbral hasta el banco que ocupaba toda la longitud del carromato: asiento de día, cama de noche.

El carromato estaba lleno de gente, la atmósfera era agobiante a causa del humo y la lana húmeda. Varias manos tiraron de él y le empujaron hasta hundirlo en un hueco entre dos cuerpos. Uno de ellos era Srayanka y, antes de que se acomodara en el banco, una de sus manos se había colado bajo su túnica y su boca se cerró sobre la suya. La besó tan profundamente que respiró el aire de sus pulmones, y ella el de los suyos, y el ardor de su piel le secó la túnica cuando se acurrucó contra él encima del banco. Había poca luz en el carromato, el rescoldo del brasero apenas alumbraba, y aun sabiendo que Irene estaba debajo de su mano izquierda, se sintió como si estuvieran solos, y cada bocanada de aire enardecía su deseo.

—Has venido —dijo Srayanka sin dejar de besarle, como si no se lo creyera.

Kineas había venido buscando algo. Ahora tenía una mano bajo la túnica de ella, resiguiendo la línea donde el suave marfil de su pecho se encontraba con la piel más suetosa del pezón, y ella le clavó los dientes en el brazo, y Kineas jadeó, inhalando una bocanada más profunda del humo que emanaba del brasero...

*El gusano estaba cerca, sus fauces devoraban cuanto encontraban a su paso, y arqueó la garganta al arrancar la cara de Leuconte de su cráneo...*

—¡Ataelo! —gritó Kineas. Apartó a Srayanka. Se preguntó si no se estaría volviendo loco.

Srayanka le agarró la mano y él se resistió, pero ella era fuerte y tiró de él, le empujó, y de pronto estaba cayendo..., había humedad, y estaba tirado junto al eje de la rueda. Srayanka saltó a la hierba y se agachó a su lado.

—Eres fácil para el humo —le dijo. Le reprendió levantando un dedo—. Respira hondo. Ve bajo el carromato y respira.

—Quédate conmigo —dijo Kineas, pero ella negó con la cabeza.

—Demasiado humo, demasiado deprisa. Tú respira. Yo encuentro Ataelax. Él con Samahe. Hacer lo que nosotros deberíamos hacer, pero para Sastar Baqca y el rey.

Y se esfumó.

Kineas tenía la mente despejada cuando regresó con Ataelo detrás de ella como si fuese un caballo de refresco.

Kineas no se sentía como un comandante y le constaba que no tenía aspecto de serlo, pero trajo a Ataelo hacia sí.

—Envié a Herón, el hiparco de Pantecapaeum, río abajo esta mañana para que buscara más vados.

—No vado río abajo —contestó Ataelo. Había otro hombre con él; no, una mujer.

Tenía los brazos cruzados sobre el pechó y chorreaba enfadó mezclado con el agua de lluvia—. Ésta es Samahe; esposa para mí. —Sonrió—. ¡Esposa de veinte caballos!

Kineas le dio la manó como un idiota.

—Necesitó saber dónde está Herón y qué ha averiguado.

Ataelo frunció el ceño y miró fijamente a Kineas.

—¿Me pides que monte en la lluvia, ahora? ¿Por este Herón?

—Sí —dijo Kineas.

Ataelo suspiró profundamente.

—¿Para ti? —preguntó.

—Para mí —dijo Kineas. No sabía cómo explicarle por qué estaba tan preocupado, de repente, por el hiparco desaparecido, pero el caso era que lo estaba.

Cuando se hubo marchado, pese a las airadas protestas de Samahe, Kineas se sentó en el suelo secó de debajo del carromato. Srayanka hizo lo mismo apoyando la espalda contra la suya. Permanecieron callados mucho rato. Finalmente, ella dijo:

—Si ganamos, cuando ganemos, ¿me traes veinte caballos?

—¿Ése es tu preció? —preguntó Kineas.

Srayanka se rió; una risa grave, plena.

—No tengo preció —dijo en sakje, y se volvió para mirar le—. Te deseó como una yegua en celó desea un semental, y me iría contigo por un puñado de hierba, como una sacerdotisa. Ésa es la mujer que soy. —Echó la cabeza hacia atrás y su poderoso perfil quedó recortado a la luz de una hoguera cercana—. Pero soy khan de los Manos Cruales, y no hay precio que valga para comprarme como novia. —Se encogió de hombros—. El rey me haría reina, y eso haría ricos a los Manos Cruales. Soy una mujer y soy khan. —Le miró a los ojos. Los suyos reflejaban el resplandor de las fogatas—. Pero si ganamos esta batalla —dijo otra vez—, si nos libramos de Sastar Baqca, ¿me pedirás que me case contigo?

Kineas apoyó su espalda en la de ella.

—Si vivimos, te pediré que te cases conmigo. —La besó, y notó la caricia de sus pestañas en la mejilla—. Sé qué significa baqca. ¿Qué es Sastar?

Serpenteó un poco entre sus brazos.

—¿Cómo es la palabra que decís cuando un hombre gobierna a otros hombres pero sin escucharlos? ¿Gobierna solo? ¿Ninguna voz más que la de ese hombre?

—Tirano —contestó Kineas al cabo de un momento.

—Tirano —repitió Srayanka—. Sastar es como tirano. Sastar Baqca, el baqca que no admite otra voz. —Se volvió y cruzó las manos detrás de la nuca—. Me casaré contigo.

Kineas volvió a besarla.

—No —dijo Kineas. La muerte parecía algo remoto, y todo parecía posible—. Yo me casaré contigo.

Y la besó otra vez. Srayanka sonrió mientras la besaba, se apartó y lo miró.

—¿En serio? —preguntó . Sonrió, lo besó y lo apartó—. Pues entonces tráeme la cabeza de Zoprionte como dote.

Se puso de pie de un salto. Kineas se levantó sin soltarle la mano. Se miraban de hito en hito. Srayanka le apretó un poco la mano y luego se fue alejando poco a poco.

La lluvia le serenó, y al cabo de un momento volvió a cobrar conciencia de todo: la batalla, planes, preocupaciones. «¿Dónde Hades está Herón?» Y luego los hechos desnudos: «Esto es una soberana estupidez; estaré muerto.» Pero se obligó a reír y dijo en voz alta:

Una dote muy cara.

Srayanka salió de debajo del carromato y se volvió.

—Hará una bonita canción —dijo conriendo—. ¿Sabes que ya cantan sobre nosotros?

Kineas no lo sabía.

—¿En serio? —preguntó levantando la voz.

Srayanka hizo una pausa bajo la lluvia antes de subir al carromato.

—Quizá viviremos para siempre, en una canción.

Kineas se detuvo en el fuerte de carromatos del rey para dar el parte de novedades, y luego siguió caminando cuesta abajo, calado hasta los huesos, para dar las últimas órdenes en las hogueras. Había transcurrido la mitad de la noche cuando final mente abrió la cortina de su carromato. Tuvo suficiente energía para quitarse la túnica y colgar la clámide empapada en la parhilera antes de acostarse. Se quedó un rato despierto, y volvió a preguntarse si los dioses le habían enviado la locura. No quería cerrar los ojos pero el sueño lo venció.

*El gusano avanzaba, mil patas empujaban su obscena figura a través de la hierba mojada hacia el río, una docena de bocas obscenas masticaban cuanto se ponía al alcance de sus fauces: caballos muertos, hombres muertos, hierba.*

*Él volaba en círculos sobre el gusano, viéndolo con dos visiones; como el gusano que era, el monstruo, y como los hombres, los caballos y los carromatos que componían el gusano, como si leyera un rollo de papiro y entendiera el todo de una vez, como si viera cada tesela de un mosaico y viera el dibujo entero.*

*Apartó el sueño de su mente y la lechuza se alejó del gusano y voló hacia el sur; era la primera vez que controlaba un sueño. La lechuza batía las alas y los estadios pasaban uno tras otro, grises e indistintos bajo la lluvia constante, pero vio unos jinetes que avanzaban por el margen derecho del río, una docena de grupos cabalgando hacia el sur.*

*Entonces dejó que su yo del sueño tomara la iniciativa y girase hacia el norte, de regreso al gusano en el mar de hierba. Era horrible, pero ese horror tenía algo*

familiar, pues él mismo había sido las patas del gusano, y la boca. Conocía el olor.

*Su yo del sueño giró hacia el este, sobre el río, que relucía apagado bajo la lluvia del sueño, y de pronto estaba descendiendo, y allí estaba el árbol, que ya no era una torre verde y negra de majestad. El árbol se estaba muriendo. La corteza de cedro era dura bajo sus garras, las hojas y agujas amontonadas en el suelo recordaban a un animal enfermo que perdiera pelo y dejaban a la vista madera desnuda y corteza podrida, y la parte más alta ya se había roto y caído. Aterrizó, agarrándose a una rama firme, y ésta también se partió y él se encontró cayendo..., del caballo, con una flecha en la garganta, atragantándose con el agudo dolor y la sangre a borbotones; amargo cobre y sal en su boca, en su nariz, y en sus últimos instantes de vida intentó ver, intentó recordar si habían ganado la batalla, pero todo se desvaneció ante sus ojos dejando sólo la voz de ella cantando, y no lograba recordar su nombre; la escuchaba...*

—Amanece, en algún lugar por encima de la lluvia —dijo una voz. Una mano le sacudía el hombro—. Tengo buenas noticias para ti. Levántate.

—¿Qué? —preguntó. Se sentía igual que si lo hubiesen golpeado como masa de pan.

—Amanece. Eumenes está listo para partir. Tus órdenes... ¿Estás despierto? —preguntó Filocles. Iba desnudo y mojado—. Laertes está aquí, con un prisionero.

Kineas se incorporó. La túnica que se había quitado antes de acostarse estaba tan húmeda ahora como cuando se metió en la cama. Igual que su clámide. Se echó la clámide por los hombros y bajó del carromato, sofocado por el olor a lana húmeda. Filocles bajó detrás de él.

—No hace frío —le dijo.

—No todos somos espartanos —replicó Kineas. En realidad, lo que le ocurría, como siempre, era que le incomodaba mostrar su cuerpo desnudo. Incluso estando a punto de iniciar una batalla. Se sonrió ante su propia vanidad.

Ataelo estaba sentado junto al fuego con Laertes, Crax, Sitalkes y otro guerrero; un hombre yacía a los pies de Laertes, con el pelo rubio rizado y las piernas desnudas, cubierto con un manto rojo oscuro: el prisionero, salvo que ya fuese un cadáver. Los demás se iban pasando un cuerno de asta que humeaba. Kineas lo interceptó.

—Buenos días —dijo. El significado de la presencia de Ataelo acabó de despertarlo del todo. Apoyó una mano en el hombro de Crax—. ¿Dónde está Herón? —preguntó. Y entonces señaló al desconocido del manto rojo—. ¿Quién es?

Crax sonrió.

—Un idiota que capturé. —Empujó la figura yacente con el pie—. Sitalkes le arreó más de la cuenta.

Kineas comenzó a estirar los músculos.

—Me parece que tendréis que contarme la historia entera.

Laertes sonrió y le arrebató el cuenco.

—Herón es concienzudo, hiparco. Hay que reconocerlo. Recorrimos sesenta, quizás ochenta estadios y clavamos nuestras lanzas en cada puñetera playa del maldito río.

Sitalkes habló deprisa, equivocándose con el griego a causa de la excitación y mostrando un cuero cabelludo en su lanza, hasta que Laertes tomó la palabra. Sacó un brazo de debajo del manto con el que se envolvía y señaló a Ataelo.

—Gracias a los dioses que lo enviaste —dijo—. Todos los afluentes van llenos; es difícil cruzarlos. Estábamos perdidos en medio de la oscuridad cuando Ataelo nos encontró. —Hizo un gesto en dirección a Sitalkes—. Nos encontramos con sus patrullas dos veces, pero no lograron cruzar. Este idiota —Laertes revolvió el pelo de Sitalkes— mató a un hombre con una jabalina y fue a nado a arrancarle la cabellera, el muy bárbaro.

Kineas sintió que el calor del té se adueñaba de su barriga.

—Así pues, ¿hay algún vado al sur de aquí?

Laertes se encogió de hombros y cruzó una mirada con Ataelo.

—Hay una docena de vados, si quieres que tu caballo nade o si te abres camino en fila india. Nada que sirva para un ejército; en realidad ni siquiera para una patrulla.

Kineas se frotó los ojos.

—¿Cómo acabasteis luchando con éstos, entonces? —preguntó señalando al prisionero.

—Debíande tener barcas —dijo Laertes—. Herónnos hizo buscarlas, pero no encontramos ninguna. Llevó su tiempo, bajo la lluvia. Y luego nos perdimos —concluyó, encogiéndose de hombros.

Ataelo sonrió al otro guerrero que estaba con él. Kineas se dio cuenta de que era su esposa, Samahe. La Negra. Sonrió irónicamente a su marido.

—Yo par a encontrar caballo griego —dijo—. Ver de noche.

Ataelo le pasó el té.

—Buena esposa —dijo—. Encontrar caballo griego; encontrar a Crax; encontrar enemigo lo mismo.

—¿Dónde está Herón? —preguntó Kineas. Volvió a mirar al prisionero. El hombre le resultaba familiar, o tal vez fuese el manto.

Laertes alzó el cuenco y un esclavo del campamento acudió a rellenarlo.

—Envuelto en su clámide. Tiene intención de ir al norte en cuanto hayamos descansado.

Kineas asintió.

—Dadle las gracias de mi parte. Y procurad descansar.

Todos sonrieron, complacidos con ellos mismos y con sus elogios, por más sobrios que hubiesen sido. Les hicieron sentirse mejor.

Filocles cogió el cuenco y lo apuró.

—Eumenes está esperando —dijo con mordacidad. Se limpió la boca y dejó el cuenco en el suelo—. Voy a ir con él. Veré qué puedo sonsacarle al prisionero cuando regrese.

Kineas caminó colina abajo pensando en las patrullas macedonias que sus hombres habían visto al sur del vado. Su intuición, que había bullido toda la noche, había sido acertada. De pronto entendió lo que acababa de oír. Filocles rara vez entraba en acción como soldado.

—¿Por qué? —preguntó Kineas—. ¿Por qué vas a ir?

La lluvia le estaba empapando otra vez y tenía la barba demasiado larga; la notaba como algo ajeno a su rostro. Quería afeitarse. Demasiados días en la silla.

Filocles se encogió de hombros.

—Es hora de luchar —dijo.

Eumenes estaba montado en la cabeza del escuadrón de Leuconte. Los hippeis de Pantecapaeum también estaban montados y, detrás de ellos, bajo la lluvia, había la mitad de la falange de Pantecapaeum. Casi todos iban desnudos, armados con el escudo y una única lanza pesada. Detrás de ellos, un par de pesa dos carromatos sakje.

Kineas fue caminando hasta Eumenes.

—Cruzáis derechos, recobraís los cadáveres y volvéis.

Eumenes tenía los ojos fijos en el vado.

—No te defraudaremos. No se repetirá lo de ayer —dijo muy serio.

Kineas se acercó un poco más, donde pudiera sentir el calor del caballo.

—Lo de ayer pudo haberle pasado a cualquiera. Esto es la guerra, Eumenes. Recoged los cuerpos y volved sin hacer heroicidades.

Eumenes saludó.

Un sindón, uno de los hombres de Temerix, fue trotando hasta Filocles y le dio un casco, que éste se puso en la parte de atrás de la cabeza, y una lanza pesada: dura, negra, un palmo más larga que la de los demás hombres, y tan gruesa como la muñeca de Kineas. Filocles se colgó un escudo al hombro, un escudo sencillo de bronce sin ninguna señal distintiva.

—¿Te vas con él? —preguntó Kineas otra vez. No lo entendía. Filocles sonrió forzosamente.

—Menón me ha nombrado comandante de sus doscientos —dijo. Enarcó una ceja—. Ventajas de una educación espartana.

Filocles giró en redondo e hizo ondear su clámide roja tras él. Con un movimiento desenvuelto de la cabeza, dejó caer el casco en posición de modo que las carrilleras le

taparan la cara. De dentro del casco surgió una voz inhumana, tan distinta de la de Filocles que Kineas hubiese dicho que se trataba de otro hombre.

—Correremos sin parar —dijo la voz—. Si un hombre se rezaga o cae, lo abandonaremos a los pájaros. ¿Listos?

Los soldados bramaron. Las lanzas golpearon los escudos. Kineas, maravillado, los observó salir corriendo hacia el vado, manteniendo sus posiciones en formación cerrada.

La expedición para cruzar el vado y recoger a los muertos de la víspera se desarrolló casi sin ningún percance. Kineas tuvo todo el día a la falange preparada para intervenir, así como a la caballería olbiana, y en la segunda hora él mismo cruzó para efectuar un reconocimiento rápido. Antes de la hora tercera los hombres de Pantecapaeum ya iban de regreso, todavía corriendo, cantando el peán de su ciudad mientras avanzaban. Detrás de ellos venían los carros, llenos hasta los bordes de su lúgubre carga, y un puñado de heridos que habían sobrevivido a una noche de lluvia. Los últimos fueron Eumenes y su escuadrón. Habían visto a unos cuantos macedonios, igual que Kineas. Eumenes tenía otro prisionero.

Kineas convocó a sus oficiales y se reunió con ellos en torno a la hoguera de su carromato.

—Esto no me gusta —dijo—. Voy a ir a ver al rey. Zopriente tendría que haber intentado cerrar el vado.

Eumenes no estuvo de acuerdo.

—Soy nuevo en la guerra, pero creo que anoche se sintieron derrotados, y que se retiraron del vado para estar tranquilos ya que temían la misma batalla que nosotros temíamos.

Niceas le dedicó una mirada de amo y señor.

—A mí me parece que tiene sentido —dijo.

—Es posible —asintió Kineas—. Tengo que precaverme contra todas las posibilidades. Pongamos a los hombres a cubierto; rotación de piquetes; y hay que ocuparse de los caballos. Este clima nos costará más caballos que una batalla. Diodoro, ponte al mando de los piquetes. ¿Alguien ha visto a Herón?

—Ya se ha marchado —dijo Diodoro—. Trató de localizarte cuando cruzaste el río, y dijo que tus órdenes no admitían demora y que se iba hacia el norte con nuestros exploradores. Parecía saber lo que se traía entre manos. He mandado a Ataelo con él.

Kineas no pudo reprimir una sonrisa.

—Sólo faltaría: tiene a nuestros mejores hombres. Envíamelo en cuanto regrese, o a cualquiera de sus hombres. Me voy a ver al rey.

Filocles, todavía una figura ajena con el pesado casco, lanza en ristre, escupió con

destreza a través del casco.

—Me encargaré de los prisioneros —dijo—. Niceas los tiene separados. Veremos qué se cuentan.

Kineas asintió.

—Eumenes, si puedes permanecer despierto, te necesito.

Eumenes asintió sin disimular su cansancio, y Kineas dio permiso al resto para que se retirasen.

Desde lo alto de la colina la vista era mejor. Mientras sus piernas avanzaban rozando la hierba mojada, Kineas veía las manadas, que se extendían hacia el norte, y los campamentos de cada uno de los clanes. La lluvia sería extenuante para ambos ejércitos, pero los sakje, con sus enormes manadas de caballos y sus carromatos secos para dormir, estarían más cómodos.

El cielo se estaba aclarando, las nubes se levantaban. Volutas de nubes bajas oscurecían el panorama, pero en otras direcciones veía hasta cinco estadios o más, y aunque la lluvia era persistente carecía de la vehemencia de la noche anterior. En Atenas habría esperado que cesara al atardecer.

Hacia el oeste veía una línea de fogatas que quedaba casi fuera del alcance de la vista. Los fuegos eran pequeños y el humo que desprendían, negro.

«Casi sin leña —pensó Kineas—. Sin carromatos, sin comida.» Había flirtado con Zoprionte dos veces bajo la lluvia y, a pesar de los resultados, el ejército de Zoprionte le daba lástima.

Estaban desesperados.

Kineas tuvo una idea, tan hermosa que resultaba peligrosa. No quería ni siquiera formularla para sí, mucho menos decirla en voz alta a los demás, pero no dejaba de asomar en sus planes y preocupaciones. Y la idea era: «Zoprionte aún no sabe que Cleomenes ha traicionado a la ciudad.»



El rey estaba reuniendo a los jefes de clan, precisamente. Tenía una gran tienda de fieltro y sus guardias la habían armado en medio de su fuerte de carromatos.

Kineas todavía llevaba la armadura que se había puesto para salir de reconocimiento. Se dejó puesta la c lámide, más aún al llegar los jefes de clan entre los que se contaba Srayanka, que se recostó a su lado sobre las alfombras. Marthax se sentó al otro lado y el rey lo hizo en una banqueta plegable. Les sirvió vino con sus propias manos, en pesadas copas de oro, miró con desaprobación a Srayanka y se volvió hacia otra parte.

Finalmente llegaron los últimos jefes de clan, dos sármatas y Kam Baqca. Ésta hizo una reverencia al rey y se desplomó a su lado como si el esfuerzo de mantenerse de pie la hubiese agotado.

El rey señaló a Kineas con su fusta.

—Nuestro agradecimiento a nuestros aliados. Habríamos tenido muchas sillas vacías sin vuestras acciones en el vado.

Kineas se levantó y extendió un brazo desnudo hacia los sármatas.

—Fueron ellos quienes volvieron las tornas —dijosin rodeos—. Sin ellos, quizá nos habrían vencido. Aun así perdí al joven Leuconte, uno de mis oficiales.

El más rubio de los dos sármatas se levantó y correspondió. la reverencia. Habló deprisa al rey, que tradujo sus palabras encantado.

—El príncipe Lot dice que os había cuestionado como aliados, y ahora ya no se hace más preguntas, y espera que la gravedad de la ofensa quedara olvidada tras la hermandad en el campo.

Kineas sonrió al hombre alto y rubio. El rey asintió.

—Es bueno que el ejército esté unido, y es bueno que hayamos asestado un golpe a Zoprionte al filo de la noche. ¿Marthax? Marthax se levantó. Hizo crujir los dedos y estiró los brazos. Dijo en griego:

—Es bueno. —A través de Eumenes, añadió—: Zoprionte se resistió a combatir. —Eumenes traducía, aunque, tal como venía ocurriendo con más frecuencia, Kineas entendía casi todas las palabras—. Mi impresión es que le asustó lo que comenzó a oscuras y con lluvia, y que se retiró.

Los demás jefes hicieron oír su aprobación.

Kineas reparó en que sus ánimos habían cambiado en una noche. Estaban ansiosos, y el rey parecía más contento. Sólo Kam Baqca tenía ojeras y los pómulos pálidos.

Kineas levantó la mano y el rey le dio la palabra.

—Envié exploradores hacia el sur —dijo—. Vieron patrullas y capturaron a un prisionero. Zoprionte está buscando un vado. Nos tiene bien localizados: sus hombres sabían dónde esperarnos anoche, y eso que llovía.

Srayanka habló tumbada en la alfombra a su lado.

—Esos tesalios son unos cabrones duros de pelar —dijo.

Kineas asintió.

—Como dijimos desde el principio, ahora es cuando está desesperado. Sólo tiene dos opciones: o destruir su ejército o cruzar al sur para ir a Olbia. —Kineas se encogió de hombros. Con cierta vacilación, expuso su más preciada idea—. Suponiendo que esté al corriente de la traición de Cleomenes, y nada de lo que hemos visto hasta ahora nos indica que lo sepa. —Hizo una mueca por la ironía del asunto: Zoprionte tal vez ignoraba la mejor baza que tenía. Los dioses castigaban el orgullo desmedido con maniobras como aquélla. Hizo un gesto que le enseñara su niñera, pura superstición, para conjurar toda eventualidad de pecar de lo mismo.

Kineas prosiguió.

—Hoy tendría que tomar el vado. Si no lo hace, deberíamos plantearnos volver a hostigarlo, haciendo incursiones al otro lado del río.

Marthax se frotó el bigote y bebió un poco de vino.

—El día de hoy ya está bastante avanzado. Y la lluvia lo empapa todo.

—Nuestro campamento está encharcado —asintió el rey—. El de los macedonios aún estará peor.

Srayanka miró a todos los presentes.

—Hoy no quiero luchar —dijo, y otros jefes asintieron mostrándose de acuerdo, y Gaomavante, señor de los Lobos Pacientes, se puso de pie.

—Necesitamos descansar, señor. Los caballos están cansados, y también los guerreros; hay demasiados heridos. La lluvia no ayuda.

Lot, el príncipe de los sármatas, encogió los hombros pese a llevar armadura. Habló a través del rey, que imitaba todos sus gestos.

—Nosotros no estamos cansados. Mostradnos una hilera de Sombreros de Bronce y los rebanaremos. La lluvia no moja las puntas de nuestras lanzas. Si vosotros estáis cansados, pensad cómo estarán los Sombreros de Bronce hoy.

Kineas negó con la cabeza.

—Los taxeis no están cansados. Son capaces de marchar cien días bajo la lluvia. —Miró al rey y volvió a sacudir la cabeza—. Nosotros estamos más secos, y más seguros, que los macedonios. Descansaremos mejor. Tenéis más caballos de refresco para reemplazar a los que renquean. Y además, y miedo me da gritar esto a los dioses no vaya a ofenderlos mi arrogancia, nada de lo que hemos visto en dos días indica que Zoprionte sepa que Olbia le espera con las puertas abiertas. Si mi consejo tiene peso en esta asamblea, sugiero que los clanes que estén en mejores condiciones

crucen el vado y bloqueen las rutas que tenga Zoprionte hacia el sur. Que no tenga modo de recibir mensajeros. Que ataquen sin tregua a los piquetes que tenga en el sur. Unos pocos cientos de caballos, como mucho; si se quedan aislados cuando Zoprionte avance hacia el vado, pueden hostigar su retaguardia o simplemente huir por la estepa.

El rey se rascó la barba. Miró a Marthax.

—¿Caudillo?

Marthax se encogió de hombros.

—¿Qué queremos, señor? —preguntó sin rodeos—. La campaña siempre ha estado abocada a esto. ¿Evitamos la batalla? ¿O forzamos la batalla y combatimos para destruir a este enemigo por completo, arriesgando nuestra propia destrucción? ¿No decidimos desde el principio correr ese riesgo? Podríamos habernos internado en la estepa en primavera; ahora mismo podríamos estar con los mesagetas. Pero estamos aquí. Basta de consejo. Aislemos a este Zoprionte del sur, es sensato, e incitémoslo a combatir. Dejemos que cruce el vado por la mañana. —Marthax miró a Kam Baqca casi con ternura—. Nos clavaré el aguijón, pero arrasaremos su avispero. He dicho.

El rey miró uno por uno a los presentes y pudo constatar que los jefes estaban con Marthax. El único que vacilaba era el rey, que dijo:

—Os recuerdo que cuando planeamos esta campaña decidimos que justo en este momento negociaríamos una prueba de sumisión.

Los jefes gruñeron. Junto a Kineas. Srayanka se puso tensa y endureció su expresión.

El rey volvió a mirarlos. Señaló a Kineas.

—Tu amigo el espartano dice que la guerra es un tirano, y nada lo deja más claro que esto. —Su amargura era evidente—. El olor a sangre os ha excitado. Queréis arriesgarlo todo de modo que se elimine esta amenaza o que se nos recuerde a todos en canciones. Miró a Srayanka—. O de modo que se borren las injusticias del pasado.

El silencio se adueñó de la tienda mientras él jugueteaba con su fusta. Ninguno de ellos hizo el menor ruido, y del exterior llegaba claramente el sonido de un caballo al galope.

El rey miró a Kam Baqca, pero ésta apartó la cara y levantó una mano, como si los ojos del rey pudieran abrasarla. El batir de cascos se acercó y se detuvo, y en la poco natural quietud Kineas oyó saltar a tierra a un jinete.

El rey torció el gesto ante la reacción de Kam Baqca. Acto seguido se irguió, y Kineas, que conocía el peso del mando, no pudo evitar ver cómo caía esa carga sobre los hombros del rey. Levantó la fusta y señaló al señor de los Gatos Esteparios.

—¡El rey! ¡Tengo que ver al rey! —dijo una voz poderosa en el umbral de la tienda.

El mensajero era joven, sólo llevaba un gorytos, pantalones y botas, y un puñal. Se arrojó a los pies del rey.

—Señor, hay un heraldo en el vado que exige nuestra sumisión. Un heraldo de los Sombreros de Bronce.

En cuanto Kineas vio a Cleomenes sentado a lomos de una hermosa yegua en la orilla de Zoprionte, supo que había ocurrido lo peor.

La lluvia amainaba. Un velo de nubes avanzaba deprisa por el valle del río separando los dos ejércitos, pero en los cielos el sol conquistaba gradualmente el elemento de agua. Kineas levantó la vista y vio un águila o un halcón a lo lejos, hacia el norte, a su derecha. Un buen presagio. Abajo, en la tierra, cien jinetes de la caballería macedonia aguardaban a medio estadio hacia el oeste, mientras un centenar del séquito del rey estaba plantado en la orilla del vado. Y entre ellos había dos medios círculos: el rey de los sakje, Marthax y Srayanka, Lot y Kineas; y a un largo de caballo, Zoprionte, flanqueado por un oficial macedonio y Cleomenes, y un heraldo.

El buen presagio del cielo a duras penas contrarrestaba el desastre que suponía la presencia de Cleomenes.

El heraldo macedonio acababa de leer los requisitos de su amo: la sumisión de los sakje, un tributo de veinte mil caballos y la inmediata repudiación de los ejércitos de Olbia y Pantecapaeum.

Kineas observaba a Cleomenes. Cleomenes le miró a los ojos y sonrió.

Cuando el heraldo hubo terminado, Zoprionte azuzó a su caballo. No llevaba cascó, sino una diadema blanca en el pelo.

—Tengo a Olbia en la palma de la mano —dijo. Sus palabras rezumaban arrogancia, desdiciendo lo que traslucía su semblante: fatiga y preocupación—. Con Olbia como base, puedo marchar sobre vuestras poblaciones. Me pasaré el otoño quemando vuestras cosechas. Ahorradme ese trabajó. Someteos.

Ninguno de los sakje rechistó.

Cleomenes se dirigió a Kineas.

—Has sido listó al no traer a ningún hombre de Olbia a esta J negociación, mercenario. Pero mis hombres los encontrarán y los pondrán al corriente. Y te abandonarán a tu suerte, dejando que mueras con éstos. Traidor. Falso asalariado. Mi señor Zoprionte no tendrá ninguna piedad contigo.

Kineas no dio más señales de reaccionar que los sakje. En lugar de eso, se volvió hacia el rey. Y el rey, que había estado sentado con los hombros caídos, relajado ó tal vez aburrido mientras escuchaba al heraldo, adoptó una postura erguida.

—Cuando me he enterado de la llegada de tu heraldo —dijo en perfecto griego—, estaba reunido en consejo con mis jefes. Ellos me instan a luchar y yo titubeó, porque

librar batalla es someter a mi pueblo al azar y a la muerte. Oh, Zoprionte, tus palabras han aclarado el aire para mí, tal como el sol acaba por disipar la niebla. ¿Conoces bien a vuestro Herodoto?

El semblante de Zoprionte se ensombreció.

—No juegues conmigo. Sométete ó asume las consecuencias.

Incluso en ese momento, Kineas se daba cuenta de lo apurado que estaba Zoprionte. Aun teniendo a Olbia en sus manos, tan sólo a trescientos estadios de distancia, su desesperación seguía siendo patente. Una chispa de esperanza se encendió en el fuero internó de Kineas.

El rey alargó el brazo y cogió un canasto de manos de Srayanka, que montaba a su lado.

—Aquí tienes nuestras ofrendas, oh, Zoprionte. —Se encogió de hombros y pareció tan joven como realmente era—. No he tenido tiempo de atrapar un pájaro.

Azuzó a su caballo. El caballo dio unos pocos pasos y todos los macedonios reaccionaron. Pero el rey entregóel canasto al heraldo y detuvo su caballo junto al caballo de Zoprionte.

Zoprionte hizo un gestó de impaciencia. El heraldo retiró la toalla de lino que cubría el canasto y una rana saltó al suelo. Sobresaltado, el heraldo dejó caer el canasto. Se volvió hacia su amó.

—¡Bichos! —exclamó—. ¡Ratones y ranas!

El rey echó manó a su gorytos y sacó un puñado de flechas ligeras que arrojó al suelo, a los pies de Zoprionte.

—Soy el rey de los sakje. Ésta es la respuesta de los sakje. Mis aliados pueden hablar por sí mismos.

El rey miró a Kineas y se sentó muy erguido. Acto seguido dio la vuelta a su caballo y se marchó.

Cleomenes estaba tan rojo como una clámide espartana. El caballo del heraldo respingó asustado por los ratones.

Kineas se inclinó hacia delante. La tensión le hacía apretar los puños, pero su voz sonó con firmeza.

—Sus ofrendas significan esto, Zoprionte: salvó que seas capaz de nadar como una rana, excavar como un ratón ó volar como un pájaro, te destruiremos con nuestras flechas.

Zoprionte reaccionó enfadándose tanto que Kineas vio confirmada su sospecha de que estaba al límite.

—¡Esta embajada ha concluido, mercenario! Lárgate antes de que ordene que te maten.

Kineas hizo avanzar a su caballo, flotando en la promesa de su sueño.

—Inténtalo, Zoprionte —dijo—. Intenta matarme.

Zoprionte dio la vuelta a su caballo.

—Estás loco. Ebrio de poder.

Kineas rió. Fue una risa áspera, un poco forzada, pero surtió el efecto deseado.

—¿Sabe Alejandro que llevas la diadema? —gritó—. ¿Tienes una banqueta de marfil a juego?

Vio que había dado en el clavó. Zoprionte hizo girar a su caballo. Se llevó la mano a la empuñadura de la espada.

Kineas se quedó quieto, y su caballo de guerra tampoco se movió.

Cleomenes se inclinó sobre el cuello de su caballo.

—Eres un hombre peligroso. Y ahora vas a morir.

Kineas no cedió terreno. Su risa era burlona, y estuvo orgulloso de poder conjurarla. Y necesitaba acosar a Zoprionte. Necesitaba que se dejara dominar por la desesperación.

—Tus caballos se mueren de hambre —gritó—. Tus hombres caminan como cadáveres. Estás quemando tus carros porque no tienes leña.

Zoprionte estaba a dos largos de caballo. Aún tenía la mano en la espada y no dejaba de hacer muecas.

Kineas señaló las flechas del rey.

—Cleomenes —dijo con sorna—. Has elegido imprudentemente. —Lo miraba de hito en hito—. Eres un estúpido. Este ejército jamás llegará a Olbia con vida.

Cleomenes no pestañeó.

—Exijo que me entregues a mi hijo y a todos los hombres que aún sean fieles al arconte.

Kineas sacudió la cabeza.

—Si te enviara a Eumenes —dijo—, te mataría con sus propias manos. —A Zoprionte le dijo—: Olbia está en tu lado del río. Tus exploradores te habrán dicho que no hay más vados al sur de aquí. Cuando creas que estás preparado para tomar el vado, ven y enfréntate a nosotros. Eso si tus caballos no han muerto antes de hambre.

La ira de Zoprionte comenzaba a sacarlo de sus casillas, y Kineas se marchó. Alcanzó al rey en el vado.

—No hay que dejarle marchar hacia el sur.

—Lo sabemos —asintió Marthax.

—Que los Gatos Esteparios crucen el vado en cuanto Varó, su señor, esté preparado —dijo el rey—. Mostrémosles su futuro.

Kineas se percató de que Kam Baqca le estaba observando. La miró a los ojos y se preguntó si los suyos se verían igual de vacíos.

Los Gatos Esteparios cruzaron el vado en cuanto la lluvia pertinaz dio paso a chubascos dispersos a primera hora de la tarde. Un sol húmedo aclaraba p artes del cielo, si uno lo miraba con optimismo.

Kineas ordenó a Diodoro que cruzara con una patrulla y explorara el campamento enemigo o su línea de patrulla. Le habría gustado ir en persona, pero tenía que dormir.

Su siesta fue sin sueños, pero tuvo una aguda sensación de estar soñando cuando un brazo mojado le despertó y la voz de Filocles le habló al oído.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tu prisionero, ¿recuerdas? —dijo Filocles—. El que trajo Laertes. Es un celta. Uno de los del arconte.

—Atenea protectora. Escudo de nuestros padres, señora del olivo. Por todos los dioses —juró Kineas, pero ya había salido de su carromato a la luz de la media tarde: el cielo era pálido y el sol, demasiado débil para proyectar sombras, pero más seco que la lluvia. Siguió a Filocles hasta el hoyo de la hoguera, donde el prisionero estaba sentado en una piedra, vigilado por un trío de amigos del herrero. Tenía la cabeza entre las manos y Kineas vio que tenía la nuca hinchada.

—Mírame —ordenó Filocles con su voz de Ares.

El hombre levantó la cabeza y Kineas lo reconoció a pesar de tener un ojo magullado.

—Vaya —dijo Kineas—. Pues no fue arrogancia. Los dioses nos sonrían, salvo que otros pasaran de largo.

Filocles sacudió la cabeza.

—Una docena de celtas, un par de macedonios y Cleomenes salieron juntos de la ciudad. La esposa de Ataelo los descubrió en plena noche y condujo a los hombres de Herón hasta ellos. Éste piensa que están todos muertos.

Kineas se rascó la barba. «En equilibrio en el filo de un cuchillo.» Si él y Srayanka... Si ella no hubiese conocido a Ataelo... Si Ataelo no tuviera una nueva esposa que hubiese cabalgado con él...

Aún no estaba todo dicho.

Kineas se refrescó la cara con agua fría.

—Cleomenes logró reunirse con Zopronte —dijo—. Con un día de retraso, me parece. Espero. —Se encogió de hombros—. Voy a por agua caliente, un afeitado y un estrígil —dijo—. Mañana luchamos.

Filocles asintió.

—Yo iré a peinarme —dijo.

Marthax envió más secciones de su caballería ligera a través del vado a última hora de la tarde, con órdenes de sembrar la máxima confusión posible entre los macedonios. Las horas siguientes fueron una sucesión de constantes escaramuzas poco más allá de donde alcanzaba la vista desde el vado. Los sakje iban y venían para cambiar de caballo, abastecerse de flechas y traer a los heridos.

Kineas envió a Diodoro a apoyarlos y a recabar cuanta información pudiera.

Todavía quedaba una hora de luz, si no más, cuando Kineas vio movimiento en el vado. Hizo una seña a Menón, que acudió a la carrera. Jinetes olbianos venían cruzando el vado a toda velocidad.

Vio a un mensajero sakje subir la colina hasta el fuerte de carromatos del rey. Otro sakje se aproximaba desde el norte, por su lado del río, galopando entre las manadas a un paso temerario. Y un griego, que resultó ser Diodoro, venía hacia Kineas al galope desde el vado.

—Están avanzando —dijo Diodoro jadeando.

Kineas se rascó la barba recortada.

—¿Van a combatir ahora?

A Diodoro le costaba trabajo recobrar el aliento. Llegó Menón.

—Se dirigen al norte. Han usado la negociación para cubrirlos. El ejército entero está en marcha. Hay caballería a modo de pantalla; hemos tenido suerte. Y están cansados. Los hemos visto fugazmente.

Kineas se irguió tanto como pudo en la silla, como si así alcanzara a ver más lejos. El viento empujaba las últimas nubes de lluvia hacia el este, pero la visibilidad seguía siendo mediocre, y a pocos estadios apenas se distinguían colores.

—¿Al norte? —dijo.

El temerario jinete sakje venía hacia él. Cuando estuvo a un estadio, Kineas vio que se trataba de Ataelo. Se le aceleró el pulso. Tuvo la sensación, casi la misma que en sus sueños baqca, de saber qué ocurría. Ataelo venía de vera Herón. Herón estaba explorando el norte. Diodoro había dicho que los macedonios marchaban hacia el norte.

Kineas lo vio: la arremetida desesperada de Zoprionte. «El jabalí acorralado cornea a los reyes.»

Ataelo no se molestó en desmontar. Frenó tan cerca que el sudor de su caballo salpicó a los presentes.

—Herón encuentra vado. Norte. Y Macedon ia encuentra vado también.

Kineas se sintió atenazado por el peso de un futuro ineludible. Otro vado; con una playa de guijarros y un gran árbol muerto, seguro.

El vado quedaba justo al norte de las manadas situadas más al norte, junto al santuario del dios del río. Ataelo dijo que era tan ancho como cuatro carros y profundo hasta las rodillas de un hombre, y que había macedonios en la otra orilla, sólo un puñado, aunque iban llegando más, y que Herón estaba resuelto a defenderlo tanto tiempo como pudiera.

Kineas no aguardó a oírlo todo. Se volvió hacia Menón.

—Me voy a ver al rey. Coge la falange y marchad de inmediato. Tienes que ganar



la carrera a los taxeis. Llevan ventaja, pero vuestra ruta es más corta.

Menón asintió.

—No cruzarán esta noche.

—Lo intentarán. ¡Salid ya! —dijo Kineas. Se volvió hacia sus oficiales—: Eumenes, tus hombres han descansado. Que cada uno coja dos caballos. Dad montura a todos los sindones. Cabalgad como si cada uno de vosotros fuera a lomos de Pegaso. Nicomedes, ve con él en cuanto tus hombres estén en condiciones de montar. Haré que los esclavos pongan un carro en marcha para llevaros la cena. ¿Treinta estadios? —preguntó a Ataelo.

Ataelo encogió los hombros.

—Una hora a caballo.

— Diodoro, retira a tus hombres del vado. Que descansen. Vendréis conmigo dentro de una hora. —Kineas los miró a todos—. Debemos ganar la carrera hasta el vado.

Todos asintieron.

—Éste es el último lance —dijo Kineas—. Ésta será la batalla. Nos ha robado una marcha, pero sabemos que podemos marchar deprisa. Ahora demostraremos lo que somos capaces de hacer.

Filocles le puso una mano en el hombro.

—Basta de órdenes —dijo—. Nos vemos en el vado.

Las noticias de Kineas sólo sirvieron para confirmar lo que el rey ya había oído. Marthax fue al grano.

—Quizás el vado. Quizá no el vado. —Hizo un gesto con la mano—. No podemos dejar que se marche, que se vaya al sur, a Olbia.

El rey parecía cinco años mayor.

—Estamos llevando a los sakje al otro lado del río —dijo—. Le seguiremos, aplastaremos su retaguardia, dificultaremos su marcha.

Kineas suspiró profundamente.

—Llevará tres horas de ventaja. Marchará toda la noche. No le alcanzaréis hasta por la mañana. Si no voy errado, estará cruzando.—Se pasó una mano por el pelo—. ¿Tenemos el ejército más pequeño y nos proponemos dividirlo?

El rey negó con la cabeza.

—Tenemos el ejército más veloz. Vigilamos todos sus movimientos y nos reagrupamos para el combate.

Kineas sacudió la cabeza.

—Tal vez os obligue a luchar en el mar de hierba... Y yo me encontraré a horas de distancia, incapaz de ayudar.

Marthax estaba muy serio. Habló deprisa y el rey le tradujo.

—No tenemos elección. Si llega a Olbia antes que nosotros, estamos perdidos.

Kineas comprendió que ya habían tomado su decisión. Estaban cansados, todo el mundo lo estaba, y no había tiempo para discutir. Pensó en un campo de batalla que no había visto nunca, excepto en un sueño. Pensó en el rey, su amigo y rival, de quien iba a separarse en breve. Sabía lo que importaba ahora. Tras vacilar un instante, dijo:

—Deja un clan conmigo; no puedo defender el vado sólo con los griegos.

Lo que más miedo le daba era cómo se sentirían los olbianos cuando despertaran y vieran que estaban solos para soportar el peso de Macedonia.

El rey frunció el entrecejo, pero Marthax asintió.

—Gatos Esteparios. Caballos Rampantes. Te quedas con los dos. Conoces a los jefes. Gatos Esteparios luchan todos los días; cansados. No cabalgan toda la noche. Caballos Rampantes llevan peor parte ayer. —Envió a Ataelo en busca de los jefes y, a través del rey, dijo—: Creo que Zopronte irá al vado. Creo que lo alcanzaremos dos horas después del amanecer. Vosotros resistid. Nosotros lo alcanzaremos. —Los demás jefes se apresuraban colinas arriba, salvo los que estaban luchando al otro lado del río. Kineas vio a Srayanka, ya montada, dando órdenes a los caballeros de su séquito. Filocles pasó corriendo junto a ella, al frente de sus doscientos lanceros, y mientras le observaba, Filocles levantó una lanza hacia ella, gesto al que correspondió con un grito de guerra que a su vez fue coreado por su clan. El escuadrón de Eumenes ya estaba desapareciendo en la penumbra. Los hombres de Nicomedes estaban terminando de armarse y los esclavos tenían dos carromatos cargados: toda la columna estaba en movimiento, con la falange de Menón marchando en retaguardia.

Kineas se sintió orgulloso de ellos.

Kalix de los Caballos Rampantes acudió el primero. Tenía una herida de espada en un brazo y estaba pálido, pero se avino a servir a las órdenes de Kineas. Varó de los Gatos Esteparios presentaba mejor aspecto; hablaba deprisa, aún poseído por el daimon de la lucha, y explicó con elocuencia la jornada de escaramuzas más allá del vado, las brechas abiertas en la pantalla enemiga y el descubrimiento de que estaban recogiendo el campamento.

Kineas procuró ser paciente, pero su corazón estaba con los olbianos que avanzaban deprisa río arriba. Al cabo de una hora quizás estarían acometiendo. Llevara razón o no, Kineas quería estar allí. Tenía buen ojo para el terreno y la suya era la voz que todos los griegos obedecerían, incluso Menón.

S e le ocurrió que tal vez moriría aquel mismo día, aquella misma tarde si la batalla comenzaba de inmediato. Se le hizo un nudo en la barriga y el pulso se le aceleró. Era allí. Ahora.

Quería ver a Srayanka otra vez. La última. Estaba en la falda de la colina, tan sólo a un hipódromo de distancia.

No obstante, se volvió hacia Varó y Kaliax.

—Habría combate en el santuario del dios del río al anochecer —dijo—. Para vosotros queda a una hora de aquí. ¿Cuándo podréis venir?

Kaliax flexionó la mano herida.

—Ocaso —dijo.

Varó asintió.

—Algunos de mis Gatos aún están al otro lado del río. Necesitaremos caballos de refresco, comida. Ocaso como muy pronto.

Kineas asintió con gravedad. Tampoco había esperado nada mejor.

—Venid por mi flanco derecho —dijo. Tuvo que buscar las palabras, y al cabo de un minuto de confusión y preocupación, saltó de su montura, fue hasta una fogata, cogió una ramita quemada y un trapo que tapaba una olla haciendo caso omiso de las protestas de la sindona que atendía el fuego. Se puso el trapo en la rodilla y dibujó—. Río —dijo. Luego trazó dos líneas en ángulo recto, como un camino—. El vado y el santuario —dijo, y los dos jefes asintieron. Esbozó un bloque, un simple rectángulo—. Los griegos —dijo. Y dibujó otro al otro lado del río—. Macedonios.

Ambos jefes asintieron. El palito de Kineas se quedó sin carbón. Volvió a la fogata y cogió otro. Trazó una línea y luego una amplia flecha curvada.

—Venís hacia el norte —precisó—. Giráis al este, lejos del río, siguiendo la sierra.

Ambos hombres asintieron.

—Ocaso —dijo Varó.

—Id con los dioses —dijo Kineas.

Percibía el movimiento en su conjunto; el curso de los acontecimientos, los preliminares de la batalla, discurriendo como el río del relato del rey. Quería su caballo de guerra y su armadura; quería asegurarse de que los esclavos tuvieran suficiente comida con la que preparar una cena caliente para todos los aliados griegos; quería ver a Srayanka.

No disponía de tiempo para hablar con Srayanka.

Seguramente no volvería a verla nunca más.

Montó, echó un vistazo a la columna de olbianos que estaba desapareciendo entre la hierba alta de la orilla del río y cabalgó cuesta abajo por la ladera sur de la colina hasta donde estaba montada en su caballo, con una mano en la cadera y la otra sosteniendo la fusta. Al verlo, le sonrió.

—Ahora —le dijo—. Ahora verás cómo luchamos.

Una parte de Kineas estaba demasiado cansada para hablar. Sólo había ido a decir adiós, pero ella estaba tan viva, parecía tanto una diosa... El Poeta a menudo decía que los hombres y mujeres eran como dioses en sus mejores momentos, y ahí estaba ella para corroborarlo.

No quería morir. Quería estar con ella para siempre.

Su silencio, y algo en su mirada, la conmovieron. Se inclinó hacia delante, le echó los brazos al cuello, apretó su mejilla contra la suya y Kineas sintió su calor y el pellizco de su gargantilla de oro en el cuello.

—Mañana —dijo Srayankate encontraré, o me encontrarás, y el Sastar Baqca habrá terminado.

Se le ocurrieron muchas cosas que decir. Se dio cuenta, porque era un hombre valiente, de que lo que deseaba era su consuelo, y de que lo mejor que él podía darle a ella era su silencio a propósito del sueño, de modo que fuera a la batalla sin mermar su esperanza. La estrechó hacia sí.

—Te has afeitado —dijo Srayanka, dándole unas palmaditas en la mejilla mientras sus caballos se separaban.

—Siempre el mejor aspecto para la batalla —dijo Kineas—. Es una tradición griega —agregó. Trataba de mostrar buen humor, pero ella asintió con gravedad.

Tras ese insustancial intercambio de palabras, cada uno se fue por su lado. Eran comandantes, tenían funciones que desempeñar.

Kineas la miró una vez más, y ella le estaba mirando. Sus ojos..., cada vez más lejos en la hierba..., y luego se volvió para gritar una orden. Kineas suspiró profundamente y se dirigió hacia las filas de la caballería.

Arni estaba al mando de todos los esclavos. Los carromatos ya estaban en marcha, seguidos por las reatas de caballos de refresco, pero Arni tenía preparado el caballo de Kineas y aguardaba acariciándole la cabeza, a pesar de sus otras responsabilidades.

—El amo me ha dado órdenes —dijo, con su característica sonrisa torcida—. Mantas y arreos con el equipaje. Aquí tienes tus mejores jabalinas y la armadura. Túnica limpia; Ajax dijo que la mejor, así que es la mejor.

Kineas sonrió, ver a Srayanka le había levantado el ánimo y una parte de él no creía en muertes predestinadas. Además, para bien o para mal, había pasado todo el verano planeando aquella batalla, y era suya. Desmontó. Tardó demasiado en cambiarse de túnica, demasiado en conseguir tener los pies cómodos en las botas altas de la caballería pesada, demasiado en cerrar el peto y atarse el fajín. Río arriba quizá ya estuvieran muriendo.

Cogió su espléndido casco dorado, se lo puso apoyándolo en el cogote y se cubrió la espalda con su mejor clámide, azul como los ojos de Srayanka.

—Encended las hogueras en cuanto lleguéis —dijo Kineas a Arni—. Elige el campamento tú mismo. Lo has visto hacer suficientes veces. Llegad a tiempo para darnos de comer y me ocuparé de que te hagan liberto. Díselo a tus hombres: si vencemos, todos vosotros seréis libres.

—Mi amo me ha dicho lo mismo —dijo Arni con satisfacción.

Diodoro llegó con el casco puesto.

—Listos —dijo, y esbozó una sonrisa. Estaba agotado, igual que sus hombres. Aunque no tan cansados como los macedonios, se dijo Kineas. Cedió las riendas de su mejor caballo de viaje a Arni y montó a Tánatos.

—Elige un buen campamento —dijo, y puso el semental en marcha.

Resultó sencillo seguir al ejército. Habían trillado un camino en la hierba alta tan ancho como la falange de Menón. Corría paralelo al cauce del río durante unos pocos estadios y luego seguía derecho como una cuerda de arco en tangente, atajando a través del amplio sector del meandro.

Kineas se impacientaba con la velocidad del escuadrón de Diodoro. Les perdonaba la fatiga, pues lo merecían, pero le urgía llegar cuanto antes. Se dio cuenta de que se adelantaba y finalmente dio media vuelta, regresó hasta Diodoro y sacudió la cabeza.

—Perdóname, viejo amigo. Tengo que irme.

Diodoro le despidió con la mano. Kineas señaló a Niceas con la fusta y ambos

salieron al galope.

Alcanzó la falange en lo alto de la sierra que dominaba el valle del río. Hizo una seña a Menón y siguió adelante. Menón no contaría con que se detuviera a charlar. Cabalgó colina abajo, adelantando a los carros que Arni había despachado y que tenían dificultades con el fango. Los hombres cortaban maleza que ataban en fardos para que soportaran el peso de los carros. Kineas siguió adelante. Más allá, el bulto de la falange de Pantecapaeum se destacaba sobre el terreno pantanoso y había oficiales gritando para mantenerla en formación cerrada. Los hombres se quitaban el escudo de la espalda y se lo ponían al brazo.

La batalla estaba cerca.

Desde allí, en los últimos promontorios de la sierra, Kineas vio que había combate en el vado. Los arqueros de ambos lados tiraban sin tregua y había cuerpos por el suelo. Vio a su propia caballería formada en el vado mismo, así como un cuerpo de infantería: tenía que ser Filocles, corriendo para formar una línea, dejando atrás a unos cuantos rezagados. Pocos hombres podían correr treinta estadios por terreno malo sin pausa, incluso después de una vida entera de entrenamiento. Estarían tan cansados de la carrera que de poco servirían en una batalla, pero allí estaban.

Niceas se detuvo detrás de él.

—¿Órdenes? —preguntó. Parecía sereno, pero una mano tamborileaba la trompeta y la otra la tenía en el cuello, acariciando el amuleto de la lechuza. Su caballo bajó la cabeza y agitó los costados. El semental de Kineas mantenía la cabeza alta y alerta, parecía que hubiese salido a dar un paseo.

Kineas le dio unas palmadas en el cuello.

—Amigo mío, estás hecho un campeón. —Se volvió para mirar el caos que envolvía a los carromatos y vio, detrás de ellos, la falange de Menón. Sacudió la cabeza—. Dile a Menón que deje unas cuantas filas para que ayuden a los carros y que siga avanzando —dijo—. Yo voy bajando.

Desde allí se divisaba todo el campo con claridad. El santuario del dios del río era un mojón de piedras apiladas sobre un breve istmo que se metía en la corriente cerca del vado como el pulgar de un luchador. El pulgar y el terreno circundante de la orilla estaban densamente poblados de grandes árboles viejos, robles y sauces. Un poco más al norte, río arriba, se encontraba el vado. Con la luz del sol poniente, el vado resultaba evidente, quizá porque había tiradores de pie que proyectaban su sombra, pero el agua corría, ancha y poco profunda, y unos troncos y una gran roca revelaban el camino del vado. Al este del vado, en la orilla de Kineas, las tierras que se anegaban con las crecidas se extendían varios estadios; costaba precisarlo bajo la luz roja del crepúsculo, pero la hierba era corta, y el terreno, llano y húmedo.

El vado tenía medio estadio de ancho, y la otra ribera era tan llana como la oriental, llana y sin árboles, terreno perfecto para los taxeis. No había ni rastro del

cuerpo principal del ejército macedonio, y eso que alcanzaba a ver diez estadios. Vio caballería, algunos peltastas y hombres con clámide: tracios, supuso.

Dio un último vistazo e hizo bajar a Tánatos el último trecho de cuesta y atravesar los carrizos del borde del pantanal que dominaba el extremo sur de la llanura anegadiza, para luego subir a un pequeño promontorio que se alzaba a lo largo del río, donde el prado era más firme. Cabalgó mirando el suelo. Los cascos de su semental chapoteaban al correr a medio galope, pero el suelo era bastante duro bajo la superficie del agua, y al día siguiente aún estaría más seco.

Adelantó con soltura a los doscientos de Filocles y éstos le vitorearon. Él alzó el puño a modo de saludo al pasar junto a ellos. Cabalgó hasta Nicomedes, que estaba con Ajax delante de la línea.

Nicomedes tenía muy buen aspecto: limpio, pulcro y sereno, aunque la firmeza de su apretón de manos reveló que tenía los nervios de punta.

—Por todos los dioses, Kineas. Nunca me había alegrado tanto ver a un hombre. —Sonrió—. ¿El mando de un ejército? Todo tuyo. He estado al mando una hora y he envejecido un año.

Ajax se echó el casco hacia atrás.

—Ha sido muy prudente —dijo en tono de broma. Detrás de él, Herón llegó trotando al grupo de mando y saludó. Kineas correspondió el saludo y fue al encuentro de aquel joven larguirucho.

—Buen trabajo, señor. Buen trabajo.

Herón se miraba las manos.

—Hice lo que pude —dijo—. Especialmente escuchar a tus veteranos.

Niceas rompió a reír.

—El mundo está lleno de hombres lo bastante estúpidos como para pifiarla —dijo con brusquedad—. Acepta el elogio del hiparco: te lo has ganado.

Kineas le dio una palmada en la espalda y su mano resonó en la armadura.

—Buen trabajo —repitió, y pasó su atención a Nicomedes. Nicomedes señaló hacia el vado.

—Me he negado a caer en la tentación de luchar en el agua. Si sus tiradores quieren dar faena a nuestros sindones, que así sea. Los sindones parecen bastante contentos con el enfrentamiento y ninguno de nosotros resultará herido.

Kineas asintió con un gesto contenido.

—Has hecho bien. Sólo tenemos que resistir. Creo que intentarán atacarnos antes de que se ponga el sol.

Echó un vistazo a la línea. Muchos de los hombres de Filocles estaban de rodillas o recostados en el suelo, respirando pesadamente, pero eran más los que ya estaban de pie y en orden de batalla, con el escudo entre los empeines, lanza en ristre.

Kineas hizo una seña a Eumenes, que acudió de inmediato.

—¿A quién has designado como tu hipereta? —le preguntó.

—A Cliomenedes —contestó Eumenes. En efecto, el chico estaba justo detrás de él. Era el más joven de los que habían efectuado la incursión en invierno y seguramente seguía siendo el benjamín del escuadrón. Sin embargo, Kineas había visto su espada al luchar contra los getas: en realidad ya no era un chico.

—Muy bien. Lleva a tu escuadrón al sur de Filocles y cubre su flanco izquierdo. Si nos vemos obligados a ceder la ribera, nos retiramos hacia el sur, de modo que tú serás nuestro pivote. Nicomedes, ¿dónde están los sindones? ¿En el santuario?

—Sí. Se han metido en la arboleda y ahora no paran de salir flechas —explicó Nicomedes riendo con cierto nerviosismo.

Kineas asintió.

—Los dejaremos ahí.

Miró hacia el sur y el este buscando la columna de Menón. Venían lentamente a través del pantanal. Kineas hizo una seña con la fusta a Filocles, y luego condujo a los oficiales montados hacia el espartano para llegar cuanto antes. Se rascó la barba, volvió a mirar al otro lado del río, notó que el pulso se le aceleraba y frenó el caballo con Filocles a sus pies.

—Intentarán tomar el vado dentro de muy poco, caballeros. Filocles, esos de ahí son tracios; peltastas, en realidad, pero con espadas grandes. Vendrán a por ti en estampida, con los flancos cubiertos por la caballería.

Filocles llevaba su enorme casco corintio echado hacia atrás. Parecía él mismo, un hombre grandullón y afable. El filósofo. Pero cuando habló, lo hizo con la voz de Ares.

—Los detendremos aquí —dijo—. Nunca he luchado contra ellos en persona, pero conozco su reputación. Después de la primera carga no valen una mierda. —Sonrió, y lo hizo con la sonrisa sarcástica de Filocles—. Creo que podemos controlarlos.

Kineas llamó la atención de sus oficiales de caballería y señaló hacia un pequeño promontorio que destacaba en el sur.

—Si van mal dadas, nos reagrupamos en el sur. Dejamos que los tracios vengan, Filocles opondrá resistencia. Cuando su caballería cruce, lo hará sin ningún orden; dejamos que crucen y entonces cargamos, antes de que vuelvan a formar. Estad pendientes de mi señal, pero no dudéis en tomar la iniciativa si es preciso. O iré con la infantería.

De hecho, le resultaba extraño estar sentado en un caballo, lejos de la línea de frente, dando órdenes. Pero ése era su trabajo, ahora.

Regresó junto a la pequeña falange, en realidad no más que un puñado de peltastas a las órdenes de Filocles. El corpulento espartano le sonrió, se puso el casco en posición de combate y corrió al frente de sus hombres. Señaló al otro lado del río y



los doscientos soltaron un grito de guerra como si fuesen mil hombres, un vocerío que descargó un chorro de energía a través de Kineas como si de un rayo beneficioso se tratara.

Al otro lado del río los tiradores macedonios se batían en retirada. En la ribera, clara bajo la luz mortecina, Kineas acertó a ver a los tracios y a la caballería. Y detrás de ellos, algo. Resultaba difícil calcular distancias, y más aún detectar movimientos de tropas en un terreno mojado, sin polvo, pero allí había algo. Un *taxeis*, quizá, todavía a unos cuantos estadios de distancia.

Los tracios profirieron un grito de guerra, y luego otro, y levantaron sus escudos. Eran bastante numerosos. Hicieron sonar sus espadas contra los escudos y se pusieron a cantar. Y entonces comenzaron a cruzar el vado. No mantenían ninguna clase de orden, y sus filas se desparramaban mientras cruzaban.

Kineas había desdeñado a los sindones, los hombres del herrero, considerándolos poco importantes, pero de sus posiciones en el pulgar, inmunes a los tracios y sin ningún temor, disparaban flechas contra el flanco de la carga. Los tracios se apartaron del pulgar, se apelotonaron en el lado norte del vado y subieron por la ribera demasiado despacio, habiendo perdido buena parte de su ímpetu a causa del agua y las flechas. Un jefe los reagrupó en la orilla del río y los condujo adelante; eran un centenar o más, y chocaron contra el frente de los hombres de Filocles con un estrépito como el de doce herreros trabajando en tantas fraguas. Con un movimiento fantástico, el jefe pasó directamente de la carrera de la carga a saltar por encima del borde de la pantalla de escudos, cortando una cabeza griega con su larga espada antes de tocar el suelo, pero cuatro lanzas lo atravesaron antes de que su cuerpo cayera a tierra, y la brecha así abierta se llenó, en tres latidos del corazón de Kineas, de hombres muertos, griegos y tracios, y entonces los *epilektoi* arremetieron desde la segunda fila y la herida de la falange quedó curada en cuanto cerraron sus escudos.

Vinieron más tracios por la orilla del río; cada hombre parecía tomar sus propias decisiones, y algunos salieron corriendo hacia la base del pulgar para poner fin al mortificante fuego de los arqueros mientras otros se arrojaban a la lucha que se desarrollaba delante de ellos.

Kineas se obligó a apartar los ojos del enfrentamiento para vigilar a la caballería enemiga. Estaban atrapados en el vado; ahora eran las víctimas de la mortífera lluvia de flechas y no podían avanzar por culpa del pelotón de tracios.

A una distancia semejante a la anchura de una calle ateniense, el penacho de Filocles asomaba en la primera línea, y sus rugidos estremecían el aire. Kineas veía la inmensa lanza negra subir y bajar, atrás y adelante, sujeta con una sola mano sobre el hombro del espartano, que golpeaba con ella como si no pesara nada, atrás y adelante, como una máquina de matar hombres. No estaba solo, se hallaba en una esquina de su amenazada formación y, no obstante, mató a cinco hombres en otros tantos jadeos,

hincando la gran lanza negra con brutal economía, derecha a la izquierda en un avance, una boca, una garganta, para acto seguido salir hacia atrás, sin hundir nunca la hoja rebasando su parte más ancha. El brazo de Filocles era negro en la mano y rojo hasta la altura del hombro, igual que era rojo su costado, por cuya piel desnuda chorreaba la sangre de otros hombres. Bajo la atenta mirada de Kineas, la línea griega se solidificó, y el rugido de Filocles obtuvo como respuesta una ofensiva, un empujón que hizo retroceder a los tracios; algunos hombres cayeron literalmente al suelo y la línea de frente los pisoteó, y las lanzas de las filas posteriores subieron y bajaron: la falange parecía un telar que tejiera muerte.

Los tracios se vinieron abajo. Estaban siendo masacrados contra los escudos redondos, el ímpetu de su carga se había azotado y el miedo se adueñó de ellos. Rompieron filas y huyeron adentrándose en el vado ya atestado de rezagados y bloqueado por la caballería que acudía en su apoyo.

Kineas cabalgó hasta la vanguardia de Filocles, que dirigía el avance de sus hombres. Iban cantando y Kineas tuvo que bramar para que le oyeran.

—¡Alto! —gritó. Golpeó el casco de Filocles con el pomo de su jabalina—. ¡Alto!

La lanza negra giró en redondo y la punta se detuvo a menos de un palmo de su rostro. Filocles le fulminó con la mirada al reconocerlo. Dio un grito. Su gaitero tocó su estridente instrumento y los victoriosos hombres de Pantecapaeum pararon. Kineas dio media vuelta a su montura, clavó los talones en los ijares del semental y salió corriendo hacia Eumenes.

—¡Ahora! —gritó—. ¡Al vado!

Eumenes no estaba listo. Saltaba a la vista que había estado aguardando a que el combate se desarrollara tal como Kineas había predicho.

No lo hizo. Kineas había contado con que la ofensiva de los tracios obligara a la pequeña falange de Filocles a retroceder, a dejar suficiente espacio para tender la trampa. La victoria de Filocles había sido demasiado rápida.

—¡Ahora! —bramó Kineas.

Eumenes hizo una señal a Clío.

—¡Toca a la carga! —gritó.

Kineas se alejó, echando de menos a Niceas. Aquello estaba yendo muy despacio, ya no habría manera de tender la trampa. Los hombres de Pantecapaeum habían luchado demasiado bien, y los tracios se habían dado por vencidos demasiado pronto. Hizo una señal a Nicomedes; la visibilidad comenzaba a ser mala.

Nicomedes arrancó hacia el vado, pero se detuvo antes de que Kineas le alcanzara.

No había sitio para que ambos escuadrones cabalgaran juntos. Los jinetes de Eumenes pasaron como una exhalación, a galope tendido, y entraron en el río

levantando rocciones.

—¡Formad la línea de nuevo! —gritó Kineas. Higo señas con la espada y Nicomedes higo desandar a su caballería la poca distancia que había avanzado. Los hombres de Filocles retrocedieron a pie, manteniendo los escudos de cara al enemigo. El escuadrón de Herón no se había movido; estaban tan lejos que ni siquiera habían presenciado el enfrentamiento.

Niceas llegó a caballo.

—Tendremos campamento dentro de una hora —dijo. Señaló hacia el vado—. ¿Qué es eso?

Kineas sacudió la cabeza.

—Una trampa que ha salido mal —contestó—. Toca retreta.

En el vado, los hombres de Eumenes estaban matando tracios fugitivos, pero la caballería enemiga ya había formado en la otra ribera.

Los hombres de Eumenes regresaron en buen orden, tras arrancarse la espina de su aplastante derrota, y el vado quedó lleno de hombres muertos, aunque el daño real infligido al enemigo era escaso. Escudriñó la penumbra tratando de identificar lo que hubiera al otro lado del río. Tenía la sensación de que había llegado un *taxeis*, pero no pudo constatarlo.

Detrás de él, en las lomas, una hoguera cobró vida, y luego otra.

La columna de Menón llegó al final del pantanal y comenzó a formar de nuevo.

Kineas vigilaba el vado. Elogió a los soldados, cabalgando a lo largo de la línea. Dedicó un rato a situar a Menón en la línea, justo en el medió, de cara al vado, con la falange principal de *Pantecapaeum* a su derecha y los *epilektoi* a las órdenes de Filocles a su izquierda, con la caballería cubriendo los flancos. Para cuando todos estuvieron en línea, Kineas ya no veía nada al otro lado del río. Y las hogueras ardían en laderas de las lomas que tenía a sus espaldas.

Volvió a convocar a sus oficiales y envió a Niceas a buscar al herrero *sindón* a su fortaleza de árboles. Cuando estuvieron todos reunidos, los saludó.

—Los hemos detenido —dijo—. Hemos ganado la carrera. Ha faltado poco para que les hiciéramos mucho daño. Ahora tenemos que resistir hasta que llegue el rey.

Miró los rostros que tenía en torno con la última luz del ocaso: hombres nuevos y viejos amigos. Y Filocles: no se acostumbraba a ver a Filocles en su papel de guerrero.

—Éste es mi plan. Todo el ejército se retirará a las lomas para acampar y comer. Defenderemos el vado con una rotación de piquetes; caballería e infantería en cada guardia, y cuatro turnos de guardia. Ahora bien... —Miró a los ojos a cada uno de ellos, asegurándose de que le prestaban atención—. Cuando vengan, les cedemos el vado. Creó que vendrán al amanecer: una ofensiva rápida de un *taxeis* enteró. Dejadlos venir. —Señaló a *Temerix*, que estaba un poco retirado—. ¿Tenéis

suficientes flechas? —preguntó en sakje.

El herrero rió.

—Soy tu hombre —dijo—. Y vine aquí a morir. El santuario del dios del río es un buen lugar para morir.

Kineas sacudió la cabeza, demasiado cansado para discutir sobre lo de ordenar a un hombre que muriera.

—No mueras —dijo—. Sólo resiste hasta que crucen y luego corre adónde estemos nosotros. —Miró a los demás—. El resto formado tal como hemos formado ahora, sólo que aquí, al borde del pantanal. Subiendo un poco ese promontorio: ésa es nuestra línea.

—Con nuestro flanco en el río —dijo Filocles—, y el otro flanco al descubierto.

Kineas negó con la cabeza y señaló hacia las lomas. Incluso en la oscuridad casi absoluta se veían siluetas de jinetes.

—Nuestros amigos de los Gatos Esteparios y los Caballos Rampantes se encargarán del flanco abierto —dijo—. Dejamos que Zoprionte, si es que está aquí, cruce el vado. Estará en ángulo recto con nuestra línea: una posición malísima para iniciar una batalla. Necesitará tiempo para volver a formar su línea. Y no tendrá modo de preverlo, con lo cual aún perderá más tiempo. Avanzamos cuando yo dé la orden y los acorralamos contra el río.—Hizo amagó de sonreír—. Hasta que haya cruzado su segundo taxeis, y entonces cedemos terreno. —Señaló por encima del hombro—. Tenemos mucho terreno para ceder, caballeros, unos treinta estadios. Permaneced unidos, mantened la línea y no huyáis en desbandada. Por lo que a mí atañe, podemos pasarnos el día enteró retirándonos. Quiero hacerle daño de buen comienzo y luego retirarme hasta que venga el rey. He dicho. Y esta noche comed bien y dormid.

Los oficiales asintieron y rieron un poco. Los ánimos estaban encendidos.

Kineas volvió a montar a Tánatos y dedicó una última mirada al vado, que no se distinguía en la oscuridad. Los macedonios ya habían encendido sus fogatas.

Luego enfiló hacia el campamento.

Lo mimaron los sindones, los esclavos, sus compañeros. Su equipó ya estaba a punto y tenía una tienda montada, la única entre los hippeis, en una plácida noche de verano con el firmamentó como un baldaquino de gloria suspendido en el cielo. Su clámide y su armadura desaparecieron en cuanto se las quitó, y en sus manos pusieron un cuenco con queso, carne asada y pan. Filocles se acercó a la hoguera vistiendo una túnica tras haberse lavado la sangre de los brazos y el costado. Traía una copa espartana a rebosar de vino fuerte sin aguar que depositó sobre una piedra al alcance de Kineas. Justo fuera de su campo visual, Arni y Sitalkes atendían juntos a Tánatos, limpiándole el barro de las patas y cepillándole la tierra y el sudor del pelaje, y el caballo soportaba con calma sus cuidados.

Y más allá de Tánatos cien hogueras ardían en la noche, torres de luz y humo de leña cuidadosamente recogida por esclavos y hombres libres, y en torno a cada hoguera jinetes y hoplitas tomaban una cena caliente y contemplaban las llamas pensando en lo que les traería la mañana.

Los viejos camaradas, Likeles, Laertes, Coeno y todos los demás, fueron a su hoguera desde sus respectivos escuadrones y se sentaron en corro, aunque dejaron sitio a los compañeros más recientes; ahí estaba Eumenes, así como Ajax, Nicomedes y Clío, rondando indeciso al límite de la luz de la lumbre hasta que Coeno, que había enseñado al muchacho todo el invierno, le hizo una seña para que se acercara al fuego.

Estuvieron callados un rato. Kineas daba cuenta de su cena y bebía vino en silencio, con los ojos clavados en la columna de fuego que se alzaba en la noche. Sitalkes dio por terminado el cuidado del semental a su satisfacción y Arni se llevó el caballo para estacarlo en la oscuridad, y el chico getón, ahora un hombre, y un hombre alto, además, fue a sentarse al lado de Ajax.

Agis se puso de pie, se aclaró la garganta y tarareó para sí con la boca cerrada una cancioncilla del ágora de Olbia. Luego inclinó la cabeza, la levantó y dijo:

De la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida montaña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de la misma manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al yugo dos bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien dispuesta, se desmenuzan presto las espigas debajo de los pies de los mugientes bueyes; así los solípedos corceles, guiados por el magnánimo Aquiles, hollaban a un mismo tiempo cadáveres y escudos del eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los barandales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las llantas de las ruedas despedían. Y el Pelida deseaba alcanzar gloria y tenía las invictas manos manchadas de sangre y polvo.

Y Agis prosiguió el relato hasta:

Y el Pelida, levantando los ojos al vasto cielo, gimió y dijo:

«¡Zeus padre! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserando, de la persecución del río, y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo tiene tanta culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me matarían al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Apolo. ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor,

que es aquí el más bravo! Entonces un valiente hubiera muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca de miserable muerte, cercado por un gran río; como el niño porquerizo a quien arrastran las aguas invernales del torrente que intentaba atravesar.»

Así habló, y de inmediato Poseidón y Palas Atenea se aproximaron y se detuvieron a su lado, asemejados en forma a los hombres mortales, y tomaron su mano entre las suyas y se comprometieron con palabras. Y de ellos fue Poseidón, el que sacude la Tierra, el primero en hablar: «Hijo de Peleo, no tiembles en demasía ni nada temas, pues en tu auxilio nos envía el dios —con la aprobación de Zeustanto a mí como a Palas Atenea. De ahí que no sea tu sino ser vencido por un río; no, pronto te será dado un respiro y tú lo sabrás. Pero vamos a darte prudente consejo por si tienes a bien escuchar. Que tus manos no cesen de librar batalla contra el mal hasta que dentro de las murallas de Ilión hayas aplastado a las huestes troyanas sin que nadie escape. Y en cuanto a ti, cuando a Héctor hayas arrebatado la vida, regresa a las naves; hete aquí que así te aseguramos que alcanzarás la gloria.»

Ahí se detuvo, poco antes de la muerte de Héctor, declamando que esa parte del relato traía mala suerte a los hombres. Cuando inclinó la cabeza para indicar que había terminado, el espacio de más allá de la hoguera estaba cuajado de hombres que lo escuchaban a oscuras y en silencio. Y concluido el relato, el silencio se prolongó, denso y negro como la noche, como si permaneciendo perfectamente inmóviles fueran a arrancarle más palabras, pero él volvió a inclinar la cabeza, regresó a su sitio y se sentó. Entonces los hombres que estaban en la oscuridad suspiraron emitiendo un sonido como de viento en árboles altos.

Kineas se levantó y ofreció libaciones a todos los dioses con la copa de Filocles, cada vez más escasa la reserva de vino. Levantó la voz y cantó:

—Comienzo a cantar sobre Poseidón...

Y cuantos hombres alcanzaron a oírle respondieron, y cantaron todos juntos.

*Oh gran dios que mueves la tierra y la mar infecunda,  
dios de las profundidades y también señor de Helicón  
y del amplio Egeo.*

*Tarea doble te asignaron los dioses,  
a ti que sacudes la Tierra,  
¡y eres domador de caballos y salvador de naves!  
Salve, Poseidón, a ti que sostienes la Tierra.  
¡Señor de pelo negro!  
¡Oh, bendito tú, que la bondad de tu corazón*

*asista a quienes han de montar a caballo!*

Kineas tenía a sus pies una corona de hojas de roble que habían hecho Ajax y Eumenes a la lumbre de la hoguera. Cuando el cántico concluyó, la recogió del suelo, cruzó el corro y sin mediar palabra la puso sobre la frente de Filocles. Cuando la corona tocó al espartano, todos rugieron una única y sostenida nota. Y luego los hombres callaron, sintiendo la proximidad de los dioses, y también de la parca.

Niceas rompió el hechizo caminando hasta Agis, a quien puso una mano en el hombro.

—Mejor que en Gaugamela —dijo.

Agis encogió los hombros, claramente exhausto.

—Cuando me viene —dijo— es como si un espíritu hablara a través de mí; o un dios. No soy actor, y a veces me cuesta creer que sea capaz de recordar el pasaje.

Los demás hombres que le conocían desde hacía años asintieron. Incluso Kineas pensaba que el megarense tenía un don divino.

Sin embargo, Ajax sonrió. Bajo el brillante sol de la batalla, el muchacho desaparecía por completo, pero a la luz del fuego seguía siendo guapo y su rostro conservaba en parte al chico que los había seguido a la guerra abandonando la casa paterna.

—Me encanta oír al Poeta —dijo—. Es casi..., como el cántico, escucharlo en una noche como ésta, la víspera de una batalla.

Nicomedes puso los ojos en blanco y Filocles soltó un resoplido, casi como un rebuzno de asno, y Ajax agachó la cabeza con resentimiento.

—El Poeta conocía la guerra —dijo Filocles—. Y no le gustaba nada. Contó una gran historia, la historia de la ira de un hombre, y a través de su ira, el relato de cómo es la guerra. Ajax, ya no eres virgen. —Una risa grosera desde el fuego—. La guerra es una locura, igual que la ira de Aquiles.

Ajax volvió a levantar el mentón y habló con firmeza.

—Todos los hombres que hay aquí han hecho la guerra hoy —dijo—. Tú, Filocles, has sido un héroe salido de los mismísimos versos del Poeta.

Filocles se levantó con la corona en la cabeza, un homenaje a su bravura, y pareció el hombre más alto de la hoguera, rojo y dorado a la luz de las llamas.

—La guerra convierte a los hombres en bestias —dijo—. Yo lucho como una bestia prudente y astuta: un depredador. Hoy he matado a nueve hombres, quizá diez. —Se encogió de hombros y pareció menguar—. Un lobo podría decir lo mismo. Y un lobo dejaría de matar cuando hubiese saciado su hambre. Sólo el hombre mata sin necesidad.

Ajax, picado en lo más vivo, replicó:

—¡Si tanto la odias, no es preciso que luches!

Filocles sacudió la cabeza. La luz del fuego le transfiguraba el rostro; el cuerpo era rojo y dorado, pero la cara tenía huecos negros en vez de ojos, y su sonrisa erizó el pelo del cogote de Kineas.

—¿Odiarla? —dijo. través de su sonrisa—. ¿Odiarla? La amo como un borracho ama el vino, e igual que el borracho, parloteo acerca de ella cuando estoy sobrio.

Se dio la vuelta, salió del corro y se adentró en la oscuridad de la noche.

Kineas fue tras él. Siguió al espartano por la sierra, pasando de una hoguera de hoplitas a otra, y bajó por la ladera de una loma tropezando a oscuras por el terreno desigual, hasta que vio la pálida silueta de la espalda de su amigo. Filocles se había sentado en una gran roca que surgía del suelo como el último diente de un anciano. Kineas se sentó a su lado.

—Soy un idiota —dijo Filocles.

Kineas, que había visto infinidad de casos de mala conducta en vísperas de una batalla, dio un puñetazo amistoso al espartano en el brazo.

—Desde luego —le dijo.

—Se empeña en mantener los ojos cerrados al horror. Quiere que la guerra sea como el poema, no ve con cuánta frecuencia se desploman los hombres sobre la tierra polvorienta sujetándose las tripas. —Filocles hablaba en voz baja—. Es fácil matar a un hombre, o una ciudad, ¿no?

—Puñeteramente fácil —dijo Kineas.

Filocles asintió, y siguió hablando tanto para sí mismo como para Kineas.

—Si te entrenas toda la vida para ser guerrero, sin ofrecer nada a los dioses, sin saber de ningún poeta, quizás incluso analfabeto, puedes llegar a ser muy bueno matando, ¿cierto?

Kineas asintió, sin tener claro adónde estaba yendo el espartano con aquel argumento.

—Quizá te conviertas en el mejor luchador del mundo. Mortífero con una espada, mortífero con una lanza, montado, a pie, con una piedra, con un garrote, no importa cómo decidas luchar. Y puedes gastar todo tu dinero en equipo para ello: armadura, escudos, espadas, lo mejor de cada cosa. ¿Cierto?

—Estoy seguro de que me estás llevando a alguna parte con todo esto —dijo Kineas, aunque su intento por aligerar el tono fracasó.

Filocles le cogió por los hombros.

—Sólo para poder protegerte, porque es muy fácil que te maten. Podrías imaginar todas las amenazas que pueden surgir contra ti: cada hombre que quiso tu bolsa, cada hombre que intentó robarte el caballo o la armadura. Podrías pasarte la vida en la jungla, ser capaz de ver venir al enemigo..., o quizá lucharías por el poder, para así poder pedir a otro hombre que te protegiera.

—Como un tirano —dijo Kineas creyendo que le comprendía.



—Tal vez —dijo Filocles un tanto desdeñoso—. Porque lo que quiero decir es que puedes vivir así, puedes pasarte la vida entera velando por tu seguridad, bien sea como hombre o como ciudad. Y un niño con una honda puede matarte en un instante. Y ahí estás, muerto, y has llevado una vida sin una sola virtud, salvo quizás el coraje: eres analfabeto y cruel y estás muerto.

Kineas comenzó a comprender.

—¿O?

Filocles miró hacia el agua.

—O puedes llevar una vida virtuosa, de modo que los hombres quieran protegerte, o emularte, o unirse a ti.

Kineas lo meditó un momento y luego dijo:

—Y, sin embargo, matamos a Sócrates.

Filocles se volvió de nuevo hacia él con los ojos chispeantes.

—Sócrates se mató a sí mismo para no renunciar a la virtud. —Hizo un gesto retórico, como un hombre que se dispusiera a hablar ante la asamblea—. La única armadura es la virtud. Y la única excusa para la violencia es la defensa de la virtud, y entonces, si morimos, morimos con virtud.

Kineas dejó que una lenta sonrisa se adueñara de su rostro.

—Creó que ahora ya sé por qué no he oído hablar de otros filósofos espartanos.

Filocles asintió.

—Somos violentos. Y siempre es más fácil morir defendiendo la virtud que vivir virtuosamente.

Kineas había oído mucha filosofía en horas precedentes a una batalla, pero la de Filocles tenía más enjundia que las demás. Le cogió la manó.

—Me parece que tú y Ajax tenéis más en común de lo que a ti te gustaría que yo pensara.

Filocles gruñó.

—También es un idiota. Escúchame, hermano. Tengo que pedirte un favor —dijo Kineas en tono desenfadado, aunque le estrechó los hombros con el brazo, gesto que rara vez hacía.

—Por supuesto.

—La noche anterior a una batalla, me gusta escuchar a Agis, y luego me gusta oír las voces de mis amigos. Porque tienes razón; pero esta noche no somos bestias. Somos hombres. Ven conmigo, volvamos a la hoguera.

Filocles tenía lágrimas en los ojos que relucían cómo joyas a la luz de la luna. Al enjugárselas, el puño rozó la corona de roble que llevaba en el pelo.

—¿Por qué me has dado esto? —preguntó—. No soy ningún héroe.

Kineas lo empujó para que se levantara de la roca y juntos subieron la cuesta. Sus pies hacían ruido al pisar el sueño endurecido, de modo que Filocles tal vez no llegó a

oír la respuesta de Kineas.

—Sí que lo eres —dijo Kineas, pero en voz muy baja.

Y más tarde esa noche anterior a la batalla volvieron a darle vueltas a lo mismo otra vez. Ajax no dejaba de pensar en la guerra. Kineas, que llevaba demasiados años al mando de hombres, sabía que Ajax perseguía una justificación, en vísperas de la batalla, para la muerte y la destrucción que el amanecer traería consigo.

—Si somos bestias... —dijo tras rumiar una hora mientras los demás conversaban y cantaban, y Likeles bailaba una danza militar espartana para asombró de Filocles—. Si somos bestias, ¿cómo es que planeamos con tanto cuidado?

Kineas se interpuso entre Ajax y Filocles, resuelto a evitar el desastre.

—¿Cuál de mis planes has visto que llegue a cumplirse hasta el final de la batalla? —preguntó.

Niceas rió con los demás veteranos. Nicomedes miró a Ajax como avergonzado por los malos modales de su amigo y le dio una patada en el tobillo.

Ajax sacudió la cabeza.

—Planeamos —comenzó otra vez, y algo explotó en Kineas.

—¡Es un puñetero desquició! —dijo demasiado alto, y acalló otras conversaciones—. ¡Locura! ¡Caos! —Señaló a Ajax—. ¡Lo sabes de sobra! Has visto al animal, día y noche, durante meses. ¡Un hombre tiene que estar delirando para creer que puede imponerse orden en la guerra!

Filocles apoyó una mano en el hombro de Kineas. Ajax estaba retrocediendo, alejándose de Kineas como si su comandante pudiera golpearle. Filocles habló en voz baja y con calma.

—Planeamos la guerra para mitigar el caos. Nos entrenamos para que nuestros músculos se muevan siguiendo una secuencia determinada cuando la mente cae presa del pánico y nos convertimos en bestias. En Esparta somos expertos en convertir a los hombres en autómatas.

Nicomedes salió en defensa de su amigo.

—Una compañía de danza hace lo mismo, igual que un coro: entrenan y ensayan sin parar, hasta que son capaces de hacer lo que tienen que hacer de manera automática. Pero no son bestias.

La actitud de Ajax era casi suplicante.

—Vosotros... —dijo, señalando a través del fuego a Niceas y Antígono, a Likeles, Coeno y Andrónico, a todos los viejos camaradas—. Todos vosotros sois hombres de guerra. ¿De verdad la detestáis?

Filocles comenzó a levantarse, pero Antígono se puso de pie; Antígono, que nunca hablaba en público porque se avergonzaba de su mal griego. Era un hombre

corpulento, y tenía muchas cicatrices. Llevaba toda la vida luchando y se le notaba.

Ajax le gustaba —lo amaba, como hacían todos—, y le dedicó una sonrisa que nadie podía reprocharle.

—En alguna parte —dijo en su mal griego— hay un hombre tan cruel que en la víspera de una gran batalla proclama su amor por la guerra. —Antígono sonrió atribulado—. Yo temo demasiado la muerte para amar la guerra. Pero amo a mis camaradas y por eso no me acobardaré. Es lo único que puedo dar y lo único que un compañero puede pedir. —Sostuvo un odre en alto y lo agitó para que todos oyeran el ruido del vino—. Nada bueno saldrá de hablar de la guerra esta noche. Tengo vino. Bebamos.

Menón, que era quien más a menudo profesaba su amor por la guerra, sonrió, bebió un trago y guardó silencio.

Más tarde, Kineas, que no quería cargar con enfado en su conciencia en su última noche, fue a sentarse en el suelo al lado de Ajax.

—Antes te he gritado porque a mí también me da miedo la muerte y tú pareces inmune.

Ajax lo abrazó.

—¿Cómo pueden decir esas cosas —preguntó cuando ellos mismos se parecen tanto a los héroes?

De pronto a Kineas le picaron los ojos; estaba al borde del llanto.

—Son mejores que los héroes del Poeta —dijo— y dicen la verdad.

El vino y las canciones, y la compañía de sus amigos mantuvieron apartados los pensamientos acerca de la muerte y la ausencia de Srayanka hasta que se arrebujaron en las clámides para dormir. Kineas anduvo entre las hogueras, e intercambió unas pocas palabras con los hombres que aún seguían despiertos, y luego, agotado, regresó a la suya. Kineas decidió no tenderse a solas en su tienda y extendió su manto junto a Filocles, y al cabo tuvo a Ajax en el otro lado, como si hubiesen retrocedido un año en sus vidas y estuvieran cruzando las llanuras al norte de Tomis. Sonrió agradecido por el calor que le daban sus amigos y, antes de tener ocasión de obsesionarse con la parca, se durmió.

Mas la muerte fue en su busca poco después, en sus sueños.

*Estaba mojado de sangre, y debajo de él corría un río de sangre, y hedía como todas las heridas purulentas que había visto, a infección, y trepó para alejar su cuerpo de la corrupción. Tenía las manos en el árbol, los pies libres de las raíces, y trepaba deseando adoptar la forma de una lechuza y volar, pero la sangre de las manos se lo impedía, y lo único que podía hacer era trepar. Pensó que si trepaba lo*

*bastante alto quizá llegaría a ver el otro lado del río, a contar las hogueras del enemigo, o a ver el gusano y saber... No recordaba qué quería saber. Trepaba, apabullado, y la sangre de las manos le corría por los brazos, y de los brazos a los costados, y le quemaba al tocarle la piel, escocía como el agua de mar en una quemadura de sol.*

*Quemadura de sol en el rostro, lejos del agua, sal en los ojos, y sus manos enredadas en la crin del gran caballo, el agua tirando de sus piernas y el peso del peto empujándole hacia el suelo cada vez que intentaba montar.*

*Un arma resonó contra su casco, girándolo de modo que quedó ciego. Un filo le hizo un corte en el brazo, desgarró el bronce de la coraza y luego se clavó en el brazo de las riendas. El caballo gris se asustó, dio un salto hacia delante y lo arrastró fuera de la corriente subiendo a la orilla que acababan de abandonar, colgado de la crin, cosa que le causó tanto pánico que agitó su poderosa cabeza. La suerte y la fuerza de su cuello lo elevaron un palmo más de lo que había conseguido subir hasta entonces, de modo que pudo echar una rodilla sobre los anchos lomos del animal.*

*Miró en derredor, y todos los guerreros que tenía detrás eran desconocidos; todos sakje con magníficas armaduras, y él mismo llevaba brazales de oro cincelado que podía ver a través de las rendijas de su casco; estaba seco, sentado erguido en un caballo del color del metal oscuro, y la batalla se había ganado, el enemigo, aplastado, y al otro lado del río el enemigo intentaba reagruparse en la orilla junto al único gran árbol viejo y muerto que ofrecía el único refugio contra sus flechas, y levantó su fusta, la agitó tres veces y comenzaron a cruzar el río.*

*Estaba preparado para la flecha cuando llegó, y casi la saludó, tan bien la conocía, y luego estaba en el agua; unas manos le agarraban...*

Otra vez. Se despertó porque Ajax lo estaba sacudiendo.

—Ha sido una pesadilla —dijo Ajax.

Kineas se había destapado las piernas mientras dormía. Tenía frío. Filocles se había alejado, seguramente buscando un compañero más sosegado. Un vistazo a la luna y las estrellas le dijo que había dormido bastante bien y que faltaba menos de una hora para el alba. Se levantó. Ajax se dispuso a hacer lo mismo. Kineas se lo impidió.

—Aún tienes una hora —dijo.

Ajax agachó la cabeza.

—No puedo dormir —dijo.

Kineas le obligó a tumbarse y cubrió con su viejo manto al joven.

—Es un manto mágico —dijo—. Ahora dormirás.

Su hoguera ardía brillante y una docena de Gatos Esteparios estaban sentados

alrededor mientras dos esclavos del escuadrón calentaban agua en un recipiente de bronce. Uno de los esclavos le pasó un cuenco que él cogió sin mediar palabra, y engulló su contenido. Resultaba extraño que el cuerpo siguiera sujeto a la tiranía de sus necesidades incluso cuando le quedaban tan sólo unas pocas horas de vida. Se cubrió con una clámide y cogió una jabalina que ni siquiera era suya.

Se sentía muy vivo. Se sentía alto y fuerte, libre. Incluso el temor del último mes, el miedo a morir, el miedo al fracaso, los miedos del amor, quedaban lejos.

Fue hasta las estacas de los caballos y cogió a Tánatos. El caballo estaba inquieto, y Kineas le dio de comer, susurrándole cosas en la oscuridad, y luego lo montó a peló y bajó la ladera hasta el pantanal, para luego cruzarlo. Fue recibido por un puñado de Gatos Esteparios; estaban alerta y todos señalaron al otro lado del río.

Había algo en la oscuridad; mucho movimiento y un ruido constante. El ruido de un ejército. Kineas cabalgó hasta la orilla misma del agua con los Gatos Esteparios pegados a sus talones. Ninguna flecha silbó en la oscuridad. La actividad de la otra orilla se oía por encima del ruido de la corriente.

El amanecer no era más que dos manchas de rosado púrpura en el cielo oscuro, pero ya comenzaba a haber un poco de luz.

Tenía que saber si Zoprionte estaba allí. Y sospechaba que estarían sumidos en el caos mientras formaban la columna. Metió a su caballo en el río.

Uno de los Gatos Esteparios rió, miedo y regocijo mezclados en su risa nerviosa, y todos ellos entraron sigilosamente en el agua; su chapoteo quedaba cubierto por la constante cacofonía de la otra orilla. Ya estaban en mitad de la corriente y no los habían detectado.

Kineas sintió que un espíritu desenfrenado se adueñaba de él, como si un dios le hubiese desafiado, e hizo avanzar al caballo, y el gran semental respondió saliendo del agua como el hijo del propio Poseidón echándose al galope en cuatro zancadas.

Un hombre gritó haciendo oír con claridad su gutural macedonio en la oscuridad:

—¿Quién demonios es ése?

—¡Exploradores! —gritó Kineas. Los cascos de Tánatos pisaban suelo firme. Vio la cabeza de la columna, hombres con los escudos apoyados contra sus piernas y sus enormes lanzas plantadas erectas en el suelo, y otros hombres con antorchas. Le invadió un inmenso alivio. Ganaran o perdieran, había tenido razón. Los *taxeis* estaban allí. Zoprionte estaba allí.

Galopó por delante de la falange. Los hombres levantaron la vista, un tanto asustados en la oscuridad pero sin atisbo de pánico. Clavó la jabalina a un hombre que parecía un oficial e hizo girar en redondo a Tánatos. Vio a los Gatos Esteparios gritando, arremetiendo con precisa y mortífera eficacia, y acto seguido metió al semental en el agua. A sus espaldas oía la risa de los Gatos Esteparios. El aire estaba cuajado de flechas disparadas de ambas orillas. Kineas mantuvo el cuerpo agachado y

una pasó zumbando a pocos centímetros de su cara. El semental vaciló un instante al llegar a la orilla, pero enseguida subieron el ribazo y estuvieron a salvo. Uno de los Gatos Esteparios tenía una flecha en un bíceps, y otro guerrero, una mujer, cortó la punta y se la sacó por el agujero de entrada; todo ello en unas pocas zancadas de sus monturas, sin detenerse.

Kineas tuvo que forzar a Tánatos a girar; de pronto no respondía bien. Frenó en la base del pulgar y Temerix salió del oscuro follaje en cuanto le llamó.

—Resistid tanto como podáis. Vendrán dentro de una media hora. Luego corred hacia el sur antes de que os corten el camino, ¿entendido?

Temerix se apoyó en su hacha y las sombras le ocultaron los ojos.

—Sí, señor.

El caballo de Kineas ya estaba en marcha.

—No soy tu señor —gritó por encima del hombro.

Pensó con culpabilidad que no había dispuesto que los refugiados sindones se reunieran con Srayanka. Otra tarea que dejaba incompleta.

Al semental le costó tanto subir de nuevo a la sierra que Kineas desmontó para comprobar que no tuviera una piedra clavada en las pezuñas, pero las encontró limpias. El pobre animal tenía los ojos fuera de las órbitas y Kineas le dio unas palmadas en el cuello.

—Hoy —le dijo. Volvió a montar y el caballo terminó el ascenso.

Kineas fue derecho a su hoguera, donde aguardaban casi todos sus oficiales. Ya había suficiente luz para mostrarles las puntas de las lanzas macedonias al otro lado del río.

Menón le pegó un manotazo en cuanto desmontó.

—¿Eres un chico o un estratega? ¡Por los huevos de Ares, menuda estupidez has hecho! —Sonrió—. Naturalmente, como has sobrevivido, y puesto que todos los lanceros del ejército te han visto hacerlo, ahora piensan que eres un dios.

Kineas tenía el rostro colorado. No podía explicar qué le había empujado a cruzar el río.

Niceas se limitó a sacudir la cabeza.

—Pensaba que te había enseñado mejor —dijo.

Los ojos de Ajax chispeaban. Los de Filocles le fulminaron.

Ataelo llegó montado y señaló hacia el sur y el este.

—Kam Baqca —dijo—. Y algunos amigos. —Se inclinó sin desmontar—. Los Gatos Esteparios dicen tú airyanám.

Niceas se tocó el amuleto y bebió un poco de té.

—Los Gatos Esteparios son idiotas —sentenció.

Kam Baqca subió a la loma luciendo todas las galas de una sacerdotisa, con casco alto de oro coronado por un animal alado fantástico; gargantilla y cota de malla

cubiertas de oro sobre un abrigo de cuero blanco immaculado. Montaba una yegua torda, y detrás de ella venía otra amazona igualmente magnífica que sostenía un mástil decorado con pájaros de bronce y colas de caballo, y cubierto de campanillas que hacían un ruido extraño e inquietante como el de las olas del mar.

La acompañaba medio centenar de hombres y mujeres tan bien armados como ella. Cada caballo lucía un tocado que hacía que el animal pareciera una criatura fabulosa: asta y piel trabajados para dar a cada caballo cornamenta y una cresta de pelo, y sus caballos, ahí donde la piel resultaba visible bajo las armaduras, tenían la piel pintada de rojo. Las crines estaban llenas de barro y se habían secado erectas. Casi todos los caballos llevaban armadura de malla de oro y bronce igual que los guerreros, de modo que podrían haber sido grifones o dragones surgidos de los mitos.

Su estampa era lo más bárbaro que Kineas había visto en su vida.

Detrás de ellos venían Petroclo y el último escuadrón de caballería olbiana.

Mientras la caballería acababa de llegar, Kineas dio órdenes, o mejor dicho, las repasó. A sus pies, ya las estaban ejecutando. Licurgo formaba a la falange olbiana al borde del pantanal, y los hombres del cuerpo principal de Pantecapaeum desfilaban colina abajo y a través del pantanal, formando en cuanto volvían a pisar terreno seco.

Petroclo subió y se situó a su derecha. Miró la falda de la colina haciendo visera con la mano y luego saludó.

—Hemos llegado a tiempo —dijo cansado.

—Un invitado retrasado sigue siendo bien recibido —dijo Kineas. Le tendió la mano y se la estrechó.

—He intentado alcanzar a Cleomenes —dijo Petroclo encogiendo los hombros.

—Llegó hasta Zoprionte —dijo Kineas.

—Lo sé —respondió Petroclo—. Por eso vinimos aquí.

Kineas se inclinó y abrazó al anciano.

—Bienvenido. —Entonces se le hizo un nudo en el estómago y tuvo que obligarse a proseguir—. Leuconte ha muerto —dijo.

Petroclo se puso tenso entre sus brazos y al apartarse tenía el rostro ceniciento. Pero era un hombre de la vieja escuela y se ir guió.

—¿Murió bien? —preguntó Petroclo.

—Salvando a su escuadrón —contestó Kineas.

Petroclo gruñó.

—Todo el linaje de Cleito, muerto. No tiene más hijos vivos. El arconte se quedará su fortuna.

—De ninguna manera —dijo Kineas—. Cuando ha yamos terminado aquí, tú y Eumenes iréis a saldar cuentas a Olbia.

—¿Ese hijo de víbora sigue reptando por la tierra? —espetó Petroclo.

—No hagas responsable a Eumenes de la traición de su padre —dijo Kineas.



Petroclo evitó sus ojos y escupió.

Kam Baqca se situó a su izquierda. Su rostro era una máscara blanca de pintura, y la pintura y el oro le daban una apariencia inhumana.

—Pensaba que irías con el rey —le dijo Kineas.

—Aquí es donde hay que detener al monstruo —repuso Kam Baqca—. De modo que aquí es donde moriré. Estoy lista.

—El rostro inhumano se volvió hacia él —. ¿Estás listo? —preguntó.

Se miraron a los ojos, y los de ella eran serenos y profundos.

Un asomo de sonrisa le cuarteó la pintura de las comisuras.

—Lo veo hasta el final —dijo la hechicera—. Y sigue en equilibrio sobre el filo de una espada; en realidad, sobre la punta de una flecha.

—Estoy listo —dijo Kineas. Llevaba la armadura puesta, así como sus mejores galas, un poco usadas tras dos días en la silla, pero aun así galas—. ¿Y el rey? —preguntó.

—En el mar de hierba —contestó ella.

—¿Llegará a tiempo? —preguntó Kineas.

—Para mí no —contestó Kam Baqca.

Kineas asintió. Hizo una seña a Sitalkes, que aguardaba pacientemente, como todos los hombres de su escuadrón, a que les tocara el turno de bajar de la loma.

—Quédate a mi lado y lleva mis lanzas —le dijo.

El joven getón saludó como un griego y cogió las jabalinas. Kineas pasó entre los caballos de los demás oficiales hasta donde un esclavo del escuadrón aguardaba con Tánatos. El gran animal estaba temblando. Kineas montó de un salto, y el semental relinchó, se desplomó y cayó.

Kineas se las arregló para apartarse justo a tiempo sin que le pisara siquiera la clámide.

—¿Qué demonios? —exclamó. Señaló al esclavo—. Tráeme otra montura.

Había una flecha. Ironía del destino, era una flecha sindona; estaba clavada en el pecho del semental y sólo asomaban las plumas. Pobre animal. ¡Y no se había dado cuenta!

—Ahí vienen —dijo eleito.

Kineas corrió al borde del risco. El taxeis ya salía del vado. Sus filas se desordenaban y se apelotonaban en el lado norte del vado. Kineas supo de inmediato que era el taxeis más novato de los dos que había visto.

Se volvió hacia sus oficiales.

—Allá vamos —dijo, con el corazón palpitándole en el pecho y toda la calma de las primeras horas matutinas olvidada. Las manos le temblaban como hojas al viento—. Ya sabéis el plan —dijo, con la voz aguda por la tensión y el miedo.

Filocles llevaba el casco echado hacia atrás. Una vez más, iba desnudo salvo por

la bandolera de la espada. Empuñaba la lanza negra. Se la dio a Kam Baqca para que la sostuviera, dio un paso al frente y abrazó a Kineas.

—Ve con los dioses, hermano —dijo. Luego cogió su lanza de manos del icono a caballo y le estrechó las manos—. Ve con los dioses —dijo. Kam Baqca.

Filocles se puso el casco tapando el pelo aceitado y bellamente peinado, sostuvo la lanza en alto y bajó derecho la ladera del risco, desdeñando el sendero, de modo que corría delante de sus hombres antes de que Arni hubiese tenido tiempo de traer otro caballo a Kineas. Sus hombres rugieron.

Niceas dio una manzana a Kineas. Estaba en buen estado, aunque estaba un poco madura.

—Kam Baqca compró una bolsa —dijo.

Kineas tomó un mordisco y el aroma se adueñó de él, haciéndole pensar en Ecbatana y Persépolis, en Alejandro y Ártemis, en la victoria.

A sus pies, el taxeis novato intentaba restablecer el orden. Los hombres del herrero ocultos en el pulgar eran despiadados. Disparaban flechas sin tregua contra el flanco sin escudos del taxeis. Morían hombres; no muchos, pero los suficientes para que toda la formación se apartara del pulgar, tal como habían hecho al cruzar el vado. Hasta que sus psiloi acudieron y despejaron el pulgar, tuvieron que aguantar el acoso. Y después de cruzar, tuvieron que girar a la derecha para enfrentarse a la línea de Menón, que estaba en ángulo recto; una maniobra ya de por sí difícil, que las flechas de los sindones hacían aún más complicada.

El taxeis de novatos fue seguido por el de veteranos. Cruzaron en perfecto orden y comenzaron a formar a la izquierda del cuerpo más joven. Se suponía que el primer taxeis tenía que permanecer pegado al río, haciendo las veces de eje, mientras los veteranos realizaban la tarea más ardua de cubrir el infinito terreno abierto a su izquierda, donde los exploradores sakje ya galopaban hacia ellos dispuestos a lanzar sus flechas contra los falangitas.

Desde su otero, Kineas vio a la caballería prepararse para cruzar a continuación. Ahora Zoprionte estaba comprometido.

—Ha cometido un error —dijo Kineas en voz baja. Dio otro mordisco a la manzana.

Niceas respondió en tono burlón.

—¿Tan grande para salvarnos aun siendo tres contra uno? —Hizo una seña, y el arco de su brazo abarcó todo el campo que tenían a sus pies—. ¿Cuánto tiempo crees que resistirán eso nuestros hoplitas de ciudad? ¿Y dónde cojones está el rey?

Kineas dio otro mordisco a su manzana y masticó concienzudamente, pues así calmaba los nervios y metía algo en el estómago que no fueran calambres.

—Ésas son las cuestiones —dijo.

Niceas asintió.

—Tu estúpida heroicidad le habrá costado tiempo, eso te lo concedo. —Se volvió para mirar a Kineas—. ¿Dejará que mueras aquí para conquistar a la señora, hiparco?

Compañeros de clámide roja subían por la derecha, flanqueando a la falange veterana, y detrás de ellos, más caballería: compañeros y tesalios. Kontos estaría allí, ahora, tratando de hacer formar a sus hombres de cara a los sakje. Hombres cansados montados en caballos cansados.

Kineas tomó una decisión. Lanzó el corazón de la manzana tan lejos como pudo, otro gesto infantil, y montó su caballo de batalla de refresco, un enorme macho castrado sakje. Era grande, pero ni mucho menos como Tánatos.

—Petroclo, quédate aquí. Formad a la derecha de los sakje.—Tiró de las riendas para que el caballo diera la vuelta—. Sígueme —dijo. Niceas, y enfiló el sendero cuesta abajo.

Fue derecho a través del pantanal, donde el sendero era puro fango aunque el suelo ya estaba más seco, y luego hasta el frente del escuadrón de Eumenes.

—Espera mi orden aquí —dijo. Eumenes.

Eumenes saludó.

Kineas fue al encuentro de Menón. Los macedonios estaban a medio estadio y Menón no les quitaba el ojo de encima. Kineas frenó.

—Vamos a atacar ahora mismo. Necesito que empujes al taxeis de novatos hacia la derecha —dijo—. Cada paso cuenta. Deja que vengan por el campo tanto como te atrevas, y entonces intenta empujarlos hacia la derecha.

Menón aún, tenía el escudo a sus pies y el casco echado hacia atrás. Apartó los ojos de la línea macedonia el tiempo justo para dedicar a Kineas una sonrisa de vencedor.

—¿No te dije que esto acabaría así? La lanza empuja. Contra Macedonia. —Dejó de mirar a Kineas—. Más vale que te alejes, hiparco. Ahora viene cuando las cosas se ponen feas. —Y en cuanto Kineas puso su caballo en marcha, Menón bramó—: ¡Lanzas y escudos! —dijo como un viejo toro aceptando un desafío. Mientras Kineas cabalgaba ante las primeras filas, todos los olbianos se calaron bien el casco, se echaron el escudo al brazo y levantaron las lanzas. Kineas desenvainó la espada y la alzó a modo de saludo, y los soldados se pusieron a aclamar.

—¡Silencio! —rugió Menón—. Aclamar es de novatos.

Y todos se callaron.

A su derecha, la falange de Pantecapaeum imitó sus movimientos. En realidad, apenas mediaba un paso entre ambas formaciones.

Kineas fue al frente de los hombres de Filocles. El propio Filocles se hallaba en la esquina frontal derecha. Kineas se inclinó hacia él. Los ojos que le miraron a través del casco le resultaron desconocidos, feroces, bestiales.

—Cuando atacéis, empujad hacia la derecha —gritó Kineas—. ¡Cada paso

contará!

Kineas señaló hacia el campo por donde venían los macedonios, que ya sólo estaban a un centenar de pasos de ellos. La falange veterana marchaba como en un desfile. La otra falange aún estaba siendo hostigada por las flechas de los sindones, y sus filas más próximas al río estaban desordenadas. Los hombres de aquel flanco tenían los ojos puestos en los robles vecinos, y de los árboles salían flechas a bocajarro que daban el blanco derribando enemigos. No muchos, pero los suficientes. La línea de frente formaba una pronunciada curva y las centrales no conseguían formar: todo el taxeis se alejaba de los torturadores ocultos en la ribera.

Al intentar evitar las flechas, entre la fila más a la derecha de la falange y la orilla del río quedó un espacio de cincuenta pasos de anchura.

—Lo veo —dijo la voz de Ares desde el casco de Filocles. Kineas se irguió en su montura.

—Ve con los dioses —dijo, y cabalgó a lo largo de la línea hasta donde aguardaba Eumenes. Al acercarse, éste señaló hacia el hueco.

—¡No señales! —dijo Kineas. A aquella distancia un solo gesto podía alertar a un oficial enemigo del peligro que corría.

Menón puso a sus hombres en marcha. Llevaban las lanzas bajas, los escudos en alto, y toda la línea avanzó compacta. Y las picas macedonias se iban aproximando, y detrás de ellas, la caballería pesada avanzaba hacia el flanco derecho de Kineas.

Era el momento de los Gatos Esteparios y los Caballos Rampantes. El momento de Nicomedes y Herón.

Pero ellos estaban solos. Kineas estaba allí.

Se oyó un rugido de los hombres de Olbia o de Pantecapaeum, o de ambos. Y el rugido de respuesta de los macedonios. Justo a la derecha de Kineas, los hombres de Filocles avanzaron más deprisa, corriendo a paso ligero.

Las picas macedonias eran más largas que las lanzas anticuadas de los hoplitas. Un hombre tenía que ser muy valiente para enfrentarse a la perspectiva de empujar su cuerpo, su escudo y su cabeza a través del muro de puntas de pica.

Los hombres de Filocles eran valientes, y habían demostrado su temple el día anterior. Fueron al encuentro del bosque de hierro sin titubeos, a paso ligero, y Kineas oyó la voz de Filocles gritar «¡Ahora!», y entonces las filas se apretaron, escudo contra escudo. Desde donde estaba Kineas montado, alcanzaba a ver el penacho transversal escarlata del espartano, y vio el torbellino de carnicería que el espartano dejaba a su paso. El conjunto de los epilektoi hacía un ruido como de ganado, o de truenos, y los macedonios, cuyo frente no estaba en perfecta formación para avanzar, avanzó. Fue todo cuestión de dos pasos: los epilektoi arremetieron y entonces, dos pasos después, las lanzas olbianas estuvieron dentro y el desafío de Menón fue audible pese al fragor del combate. La falange de macedonios novatos se contrajo y

los hombres caían al perder el equilibrio; de pronto el penacho de Filocles avanzó tres pasos, cinco. Los macedonios hacían lo posible por restablecer el orden en sus filas. Estaban muriendo muchos hombres.

Kineas cabalgó hasta la cabeza del escuadrón de Eumenes. Se puso de cara a los hombres.

—Vamos a ir derechos por el lado de la falange —dijo—. Cuando dé la orden, giramos y cargamos. No habrá sitio. No habrá tiempo. El río aguarda a cualquier hombre que vaya demasiado a la izquierda, y las lanzas darán cuenta de quienes vayan demasiado a la derecha.

La carga de Filocles les había concedido otros cinco pasos. Tenían un hueco de unos sesenta pasos entre el flanco macedonio y el río.

Kineas procuró mirar a los ojos de todos.

—Rodearemos la falange, igual que en el campo de entrenamiento. Hay que hacerlo bien. ¿Todo el mundo lo entiende? Ahora es cuando vais a demostrar que habéis aprendido las lecciones.

El tiempo apremiaba.

Cogió sus lanzas de manos de Sitalkes. Incluso Sitalkes tenía un aire adusto.

Kineas no tenía tiempo para los hombres, ni siquiera para los que amaba. Se volvió hacia Niceas. Niceas asintió, con la mano de las riendas en la garganta. Estaba musitando su plegaria a Atenea.

—¡Al paso! —ordenó Kineas. En cuanto los cincuenta estuvieron en marcha, ordenó—: ¡Al trote!

A su derecha, los epilektoi se tambaleaban. Pese a su desventaja, los macedonios eran más numerosos y sus filas más firmes. Arremetían con fuerza.

El penacho transversal seguía dejando un reguero de muerte.

Los hombres de Menón estaban atrapados. Había caballos muriendo más a la derecha, y Kineas oía sus gritos como si reclamaran su atención, pero él ya había elegido adversario.

Y casi a sus pies, los ojos aterrados del cabeza de fila más a la derecha de los jóvenes taxeis se cruzaron con los suyos. Kineas pasó de largo y siguió el camino hacia el terreno vacío donde los novatos seguían apartándose de los sindones.

Cuanto más se adentraba, más estragos causaba.

La fila de la derecha estaba levantando las picas. Kineas no pensó que una sola fila pudiera detenerlo, pero tampoco era amigo de perder hombres porque sí.

—¡Derecha! ¡Girad! —gritó Kineas.

Diez pasos le separaban del flanco de las picas. Una distancia absurda. Los hombres que estaban tras las filas de la derecha ya estaban vencidos. Su corazón se hinchó con una oscura alegría.

—¡A la carga! —dijo.

Sólo eran cincuenta hombres, pero los taxeis no podrían soportar la invasión de sus filas, y a los hombres de una falange les entra el pánico cuando perciben un enemigo a sus espaldas, y con razón. Kineas lanzó su jabalina contra el costado descubierto de un picador, y de pronto se vio en medio de ellos, blandiendo su jabalina pesada con ambas manos, irguiéndose sobre el cuello de su caballo para hincarla en sus enemigos mientras su caballo derribaba hombres o los pateaba. Pegaba una y otra vez, más preocupado por sembrar confusión que por rematar a los heridos. Su jabalina buena desapareció repentinamente, atascada en el cráneo de un hombre cuyo rostro había quedado a descubierto del escudo, y acto seguido la espada egipcia subía y bajaba con una precisión infernal; los macedonios llevaban corazas de lino bien encoladas, y los golpes flojos no les hacían daño, pero sus espaldas se doblegaban bajo su arma.

Fueron cayendo despacio, una fila cada vez, y lo irónico de la carga olbiana fue que el desmoronamiento del taxeis del lado del río ocurrió después de que el ataque olbiano hubiese perdido todo su ímpetu en el combate cuerpo a cuerpo. Pero la presión de su frente fue implacable y la amenaza de la caballería bastó. Las filas posteriores se dieron a la fuga, y luego el grueso de las tropas, casi tres mil hombres huyendo en desbandada.

La caballería olbiana tuvo que dejar que se marcharan. Ya estaban agotados y apenas eran medio centenar. Niceas estaba tocando su trompeta, y volvían a formar lentamente. El flanco del taxeis veterano estaba abierto, pero los olbianos iban demasiado despacio, estaban muy cansados, y los veteranos habían visto la amenaza; las filas de su flanco giraron de prisa y bajaron sus picas, mientras su grueso avanzaba hacia el frente, obligando a retroceder, palmo a palmo, a los hombres peor armados de las falanges de Pantecapaeum y Olbia.

A Kineas no le gustó el ruido de la batalla que oía a la derecha. Echó un vistazo al sol; aún era temprano, por más que tuviera la sensación de llevar todo el día luchando. Kineas frenó junto a Eumenes, que había perdido el casco.

—Aquí tú tienes el mando. —Kineas señaló hacia la brecha, el camino que aún discurría sin obstáculos hasta el vado—. Haz todo el daño que puedas —agregó.

Eumenes miró a sus cansados hombres y al vado.

—¿Estamos ganando? —preguntó.

Kineas se encogió de hombros.

—Acabas de aplastar a un taxeis macedonio —dijo—. ¿Qué más quieres?

—¿Dónde está el rey? —preguntó Eumenes.

Buena pregunta, pensó Kineas mientras cabalgaba hacia el flanco derecho.

Subió al risco con Niceas y Sitalkes pegados a sus talones. Tenía que ver la batalla en su conjunto.

La huida en desbandada de la falange del lado del río había igualado el marcador,

pero poco más, y los veteranos resistían a los hombres de Menón e incluso les hacían ceder terreno. La principal carga de Zoprionte se abatía sobre la banda derecha de la infantería olbiana.

Había una refriega de caballería a la derecha de los lanceros; compañeros y tesalios, olbianos y sakje. Se extendía desde el flanco derecho de los hombres de Menón hasta alcanzar el extremo norte del risco.

En Persia, siempre había habido polvo. El polvo era amable: ocultaba el bestial panorama bajo un manto de tierra. El Poeta lo llamó «la bruma de la batalla». El terreno húmedo del mar de hierba no era tan amable, y Kineas estaba contemplando un caldero de muerte sin disfraz alguno, sin el velo de polvo. La masa armada de Macedonia había caído como un martillo de herrero sobre el escuadrón de Nicomedes y los Gatos Esteparios. Kaliax, de los Caballos Rampantes, se había escondido en la hierba alta al norte y al oeste de las lomas, había arremetido contra el flanco de los macedonios y detenido su avance, pero eso era todo. El combate en conjunto estaba equilibrado, una gran refriega de caballería que se extendía desde los pies de Kineas hasta el norte de la sierra, tres estadios de hombres y caballos muriendo.

El equilibrio estaba a punto de romperse. A través del vado llegaban refuerzos macedonios. Tenían que abrirse paso entre los taxeis vencidos, pero alguien se encargaría de hacer formar a los novatos sin demora.

«En equilibrio sobre la punta de una flecha», pensó Kineas. Pero sólo hasta que los refuerzos de la caballería macedonia cargaran contra los sakje del extremo de la derecha. Ent onces el combate a caballo se desenmarañaría como una madeja de hilo, y los tesalios caerían sobre el flanco de la infantería de Menón y comenzaría la desbandada.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Kineas al cielo y a los dioses.

Bajo su mirada, los sakje disparaban de cerca contra los macedonios y las lanzas macedonias vaciaban sillas, y los hombres luchaban con lanzas y espadas, o con las manos y puñales. Kineas reprimió el impulso de hacer algo. Resultaba duro quedarse sentado y observar.

Su reserva era lastimosamente pequeña. Su intento de asestar un gran golpe contra la línea de Zoprionte y replegarse había fracasado. Ya no era posible batirse en retirada. Igual que dos luchadores, sólo cabía que ambos ejércitos siguieran luchando hasta que uno de los dos fuera derrotado; estaban enzarzados.

Kineas creyó ver a Zoprionte. Un macedonio corpulento con una clámide púrpura subía por el ribazo del vado, y mientras él lo observaba, señaló hacia la refriega de la caballería y gritó. Una flecha alcanzó al hombre que cabalgaba junto a Zoprionte.

Los sindones ocultos en el pulgar seguían combatiendo, seguían retrasando las maniobras de Zoprionte a través del vado.

Kam Baqca estaba a su lado. Hizo una seña con su fusta, que más bien parecía un

cetro de madera blanca.

—Los maldigo y mueren —dijo—. La hierba se enreda en las patas de sus caballos. Los gusanos abren agujeros para sus cascos.

Kineas bebió agua de una calabaza que le ofreció un esclavo.

—Los caballos de Zopronte están agotados. Incluso con su ventaja numérica, está teniendo dificultades. —Hizo una mueca—. He sido un estúpido al oponer resistencia. Ahora no puedo retirarme. Y el rey llega tarde. —La miró a los ojos—. Necesito que cargues.

—Sí. Cargaré. Lo detendré —contestó. Y le devolvió la sonrisa; una sonrisa excepcionalmente dulce, como la de una jovencita objeto de elogios—. Estoy preparada para morir —dijo—. Ha llegado la hora. Para mí.

Kineas sacudió la cabeza.

—¿Y para mí?

—Todavía no, me parece —dijo—. Adiós, baqca. Tal vez esto te enseñe la humildad que yo nunca aprendí.

Hizo una seña con su cetro, y su escolta formó en torno a ella en lo alto del risco. Formaron una punta de flecha, con Kam Baqca y el estandarte en el extremo.

Kineas quiso advertir que no podían cabalgar cuesta abajo en línea recta desde el risco, pero eran sakje y los conocía.

Kam Baqca le dedicó una última sonrisa.

—¡A la carga! —gritó con una voz de hombre.

Bajaron la colina como una avalancha de caballos y penetraron entre las filas más cercanas de macedonios como una cuchilla de carnicero en la carne. Cayeron decenas. El atribulado escuadrón de Nicomedes se salvó, y los supervivientes se retiraron, desmontaron, bebieron agua.

La temeridad de Kam Baqca le permitió entrar a fondo hasta el corazón del caldero, y sus cincuenta jinetes fueron como una flecha de oro que volase a través de un remolino de niebla y barro.

Kineas permaneció sentado con Sitalkes a su lado y observó la carga. Tan grande era su ímpetu, y tan caliente ardía su fuego, que el caldero de la refriega se alejó del borde del pantanal. En el centro, la caballería macedonia cedió ante los hombres de Menón.

Kineas apartó los ojos de la sacerdotisa sakje. A sus pies el taxeis veterano ya no hacía retroceder a Menón. Los jóvenes epilektoi de Filocles les cubrían el flanco. Desde lo alto, Kineas veía el penacho de Filocles, oía el furor de su batalla. Mientras le observaba, Filocles inclinó su gran escudo, lo estampó contra un nuevo adversario, hizo rodar el escudo de su enemigo con la fuerza de su brazo y luego lo mató clavándole un brutal golpe de lanza en el cuello descubierto. Los hombres que había detrás de la víctima de Filocles se apartaron, inquietos.



Más hacia el oeste, entre el pulgar de robles y el flanco de los veteranos, el prado vacío se estaba llenando de peltastas y tracios, y había clámides tracias entre los árboles, luchando cuerpo a cuerpo contra los sindones, que habían permanecido en su puesto hasta el final y cuyas flechas les habían abierto el margen izquierdo.

Eumenes cargaría contra los tracios y vencería o perdería. En cualquier caso, la izquierda resistiría.

Filocles y Menón estaban lanza contra lanza con lo mejor que Macedonia tenía que ofrecer, y nada que Kineas hiciera iba a influir en su combate.

En el extremo norte de la sierra, Gatos Esteparios y olbianos se arremolinaban al borde de la vorágine, sin ningún oficial ni jefe al mando.

La punta de flecha dorada había penetrado mucho y la bestia estaba herida, pero los hombres y mujeres dorados estaban cayendo. Kineas ya no acertaba a ver a Zoprionte, pero adivinaba sus pensamientos. Zoprionte estaría pensando que la flecha de oro era la última baza y que el casco de oro era el rey de los sakje.

Y desde el oeste, otro destello de oro vino a través del río, surgido del mar de hierba. Su corazón palpitó. «El rey.»

Sólo era media mañana y necesitaba una hora. Otra maniobra de distracción les haría ganar tiempo y salvaría vidas. Si la derecha aguantaba, el centro aguantaría y el rey llegaría para encontrar vivos a los hombres de Olbia. Si la derecha se hundía, el rey sólo llegaría para encender piras funerarias. Y si el retraso del rey era deliberado...

Kineas se volvió hacia Petroclo, que parecía más viejo de los cincuenta años que tenía.

—Sígueme —le dijo.

Sin una palabra, cabalgó hasta la falda norte de la sierra. Incluso desde la última colina todavía veía el estandarte de cola de caballo en mitad de la llanura. Se preguntó qué ocurriría si rechazaba su destino y se marchaba.

Se echó a reír. Hizo una seña a los hombres de Nicomedes, que estaban bebiendo agua y volvieron a montar para seguirlo, sumándose a ellos.

Más al este había Gatos Esteparios cambiando de caballo y una docena de jinetes de Diodoro, así como el propio Diodoro.

—Estos caballeros nos han dado monturas de frescos —dijo Diodoro. Iba sin casco, y su mata de pelo pelirrojo era casi rubia con el sol. Tenía una herida fea en el hombro y una de las correas del peto cortada—. Se ha armado una buena, aquí. Pensaba que íbamos a retirarnos.

Kineas se encogió de hombros.

—Demasiado tarde.

Diodoro se puso a forcejear con su peto y Sitalkes le pasó una tira de cuero. Ambos trabajaron hasta dejar bien sujeto el peto. Niceas estaba organizando a los

supervivientes en un solo grupo.

—¿Dónde está el rey? —preguntó Diodoro.

Kineas señaló hacia el oeste con su fusta.

—El rey está viniendo —dijo. Los hombres dejaron lo que estaban haciendo para escuchar, y Kineas lo repitió a voz en cuello, señalando más allá de la refriega del polvo que se estaba levantando—. ¡El rey está viniendo!

Y el rumor se extendió como un incendio en la estepa. Diodoro hizo su característica media sonrisa cínica.

—Por supuesto —dijo, y dio una palmada a Kineas en la espalda. Vayamos a recibirlo.

Kineas hizo una seña con la fusta y los olbianos formaron filas, y los Gatos Esteparios se agruparon a su derecha.

Mientras cabalgaban hacia el norte, se les unieron más hombres; hombres heridos y hombres que, tal vez, se habían hartado de luchar y ahora se sentían mejor. Kineas no los arengó. Se contentó con reunirlos, sin quitar los ojos del estandarte de cola de caballo.

Todas las miradas de los sakje estaban clavadas en el estandarte de cola de caballo, así como las de todos los macedonios. Sagrado para unos, real para otros. Kineas reunió a sus hombres mientras la vorágine giraba hacia un nuevo centro. Los mantuvo avanzando hacia el norte, picoteando en la multitud de la refriega para retirar a quienes pudieran liberarse.

El suelo estaba perdiendo humedad y el polvo de la bruma de la batalla a muerte por fin comenzaba a levantarse.

Kineas observaba el combate mientras cabalgaba hacia el norte. Los caballos macedonios estaban exangües, agotados por la campaña, no por la batalla, y no tenían fuerza para perseguir a nadie cuando los sakje cedían terreno, de modo que podía sacar hombres de las líneas de combate sin que los macedonios pudieran hacer otra cosa que mirar.

Le llevó tiempo, y vio demasiadas cosas. Vio el cuerpo de Nicomedes aplastado bajo el caballo de Ajax, apenas a un largo de lanza de los restos descoyuntados del traidor Cleomenes. Vio a Likeles con una lanza rota clavada en el torso, y el gentil y sacerdotal Agis no podría volver a cantar los versos del Poeta con un tajo de espada cruzándole el rostro y el cuello. La caballería olbiana había soportado lo peor de la carga macedonia y lo había pagado caro.

Y Varó, de los Gatos Esteparios, estaba rodeado con su séquito por un cerco de enemigos muertos que parecía un fortín. Los supervivientes presentaban un aire adusto, pero se reagruparon bajo el liderazgo de la hija de Varó, Urvara. Los reunió y los condujo hacia el norte aprovechando que su enemigo tenía la atención puesta en el estandarte de cola de caballo.

Y entonces el estandarte cayó.

Todos los sakje gritaron al unísono, y pese a la distorsión de un millar de voces, Kineas reconoció la palabra.

—¡Baqca!

Para entonces, Kineas ya tenía casi doscientos hombres: olbianos y ciudadanos de Pantecapaeum, Diodoro y Andrónico, Coeno, Ataelo, Herón y Laertes con la mano de la rienda en —vuelta en un trozo de tela; dos docenas de Gatos Esteparios y un puñado de sanguinarios Caballos Rampantes además de Niceas, Petroclo y su escuadrón. Estaba tan lejos del flanco norte como le dio tiempo a ir, y rezó a Atenea para que sus doscientos hombres lograran, igual que la carga de Kam Baqca, distraer a Zoprionte y su ejército unos cuantos minutos más. El sol estaba alto en el cielo, por encima de la polvareda.

Señaló hacia donde había caído el estandarte.

—¡Allí es donde está Zoprionte! —gritó, la voz todavía potente. Sitalkes le puso una jabalina en la mano.

Miró a sus amigos. No había ningún árbol al otro lado del río; el caballo que montaba no era igual; no había vado; todo era una locura. Pero la sensación de victoria que lo invadía era la misma, de modo que supo que había llegado la hora. Y quiso terminar de una vez.

—¡La cabeza de Zoprionte es el regalo de novia para Srayanka! —gritó, haciendo oír su voz. Los hombres rieron por ser quienes eran, helenos y sakje riendo juntos, y su risa fue terrible.

»¡A la carga! —dijo Kineas por última vez.

Los caballos macedonios apenas se sostenían de pie y muchos de sus jinetes luchaban desmontados. Sus doscientos surgieron de la polvareda y cayeron por sorpresa sobre los compañeros de clámide roja que tenía delante, que fueron aplastados. Muchos murieron, y muchos más repelieron la ofensiva como hombres desesperados.

Kineas encontró a Filipino Kontos en la bruma de la batalla. Su caballo se encabritó y le echó hacia atrás la magnífica clámide. Kineas lo reconoció y pegó un grito. Kontos también le reconoció, y chocaron con gran estrépito de armaduras y caballos, pecho contra pecho. Kontos era un contrincante a su altura, devolvía golpe por golpe, y sus caballos se mordían, el semental del oficial enemigo era mejor montura que la suya, pero tenía la suerte en contra, y el golpe de Kineas, aun siendo más flojo, burló su guardia, y algunos dedos salieron despedidos de la espada de su adversario como astillas de un hacha, y Kontos cayó sobre la crin de su caballo y de allí al suelo. Kineas lo rodeó, pues quería quitarle el caballo y las jabalinas. Kontos se agarró la mano destrozada y levantó la vista hacia él, sin rastro de furia bélica, y antes de que

Kineas tuviera ocasión de pensar en apiadarse, Ataelo disparó una flecha letal.

Kineas hizo girar al bruto de su caballo y miró en derredor. La batalla lo había pasado de largo. Más adelante, Coeno había desmontado y recogía jabalinas mientras Sitalkes remataba a un adversario. Ataelo lo adelantó para disparar, y cada vez que tenía una flecha encajada empujaba el caballo para tirar desde más altura, y cada flecha vaciaba una silla. Mientras Kineas ponía en marcha a su caballo, Diodoro entabló combate con un oficial, le hizo un buen corte con la jabalina y una lanza tesalia le asestó un golpe en la espaldera que lo derribó.

Kineas hincó rodillas y talones y su caballo respondió, volando por encima del suelo. La espada de Kineas salió como impulsada por un resorte, derecha a los ojos y nariz del tesalio; el golpe resonó contra su casco y la blandió hacia atrás sin levantar el brazo por encima del hombro, y vio a Ataelo detrás de él, alzándose para disparar al tiempo que el nuevo enemigo de Kineas giraba la jabalina para golpearlo otra vez. La espada de Kineas cortó el muslo del tesalio y la flecha de Ataelo pareció surgir del bronce de su casco, y entonces Kineas tenía agarrada la muñeca de Diodoro y lo sentó detrás de él sin clavarle la espada mientras Ataelo seguía disparando a bocajarro contra la multitud.

«Ya no soy un general», pensó Kineas. Vio el caballo de Kontos, cabalgó hasta él y el animal respingó, pero Ataelo ya estaba allí con un lazo. Diodoro saltó de su caballo y echó una pierna a lomos de la nueva montura.

—¡Por Apolo, es un gigante! —exclamó.

Estaban prácticamente solos, a un minuto del combate que se desplazaba hacia el sur. El suelo se había secado y el polvo se levantaba más deprisa; la consabida polvareda que se junta sobre cualquier batalla. Nada era visible a un lanzamiento de jabalina de distancia; más cerca, los hombres eran meras siluetas moviéndose en el polvo, como fantasmas.

Kineas respiró hondo, miró alrededor, hincó los talones en los ijares de su caballo y la bestia respondió. Kineas tuvo tiempo de galopar a placer un momento y acto seguido se sumió de nuevo en la locura.

Algo había cambiado. El ruido era diferente y toda la masa bullente de la lucha se desplazaba hacia el oeste como una corriente oceánica. Kineas la siguió. Un aluvión de golpes; su espada cortó profundamente el brazo de un hombre, se quedó atascada en el hueso y tuvo que soltarla en la reyerta. No tuvo tiempo de lamentar su pérdida; tenía un puñal, y su fusta; y usó ambas cosas, atacando de cerca a su siguiente adversario, al que le cruzó la cara con el arma sakje y remató con el puñal, aferrado a su montura con las rodillas para no caer. Algo lo alcanzó en la cadera, una punzada de dolor y luego nada más, y había una jabalina atrapada entre su pierna y su caballo. La agarró, tiró para soltarla de la cincha y la cincha cedió; cayó de golpe al suelo.

No llegó a sentir el porrazo.

Cascos de caballos por todas partes, gruñidos, el relincho de un caballo, y no lograba ponerse de pie: la pierna no le respondía. Polvo en la boca, atorándole la garganta; un caballo pasó por encima de él sin llegar a pisarle el peto con todo su peso, y aun así le faltaba el aire; polvo por doquier, y pezuñas, y una jabalina.

—¡Kineas! —chilló Coeno. Blandía la jabalina con ambas manos igual que si fuese una espada tracia, despejando el terreno en torno a su comandante, y Sitalkes estaba allí; aún tenía una jabalina que lanzar, y la lanzó con fuerza, matando al hombre que estaba a la derecha de Kineas. Luego derribó a otro y espantó a su caballo lejos de Kineas, y Coeno le agarraba una muñeca y Niceas la otra; estaba de pie.

Ataelo tenía otro caballo. Sonrió, su rostro era una máscara de mugre con dos chispeantes ojos azules. En algún lugar cercano unas voces aclamaban a Apolo y Ataelo metió la mano en su gorytos, pero no encontró ninguna flecha.

La cadera derecha de Kineas estaba en llamas y la pierna no le respondía. Sólo podía sentarse a horcajadas en su nuevo caballo; correr a medio galope le hacía daño en los huevos porque no lograba aferrarse con las rodillas; lo único que veía era la bruma de la batalla y figuras borrosas, pero el sonido a su izquierda era el peán de Apolo y podía oír el avance de los hoplitas olbianos. No precisaba poder ver lo que estaba ocurriendo; invisibles en las tinieblas, los veteranos macedonios estaban cediendo terreno.

En algún lugar de la polvareda, el rey estaba por fin en el campo. Ninguna otra cosa habría surtido el mismo efecto.

Habían vencido. Kineas conocía la sensación por haberla sentido en el sueño: la certeza de la victoria.

Miró a sus amigos, y luego, sin decir palabra, avanzó hacia la nube otra vez, sintiendo la fuerza de un dios a pesar de su herida, el daimon que eleva a un hombre por encima de sí mismo en el ojo de la tormenta de la batalla, sabiendo que aquéllos eran sus últimos momentos y resuelto a montar el caballo del destino hasta el final. Siguió a Sitalkes, que dejaba una franja de muerte de la anchura de sus brazos, porque el enemigo se hallaba en la nube, y porque allí era donde ahora estaba el resto de sus amigos.

Y Srayanka.

Había gruñidos, gritos y relinchos, pero la canción había cambiado; el campo de batalla era un himno a la victoria de los griegos y la derrota de los macedonios, y desde el vado llegaban aclamaciones.

—¡Apolo! —Otra vez a la izquierda—. ¡Atenea! —Era Coeno, a su derecha.

El ejército macedonio estaba muriendo.

Kineas tenía una jabalina, demasiado larga y pesada, y los dioses sabían de dónde la había sacado; la lanzó contra un rostro macedonio que se desplomó, llevándose la

jabalina con él, y el caballo de Kineas tenía una pezuña a cada lado del cuerpo roto de Kam Baqca, oro y mugre mezclados bajo los cascos del caballo; otra clámide roja, y Sitalkes lo derribó de la silla; el polvo iba en aumento, o el sol brillaba con más fuerza. La clámide roja que caía tenía el estandarte de cola de caballo en su puño. Kineas le golpeó una y otra vez con la fusta, profiriendo su grito de guerra a un palmo del rostro del enemigo aterrado. Sitalkes agarró el estandarte y entre los dos mataron al hombre, y Sitalkes sostuvo el estandarte en alto. Voces sakje le aclamaron; voces nuevas y ahora más cercanas.

Más macedonios. ¿De dónde salían? La cabeza de Kineas se sacudió hacia atrás cuando algo le asestó un golpe tremendo; no podía ver, pero siguió arremetiendo con la fusta, y de pronto se liberó, como un barco fondeado que corta el cable del ancla, y sujetaba las riendas y su caballo seguía obedeciéndole. Blandió la fusta, sentía el brazo como si fuese un trozo de madera; los zarcillos del arma atraparon un casco enemigo. En cuanto lo liberó, vio... Sitalkes hizo un tajo a un hombre desde su caballo y un macedonio desmontado le asestó un mandoble en el costado, que resonó contra el peto, y Sitalkes cayó entre las patas de los caballos, desapareciendo en la polvareda; el estandarte volvió a caer.

Kineas estaba cara a cara con Zoprionte. No se sorprendió: el hombre estaba donde tenía que estar, en el centro de la nube de la batalla. Kineas tuvo suficiente tiempo para ver la derrota en sus ojos, y su cólera.

Kineas le azotó con la fusta, dos golpes rápidos, y uno de ellos dio en el blanco, pues un zarcillo se metió bajo el borde del casco dorado y le arrancó un ojo, pero la reacción de Zoprionte con su espada partió la fusta en dos y dejó a Kineas con una empuñadura de oro y sin arma. Kineas se inclinó hacia delante y el caballo respondió, abalanzándose sobre el costado del caballo más grande al que mordió con fuerza, y el semental se defendió, pero Kineas detuvo con la mano izquierda el brazo que Zoprionte levantaba con la espada y la atrapó con la derecha, usó el impulso de su oponente y su pierna izquierda contra la columna del caballo para estrecharlo contra sí y derribarlo. Los caballos se enzarzaron en una tormenta de dentelladas y coces sobre sus cuerpos y ambos quedaron cubiertos por el polvo. Kineas cayó encima y los petos chocaron dejándolos sin resuello. Kineas le aprisionó el cuello con un brazo; nariz contra nariz, el aliento de Zoprionte hedía como una llaga purulenta, y sus ojos eran los de un jabalí herido.

Zoprionte obligó a Kineas a apoyarse en la pierna herida y éste soltó un alarido. Dos veces golpeó Zoprionte el casco de Kineas con el pomo de su espada, y los porrazos le hicieron zumbiar los oídos, amenazando con hacerle perder el mundo de vista.

Kineas sólo tenía una pierna sana, pero la ira y treinta años de lucha rompieron el brazo de las riendas del macedonio con un grito de sudor y sangre. El crujido del

brazo pareció el ruido más fuerte del campo de batalla, pero el dolor, la rabia, la fuerza nacida de la desesperación permitió a Zoprionte alejarse rodando, ponerse derodillasen el polvo e, ignorando su brazo iz quierdo destrozado, levantar la espada para asestar un golpe mortal.

Kineas buscó su segundo puñal, atrapado por la pierna izquierda; demasiado despacio.

La primera flecha se clavó en el macedonio justo encima del círculo donde el cuello asomaba del peto. Y luego pareció que le crecieran flechas como si fuese un truco de escenografía: una, luego cuatro.

Kineas estaba sobre una rodilla, y no podía pensar con claridad, pero levantó la cabeza y los ojos azules de Srayanka esta ban encima de un caballo muy alto, y flotando sobre ellos el polvo se alzaba como una pira funeraria. Mientras la miraba, el polvo se abrió y se encontró contemplando el cielo. El cielo, por encima de la polvareda, era azul, y a lo lejos, en la distante llanura, había grandes nubes de un blanco inmaculado. Allí arriba, en el éter, todo era paz. Un águila, el mejor de los augurios, circunvolaba con pereza a su derecha. Más cerca, trazaban círculos aves de peor agüero.

Una mano asió la suya, dura como el hierro la palma encallecida y suave como napa el dorso bajo su pulgar.

Y la oscuridad se lo llevó.

*Estaba sentado a lomos de un caballo en medió de un río; un río poco profundo, con piedras bajó los cascós del caballo y agua rosa que discurría saltando entre las piedras. El vado, porque era un vado, estaba llenó de cuerpos. Hombres y caballos, todos muertos, y el agua blanca que borbotaba sobre las piedras estaba teñida de sangre, la espuma del agua rosa bajó el sol.*

*El río era inmenso. Levantó la cabeza, vio la otra orilla y cabalgó hacia ella. La madera que había arrastrado la corriente hacía que pareciera una playa del mar, y un único árbol muerto se alzaba sobre las piedras rojas de la ribera. Había otros hombres detrás de él, por todas partes, y estaban cantando. Iba montado en un caballo que no conocía, alto y oscuro, y notaba el pesó de una extraña armadura.*

*—¿Alguna vez habías visto este río? —preguntó Kam Baqca con sorna.*

*—No —admitió él, sintiéndose como un niño con su tutor.*

*—El orgullo de los hombres, así como su vanidad, no conoce límites.*

*Kam Baqca rió, y él la miró, y el blanco de la pintura de su rostro no podía ocultar la podredumbre que le había arrancado casi toda la carne de las mejillas.*

*—¡Estás muerta! —dijo el.*

*—Mi cuerpo está muerto —contestó ella.*

*—¿Y el mío? —preguntó él. Mientras lo preguntaba bajó la vista, y la piel de su*

brazo era firme y estaba señalada por todas las cicatrices que la vida le había dejado.

*Kam baqca rió otra vez.*

*—Regresa —le dijo—. Aún no ha llegado tu hora.*

*Eran tres, estaban sentadas en las ramas de un árbol, a cuál más horrible. La que estaba en la rama más baja alargó el brazo y cogió algo de la vieja bruja de la rama siguiente, y cuando le miró a él sólo tenía un ojo, si bien tan brillante como el de una niña. Levantó la manó, y entre los dedos colgaba un hiló, ó tal vez un cabello de un niño, y era dorado y brillaba con luz propia, aunque era más corto que la anchura del dedo de un hombre.*

*—No queda mucho —dijo ella, y rió socarronamente—, pero mejor esto que nada, ¿no?*

*—Suficiente para engendrar un hijo ó dos —rió tontamente una de sus horribles hermanas.*

*—Suficiente para derrotar a un dios —rugió la de la rama más alta—. ¡Pero sólo si te das prisa!*



# Glosario

**Airyanám** (avestano): Noble, heroico.

**Baqca** (siberiano): Chamán, mago, hechicero.

**Daimon** (griego clásico): Espíritu.

**Epilektoi** (griego clásico): Los hombres elegidos de la ciudad o de la falange; soldados de elite.

**Eudaimia** (griego clásico): Bienestar. Literalmente «con buen espíritu». Véase daimon.

**Falange** (griego clásico): Formación de infantería utilizada por los hoplitas griegos en la guerra, de ocho a diez columnas en fondo y tan ancha como las circunstancias permitían. Los comandantes griegos probaron formaciones con más y menos columnas, pero la falange era sólida y muy difícil de romper, presentando al enemigo un auténtico muro de puntas de lanza y escudos, tanto en la versión macedonia con picas como en la griega con lanzas. Además, falange puede aludir al grueso de los combatientes.

**Gamelia** (griego clásico): Una festividad griega.

**Gorytos** (griego clásico y posiblemente escita): El carcaj abierto por arriba que llevaban los escitas, a menudo muy ornamentado.

**Hiparco** (griego clásico): El comandante de la caballería.

**Hipereta** (griego clásico): El trompetero del hiparco.

**Hippeis** (griego clásico): En el ámbito militar, la caballería de un ejército griego. En sentido general, la clase de la caballería, sinónimo de caballeros. Usualmente los hombres más ricos de una ciudad.

**Machaira** (griego clásico): La pesada espada de la caballería griega, más larga y resistente que la espada corta de la infantería. Su objeto es dar más alcance al jinete y no es útil en la falange.

**Psiloi** (griego clásico): Soldados de infantería ligera, por lo general armados con arcos y hondas y, a veces, jabalinas. En las guerras de las ciudades-estado griegas, los psiloi se reclutaban entre los hombres libres más pobres, aquellos que no podían costear la carga económica de una armadura de ho plita y el entrenamiento diario en el gimnasio.

**Sastar** (avestano): Tiránico. Un tirano.

**Taxeis** (griego clásico): Los regimientos de picadores macedonios. Cada taxeis tenía entre mil y dos mil hombres, en función de las bajas y las deserciones. Sinónimo aproximado de falange.

# Nota del autor

Muy poco sobrevive del idioma escita, y yo soy autor, no lingüista. He decidido representar algunas palabras escitas en avestano, y otras en siberiano moderno, y otras en osetio, siempre con la intención de mostrar las dificultades que impone una barrera idiomática, incluso cuando muchas palabras comparten raíces comunes. Soy muy poco ducho en griego clásico, y desconozco los demás idiomas mencionados, de modo que cualquier error de traducción sólo debe atribuírseme a mí.

# Agradecimientos

Un libro —una serie, en realidad— como éste no surge de la mente de un autor como Atenea de la frente de Zeus. Kineas y su mundo comenzaron con mi deseo de escribir un libro que me permitiera abordar en serio asuntos de guerra y política que nos rodean a todos hoy en día. Estaba volviendo a estudiar y volviendo a mi primer amor: la historia clásica. Y deseaba escribir un libro que mi amiga Christine Szego quisiera tener en su tienda, la librería Bakka-Phoenix de Toronto. La combinación — historia clásica, la filosofía de la guerra y cierto elemento chamanístico— dio pie al volumen que tiene en sus manos. Por el camino conocí al profesor Wallace y al profesor Young, ambos muy eruditos y vinculados desde hace años a la Universidad de Toronto. El profesor Wallace contestó todas las preguntas que le hice, me proporcionó un sinfín de fuentes y me presentó las laberínticas elucubraciones de Diodorus Siculus y, finalmente, a T. Cuyler Young. Cuyler tuvo la amabilidad de iniciarme en el estudio del Imperio persa en tiempos de Alejandro y de debatir la posibilidad de que Alejandro no fuera infalible, ni siquiera de lejos. Deseo expresar mi más profundo agradecimiento a estos dos hombres por su ayuda para recrear el mundo griego del siglo IV a.C., así como la teoría sobre las campañas de Alejandro que sustenta esta serie de novelas. Toda la erudición es suya y cualquier error que haya es, indudablemente, mío. Nunca olvidaré el placer de sentarme en el despacho del profesor Wallace o en la sala de estar de Young, y comer tarta de chocolate mientras debatíamos el mito de invencible que acompaña a Alejandro.

También quisiera dar las gracias al personal del Departamento de Clásicas de la Universidad de Toronto por su constante apoyo, y por reavivar mi adormecido interés por el griego clásico, así como al personal de la Toronto Metro Reference Library por su dedicación y apoyo.

Quisiera agradecer a mis amigos Matt Heppe y Robert Sulentic su apoyo al leer la novela y comentarla, ayudándome a evitar anacronismos. Ambos poseen conocimientos enciclopédicos sobre la historia militar clásica y helenística, y, una vez más, cualquier error es mío.

No podría haber abordado tantos textos griegos sin contar con Perseus Project. Este recurso on line, patrocinado por la Tufts University, da acceso on line a casi todos los textos clásicos en griego y en inglés. Sin él aún estaría bregando con el segundo verso de Medea, por no mencionar la Ilíada o el Himno a Deméter.

Tengo una deuda de gratitud con mi excelente editor, Bill Massey, de Orion, por dar una oportunidad a este libro, por su buen humor ante las sentencias del autor y por su apoyo en todas las etapas. También quisiera dar las gracias a mi agente,

Shelley Powers, por su indefectible esfuerzo en mi nombre.

Por último, me gustaría dar las gracias a las musas del Luna Café, que amén de servir café lo hacen siempre con muy buen humor; sin ellas, desde luego, no habría habido libro. Y todo mi agradecimiento, el de una vida entera, para mi esposa Sarah.



CHRISTIAN CAMERON, es escritor e historiador militar. Es veterano de la Armada de Estados Unidos, donde sirvió como aviador y oficial de inteligencia. Reside en Toronto, y actualmente está escribiendo la siguiente novela de la serie TIRANO mientras trabaja en su doctorado en lenguas clásicas.

# Notas

[1] El Ponto Euxino, nombre del mar Negro en la antigüedad clásica. <<



[2] Actualmente Constanza, en Rumanía. <<

[3] Colonia griega en la costa norte del mar Negro. <<

[4] Alusión a los tetradracmas, monedas de Atenas con la efigie de Atenea, diosa epónima de la ciudad, en el anverso, y la lechuza de Atenas en el reverso. <<

[5] En la antigua Grecia, soldados de la infantería pesada. <<